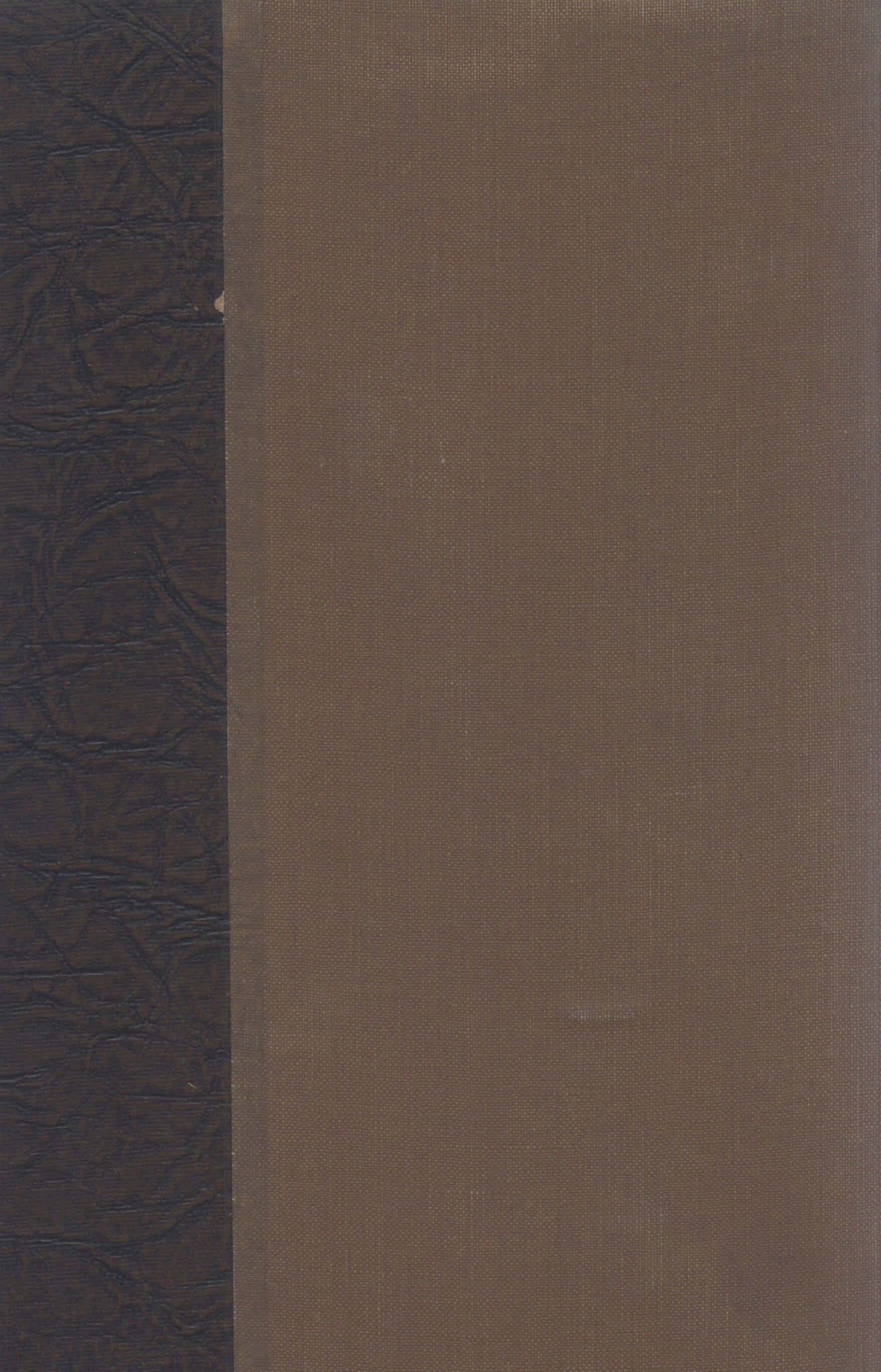




«VIAJE DE PLACER»—POR E. HANDLEY READ

El Tesoro de la Juventud

O

Enciclopedia de Conocimientos

COLABORADORES ESPECIALES

Dr. Estanislao S. Zeballos
DOCTOR EN DERECHO, PUBLICISTA, EX MINISTRO DE ESTADO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, ETC., ETC.

Alberto Edwards
EX MINISTRO DE HACIENDA DE LA REPÚBLICA DE CHILE

Dr. Abel J. Perez
INSPECTOR NACIONAL DE INSTRUCCIÓN PRIMARIA, EN LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

Dr. Ismael Clark y Mascaró
EX PROFESOR DE LA ESCUELA NORMAL DE LA HABANA

Dr. José Enrique Rodó
ESCRITOR CRITICO Y POLITICO URUGUAYO

Adolfo D. Holmberg
NATURALISTA DEL MINISTERIO DE AGRICULTURA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Louis G. Urbina
EX DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MÉJICO

Dr. Paulino Fuentes Castro
ABOGADO PERUANO—DIRECTOR DEL "DIARIO JUDICIAL" DE LIMA

PRINCIPALES SECCIONES EN QUE SE DIVIDE LA OBRA

La Historia de la Tierra
América Latina
Nuestra Vida
Los «Por Qué»
Cosas que Debemos Saber
Los dos grandes Reinos de la Naturaleza
Hombres y Mujeres célebres
Los Países y sus Costumbres
Los Libros Célebres
Juegos y Pasatiempos
Narraciones Interesantes
Poesía
Hechos Heróicos
Lecciones Recreativas

TOMO VIII

W. M. JACKSON, Inc., EDITORES

LONDRES — MADRID — NUEVA YORK
BUENOS AIRES — MONTEVIDEO — RIO DE JANEIRO
MEJICO — HABANA

C. H. SIMONDS COMPANY, Impresores, BOSTON,
Estados Unidos de Norte América

ÍNDICE DEL CONTENIDO DE ESTE TOMO

NOTA: Como sería demasiado extenso el hacer referencia a cada uno de los muchos y variados asuntos tratados en las páginas de este volumen, sólo se ponen aquí los títulos de los capítulos y de las principales secciones que comprenden algunos de ellos. En el gran Índice General, al final de la obra, se da una vasta lista de cuanto contienen todos los volúmenes.



LA DIVINA COMEDIA

POEMA ITALIANO POR DANTE ALIGHIERI

I

EL INFIERNO

Un día, habiéndome extraviado en una obscura y espesa selva, habitada por salvajes fieras, divisé a lo lejos la figura de un hombre, al cual llamé para que se apiadara de mí y tuviera a bien guiarme. Acercóse y me dijo que era la sombra de Virgilio, el antiguo poeta, y se me ofreció como guía para conducirme a las regiones donde los malos son atormentados eternamente, y luego a la montaña donde se purifican las almas de las faltas que cometieron; díjome también que si quería contemplar la bienaventuranza celestial, otro espíritu, al cual podía confiarme, me guiaría a las regiones celestes. Mientras yo, temeroso, no sabía qué decidir, añadió la sombra que Beatriz, hermosa y santa mujer, estrella y norte de mi vida, había descendido del alto cielo implorando el favor de servirme de guía. Ya no vacilé más, e inmediatamente nos pusimos en camino.

«*Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*».

(Perded toda esperanza, oh vosotros los que entráis aquí.) Estas fatídicas palabras estaban escritas encima de la gran puerta del infierno, por la cual entramos. Dentro era el aire obscuro y tenebroso; y de continuo desgarrábanle angustiosos gritos y gemidos. Un ancho río se deslizaba ante nosotros y por él un anciano de ojos llameantes pasaba en su barca a las almas que no habían temido a Dios. Al pasar el río el temor me hizo perder el sentido.

Despertado por el formidable fragor de un trueno, me hallé en el primer círculo del Infierno, llamado Limbo, en el que moran las almas de muchos hombres que fueron grandes y buenos, pero que vinieron antes de la predicación del Evangelio y no recibieron el bautismo. Sócrates, Platón, Homero y César estaban allí entre muchos otros filósofos, poetas y reyes paganos. Paseaban por una verde pradera rodeada de los muros de un castillo y conversaban unos con otros.

De allí bajamos al segundo círculo, más estrecho que el primero, y a su entrada encontramos a Minos, juez de las regiones infernales, el cual me advirtió que anduviera con ciudado entre las almas de los condenados; pero Virgilio le replicó diciendo que yo había entrado allí obedeciendo al mandato de la Divina Voluntad. Era tan obscuro el lugar, que apenas se distinguía nada en él; oíase solamente el rumor de un mar tempestuoso y de los furiosos vientos infernales, que arrebataban a los espíritus en sus torbellinos. Allí habitaban los que se habían condenado por pecados de la carne; entre aquella gente vi a Cleopatra y a la hermosa Elena, de Troya.

Bajando más todavía llegamos al círculo tercero, más estrecho aún. En él corría perpetuamente un impetuoso torrente de aguas y hielos, mientras Cerbero, monstruo en figura de perro con tres cabezas, ladraba espantosamente y se entretenía en despedazar a los condenados por el pecado de gula. El cuarto círculo, más bajo todavía, tenía mayor número de condenados que los otros, porque allí yacían encarcelados los que hicieron mal uso de sus riquezas, ya prodigándolas locamente, ya apegándose a ellas por avaricia. No faltaban allí papas ni cardenales. Bajamos luego al quinto círculo y llegamos al borde de un horroroso lago de barro; revolcándose desnudos en él y embistiéndose furiosos o destrozándose con uñas y dientes, están allí todos los que a su perdición condujo el pecado de la ira. Atravesamos luego el lago en una barca, y llegamos a una ciudad: la sexta región del infierno, donde los herejes y cismáticos sufrían horribles tormentos, encerrados en sepulcros de fuego. El séptimo círculo, rodeado de

grandes rocas cortadas a pico, al cual bajamos por un áspero y estrecho sendero, era la eterna mansión de los que habían cometido crímenes de violencia; y, como habían ofendido a nuestro prójimo, a nosotros mismos o a Dios, de aquí que esta morada estuviera dividida en tres partes distintas. En la primera corría un río de sangre, en el que eran sumergidos los tiranos y asesinos: y si intentaban sacar la cabeza sobre la horrible corriente, unos Centauros les disparaban flechas de fuego. Una selva espinosa era la mansión de los suicidas, los cuales se habían transformado en árboles de nudosas y disformes ramas, entre las cuales moraban repugnantes harpías. Los pecados contra Dios, contra la Naturaleza y contra el Arte, eran castigados en el último lugar: una llanura de seca y ardiente arena, sobre la que caía espesa lluvia de fuego desde el cielo amenazador y sombrío. El monstruo Fraude, de graciosa fisonomía humana y cuerpo de serpiente, salió de los abismos a la voz de mi compañero, y nos trasladó sobre su inmenso dorso al octavo círculo, que estaba más abajo todavía, y donde moraban las almas de los fraudulentos. Hombres que habían apartado a las mujeres de su deber, aduladores, clérigos que habían hecho tráfico con beneficios eclesiásticos, magos y agoreros, los malversadores del tesoro público, los hipócritas, ladrones, malos consejeros, mentirosos y negociantes sin conciencia, y todos los chismosos y embusteros, eran allí atormentados con diversos suplicios. Se sumergía a algunos en montones de basura; otros eran suspendidos cabeza abajo; quiénes nadaban en estanques de pez ardiendo; quiénes arrastraban pesados mantos de plomo; algunos eran perseguidos por venenosas serpientes; otros ardían en inextinguibles llamas, y muchos estaban atacados de horribles enfermedades; cada especie distinta de fraude encontraba su proporcionado castigo.

Luego bajamos al noveno y último círculo, el más horroroso del infierno, reservado a los traidores. Estaba rodeado de gigantes, altos como torres, y sumergidos hasta la mitad del cuerpo en el nebuloso abismo.

Virgilio llamó a uno de ellos para que nos ayudara a descender hasta el fondo, y nos encontramos en el primero de los cuatro círculos suplementarios en que aquel grande y terrible círculo estaba dividido. En el primero, segundo y tercero, hablé con algunos de los que habían hecho traición a la confianza en ellos depositada. No había llamas, sino un frío espantoso que helaba el aliento. En hielo estaban convertidas las aguas del lago, y en hielo eterno sumergidas las almas de los condenados.

Por último, en el fondo del horroroso abismo, vi a Lucifer. Era un inmenso gigante con tres rostros, que expresaban la impotencia, el odio y la ignorancia, y con sus tres pares de anchas alas de murciélago, dos debajo de cada rostro, aleteaba continuamente. De sus seis ojos manaba sin cesar un chorro de lágrimas, y sus tres bocas despedazaban cada una a un pecador. Judas Iscariote era uno de éstos; y los demás vi que eran Bruto y Casio, asesinos de César.

En aquel momento, fuertemente abrazado al cuello de mi compañero, sentí que descendíamos al fondo del abismo sin nombre, por la peluda piel de Satán. En la tenebrosa obscuridad mi guía cambió de dirección, haciendo violentos esfuerzos con los pies para volver a subir, porque acabábamos de pasar por el centro de la Tierra. Por fin llegamos a una abertura practicada en la roca viva, y sentándonos al borde, vimos las horribles piernas de Satanás que casi llegaban a nosotros. Después nos remontamos hasta la región donde brilla la luz de las estrellas, escalando los muros de la caverna que Lucifer abrió en su lamentable caída.

II

EL PURGATORIO

Contentos de respirar otra vez aire puro, nos acercamos a esta segunda región: el monte del Purgatorio, donde

se purifican las almas de las manchas de la culpa, y se preparan para su ascensión al Cielo. Catón, el antiguo romano, vino a nuestro encuentro, y siguiendo sus instrucciones lavó Virgilio con rocío la negrura que el infierno había dejado en mi cara, y me ciñó con un junco terso, símbolo de humildad. Mientras allí estábamos, llegó un ángel del cielo conduciendo en su barca a muchas almas a través del río de la muerte, hasta las riberas del Purgatorio.

Subimos la colina por un empinado y estrecho sendero, que entre altas rocas se abría paso; y mientras andábamos, vimos las almas de muchos hombres famosos, que habían diferido su arrepentimiento hasta la hora de la muerte. Llegó la noche y nos detuvimos a descansar; y en mi sueño fuí llevado hasta cerca de la entrada del Purgatorio. Al amanecer, llegamos a la puerta, custodiada por un ángel que guardaba las llaves de oro y plata. Abrióla éste de par en par; y las notas melodiosas del *Te Deum* se esparcieron por doquier.

El monte del Purgatorio estaba rodeado de superpuestas y anchas mesetas. Por un tortuoso camino abierto en la roca, subimos a la primera meseta, donde se precipitaban innumerables almas culpables del pecado de soberbia. Delante de nosotros pasaron en fatigosa procesión, inclinada cada una bajo el peso de una enorme piedra, y jadeantes de fatiga. Entretanto yo observaba que en la roca que formaba la base de la meseta, había unas maravillosas esculturas con figuras de tamaño natural, que representaban escenas de gran humildad, como la Purísima Virgen ante el ángel Gabriel. Los espíritus, con los cuales hablamos, proclamaban la vanidad de la fama mundanal, y voces dulcísimas cantaban « Bienaventurados los pobres de espíritu ».

Al subir a la segunda meseta, salieron a nuestro encuentro las más lamentables sombras, vestidas de cilicio; y vi que estaban ciegas, porque sus párpados estaban cosidos con un alambre. Invisibles espíritus cantaban entretanto loores a la caridad, diciendo: « Amad a vuestros enemigos ». Y supe que aquellos infelices expiaban el pecado de la envidia. En la tercera meseta, donde se purgan las faltas que hace cometer la ira, nos encontramos rodeados de una niebla tan densa, que tuve que apoyarme sobre el hombro de mi compañero, para que me guiara, mientras por doquiera se oían voces pidiendo al Señor perdón y misericordia. Allí estaban las almas de los que habían pecado por pereza, melancolía e indiferencia; y Virgilio me enseñó que estos defectos eran debidos a falta de amor. Subiendo todavía llegamos a la quinta meseta, donde vimos a varias almas que estaban postradas, la faz en el suelo, llorando y suspirando, mientras exclamaban: « Mi alma se ha pegado al polvo ». Eran las víctimas del pecado de avaricia, las cuales ensalzaban ahora la santa pobreza.

Nos habíamos alejado un poco de allí, cuando sentimos temblar la montaña entera, y por todas partes se oyeron voces que cantaban *Gloria in excelsis*, como sucedía cada vez que un espíritu, allí detenido, había purificado suficientemente su voluntad para pasar a otras pruebas o a la felicidad del Cielo. El alma que en aquel momento quedaba libertada subió con nosotros a la sexta meseta, donde los que habían pecado por gula espiaban su falta sufriendo hambre y sed, y percibiendo la fragancia de exquisitos frutos. De allí ascendimos a la séptima meseta, que era la última, donde purgaban sus faltas los incontinentes. Horribles llamas brotaban de la roca por un lado, mientras al opuesto se abría un precipicio, de modo que al menor movimiento hubieran caído en él. Entre las llamas se oían tristes voces ensalzando la castidad.

Habíamos atravesado todas las mesetas de la montaña, donde las almas se purificaban de sus faltas, y Virgilio, guiándome a través de una muralla de intenso fuego, que ni siquiera chamuscó mi vestidura, me llevó al Paraíso terrenal, en la cumbre del monte. Al llegar allí díjome que me dejaba dueño ex-

clusivo de mi voluntad, hasta que Beatriz vinise a mí.

El paisaje era maravilloso. Las selvas rebosaban de canoros pajarillos, y una dulce brisa acariciaba murmuradora el follaje. Me acerqué a un arroyuelo de límpidas aguas y en la otra ribera, entre la verde frescura, divisé a una joven, que discurría sola cantando y cogiendo una tras otra las flores que esmaltaban el camino por donde iba. Habléla, y ella se acercó sonriendo a la orilla y entonces quedé subyugado por su extremada belleza. Me dijo que las aguas del riachuelo tenían la virtud de hacer olvidar la memoria del pecado, y de despertar la de toda buena acción. Luego volvió a cantar: « Bienaventurados aquellos, cuyos pecados han sido perdonados », mientras íbamos siguiendo el arroyuelo, separados por su mansa corriente, hasta que encontramos una extraña comitiva. Lo primero que de ella se veía eran siete brillantes candelabros, más resplandecientes que la luna, entre voces que cantaban « ¡Hosanna, ¡Hosanna! » Venía, luego, una multitud seguida de veinticuatro ancianos y cuatro grandes animales, con seis alas cada uno y gran número de ojos; y entre estas cuatro singulares bestias avanzaba majestuoso un carro triunfal, arrastrado por un grifo, mitad águila y mitad león; el cual, tendiendo sus alas las elevaba tanto que no se alcanzaba a ver su fin. Siete doncellas seguían el carro, y detrás de ellas venían siete hombres venerables, las sienes ceñidas de rosas. Al llegar el carro delante de mí, se oyó el estallido de un trueno y el carro paró. Entonces se me apareció una beldad coronada de ramas de olivo sobre el cándido velo, cubierta de verde manto y de una túnica de color de fuego; y conocí que era Beatriz, a quien tanto yo había querido. Miré a mi alrededor buscando a Virgilio, pero había desaparecido. En aquel momento ella se volvió a mí con severidad, y explicó a sus compañeros que mi vida me había conducido hasta tan cerca de la perdición, que nada más que la vista de la morada de los condenados podía salvarme. Confesé mis culpas y fuí bañado en las aguas del olvido, y luego me dieron a beber las que traen a la memoria el bien pasado.

III

EL PARAÍSO

En el Cielo fuí testigo de delicias tales, que no las puede narrar lengua humana; pero dejadme que trate de hablaros de lo que conserva mi memoria. Al conducirme mi amada Beatriz al primer Cielo, la Luna, me explicó de qué modo iríamos subiendo por voluntad de Dios. También me dijo que la región que estaba por encima de las demás regiones era el Cielo Empíreo, habitado por la Paz Divina, y que allí había el noveno cielo, cuya virtud es la causa de la Naturaleza y de su existencia y que asimismo se encontraba en su interior la esfera de las estrellas fijas, que es el octavo Cielo. Dentro de éste seguían siete cielos más, cada uno en forma de esfera vacía, conteniendo el cielo inmediato. El séptimo cielo era el del planeta Saturno; el sexto el de Júpiter; el quinto de Marte; el cuarto del Sol; el tercero de Venus; el segundo de Mercurio y el primer cielo era el de la Luna. Por todos ellos habíamos de pasar subiendo desde la Tierra; y conversando con las almas bienaventuradas que habitaban estos Cielos diversos, llegué a conocer profundas verdades y se desvanecieron muchas de mis dudas. Además, Beatriz que no se apartaba nunca de mi lado y cuya hermosura celestial aumentaba a medida que íbamos subiendo, disipaba con frecuencia mi ignorancia.

En el segundo Cielo el emperador Justiniano nos habló de las victorias de los antiguos ejércitos romanos, y explicó que Mercurio servía de morada a las almas buenas que en la tierra habían buscado fama y honores, y cuyo amor de Dios estaba, por tanto, mezclado con humanos afectos. En Venus, el tercer Cielo, encontramos al famoso Carlos Martel, rey de Hungría, y también al poeta Folco, que censuró el descuido de papas y cardenales. En el cuarto Cielo,

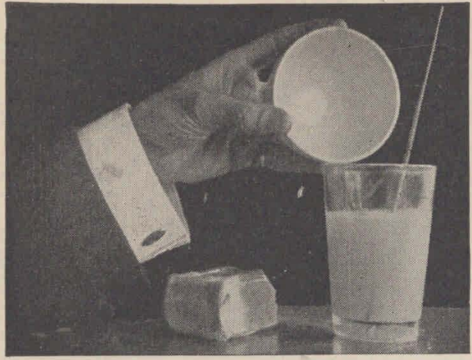
el Sol, vimos al gran Maestro Tomás de Aquino, el cual elogió mucho a San Francisco de Asís. San Buenaventura a su vez, tributó grandes alabanzas a Santo Domingo; y el gran rey Salomón nos explicó cuán gloriosos aparecerán los bienaventurados después de la resurección de los cuerpos. Al subir hacia Marte, que es el quinto de los Cielos, descubrí allí una Cruz resplandeciente, formada por dos ráfagas luminosas, y en ella reclinada la dulce figura de Cristo. A través de los rayos de luz que la Cruz despedía, iban pasando las almas de los que por Cristo habían combatido; y de la Cruz venía también una armonía deliciosa, de la que oí estas palabras: « Resucita y triunfa ».

En este mismo Cielo un antepasado mío vino a decirme cuán sencillo, pacífico y honrado era en su tiempo el pueblo de Florencia, y de qué modo había caído en la molicie, en la soberbia y en las luchas fratricidas. Me profetizó mi futuro destierro de Florencia.

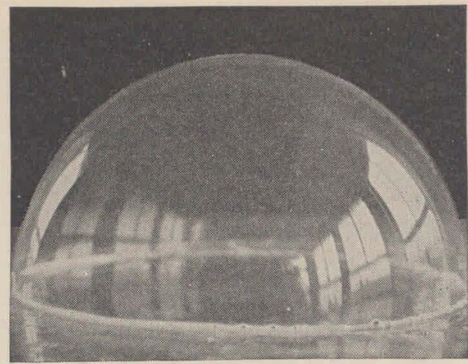
Júpiter, el sexto Cielo, era la morada de los que en la tierra habían administrado rectamente justicia; y las almas, moviéndose con rapidez, venían a formar juntas la figura de un águila, que parecía hecha con innumerables y menudos rubíes. Sus alas estaban desplegadas y la multitud de espíritus hablaban formando una sola voz, como si saliera de su pico. Y de esta manera ensalzaba el águila la Divina Justicia, y alababa también la justicia de algunos reyes famosos, como David, Trajano y Constantino. Llegando después al séptimo Cielo, que es el de Saturno, nos encontramos entre las almas de los que pasaron su vida en santa contemplación; San Benito, vino a hablarme, lamentando la relajación de los monjes que llevan su nombre. Alzando después mis ojos, percibí celestiales esplendores y oí la melodía del amor angélico, en el canto *Regina Coeli*. Luego, a ruegos de Beatriz, San Pedro vino hacia mí desde el gloriosísimo grupo de santos donde estaba, y me hizo preguntas sobre la Fe, a las que respondí satisfactoriamente. Le siguió Santiago hablándome de la Esperanza, y, por último, vino San Juan, quien me preguntó todo lo concerniente a la Caridad. Inmediatamente se fué extendiendo por todas las esferas un canto de tal dulzura, como nunca lo soñaran los mortales, repitiendo *Sanctus, Sanctus, Sanctus*. Vi también a Adán, padre del humano linaje, y me explicó que había estado en el Limbo, dentro de las regiones infernales, por espacio de cuatro mil trescientos años. Después, nos remontamos al noveno Cielo, que es el origen y causa de todo lo existente, y donde no habita más que la Divina Esencia. Alzando mis ojos, descubrí un diminuto punto de luz, de tan incomparable intensidad que ningún ojo creado sería capaz de resistirle. Nueve círculos concéntricos, extraordinariamente luminosos, le rodeaban. Miré hacia mi amado guía, y me dijo que el punto central era la Esencia Divina, de la cual dependen el Cielo y la Naturaleza toda; y que los nueve círculos que había alrededor componían tres jerarquías de seres celestiales. Los tres círculos interiores, formaban la primera jerarquía, y eran los Serafines, Querubines y Tronos; la segunda jerarquía comprendía los tres círculos siguientes, que eran las Dominaciones Virtudes y Potestades, y por último los tres círculos exteriores, llamados Principados, Arcángeles y Ángeles, formaban la tercera jerarquía.

Por último, fuimos llevados al propio Empíreo, que es la esencia del Paraíso; región de luz purísima, de goce y de amor. Allí se tornó tan resplandeciente la hermosura de mi guía, que no hay palabras para explicarla; y estaban también allí ante mis ojos, las poderosas huestes celestiales, iluminadas con el resplandor inefable de la gloria. La santa multitud aparecía a mis miradas formando una cándida Rosa. Mediante la intercesión de San Bernardo con la Virgen Madre, me fué permitido elevar mis ojos al esplendor de la Divina Majestad. Pero lo que vi no puedo decirlo ni recordarlo, aunque la dulzura de tal visión todavía embarga mi alma.

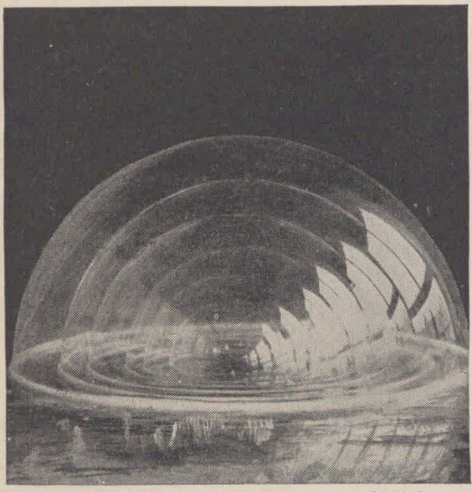
LO QUE PUEDE HACERSE CON POMPAS DE JABÓN



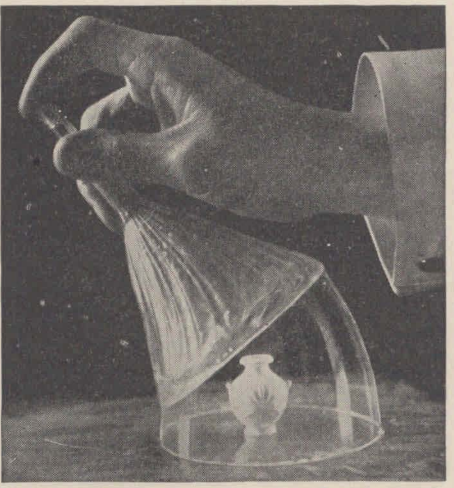
Se pueden pasar ratos muy entretenidos haciendo burbujas o pompas de jabón. Para ello hay que empezar preparando una solución jabonosa, bastante espesa, disolviendo en agua buen jabón amarillo, y vertiéndola luego, sin revolverla, en un vaso.



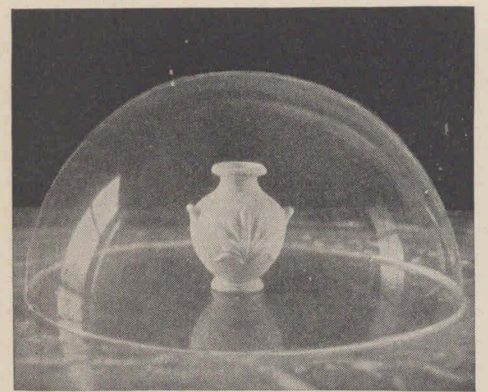
Se echa después un poquito de dicha solución sobre una lámina de vidrio, y se sopla con una pajuela hasta formar una pompa. Si introduciendo el extremo del dedo en la solución, junto a la pompa, ésta no revienta, es señal de que el líquido está bien preparado.



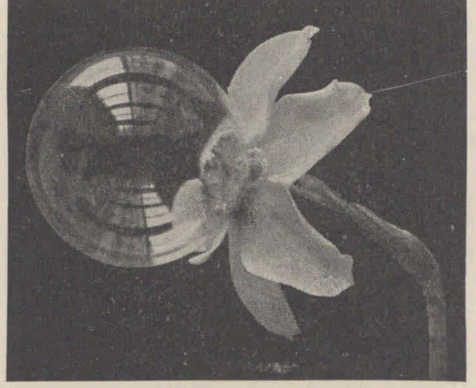
Una vez obtenido ese resultado, es cosa fácil formar varias pompas unas dentro de otras, para lo cual es indispensable, cada vez que se vaya a hacer una, mojar la pajuela en la solución



Untemos ahora un cristal y un embudo ordinario con el agua de jabón, y colocando sobre el cristal una jarrita, cubrámosla con el embudo y soplemos, levantando el embudo muy poco a poco.



Ya tenemos la jarrita metida dentro de la pompa como si estuviera en un fanal. Siguiendo el mismo procedimiento se pueden colocar dentro de una pompa toda suerte de juguetes pequeños.



Si sumergimos una flor, u otro objeto cualquiera, en la solución, y luego, con la pajuela, también mojada, soplamos sobre ellos, se formará una pompa que quedará adherida a los mismos.





BEBÉ EST MALADE

PIEZA FRANCESA PARA COLEGIALES

ESTA obrita nos pinta la ansiedad de una madre que envía a buscar al médico para que vea a su niña, la cual ha pasado largo rato llorando y parece indispuesta. El ama teme que tenga el sarampión; y la mamá, desesperada, pregunta si se va a morir. Pero el doctor reprende a Ninette, examina la niña, le mira la lengua y dice que no tiene más que un empacho. ¡Esto es todo! Ha de guardar cama y medicarse.

LA MAMÁ luce un magnífico vestido de cola.

NINETTE, el ama, lleva una cofieta y un delantal escotado.

BEBÉ viste bata blanca con una anchísima banda de color cereza.

EL MÉDICO lleva sombrero de seda y levitón. Los lentes le cuelgan de un cordón que lleva pendiente del cuello; debe usar reloj de bolsillo y por entre los faldones del levitón, le asoma una botella de medicina.

La escena representa una sala, en la que ha de haber, entre otros muchos, un sillón de brazos y una mesita.

MAMÁ (*sentada en el sillón, se ocupa en bordar un gorro*): ¡Ah, que Bebé sera mignon avec ce joli petit bonnet! (*Se levanta y deja el gorro sobre la mesa.*) ¿Où est-elle donc? ¿Pourquoi Ninette ne l'amène-t-elle pas? (*Suena un golpecito en la puerta.*) ¡Entrez!

(*Entra* NINETTE *trayendo a* BEBÉ.)

NINETTE: ¡Pardon, madame. Je suis en retard, mais Bebé a tant pleuré! ¡Regardez, madame! ¡Elle est toute rouge! ¡Elle doit être bien malade!

MAMÁ: ¡Malade! O ciel, Ninette, ne dites pas cela! ¡Malade! ¡Ma pauvre chérie, viens ici! (*Toma en sus brazos a Bebé, meciéndola amorosamente.*)

NINETTE: ¿Que faut-il faire, madame?

MAMÁ: ¡Allez chercher le Médecin! ¡Courez vite!

NINETTE: Oui, madame. (*Vase Ninette y Mamá se sienta en el sillón, teniendo a Bebé en su regazo.*)

MAMÁ: ¡Ah, mon amour, mon ange, viens faire dodo!

(*Llaman a la puerta.*)

MAMÁ: ¡Entrez!

(*Entra* NINETTE, *seguida del* MÉDICO.)

NINETTE: ¡Monsieur le Docteur!

MAMÁ (*deja a Bebé en el sillón*): ¡Bonjour, Monsieur le Docteur!

MÉDICO: ¡Bonjour, madame! (*Se inclina haciendo una profunda reverencia y quitándose el sombrero, que entrega a Ninette, junto con sus guantes y el saco de mano donde lleva los instrumentos quirúrgicos. Ninette lo coloca todo sobre la mesa.*) ¿Qu'avons-nous ici? (*Con énfasis. Ninette se coloca detrás del sillón.*)

MAMÁ: ¡Bebé est bien malade, monsieur!

NINETTE (*alargando la cabeza por encima del respaldo del sillón*): ¿C'est la rougeole, n'est ce pas, monsieur?

MÉDICO (*con enojo*): ¡Taisez-vous! (*Se pone los lentes.*) ¡Tire la langue! (*A Bebé.*)

(BEBÉ *saca la lengua.*)

NINETTE (*rápidamente*): ¡Monsieur!...

MÉDICO (*con enfado*): ¡Taisez-vous! (*Saca el reloj.*) ¡Donne la main! (*A Bebé. Le toma el pulso y vuelve a guardar el reloj.*)

MAMÁ (*cruzando las manos*): ¿Est-ce que Bebé va mourir, monsieur?

NINETTE (*llevándose una punta del delan-*

tal a los ojos y comenzando a llorar): ¡Mourir! ¡O ciel, madame, ne dites pas cela!

MÉDICO (*con enojo*): ¡Taisez-vous donc! (*Volviéndose a Mamá.*) Non, Madame. Votre enfant ne va pas mourir en ce moment. ¡Elle a trop mangé, voilà tout!

MAMÁ: ¡Oh, merci, monsieur!

NINETTE: ¡Merci, monsieur!

MÉDICO: ¡Maintenant, donnez-lui la reméde que j'ai ici (*saca la botella que lleva en el bolsillo*), et couchez-la vite!

MAMÁ (*tomando la medicina*): ¡Oui, monsieur!

NINETTE (*entrega al médico su sombrero y va a abrirle la puerta*).

MÉDICO (*haciendo una nueva reverencia ante Mamá*): ¡Bonjour, madame!

MAMÁ (*con profunda cortesía*): ¡Bonjour, Monsieur le Docteur!

NINETTE (*chanceándose atrevidamente, se inclina también apenas el médico ha salido*). ¡Bonjour, Monsieur le Docteur!



MODO DE HACER LAS TINTAS INVISIBLES

DURANTE la primera guerra anglo-india, un oficial inglés recibió un papel en el cual sólo aparecía escrita la palabra *Yodo*. El oficial extendió un poco de tintura de yodo por toda la superficie del papel, e inmediatamente apareció en ella un importante mensaje. Las palabras del oculto mensaje habían sido escritas con agua de arroz, que no deja huella visibles, pero que, al ponerse el papel en contacto con el yodo, hace que aparezca perfectamente inteligible la escritura.

Este secreto, que ha servido mucho a los que tienen amigos en la cárcel y han necesitado escribirles, es ingenioso y sencillo. El amigo de un prisionero puede dirigir a su infortunado camarada una carta común y corriente, conteniendo las palabras ordinarias, que el alcaide habrá de dejar pasar. El prisionero recibe la carta, que no ha sido interceptada por parecer que nada decía de extraordinario; frota un dedo sucio entre las líneas de la escritura visible, y aparecen nuevas líneas. El secreto es sencillísimo. El amigo ha escrito entre líneas, con leche, otras palabras, que se hacen visibles después que el prisionero ha frotado sobre el papel su dedo sucio.

Puede ocurrir que deseemos escribir una carta cuya escritura sea visible en el momento de recibirla aquel a quien la dirigimos, y borrarse luego pasado algún tiempo. Al efecto compondremos una tinta especial, tomando 10 gramos de arrurruz, o fécula de maranta, y haciéndolos hervir en un octavo de litro de agua; cuando este cocimiento esté frío, le añadiremos 25 gotas de tintura de yodo. La escritura trazada con esta tinta es visible cuando la escribimos, pero se borra y desaparece pasados cuatro días.

Algunas tintas, invisibles al usarlas, pueden aparecer acercando el papel al fuego, es decir, con el calor. Si disolvemos un gramo de cloruro de cobalto y un gramo de goma arábiga en 28 gramos de agua, obtendremos una tinta invisible, pero aparecerá azul si calentamos el papel donde hayamos escrito con ella, desapareciendo otra vez al enfriarse dicho papel. Se hará aparecer y desaparecer tantas veces como el papel se caliente y vuelva a enfriarse. Disolviendo 10 gramos de cloruro de niquel y otros 10 gramos de cloruro de cobalto en 28 gramos de agua, puede hacerse una tinta verde con las mismas propiedades.

UN TORBELLINO EN UNA CAJA

NOSOTROS sabemos perfectamente qué quiere decir un torbellino. Debido a diferencias de temperatura el aire se desencadena y forma espiral, abarcando a veces grandes distancias la acción del remolino, que causa enormes destrozos en la propiedad donde se forma.

Claro es que, desatado un torbellino, estaríamos a merced del viento si no buscáramos refugio en lugar seguro; pero, en

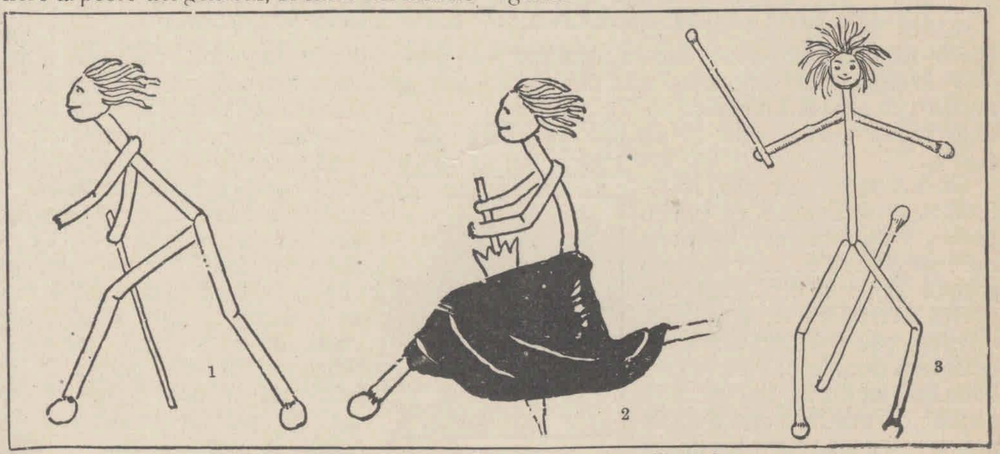
cambio, podemos producir muy fácilmente un torbellino en miniatura. Tomemos una caja que tenga su tapa correspondiente adherida, pudiendo girar con facilidad de un lado para otro. Nos servirá para el caso una caja de cigarros, de las que contienen cien puros ordinariamente.

Después de quitar el suelo o fondo, colocaremos la caja sobre uno de sus lados y cerraremos la tapa con violencia. Al hacerlo, la tapa empuja el aire que encuentra a su paso; y, aunque al cerrarse parece no haber aire, instantáneamente éste comienza a salir en todas direcciones, formándose así el torbellino en miniatura. Para comprobar la fuerza del aire provocado de este modo, nos bastará poner algunos recortes de papel ante la caja, los cuales volarán con el ciclón. Del tamaño de la caja dependerá la intensidad del mismo.

EL GENERAL MAMBRÚ Y SU FAMILIA

TANTO el general Mambrú como los muchachos representados en el grabado de esta página, se construyen con cerillas usadas. Examinemos, primero, el general. Una ojeada al dibujo número 3 nos hace comprender cómo está hecho: la cerilla que forma el cuerpo, se ha deshilachado por el extremo superior, para figurar el cabello; la cara, y toda la cabeza, se han formado con una gota de lacre. Los brazos son dos fósforos, y uno de ellos lleva pegado otro, figurando la espada. Las piernas se reducen asimismo a dos cerillas, algo dobladas para marcar las rodillas; y la vaina del sable la obtendremos colocando otra cerilla como lo indica el grabado, sirviendo además para mantener en equilibrio al bravo general. La manera de sujetar los fósforos es fácil: se enciende uno, y con él se calienta la parte o partes que se desean pegar; la cera se reblandece, y al endurecerse luego, queda sujeto lo pegado. Los ojos, nariz y boca se dibujan con tinta.

La muchacha que huye aterrada del fiero aspecto del general, se hace del mismo modo; pero, como es natural, los fósforos deben doblarse de diversa manera, conforme indica el dibujo número 2. Una cerilla sin cabeza, y doblada, sirve para los dos brazos. La falda se simula con un poco de lacre rojo, reblandecido por el calor, y moldeado con los dedos. La sombrilla se fabrica con el mismo material, y la varilla con un mondadientes de madera, el cual, partido por la mitad, se aguza por un lado y se mete en el lacre. El mango de la sombrilla se pega a la mano, calentando la cerilla y apretando contra ésta el palillo. El muchacho que, como su hermana, parece también huir espantado del feroz Mambrú, se construye muy fácilmente: basta echar una mirada al dibujo número 1 para comprender cómo han de doblarse las cerillas. El bastón es un mondadientes. Los rostros se hacen también como el de Mambrú, sólo que, como están de perfil, hay que valerse de los dedos para modelarlos bien. Con algo de práctica, la construcción de estas figuras se ejecutará sin dificultad alguna.



El general Mambrú y su familia, hechos de cerillas y lacre.

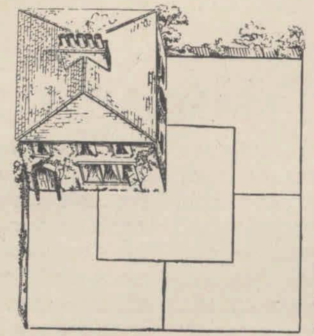
Juegos y pasatiempos

PROBLEMAS

LAS soluciones que van a continuación corresponden a los problemas de las páginas 2081-2084.

CÓMO REPARTIÓ EL PADRE SU JARDÍN

HABÍA de dividirse, como sabemos, en cuatro partes iguales en forma y tamaño. El grabado muestra a vista de pájaro el aspecto exacto del jardín después de la división. Veamos ahora cómo se le divide. Tracemos un croquis de la casa y jardín. La casa ocupa la cuarta parte de todo el terreno; por tanto, continuando con una línea los lados de la casa, dividiremos el jardín en tres cuadrados iguales. Después, cada uno de estos cuadrados lo dividiremos en cuatro iguales, con lo que habremos dividido el jardín en doce partes iguales, y como doce entre cuatro son tres, tenemos la solución con adjudicar a cada parte tres de los cuadrados pequeños, que forman figuras de área y trazado iguales, como puede verse en el grabado.



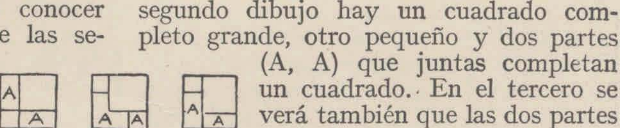
EL TEJEDOR Y EL PAÑO

LOS amigos del tejedor, a quienes fué propuesto este problema, se dieron por vencidos. Aunque discurrieron mucho, no pudieron hallar la manera en que debía cortarse el paño para conseguir el resultado pedido. Así, pues, el tejedor tuvo que decírselo, y en el dibujo adjunto se ve la solución.

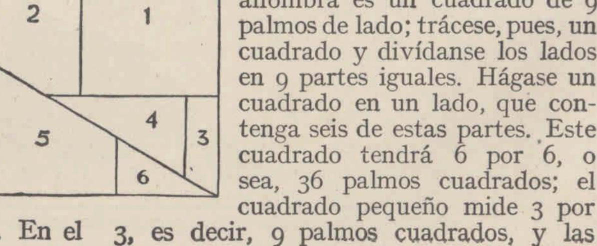
Se observará que aun cuando parece que hay muchas líneas, el paño quedó cortado en cuatro piezas de idéntica forma y de igual tamaño, y que cada pieza contiene un castillo y un león. Para comprobar que todas las piezas tienen igual forma, basta reproducir el dibujo y recortarlo por las líneas: colocando las piezas una encima de otra, se verá que coinciden exactamente. También se notará que, si bien cada pieza lleva un castillo y un león, éstos ocupan en cada una diferentes sitios, cosa esencial para la solución. Es imposible cortar el paño correctamente de otro modo.

CÓMO SE CORTÓ LA ALFOMBRA

LOS dibujos adjuntos dan a conocer cuatro procedimientos que las señoritas japonesas hubieran podido seguir para cortar la alfombra.



En los tres primeros, la alfombra está dividida en cuatro piezas, y de éstas una hermana hubiera recibido el cuadrado grande entero; otra, las dos partes marcadas A, A, en los dibujos, que juntas forman un cuadrado completo; y la tercera hermana recibiría el cuadrado pequeño. Tomando una hoja de papel, podemos trazar las líneas de los dibujos y cortar las piezas. En el segundo dibujo hay un cuadrado completo grande, otro pequeño y dos partes (A, A) que juntas completan un cuadrado. En el tercero se verá también que las dos partes A, A componen un cuadrado.



Ahora bien, sabemos que la alfombra es un cuadrado de 9 palmos de lado; trácese, pues, un cuadrado y divídanse los lados en 9 partes iguales. Hágase un cuadrado en un lado, que contenga seis de estas partes. Este cuadrado tendrá 6 por 6, o sea, 36 palmos cuadrados; el cuadrado pequeño mide 3 por 3, es decir, 9 palmos cuadrados, y las

dos partes restantes tienen cada una 6 por 3, esto es, 18 palmos cuadrados cada una; en junto, 81 palmos cuadrados.

Cualquier muchacho que sepa un poco de geometría, verá que las dos piezas A, A, juntas, forman un cuadrado perfecto, y se completan para ello, en las tres maneras de cortar la alfombra.

Pero si la alfombra se ha de dividir en tres cuadrados del *mismo tamaño*, es necesario cortarla de la manera que indica la cuarta figura, de modo que la primera hermana obtiene un cuadrado con el del número 1; la segunda un cuadrado hecho de las piezas 4 y 5, y la tercera el formado por las piezas 2, 3 y 6.

EL PROBLEMA DE LA COMIDA DEL VIAJERO

LOS árabes sorprendiéronse al oir la decisión del juez, y pensaron al principio que había cometido un error. Pero él repitió su fallo; y, cuando el moro que había poseído tres panes, dijo, en son de protesta, que era injusto que no teniendo él sino dos panes menos que su compañero, hubiese de recibir sólamente una moneda, mientras el otro recibía siete, ofrecióse el magistrado a explicarle por qué había dispuesto que el dinero fuese repartido en la forma antes dicha.

« Uno de vosotros tenía cinco panes »,— dijo—« y el otro tres, que hacían en conjunto ocho; y después, cuando llegó el tercer viajero, uniéndose a vosotros, los tres panes fueron repartidos por igual entre los tres. Ahora bien, suponed dividido cada pan en tres trozos iguales; habría entonces veinticuatro pedazos, y como los repartisteis por igual entre vosotros tres, cada cual recibió una porción igual a ocho de estas partes. Pero uno de vosotros tenía al principio cinco panes, o sea quince partes, y como sólo consumió ocho partes, hubo de dar siete al que nada poseía. El otro tenía al principio tres panes, es decir, nueve partes, y como se quedó ocho, sólo dió una al tercero; por consiguiente, mi decisión es justa, como todos podéis ver: las siete monedas han sido para el que dió siete partes, y la octava moneda para el que sólo dió una parte ».

Ambos viajeros tuvieron que convenir en que el fallo del juez era justo, aun cuando en los primeros momentos no viesen la cosa clara; y el de los tres panes se arrepintió de no haber querido aceptar las tres monedas que su compañero quería darle al principio.

EL CUADRADO MISTERIOSO

MUCHO tuvo que cavilar el muchacho para resolver este problema y ganar el premio que le había ofrecido su padre; pero justamente unos momentos antes de irse a la cama, dió con la solución. Si deseamos saber lo que hizo, debemos proceder del siguiente modo: Prolonguemos las líneas AB y CD hasta que se encuentren en el punto P; y también las líneas EF y GH, que se encuentran en el punto Q. Después, a lo largo de la recta AG tomamos AR igual a BP. Si cortamos a lo largo de las rectas PR y QR, tendremos cuatro piezas que juntas formarán un cuadrado, como se ve en el segundo dibujo. La figura original estaba formada de filas de cuadritos, empezando con una fila de nueve. El problema quedará resuelto de igual manera, si empezamos con una fila que contenga un número impar de cuadritos, y continuamos por filas sucesivas que contengan cada una dos cuadritos menos que la anterior, de manera que siempre llegamos a un solo cuadrito como término.

Cómo se hizo el cuadrado.

EL ENIGMA DEL MARINERO QUE SE RÍE

DE catorce maneras puede resolverse este problema. Hemos numerado los puntos, y el orden que ha de seguirse, en las diferentes soluciones, es el siguiente:

I. 1. 12. 11. 10. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 49. 48. 47. 46. 45. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 52. 50. 51.

II. 1. 12. 11. 10. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 44. 43. 41. 40. 52. 50. 51.

III. 1. 14. 15. 16. 84. 83. 82. 81. 80. 70. 69. 66. 68. 67. 62. 61. 58. 57. 56. 55. 54. 53. 52. 50. 51.

IV. 1. 14. 15. 16. 84. 83. 82. 81. 80. 70. 69. 65. 64. 63. 62. 61. 58. 57. 56. 55. 54. 53. 52. 50. 51.

V. 1. 12. 11. 10. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 36. 37. 38. 39. 40. 41. 42.

VI. 1. 14. 15. 16. 84. 85. 86. 87. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 49. 48. 47. 46. 45. 35. 44. 43. 41. 42.

VII. 1. 13. 6. 7. 8. 9. 10. 22. 23. 24. 25. 26. 27. 28. 29. 30. 31. 32. 33. 34. 35. 44. 43. 41. 42.

VIII. 1. 14. 15. 16. 17. 18. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 22. 87. 86. 85. 84. 83. 82. 81. 79. 78. 76.

IX. 1. 2. 3. 18. 17. 16. 19. 20. 21. 10. 22. 87. 86. 85. 84. 83. 82. 81. 79. 77. 75. 74. 73. 72. 71.

X. 1. 12. 11. 10. 9. 8. 7. 6. 5. 4. 3. 18. 17. 16. 84. 83. 82. 81. 79. 77. 75. 74. 73. 72. 71.

XI. 1. 13. 6. 7. 8. 9. 10. 21. 20. 19. 16. 84. 85. 86. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97.

XII. 1. 13. 6. 5. 4. 3. 18. 17. 16. 19. 20. 21. 10. 22. 87. 88. 89. 90. 91. 92. 93. 94. 95. 96. 97.

XIII. 1. 13. 6. 7. 8. 9. 10. 22. 87. 86. 85. 84. 83. 82. 81. 80. 70. 69. 66. 68. 67. 62. 61. 60. 59.

XIV. 1. 13. 6. 7. 8. 9. 10. 21. 20. 19. 16. 84. 83. 82. 81. 80. 70. 69. 65. 64. 63. 62. 61. 60. 59.

CÓMO SALTAN LAS RANAS DE UNOS VASOS A OTROS

¿SE ha hallado ya la manera de hacer saltar a las tres ranas, o siguen aún inmóviles sobre los vasos?

Desde luego, las tres ranas podrán saltar fácilmente a los puestos de otras tres; pero esto no se permite, y, además, han de saltar a un vaso que no esté en línea con otro ocupado por una rana, en ninguna dirección, ni hacia arriba, ni hacia abajo, ni de lado, ni en diagonal.

Se habrá notado que en cada línea hay ya una rana; y así, si tres ranas han de saltar de su fila a otra, la de ésta debe saltar también a su vez. ¿Cómo puede conseguirse esto? Probando, claro está. Hay que probar con cada una de las ranas, para lo cual es conveniente darles nombre, y poner, en los vasos que dejen libres, papelitos con el nombre de las ranas respectivas, para no olvidar de dónde han saltado éstas.

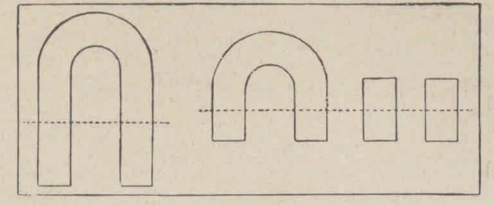
Supongamos que las ranas se llaman Juana, Dorotea, Antonia, Elisa, Leonor, Alicia, Petra y Luisa. Las tres que van a saltar son: Antonia, en la tercera fila de arriba; Elisa, que está sentada en el vaso extremo de la fila cuarta, y Petra, cerca del centro de la fila séptima.

Antonia, Elisa y Petra saltan de este modo: Antonia se traslada al segundo vaso de la fila séptima; Elisa pasa al vaso octavo de la fila tercera, el que está encima de ella; Petra se coloca en el vaso cuarto de la fila cuarta. Esta es la única manera de que salten las ranas.

EL PROBLEMA DE LA TARJETA EN FORMA DE HERRADURA

DURANTE largo rato quedaron los niños profundamente pensativos, ansiosos de resolver el problema que les había propuesto su tío; pero cuando les hizo ver cómo la herradura formada con la tarjeta podía dividirse nada menos que en siete porciones con solos dos cortes, la cosa les pareció sencillísima. La tarjeta no había de doblarse de ninguna manera. Sosteniéndola por la parte encorvada con una mano, el tío tomó las tijeras con la otra e hizo un corte que pasó por las dos

ramas de la herradura. Naturalmente este corte dividió aquélla en tres partes. Luego, colocando las dos partes rectangulares, que había cortado, al lado del trozo restante de la cartulina, hizo otro corte, que pasó por las dos piezas antes citadas y por las dos ramas recortadas de la herradura. De este modo quedó dividida la tarjeta en siete partes, según lo propuesto, en la forma que indica la figura.



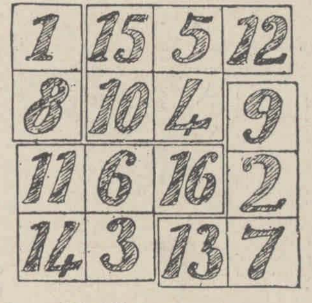
Cómo se hacen los dos cortes en la tarjeta en forma de herradura.

CÓMO PUEDEN PLANTARSE 24 ÁRBOLES EN 28 FILAS DE 4 CADA UNA

AUNQUE a primera vista le parecía imposible al jardinero que veinticuatro árboles pudiesen ser plantados de tal suerte que formasen veintiocho hileras, de cuatro árboles cada una, siendo rectas las hileras, sin embargo, el señor de quien hablamos en la proposición del problema, no tardó en demostrarle que, lejos de ser imposible, era en extremo sencillo. Dibujó, al efecto, un plano en el que aparecían colocados los árboles de manera que se cumplían todas las condiciones exigidas, por el cual se guió el jardinero, y que insertamos aquí. Se observa, desde luego, que las hileras no están colocadas las unas detrás de las otras, como los soldados de un regimiento durante una parada; pero esta condición nadie la había exigido, y claro es que, no disponiendo más que de veinticuatro árboles, no había medio de plantar así las hileras. Pero esto no impide que haya veintiocho hileras, cada una de las cuales contiene cuatro árboles, plantados en línea recta, habiendo dibujado dicho señor todas estas hileras en su plano, a fin de que no hubiese la menor dificultad en el momenro de hacer la plantación.

EL PROBLEMA DEL CUADRADO MÁGICO

SI nos fijamos en los dos grabados que acompañan a estas líneas, veremos de qué manera se cortó y combinó de nuevo el cuadrado, para convertirlo en un cuadrado mágico, esto es: que sus números, tanto si se suman vertical u horizontalmente, como en dirección diagonal, produzcan siempre el mismo resultado. El primer grabado nos muestra el cuadrado primitivo dividido en cuatro partes: una contiene dos espacios numerados; otra, cuatro espacios de la misma clase, y las dos restantes, cinco espacios cada una. En el otro grabado vemos estas cuatro partes dispuestas en distinto orden. Si se suman en esta segunda figura los números que forman columna, o bien los que componen una fila horizontal, el resultado de la suma será siempre 34; la misma suma se obtiene añadiendo unos a otros los números que forman las dos líneas diagonales del cuadrado en conjunto, o sumando entre sí los números que corresponden a cada uno de los cuatro cuadrados (de cuatro casillas cada uno) en que puede dividirse la figura total. Estudiando bien el segundo grabado, se verá que todavía se pueden hacer algunas combinaciones más, en las cuales la reunión de cuatro casillas da, por adición, dicho número 34.



1	11	6	16
8	12	3	9
15	5	12	2
10	4	13	7

EL EJÉRCITO NORTEAMERICANO ACAUDILLADO POR WÁSHINGTON, CRUZA EL RÍO DELAWARE

Este cuadro de Manuel Leutze, representa a Wáshington cruzando el río Delaware para sorprender al ejército británico, en la Navidad de 1776. Aunque como obra de arte, tiene defectos notables y es incorrecto en muchos pormenores, la escena está presentada con gran animación y vivo realismo.

El Libro de hechos heroicos

LOS HÉROES ANÓNIMOS DEL MUNDO

HAY muchas clases de héroes. El soldado que regresa victorioso a su patria al son de los clarines y al ondear de las banderas, deja tras sí, en el campo de batalla, al héroe que ha caído en el fragor de la pelea. Muy hermoso y emocionante es ver regresar al héroe vencedor; pero no lo es menos el pensar en el héroe que ya no volverá. Acordémonos siempre de los héroes cuyas hazañas no se hallan descritas en los libros; acordémonos del gran heroísmo de las almas sencillas, de los gloriosos hechos de las almas humildes. En otras partes de esta obra veremos notables empresas llevadas a cabo por grandes hombres y mujeres, y por héroes universalmente famosos. Aquí, en estas páginas, leeremos hazañas realizadas por personas sencillísimas y cuyos nombres quizás nos son enteramente desconocidos. Este es el gran libro de los héroes humildes y de los hechos heroicos que iluminan el camino de las almas esforzadas e intrépidas.

UNA ALDEA DE HÉROES

CÓMODAMENTE asentada en el verde hueco que forman ciertas rocosas montañas de Inglaterra, había una pequeña aldea, llamada Eyam, allá cuando la gran peste de Londres causaba tantos estragos, hacia mitades del siglo XVII. Hallábase Eyam a larguísima distancia de la capital, de manera que ningún sitio parecía más seguro contra el contagio que esta linda aldea.

Pero los pequeños e invisibles microbios que difunden las enfermedades por todo el mundo, van de unas partes a otras por conductos muy diferentes. Pueden ir llevados por el viento; pueden ser transportados en tren. A Eyam llegaron en un paquete de muestras enviada desde Londres al sastre de la aldea. La gran plaga, como se llamó en Inglaterra a esta peste, se hallaba contenida en aquel pequeñísimo paquete; tanto era ello así que, a los pocos días, el sastre y su familia habían bajado al sepulcro.

Reinó el terror en la aldea, y sus habitantes huyeron uno tras de otro; empero la peste quedó en ella y continuó extendiéndose durante casi un año. Todo este tiempo, el rector, Guillermo Mompesson, secundado por su esposa y por el ministro Guillermo Stanley, cuidó de los enfermos y les consoló en sus penas. En su inmenso dolor, los habitantes de Eyam parecían todos de una misma familia.

Mas no tardó en decaer el esforzado ánimo de la esposa del rector, llamada Catalina. Puesto que los enfermos se morían irremisiblemente y no quedaba ya esperanza de salvación para su esposo y para sus hijos, aconsejó insistentemente al rector que también él huyera de la aldea. Pero éste, manteniéndose firme en su puesto a pesar de lo angustioso de aquella situación, se negó a acceder a los ruegos de su esposa, si bien la facultó a que se marchara ella con los niños. Entonces, Catalina, que no era mujer capaz de dar la espalda al peligro, envió a sus hijos en compañía de unos amigos a una apartada población, y ella continuó al lado de su esposo.

A poco llegó el período más crítico. De tal manera se había cebado la peste en Eyam, que no podía dudarse de que cualquiera persona que saliese de la aldea llevaría consigo el germen de la epidemia y la difundiría por los pueblos vecinos, tal vez por todo el condado de Derby y aun por el norte de Inglaterra, indemne del azote hasta aquel momento.

Entonces los habitantes de Eyam, dirigidos por Guillermo Mompesson y Guillermo Stanley, tomaron una resolución que merecería escribirse en letras de oro en las páginas de la historia. Ellos mismos se aislaron del resto del mundo. Cerraron la iglesia, y para consolarse unos a otros se reunían cada día en una cueva. El comercio quedó paralizado, los obreros dejaron de trabajar, cerráronse las escuelas, y las casas se convirtieron en hospitales para los

enfermos. Nadie entraba ni salía de la aldea, y toda la ocupación de los hombres y mujeres consistía en cuidar de los enfermos y enterrar a los muertos.

Durante cuatro meses, quedó Eyam separado de todo contacto con los demás puntos de la tierra. Aunque hubiera muerto el rey, nadie, en Eyam, lo hubiera sabido: tan grande era el aislamiento en que vivían sus habitantes. Encerráronse en Junio, y en el mes siguiente, 56 de ellos yacían ya en el cementerio parroquial. En Agosto, murieron otros 72, y entre ellos la animosa Catalina Mompesson. Así, día tras día, la muerte fué arrebatando a mayor número de sufridos aldeanos hasta que, a mediados de Octubre de 1666, cuando hubo cesado la peste, no había quedado una sola familia completa; de los 300 habitantes que contenía antes de la epidemia, habían fallecido 259.

Tal fué la heroicidad de esta aldea admirable hace cerca de 250 años. Y el recuerdo de este pueblecito de héroes debe servirnos de modelo para serlo también todos nosotros.

LA AMISTAD DE DAMÓN Y PITIAS

DIONISIO fué un tirano que reinó en la ciudad de Siracusa, en Sicilia, y se mostró tan cruel que quienquiera le provocaba a enojo era irremisiblemente condenado a muerte. Cierto día se encolerizó contra un joven llamado Damón, que se había quejado de las crueldades del tirano. Damón, pues, fué condenado a la última pena; pero antes de morir suplicó a Dionisio que le dejase ir a ver a su mujer y a sus hijos. Dionisio hizo mofa de semejante pretensión.

—Si te soltara—pensó,—ya no volvería a verte.

Díjole Damón que tenía un amigo que se constituiría en rehenes hasta su vuelta, y este amigo, llamado Pitias, se presentó, en efecto, a ofrecerse como rehén por Damón.

—Si Damón no volviese—añadió, —moriré yo en lugar de mi amigo.

Maravillado Dionisio de que existiese un hombre que amase tanto a su amigo, concedió seis horas a Damón para ir a ver a su mujer y a sus hijos.

Creyó Damón que estaría de regreso dentro de cuatro horas, pero al cabo de este tiempo no había regresado todavía. Cinco horas, casi seis, pasaron, sin que Damón apareciera. El más dichoso de cuantos estaban encarcelados era Pitias, que deseaba ardientemente que Damón no regresase, pues sufriría gustoso la muerte en su lugar y salvaría así la vida a su amigo, que debía vivir para velar por su familia. Por fin, amaneció el día fatal, y ya muy próxima la hora de la ejecución, presentóse Dionisio con objeto de ver morir al rehén.

Con ánimo esforzado y tranquilo se preparó Pitias para la muerte.

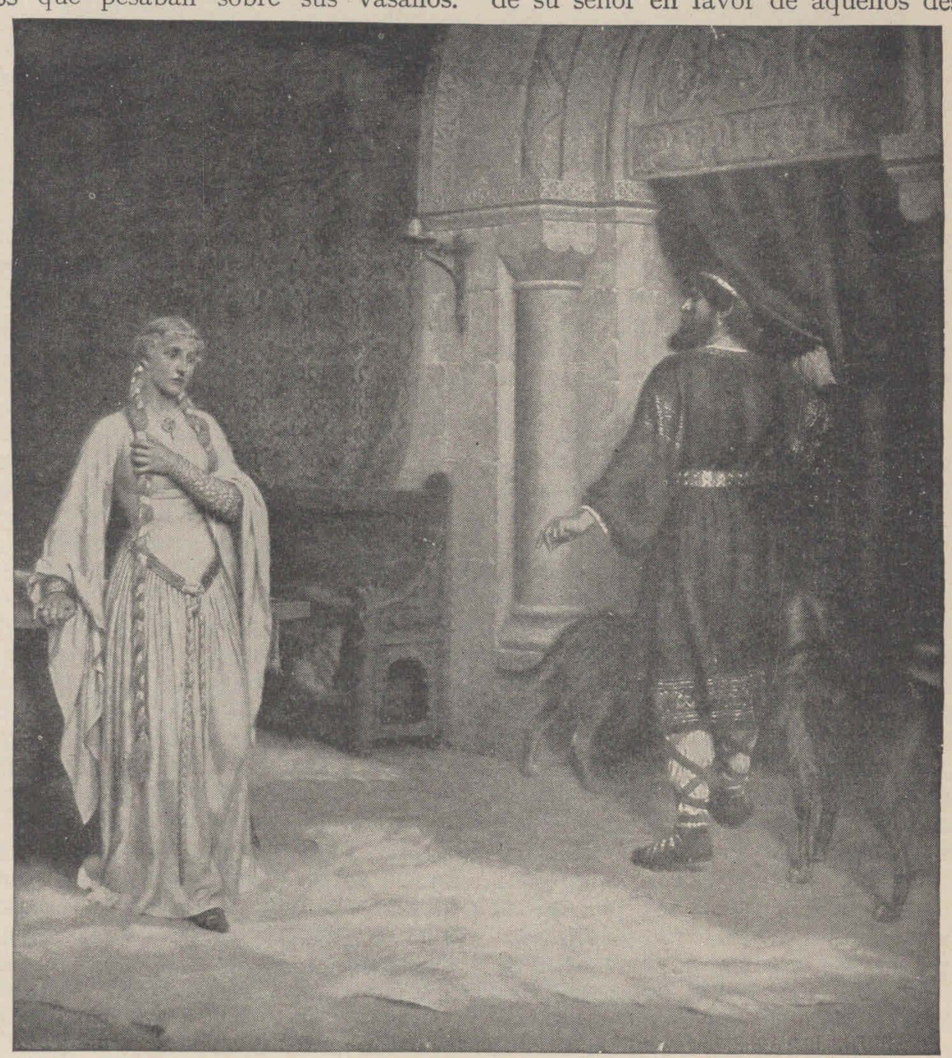
—Mi amigo — dijo — habrá tenido algún accidente o quizá estará enfermo.

Casi en el mismo instante en que iba a tener lugar la ejecución, llega Damón y abraza a su amigo. Estaba rendido de fatiga y llevaba el traje sucio del viaje. Habían matado su caballo y tuvo que adquirir otro, pero, corriendo al galope, pudo llegar a tiempo para salvar a Pitias de la muerte que éste iba a sufrir en su lugar. Esta oportuna llegada contrarió al rehén quien suplicó a Damón y al tirano que le permitiesen padecer el castigo.

Dionisio no había visto jamás semejante fidelidad. Era aquello un rasgo hermosísimo que no creía que existiese en el mundo: la amistad que acogía gustosa la muerte, si la muerte podía ayudar al amigo. Oprimiósele el corazón. Necesitaba hombres como aquellos para tenerlos como amigos suyos. Dirigiéndose, pues, a Damón y Pitias, mientras estaban disputando para dar la vida el uno por el otro, estrechóles las manos, dejólos libres y suplicóles le permitiesen participar de su amistad.

CÓMO AYUDÓ LADY GODIVA A SU PUEBLO

CUANDO, en 1040, era señor de Cóventry Leofrico el Danés, aumentó despiadadamente los impuestos que pesaban sobre sus vasallos. Reuniéronse éstos y enviaron a sus hombres más notables a implorar el favor de la esposa de Leofrico, Lady Godiva, a quien amaba el pueblo por los numerosos actos benéficos que su piedad ejercía con los enfermos y pobres, a fin de que suplicase al tirano que rebajase algunas de las abrumadoras gabelas.



LADY GODIVA INTERCEDIENDO CERCA DE SU MARIDO EN FAVOR DEL PUEBLO DE CÓVENTRY

Lady Godiva intercedió gustosa cerca de su señor en favor de aquellos desgraciados; mas Leofrico rechazóla bruscamente, diciéndole:

—No tienes vergüenza, al interceder por esos siervos plañideros y viles.

—¿Que no tengo vergüenza? Haré que lo digáis con razón, y veremos en-

tonces si estos siervos son efectivamente viles u honrados—replicó ella ofendida. —Porque recorreré a caballo la ciudad, sin más traje que mis largos cabellos, si logro de este modo haceros desistir de vuestros crueles designios.

—Hazlo y accederé a tus deseos,— dijo Leofrico.

Lady Godiva puso en conocimiento de su pueblo lo que proyectaba hacer, y a la mañana siguiente recorrió, en la forma anunciada, toda la ciudad de Cóventry de uno a otro extremo, a caballo; y sus habitantes permanecieron entre tanto encerrados todos en sus casas, a fin de evitar el más leve motivo de bochorno a su amada y generosa protectora.

Leofrico cumplió la palabra empeñada a su mujer. Suspendió las gabelas que pesaban sobre el pueblo; y, a partir de aquel día, los habitantes de Cóventry se complacen en honrar la memoria de Lady Godiva.

HEROICA HAZAÑA DE UNA VALIENTE COLEGIALITA

LAS hazañas de muchos héroes y heroínas son enteramente desconocidas para una infinidad de personas, pero todas ellas son dignas de recordación. Julia Hatcher, alumna de una escuela pública vivía en Morside, solitario lugarejo cerca de Blandford, en el condado de Dorset. Un día, mientras trabajaba en su casa, sobresaltáronla unos alaridos próximos.

Dirigióse a la puerta y quedó horrorizada, al ver que un torazo se arrojaba sobre un muchacho en un campo allende la carretera. El furioso animal volvía a la carga, una y otra vez, tomábalo en sus largos cuernos y arrojábalo al aire dejándolo caer pesadamente en tierra.

La muerte del muchacho parecía ser cuestión de momentos. Al advertirlo, Julia Hatcher corrió a salvarle. Peligroso era el paso que iba a dar y fatalísimas sus consecuencias, pues el toro enfurecido no estaba en condiciones de consentir que nadie interviniera.

Mas la serenidad de la muchacha estaba a la altura de la ocasión que se le presentaba. Recordó que los toros, cuando les apedrean, cierran los ojos. Corrió, pues, apresuradamente hacia él, después de haber recogido algunas piedras que halló en su camino, y así que hubo llegado a tiro de piedras empezó a apedrear al animal. No todas las piedras que lanzó la muchacha hicieron blanco: algunas fueron a caer muy lejos de la res, pero sirvieron para distraerla de su objetivo. Continuó la muchacha ganando terreno hasta que estuvo tan cerca que era ya imposible errar el tiro.

Resintióse el toro de estas caricias y cargó varias veces bajando el testuz. La muchacha permanecía firme en su sitio y detenía sus embestidas con un diluvio de piedras.

Al fin el toro se detuvo, miró un momento en torno suyo y dió media vuelta. Pronta a mejorar su situación siguió Julia apedreándole vigorosamente hasta que hubo desaparecido.

La valerosa muchacha, libre ya de su adversario, corrió hacia el muchacho que yacía en tierra sin sentido. El toro lo había maltratado terriblemente. Sus ropas estaban convertidas en harapos, y su cuerpo lleno de contusiones y magulladuras, aunque afortunadamente sin fractura de hueso alguno. Después de mucho trabajo, hizo que recobrase los sentidos, y poco a poco, en breve tiempo el niño quedó totalmente restablecido.

Si la intervención de la animosa muchacha no hubiese sido tan rápida y no se hubiera acordado de que los toros, cuando se les apedrea, cierran los ojos, el muchacho hubiese indudablemente perdido la vida.

Para premiar tan noble acción y el valor de hacer frente a un toro, el gobierno concedió a la discípula una medalla de bronce.



LA LUNA, REINA DE LA NOCHE

DURANTE millones de años, cincuenta por lo menos, la tierra ha ido acompañada de un *satélite* al cual damos el nombre de luna. En todas las edades ha sido este astro para el hombre objeto de gran admiración; y en la historia de casi todas las naciones, se conservan recuerdos de las épocas en que, subiendo de punto esta primitiva admiración, llegó a tributársele culto de adoración religiosa. Es, desde luego, por lo menos en cuanto a simple vista aparece, el más brillante de los cuerpos celestes después del sol; y así como éste es el rey del día, así también la luna, cuya belleza ha sido ensalzada por legiones de poetas, ha sido proclamada reina de la noche. La blancura de su luz ha sido siempre para los poetas el símbolo de la pureza, aunque esta luz, según es sabido, no proviene de la luna, sino que sólo es reflejo de la luz del sol.

Pasaron ya los tiempos en que el hombre se figuraba que todo cuanto se encierra en el mundo existía únicamente para su uso, y en que se atribuían a la luna fuerzas ocultas, como la de convertir en *lunáticos* a los hombres. Sabemos, no obstante, que la luna ejerce sobre la tierra influencias importantísimas. La más evidente de ellas es la luz que este astro nos envía y que de tanta utilidad nos es muchas veces durante la noche. Ya dejamos dicho que la tierra intercepta una parte muy pequeña de la luz del sol; claro está que la luna, cuyo tamaño es menor que el de la tierra, intercepta mucho menos luz todavía. Se ha calculado que se necesitarían 600,000 lunas llenas, brillando todas al mismo tiempo, para iluminar la terra como lo hace el sol ahora.

El sol brilla constantemente, y el lado de la luna que se halla expuesta a sus rayos está siempre iluminado, salvo cuando, en ciertas ocasiones, y por pocos minutos, se interpone entre ellos la tierra. La prueba de que la luna no tiene luz propia está en los cambios que nuestro satélite experimenta cada mes. Estos cambios, o *fases* que todos conocemos, no pueden explicarse sino admitiendo que la luz con que brilla la luna es reflejo de la del sol; por eso, cuando el sol la alumbra por el lado opuesto al que ella tiene vuelto hacia nosotros, no la vemos brillar.

La única excepción a esta regla es el fenómeno que algunas veces puede observarse, y que en algunas partes conoce la gente con la denominación de «luna vieja en brazos de la luna joven»; es decir, la luna presenta su creciente, o su menguante, con todo su brillo ordinario y al propio tiempo lo restante del disco de la luna aparece muy débilmente iluminado; en tal caso la luz del creciente o menguante, es reflejo de la del sol, y la que alumbra el resto de la luna es la reflejada por la tierra. Este hecho, a su vez, es uno de los que demuestran que, contemplando nuestro globo desde un mundo cercano, se le vería brillar, como acá vemos brillar a la luna; y, en efecto,

es tal la luz solar reflejada por la tierra, que puede llegar a iluminar bastante la superficie obscura de la luna hasta el punto de hacerla visible.

El gran brillo con que se nos muestra la luna se debe a su proximidad a la tierra. En todo el universo hay muy pocos astros visibles que sean más pequeños que nuestro satélite, pero éste tiene la ventaja de estar más cerca de nosotros que cualquier otro cuerpo celeste. La distancia que la separa de la tierra es sólo de unos 395,000 kilómetros, es decir, menos de diez veces la circunferencia del globo terráqueo; distancia, por cierto, muy corta comparada con la que nos separa del sol y aun del mismo planeta Marte. De aquí que, con la ayuda de nuestros telescopios, podamos examinar la luna más de cerca que cualquier otro astro.

POR QUÉ LA LUNA SE ENFRIÓ TAN APRISA Y MURIÓ TAN PRONTO

La luna, sin embargo, es relativamente muy pequeña; toda la superficie de la cara o hemisferio que podemos contemplar no es más, aproximadamente, que el doble de la de Europa.

Con sólo fijarse en el lugar que esta parte del mundo ocupa en un mapamundi, se verá que la superficie lunar no es gran cosa. La distancia de parte a parte de la luna, esto es, su diámetro, no excede mucho de la cuarta parte de la tierra; de modo que «si se cortase la tierra en cincuenta pedazos, todos ellos de igual tamaño, y cada uno de estos pedazos tomase forma esférica, todos ellos tendrían las mismas dimensiones de la luna». Pero la superficie de la luna es una treceava parte menor que la de la tierra. Estos datos tienen sumo interés e importancia, pues nos enseñan que la superficie de la luna es muy grande en proporción a su tamaño, si se compara con la tierra; el volúmen de esta última, en efecto, es cincuenta veces el de la luna, pero no así su superficie, que sólo es trece veces mayor que la de su satélite. Este es el motivo por el cual la luna se enfrió mucho antes que nuestro planeta, y este rápido enfriamiento da la explicación de dos puntos importantes, a saber: primero, el estado de mundo muerto que ofrece la luna, y segundo, el aspecto de su superficie, el cual parece indicar que su vida debió ser corta, pero tormentosa. La corteza de la luna, al enfriarse, comprimió tan rápidamente el interior, que hubieron de producirse fenómenos muy violentos, cuyas huellas han perdurado en la superficie del astro, después de transcurridos muchos siglos, como para ofrecerse al estudio de los astrónomos.

LA CARA DE LA LUNA QUE NUNCA HA PODIDO VERSE

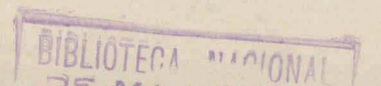
El hecho de que el diámetro del disco lunar nos parezca siempre igual, demuestra que la distancia existente entre la luna y la tierra varía muy poco, cualquiera que sea el punto de la órbita que aquélla recorra. Y así es, en efecto.

Esto es debido, claro está, a que la luna tiene su movimiento de traslación, es decir, da vueltas alrededor de la tierra, siguiendo una órbita casi circular, aunque no del todo; y efectúa una de esas vueltas enteras en poco más de veintisiete días, período que viene a constituir el mes verdadero, o mes lunar. El año está dividido en doce meses, según reza el calendario, pero esta división es puramente arbitraria y convencional; en realidad, el año tiene trece meses y pico, es decir que, mientras la tierra da una vuelta alrededor del sol, la luna da algo más de trece alrededor de la tierra.

Pero observamos que la luna, al moverse en torno de la tierra (movimiento de traslación), tiene siempre vuelto hacia nosotros el mismo hemisferio, o cara. En efecto, nunca hemos visto, ni podremos ver, más que una mitad de la luna, o un poquito más de la mitad. Esto se debe a que la luna tiene también un movimiento de rotación, esto es, da vueltas alrededor de su eje, al propio tiempo que las da alrededor de la tierra; y precisamente para efectuar cada una de esas vueltas completas en torno de la tierra, tarda el mismo tiempo que para dar una vuelta sobre sí misma; es decir, que lo

CONTEMPLANDO OTRO MUNDO

La luna es el mundo más cercano a la tierra de cuantos hay en el espacio. Su distancia es sólo de 390,000 kilómetros, y, al observarla con la ayuda de un gran telescopio, parece acercarse a nosotros mostrándose tan próxima como se ve representada en la parte superior de este grabado. Es tan grande la luna vista con uno de esos telescopios, que sólo podemos estudiar a la vez una pequeña parte de su superficie; ello nos permite trazar mapas de la luna más completos y detallados que los de algunas regiones de la tierra.



que llamaríamos en la luna un día de 24 horas, equivale a un mes de los nuestros.

Si, pues, hubiese habitantes en la luna, tendrían sus días y sus noches, como nosotros y por el mismo motivo que nosotros, es decir, a causa de la rotación del astro sobre su eje. Pero como esta rotación es sumamente lenta, el período de claridad, durante el cual brilla el sol, duraría quince días de los nuestros, aproximadamente, y, a su vez, el período de obscuridad, que corresponde a nuestra noche, duraría otro tanto.

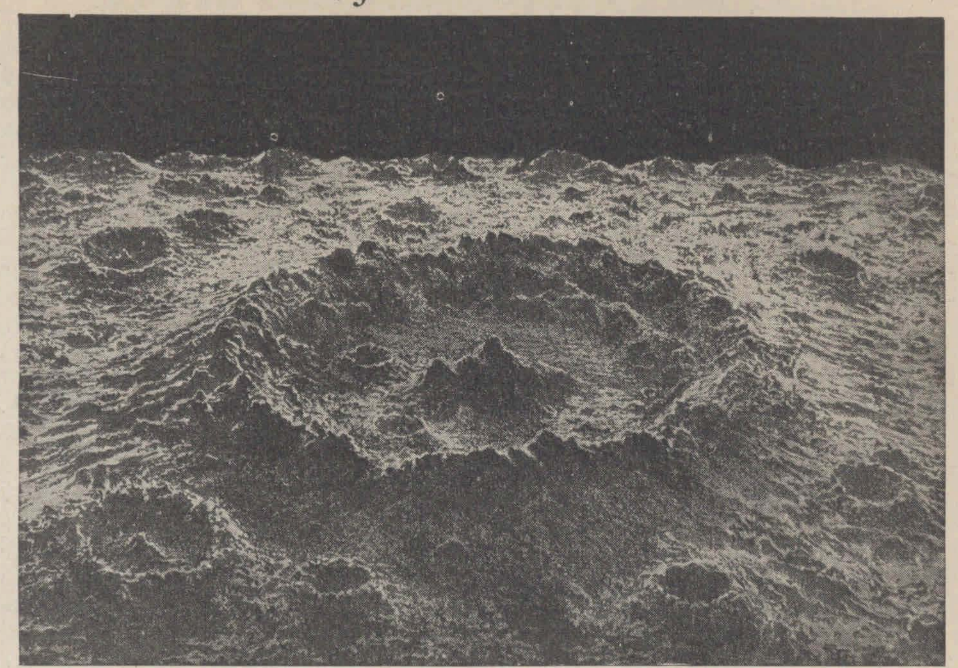
MAPA DESCRIPTIVO DE LA LUNA: UN MUNDO MUERTO ALUMBRADO POR EL SOL



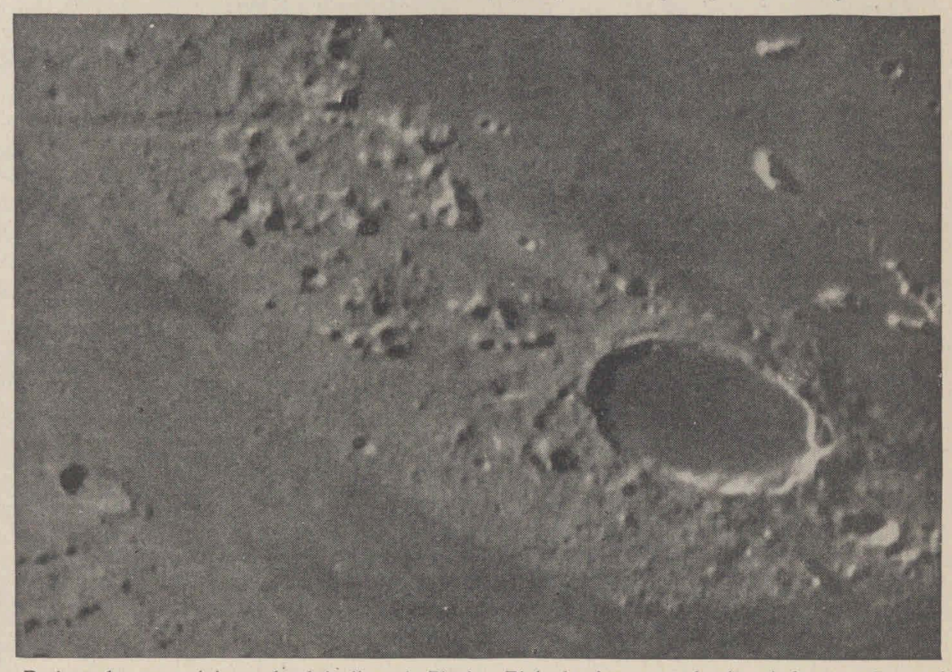
Este grabado representa un mapa de la luna, la cual es realmente un mundo muerto como lo sería la tierra si no existiera en ella ningún ser viviente. La luna se mueve alrededor de la tierra como ésta alrededor del sol. No es luminosa de por sí; lo que vemos es la luz del sol reflejada en su superficie, como la luz de una bujía que se refleja en la pared. Vemos, en realidad, la mitad de un enorme globo, a modo de pequeña tierra, iluminado por el sol y que gira velozmente en el espacio como una granada, no obstante ser su peso de millones de toneladas.

UN MUNDO MEJOR CONOCIDO QUE CIERTAS REGIONES DE ÁFRICA

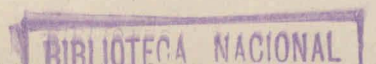
Desearíamos, claro está, ver la otra cara de la luna, pero podemos desde luego tener la seguridad de que, si llegásemos a verla, la encontraríamos muy parecida a la que ahora se ofrece a nuestra vista. Poseemos actualmente mapas muy detallados del hemisferio lunar visible, obtenidos por medio del dibujo y por medio de la fotografía. Según ha dicho Sir Robert Ball, «los astrónomos conocen la superficie de la luna mejor que los geógrafos



La superficie de la luna está cubierta de manchas, de las cuales las más claras son aquellos grandes espacios, o llanuras, que pueden distinguirse a simple vista. Con la ayuda de un telescopio, sin embargo, podemos ver extensas cordilleras de montañas y cráteres de volcanes apagados, como los que representa este grabado.



Regiones lunares próximas al volcán llamado Platón. El óvalo obscuro es el cráter de la montaña, y mide, en su parte más ancha, no menos de 80 kilómetros y medio. Las paredes de este cráter, la negrura de cuyas sombras se distingue a la izquierda del óvalo, alcanzan, en ciertos puntos, una altura de 2500 metros. En la parte superior del grabado, a la izquierda, vemos un surco, o valle, cuya formación atribuyen algunos astrónomos al paso de un enorme aerolito por la superficie lunar, mientras otros lo suponen producido por terremotos.



conocen el interior de Africa. No hay en la superficie lunar un paraje de las dimensiones de una parroquia inglesa, que no figure en los mapas de la luna; y todos los objetos de alguna importancia tienen su nombre propio ». Conviene recordar, no obstante, que esto se refiere únicamente a una mitad de la luna; nada sabemos de la otra mitad. Al examinar un mapa de la luna, no vemos en él nada que se parezca a la « cara » que ya desde muy niños aprendimos a conocer, con sus ojos, su nariz y su boca, pero inmediatamente nos hacemos cargo de las causas a que es debida esa apariencia.

La superficie de la luna se halla cubierta de manchas, las mayores de las cuales, extensos espacios perceptibles a simple vista, fueron denominados *mares* por los antiguos astrónomos, si bien es cierto que no contienen agua. Tambien se distinguen unos surcos, que son cordilleras, y grandes anillos, que son restos de volcanes.

No cabe dudar de que muchas cosas de las que vemos en la luna subsisten realmente en su superficie y de que algo que está fuera de ellas las alumbra, puesto que se distinguen perfectamente las sombras que proyectan. Durante el plenilunio, cuando caen perpendicularmente los rayos del sol sobre la luna, estas sombras no se producen, y si bien entonces es muy hermoso a simple vista el aspecto de la luna, los astrónomos no pueden observar en ella tantas cosas como en otras ocasiones. Para examinar en las mejores condiciones posibles de observación una montaña lunar determinada, conviene aprovechar, durante el curso de las fases de la luna, la ocasión en que dicha montaña se halle no lejos del borde entre la luz y la obscuridad. Los rayos solares caen entonces transversalmente sobre ellas, permitiéndonos así distinguir no sólo sus formas, sino también las sombras que proyectan y, por éstas, calcular su altura.

Las sombras que se observan en la luna son claras y de contornos definidos. La razón de esto es que nuestro satélite no se halla rodeado de aire, como nuestro globo. Las sombras de los objetos terrestres, rodeados como están de aire, no son ni tan precisas ni tan negras como lo serían si en la tierra no hubiese aire, porque este agente difunde la luz, algunos de cuyos rayos llegan a penetrar aun en la parte más obscura de las sombras. Ahora bien; sabido es lo muy fácil que resulta averiguar la altura de un objeto, mientras podamos medir su sombra. Conviene efectuar esta operación al mediodía, cuando el sol alcanza su mayor altura; y si sabemos a cuánto alcanza esta altura, podemos, sin la menor dificultad, calcular la del objeto de que se trata con sólo medir la longitud de su sombra. Por cierto que, si lo hacemos en determinados días del año, esta longitud será igual a la altura del objeto que deseamos medir. Tampoco es difícil averiguar el número de kilómetros que mide una sombra en la luna, ni la altura que corresponde al sol, contemplado desde el paraje lunar de referencia; así, en efecto, ha podido calcularse la altura de los picos y de los cráteres lunares. Hay cráteres de esos cuyo ancho, o diámetro, es de 80, 100 y más kilómetros; las paredes de algunos de ellos alcanzan enorme altura, por ejemplo, 4000 metros. En otros puntos hallamos, en lugar de un cráter, extensas llanuras, a veces con una cima montañosa en el centro.

ALTERACIONES OCURRIDAS EN LA LUNA ANTES DE QUE EN LA TIERRA HUBIERA SERES HUMANOS

Según muchos astrónomos, todavía se observa alguna que otra huella de actividad en la luna; así, por ejemplo, dícese haber sido descubierto un pequeño cráter que antes no existía. Ello, no obstante, aunque fueran absolutamente ciertas semejantes alteraciones en la luna, podemos asegurar que nada de lo que sucede ahora en ella es comparable, ni de mucho, con los grandiosos acontecimientos a que se debe el aspecto actual de la superficie lunar. Es creíble que dichos

LA TIERRA VISTA DESDE LA LUNA



Aspecto que ofrecería la tierra si pudiésemos contemplarla desde la luna. La luz del sol, al alumbrar la tierra, ha de hacerla brillar como la luna, vista (si es que se la ve) desde los otros planetas. No sabemos si existen habitantes del universo que puedan verla bajo ese aspecto, pero si los hay, deberán ser completamente distintos de nosotros. Ningún ser que para vivir necesite aire subsistiría en la luna, pues ésta es un mundo sin atmósfera. Los habitantes de la luna no podrían hablar, porque sin aire no hay sonido posible; la bala más grande que pueda disparar un cañón caería en la superficie de la luna, si la alcanzase, sin producir ruido alguno. Aunque la luna estuviese cubierta de flores preciosas, no despedirían olor; y aunque cantaran los pájaros en las ramas de los árboles, no se oiría ni una sola nota. La luna es, pues, un mundo silencioso, en donde son desconocidos los sonidos, la palabra y los olores.

acontecimientos tuvieron lugar no sólo antes de que en la tierra hubieran aparecido seres humanos que pudiesen contemplarlos, sino aun en épocas remotísimas, cuando era tal la temperatura de la tierra que hacía imposible la existencia de cualquier forma de vida.

Sea esto como fuere, el estado de la superficie de la luna nos muestra bien claramente lo que suponemos había de ocurrir, teniendo presente que un cuerpo pequeño se enfría mucho más aprisa que uno grande. Hay en la luna un cráter cuyo diámetro es de cerca de 129 kilómetros, advirtiendo que los demás cráteres no se encuentran en uno que otro punto, sino que cubren casi toda la superficie de la luna. Es preciso explicar de algún otro modo esa tremenda acumulación de volcanes; y aquí hallamos de nuevo la explicación de ese hecho en la pequeñez de la luna.

UN HOMBRE EN LA LUNA PODRÍA SALTAR DE UN LADO A OTRO DE LA CALLE

La fuerza de gravedad de la luna es muy distinta de la de nuestro globo terráqueo, tan distinta que aquella no pasa de la sexta parte de la fuerza de gravedad terrestre. De manera que un hombre que en la tierra salta una altura de dos metros, podría, puesto en la luna, saltar una altura de doce. Aplicado este principio a los volcanes lunares, es notorio que su fuerza explosiva, al arrojar a lo alto las materias procedentes de lo interior de la luna, encontraron tan escasa resistencia, gracias a la poca fuerza de atracción lunar, mucho menos intensa de lo que estamos acostumbrados a ver acá en la tierra, que fué cosa realmente fácil la formación de esas grandes masas montañosas en la superficie de la luna.

Los rasgos de la superficie de la luna son debidos a la acción volcánica y al efecto producido por su rápido enfriamiento. El de la tierra es caso muy distinto, pues gran parte de lo que ha ocurrido y sigue ocurriendo en ella, es atribuíble a la acción del agua, del aire y del viento. El estudio de la tierra nos ha demostrado ya la trascendental importancia del aire y del agua en cuanto se refiere á las transformaciones de la superficie terrestre. La luna, por lo contrario, es un mundo que carece de aire y de agua. Por eso ha dicho un astrónomo:

«Parece probable que un edificio construído en la luna permanecería siglo tras siglo tal como lo hubiera dejado el constructor. No sería necesario que en las ventanas hubiera cristales, pues no hay allí viento, ni lluvia, de los cuales deba uno guarecerse. Tampoco harían falta chimeneas en las habitaciones, puesto que los combustibles no pueden arder sin aire. Los habitantes de una ciudad lunar no verían levantarse polvo, ni percibirían olores, ni sonidos».

POR QUÉ NO OCURREN EN LA LUNA CAMBIOS COMO LOS DE LA TIERRA

El aire y el agua suavizan, como es sabido, las asperezas del suelo, alisando por medio del frote y redondeando sus contornos: pero después que un volcán de la luna hubo arrojado masas de lava, y estas masas, al enfriarse, se solidificaron, su forma ya no cambió en el transcurso de los siglos, porque no existe en la luna nada que pueda acarrear el menor cambio.

No hay más que una circunstancia a la cual puedan atribuirse las transformaciones de su superficie. Careciendo, como carece la luna, de una envoltura protectora de aire, está expuesta, sin abrigo alguno, al ardor de los rayos del sol. Durante el período de claridad, que equivale a quince dias de los nuestros, su superficie se calienta intensamente, mientras que durante el período de obscuridad, equivalente a quince de las noches terrestres, sin nada que contribuya a conservar el calor recibido durante el día, se disipa éste por radiación, enfriándose rápidamente la luna hasta una temperatura que nunca se experimenta en parte alguna de nuestro globo. De suerte que la superficie de la luna no puede menos de contraerse y dilatarse considerablemente con las alteraciones de calor y frío que sufre en el transcurso de sus días y sus noches.

LA TIERRA Y LA LUNA EN LA ÉPOCA EN QUE FORMABAN UN SOLO ASTRO Y EL DÍA DURABA 4 HORAS

No hay duda de que la materia de que se compone la luna formó parte de la tierra en tiempos pasados. Las pruebas de que esto es así, no están al alcance sino de los que han estudiado muchas matemáticas; pero se ha demostrado que la luna, se va alejando actualmente de la tierra, y que hubo un tiempo en que estaba muchísimo más cercana. En aquella lejana edad, nuestro satélite debía dar vueltas alrededor de la tierra con la misma velocidad con que ésta las daba sobre sí misma. El día duraba entonces cuatro horas, y el mes tenía la misma duración, pues sabemos que el mes depende del tiempo que tarda la luna en dar una vuelta en torno de la tierra. Esto equivale a decir que la luna y la tierra se movían juntas, como si hubiese existido entre ellas una íntima unión, o como se hubiesen formado un solo cuerpo, cosa que ciertamente debió acontecer en épocas todavía más remotas. Nos referimos, claro está, a una tierra muy distinta de la que vemos ahora, y cuya superficie era probablemente líquida. Al dar vueltas la tierra sobre su eje con esta gran rapidez, es decir, en cuatro horas, el sol debía producir en ella mareas formidables, y es posible que la formación de la luna deba atribuirse a haberse desprendido una onda de tierra líquida levantada en una gota—digámoslo así—de esas inmensas marejadas, como se desprende una gota de agua de un paraguas abierto al cual se imprime un movimiento rápido de rotación.

ÓRBITA DE LA LUNA ALREDEDOR DE LA TIERRA

Eso es todo cuanto podemos decir por ahora acerca de esta cuestión compleja, aunque muy interesante. Si fuese verdad que este es el origen de la luna, sería presumible que debería girar sobre sí misma y alrededor de la tierra, en el mismo sentido que nuestro globo gira sobre su eje y en torno del sol; y observamos que así es, efectivamente. Pero la órbita de la luna, es decir, el camino que sigue ésta alrededor de la tierra, no está del todo al mismo nivel, o en el mismo plano, como dicen los astrónomos, que la órbita de la tierra al moverse alrededor del sol. En un dibujo trazado sobre una superficie plana—por ejemplo, en la lámina que figura en una de estas páginas—parece que la luna se mueve alrededor de la tierra en el mismo nivel en que esta última da vueltas en torno del sol. Si esto fuera así, no veríamos nunca la luna llena, pues la tierra se interpondría entre ella y la luz del sol, y en vez del plenilunio, tendríamos todos los meses un eclipse de luna. Asimismo habría cada mes un eclipse de sol, producido por la interposición de la luna entre la tierra y el sol. Pero si tomamos en cuenta que el camino recorrido por la luna está algo inclinado, formando un ángulo con el que sigue la tierra alrededor del sol, comprenderemos cómo es posible el que veamos la luna llena, y asimismo cómo puede producirse eclipse, cuando en determinadas épocas la órbita de la luna cruza la órbita terrestre.

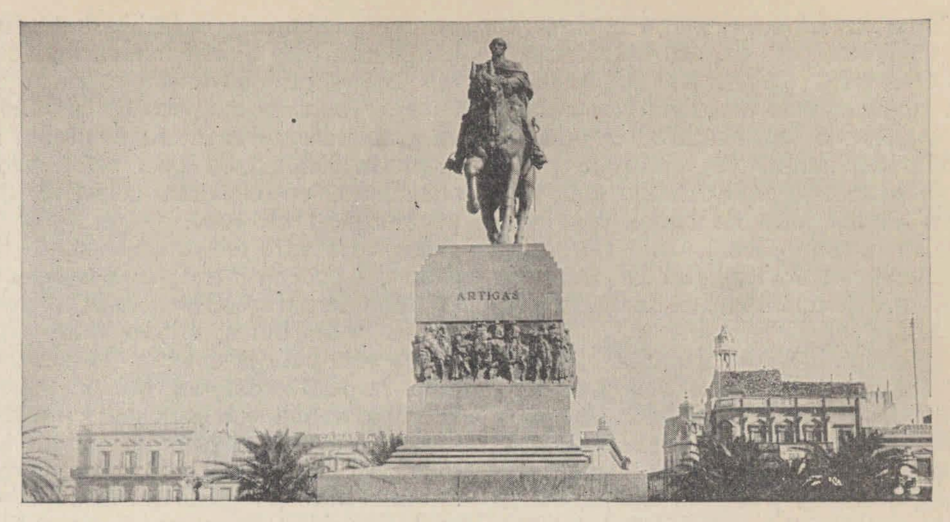
EL ASPECTO QUE OFRECERÍA LA TIERRA A UN HABITANTE DE LA LUNA

Si vivieran en la luna seres inteligentes, considerarían la tierra como un astro magnífico, cuyo tamaño sería varias veces mayor que el que nos parece tener la luna, de un brillo igual al de ésta, pero con frecuencia oculta parcialmente por nubes, cosa que no sucede nunca tratándose de la luna. Este globo terráqueo produciría eclipses de sol, pero como su tamaño, visto desde la luna, sería muy superior al del sol, un eclipse de este astro causado por la tierra y visto desde la luna, no sólo ocultaría el disco solar, sino las protuberancias y la corona, dejando tan sólo a su alrededor un tenue resplandor circular.

PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA DEL URUGUAY



1. El General Idiarte Borda, Presidente, 1894-1897. 2. El Doctor Claudio Williman, Presidente, 1907-1911. 3. Juan Lindolfo Cuestas, Presidente, 1897-1903. 4. El Señor José Batlle y Ordoñez, Presidente, 1903-1907, 1911-1915. 5. Teniente General Máximo Tajes, Presidente, 1886-1890. 6. Ing. D. José Serrato, Presidente actual, 1923. 7. El Doctor Julio Herrar y Obes, Presidente, 1890-1894. 8. El Doctor Baltasar Brum, Presidente, 1919-1923. 9. El Doctor Feliciano Viera, Presidente, 1915-1919.



PRÓCERES URUGUAYOS

ARTIGAS

Nació el 19 de Junio del año 1764, de padres como él naturales de Montevideo, aunque descendientes de los primeros pobladores del territorio de lo que fué luego la República Oriental del Uruguay. La elección de las tareas a que podían dedicarse los aquí nacidos, no ofrecía dificultades a los que se llamaba los criollos, pues cerrados en general para ellos los limitados cargos de carácter público, que, por múltiples razones, se reservaban a los españoles, y no existiendo en realidad ninguna industria urbana que asegurara la existencia, por sobria que fuera, la labor del campo se imponía, y se imponía el aprovechamiento de las actividades en esas faenas rurales, que eran las más remuneradoras, o, quizás, las únicas en algo remuneradoras.

Pero si el hecho, en sí, de una mayor compensación en ese trabajo, justificaba que la juventud buscara en las tareas rurales sus naturales ocupaciones, había aún otra razón de más peso que impulsaba a esos trabajos, especialmente a las naturalezas altivas, tan frecuentes en la raza, y esa razón era que el campo ofrecía una independencia, impuesta fatalmente por las circunstancias, que no se hallaba en la ciudad, dominada por un cierto predominio de los aristocratismos lugareños, tanto más incómodos cuanto más inconcebibles e injustificados eran.

En efecto, la soledad de nuestra campaña, más acentuada por la carencia casi absoluta de elementos delegados de la autoridad central para mantener el orden, daba a sus campiñas un áspero y sano ambiente de libertad; había peligros reales, pero eso mismo obligaba a defenderse, a vigorizar el músculo, a desafiar las posibles agresiones, a luchar, a vencer, adquiriendo el dominio propio al adquirirlo sobre los demás.

José Artigas siguió esta ruta, y en esas tareas varoniles se hizo insuperable, tuvo reputación que se extendió al contorno, adquirió prestigios; su fama de valiente corrió de boca en boca, y fué admirado y respetado por las gentes honradas y temido por los bandoleros, eficaces factores todos de futuras soberanías.

Cuando el lazo férreo del coloniaje se aflojó y se sintió flotar en el aire un vago aliento de rebelión, todas las miradas se volvieron a Artigas, que era el jefe natural de aquellos elementos criollos, que incubaban en la selva inextricable o en la pradera salvaje el germen de la independencia irreductible y bravía.

Y había allí, sin disputa, la simiente de un héroe, pero de esos héroes sanos, nobles, que parecen sintetizar en sí las cualidades de una raza y reunir los prestigios de un caudillo, no de un dominador ambicioso, ebrio de poder y de grandeza, sino caudillo a la manera de los jefes de Israel, que conducían a su pueblo, sin retroceder jamás, llenos de fe, hacia las fronteras distantes y luminosas de la tierra prometida.

Y sonó la hora del alzamiento, y vino el choque, primero en San José, con éxito favorable y halagador, luego se produjo la batalla de las Piedras, la primera victoria patriota por sus resultados decisivos y el gran choque ostensible de una vieja hostilidad latente, choque tanto más violento cuanto más había tardado en estallar. Y, sin embargo, el encuentro fragoroso no turbó un instante la serenidad del vencedor, y Artigas, identificado con su noble apostolado de gloria y de sacrificio, fué el vencedor hidalgo, el soldado caballeresco que presentaba armas a su valiente contrario vencido y rendía al valor del adversario los honores de la guerra. Así fué siempre: caballeroso, por tradiciones de raza, por temperamento y por convicción. Sobrio, severo, casi mezquino para sí mismo, lo quiso todo para su pueblo; sintió en su alma, con ritmo amigo, la libertad que proclamaba; amó y comprendió como nadie la democracia, cuya igualdad leyó elocuentemente en el libro de la Naturaleza, cuando, oficial de blandengues, cruzaba pensativo la campaña desierta, persiguiendo al bandolero rural, al contrabandista audaz o al aventurero rápido en su ataque como una racha de tormenta. Y fué ese culto sincero de la igualdad su mayor gloria; pues, militar y valiente, hubiera combatido sin tregua como lo hizo, hubiera deslumbrado con su valor, hubiera vencido; pero sus triunfos, en el desierto solitario, se hubieran extinguido en breve, se hubieran apagado; mientras que aquel patriota sencillo y modesto, con un inquebrantable espíritu de justicia, con un amor indomable a la libertad y un hondo e intenso afecto a su suelo, labró un rastro profundo en su patria, que lejos de borrarse al paso de los años, va grabándose más intensamente en la memoria nacional, en el corazón de cada ciudadano, en el alma colectiva del pueblo que tanto amó.

Representante del orden, como delegado del poder central en la campaña, su alma se saturó de energías al paso de las brisas libres; usó su valor y su fuerza sólo para la defensa del derecho, para la protección del humilde, para la salvaguardia del perseguido injustamente. Cuando después fué jefe de las milicias de su suelo, fué siempre irreductible en todo aquello que menoscabara la dignidad de su provincia o empañara el honor de sus fueros, y así cuando las rivalidades del Gobierno de Buenos Aires provocaron solapada lucha contra sus prestigios, que eran un obstáculo a las ambiciones desmedidas, no pudo aceptar la humillación de su suelo natal y prefirió partir, seguido de su pueblo, en caravana interminable, a preparar en territorios más favorables el núcleo de la resistencia para las reivindicaciones futuras. Fuera cual fuere su valor, su competencia guerrera, sus triunfos y sus lauros, Artigas fué, ante todo, un símbolo único, excepcional, en el desarrollo de la emancipación sudamericana, pues cuando, en torno, los políticos más eminentes encaraban la separación del dominio de España como un cambio de dueño, y buscaban, a través de la Europa, un monarca que los dirigiera, pues no comprendían ni sabían en realidad lo que era una democracia, Artigas adivinaba su importancia y su eficiencia, aceptaba todas sus luchas, todos los odios por defenderla, pues comprendía el alto significado íntimo del vocablo, presentía en su mente y su corazón esa organización ideal de los pueblos libres, y se identificaba con esa igualdad dignificante de la especie, que hace de cada hombre un ciudadano, misionero del derecho y de la libertad.

Artigas, proclamando en estas re-

giones perdidas de la joven América, a principios del siglo pasado, las que llama ya la historia « Las Instrucciones del año XIII », en que se consagraba la libertad civil y religiosa, la igualdad en la libertad y en la seguridad individuales, y se alzaban barreras insalvables al despotismo militar que podía comprometer esa independencia, Artigas, repito, era un emblema más que un hombre, un jefe y un caudillo, era un vidente que penetraba con mirada profunda las nubes del porvenir, era un precursor genial de las democracias fecundas, que recién empiezan hoy, acaso, a adoptar sus contornos verdaderos. Y por eso, por su visión clara y precisa, por su desinterés absoluto, por su sencillez insuperable, se ha convertido en un emblema, en un símbolo nacional; es el alma pura, de impecables contornos, de la patria eternamente grande, bella y querida.

DÁMASO ANTONIO LARRAÑAGA

Este sacerdote uruguayo, nacido en Montevideo el año 1771, es uno de los curiosos ejemplos que ofrece esta República Oriental del Uruguay, tan culta y tan original desde los primeros años de su fundación, en sus aficiones científicas y literarias.

El Padre Larrañaga, como se le llamaba aún siendo Vicario Apostólico de la República, cuando su iglesia se separó de la de Buenos Aires, quiso ser sacerdote contra la voluntad de sus padres, que deseaban hacerlo médico, para lo cual lo habían enviado a cursar estudios en Buenos Aires y en Córdoba, cuya Universidad era famosa; y siguiendo su vocación, ordenóse de sacerdote en Río de Janeiro, lo que no fué obstáculo para intervenir más tarde ardientemente en la empresa de la Reconquista de Buenos Aires, a las órdenes de Liniers; en combates contra los ingleses, en su patria; en las luchas emancipadoras de Artigas, luego, y en los posteriores combates de la independencia más tarde.

La personalidad de estos luchadores sacerdotes, un poco tal vez por el temperamento o la raza, y mucho por el ambiente batallador circundante, parecía notablemente combativa, indiscutiblemente valiente, y, como una derivación de la separación de la metrópoli, cuyos sacerdotes eran excepcionalmente intransigentes, éstos eran acentuadamente tolerantes.

El Padre Larrañaga, por ejemplo, tuvo una señalada intervención política en la Provincia Oriental, y en la República luego, y puede juzgarse su criterio filosófico, diciendo que su espíritu se identificaba con el credo democrático más puro, proclamando lealmente la igualdad civil y política, la libertad religiosa, la más amplia y fecunda tolerancia, y presentando a la Asamblea Legislativa, en los albores de la nacionalidad, un proyecto de ley suprimiendo la pena de muerte, lo que era extraordinario, para su época y para su país.

Este espíritu levantado era la síntesis tal vez de diversos factores, entre los cuales hemos citado el espíritu de rebelión contra la metrópoli, y la lucha múltiple que tal hecho determinaba; pero en el caso de Larrañaga, debemos considerar también su profundo caudal científico, el más firme pedestal para una superioridad verdadera.

Para juzgar a nuestro sacerdote basta leer su discurso inaugurando la Biblioteca Pública, que se fundó con el concurso simultáneo de Artigas y de los sacerdotes Larragaña y Pérez Castellanos, discurso que es un modelo de erudición, de nobleza de sentimientos, de grandes ideas de pensador y de nobles finalidades, que hacen de aquel prelado un hombre de ciencia moderno, en su más completa y elevada expresión. Su afán siempre fué la cultura del mayor número, y él fué el creador de la Sociedad Lancasteriana y de la escuela gratuita que de ella dependía, atrayendo a su causa a las personas de mejor posición social de Montevideo, sobre las que ejercía indiscutible influencia por su talento sobresaliente, por los naturales prestigios de su cargo, y por la notoriedad de su familia.

La acción del Padre Larrañaga se encuentra en todos lados: en la Biblioteca Pública, en la escuela popular y gratuita, en la Inclusa, que él creó, en la política (en sus más nobles y levantadas aspiraciones) y en la ciencia nacional, que hizo progresar con sus profundos estudios en astronomía, geología e historia natural, que intensificó extraordinariamente con sus investigaciones y descubrimientos.

Era tal la pasión de Larrañaga por el estudio, que no obstante advertir que el uso del microscopio perjudicaba sus ojos, no detuvo sus investigaciones científicas, quedándose ciego al fin por esta causa, lo que no turbó su serenidad de noble filósofo, conservando siempre su curiosidad inagotable y su bondad sin límites, hasta los setenta y siete años, en que murió con la tranquilidad del varón justo.

JOAQUÍN SUÁREZ

Don Joaquín Suárez nació en el Departamento de Canelones, a fines del siglo XVIII, en un hogar de invariables tradiciones patriarcales, en que la honradez acrisolada era un bien propio, jamás olvidado en medio de aquella vida incierta del pasado colonial en los distritos rurales.

En un ambiente familiar así, se formó Suárez con rasgos propios de absoluta sencillez, de modestia invariable, de indiscutida honorabilidad; pero de una serenidad completa en todas ocasiones, firme en su propósito una vez que adoptaba su ruta, siempre la más recta y la más clara.

En el exterior, Suárez había encontrado en torno suyo los halagos que condensaban la consideración que los vecinos profesaban a su hogar noblemente acaudalado y generoso, y esta consideración heredada fué acentuándose a medida que el joven Suárez crecía, revelando los rasgos precisos de su simpática personalidad.

Cuando la campaña se levantó contra las autoridades españolas, siguiendo a Artigas en 1811, uno de los primeros en plegarse al movimiento fué Suárez, que lo acompañó en las batallas de San José y Las Piedras, siendo nombrado Comandante Militar de Canelones—su departamento,—en donde permaneció algún tiempo, cesando cuando se iniciaron las luchas entre sus compatriotas y los soldados del Gobierno de Buenos Aires, que él consideró entonces como contiendas civiles.

Cuando la invasión portuguesa, Suárez no transigió con el invasor; por el contrario, luchó contra él en todas formas, y se esforzó por dar a sus compatriotas todos los recursos imaginables para oponerse al avance extranjero; pero cuando éste triunfó, y Artigas hubo de expatriarse, Suárez se retiró a su hogar, rehusando toda participación en el nuevo estado de subordinación al invasor.

Cuando la lucha se planteó de nuevo contra el común enemigo, y Lavalleja inició su cruzada para desalojarlo, Suárez fué un auxiliar entusiasta de esa empresa, llevando su concurso personal y pecuniario a la obra patriótica, y adquiriendo una justa popularidad, que primero lo llevó a la Representación por Florida, y luego a Gobernador de la Provincia, en aquel ensayo de gobierno patrio, estableciendo como característica de todos sus actos de gobernante la publicidad más completa, a fin de que el pueblo fiscalizara su conducta. Fuera de esto, su gobierno fué realmente de organización nacional: empezando por salvaguardar la libertad personal, organizando la Justicia, creó además la Contabilidad del Estado, formó la dirección de las escuelas, se dictó entonces la primera ley de libertad de imprenta, se aseguraron las inmunidades parlamentarias, y, en una palabra, se echaron las bases de una organización democrática.

Pero hubo un momento en que ese mismo Lavalleja a quien había dado para cooperar en su empresa todos sus prestigios personales y su dinero, se sintió herido porque Suárez lo detuviera en sus avances de vencedor, contra él, que era el representante civil del gobierno, y vino el rompimiento, y más

tarde la disolución del gobierno presidido por Suárez, que volvió así tranquilamente a su hogar, siempre sereno en su absoluta despreocupación de mando y de riqueza.

Al constituirse el país difinitivamente, Suárez ingresó en la Legislatura, y fué Ministro, primero de Gobierno y luego de Guerra; pero le faltaba ambición y le sobraban escrúpulos para triunfar, y dimitió sus cargos, retirándose de nuevo a la vida privada, donde lo encontraron las grandes disidencias intestinas de 1832.

Cuando las fuerzas de Rosas invadieron el país, al mando del general D. Manuel Oribe, en 1842, ocupaba la presidencia Don Joaquín Suárez, que carecía de recursos de todo género para defenderse, pues el país estaba desmoralizado, y le faltaba dinero, no había ejército ni Jefe Superior, y el parque de armas y útiles guerreros estaba enteramente vacío. En estas condiciones, sin embargo, Suárez, secundado primeramente por D. Santiago Vázquez, D. Melchor Pacheco y Obei, y otros después, hizo prodigios, creó recursos, inventó armas, organizó el ejército y se preparó a defender el país contra la invasión.

El sitio duró ocho años y ocho meses; se luchó con ahinco, con perseverancia inaudita: se combatió sin cesar, comiendo mal y semidesnudos los soldados, soportando con noble filosofía todas las penurias y todos los sacrificios, sin desalentarse un instante, siempre apercibidos a la defensa, y a rechazar los ataques del invasor.

El alma de esta resistencia fué sin duda Suárez, por su invariable serenidad, y por su desprendimiento absoluto, que lo llevó a sacrificar en la defensa de Montevideo toda su fortuna. Todo ello, unido a su grandeza de alma ante el infortunio, le había granjeado un enorme prestigio entre los sitiados, y esto le daba fuerzas y autoridad para neutralizar todas las intrigas, mantener las energías y defenderse y resistir.

Cuando se hizo la paz, D. Joaquín Suárez estaba arruinado: todo lo había dado para defender a Montevideo; pero nunca quiso reclamar nada, contestando con noble entereza a los que lo invitaban a formular sus reclamaciones: « Yo no llevo cuentas a mi madre ». Esta conducta excepcionalmente desinteresada, ha hecho de Suárez el símbolo del patriotismo más puro, en que armoniosamente se unen y compenetran el valor sereno, la abnegación modesta, el desprendimiento sencillo y el alto espíritu de justicia, que, dando a su figura patricia los relieves de un varón ilustre de Plutarco, lo han hecho familiar a todos, amigos y adversarios, que se inclinan con igual respeto ante esa noble figura de nuestra turbulenta democracia.

JUAN ANTONIO LAVALLEJA

Artigas se había retirado al Paraguay, dominado por el desaliento, provocado en su alma sincera y leal por las persecuciones constantes de que había sido objeto y por el desconocimiento de la desinteresada elevación de sus propósitos.

Alejado él, los portugueses pudieron, sin mayores sacrificios, posesionarse tranquilamente de lo que se llamaba entonces la Banda Oriental, pues las fuerzas del Gobierno de Buenos Aires ni acudían a impedirlo, ni los directores de su política parecían preocuparse mayormente de esa invasión.

Una parte de la población había aceptado el yugo impuesto; los otros, impotentes para resistirlo, o se habían retirado a sus establecimientos rurales en el interior de la campaña, o habían emigrado a Buenos Aires y allí vivían soñando con futuras reivindicaciones. Sin embargo, todas sus tentativas para conseguir recursos de ese Gobierno, contra el invasor, fracasaron en absoluto, pues aquel Gobierno quería evitar complicaciones con el del Brasil, y así ejercía severa vigilancia con los emigrados orientales que habitaban su suelo, y cuyos propósitos adivinaba sin esfuerzo.

Es harto sabido, no obstante, que cuando una idea se apodera de una persona y labra hondamente en su cerebro, fijando rutas y determinando activi-

dades, no es la fuerza la mejor manera de contrarrestar esos esfuerzos, que, ahogados un instante por la violencia, parece que aumentan su fuerza expansiva, hasta que, roto al fin el equilibrio, estallan en explosión incontenible, para repercutir intensamente a la distancia.

Emigrados en Buenos Aires una gran parte de los elementos constitutivos de las falanges artiguistas, en un ambiente popular que podía ser considerado como el suyo propio, descendientes de una misma raza, unidos hasta ayer bajo el dominio del mismo poder colonial, esos oficiales alejados inesperadamente de su medio, sin haber adoptado aún una tarea nueva que ocupara o reclamara todas sus actividades, vagaban inactivos por las calles, buscaban los centros comerciales amigos, uruguayos o bonaerenses, y allí se reunían a conversar de la patria ausente, del invasor que en ella dominaba, de la manera de combatirlo y vencerlo, reuniendo hombres, armas y dinero para la empresa, de todo lo cual se carecía, dando esto origen a los más descabellados planes de invasión. Como se ha dicho, el Gobierno de Buenos Aires no quería complicaciones con Portugal, y, a fin de evitarlas, no sólo negaba toda cooperación oficial a la acción reivindicadora, sino que perseguía a los revolucionarios, imaginarios aislados, que soñaban con futuras invasiones; pero, en cambio, la población acompañaba con sus simpatías esos propósitos, y los ayudaba en la forma restringida que la forzosa limitación de sus recursos, para tal empresa, les imponía.

Un día, al fin, después de numerosas tentativas, en el interior de una casa de comercio de un argentino, el Sr. Villanueva, y un uruguayo, D. Luis de la Torre, se convino en el misterio un plan inaudito, cual era invadir la Banda Oriental con un grupo de hombres, sin armas casi, con escasísimos recursos de otro género, y con discutidas o problemáticas connivencias dentro del país.

El jefe de ese grupo de hombres era D. Juan Antonio Lavalleja, hijo del Departamento de Minas, valiente oficial de Artigas en sus primeras campañas, y a quien aceptaban todos para dirigir la empresa. Y se lanzaron al azar, cruzaron el río, y pisaron la playa de la Agraciada, donde, bajo aquel cielo que era el suyo, en aquel suelo que era su suelo, juraron *rescatar* aquel territorio, *o morir* en la demanda. *Independencia o muerte* era su divisa, que no representaba una vana promesa, sino una firme convicción, la consagración de una locura por la suprema abnegación y el heroísmo.

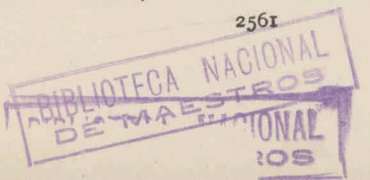
Aquel grupo de treinta y tres hombres realizó una cruzada admirable; eran rasgos de leyenda, milicias ardorosas que se lanzaban contra tropas disciplinadas, a las que vencían; caballerías campesinas que se derrumbaban sobre los cañones cuyos servidores pretendían acuchillar, o sobre cuadros formidables de infantería que se proponían romper, y que rompían muriendo.

Esa cruzada, desde su iniciación, está henchida de rasgos de epopeya, y llena la historia del Uruguay de combates homéricos que se llaman Sarandí, Rincón, Ituzaingó, y que allá en Florida, sobre la Piedra Alta, provoca aquel acto valiente del 25 de Agosto de 1825, que rompe todos los vínculos del vasallaje de la antigua Colonia, y crea el primer Gobierno propio, que se confía a D. Joaquín Suárez.

En la primera parte de esa epopeya es Lavalleja siempre el guerrillero ardoroso que marcha al frente llevando a la victoria sus legiones; después, cuando los triunfos primeros dan cierta certidumbre a su acción, su empresa provoca la cooperación de Buenos Aires; es ya la beligerancia que corona un esfuerzo, y que con varia fortuna traerá al fin el reconocimiento del nuevo Estado. Lavalleja fué ante todo un guerrillero audaz, sin miedos humanos, y con un profundo amor al suelo natal; pero al que faltó la energía que disciplina las pasiones, pues su acción de vencedor, alzándose contra el propio Gobierno de Suárez, que había sido el fruto de su cruzada, borraba la idea de desinterés y creaba un germen de

PRÓCERES URUGUAYOS

1. Dámaso Antonio Larrañaga, sabio naturalista.—2. Joaquín Suárez, esclarecido patriota, presidente de la República durante la Defensa.—3. Santiago Vázquez, gran estadista y orador.—4. Carlos María Ramírez, ilustre periodista y orador.—5. José Pedro Varela, reformador de la educación común en el Uruguay.



militarismo anárquico, generando con su conducta ese vencimiento del poder civil, que era el único capaz de encarrilar en la paz la suerte del nuevo Estado, y de cuyo acto inicial se derivaron, en lo futuro, tantos dolores y tantas amarguras para este país, en el peregrinaje de su organización política.

SANTIAGO VÁZQUEZ

Entre los jóvenes que acudieron a ofrecer sus servicios a Artigas cuando su asedio a Montevideo en 1811, estaba D. Santiago Vázquez, que ya en esa época se destacaba entre sus contemporáneos, a pesar de su juventud.

Pocas veces se encuentran sintetizadas en un hombre tantas cualidades distintas, antitéticas a veces, y en extraordinario grado de intensidad, como en D. Santiago Vázquez—una de las personalidades más eminentes de su tiempo, y cuyo rastro luminoso parece señalar rutas en los momentos más difíciles de la historia uruguaya. Y esa excepcionalidad de su inteligencia se hace más visible, recordando el tiempo en que formó su personalidad descollante, cuando faltaban maestros y libros, cuando las comunicaciones con los centros europeos de ilustración eran casi inaccesibles, porque la dificultad y escasez de las comunicaciones duplicaban su acción.

Santiago Vázquez fué realmente una personalidad extraordinaria; diplomático sutil y habilísimo, periodista brillante y convincente, orador elocuente de palabra avasalladora, dominaba sin esfuerzo aparente las multitudes populares, y convencía y ganaba a su causa las doctas asambleas, pues tenía la palabra cálida que llega al corazón del pueblo, y el pensamiento profundo que penetra en el cerebro del sabio.

Vázquez fué, en síntesis armoniosa, inteligencia y acción, pero compenetradas de tal manera, que hubiera sido imposible separarlas sin menoscabo o sin destruirlas. En la Asamblea Constituyente, su palabra vigorosa, órgano invariable de un pensamiento concienzudo, trató siempre con insuperable acierto todos los más grandes problemas de la organización política del nuevo Estado que se creaba, y abordó esos problemas no sólo con inteligencia sólida y constante, sino con el profundo amor que profesó siempre a su patria, a la que dedicó, hasta el fin de su vida, sus más nobles actividades.

Cuando el general D. Manuel Oribe, con las tropas de Rosas, invadió la República Oriental, iniciando el sitio de Montevideo que se ha llamado en la historia « La Guerra Grande », D. Santiago Vázquez fué, como Ministro del Presidente D. Joaquín Suárez, cerebro y brazo de la defensa, pues presidió los titánicos trabajos de organización de un ejército donde faltaban soldados, armas y toda clase de recursos, y, al mismo tiempo, abordaba y resolvía los más grandes problemas internacionales que creaba aquella situación excepcional.

Cerebro demasiado completo, personalidad demasiado luminosa, Vázquez no pudo menos que inspirar envidias en torno suyo, y fué muy combatido en su relativamente breve existencia, noblemente fecunda, de perpetuo combatiente, pues la orientación de sus ideas encaminadas hacia la democracia sincera y leal de Artigas, al que se había sentido vinculado desde sus primeros años, inspiraba temores a los sustentadores de las ideas conservadoras derivadas de aquellas primitivas aristocracias lugareñas, ingenuas desde cierto punto, pero excepcionalmente violentas y agresivas de otro.

EL GENERAL JOSÉ MARÍA REYES

El general José María Reyes es otra de las personalidades notables que ofrece esta República Oriental del Uruguay, tan fecunda en hombres que se han distinguido por su amor al estudio de las ciencias y por el sello de originalidad que ha caracterizado sus trabajos de todo orden.

Aunque nacido en Buenos Aires, su acción principal, y la más trascendental, sin duda, se desarrolló en el Uruguay, al que estaba realmente vinculado, y esa

acción sorprende, porque su exteriorización debe responder necesariamente a una preparación científica previa, que el ambiente primario del país no consentía ni explicaba.

Reyes era ingeniero, y su fama de matemático profundo, indiscutible, así como su reputación de distinguidísimo geógrafo, que adquirió principalmente en los estudios realizados para levantar la carta geográfica de la República, obra que, sean cuales fueren los defectos que pueda tener, es extraordinaria por la ciencia que revela, por la exactitud de la gran mayoría de los datos que consigna, por la insuperable y perfecta minuciosidad de las operaciones preliminares y ulteriores que esa carta entraña, y que, si es en todo tiempo la resultante del esfuerzo inteligente de un hombre de ciencia, múltiple en sus conocimientos y en sus actividades, fué en los años en que se realizó—cuando se carecía de todo, así de instrumentos de precisión como de libros de consulta, de materiales de trabajo y de auxiliares técnicos,—una obra que basta a consagrar la reputación de un geógrafo ilustradísimo, eminente topógrafo y matemático profundo.

Este general de ingenieros creó durante el Gobierno de Fructuoso Rivera, primer Presidente Constitucional de la República Oriental, el Departamento Topográfico, que dirigió, y en el que planeó todo el desarrollo científico ulterior del país en ese orden de actividades, realizando mensuras de las ciudades, haciendo estudios sobre terrenos adyacentes al puerto, proyectando divisiones, investigando los títulos de las propiedades públicas y privadas, determinando caminos, límites de ciudades y pueblos, proyectando también, en notables informes, la restauración de las fortalezas del Cerro, de Santa Teresa y San Miguel, realizando, en una palabra, una labor enorme y fecunda, que basta para consagrar una reputación científica.

Pero con ser mucha esa reputación del general Reyes, hay otra fase en la que acaso vale tanto, o más, y es su superioridad moral, que lo colocaba por encima de las pequeñas o grandes discrepancias de su época, ya en las discusiones agrias de los intereses de bandería, ya en las grandes desidencias sociales, conservando la alta estimación y la absoluta confianza de las personas más opuestas, como Rivera y Lavalleja—cuyas luchas, rivalidades y antipatías borró o neutralizó con su influencia muchas veces,—Alvear, Oribe y Rondeau, que sentían por él un inalterable aprecio, lo que constituye acaso el mayor elogio de Reyes, teniendo en cuenta el ambiente agresivo en que se desarrollaban las controversias partidistas en la época en que actuó.

CARLOS MARÍA RAMÍREZ

En un ambiente ardoroso como el cráter de un volcán, en que la política uruguaya se debatía furiosamente en esos sacudimientos primarios que precedieron y acompañaron la organización autóctona de estas colonias, surgió Carlos María Ramírez, casi un niño, exuberante de vida, de ojos relampagueantes, de elocuencia cálida y fogosa, con un cerebro múltiple y ardiente, en que se irisaban todas las actividades más complejas de una mente excepcionalmente fecunda y creadora.

Su figura casi infantil, en el escenario de los clubs partidarios arrabaleros, ofrecía un contraste singular, colocando frente a frente de aquellas sombrías figuras anónimas que sintetizan las pasiones ciegas de bandería, su personalidad descollante y luminosa, cuya palabra avasalladora e irresistible dominó más de una vez las multitudes enloquecidas, haciéndose oir, neutralizando sus agresividades contenidas, y atrayéndolos así, para provocar en torno suyo una apoteosis de sus ideas, que habían venido a combatir, y que bajo el mágico influjo del encanto que se escapaba de su persona, aplaudían delirantemente hasta destrozar sus manos con el aplauso. Y también pagó su tributo a los entusiasmos, hasta los excesos partidarios; fué a la lucha, marchó a la campaña, peleó, combatió con sereno

valor sin retroceder un paso, vió caer a los suyos, a los contrarios; y vió el horror de la contienda civil en los heridos y en los muertos causados acaso por sus propios hermanos; vió la muerte cobarde del prisionero vencido, y un grito de protesta se escapó de su alma noble y varonil, voz de enorme repercusión en la vida política de la República, por los prestigios de quien la lanzaba y por el hidalgo y patriótico desinterés que la inspiraba. Desde entonces se apartó de las luchas partidarias ardientes, en que se había formado y había vivido, para predicar la paz entre sus compatriotas, la concordia cívica, las aspiraciones de una vida institucional más perfecta.

Es indudable que predominó en esa primera acción de Ramírez, más el entusiasmo generoso que la experiencia, que rindió culto a ideales levantados, visibles sólo para los que como él vivían en un ambiente de intensa cultura, y tenían una ruta moral clara y amplia que recorrer; pero la muchedumbre popular estaba aún lejos de ese nivel, y no lo comprendía, o desnaturalizaba sus ideas calumniando sus propósitos, impulsada más o menos visiblemente por esa masa de una agresividad latente, en que todos los pequeños y los fracasados se reunen para combatir al que se levanta o triunfa.

Y su prédica fué perseverante y continua, luchando contra todo y contra todos los que se oponían al triunfo de sus nobles finalidades; y esa lucha y ese esfuerzo, realizado en la prensa después de una rápida y deslumbrante cruzada por el Parlamento Uruguayo, y por el Ministerio de Hacienda, en el Gobierno del Dr. Julio Herrera y Obes, fué un peregrinaje regenerador, donde disciplinó sus pasiones, serenó los impulsos de su temperamento apasionado, aclaró sus horizontes, depuró sus ideales, y adquirió para su mente y su razón esa suprema posesión de sí mismo, que da la visión serena de los acontecimientos futuros, y sugiere la palabra profética que predica el nuevo evangelio y señala la nueva ruta.

Carlos María Ramírez representa en el Uruguay el único ejemplo de ese periodista excepcional, investido de una indiscutida soberanía por su esfuerzo propio, que es la síntesis armoniosa de la inteligencia, del valor, del carácter y de la alta honradez cívica, cuya palabra se aguarda con impaciencia, cuyo juicio se espera para adoptar un rumbo, para apreciar un propósito, para juzgar una conducta.

Joven aún, cayó Ramírez en medio de la apoteosis de una existencia realmente luminosa, cuando todos, oprimidos por la angustia de un supremo momento histórico, dirigían sus miradas al tribuno que se alzaba como un profeta en el confín del horizonte, señalando la ruta del porvenir.

JOSÉ PEDRO VARELA

José Pedro Varela, como todos sus contemporáneos, se formó en el ambiente ardoroso de las controversias partidarias, que ofuscan la mente y extravían el juicio, convirtiendo a los amigos de ayer, a los parientes próximos, en contrarios agresivos y en jueces injustos e implacables. En esas condiciones estudió, alternando los libros con el fusil, y oyendo con frecuencia el retumbar lejano de los cañones que alejaban su pensamiento del objeto de sus reflexiones y de sus estudios.

Como sus contemporáneos, también debió vestir el uniforme de soldado de la guardia nacional, hacer la vida de cuartel, escuchar el comentario frío o cruel que las disensiones civiles provocan y estimulan, hacer observaciones sobre la impiedad brutal de esas luchas, y formar bajo esos acicates su personalidad psíquica, que condensa actividades y conocimientos, que vigoriza el juicio y asegura una experiencia precoz.

En ese ambiente donde muchos se sintieron atraídos por las glorias militares y otros perdieron hábitos de estudio, esterilizando personalidades que eran una promesa para la República, Varela, como Carlos María Ramírez, con un alma sensible y un pensamiento alto, pensó que la guerra civil era un

desastre para el progreso de su patria, que vencer las causas que la producían, era devolver a la actividad nacional multitud de cerebros y de hombres buenos que se desangraban estérilmente en el campo de batalla, matando o muriendo, y creando fuentes perdurables de odios y de agresiones interminables.

Sintiendo que se ahogaba en aquel ambiente, quiso viajar, y se embarcó para Europa, primero, y luego fué a los Estados Unidos de Norte América, recorriéndolo todo, penetrándolo todo, ilustrando su mente con una multitud de conocimientos útiles, pero, ante todo, con un caudal fecundo de ideas generales, que debían ser factores futuros de superioridad moral, para alzarse sobre las pasiones bravías que aullaban en torno suyo. Su visión directa de otros pueblos, su trato con otros hombres, su familiarización con otras ideas y la contemplación de otros horizontes y otras perspectivas, transformaron a Varela, que volvió a su patria con un propósito hecho de propaganda sana y noble hasta el sacrificio, para lo cual desgarraba su antiguo uniforme de soldado, para vestir la obscura pero gloriosa túnica del misionero.

Convencido de la necesidad de eliminar aquellas contiendas intestinas, creyó, con profunda fe, que esa obra sólo podía realizarla la instrucción popular, difundiendo la cultura a todos los ámbitos de la República, contra todos los obstáculos, contra todas las ideas opuestas, y a esa obra dedicó toda su alma, su perseverancia inagotable, su fe de cruzado, su ardor latino, y le dió todos sus entusiasmos, y le dió más: le dió su vida. Todo tuvo que crearlo: programas, libros, maestros, escuelas, y especialmente colaboradores e ideas, pues los soldados que volvían de las trincheras, sangrientos y rendidos, no traducían claramente aquellas disertaciones sobre la escuela, el niño y el maestro, templo y sacerdote de la paz, es decir, de aquella deidad desconocida por su propia acción.

Varela murió joven, cuando apenas habían transcurrido dos años que asumiera valientemente su actitud de reformador de la Instrucción Primaria, predicando, combatiendo para crear y vigorizar la escuela popular; pero al extinguirse en un esfuerzo sobrehumano, pudo vislumbrar su triunfo, pudo adivinar que había vencido, que la diana victoriosa estaba ya decretada y resonaría en el espacio, que era sólo cuestión de tiempo, y entonces, sonrió serenamente para morir, comprendiendo que su partida de la vida era su entrada en la inmortalidad.

LA ESTATUA MÁS ANTIGUA DEL MUNDO

La gran Esfinge de Gizéh, Egipto, fué esculpida en un solo bloque de piedra, salvo las patas delanteras, que son otros dos bloques. Se ignora su edad, pero seguramente es la estatua más antigua del mundo. Además es notable por su sencillez. Mide más de 30 metros, y carece de toda ornamentación; impresiona por su rudeza y severidad, por su enorme tamaño y por las grietas que abrieron en ella los siglos. Los árabes **llaman a la Esfinge « el Padre del Terror ».**





ALGUNOS MONUMENTOS FAMOSOS

AUNQUE nunca hayan visto nuestros lectores el Stonehenge, tal vez hayan oído mentarlo alguna vez. Dicho monumento es uno de los más antiguos de las Islas Británicas. El anmbre de Stonehenge, se compone de los palabras sajonas, *stan* piedra y *heng*, colgar o soportar. Está situado en la llanura de Salisbury y consiste en un doble círculo de grandes piedras, colocadas de modo que forman un círculo dentro de otro. Dichas piedras, divididas de dos en dos, soportaban antes otro pesado bloque, según la idea que nos da el grabado de lo que resta todavía de dicho monumento; de suerte que el conjunto venía a ser una doble línea de portales.

El círculo exterior tiene treinta piedras enhiestas, y otras tantas, aunque más pequeñas, el interior. En medio forman como un óvalo diez piedras de cinco a siete metros de altura; y en el centro hay una enorme piedra colocada de plano. Se supone que dichas piedras fueron transportadas desde una distancia de 25 kilómetros; pues, más cerca, no las hay semejantes. Alrededor del monumento hay señales evidentes de que existió allí antiguamente un pueblo o acaso una ciudad, pero nadie sabe quien o quienes construyeron el Stonehenge. Algunos dicen que es obra de los romanos; otros aseguran que se construyó para conmemorar la muerte de los 460 britanos asesinados por Hengist, el sajón; pero la mayoría de la gente cree que es un templo erigido por los druidas.

La Aguja de Cleopatra es un nombre que puede dar motivo a falsas interpretaciones, pues poco tuvo que ver Cleopatra con este monumento, hecho de una sola piedra. Data aproximadamente del año 1470, antes de Jesucristo, habiéndose hecho por mandato del rey Tutmosis III de Egipto y colocádose ante un templo de Heliópolis.

En el año 31, antes de Jesucristo, el emperador romano Augusto venció a Cleopatra, reina de Egipto, en una batalla naval, y en ese tiempo pasó el obelisco de Heliópolis a Alejandría, donde estuvo hasta 1878.

Después se llevó a Inglaterra en un buque especialmente construído para ello, pero éste fuese a pique y solo con muchas dificultades y gran demora, pudo extraerse del fondo del mar esta piedra histórica que pesa 180 toneladas, colocándosela a la orilla del Támesis. Las inscripciones grabadas en la piedra, que tiene más de veinte metros de altura, hablan de las conquistas del rey de Egipto.

UN FAMOSO MONUMENTO DE LONDRES DEDICADO A LA MEMORIA DEL REY ALBERTO

De carácter muy diferente es el Albert Memorial, situado en los jardines de Kénsington, de Londres, uno de los monumentos más visitados de Inglaterra.

Fué construído según los planos de Sir Gilbert Scott, en 1878. Es una

gran plataforma cuadrada sobre la cual hay un extenso basamento encima del cual se halla la colosal estatua de bronce del príncipe consorte, que se debe a Foley. El príncipe está sentado y ostenta el traje de la Orden de la Jarretera. A no habérsele dado el brillo del oro, el bronce habría suavizado sus líneas duras y no se notarían tanto los innecesarios y deficientes pormenores.

En los ángulos de las escaleras que rodean el monumento, hay cuatro grupos escultóricos de mármol que representan cuatro continentes: Europa, por Macdowell; Asia, por Foley; África, por Theed, y América, por Bell. Este monumento, al esposo de la reina Victoria, costó 600.000 pesos oro, habiendo sido obtenida la mitad de esta importante suma por suscripción voluntaria.

Causa no poco placer contemplar el arco del Hyde Park Hill. Fué construído dicho arco por Décimus Burton. Es sencillo y hermoso por sus proporciones, dos factores muy importantes en materia artística. Nada hay que sea feo en este monumento, ninguna aglomeración de pequeños adornos y ninguna decoración innecesaria que le perjudique.

MONUMENTO DEDICADO AL ALMIRANTE INGLÉS, NELSON

Examinaremos ahora la columna de Nelson en la plaza de Trafalgar. Fué concebida por Baily y consiste en una enorme columna corintia, copiada de otra columna de un templo romano. En lo alto está la estatua de Lord Nelson. La columna es hermosa, pero no así la estatua. El principal defecto del monumento es que la columna es demasiado alta para semejante estatua. En la base hay cuatro relieves representando las cuatro grandes victorias navales de Nelson. Dichos relieves se fundieron con el bronce de los cañones tomados a los franceses. La columna fué construída en 1843, pero los cuatro grandes leones, debidos a Landseer, que son lo mejor del monumento, se adicionaron en 1871. El modelado de dichos leones es excelente; tiene la debida sencillez y mucha energía y grandeza.

Tal vez los más antiguos, y seguramente los más grandes monumentos del mundo, son las Pirámides de Egipto. Hay muchas pirámides en Egipto y en otros países, pero las tres mayores de las nueve de Gizéh son mucho más admirables que las otras, y a esas tres se las conoce precisamente por *las* Pirámides. La más grande de ellas es la construída por Khufu, que vivió unos 4000 años antes de Jesucristo. Es la mayor construcción del mundo y originalmente tenía más de 146 metros de altura. Muy cerca de dichas pirámides está la gran Esfinge, enorme león con cabeza de mujer, de expresión extrañamente fascinadora y misteriosa. En otra página hablamos más detenidamente de las Pirámides y de la Esfinge, de suerte que podemos pasar a otros monumentos.

LA GRAN PUERTA DE LOS LEONES QUE SE CREYÓ OBRA DE GIGANTES

Quizás la entrada escultural más antigua del mundo sea la de los leones de Mycena, hoy Argolis, en Grecia. Es de gran tamaño y en una piedra plana de la parte superior hay esculpidos dos leones que tienen levantadas las patas delanteras. Fué descubierta dicha entrada por el Dr. Schliemann, en 1874. Por su tamaño y restos de otros monumentos que por allí se encuentran, supusieron los antiguos griegos que fué construído por los cíclopes, una raza de gigantes; y así todavía sigue considerándose la puerta de los leones como una obra ciclópea. No muy distante está el monumento dedicado a Lysícrates en Atenas,—pequeño y muy famoso templo de Baco—erigido por el *coregos* o vencedor en los concursos de música y poesía de las fiestas dionisíacas. Era una costumbre de los griegos de aquellos tiempos que rivalizaran en dichos concursos las distintas tribus.

En lo alto del templo colocábase el trípode o recipiente de bronce con tres pies, que se daba a los vencedores. Es un bellísimo monumento y tiene una base cuadrada, como una caja, sobre la

cual se levanta la parte superior del templo, que es redonda y toda de mármol. Alrededor hay varias columnas que soportan una cúpula decorada. La parte alta de las columnas, o sean los chapiteles, muestran el estilo corintio, del que pueden tomarse como preciosos modelos.

Italia posee muchos más monumentos importantes que cualquier otro país; pero sólo haremos mención de los más notables, dos de los cuales están en Roma. La columna de Trajano, una imitación de la cual es la de Vendôme de París, es enorme y está ornada de esculturas que ilustran las victorias de dicho emperador, quien reinó desde el año 98 al 117. La columna fué erigida por Apolodoro, en 114. Otro gran monumento de Roma es el arco de Tito, magnífico ejemplar de la arquitectura romana.

Tito, emperador romano, desde el 79 al 81, condujo el ejército de Roma, durante la guerra que terminó con la destrucción de Jerusalén, el año 70; y el arco se levantó para conmemorar esta victoria. Es el más hermoso de todos los arcos triunfales romanos.



Esta hermosa tumba gótica, en cuya cima se ve una estatua ecuestre, fué erigida en el siglo XIV, en memoria de un Lord de Verona, que murió en 1329. Su dibujo fuerte y severo recuerda la época feudal.

A los tiempos en que Venecia fué poderosa, cuando la república mercantil del Adriático reinó en los mares, pertenece la famosa columna que soporta el león de San Marcos, en la Piazzetta de Venecia.

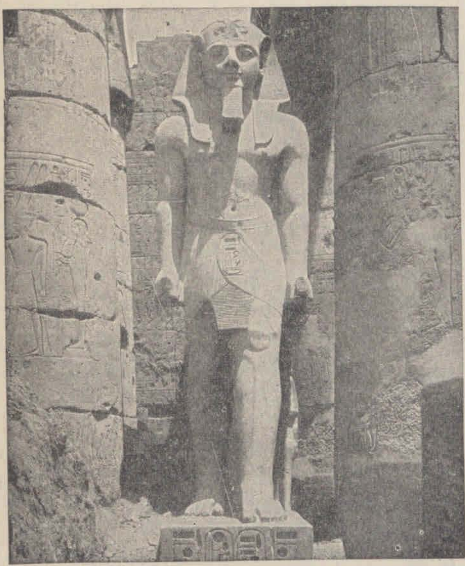
Es un león con alas, de bronce, con una cola muy larga. Tiene puestas las patas delanteras sobre un libro abierto, y aunque la cabeza del animal es fea y revela ferocidad, visto el león desde abajo, tiene un aspecto gracioso y agradable. Data la obra del siglo XV, pero se desconoce al autor.

Del mismo modo que la columna de Vendôme, de París, es una imitación de la columna de Trajano; así también el Arco de Triunfo de la capital de Francia, es otra imitación del arco de Severo, de Roma. Lo mandó levantar Napoleón I para conmemorar sue victorias de 1805 y 1806. El monumento, que mide unos 15 metros de alto, 20 de ancho, y 7 de espesor, forma tres arcadas, ornadas con columnas corintias de marmol rojo. Los relieves evocan los hechos hazañosos del emperador y de su ejército. En lo alto estuvo el famoso grupo de cuatro caballos que hay en la entrada de San Marcos de Venecia y que ha sido sustituído por otro en dicho Arco de Triunfo.

¿Qué es lo que hace malo un monumento y qué le hace bueno? La gente suele tomar por bueno todo lo que le gusta, pero no siempre acierta. Durante los últimos tres siglos el arte ha ido decayendo, creciendo esta decadencia en el siglo pasado. Parece que ahora se inicia otro renacimiento. Así vemos a nuestro alrededor una multitud de edificios y monumentos lamentables, pues se construyeron durante el período decadente. Desde 1750, los artistas quisieron asombrar al público con la profusión de pormenores y adornos. Reproducían hasta el último cabello, haciendo sus figuras humanas en un todo iguales a las criaturas vivas. El arquitecto hacía sus edificios con torrecillas y postizos, abusando de los ornamentos. Una buena obra no ha de ser la simple imitación de la naturaleza, sino una reproducción poética de la misma. Un monumento, para ser bueno, debe guardar proporción con su objeto y su posición. Pormenores y adornos deben ser moderados, para que no perjudiquen la forma y líneas principales.

LOS COLOSALES MONUMENTOS DE EGIPTO

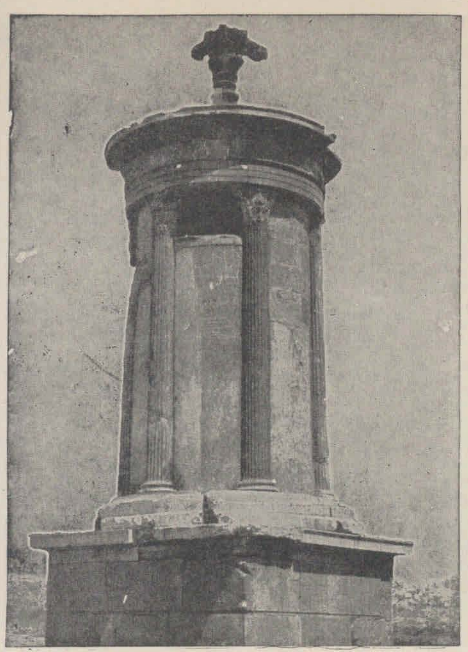
La gran pirámide de Cheops, o Chufu es una obra maestra en construcción y arquitectura. Destinada a durar siempre y a proteger los restos del rey, se hizo de modo que no pudiera ser jamás superada. Los bloques de granito encajan tan bien, que es casi imposible introducir en sus junturas la hoja de un cuchillo.



La estatua de granito rojo de Ramsés II, en el templo de Lúxor, cerca del Nilo, es un hermoso ejemplar de la escultura Egipcia; data de 1270, antes de Jesucristo. Se hizo con mucha sencillez y refinamiento, y se conserva admirablemente.



El monumento que está situado frente al templo de Karnak, construído por Seti I, unos 1320 años, antes de Jesucristo, se parece a los arcos triunfales que adornan las ciudades europeas. Es sumamente bello por sus proporciones. Es de forma algo piramidal.



El monumento erigido a Lysicrates, en Atenas, aunque pequeño, es una de las muestras más hermosas del estilo griego corintio. Las proporciones de las columnas y el remate que sobre ellas descansa, son insuperables. Las columnas tienen un tamaño y altura que responde perfectamente a la techumbre.



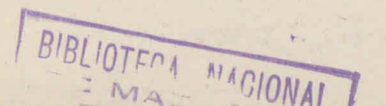
El león de San Marcos, está en lo alto de una elevada y fina columna, cuyo chapitel y cornisa forman una línea continua que se curva hacia afuera. El león tiene detalles hermosos y otros menos notables. Está con las patas muy abiertas, y la cola, que cuelga y se prolonga mucho, contribuye a dar una expresión tranquila al monumento.



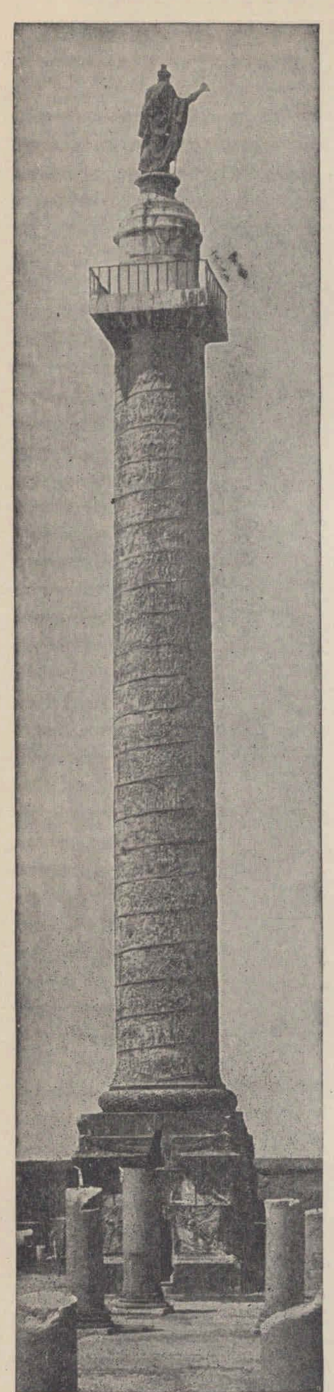
Los dos leones de la puerta de Mycena, llenan, junto con la columna que se levanta entre ellos, un triángulo muy bien proporcionado y forman un dibujo que no podría nadie superar. Las líneas rectas y la forma robusta producen un efecto de poder que no solo satisface por sí mismo, sino que está en perfecta armonía con el muro y el portal que adornan.



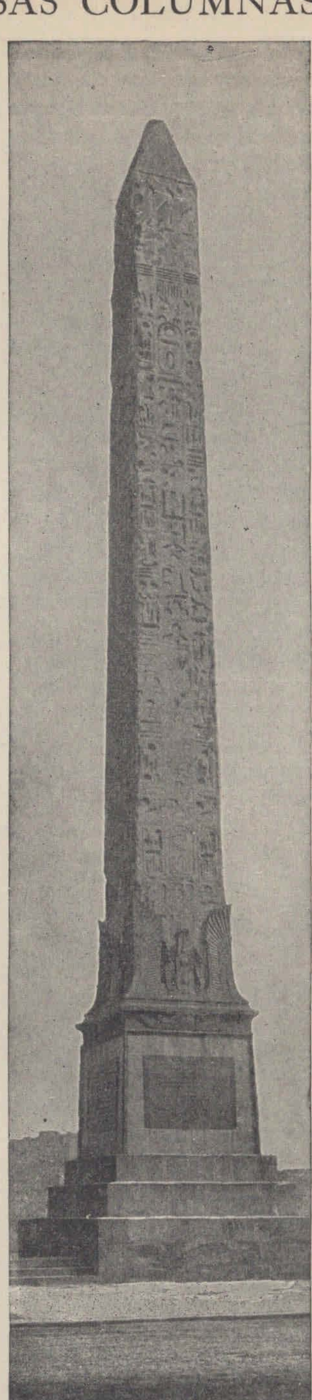
La tumba de Antonio Canova responde admirablemente a la obra del mismo. Concibió la tumba uno de sus discípulos. En sus líneas es dura, pues las figuras, por ser demasiado naturales, carecen de poesía. Ésta nos habla de la vida real, pero con hermosas frases. Así debe ser la escultura, que debe representar la vida, pero con hermosa suavidad.



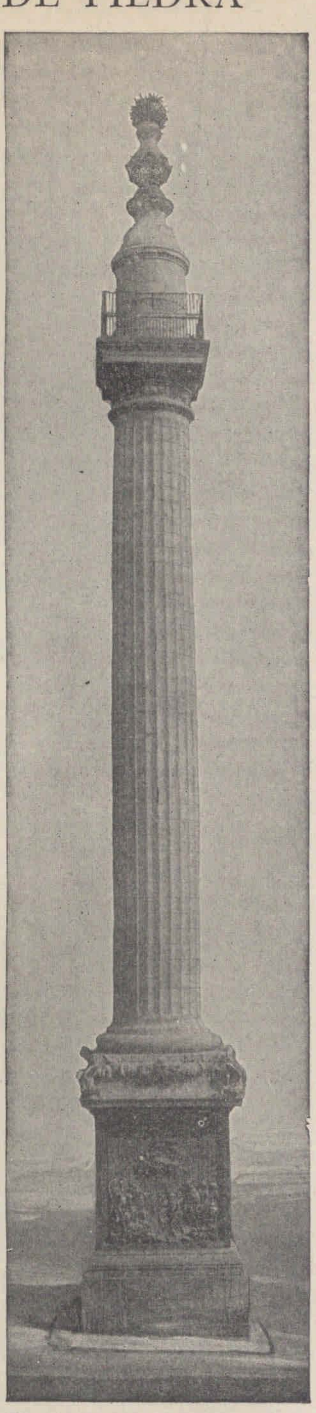
TRES FAMOSAS COLUMNAS DE PIEDRA



La columna de Trajano tiene el defecto del balcón que se le añadió. La columna, que fué hecha para sostener una figura, llenaría su fin admirablemente sin este feo detalle.



La aguja de Cleopatra es sólo un fragmento del monolito original. Para el que estudia el arte egipcio, es una muestra interesante de obelisco.



El monumento del Fuego, en Londres, es bonito hasta la cornisa. Sería mejor que la bala en que termina estuviese inmediatamente sobre el cono, por encima de la balaustrada.



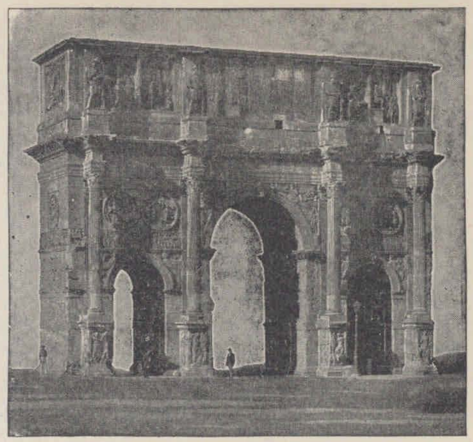
MONUMENTO A LA MEMORIA DEL REY ALBERTO

El Albert Memorial, otro de los monumentos de Londres, fué construído en honor del príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria, fallecido en 1861. Sobre una plataforma cuadrada hay un basamento lleno de figuras de mármol, y encima se halla la estatua del príncipe, sentado y con el traje de la Orden de la Jarretera. Costó 600.000 pesos oro.

LA COLUMNA DE NELSON

La columna de Nelson se alza en medio de la plaza de Trafalgar, en Londres. Está dedicada a Nelson, en memoria de su muerte en la batalla naval de Trafalgar contra la escuadra franco-española. Mide 44 metros de alto, y fué erigida en 1843. Es maciza, de granito, y la corona la estatua del famoso almirante inglés. La columna es imitación de las de un templo corintio, consagrado a Marte, en Roma.

TRES ARCOS TRIUNFALES FAMOSOS



Este arco, dedicado a Constantino, es el más bello ejemplar que existe de arco de triunfo con tres vanos. Está admirablemente proporcionado, aunque le perjudica la obra que hay sobre el arco. De ser más sencillo, resultaría más hermoso.

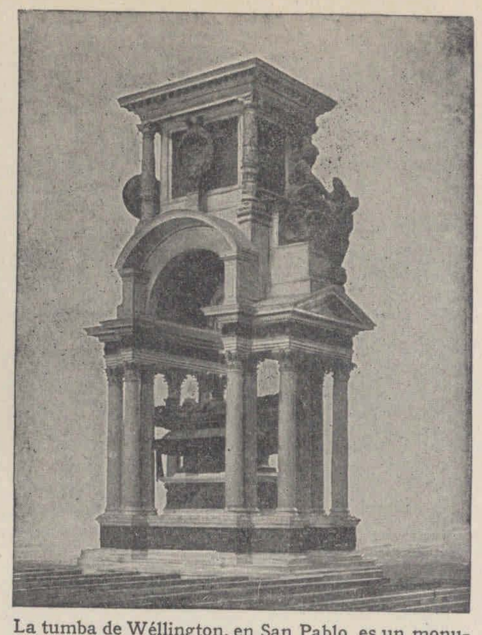


El arco de Tito es admirable por su forma: grande, sencillo y fuerte en la base. Los lados guardan notablemente la proporción debida. La parte superior, sin adornos, contribuye en gran manera a la exquisita belleza del conjunto.

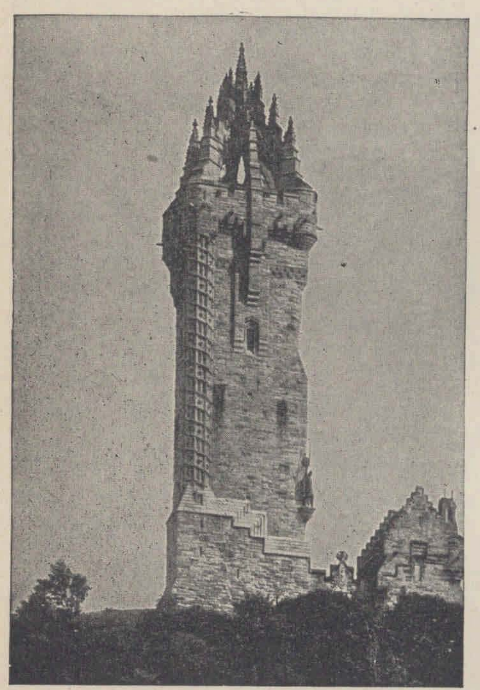
El gran arco de triunfo de París, se empezó a construir en 1806, y se terminó en 1836. Visto de cerca resulta pesado, y los enormes macizos que forman los pies no tienen más adornos que trofeos de tamaño colosal, de cerca de 12 metros de altura, con figuras de unos 5 metros.



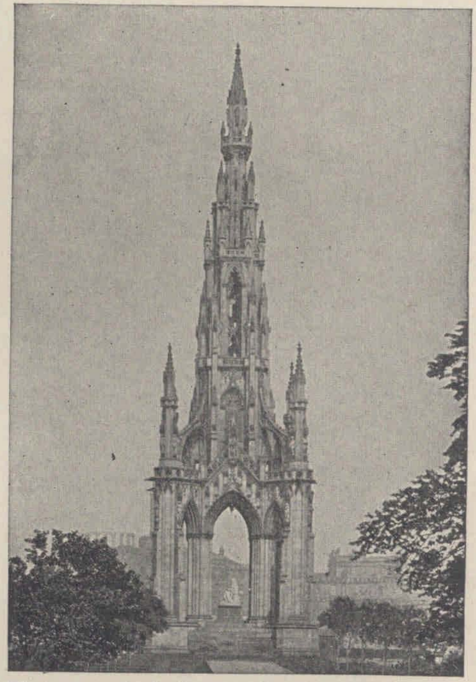
La estatua de Carlos I, cerca de Charing Cross, es tal vez el mejor monumento de Inglaterra. El pedestal es fuerte, con un gran centro liso y figuras proporcionadamente pequeñas. No hay cuadros fundidos que lo afeen, como en la columna de Nelson.



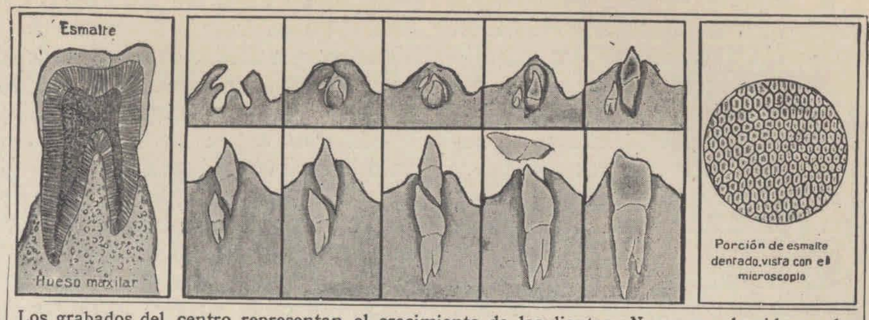
La tumba de Wéllington, en San Pablo, es un monumento notable por su sencillez y proporción, aunque algo pesado. Las esculturas que lo adornan revisten mayor realce debido a lo llano y liso del resto del monumento.



El monumento de Wallace, en Stirling, es una combinación de la florida arquitectura francesa con el estilo alemán. El conjunto no es malo, pero resultan innecesarias y caprichosas las torrecillas.



El monumento de Scott, en Edimburgo, tiene algunas cosas buenas, pero el exceso de detalles roba esbeltez al conjunto. Este defecto perjudica siempre las líneas principales, restándoles belleza.



Los grabados del centro representan el crecimiento de los dientes. Nacemos a la vida con las raíces de dos dentaduras. Aparece la primera y se desarrolla hasta que la segunda, más fuerte, ocupa su lugar.

LA BOCA Y LOS DIENTES

COMO en los seres vivientes se verifica de continuo una combustión interna, todos ellos necesitan alimentarse, pues de lo contrario se consumirían. Esta necesidad la sienten de igual modo animales y plantas. Hay vegetales que cazan insectos con las hojas doblándolas cuando los tocan, y entonces esas hojas vienen a desempeñar el mismo oficio que la boca de los animales. Pero, dejando esto a un lado, siempre, y en todos los casos, la hoja de una planta hace las veces de boca, ya que una parte de su alimento (la constituída por elementos gaseosos) la toma del aire. De absorber el alimento líquido se encargan sus raíces; así, se puede decir que la planta está dotada de dos bocas adecuadas para aprehender sus dos clases de alimento.

En los animales inferiores de la escala zoológica, como por ejemplo, los amibos, el alimento se ingiere por cualquier parte de la superficie de la célula que constituye todo el cuerpo del animal. Ya hemos visto que, cuando el amibo tiene cerca de sí algo que pueda servirle de alimento, en la región de su cuerpo más próxima al objeto, surge una prolongación radial que le sirve de boca y que utiliza momentáneamente para coger la substancia alimenticia.

Mas, a poco que avancemos en la historia de la vida zoológica, y con sólo subir unos grados de la escala, hallaremos ya una boca permanente, que aparece como parte definida de la estructura del cuerpo animal.

Si nos remontamos más y llegamos a los animales dotados de espina dorsal, vemos que la boca ya tiene forma y caracteres propios, y es órgano inconfundible. Estos animales, según ya sabemos, tienen sus huesos o su esqueleto en lo interior del cuerpo, mientras en los invertebrados, como la langosta de mar, por ejemplo, el esqueleto es su envoltura exterior.

Los vertebrados tienen la cabeza dividida en dos partes perfectamente distintas, el cráneo y la cara. Esta se halla provista de ciertos orificios destinados a facilitar la entrada del aire y de los alimentos, (son los que conocemos con los nombres de nariz y boca), y del esqueleto óseo de la cara forman parte integrante dos fuertes mecanismos óseos, que se llaman mandíbulas en el hombre y quijadas en los irracionales. La mandíbula superior es fija: con el resto de la cara, se halla sujeta al cráneo. Cuando hablamos o mascamos, no la movemos jamás, y sólo participa del movimiento que hacemos con la cabeza. La inferior no está sujeta al cráneo y es, por tanto, movible. Ambas mandíbulas son muy fuertes; y los movimientos de la inferior en sentido ascendente están regidos por músculos grandes y resistentes y lo más a propósito para la perfecta ejecución del acto de morder y masticar.

Además, tanto si el alimento que se

ingiere es materia vegetal como si es carne de algún animal, debe cortarse en menudos trozos y triturarse; y para ello vemos que las mandíbulas disponen del auxilio de esos admirables instrumentos que llamamos dientes. Éstos aparecieron primeramente en los peces, y podríamos probar que realmente deben su origen y desarrollo a un repliegue de la piel, formado por ésta alrededor de la boca. Son verdaderas excrecencias cutáneas, como las uñas, de las que nos ocupamos en otro lugar. Pero en el curso de la historia de los seres y del desenvolvimiento de la vida animal, han venido a quedar fijas en las mandíbulas. Si pudiésemos echar una ojeada al interior de la boca de un tigre, veríamos qué máquina más soberbia, potente, y eficaz se ha construído con esa combinación de quijadas y dientes. No siempre pueden verse las quijadas de un tigre; pero como el gato viene a ser un tigre en pequeño, o como si dijéramos un pariente domesticado de esta fiera, examinemos sus quijadas y sus dientes, y admiraremos el maravilloso mecanismo de la boca del tigre, que el gato nos ofrece en miniatura.

Nos consta que las aves más antiguas, las primitivas, estaban dotadas de dientes; pero ninguna de las que viven hoy los tiene. Los picos de las aves corresponden a los dientes y labios humanos.

Los dientes son de varias clases: unos sirven para aprehender y desgarrar, como los afilados dientes del perro y del gato; otros sirven para perforar y traspasar, como los largos dientes del elefante, que llamamos colmillos, y que están cubiertos por esa hermosa y dura capa exterior que conocemos con el nombre de marfil. Otros sirven para emponzoñar, como los dientes venenosos de la culebra, que tienen una ranura que los atraviesa, y por la cual pasa el veneno secregado por las glándulas situadas debajo, junto a la quijada inferior. Y la mayor parte de los animales que están dotados de dientes, los tienen especiales para triturar, mascar y moler los alimentos. Estos dientes están situados, por lo general, en segundo término, hacia el fondo de la boca, mientras los más afilados, que muerden o desgarran, traspasan o envenenan, están colocados delante, en donde prestan mucha utilidad.

Los dientes de diversas especies de animales sirven de guía muy segura, aun sin contar con más datos, para indagar las costumbres del animal al cual pertenecen las quijadas. A nadie se le ocurrirá pensar que los dientes de la vaca, por ejemplo, hayan de ser iguales que los del tigre. El estudio de los dientes de los animales es muy útil para conocer cómo están agrupados por clases y de qué manera también se relacionan entre sí unas y otras especies. Todos los seres humanos tienen (en principio) igual número de dientes, de igual clase e igual número parcial en cada una.

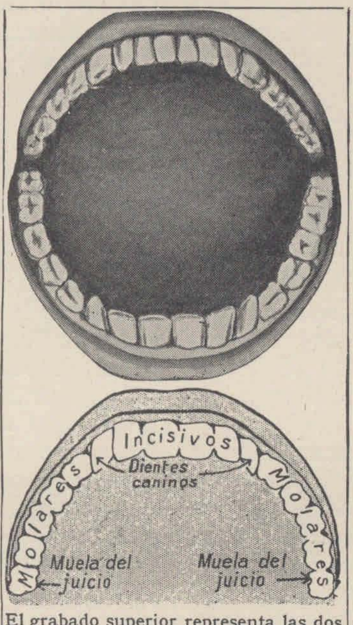
Este es uno de los argumentos que les han salido al paso a los que solían afirmar que los *salvajes* y los negros son muy diferentes de nosotros y descienden, en una u otra forma, de seres distintos de nosotros. Además, los cráneos humanos más antiguos que se han hallado, algunos de los cuales pertenecen a épocas más remotas de lo que podemos presumir, tienen los dientes en la misma disposición en que hoy los tenemos todos. Esta disposición difiere algo, aunque no mucho, de la que se ha hallado en cualquier otra clase de seres animados, excepto en los monos superiores o primates. Los cuadrumanos más parecidos al hombre tienen los dientes dispuestos como los de él. En los monos pequeños esta disposición es ligeramente distinta.

Como todo el mundo sabe, en el curso de la vida pasamos por dos denticiones; en la primera nos salen veinte dientes, y en la segunda treinta y dos. Los dientes de la primera dentición comienzan a aparecer a los seis o siete meses de edad, y los de la segunda empiezan a salir a los seis años aproximadamente, siendo de advertir que los cuatro últimos de los treinta y dos no lo verifican hasta que somos ya hombres, que es cuando se nos supone más juiciosos, y por esta razón se les llama *muelas del juicio*. Ambas mandíbulas tienen en cada uno

de sus lados igual número de dientes y las dos tienen el mismo en total.

Los dientes lisos situados en la parte anterior de la boca se llaman incisivos o cortantes; los de al lado, caninos, porque éstos son los que adquieren más desarrollo en el perro, y los demás llámanse indistintivamente molares o muelas. La última muela de cada lado de ambas mandíbulas suele denominarse, como hemos dicha ya, muela del juicio. Es indudable que los dientes y las mandíbulas del hombre van siendo, de día en día, más pequeñas y endebles; y a no pocas personas, jamás les han salido las muelas del juicio.

La razón de ello estriba, como es natural, en que los dientes van perdiendo gradualmente su importancia a medida que el hombre se desprende, uno tras otro, de los hábitos de hacer las cosas como los irracionales. Hoy podemos escoger y cocer lo que comemos, y aunque una buena dentadura es siempre un don del cielo, hay muchas personas que han llegado a perder todos sus dientes, y no los echan de menos.



El grabado superior representa las dos hileras de dientes humanos y el inferior indica los nombres que tienen, y que son los mismos para cada hilera.

Los dientes de la mandíbula superior y sus correspondientes de la inferior no están exactamente colocados enfrente unos de otros. De modo, que si el individuo pierde una muela, la que corresponde a la misma en la otra mandíbula, no le será inútil mientras viva: aun viene a endentar en parte con la muela que está al lado de la desaparecida. Esta peculiar disposición es de suma importancia y si no fuese por ella, el perder una muela equivaldría a perder dos.

Cuando han salido ya todos los dientes, éstos no crecen más. Si se cuidan bien, se conservarán sanos. Este principio es muy cierto para todo órgano de los seres vivientes y es necesario que conozcamos la manera de conservar la dentadura en buenas condiciones.

En algunos animales van creciendo los dientes continuamente, pero caen uno tras otro; de manera que no los conservan mucho tiempo. Si un animal ha perdido una muela por accidente fortuito, la de enfrente continuará creciendo sin que nada la desgaste y puede alcanzar tal desarrollo que obligue al animal a tener la boca abierta al extremo de no permitirle comer, muriendo al fin de hambre.

Los animales que se nutren con la carne de otros poseen dientes largos, afilados y cortantes. Éstos animales se llaman *carnívoros* o comedores de carne. Los que viven de hierbas o vegetales, de cualquier clase que sean, se denominan *herbívoros* o comedores de hierbas. Éstos no tienen por lo general dientes cortantes, sino sencillamente dientes destinados a triturar y moler. Un animal que sea roedor, como el conejo, tendrá dientes roedores.

Es una cuestión interesantísima la de decidir, por medio del estudio de los dientes, la clase de alimento que el hombre debe ingerir, y podremos conseguirlo estudiando los monos que todavía existen en la tierra, aunque pronto desaparecerán, sin duda. Sabemos que esos monos se alimentan de frutas y demás substancias vegetales, *no* con la carne de otros animales; y sus dientes, que prácticamente son, por todos conceptos, como los nuestros, no sirven para matar ni desgarrar. Nuestros mismos dientes *no* pertenecen al tipo carnívoro.

Si todos nuestros dientes están perfectamente sanos, o han sido bien empastados por el dentista cuando algunos se han cariado, podemos comer golo-

sinas sin sentir dolor alguno. Todos los dientes sanos tienen recubierta la parte que sobresale de las encías, de una capa de lo que llamamos *esmalte,* que carece de nervios y es, por tanto, insensible. Pero puede ocurrir que una parte cualquiera del esmalte del diente se haya fundido lentamente por la acción de los ácidos que los microbios producen en nuestra boca, y entonces hay que tener gran cuidado. La parte del diente que se halla debajo del esmalte se llama *dentina,* es mucho más blanda que la capa protectora, por la cual algunas cosas pueden practicar un agujero a través de su masa, que está llena de diminutas ramificaciones del nervio que pasa por cada pieza dentaria. La mayor parte de lo que ingerimos no provoca molestía alguna al ponerse en contacto con esa tupida red de filamentos nerviosos; pero el azúcar es una de las cosas que más los excita, y si cuando nos llevamos a la boca un manjar dulce tenemos algún diente con la dentina al descubierto, es fácil que nos sobrevenga un fuerte dolor de muelas.

Muchas veces sólo un diente tiene la dentina expuesta al aire, y sin embargo todo aquel lado de la mandíbula, o casi todo él, es sensible al dolor. La razón de esto estriba en que todos los nervios que están en conexión con las piezas dentarias de un mismo lado de cada mandíbula son ramificaciones de un sólo nervio, y cuando una parte cualquiera de él siente malestar, todos los dientes, entre los cuales se distribuyen sus ramificaciones, están sujetos a sentirlo.

Sabemos que es muy raro que la caries eche a perder los dientes de los animales, y tampoco ignoramos que, entre los salvajes, la caries no hace más estragos que entre los animales. Pero nuestros dientes son muy distintos, y en nuestro método de vida debe haber algo que nos explique el motivo. En primer lugar, y para empezar, diremos que los dientes de muchos de nosotros no están bien hechos; el esmalte es delgado y blando y no es lo bastante liso para resistir el degaste tan bien como debiera. Quizá la causa de ello esté en que a muchos de nosotros no nos alimentaron bien en nuestra infancia. Tal vez nuestras madres no pudieron alimentarnos y, en defecto de su leche nos daban cosas que tenían por muy buenas, pero que realmente no lo eran. Las criaturas de pecho y los párvulos que pueden disponer a todas horas de una buena cantidad de leche fresca, tienen cuando son adultos mejores dientes que los que se han criado en condiciones más desfavorables que ellos. Otra de las causas de la decadencia de los dientes es la clase de alimento que ingerimos cuando ya están formados. Los animales y los salvajes comen cosas fibrosas y muy duras, en tanto que muchos de nosotros, para comer el pan lo despojamos antes de su corteza. Si no damos trabajo a nuestros dientes, estarán sujetos a debilitarse, pues por una ley universal de las que rigen la vida de los seres, todo órgano que no funciona o cuyo trabajo hace otro por él, se atrofia, es decir, se vuelve débil e impotente.

Deberíamos cuidar de nuestros dientes no olvidándonos jamás de darles trabajo. No queremos decir con esto que hayamos de poner a prueba su fuerza con cosas tan resistentes como nueces o avellanas, pero tampoco hay porque tener temor alguno de servirnos de ellos para masticar la comida, en vez de emplear el cuchillo con tanta frecuencia.

También debemos cuidar constantemente de conservar bien limpia la boca, y de asegurarnos de ello todos los días, especialmente por la noche. Si no lo hacemos aparecerán los microbios que formarán ácidos, especialmente uno que se llama *ácido láctico,* igual al que se halla en la leche agria, y que puede disolver lentamente el esmalte de los dientes. Afortunadamente nuestra saliva ejerce su acción sobre este ácido, haciéndolo desaparecer, porque contiene lo que se llama un álcali, y un álcali, en presencia de un ácido, se combina con él. Es mucho mejor que el ácido se combine con el álcali de la saliva que con la substancia alcalina de los dientes. Hemos de conservar, por lo tanto, la boca y los dientes muy limpios, sirviéndonos de los

polvos especiales dentífricos, que a la vez son alcalinos y *antisépticos*, o sea venenosos para los microbios. Debemos usar estos polvos por la noche y por la mañana, procurando servirnos de un cepillo que no sea muy duro, (porque podría provocar el degaste del esmalte o hacer sangrar las encías), y frotar los dientes con suavidad, no de un lado para otro, sino de arriba abajo, a fin de dejar bien limpios los espacios que hay entre ellos.

Para limpiarnos los dientes debemos preferir los polvos dentífricos a cualquier líquido, con tal que sean finos sin la menor partícula que pueda rascar el esmalte del diente. Además, los polvos ofrecen sobre el líquido la ventaja de que, frotando sencillamente los dientes con ellos se evita la formación de esa materia de color pardo llamada *sarro*, que de otra suerte es inevitable. Los mejores polvos se componen de una mezcla por partes iguales de polvos fenicados y carbonato de cal preparado al efecto, (una libra cada vez), todo lo cual resulta muy económico. Estos polvos son muy suaves, muy antisépticos y fuertemente alcalinos y agradables. Ninguno de los específicos que se anuncian para la limpieza y conservación de los dientes es tan bueno como este preparado, y el más barato de todos ellos cuesta diez veces más que él.

Es de importancia suma saber, si a fin de conservar bien la dentadura, hemos de desterrar el azúcar, pues a todos los niños les gusta esta substancia, a todos les apetecen los dulces, y si estas cosas son buenas para ellos, aun cuando sean nocivas para sus dientes, veamos qué es lo que se debe hacer. Cierto es que el ácido láctico formado por los microbios en nuestra boca, y que puede disolver él esmalte de los dientes proviene del azúcar. Una molécula de este producto queda dividida por los microbios en dos moléculas de ácido láctico.

Pero si cuidamos de la limpieza de la boca, que es todavía más importante que la de la piel, no haya temor de que nuestros dientes se perjudiquen, porque los microbios que producen este cambio en el azúcar no pueden prosperar más que en una boca que no se conserve limpia.

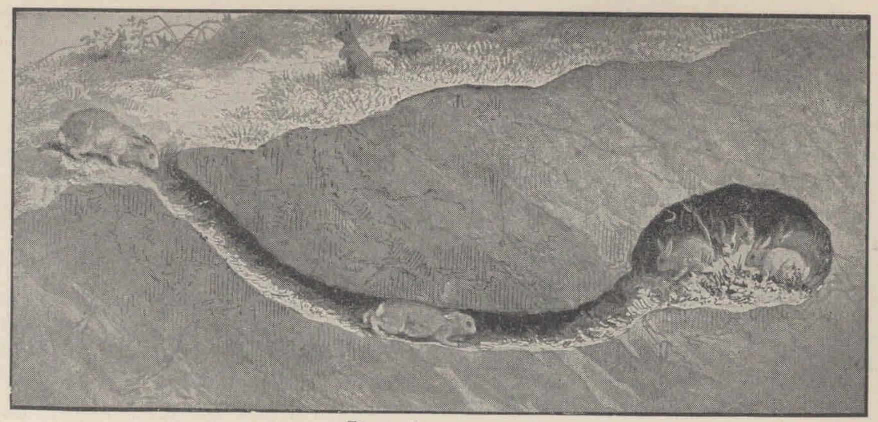
Solían creer muchos, hace tan sólo cincuenta años, que el azúcar no era bueno para los niños. Seguramente pensaban que la afición que tenía un niño a los dulces y al azúcar no era otra cosa que pura glotoneria y estaban tanto más seguros de ello, cuanto que sabían que un niño a quien se le prive de gustar el azúcar comerá indudablemente demasiados dulces cuando se le presente la ocasión, y entonces enfermará. Pero fácil es formar acertado juicio con sólo considerar que a todos los niños les gusta naturalmente el azúcar. La naturaleza no será de fijo tan necia, que haya dotado a los niños de un gusto que les es perjudicial, y quizá somos nosotros los necios al creer que lo es la madre naturaleza.

Ya sabemos, pues, que el azúcar es uno de los alimentos más valiosos de que disponemos. Toda la fécula que consumimos, lo mismo los adultos que los niños, excepto los de pecho, porque no pueden digerirla, se convierte en azúcar antes de penetrar en la sangre, y más de la mitad de la energía total del cuerpo se deriva de la combustión del azúcar. Ahora bien; los niños necesitan gran cantidad de energía (que se les suministra con los alimentos que ingieren) porque son muy activos y también porque, siendo tan pequeños, necesitan producir mucho calor para conservarse calientes, toda vez que sus cuerpecitos lo pierden rápidamente. Para ello, los niños han de ingerir mucho azúcar, y el gusto con que lo hacen y la afición que muestran a los dulces no es ningún error de la naturaleza, ni ninguna señal de glotonería en ellos, sino la verdadera señal de lo que especialmente necesitan. Los que de este modo razonen, podrán ver que los niños que tienen a su disposición todo el azúcar que quieren, no toman mucho, no son glotones y no comen más cuando ya tienen bastante.

CIUDAD CONSTRUIDA Y HABITADA POR LAS ARANATAS O MARMOTAS DE LAS PRADERAS



Se da también a la aranata el nombre de « perro de las praderas », porque su grito es parecido a un ladrido. Viven estos animales en colonias numerosas, y son grandes zapadores. Sus guaridas están tan cerca unas de otras, que hacen inseguro el terreno para los caballos. Junto a los orificios de entrada amontonan la tierra extraída, y el conjunto de estos montones imita en cierto modo los edificios de una ciudad.



El conejo en su casa.

HABITACIONES QUE NO HAN SIDO EDIFICADAS CON LAS MANOS

EXTRAÑAS GUARIDAS DE LOS ANIMALES

SUPONGAMOS que todos los seres de la Naturaleza hubiesen recibido el don de la palabra; ¿cuál sería su canción favorita? Cualquiera que fuese, no es difícil imaginar que, en una u otra forma, haría referencia a uno de los temas preferidos por toda persona de sentimiento: el hogar. Para muchas especies de animales el hogar es cosa muy querida, y saben protegerlo y defenderlo aun a costa de los mayores trabajos y sacrificios.

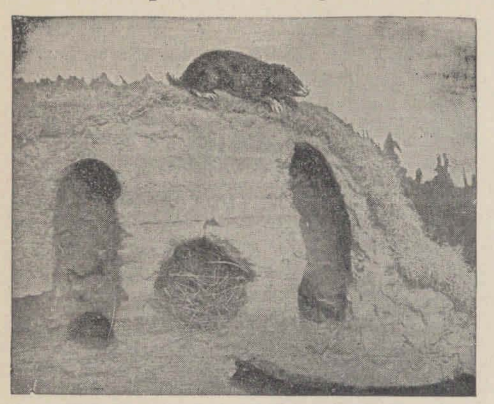
Todos conocemos el apego que tienen a sus moradas los animales domesticados. El caballo, el perro, el gato, cantarían sus alabanzas con el mayor entusiasmo. Un caballo jamás olvida el lugar en donde algún día vivió. Cierta jaca, muy inteligente, al pasar por una ciudad en la que había vivido ocho años antes, se lanzó saltando hacia el establo de la casa en que habitó su dueño.

Un perro recorrerá centenares de kilómetros para volver al lugar donde ha sido tratado con cariño. El gato se encariña tanto con la casa, que a veces permanece solo en ella, después de haberse mudado la familia. Y no deben olvidarse los largos vuelos de la paloma mensajera, para regresar a su palomar.

Es cosa sabida que todos los animales que ocupan un sitio en nuestras viviendas, les muestran tanto apego como a las moradas que ellos mismos puedan construir. Y si es verdad que toda mujer ordenada y casera se siente orgullosa en su hogar y le gusta tenerlo limpio y cómodo, no es menos cierto que todos los animales, domésticos o silvestres, sienten gran afección a sus residencias, en las cuales, a su modo, cuidan y miman a sus crías.

Considerando que los monos ocupan el lugar más elevado en la escala de los irracionales, podría esperarse que mostraran gran afición a construir y embellecer sus viviendas. Pero no es así. Los grandes simios se contentan con los árboles de los bosques en que habitan; y ninguno de los monos de pequeña talla parece envidiar a los otros animales sus guaridas propias. Sin embargo, no debe extrañarnos esto, pues no ignoramos que el hombre mismo, antes de ser civilizado, se daba por satisfecho con las viviendas más rústicas. Una cueva le bastaba, hasta el momento en que los lobos y las hienas venían a disputarse sus huesos. A pesar de la superioridad de su inteligencia sobre la de los animales, la vivienda del hombre primitivo no era, ni con mucho, tan cómoda

como la del topo o la del castor. No acusemos, pues, con ligereza a los



Interior de la habitación del topo.

monos, grandes o pequeños, porque sean negligentes en este punto.

Los arquitectos más admirables de la Naturaleza debemos buscarlos entre las aves, los pequeños cuadrúpedos y los insectos. Éstos son los obreros que realmente humillan al hombre. Gracias a su maravilloso cerebro, el hombre ha inventado herramientas que utiliza en todas sus construcciones; los animales, en cambio, edifican sus prodigiosas habitaciones sin instrumento ninguno. No necesitamos salir de nuestro jardín para ver trabajar a las hormigas, y en ciertas regiones apenas hay pradera en la que los topos no excaven sus curiosos domicilios, acerca de los cuales se ha fantaseado algo.

Hace muchos años, un escritor francés describió la vivienda del topo diciendo que era una complicada red de galerías y pasadizos convergentes en un soberbio salón central; y mostró dibujos que parecían planeados por un arquitecto; pero, recientemente, Mr. Lionel Adams, después de dedicar largo tiempo al estudio de estas fortalezas, según se las llamaba, no halló nada parecido a los anteriores dibujos. En casi todos los casos la guarida está excavada en el centro de un campo, aunque a veces el topo utiliza algún tocón hueco. En campo raso, algunos centímetros debajo de la superficie, ahueca el topo un espacio de las dimensiones de una hogaza grande, amontonando en el exterior la tierra extraída, cuya altura total llega a tener a veces sesenta centímetros. La entrada en esta cavidad es por encima, a través de un túnel que se eleva hasta el nivel del suelo; su superficie está cubierta de hierba, de hojas, o de una mezcla primorosamente tejida de unas y otras, sobre la cual descansa el topo, aunque sólo durante algunas horas, pues su extremado apetito le obliga a dejar su albergue con frecuencia. Por debajo hay una galería de escape, que en caso de peligro imprevisto le permite abandonar la madriguera, y sale al exterior por una de las galerías principales. Estos animales hacen vida solitaria, excepto las hembras cuando tienen crías; la guarida que entonces habitan es más pequeña y carece de galería de escape, lo que parece indicar que ni aun en caso de peligro se decide la hembra a abandonar a sus hijos, que por lo común son tres o cuatro, como se ve en uno de estos grabados.

El musgaño, débil y pequeño como es, tiene cualidades de gran zapador, aunque no se le puede comparar con el topo. La vivienda del musgaño es una sencilla cavidad practicada en el extremo de un túnel recto y largo, que corre a poca profundidad bajo de la superficie del suelo. Un congénere cual



Topos jóvenes en su madriguera.

quiera lo alcanzará fácilmente; pero ¡ay del intruso!: la hazaña degenerará inevitablemente en duelo a muerte, desfa-

vorable para el invasor, si no es mucho más poderoso que su adversario. Existen lazos de unión entre los musgaños y los topos, y encontramos muchos caracteres comunes a varias especies de estos animales.

Hay en la India un musgaño zapador, cuyas costumbres le dan gran semejanza con el topo común de Europa.

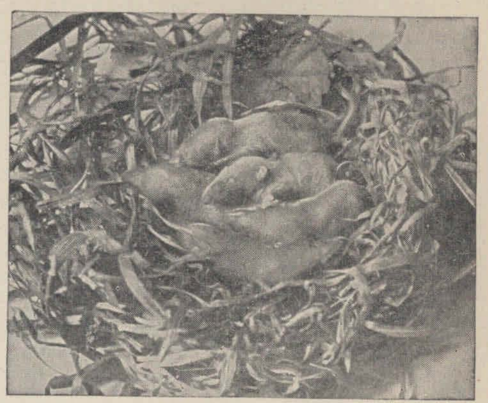
El desmán, abundante en los bosques de Rusia, tiene hábitos parecidos a los que distinguen a los musgaños acuáticos. Pero en tanto que éstos se contentan con un sencillo agujero, practicado junto a la orilla del agua, el desmán construye un palacio al extremo de la galería que le lleva hasta la corriente. Pasa la mayor parte de su vida en el agua, y cuando se retira a su habitación para echar una siesta, tiene la piel tan seca como el ánade su plumaje. Estos animales nadadores nunca presentan la piel mojada; sus pelos mantienen a su alrededor una capa de aire, que, en realidad, les envuelve todo el cuerpo mientras están sumergidos.

Pero, en el reino animal, el rey de los artífices que reparten su vida entre el agua y la tierra es el castor. Le gusta el agua para nadar, y necesita poseer una vivienda abrigada y seca para pasar la noche. Si la corriente en que ha establecido su residencia no es bas-



Zorras jóvenes asomadas a la entrada de su guarida.

tante caudalosa durante la época de sequía, se lanza a un trabajo infatigable: roe los troncos de los árboles hasta derribar los que necesita; los divide en maderos, que fija en el cauce de la corriente; añade luego follaje,



Nido de musgaños.

piedras y barro, y levanta con todo ello una pared o presa, que recoge el agua, formando un depósito en el que podrá bañarse y nadar, aunque baje considerablemente el nivel general. Conseguido este resultado, el castor se ocupa ya en la fabricación de su vivienda. Es ésta una obra maestra de habilidad. La construye de barro mezclado con ramas, y tan bien consolidada que, cuando llegan las heladas invernales, es tan dura como el hierro.

La habitación tiene casi dos metros de diámetro, en sentido horizontal, y un metro de altura. El interior es cómodo y abrigado; los lechos están dispuestos alrededor; y allí habitan juntos el macho, la hembra y las crías, hasta el momento en que éstas se encuentran con fuerzas para salir y construirse casas propias. Este palacio tiene dos galerías que lo ponen en comunicación con la corriente. Una de ellas, que corre a considerable altura, tiene, sin embargo, su salida bajo el nivel del agua; la otra está más baja, a fin de que, cuando se hiele la superficie, le sea posible al castor dirigirse en busca de los depósitos donde tiene almacenadas las cortezas que deben alimentarle durante el invierno.

Parece increíble la perfección con que el castor ejecuta sus trabajos, y la admirable disposición de las distintas

partes de su obra. No obstante, no agotemos aquí nuestra admiración, y reservemos parte de ella para otra criatura, el topo de pies palmeados, que, a pesar de esa forma de sus patas, no es nadador, sino terrestre durante toda su vida y, sobre todo, minero. Lo más admirable en este animal es la rapidez con que trabaja. Un observador fidedigno ha declarado que en una sola noche había visto construir a uno de estos activos operarios, en un terreno reblandecido por la lluvia, una galería de unos cien metros de longitud.

¿Qué significa este trabajo, en relación con las dimensiones del animal? Significa lo siguiente: que si, guardando la debida proporción, ejecuta un hombre una labor análoga, el túnel que abra en una noche deberá tener, además de la anchura requerida para dar paso a su cuerpo, una longitud de cerca de sesenta kilómetros. Convengamos en que la comparación es poco halagüeña para el hombre.

Teniendo en cuenta lo dicho acerca del castor, acaso se espere igual habilidad en la nutria, ligero animal, también dominador de las aguas; pero, en esto de la construcción de su hogar, la nutria se parece al hombre primitivo, pues le bastan los refugios que ya encuentra hechos en la orilla del río, o cerca de ella. La nutria los excava y modela a su gusto; pero no se sabe que nunca se haya tomado este trabajo en donde no existiese algún retiro natural.

Las comadrejas están particularmente constituídas para abrirse camino por las más estrechas y complicadas galerías subterráneas; pero no se molestan en construirse habitaciones de este género: prefieren buscar un refugio sobre el suelo. Podrían darse por satisfechas, si compartiesen la gloria de su hermano mayor, el tejón. Éste es un minero de singular destreza, que sabe excavar largos y tortuosos pasadizos, los cuales conducen a un gran salón subterráneo, al cuarto de sus crías, y a otras muchas dependencias, dispuestas con el mayor acierto en cuanto a su comodidad y ventilación. Dispone, además, de siete u ocho galerías, orientadas en varios sentidos, y que desembocan a treinta metros de distancia unas de otras. Cada una de ellas es un paso libre al exterior, en caso de peligro, y es también un excelente conducto para renovar el aire.

Los cazadores de zorras no suelen ir a buscarlas a la guarida del tejón, y, no obstante, muchas veces allí es donde las encontrarían. El hecho no obedece a que la zorra sea tan torpe que no pueda fabricarse su hogar, sino a que frecuentemente juzga oportuno establecerse en el del tejón, después de alejar a éste con su astucia proverbial. Introdúcese, pues, en la mansión de este animal industrioso, el cual, no teniendo nada que temer, gracias a su propia fuerza, no se opone a la invasión. Pero sucede que el tejón, a la larga, no puede soportar la vecindad de la zorra, a causa de las profundas diferencias que los separan, ya que siendo el primero sumamente aseado, le repugna una criatura desidiosa y abandonada, o que, por lo menos, se conduce con muy poca limpieza mientras está en compañía de su hospedador. Así, pues, el tejón se resigna a marchar a otra parte, para excavarse una nueva vivienda.

Pero el tejón no es el único que tales vejaciones sufre por causa de la zorra; algo semejante, aunque mucho peor, le sucede al manso conejo. El conejo de campo es también un gran zapador. Empieza haciendo un hoyo, que cava en sentido inclinado, hasta haber alcanzado cierta profundidad; luego dirige hacia arriba esta galería oblicua, y un poco más lejos la agranda, formando la habitación que ocupará con su hembra y sus pequeñuelos. A veces la zorra, persiguiendo al conejo, se abre camino a través de la galería, devora a las crías, y luego, hallando agradable la vivienda, se queda en ella.

No se crea, sin embargo, que sea el descrito el único modelo arquitectónico conocido o seguido por el conejo. Entre una carretera y la orilla de un río, en un terreno minado por muchos centenares de conejos campestres, pudo observarse una vez como, para no ser

perseguidos por sus enemigos, habían abierto un largo túnel suplementario, puesto en comunicación directa con cada una de las madrigueras. A la menor alarma, los prudentes animales se precipitaban por este túnel, y siguiendo las galerías, que sólo ellos conocían, se refugiaban en sus respectivos hogares.

Lo dicho hasta aquí acerca de la zorra se refiere a la raposa europea. Existe en América una zorra gris, que hace sus viviendas, bien abrigadas, en los agujeros de los árboles viejos. La zorra ártica es más industriosa, como conviene a un animal que tiene que luchar con el temible invierno polar. Para combatir el frío, se agrupan en colonias de treinta o cuarenta individuos, y abren profundas madrigueras muy próximas entre sí, pero independientes. Todas comunican con un túnel general, pero cada zorra utiliza sólo su habitación, sin penetrar jamás en la de sus vecinas. Y acurrucadas allí, desafían las más bajas temperaturas.

Hay cuadrúpedos de poca talla, cuyo trabajo es tan duro como el de la zorra ártica. La marmota, animal alpino, se fabrica dos hogares cada año: uno en la montaña, su residencia de verano, que le sirve de abrigo por la noche y cuando hace mal tiempo, y otro en los valles inferiores, su domicilio de invierno. Con las primeras nevadas, se ve descender a la llanura manadas de marmotas, que llevan consigo a sus crías. Llegadas al sitio donde se proponen invernar, se reunen en grupos de quince a veinte, y abren en la tierra un largo túnel, en cuyo extremo cavan un ancho espacio en forma de sala circular, que llenan de hierba; obstruyen luego la entrada para no ser molestadas, y se entregan allí al sueño invernal. Otras especies de marmotas se contentan con una sola residencia para invierno y verano; pero su habilidad para construirla no es menor.

Las mayores colonias son las que forma la aranata, llamada también marmota y perro de las praderas. Sus hogares ocupan a veces hasta ochenta hectáreas de terreno. Perforan excelentes cámaras y túneles, a cuya entrada depositan, en forma de montículo, la tierra excavada. Alrededor de cada uno de estos montículos suele verse una docena de entradas a otras tantas madrigueras, y encima de ellos hay siempre un centinela que vela por la seguridad general y profiere un expresivo « ¡tuit, tuit! », a modo de voz de alarma, tan pronto como descubre a un enemigo; al oirlo, la colonia entera se sepulta inmediatamente en el interior de los túneles.

La ardilla es también un magnífico arquitecto. No cava la tierra, sino que construye una especie de nido (que podría dar envidia a muchas aves), ya en los agujeros de algún viejo tronco, ya en alguna bifurcación de las ramas; pero siempre a prudente altura, para mayor seguridad. Hace una sólida plataforma, a la cual añade paredes laterales y techo en forma de cúpula; todo compuesto de ramitas tan bien entrelazadas y sujetas, que ni la lluvia ni el viento, que tanto teme, pueden penetrar dentro. Luego forra el interior con el musgo más fino, y de este modo logra poseer un refugio tan cómodo y abrigado como pueda imaginarse. La casa se ventila por una abertura o puerta que le sirve de entrada, y tiene otra abertura en el lado opuesto, para poder escapar su dueño si fuera menester. Se resguarda de la lluvia y del viento cerrando con musgo estas aberturas.

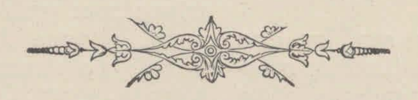
El equidna y el ornitorrinco son dos excelentes y curiosos zapadores. Estos animales, a pesar de ser mamíferos cuadrúpedos, ponen huevos. Pertenecen a la extraña fauna australiana, tan distinta de la del resto del mundo. El equidna, gran comedor de hormigas, construye su vivienda excavando el suelo con mucha facilidad, gracias a la fuerza considerable de que están dotadas sus largas y afiladas garras. El ornitorrinco pasa gran parte de su vida en el agua, aunque fabrica su casa en la tierra. La experiencia le ha enseñado a ser muy cauto, y por eso elige para su morada lugares próximos a tranquilas

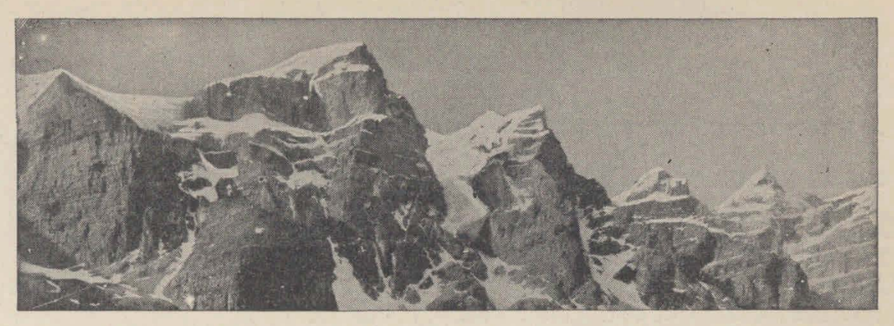
corrientes que van a desaguar en lagunas pobladas de cañaverales y no frecuentadas por el hombre, y en las que puede encontrar sus alimentos vegetales, así como también gusanos, pequeños crustáceos, etc.

A fin de poder llegar al agua sin contratiempo, el ornitorrinco dispone de un túnel que comunica su vivienda con el fondo de las lagunas. Este túnel se extiende bajo el suelo por espacio de unos quince metros, y conduce a una amplia y bien proporcionada cámara, tapizada de hierba, y muy cómoda y segura. Además, para que no falte en ella el aire respirable, el ingenioso animal abre una vía de ventilación que, partiendo del departamento que hace las veces de dormitorio, desemboca en medio de un macizo de maleza, y aparte del indígena australiano, ningún hombre acertaría a descubrir la entrada de este segundo túnel. Sírvele asimismo éste de salida cuando es atacado por el primero, pero, a ser posible, el ornitorrinco prefiere huir por el agua, ya que sus pies palmeados no le permiten correr con facilidad por tierra.

El ornitorrinco en su morada subterránea.

Cuanto queda dicho es sólo una breve ojeada a algunos de los más hábiles arquitectos del mundo animal. En otros capítulos de esta obra se trata de otros muchos de esos curiosos seres. Pero basta lo que hemos expuesto aquí, para comprender que, a su modo, esos hábiles constructores pueden, en muchos sentidos, competir con el hombre más diestro.





¿CÓMO SE FORMARON LAS MONTAÑAS?

MÁS correcto sería preguntar cómo se formaron y se *forman* las montañas. Esta pregunta es muy natural e importante, pero la manera con que está expresada señala el mayor de los errores relativos a la formación de la tierra. Al decir: ¿cómo se formaron las montañas?, parece que se hicieron en un día determinado y para siempre, y no es así. Por el contrario, las montañas se forman y destruyen hoy día lo mismo que en las edades pretéritas, y así seguirá siendo en las futuras. La fuerza que las formaba y forma es la contracción y el consiguiente arrugamiento de la corteza terrestre, como consecuencia del encogimiento que sufre el interior del planeta.

Si nos fijamos en los pliegues que presenta la piel de una manzana arrugada, tendremos una idea de cómo se forman las montañas. Pero con esto no queda contestada enteramente la pregunta. Es muy posible que un número de montañas muy superior al que antes se creía, hayan sido obligadas a brotar de la superficie terrestre por un procedimiento muy semejante al que origina los volcanes. Sólo podemos repetir que en los actuales momentos se empieza a sospechar cuál es la labor que el radio ejecuta en el interior de las rocas que forman la corteza terrestre. Probablemente no tardaremos en descubrir que este cuerpo es uno de los agentes principales que contribuyen a la formación de las montañas.

¿POR QUÉ NO CRECEN EN ELEVACIÓN LAS MONTAÑAS CON LA NIEVE QUE CAE SOBRE ELLAS?

En realidad algo debe ocurrir con la nieve que cae sobre las montañas, porque de lo contrario se harían más elevadas, como la pregunta sugiere. Quienquiera que haga pregunta tan juiciosa merece una contestación esmerada; y es lástima que otras muchas, tan profundas y atinadas como la presente, no puedan ser contestadas con la exactitud que ella. Cuando la nieve nueva cae sobre la vieja, queda ésta sometida a una presión importante, y tiende a resbalar por su propio peso por las laderas de las montañas.

En virtud de la presión aludida, únense los copos de nieve y se convierten en hielo; y, a pesar de ser la nieve tan ligera, el casquete de hielo que sostienen las montañas posee a veces varios metros de espesor, y un peso verdaderamente enorme. Al deslizarse lentamente por las laderas de las montañas, ábrese una especie de cauce, como hace el agua cuando corre a través de las llanuras, originándose de esta suerte ríos de hielo que designamos con el nombre de *ventisqueros*. Los ventisqueros pueden correr hacia el mar, formando montañas flotantes de hielo, o fundirse cuando en su descenso encuentran temperaturas propicias para ello. Sólo una parte pequeña de la nieve desciende de las montañas en forma de aludes. Vemos, pues, que la nieve que

cae en una montaña entra en ese ciclo interminable que sigue el agua, pasando del cielo a la tierra y al mar, de donde vuelve al cielo de nuevo, y que observamos de continuo en todos los lugares del globo.

¿CÓMO SE FORMAN LOS VOLCANES?

Esta es una cuestión a la que nos hemos referido más de una vez en esta obra; pero también es un asunto, en el que no pasa mes sin que se hagan nuevos descubrimientos. No cabe la menor duda de que los volcanes son producidos por el calor que existe en el interior de la tierra; así que la pregunta debería enunciarse de este modo: ¿Por qué obra este calor de tal manera? ¿posee este calor propiedades especiales, cuando da origen a los volcanes? Es indudable que, en sus primeros momentos, un volcán no es otra cosa que un orificio abierto en la corteza terrestre. Una vez abierto este orificio, fácil es comprender cómo se escapa por él el calor que existe debajo; las cosas salen por él naturalmente porque es «el camino que menor resistencia les ofrece», y de este modo se van acumulando en torno suyo estas substancias, formándose el volcán.

Pero, siendo cierto que todo el interior de la tierra se encuentra a una temperatura elevada, ¿por qué se forma este orificio en un lugar determinado y no en otro? A nuestro entender, tiene dos explicaciones el hecho. La primera, que probablemente en aquel lugar la corteza terrestre es menos espesa, o más débil, o está hecha de substancias más fácilmente perforables que en otros; y la segunda, que, según se está descubriendo hoy día, es muy posible que existan debajo de aquel sitio fuentes especiales de calor y de fuerza, debidas a la presencia de rocas o materias que contengan un exceso de ese maravilloso elemento llamado radio, o de otro cuerpo que tenga la propiedad de generar calor.

¿POR QUÉ CRECEN HACIA DENTRO DE LA TIERRA LAS RAÍCES DE LOS ÁRBOLES?

Las raíces de los árboles están hechas para ejercer sus funciones en el interior de la tierra. Sirven, en primer lugar, para dar estabilidad al árbol, con objeto de que el viento no pueda derribarlo, y son, por decirlo así, las bocas de los árboles, pues gran parte de los alimentos con que éstos se nutren son absorbidos de la tierra por ellas. Las raíces, por otra parte, no contienen clorofila, que es la substancia verde de que se sirven las hojas para aprovechar la luz, y por eso no tienen necesidad de estar expuestas al sol.

Todo esto es bien fácil de descubrir y comprender, pero no nos suministra una respuesta del todo satisfactoria a la pregunta. Sabemos por qué es conveniente para el árbol que sus raíces crezcan y se desarrollen en lo interior de la tierra, y no en el aire; pero esto no explica cómo saben las raíces en qué dirección deben de crecer. La acción de la gravedad es la que las guía ciertamente; no sólo atrayéndolas hacia la tierra, porque las raíces sabemos que crecen en todos sentidos, y no exclusivamente hacia abajo, sino obedeciendo al principio vital que parece conocer o sentir en dónde está la tierra. Un sabio que nos dijo cómo (a su modo de ver) habían hecho su aparición en el mundo las innumerables criaturas que lo habitan, demostró que las plantas dan muestras de saber en dónde se halla la tierra. Poseen un sentido para apreciar la gravitación, como el hombre posee otros para apreciar la luz o el sonido, el cual les sirve de guía para dirigir hacia abajo sus raíces. Éstas, por otra parte, crecen por sus extremos, y por eso lo hacen en muchas direcciones distintas, buscando el alimento de que viven.

¿POR QUÉ CRECEN LOS ÁRBOLES VERTICALMENTE?

Si existe un viento que sople siempre, o con demasiada frecuencia, en una misma dirección, el árbol crecerá torcido, y lo mismo ocurrirá, si se halla plantado al lado de una pared, donde la luz no le llegue igualmente por todos sus lados; pero, cuando eso no ocurre, los árboles crecen siempre derechos, porque así lo pide su naturaleza, y porque todas las circunstancias ayudan a

ello. Sus raíces trabajan menos cuando crecen derechos, y se desarrollan por igual en todas direcciones, contribuyendo a mantenerlos en su posición vertical. Los árboles, además echan ramas por todas partes, de suerte que sus pesos se equilibran, ayudando al tronco a conservarse erguido.

Los árboles que crecen derechos son los que mejor medran, porque así disponen de espacio para desenvolver sus ramas llenas de hojas en todas direcciones, con lo que reciben mejor y con más abundancia, la luz que el sol les envía, y se nutren más fácilmente. Así pues, hay muchas razones para que los árboles crezcan verticalmente. Unas, relativas al equilibrio de sus ramas, las llamamos razones mecánicas; y las otras son razones más profundas y dependen de la manera de vivir de las plantas, las cuales, a semejanza de los demás seres vivientes, propenden por natural impulso a las particularidades de su propia vida, para mejorar las condiciones de la misma.

¿POR QUÉ CRECEN LAS RAMAS DE LOS ÁRBOLES HACIA LOS LADOS EN VEZ DE CRECER HACIA ARRIBA?

La mejor manera de explicarnos por qué crecen las ramas de los árboles en todas direcciones, y no verticalmente, es averiguar el uso a que dichas ramas se hallan destinadas. Su fin es sustentar las hojas, las cuales sirven al árbol para respirar y para alimentarse, absorbiendo el ácido carbónico del aire bajo la influencia del sol. Por lo tanto, al árbol le interesa desarrollar sus ramas de manera que las hojas que sustentan queden expuestas a la luz solar de la manera más perfecta posible, y que puedan echar el mayor número de hojas útiles. Por eso los árboles desarrollan sus ramas por igual en todas direcciones, y al crecer éstas todo alrededor del tronco, se hallan en mejores condiciones para exponer a los rayos del sol, del modo más perfecto, las hojas que producen.

¿PROPENDE LA TIERRA A ATRAER HACIA ABAJO LAS RAMAS DE LOS ÁRBOLES?

Es evidente que la gravedad propende constantemente a atraer las ramas de los árboles, y en algunos observamos que éstas se inclinan hacia la tierra, en especial, cuando son viejos y no pueden extraer de la tierra todo el alimento que necesitan. Pero los árboles procuran siempre mantener las ramas en su posición natural, que es la mejor para el uso a que están destinadas, aunque esa posición sea bastante fatigosa y demande realizar un esfuerzo constante para sostenerlas en ella.

Si intentamos mantener nuestros brazos en cruz por espacio de diez minutos, podremos comprobar cuán importante es la atracción que ejerce sobre ellos la tierra, y cuán incómoda resulta dicha postura. El medio de que se valen los árboles para contrarrestar la atracción de la tierra es echar ramas de fuerte y resistente madera, y hacer que ésta arranque directamente del tronco; y con objeto de aligerar el peso que esta madera tiene que soportar cría sus hojas muy livianas. La ligereza de las hojas es, pues, muy importante para la vida de los árboles.

¿SE TRANSMITE EL OLOR POR MEDIO DE LAS ONDAS DEL AIRE?

Esta es una pregunta muy discreta, y las personas que hacen semejantes indagaciones son las que más ayudan al progreso de los conocimientos humanos, pues demuestran que piensan y discurren. Las preguntas irreflexivas o impremeditadas carecen de utilidad, generalmente. El sonido, como ya sabemos, es una onda que se propaga en el aire; el calor que sentimos cuando nos sentamos al amor de la lumbre, es también una onda que se transmite en el aire; y la luz es una onda que forma el éter, y camina por en medio del aire.

Si, pues, estas ondas explican nuestras sensaciones de luz, de calor y de sonido ¿por qué no han de explicar también las del olfato? Y sin embargo, el olor no se transmite por medio de ondas a lo largo del aire. El principal distintivo del olfato y el gusto, es que ambos tienen que ser actuados por contacto. Es indispensable el contacto material de ciertas partículas con la lengua o las fosas

nasales. No podemos oler ni gustar a distancia. Alguien nos objetará que esto no es cierto, cuando del olfato se trata; empero la objeción no es atinada. Nos parece que olemos a distancia, cuando adivinamos de dónde viene el olor; pero lo que en realidad acontece es que las pequeñas partículas de los objetos que tienen olor son transportadas por el aire y se introducen en la nariz, lo cual es completamente distinto de lo que ocurre con los demás sentidos. El olfato sería semejante al oído, si oliésemos un grano de almizcle, o un frasco abierto de esencia, colocados en una habitación, donde el almizcle o la esencia produjesen ondas especiales en el aire o en el éter; pero esto no es así; lo que ocurre es que el aire nos trae a la nariz porciones de esta substancia.

¿VEMOS LAS COSAS A DISTANCIA O LA LUZ QUE DE ELLAS EMANA?

En la actualidad es posible responder a esta interesante pregunta. Lo que vemos es la luz que emiten o reflejan los cuerpos, y la vemos, por supuesto, en nuestros ojos, o, hablando con más precisión, en la parte posterior de nuestra cabeza, en el lugar del cerebro donde radica la vista. Esto no obstante, experimentamos la sensación de ver las cosas donde se encuentran realmente; pero lo hacemos así por efecto de la práctica, la experiencia y del conocimiento que hemos adquirido caminando de un lado para otro, y palpando los objetos.

Los niños, cuando comienzan a ver y a hacer uso de los ojos, carecen de toda noción de distancia. Sus primeras impresiones deben ser, seguramente, de algo interior a ellos mismos; mas después, cuando descubren su propio cuerpo, y hacen uso de los dedos, advierten que los objetos que ven son exteriores a ellos. A pesar de eso veremos que los niños alargan las manos para coger ciertos objetos que, como la luna, se hallan en extremo distantes. Pero aun tenemos una prueba más palpable. Las personas que nacieron ciegas, y que recuperaron la vista siendo ya adultas, nos dicen que cuando vieron, las primeras veces recibieron la impresión de una cosa que se siente dentro de la cabeza. Sólo a fuerza de práctica aprendieron a hacer lo que aprendimos todos cuando éramos pequeños, o sea, a referir al mundo exterior las sensaciones que en realidad tienen efecto dentro de nuestras cabezas.

¿POR QUÉ DEJAN PASAR LA LUZ LOS METALES SÓLIDOS CUANDO SE ADELGAZAN MUCHO EN PLANCHAS?

Es muy natural que los metales se conduzcan de esta suerte, y no es en modo alguno una propiedad privativa de ellos. La luz, como sabemos, consiste en ondas de éter, y el éter, como tampoco ignoramos, se encuentra en todas partes. Pero dondequiera que exista materia, como, por ejemplo, la materia del aire o de una lámina de cristal, o de una plancha de metal, o de cualquier otra cosa, queda, hasta cierto punto, interceptado el paso de la luz. Aun la substancia más transparente absorbe luz, como sucede con las lentes de cristal de calidad superior que se emplean para los instrumentos de óptica. Esto ocurre aun con el aire más puro, como es fácil comprobar subiendo a una elevada montaña desde donde veremos el sol más brillante, porque sus rayos tienen que atravesar una capa mucho menos espesa de aire para llegar a nuestros ojos. Si la materia ejerce sobre la luz este efecto, claro es que cuanto más espesa sea, tanto mayor será el efecto que produzca; principio aplicable a los metales, lo mismo que a otra clase cualquiera de materia. La única diferencia consiste en que los metales ofrecen una resistencia especial al paso de la luz, y por eso, para lograr que ésta los atraviese, es preciso batirlos hasta que queden reducidos a placas muy delgadas.

¿DE QUÉ ESTÁ HECHA LA HIERBA?

La hierba es una planta, o por mejor decir, existen centenares de plantas que reciben el nombre de hierbas. Lo que llamamos hierba en los jardines o en los prados, son las hojas de estas plantas, hojas verdes que en la vida de aquellas

hacen el mismo oficio que las hojas de una encina en la vida de este árbol. Las encinas y las hierbas, lo mismo que los rosales, son verdaderas plantas de flor; y, si nos tomamos la molestia de buscarlas, podremos ver sus flores con nuestros propios ojos. A semejanza de otras plantas verdes, las hierbas se forman de ciertas substancias que existen en la tierra y en el aire, gracias a la influencia de los rayos del sol.

Los elementos que hallamos en las plantas son los mismos que entran en todos los demás seres vivientes, sin excepción alguna, a saber: carbono, oxígeno, hidrógeno, nitrógeno, fósforo y algunos más. Pero, al par que recordamos que estos elementos existen en la hierbas, no debemos echar en olvido que en ellas existe también otra cosa perfectamente real y efectiva, que es la energía, aunque no podamos verla. Las hierbas no podrían existir, si no contuviesen energía, que es la luz del sol transformada; y este principio es aplicable a todas las plantas verdes y a todos los animales. Nuestros cuerpos contienen realmente parte de la luz solar pretérita, almacenada en ellos, sin la cual no pueden vivir.

¿POR QUÉ UNA CUERDA NUNCA CAE DERECHA CUANDO LA ARROJAMOS AL SUELO?

Si imaginamos una cuerda hecha de arena, y fuera posible arrojarla al suelo, podría caer derecha. La dificultad está en que no es posible fabricar una cuerda con arena. La fabricación de una cuerda depende de algo que siempre impedirá que podamos arrojarla de tal modo que caiga derecha al suelo. Las cuerdas sólo pueden fabricarse de substancias cuyas moléculas tengan gran cohesión, porque sin ésta la cuerda no se concibe.

Si cogemos una paletada de arena y la arrojamos a distancia, sus granos se esparcirán siguiendo una línea recta; pero cuando arrojamos una cuerda, arrojamos un objeto cuyas moléculas se encuentran adheridas las unas a las otras, en virtud de una fuerza que hasta el momento actual no podemos comprender, y esta adhesión impide que la cuerda pueda formar al caer una línea recta. Tal vez no ocurriera esto, si fuese posible fabricar una cuerda perfecta, cuyas partes todas se atrajesen mutuamente de una manera uniforme, y si pudiésemos arrojarla sin comunicar a ninguna de ellas una fuerza superior a las demás, lo cual es completamente imposible.

SI LAS PLUMAS SON MÁS LIGERAS QUE EL AIRE ¿CÓMO CAEN?

Si las plumas fuesen más ligeras que el aire no caerían al suelo jamás. Si una pluma acaba por caer al suelo, es porque, sin duda alguna, es más pesada que el aire, que es lo que en realidad acontece. Si tomásemos separadamente los diversos elementos que constituyen una pluma, y los reuniésemos otra vez, dándoles una forma completamente distinta de la que la naturaleza les diera, caerían instantáneamente.

El cometido de la pluma es prestar utilidad a un ser que vuela, y por eso la hizo la naturaleza lo más liviana posible. Hállase formada de un tejido que contiene en sí mismo mucho aire, y dispuesto de manera que pueda aprovechar, todo lo posible, el poder sustentador de la atmósfera. Sin embargo, a semejanza de otras muchas cosas que el aire sostiene por espacio de algunos momentos, si aquél se halla en reposo, la pluma acabará por caer, porque es más pesada que él, y la gravedad la solicita hacia el centro de la tierra. Empero, si el aire está en movimiento, éste desarrolla en él una fuerza que puede ser superior a la de la gravedad, y entonces la pluma se eleva arrastrada por los remolinos de aquél. Trátase, pues, sencillamente, de una cuestión de equilibrio—entre las dos fuerzas citadas.

¿OIRÍAMOS, SI NOS ELEVÁSEMOS EN UN GLOBO POR ENCIMA DEL AIRE?

En primer lugar es imposible que podamos elevarnos en un globo por encima del aire, porque éste es precisamente el que sostiene el globo, que caería instantáneamente a la superficie de la tierra atraído por la gravedad, tan pronto como le faltase el aire; de igual

modo que nos iríamos al fondo, si pretendiésemos nadar en un estanque vacío. Pero por lo que respecta a si el sonido podría ser oído más allá de los límites del aire, contestaremos que no, rotundamente. Más allá de dichos límites no existe más que el éter, y aunque éste transmite la luz y el calor, no puede transmitir el sonido, que se propaga siempre por medio de ondas en las cosas materiales, como el agua, la madera o el aire.

¿POR QUÉ ES CONTAGIOSO EL BOSTEZO?

La razón de que el bostezo sea tan intensamente contagioso estriba, a nuestro entender, en su misma naturaleza. La primera y más urgente necesidad de la vida del hombre es respirar, y el bostezo no es, en definitiva, otra cosa más que una inspiración muy profunda. Depende, por regla general, de que por una causa cualquiera, unas veces porque estamos aburridos, otras porque nos aqueja alguna enfermedad, nuestra respiración se ha debilitado, y el bostezo es una tentativa instintiva para vigorizarla.

Ahora bien, es un hecho conocido que los seres humanos pueden ejercer influencia unos sobre otros, en virtud de lo que se llama sugestión. Un niño ve que otro está comiendo chocolate, y se le antoja a él también; una persona observa que otra tiene miedo, y siente temor igualmente; si todos los que nos rodean están risueños y alegres, nos regocijamos con ellos, apenándonos, por el contrario, si en nuestro derredor contemplamos semblantes afligidos. De aquí podemos deducir que la sugestión es tanto más poderosa, cuanto la cosa sugestionada afecta más a las necesidades de la vida. Por eso, por ejemplo, es tan grande la sugestión del miedo, como vemos cuando entra el terror pánico en un rebaño de animales, que todos salen de estampía. Y el bostezo es más poderosamente transmitido por la sugestión, que casi ninguna otra cosa, porque afecta a la necesidad más urgente y constante de la vida, que es la respiración.

¿CUÁL FUÉ EL PRIMER PUEBLO QUE ESCRIBIÓ LIBROS?

Es de trascendental importancia para la humanidad la escritura, porque perpetúa los conocimientos y hace que éstos se transmitan, sumados unos a otros, cual una bola de nieve, de generación en generación. Por eso la pregunta anterior posee un interés supremo. Pero decrece extraordinariamente su interés si entendemos por «libros» algo semejante a nuestros libros actuales, hechos de hojas de papel encuadernadas, y aun si nos referimos a todo lo escrito en hojas sueltas de cualquier substancia o materia. La verdadera pregunta debe referirse a cualquier clase de escritura, sin asignar importancia alguna a su forma. La escritura en papel data de unos 2000 años, por lo menos, antes de Jesucristo y fué inventada por los egipcios, los cuales fabricaron esta substancia del tallo de una planta llamada papiro, y no es preciso decir que, si las hojas de este papel están cosidas las unas a las otras, constituyen un libro.

Mucho antes de que se inventase el papel, los hombres se valían de otros medios para escribir, siendo uno de ellos la arcilla. A ésta se le daba la forma de ladrillos o cilindros, y después de escribir en ella, la endurecían en el horno y la archivaban. Hoy día existen millares de estos antiquísimos libros en los museos de las ciudades importantes. Según nuestras noticias, los primeros que utilizaron este procedimiento fueron los babilonios y los asirios, con mucha anterioridad a la civilización egipcia; pero es muy probable que el sistema sea más antiguo aún, y que los babilonios aprendieran a escribir en arcilla, de otros pueblos anteriores a ellos, probablemente de los progenitores de los chinos.

¿POR QUÉ TIENEN LOS CIEGOS UN OÍDO TAN AGUDO?

Podríamos contestar fácilmente a esta pregunta diciendo que porque los ciegos escuchan con más atención los sonidos que alrededor de ellos se producen; pero será conveniente explicarlo

de un modo más detenido. Una persona que goce del uso de todos sus sentidos, la vista, el olfato, el tacto, el oído y el gusto, recibe un número tremendo de impresiones de todas clases que ciertos nervios especiales se encargan de transmitirlas a su cerebro, que es el que realmente las siente. Ahora bien, si algunos de estos nervios o centros nerviosos falta o se atrofia, el cerebro tiene menos ocupaciones a que atender, y más tiempo, por tanto, para descansar.

Así pues, un ciego no puede darse cuenta de lo que ocurre en torno suyo por medio de la vista, de suerte que, si desea saber a qué distancia se encuentra de él una persona que se le aproxima, no dispone de otro medio para ello que el ruido de las pisadas del que viene, y de este modo adquiere la costumbre de prestar gran atención a todos los sonidos que a su alrededor se producen, muchos de los cuales, en otras circunstancias, pasarían completamente inadvertidos para él; y por eso los ciegos ejercitan mucho el oído, y se les afina en extremo.

¿POR QUÉ OYEN MEJOR LOS SORDOS CON LA AYUDA DE LA TROMPETILLA ACÚSTICA?

Si bien se examina, lo que llamamos la oreja—es decir, el oído externo—no es más que una trompetilla más o menos perfecta, aunque su forma no se asemeje mucho a este instrumento; es decir, que el cometido del pabellón del oído, pues también recibe este nombre, es recoger las ondas sonoras y hacerlas converger al oído interno, desde el cual pasan al nervio acústico, que las transmite al cerebro.

Los sordos pueden hacer que las ondas sonoras lleguen a su oído interno notablemente intensificadas, con lo que el estímulo que producen en el nervio auditivo es mayor y oyen mejor, mediante el uso de un aparato que recoja mayor cantidad de aquéllas y las refuerce; y este aparato, que todos conocemos, ha recibido el nombre de trompetilla acústica. En los seres humanos el oído externo no tiene la forma más a propósito para recoger los sonidos; pero algunos animales inferiores vemos que lo utilizan con frecuencia con este objeto; así, los caballos, por ejemplo, estiran las orejas, como suele decirse, para recoger las ondas sonoras. De modo que una trompetilla acústica es, en el fondo, una oreja artificial para recoger los sonidos.

¿POR QUÉ NO SENTIMOS DOLOR, CUANDO NOS CORTAMOS LAS UÑAS?

Experimentamos dolor cuando nos quemamos los dedos, o recibimos otra clase cualquiera de daño, porque en casi todas las partes de nuestro cuerpo existen numerosos nervios que transmiten al cerebro la sensación de dolor. Dedúcese de aquí, por tanto, que allí donde no hay nervios no hay dolor; y por eso cuando un médico trata de practicar a un enfermo una operación dolorosa, se vale de cualquier procedimiento adecuado para insensibilizar los extremos de los nervios que terminan en el lugar interesado de la piel. Y, como ni el cabello ni las uñas tienen nervios, podemos cortárnoslos siempre que se nos antoje, sin sentir el menor dolor.

¿POR QUÉ SIGUE CRECIENDO EL CABELLO DESPUÉS QUE EL CUERPO DEJA DE CRECER?

Algunas partes del cuerpo pueden crecer y desarrollarse hasta alcanzar determinadas formas y tamaños, que no pueden rebasar, al paso que otras, en cambio, poseen la facultad de crecer sin interrupción mientras conservamos la vida. Así, los huesos de las piernas crecen hasta alcanzar cierto límite, después de lo cual se paran, sin que todos los esfuerzos que podamos realizar sean capaces de hacer aumentar su tamaño. Sin embargo, las estructuras destinadas a proteger el cuerpo, tales como la piel y el cabello, sufren constante desgaste, y se reproducen con la misma rapidez que se gastan.

¿POR QUÉ LA SAL FUNDE LA NIEVE?

Todos conocemos el instrumento llamado termómetro, inventado por Fahrenheit, que vivió de 1686 a 1736, el cual halló que la temperatura más

baja que pudo obtener era la producida por una mezcla de sal amoníaco machacada y nieve, y con objeto de construir una escala para medir el calor, llamó cero grados a la temperatura de esta mezcla, y 212 grados a la del agua en ebullición.

En esta escala el punto de congelación del agua corresponde al grado 32, de suerte que podemos decir que el agua se congela cuando el termómetro marca 32 grados Fahrenheit. Hay otra escala, llamada centígrada, que es la más usada en Sudamérica; y en ella el cero corresponde al hielo fundente, y los cien grados al agua hirviendo. Cuando la sal se mezcla con hielo o nieve, el proceso de la mezcla cambia la sal, el hielo o la nieve en un líquido, cuya temperatura es considerablemente inferior a la del hielo o nieve fundente, Vemos, pues, que uno de los más sorprendentes efectos del calor es la facultad que posee de alterar el estado físico de los cuerpos.

En el caso particular que nos ocupa, convierte en líquido la sal, la nieve o el hielo; pero como este líquido requiere una temperatura mucho más baja que el agua para cogelarse, la nieve se funde lentamente.

¿POR QUÉ SE PONEN AMARILLOS LOS OBJETOS CON LOS AÑOS?

Esto es debido a la producción de una materia colorante especial, llamada pigmento, que en el caso actual es amarilla. No todas las cosas se vuelven amarillas con la edad. Por ejemplo, una moneda vieja de plata no es amarilla, lo que indica que el que un objeto se ponga amarillo no depende de la substancia de que está hecho.

En el caso de una hoja que se pone amarilla cuando llega el otoño, estas substancias colorantes, o pigmentos, son debidos a una alteración química, en virtud de la cual la substancia colorante verde que contienen, se descompone en otros colores, uno de los cuales es el amarillo. Así pues, la mayoría de las cosas que se tornan amarillas con los años, lo hacen por efecto de que algunas substancias en ellas contenidas, forman un pigmento amarillo, siendo de advertir que casi siempre resulta que estas substancias son de origen vegetal.

¿POR QUÉ SE ALABEA LA MADERA CUANDO EL TIEMPO ESTA HÚMEDO?

Mientras la madera crece en el árbol, y tiene vida, contiene cierta cantidad de humedad en el interior de sus fibras, las cuales podemos imaginárnoslas como un número inmenso de tubos diminutos fuertemente adosados los unos a los otros. Ahora bien, estas fibras se contraen o hinchan según la cantidad de humedad que contengan. Cuando es cortado el árbol y aserrado, se evapora gran parte de la humedad que contiene su madera, la cual conservará su forma mientras permanezca seca.

Una de las mayores dificultades que presenta la operación de secar la madera es el secar sus dos lados por igual; por eso si colocamos una tabla húmeda junto al fuego, o si mojamos una tabla seca por un lado y la acercamos al fuego, comienza a alabearse al instante, a causa de que el lado mojado se contrae o dilata, mientras el otro permanece estacionario. La contracción o dilatación se efectúa únicamente en el sentido de la fibra de la madera, sin que afecte para nada a la longitud de la tabla.

¿QUÉ SE HACE DEL CARACOL CUANDO MUERE, PUES SUS CÁSCARAS APARECEN SIEMPRE VACÍAS?

A veces, cuando paseamos por la orilla del agua, durante la bajamar, solemos encontrar huesos de pájaros o de otros animales; y, siendo esto así ¿por qué no preguntamos también qué se hizo de la carne del ave? Tal vez pensará el lector que esto nadie lo pregunta, porque todos sabemos que los huesos son más resistentes y duros que la carne; no se deshacen, por tanto, con igual facilidad que ésta. Pues lo mismo exactamente sucede con el caracol. Cierto que éste no tiene esqueleto, como el pájaro, porque su cuerpo se compone de una substancia muy blanda, parecida a la babosa. Al morir se descompone su cuerpo deleznable en varias substancias químicas; la humedad que con-

tiene se evapora, y no queda de él más que la cáscara que, gracias a su dureza, tarda mucho en destruirse. De suerte, que la respuesta a esta pregunta es sencillamente que, cuanto más dura sea una cosa, mayor será su duración, ya se trate de la cáscara de un caracol o de los huesos de otro animal cualquiera.

¿POR QUÉ FLOTA EL ACEITE SOBRE LA SUPERFICIE DEL AGUA?

Parece a primera vista muy curioso que un líquido pueda flotar sobre la superficie de otro; pero si nos paramos a reflexionar un momento, veremos inmediatamente que el hecho de que un cuerpo flote o no sobre la superficie del agua depende de una o dos cosas; en primer lugar, de que dicho cuerpo sea o no soluble en el agua.

Por ejemplo, si introducimos un terrón de sal en el agua, no tardará en disolverse desapareciendo de nuestra vista. Por el contrario, si en vez de la sal introducimos un trozo de madera ligera, flotará, porque el agua no la disuelve, y permanece, por consiguiente, intacta; y también porque el peso del trozo de madera es menor que el de un volumen igual de agua. Pues lo mismo exactamente sucede con el aceite. Los aceites y las grasas son completamente insolubles en el agua, y, como en igualdad de volumen, el aceite pesa menos que el agua, flotará sobre la superficie de ésta.

¿POR QUÉ SE ESCRIBEN EN LATÍN LOS NOMBRES DE LAS SUBSTANCIAS QUÍMICAS Y DE LAS PLANTAS?

El latín es en la actualidad lo que se llama una lengua muerta, es decir, que no se habla oficialmente en ningún país, aunque en realidad de verdad, el mayor número de las palabras españolas se derivan de él. Dicho se está que hubo un tiempo en que el latín era una lengua viva, que hablaban los romanos, el pueblo más importante del mundo en aquella época. Ellos dieron nombre a muchos cuerpos químicos y plantas, y nosotros los conservamos todavía.

Pero por espacio de mucho tiempo después de la caída de Roma, el latín siguió siendo la lengua de las personas eruditas de todo el mundo civilizado, que se servían de él para comunicarse sus descubrimientos e invenciones; se escribían los libros en latín y se daban las conferencias en este idioma. De esta suerte, un español, por ejemplo, podía visitar a Inglaterra y dar conferencias a los ingleses en Oxford, en una lengua que no era la propia del conferenciante ni del auditorio; pero que constituía el idioma común de todas las personas cultas.

Y por esta razón, cuando el ilustre sueco Linneo empezó a dar nombre y a clasificar las plantas, asignóles nombres latinos. La conveniencia del latín para estos usos sigue siendo en la actualidad tan grande como en las épocas a que nos venimos refiriendo.

¿QUÉ SIGNIFICA LA PALABRA «MAYORAZGO»?

En casi todas las partes del mundo, y lo mismo en los pueblos salvajes que en los pueblos civilizados, hubo un tiempo en que el hijo mayor poseía un privilegio o prerrogativa especial respecto de sus hermanos y hermanas. Hereda o heredaba con frecuencia la mayor parte de los bienes de su padre, así como sus títulos y su dignidad social, tanto tratándose del jefe de una tribu salvaje como de un duque, de un rey o de algo que sea equivalente en los pueblos civilizados.

Este privilegio del hijo mayor se llama derecho de nacimiento o también, mayorazgo, y la historia de Jacob y de Esaú, que nos enseña la Biblia, es prueba de su antigüedad. Se le da un nombre especial que con seguridad oiremos mencionar y, por tanto, conviene que conozcamos. Este nombre, es, « primogenitura » que viene a significar « el que ha nacido primero ». En ciertas partes del mundo este derecho ha sido abolido, y todos los hijos heredan por partes iguales y disfrutan de los mismos derechos. Francia fué la nación que primero lo suprimió, probablemente en son de protesta contra la antigua costumbre de traspasar los títulos del padre al primogénito o hijo mayor.

GRANDES POETAS FAVORECIDOS Y HONRADOS POR LOS MAGNATES Y SOBERANOS DE SU ÉPOCA

En este grabado se ve a los célebres poetas latinos Virgilio y Horacio, en casa de Mecenas, valido del emperador Augusto y gran patrocinador de las artes. Virgilio, el inmortal autor de la « Eneida », está sentado, y ostenta una corona en la cabeza; y Horacio, de pie, recita ante su generoso protector uno de sus bellísimos poemas.



El rey de Francia Luis XIV, para dar al famoso poeta cómico Molière una prueba de su alta estimación, le invitó a comer con él. Aquí se ve al monarca y al poeta, rodeados de los nobles de la corte.



ALGUNOS ESCRITORES DE FAMA UNIVERSAL

El más grande de los poetas de la antigüedad es Homero, que se supone vivió hace unos tres mil años, en Grecia, y de cuyos incomparables poemas, la *Ilíada* y *Odisea*, hemos tratado ya en otra parte de esta obra. Durante siglos y siglos, el afán de los eruditos ha sido aprender el griego para poder leer en la lengua en que fueron escritas esas dos joyas literarias y otras obras maestras de la literatura griega escritas en una época anterior a la era cristiana.

Puede decirse que Grecia fué la cuna del mundo civilizado; y sus escritores los primeros que dieron vida artística a los pensamientos bellos, revistiéndolos de imágenes poéticas y grandiosas, y de todas las galas de la expresión. Los poemas homéricos son en gran parte descripciones de las leyendas populares, fruto de la inquieta imaginación de los pueblos antiguos; narraciones y fábulas inspiradas en aventuras y hechos heroicos de los hombres y los dioses, pues los griegos creían en una pluralidad de dioses y además divinizaban a los mortales que al desaparecer de este mundo dejaban tras sí fama de héroes.

El mismo Homero no pasa de ser una figura casi legendaria, ya que no sabemos positivamente nada referente a su vida. En la antigüedad siete diferentes ciudades griegas se disputaban el honor de haberle visto nacer. Sábese, por tradición, que el poeta recorría las ciudades y recitaba en ellas las rapsodias que había compuesto, y que después de su muerte, fué venerado como héroe. Los griegos dieron a uno de los meses del año el nombre de Homero, y durante muchos siglos la poesía helénica, inspiróse en sus cantos. Homero exaltó el heroísmo y revistió el valor humano con la belleza de sus imágenes poéticas; fué como la voz de una edad heroica, y aun hoy, después de tantos siglos, no podemos leer sus poemas, aun traducidos a nuestro idioma, sin sentirnos hondamente convencidos de que nuestros ojos leen una de las obras geniales de la literatura universal.

Unos quinientos años después de Homero, vivió Herodoto, otro escritor griego, que nació en 490 antes de Jesucristo, y que ha sido llamado el « Padre de la Historia ». Era natural de Halicarnaso, ciudad famosa del Asia Menor, colonia entonces de Grecia. A la circunstancia de haber sido arrojado de su ciudad natal por un gobernante despótico, se debe tal vez el que fuese un gran viajero.

Visitó muchos países; por el Oriente llegó a Persia, y por el Sur recorrió el Egipto y las colonias que los griegos habían establecido en las costas sepentrionales de África. Profundo observa-

dor, observaba las costumbres de los pueblos, y estudiaba los monumentos, lo cual le permitió escribir detalladas narraciones de los países que visitaba. De este modo compiló la historia de guerras antiquísimas, descripciones de ciudades y naciones que habían desaparecido ya hacía mucho tiempo, y de las cuales, si no fuera por los viajes de Herodoto, no sabríamos cosa alguna. El estilo de las historias de Herodoto es agradable, natural y familiar, lo cual le presta vivísimo interés; y, aunque muchas veces han dudado los críticos de si debe darse crédito a esas narraciones, no puede negarse que gran parte de sus aseveraciones más estupendas e increíbles, han recibido posteriormente alguna confirmación.

Créese que murió en el año 410 antes de Jesucristo, quizas en el Sur de Italia, a donde había ido poco tiempo antes para tomar parte en la fundación de una nueva colonia griega.

VIRGILIO, AUTOR DE LA «*ENEIDA*» Y EL PRIMER GRAN POETA DE ROMA

Ya era Roma señora del mundo, cuando Publio Virgilio Marón, a quien llamamos simplemente, Virgilio, nació cerca de la ciudad italiana de Mantua, el día 25 de Octubre del año 70 antes de Cristo. Los romanos eran entonces los conquistadores del orbe y la raza más guerrera; pero su cultura artística y su ciencia las habían tomado de Grecia casi enteramente.

Virgilio fué de joven a Roma, con intención de dedicarse a la jurisprudencia y a la política; más a causa de su naturaleza débil, que seguramente no le hubiese permitido mostrarse elocuente en sus discursos, volvióse a su patria y se dedicó al estudio de la poesía griega. Diéronle fama unas églogas que escribió según el modelo de las griegas de Teócrito, y además le proporcionaron la ventajosa amistad de Mecenas, protector magnánimo de todos los poetas de su tiempo. Gastó siete años en componer sus célebres *Geórgicas*, serie de cuatro poemitas que tratan de la vida del campo en sus diversas manifestaciones. Las publicó el año 30 antes de Cristo, y fueron las que le acreditaron como el poeta más grande de su siglo.

El resto de su vida lo empleó en la composición del gran poema latino la *Eneida*, obra que empezó por indicación del emperador Augusto, para glorificar al legendario fundador de Roma y la excelsa progenie del César. Eneas era un héroe de la leyenda griega, un príncipe troyano que, como se refiere en la *Ilíada*, huyó de Troya, y, según narra Virgilio en la *Eneida*, fué el fundador del Lacio. Virgilio murió el 21 de Septiembre del año 19 antes de Jesucristo, en Brindis, Italia.

HORACIO, AMIGO DE VIRGILIO, Y OTRO GRAN POETA DE LA ANTIGUA ROMA

Otro poeta latino digno de mención en este lugar es Quinto Horacio Flaco, nacido en Italia el 8 de Diciembre del año 65 y muerto en Roma, el 27 de Noviembre del año 8, antes de Jesucristo. El padre de Horacio era un hombre libre, que pudo enviar a su hijo a Roma, y después a la ciudad de Atenas, para completar su educación.

En Atenas se entusiasmó por la causa de la libertad, oyendo un discurso del famoso Bruto, y peleó a su lado en la famosa batalla de Filipo, donde los asesinos de César fueron derrotados por Antonio y Octavio. Huyó vergonzosamente durante el combate, y después no tuvo reparo en solazarse con los socorros de los mismos contra quienes combatió; pues viéndose en la pobreza, dedicóse a la poesía, y Virgilio le presentó a Mecenas, cuya bolsa ya no se le cerró nunca, con lo cual pasó cómodamente el resto de su vida. El riquísimo ministro de Augusto le regaló una quinta situada en el monte Sabino, no lejos de Roma, y Horacio cantó en varias de sus odas las delicias de aquella placentera morada.

EL GRAN ITALIANO DANTE Y SUS POEMAS MARAVILLOSOS

Al empezar la decadencia de Roma, cuando a principios del siglo V de la era cristiana dejó de ser gran potencia mundial, las artes y las ciencias que se cultivaban en sus buenos días y se habían fomentado desde los antiguos de Grecia,

casi se extinguieron, y pasaron largas centurias antes que se produjera un resurgimiento cultural. Murieron, puede decirse, en Italia, y en esta misma nación renacieron. La nueva era que las sacó del olvido, es conocida en la historia con el nombre de « Renacimiento Italiano » y el precursor de ella fué el joven poeta Dante Alighieri, nacido en Florencia, en Mayo de 1265.

Dante tomó parte muy principalísima en la vida de su ciudad natal, pero en el mes de Enero de 1302 le desterraron por sus opiniones políticas; y posteriormente le condenaron a ser quemado vivo si volvía a Florencia. Esta fué la causa de la vida errante de Alighieri, que vagaba de ciudad en ciudad, hasta que se estableció en Ravena, donde murió el 14 de Septiembre de 1321.

DESTIERRO DE DANTE Y LA NIÑEZ DE PETRARCA

No se sabe a ciencia cierta cuándo escribió su gran poema, *La Divina Comedia*, porque se conservan pocos detalles referentes a la vida del poeta; pero del poema podemos decir que es uno de los más grandes tesoros de la literatura universal, en el cual se evidencian los asombrosos conocimientos del poeta en los campos más diversos del saber humano, expresados al mismo tiempo con el ropaje más bello del lenguaje que puede imaginarse. Es notable asimismo por la visión que nos da del amor ideal que le anima, ya, que, según parece, todo el poema está inspirado por el inmortal afecto que sintió por una dama florentina llamada Beatriz Portinari, a quien conoció Dante cuando era una niña, pero que murió en la edad adulta sin saber cuán intensa llama había encendido en el corazón del sombrío poeta. Dante había contraído matrimonio en Florencia, y hubo siete hijos de su esposa, a la que no volvió a ver después de su destierro.

Cuando desterraron a Dante de Florencia, desterraron también a otro conciudadano suyo llamado Petrarca, el cual acompañado al destierro por su esposa, tuvo de ésta un hijo, dos años después, en Arezo, el día 20 de Julio de 1304. Llamáronle Francisco, y a los 18 años de edad marchó con su padre a la corte pontificia de Aviñón, en Francia; más tarde pasó a la universidad italiana de Bolonia, para estudiar derecho romano y literatura.

POR QUÉ REGALARON A PETRARCA UN PALACIO EN VENECIA

Al morir su padre, contaba Petrarca veintidós años de edad, y se volvió a Aviñón. Parece ser que estudió la carrera eclesiástica, pero nunca se ordenó de sacerdote. Era muy piadoso y aficionado a las cosas de devoción y a la erudición antigua, razón por la cual consagró mucho tiempo a visitar iglesias, monasterios y escuelas, buscando en todas partes manuscritos antiguos y escribiendo hermosas composiciones poéticas.

En realidad, Petrarca fué la segunda gran figura del Renacimiento italiano, hombre genial, cuyas relevantes dotes fueron reconocidas y apreciadas por todos los eruditos de aquel tiempo, quienes recibían, gustosa y alegremente, a cualquier pensador digno de mérito que se manifestase en aquellos días de renovada actividad literaria. Sus composiciones poéticas son de lo más bello que se escribió a fines de la Edad Media. A semejanza de su precursor Dante, Petrarca tuvo también un amor ideal con una dama llamada Laura, a la cual hizo célebre el poeta como a Beatriz el cantor de la *Divina Comedia*.

Reyes y príncipes buscaron la amistad de Petrarca, considerándole como el erudito y poeta más grande de su tiempo. Tan orgullosa se sintió Venecia de contarle entre sus ciudadanos, que le regaló un palacio construído con fondos públicos, y allí vivió rodeado de fausto y bienestar. Para corresponder a este favor, únicamente se le pidió a Petrarca que legara a la república de Venecia su biblioteca.

Su muerte ocurrió cerca de Padua, el día 18 de julio de 1374.

JUAN BOCACCIO, EL GRAN CUENTISTA DE LA EDAD MEDIA

Juan Bocaccio, tercera gran figura del Renacimiento italiano, fué de muy di-

verso carácter que Dante y Petrarca. A punto cierto no se sabe donde nació; es probable que viese la primera luz en el año 1313, en Florencia. Era hijo de un mercader italiano y estudió durante cierto tiempo en París; pero, cuando empezó a escribir sus novelas, historietas y cuentos, tanto en verso como en prosa, fué durante su residencia en Nápoles, ciudad en la cual gozó de la existencia refinada y galante, propia de aquella sociedad. También residió en Florencia, donde disfrutó igualmente de la placentera vida que se daban los magnates florentinos, los cuales vivían como príncipes. Sus cuentos eran divertidos y originales, llenos de vida y sentimiento, humorísticos e ingeniosos; su defecto principal es la libertad de expresión con que están escritos, pero no es culpa del autor, que no hizo sino reflejar las costumbres de su tiempo. Puede decirse que Boccacio es el padre de la novela moderna; su prosa le dió más fama que sus composiciones poéticas. Murió el 21 de Diciembre de 1375, en la ciudad de Certaldo, donde su padre había ejercido de mercader.

Tras un lapso de dos siglos, dirijamos la vista a España, donde nuestros ojos descubrirán la grandiosa figura literaria de Miguel Cervantes Saavedra, el escritor español más célebre, conocido en todo el mundo sencillamente por su primer apellido: Cervantes. Nació en 1547 y murió el día 23 de abril de 1616. A la edad de veintidós años, y en ocasión de la muerte de la reina, se hizo notar por unas composiciones que escribió a propósito de este triste acontecimiento. En el mismo año pasó a Italia al servicio de un cardenal; pero pronto se alistó en el ejército.

LAS AVENTURAS DEL AUTOR DE «DON QUIJOTE»

Cervantes combatió en la batalla naval de Lepanto, donde perdió el brazo izquierdo. No obstante, asistió a nuevos combates; estuvo en la campaña de Túnez, sufrió cinco años de esclavitud bajo del poder de los piratas argelinos y corrió otras muchas aventuras, antes de abandonar para siempre la honrosa profesión de las armas.

Tenía cerca de cuarenta años de edad cuando contrajo matrimonio; primero intentó ganarse la subsistencia escribiendo para el teatro, puesto que había ya mostrado su competencia literaria en una novela pastoril, titulada *Galatea*. Sus obras teatrales debieron de tener bastante aceptación, pues consta que escribió unas treinta, de las cuales sólo se conservan actualmente dos. En 1594, fué nombrado recaudador de rentas del reino de Granada, y tres años después fué puesto en cadenas a causa de una irregularidad en sus cuentas. Cuenta la tradición, pero no está probado, que durante el tiempo de esta prisión fue cuando escribió la primera parte del libro que ha inmortalizado su nombre, *Don Quijote*.

Volvamos ahora la vista a Francia, donde el primer escritor que llama nuestra atención fué contemporáneo de Cervantes.

MONTAIGNE, EL ESCRITOR FRANCÉS, CÉLEBRE POR SUS «ENSAYOS»

Miguel Eyquem de Montaigne fué un niño extraordinario, porque ya a la temprana la edad de seis años hablaba latín, y se dice que cada mañana era despertado de su sueño por acordes de suave y misteriosa música. Nació en Marzo de 1533, en el castillo de su padre, en Perigord, y a la edad de seis años fué enviado a Burdeos, donde estuvo hasta los trece y recibió la mejor educación que podía darse en aquel tiempo. Estudiaba leyes, pero de su vida entre los trece y los veinticuatro años, apenas poseemos dato alguno. A esta última edad aparece en Burdeos desempeñando el cargo de consejero de la Ciudad, y en el desempeño de este cargo permanece durante trece años.

Contrajo matrimonio a los treinta y cuatro años; y, cuando sus dos hermanos mayores hubieron muerto, sucedió a su padre en el gobierno de sus posesiones, y pasó el resto de su vida como un gran caballero, cómodamente y haciendo frecuentes viajes al extranjero para su placer e instrucción. En el regalo de esta

vida fué cuando comenzó a escribir sus *Ensayos*, que tan famoso le han hecho. Y ciertamente, no hay en toda la literatura francesa lectura más encantadora que la de esos *Ensayos*, escritos según el humor del autor, y en los que éste dicute toda clase de materias y expresa sus opiniones en el estilo más ameno y elegante que se puede imaginar. Murió en su castillo de Perigord el 13 de Septiembre de 1592.

EL ACTOR MOLIÈRE, QUE FUÉ EL DRAMATURGO MÁS GRANDE DE FRANCIA

Pasando otro siglo casi y dirigiendo la vista hacia París, en tiempo del «gran rey» Luis XIV, encontramos a otro gigante de la literatura francesa, Juan Bautista Poquelín, más conocido por su nombre escénico de Molière.

Nació en París el 15 de enero de 1622; fué su padre un acomodado comerciante de muebles, quien le dedicó al estudio de la jurisprudencia; pero el joven, que no sentía gran afición por las leyes, se dedicó al tetro, y aunque al principio tuvo poco éxito, aquella inclinación hizo de él un actor para toda su vida. Representaba con su compañía en las ciudades provincianas, y posteriormente fué protegido por el poderoso príncipe de Contí. El mismo rey deleitábase viendo representar al actor-dramaturgo y se complacía en honrarle.

Hízose, pues, famoso Molière por las deliciosas comedias que él mismo escribió para ser representadas por su compañía en las que ordinariamente se encargaba él de un papel. Después de la representación de una de ellas, *El enfermo imaginario*, sintióse indispuesto, y trasladado a su domicilio de París, murió el 17 de febrero de 1673.

EL FILÓSOFO FRANCÉS ROUSSEAU, HIJO DE UN RELOJERO

Juan Jacobo Rousseau, carácter sumamente extraño, nació en Ginebra el 28 de Junio de 1712. Descendía de familia francesa protestante, tuvo una juventud muy agitada, y se convirtió al catolicismo. De sus primeros años no hay datos exactos, y muchas de las aventuras suyas de que tenemos noticias, no son edificantes. En 1753 escribió una ópera y pronto se conquistó buenas amistades entre los ricos y refinados de aquella época, contra los que sordamente se estaba cerniendo y espesando el nublado de la Revolución.

Escribió una novela titulada *Emilio*, célebre en su tiempo, pero que ya no se lee porque era expresión mera de las ideas de la época, y por consiguiente, carece de interés actual. Sus escritos contibuyeron mucho a fomentar la causa de la libertad, que había de triunfar tan terriblemente no muchos años después de su muerte. Residió en Inglaterra durante algun tiempo, en casa del gran historiador británico David Hume, pero el carácter pendenciero y mala disposición de Rousseau no permitían a éste conservar largo tiempo sus amistades, y aun parece que fueron causa de su suicidio, pues su muerte en París el 2 de Julio de 1778, estuvo rodeada de ciertas sospechosas circunstancias, que inducen a creer que no fué natural.

Ninguno de los grandes escritores de quienes hemos hablado escribió algo parecido a las grandes novelas que son las principales obras maestras de la literatura moderna; príncipe de los novelistas es indudablemente el hijo de un general francés llamado Hugo, que nació en Besanzón el 26 de febrero de 1802.

HUGO Y DUMAS, CREADORES DE LA NOVELA FRANCESA DE INTRIGA

Víctor María Hugo se educó en París y Madrid, y cuando sólo contaba catorc años, escribió una tragedia. La poesía y la novela eran su mayor placer; y ambas le proporcionaron los más altos honores que el público concede a quien sabe deleitarle con la magia de las narraciones novelescas y con el encanto de la poesía. Sus interesantes novelas *Los Miserables*, *Nuestra Señora y Los Trabajadores del Mar*, entusiasmaron a los lectores de su época y se leerán con emoción durante mucho tiempo todavía. Escribió también obras teatrales y poemas, y fué personaje eminente en la vida pública de su tiempo. Fué desterrado a causa de sus ideas políticas,

viviendo durante su destierro en la isla de Guernsey. Murió en París el 22 de Mayo de 1885 y fué sepultado, como ilustre hijo de Francia, en el Panteón de París, donde su sepulcro es visitado por viajeros de todos los países.

Contemporáneo de Víctor Hugo fué otro escritor de vida muy romántica, Alejandro Dumas, el famoso autor de *El Conde de Montecristo*. Fué hijo de un general republicano; su abuela fué una negra, y él, naturalmente, mestizo. Nació en el Norte de Francia, el 14 de Julio de 1803; en sus primeros años no hizo cosa de provecho; pero como sentía cierta inclinación a escribir, empleó algunos años en el estudio, y luego comenzó la carrera más asombrosa que ha recorrido jamás escritor alguno. Novelas, comedias, libros de viajes brotaban de su pluma con tal abundancia y rapidez, que difícilmente hombre alguno mostró jamás imaginación tan fértil ni tan maravillosa energía.

En realidad Dumas no sólo era un escritor de extraordinaria inventiva, en cuya mente bullían infinitas ideas para forjar cuentos y novelas, sino que tenía también poder para imprimir el sello de su personalidad en las obras de los otros; lo cual explica cómo puede ser que tuviese a veces docenas de escritores trabajando bajo su dirección.

Dumas era de bondadoso corazón, tan pródigo como poco escrupuloso, y apenas había reunido una fortuna, miraba cómo podía deshacerse de ella; de modo que cuando salió de París por última vez para establecerse en su pequeña villa cerca de Dieppe, no tenía un céntimo. Murió el 5 de Diciembre de 1870. Su hijo fué también notable escritor, y escarmentando con el ejemplo de su padre, fué más cuidadoso de su fortuna.

GOETHE, EL POETA Y FILÓSOFO MÁS CÉLEBRE DE ALEMANIA

Si de Francia pasamos a Alemania, donde la cultura había florecido más tarde que en los países Occidentales, no encontramos escritores grandiosos sino en una fecha muy posterior. El primero de fama universal, llámase Juan Wolfgang Goethe. Este nació el 28 de Agosto de 1749, en Francfort del Mein. A semejanza de muchos literatos de diversos países, empezó también por estudiar derecho en la universidad de Leipzig, pero no le gustó la jurisprudencia, y más tarde estudió ciencias y literatura en Estrasburgo.

Lo que más le atraía era la poesía y la leyenda. Antes de los veinte años de edad, había escrito algunas obras teatrales en verso, y canciones, y poco a poco llegó a dominar la forma poética, de modo que pudo expresar sus pensamientos con flexibilidad sorprendente. Mas Goethe escribió primero, como crítico, sobre los poetas a quienes había leído, tanto antiguos como modernos, principalmente sobre el género de baladas, que le deleitaba extraordinariamente, y luego compuso él mismo grandes poemas. La obra que más celebridad le ha dado es *Fausto*, drama poético que ha sido traducido a la mayor parte de los idiomas cultos y que ha emocionado a diversas generaciones. Su vida fué activísima; tuvo amistad con los grandes hombres de su época; y la influencia de sus pensamientos en la mente alemana ha sido honda y permanente. En 1775, el duque de Wéimar le invitó a residir en esta ciudad, y allí permaneció hasta el fin de su vida, que ocurrió el 22 de Marzo de 1832. Wéimar es actualmente famosa, a causa de los recuerdos que encierra de Goethe y de los restos mortales del poeta, que reposan en la cripta ducal, junto a los de su compañero Schiller.

SCHILLER, EL GRAN POETA DRAMÁTICO, AUTOR DE *GUILLERMO TELL*

Juan Cristóbal Federico Schiller fué hijo de un cirujano del ejército y nació en Wúrtemberg el 10 de Noviembre de 1759. Fué también cirujano en un regimiento de Wúrtemberg, pero pronto empezó a escribir dramas, terminando el primero en 1782. El duque de Wúrtemberg portóse tiránicamente con Schiller, prohibiéndole escribir más para el teatro, cosa que entonces podían hacer aquellos soberanos alemanes. Tuvo, pues, Schiller que huir de Wúrtemberg

para poder escribir sus dramas libremente, y así trasladóse a Wéimar. Sus obras le han conquistado el primer puesto entre los dramaturgos alemanes; la más conocida de ellas es *Guillermo Tell*. Durante toda su vida luchó contra la pobreza, y murió pobre en Wéimar, el 9 de mayo de 1805.

EL POETA ALEMÁN HEINE, QUE SOPORTÓ SUFRIMIENTOS CON SERENO HEROÍSMO

Un solo nombre nos resta escribir aquí; el de un poeta que ha ennoblecido e ilustrado la poesía alemana; Enrique Heine.

Nació de padres judíos en Dússeldorf, el 13 de diciembre de 1779, y ya desde su primera juventud se consagró a escribir en prosa y en verso. Sus poemas tienen una belleza singular, tanto en la forma como en el fondo. Indudablemente Heine contribuyó mucho a ennoblecer y espiritualizar la mente del pueblo alemán. Sus últimos años pasólos en el lecho del dolor; y ninguno de sus famosos escritos le distinguió tanto como la resignación con que soportó los padecimientos de su prolongada dolencia, antes que la muerte le libertara del sufrimiento, el 17 de febrero de 1856.



CANCIÓN DE LAS MONTAÑAS

El sendero que el vértigo produce,
Al borde del abismo serpentea;
Los genios que le guardan, te amenazan
Con una muerte cierta.

Si a ese dios destructor que hay en el fondo,
De su modorra despertar no intentas,
Es preciso que marches en silencio
Para que no te sienta.

Sobre profundidades tan terribles
Estrecho puente su tablero eleva;
No es obra de mortal, ni hay mortal mano
Que a hacerlo se atreviera.

Bajo él forma un torrente blanca espuma,
Irritado por cárcel tan estrecha;
Muge por la mañana y por la tarde,
Muge siempre, sin tregua.

A la negra región de los espíritus
Conduce sin tardar la horrible puerta;
Habitan en el fondo; y del sendero
Que alguno caiga esperan.

Por encima se tiende una campiña
Donde se unen otoño y primavera,
¡Con qué placer, huyendo de este mundo,
Yo viviría en ella!

Cuatro torrentes mugen en el valle
Hacia los cuatro puntos de la Tierra:
A Norte, a Sur, a Oriente y Occidente;
No hay quien su origen sepa.

Y como que está oculto a las miradas
El manantial donde su vida empieza,
Su destino es correr siempre perdidos
En la extensión inmensa.

Dos rocas se levantan sobre el mundo,
Sobre toda altitud, y voltejean
En sus agudos picos blancas nubes,
Vapores de la tierra.

Allí, pues, sobre un trono deslumbrante,
Que los hombres no ven, vive la reina
De las altas montañas: la coronan
Mil zafiros y perlas.

El sol lanza sus rayos, envidioso
De tanta brillantez, que le avergüenza;
Y queriendo fundir tan ricas joyas,
Realza su belleza.

SCHILLER.

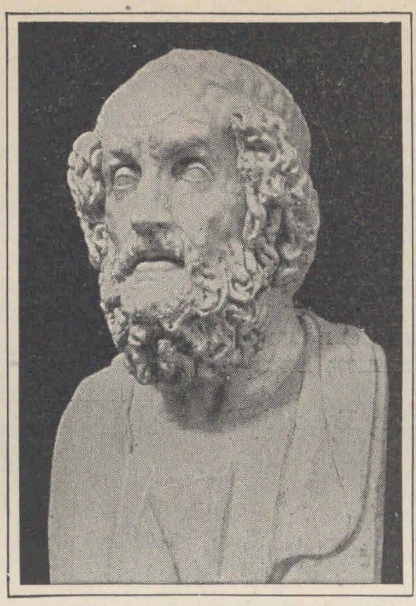
TRES GRANDES POETAS DE LA ANTIGUEDAD





HORACIO





HOMERO, EL PADRE DE LA POESÍA





VIRGILIO



APOTEOSIS DE HOMERO: HOMENAJE DE LOS POETAS DE TODOS LOS TIEMPOS
(*Cuadro de Ingres, existente en el Museo del Louvre.*)

AVENTURAS DEL BARÓN DE MUNCHHAUSEN

IV

OCTAVA AVENTURA POR MAR

TAL vez hayáis oído hablar del último viaje de exploración hecho al polo Norte por el Capitán Philipps, hoy lord Mulgrave. Pues bien, yo acompañaba al capitán, no como oficial, sino como amigo y aficionado. En cuanto hubimos llegado a un alto grado de latitud Norte, tomé mi anteojo, y vi que a cosa de media milla por delante de nosotros flotaba un inmenso témpano, tan alto, por lo menos, como nuestro palo mayor, y, sobre el cual divisé dos osos blancos, que, a lo que pude juzgar, estaban empeñados en encarnizado combate. Tomé mi escopeta y bajé al témpano; pero para subir a la cima, eché de ver que el camino que llevaba era por todo extremo difícil y peligroso. A cada paso tenía que saltar por encima de espantosos precipicios, y en otros puntos el hielo estaba tan lustroso y resbaladizo como un espejo; de modo que no hacía más que caer y levantarme. Con todo eso, logré dar alcance a los osos, que no estaban riñendo, sino retozando, como buenos amigos. Por desgracia, al echarme a la cara la escopeta, se me fué un pie y caí hacia atrás, perdiendo el conocimiento, por la violencia del golpe, por espacio de un cuarto de hora. Figuraos el espanto que se apoderaría de mí, cuando al recobrar el sentido observé que uno de los dos monstruos me había vuelto boca abajo y tenía ya entre sus dientes la pretina de mis calzones de piel. La parte superior de mi cuerpo descansaba sobre el pecho del animal y mis piernas colgaban por delante. Dios sabe donde me hubiera llevado la horrible fiera; pero no perdí mi presencia de ánimo. Saqué mi cuchillo, cogí la pata derecha del oso y le corté dos dedos. Dejóme entonces y se puso a bramar horriblemente. Sin perder tiempo, tomé mi escopeta y, haciéndole fuego en el momento de volverse para embestirme, lo tumbé sobre el hielo de un balazo.

El sanguinario monstruo dormía ya el sueño eterno, pero la detonación de mi arma había despertado muchos millones de compañeros suyos, que reposaban sobre el hielo en un radio de un cuarto de legua, y todos corrieron contra mí apresuradamente.

No había que perder tiempo: mi muerte era segura si no me ocurría una idea luminosa e inmediata. En menos tiempo que el que emplea un hábil cazador para desollar una liebre, despojé de su piel al oso muerto, me envolví en ella y metí mi cabeza debajo de la suya.

Mi ardid produjo su efecto. Todos los osos vinieron, unos tras otros, a olfatearme, y al parecer hubieron de tomarme por uno de ellos.

Luego que nos hubieron olfateado bien a mí y al muerto, nos familiarizamos rápidamente: yo imitaba a las mil maravillas todos sus gestos y movimientos; aunque en lo de bramar y otros gorjeos por el estilo, debo confesar sin reparo que todos ellos eran más fuertes que yo.

Sin embargo, por más oso que pareciera, no dejaba de ser hombre, y con esto comencé a buscar el mejor medio de aprovecharme de la familiaridad que se había establecido entre nosotros.

Había oído decir en otro tiempo a un antiguo médico castrense, que una incisión hecha en la espina dorsal, causa instantáneamente la muerte; y resolví hacer el experimento en aquellas almas viles.

Volví a tomar mi cuchillo y herí con él en la nuca al mayor de los osos. Por fortuna, el experimento me salió a pedir de boca: el oso cayó muerto a mis pies, sin hacer un movimiento. Con esto, tomé la heroica resolución de despacharlos a

todos por el mismo procedimiento, lo cual no fué difícil, porque bien que vieran caer a derecha e izquierda a sus hermanos, no desconfiaban de nada los inocentes, como quiera que no pensaban ni en la causa ni en el resultado de la caída sucesiva de los desdichados. Y esto fué lo que me salvó.

Cuando los vi a todos tendidos a mi alrededor, me sentí tan orgulloso como el mismo Sansón después de la muerte de los filisteos. En resumen, volví luego al buque y pedí las tres cuartas partes de la tripulación para que me ayudara en la inmensa tarea de desollar los millares de osos y llevar a bordo sus jamones. Lo demás fué arrojado al agua, bien que, salado, hubiera hecho un alimento pasadero. Cuando estuvimos de vuelta, envié en nombre del capitán algunos jamones a los lores del Almirantazgo y del *Exchéquer*, al lord-corregidor y a los *aldermen* de Londres y a los *clubs* del comercio, distribuyendo los demás entre mis amigos. De todos recibí cumplidas gracias; y la City me devolvió el obsequio, invitándome a la comida anual que se celebra con motivo del nombramiento del lord-corregidor. Envié las pieles de los osos a la emperatriz de Rusia, para pellizas de invierno de toda su corte, y Su Majestad Imperial me contestó en una carta autógrafa que me trajo un embajador extraordinario, y en que me rogaba fuera allá a compartir su corona.

Se ha hecho correr el rumor de que el capitán Philipps no fué tan lejos en su expedición al polo Norte, como hubiera podido ir ; y es de mi deber salir a su defensa sobre este punto.

Nuestro barco estaba en buen camino de llegar al polo, cuando yo le cargué de tal cantidad de pieles de oso y jamones, que hubiera sido una locura ir más lejos: no hubiéramos podido navegar contra el más ligero viento contrario, ni menos contra los témpanos que embarazan el mar en aquellas latitudes.

El capitán declaró después muchas veces cuánto sentía no haber tomado parte en aquella gloriosa jornada, que él llamaba enfáticamente *la jornada de las pieles de oso.*

NOVENA AVENTURA POR MAR

En un segundo viaje que hice de Inglaterra a las Indias Orientales, con el capitán Hamilton, llevaba yo un perro de muestra, que valía todo el oro que pesaba, porque nunca me faltó. Un día en que, según los cálculos más fijos, nos hallábamos a trescientas millas, lo menos, de tierra, mi perro se plantó de muestra. Vilo con asombro permanecer más de una hora en esta posición de acecho, y di conocimiento de ello al capitán y a los oficiales del buque, asegurándoles que debíamos hallarnos cerca de tierra, puesto que mi perro venteaba la caza. Todos se echaron a reir; pero esto no me hizo modificar la buena opinión que de mi perro tenía. Después de una discusión sobre el asunto, aposté audazmente cien guineas, suma que llevaba para aquel viaje, a que antes de media hora habíamos de encontrar caza. El capitán, que era un excelente sujeto, se echó a reir de nuevo y rogó a M. Crawford, nuestro médico, que me tomara el pulso.

Pusiéronse luego a hablar en voz muy baja; pero logré coger al vuelo algunas palabras de su conversación.

—No está en su sano juicio, decía el capitán, y no puedo honradamente aceptar su apuesta.

—Soy de parecer enteramente contrario, contestó el médico; el barón está en sus cabales, y tiene más confianza en el olfato de su perro que en la ciencia de los marinos; ni más ni menos. En todo caso, perderá y lo habrá merecido.

—No es noble, por mi parte, aceptar semejante apuesta, repitió el capitán. Sin embargo, dejaré bien puesto mi honor devolviéndole su dinero, después de habérselo ganado.

Trai no se había movido durante esta conversación, lo que confirmó aún más mi creencia. Por segunda vez propuse la apuesta, y fué por último aceptada.

Apenas había sucedido esto, cuando unos marineros que pescaban en un bote amarrado a la popa del barco cogieron

un enorme perro marino, que subieron luego a bordo. Comenzaron a despedazarlo y le encontraron en el buche seis pares de perdices vivas. Los pobres pájaros habitaban allí hacía mucho tiempo, puesto que una de las perdices estaba en incubación de cinco huevos, de los cuales uno estaba para dar el pollo cuando se abrió el pez. Criamos estos pollos con una camada de gatos que habían nacido algunos minutos antes. La gata los quería tanto como a sus hijos, y se sentía mal cuando alguno de los pollos se alejaba de ella y tardaba en volver.

Como en nuestra pesca había cuatro perdices que entraron en incubación a su vez, tuvimos caza en nuestra mesa todo el tiempo del viaje.

Para recompensar a mi *Trai* por las cien guineas que me había hecho ganar, le di todos los huesos de las perdices que nos comimos, y, de vez en cuando, un pollo entero.

DESCUBRIMOS UNA VASTA TIERRA, REDONDA Y BRILLANTE

DÉCIMA AVENTURA POR MAR (SEGUNDO VIAJE A LA LUNA)

Ya conocéis el viaje que hice a la luna en busca de mi hacha de plata. Después tuve ocasión de volver a ella, pero de una manera mucho más agradable, permaneciendo allí bastante tiempo para hacer varias observaciones, que voy a comunicaros tan exactamente como mi memoria me lo permita. A uno de mis parientes lejanos se le metió en la cabeza que debía haber absolutamente en alguna parte un pueblo igual en grandor al que Gulliver pretende haber hallado en el reino de Brobdingnag, y resolvió partir en busca de este pueblo, rogándome que le acompañara.

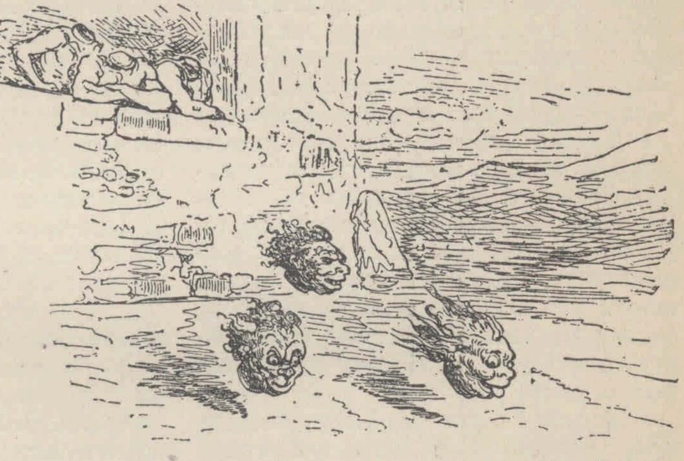
Aunque yo había creído siempre que la narración de Gulliver no era sino un cuento de niños; como este honorable pariente me había instituído su heredero universal, ya comprenderéis que le debía algunos miramientos. Llegamos felizmente al mar del Sud sin encontrar nada digno de mención, a no ser algunos hombres y mujeres volantes que danzaban el minué en los aires. Diez y ocho días después de haber pasado a Otaití, se desencadenó un huracán que arrebató nuestro barco a cerca de mil leguas sobre el nivel del mar y nos mantuvo en esta posición durante mucho tiempo. Por último, un viento favorable infló nuestras velas y nos llevó con rapidez extraordinaria. Viajábamos hacía seis semanas por encima de las nubes, cuando descubrimos una vasta tierra, redonda y brillante, semejante a una espléndida isla. Entramos en un excelente puerto,

saltamos en tierra y encontramos el país habitado. Alrededor, veíamos ciudades, árboles, montañas, ríos, lagos, de tal manera que creímos haber vuelto a la tierra que habíamos dejado. En la luna, porque la luna era la isla resplandeciente a que acabábamos de arribar, vimos grandes seres montados en buitres de tres cabezas. Para daros una idea de las dimensiones de estos pájaros, sólo os diré que la distancia de uno a otro extremo de las alas era seis veces mayor que la mayor de nuestras vergas. En vez de montar a caballo, como nosotros los pobres habitantes de la tierra, los de la luna cabalgan en estos grandes pájaros. Cuando nosotros llegamos, el rey de aquel país estaba en guerra con el del sol, y me ofreció un despacho de oficial; pero yo no acepté el honor que me ofrecía Su Majestad. Todo en aquel mundo es extraordinariamente grande: una mosca ordinaria, por ejemplo, es casi tan grande como un carnero de los nuestros. Las armas usuales de los habitantes de la luna son rábanos silvestres, que manejan como jabalinas, y dan la muerte a los que alcanzan. Cuando la estación de los rábanos ha pasado, emplean los espárragos con el mismo éxito. Por escudos usan grandes hongos. Vi también en aquel país algunos naturales de Sirio, que habían ido allá a negocios propios: tienen cabezas de perros dogos y los ojos en la punta de la nariz, o, más bien, en la parte inferior de ésta. No tienen párpados, y cuando quieren dormir, se cubren los ojos con la lengua. Su estatura, por término medio, es de veinte pies; la de los habitantes de la luna no baja nunca de treinta y seis. El nombre que llevan estos últimos es singular: puede traducirse por *seres cocedores*, llamándose así porque preparan su comida al fuego, como nosotros. Por lo demás, no consagran tiempo a sus comidas; tienen en el costado izquierdo una ventanilla, por donde introducen en el estómago el alimento; después cierran la ventana, hasta que, pasado un mes, repiten la operación. No hacen, pues, más que doce comidas al año, combinación que todo hombre sobrio debe hallar superior a la usada entre nosotros. Allí no hay casamientos. Todo nace en árboles, que difieren al infinito unos de otros, según el fruto que producen. Los que producen seres racionales y hombres son mucho más bellos que los otros: tienen grandes ramas rectas y hojas de color de carne, consistiendo su fruto en nueces de cáscara durísima y de seis pies, lo menos, de longitud. Cuando se quiere sacar lo que hay dentro, se echa en una gran caldera de agua hirviendo; ábrese entonces la cáscara y sale una criatura viva. Antes de venir al mundo ha recibido ya su espíritu un destino determinado por la naturaleza. De una cáscara sale un soldado, de otra un filósofo, de otra un teólogo, de otra un jurisconsulto, de otra un agricultor, de otra un ganapán, y así sucesivamente, y cada uno se pone desde luego a practicar lo que conoce teóricamente. La dificultad consiste en juzgar con certeza lo que contiene la cáscara: en la época de mi estancia allá, afirmaba un sabio del país, que poseía este secreto. Pero no se hacía caso de él, teniéndolo por loco.

Cuando los habitantes de la luna llegan a viejos, no mueren como nosotros, sino que se disuelven en el aire y se desvanecen en humo. No sienten la necesidad de beber, no estando sujetos a excreción ninguna. No tienen en cada mano más que un solo dedo, con el que lo hacen todo mejor que nosotros con nuestro pulgar y sus cuatro auxiliares. Llevan la cabeza debajo del brazo derecho, y cuando van de viaje o tienen que ejecutar algún trabajo que exija mucho movimiento, suelen dejársela en casa, como quiera que pueden pedirle consejo a cualquier distancia.

Cuando los altos personajes de la luna quieren saber lo que hacen las humildes gentes del pueblo, no tienen la mala costumbre de ir a buscarlas, sino que se quedan en casa corporalmente, enviando sólo la cabeza a la calle para ver de incógnito lo que pasa. Una vez recogidas las noticias que desean, vuelven al llamamiento del cuerpo a quien sirven. Las pepitas de la uva lunar se

parecen exactamente a nuestro granizo, y estoy firmemente convencido de que cuando una tempestad desgrana los racimos, caen sus pepitas en nuestro planeta, formando lo que llamamos pedrisco. Hasta me siento inclinado a creer que esta observación debe ser conocida hace mucho tiempo por más de un cosechero de vino: a lo menos, yo he bebido muchas veces vino que me ha parecido hecho con granizo, y cuyo sabor me recordaba el vino de la luna. Iba a olvidar un pormenor de los más interesantes. Los habitantes de la luna se sirven de su vientre, como nosotros de nuestros morrales: echan en él todo aquello de que pueden tener necesidad; lo abren y lo cierran a su voluntad, como su estómago, porque no están embarazados con entrañas, corazón ni hígado.



Pueden a su grado quitarse y ponerse los ojos, y cuando los tienen en la mano ven igualmente que cuando los tienen en la cara. Si por casualidad pierden uno, pueden alquilar o comprar otro, que les hace el mismo servicio. Así es que en la luna se encuentran en cada esquina gentes que venden ojos, teniendo el más variado surtido, porque la moda cambia con frecuencia: ora los ojos azules, ora los negros, son los que se estilan. Comprendo, señores, que todo esto debe pareceros extraño; pero ruego a los que duden de mi veracidad, se sirvan pasar a la luna a comprobar los hechos y a convencerse de que he respetado la verdad tanto como cualquier otro viajero.

VIAJE SUBTERRÁNEO Y OTRAS AVENTURAS NOTABLES

Puesto que os veo tan deseosos de oir relatar más aventuras, os contaré una historia cuya autenticidad es tan incontestable como la de la precedente, pero la aventaja por lo maravillosa. La lectura del viaje de Brydone por Sicilia hubo de inspirarme un vivo deseo de ver el Etna. En el camino nada notable me ocurrió; digo la verdad, aunque otros muchos para hacer pagar los gastos de viaje a sus ingenuos lectores, no hubieran dejado de referir larga y enfáticamente infinitos detalles vulgares, indignos de la atención de los hombres serios.

Salí un día muy temprano de una cabaña situada al pie del monte, firmemente resuelto a examinar el interior de este volcán, aunque me costara la vida. Después de algunas horas de fatigosa marcha, llegué a la cima de la montaña. Hacía tres semanas que se oía rumor continuo en las profundidades del volcán. Seguramente conoceréis el Etna por las numerosas descripciones que de él se han hecho, y por lo mismo no he de repetiros lo que sabéis tan bien como yo, ahorrándome por mi parte un trabajo y vosotros una fatiga inútil, cuando menos. Tres veces di la vuelta al cráter, de que podéis formaros una idea figurándoos un inmenso embudo; y comprendiendo al fin que por más vueltas que le diera, no había de adelantar nada, tomé una heroica resolución, decidiéndome a saltar dentro. Apenas hube saltado, cuando me sentí como hundido en un baño de vapor ardiente; los carbones encendidos que saltaban sin cesar me hicieron infinitas quemaduras en todo el cuerpo.

Pero por mucha que fuera la violencia con que se lanzaban las materias in-

candescentes, descendía yo más rápidamente que subían ellas por la ley de la gravedad; y al cabo de algunos instantes toqué el fondo.

Lo primero que noté fué un ruido espantoso, un concierto de juramentos, de gritos, de aullidos que al parecer salían de en torno de mí. Abro los ojos y veo . . . veo al mismísimo Vulcano acompañado de sus cíclopes. Estos señores, a quienes mi buen sentido había relegado, de mucho tiempo atrás, al dominio de la fábula, andaban a la greña hacía tres semanas sobre un artículo del reglamento interior, y esta reyerta trascendía al exterior en rumores espantables. Mi aparición restableció, como por encanto, la paz y concordia entre los terribles pendencieros. Vulcano, aunque cojeando, corrió luego al punto a un armario, sacó ungüentos y compresas que me puso con su propia mano, y algunos minutos después estaban completamente curadas mis heridas. Ofrecióme luego un refrigerio, un frasco de néctar y otros licores preciosos reservados a los dioses; y cuando estuve repuesto, me presentó a Venus, su esposa, recomendándole me prodigara todos los servicios y atenciones que exigía mi estado.

El mismo Vulcano me hizo una minuciosa descripción del Etna: me explicó que aquella montaña no era más que un cúmulo de cenizas salidas de la fragua; que se veía obligado con frecuencia a castigar severamente a sus operarios, y entonces en su cólera les arrojaba carbones encendidos, que ellos paraban con mucha destreza, dejándolos pasar a la tierra, a fin de agotar sus municiones. Nuestras discusiones duran a veces muchos meses, añadió, y los fenómenos que producen en la superficie de la tierra, son lo que llamáis, según creo, erupciones. El Vesubio es igualmente una de mis fraguas: una galería de trescientas cincuenta millas me conduce a ella, pasando por debajo del lecho de la mar. Allí también, disensiones semejantes producen en la tierra accidentes análogos.

Cuando en tales explicaciones habíamos pasado ratos felices, malas lenguas me indispusieron con el dios de las fraguas, acusándome de abusar de su hospitalidad, y entonces él, sin darme el menor aviso, me agarró del cuello una mañana y me llevó a una estancia, que no había yo visto aún: allí me suspendió por encima de una especie de pozo profundísimo, y me dijo;

—¡Ingrato mortal! vuelve al mundo de que no debiste haber salido.

Pronunciando estas palabras, y sin permitirme replicar una en mi defensa, me precipitó en el oscuro abismo. Caía con una velocidad más y más creciente, hasta que el espanto, añadido a la vertiginosa rapidez, me hizo perder el conocimiento. Pero salí de repente de mi desmayo al chapuzar en una inmensa masa de agua iluminada por los rayos del sol: era el paraíso y el reposo en comparación del horrible viaje que acababa de hacer. Miré entonces en todas direcciones, sin ver más que inmensidad de agua. La temperatura era muy diferente de aquella a que me había acostumbrado en los dominios del señor Vulcano. Por último, y afortunadamente, descubrí a alguna distancia un objeto que tenía la apariencia de una enorme roca, y, al parecer, se dirigía hacia mí. Muy luego eché de ver que era un témpano flotante.

Después de darle muchas vueltas, hallé un sitio a que agarrarme y logré trepar hasta la cima. Pero con gran despecho mío no pude descubrir ningún indicio que me anunciara la proximidad de la tierra. Por fin, al caer de la tarde vislumbré un buque que traía rumbo hacia mí. Cuando estuvo al habla, grité con todas mis fuerzas y me contestaron en holandés. Arrojéme entonces al mar y nadé hasta la nave, a cuyo bordo me recibieron. Pregunté dónde estábamos, y me contestaron que en el mar del Sur. Este dato explicaba todo el enigma. Era evidente que había yo atravesado todo el globo, cayendo por el Etna al mar del Sur; lo que es mucho más directo que dar la vuelta al mundo.

Pedí algún refrigerio, que me sirvieron al punto, y me acosté. ¡Qué

groseros personajes, señores, son los holandeses! El día siguiente referí a los oficiales mi aventura tan exactamente como acabo de referirla aquí, y, muchos de ellos, el capitán especialmente, hubieron de dudar de la autenticidad de mis palabras. Quise informarme después del objeto de su viaje y me dijeron que hacían uno de exploración, y que si era cierto lo que les había referido, estaba cumplido su objeto.

Nos encontrábamos precisamente en el derrotero que había seguido el capitán Cook, y llegamos al día siguiente a Botany-Bay, punto adonde el gobierno inglés debería enviar, no sus grandes criminales para castigarlos, sino gentes honradas para recompensarlas: tan bello y rico es de suyo el país.

No nos demoramos en Botany-Bay más que tres días, y después de habernos salvado milagrosamente de perecer en una horrible tormenta, de repente nos sentimos alegres y animados al percibir una atmósfera de los más dulces y balsámicos olores: la misma mar había cambiado de color; no estaba ya verde, sino blanca.

Muy luego descubrimos tierra, y a alguna distancia un puerto, al cual nos dirigimos, hallándolo espacioso y profundo. En vez de agua estaba lleno de leche pura. Saltamos en tierra y reconocimos que la isla entera no era sino un enorme queso. No lo hubiéramos echado de ver, si una circunstancia particular no nos hubiera advertido. Llevábamos a bordo un marinero que tenía invencible repugnancia al queso, y al poner los pies en tierra hubo de caer desvanecido. Luego que volvió en su acuerdo, rogó encarecidamente que retiraran el queso de debajo de sus pies. Se reconoció entonces el terreno y se vió que tenía razón: aquella isla no era, como acabo de decir, sino un enorme queso. La mayor parte de sus habitantes se sustentaban de él, pero nunca menguaba aquel prodigioso queso, porque renacía de noche lo que para esta necesidad se cortada de día. Vimos en aquella isla muchas viñas, cargadas de grandes racimos, los cuales no daban en el lagar más que leche.

Los insulares eran esbeltos y hermosos; muchos de ellos medían hasta nueve pies de estatura, y tenían tres pies y un solo brazo.

Los adultos llevaban en la frente un cuerno, de que se servían con notable destreza. Hacen, sin cosa de fe, el milagro de andar sobre las aguas, por decirlo así, pues se pasean por la superficie de la leche sin hundirse y con tanta seguridad como nosotros por terreno firme. Criábase en aquella isla gran cantidad de trigo, cuyas espigas, semejantes a hongos, contenían panes cocidos y todo; de modo que no había sino abrir la boca para comerlos. Atravesando la isla de queso encontramos siete ríos de leche y dos de vino. Después de un viaje de diez y seis días, llegamos a la orilla opuesta, donde encontramos llanuras enteras de queso azulado o enmohecido de puro viejo, queso que tienen en grande estimación los aficionados; sino que en lugar de gusanos, se crían en él magníficos árboles frutales, como cerezos, albaricoqueros, melocotoneros y otras especies que nosotros no conocemos. Estos árboles, que son gigantescos, abrigan innumerables nidos de pájaros. Vimos entre otros un nido de alciones, cuya circunferencia era cinco veces mayor que la cúpula de San Pablo en Londres. Estaba artísticamente construído con árboles colosales y contenía . . . esperad que recuerde bien la cifra . . . contenía quinientos huevos, de los cuales el menor era tamaño como un gran pipote. No pudimos ver los pollos que había dentro, pero los oímos pïar. Habiendo roto a duras penas uno de estos huevos monstruosos, vimos salir de él un pajarillo implume del tamaño de veinte buitres juntos de los que por aquí se estilan. Pero no bien hubimos cometido el atropello, cuando el alción padre se lanzó sobre nosotros, cogió a nuestro capitán en una de sus garras y lo remontó a la altura de una buena legua. Después de haberlo azotado bien con sus alas, lo dejó caer en el mar. Pero los holandeses nadan como peces, y el capitán se reunió muy luego con nos-

otros, y todos nos retiramos a bordo. No volvimos por el mismo camino, y esto nos permitió hacer nuevas observaciones. En la caza que matamos había dos búfalos de una especie particular, pues tenían un solo cuerno implantado entre los dos ojos. Más tarde sentimos haberlos matado, pues supimos que los indígenas los domesticaban y se servían de ellos a guisa de caballos de silla o de arrastre. Se nos aseguró que su carne era excelente; pero absolutamente inútil para un pueblo que tenía de sobra pan y leche. Dos días antes de llegar a la otra orilla, donde quedó anclado nuestro buque, vimos tres individuos colgados de las piernas a grandes árboles. Pregunté por qué crimen se les había impuesto aquel terrible castigo, y supe que habían ido al extranjero y que a su vuelta habían referido a sus amigos una multitud de mentiras, describiendo lugares que no habían visto y aventuras que no habían corrido. Hallé justísimo el castigo, porque el primer deber de un viajero es no faltar nunca a la verdad. Ya a bordo, levamos anclas y abandonamos aquel singular país. Todos los árboles de la costa, de los cuales eran enormes algunos, se inclinaron dos veces para saludarnos.

Cuando hubimos navegado tres días, Dios sabe por dónde, pues carecíamos de brújula todavía, entramos en un mar que parecía enteramente negro. Probamos lo que tomábamos por agua sucia, y reconocimos con admiración que no era sino vino; y hubimos de hacer grandes esfuerzos para impedir que nuestros marineros se achisparan.

Pero nuestra alegría no fué larga, porque algunas horas después nos hallamos rodeados de ballenas y otros cetáceos gigantescos: había uno de longitud tan prodigiosa, que ni con un anteojo de larga vista pudimos ver el extremo de su cola. Por desgracia, no vimos al monstruo sino cuando estaba muy cerca de nosotros, y se tragó nuestro buque junto con su arboladura.

Después de haber pasado algún tiempo en su enorme boca, la volvió a abrir para tragarse una inmensa masa de agua; nuestro barco entonces, levantado por la corriente, fué arrastrado al vientre del monstruo, donde nos hallábamos como si hubiéramos estado al ancla o en medio de una calma chicha. El aire, hay que confesarlo, era bastante cálido y pesado. Vimos en aquella especie de ensenada anclas, cables, botes, barcas y buen número de buques, cargados unos, vacíos otros, que habían corrido la misma suerte que nosotros.

Nos veíamos obligados a vivir a la luz de las antorchas; ya no había para nosotros, ni sol, ni luna, ni planetas. Ordinariamente nos hallábamos dos veces al día a flote y otras dos en seco. Cuando el monstruo bebía estábamos a flote; cuando desaguaba, naturalmente nos quedábamos en seco. Según los más exactos cálculos que hicimos, la cantidad de agua que tragaba de una vez hubiera bastado para llenar el lecho del lago de Ginebra, cuya circunferencia es de treinta millas. El segundo día de nuestro cautiverio en aquel reino tenebroso, me aventuré con el capitán y algunos oficiales a hacer una pequeña excursión durante la bajamar, como nosotros decíamos. Nos habíamos provisto de antorchas y encontramos sucesivamente cerca de diez mil hombres de todas nacionalidades, que se hallaban en nuestra misma situación y se disponían a deliberar sobre los medios de recobrar su libertad. Algunos de ellos habían pasado ya muchos años en el vientre del monstruo. Pero cuando el presidente nos instruía de la cuestión que iba a tratarse, nuestro maldito pez tuvo sed y se puso a beber: el agua se precipitó con tanta violencia, que apenas tuvimos tiempo para llegar a nuestros barcos: algunos de los concurrentes, menos listos que los otros, se vieron obligados a salvarse a nado. Cuando el cetáceo devolvió el agua, nos reunimos otra vez, y habiéndome nombrado presidente, propuse empalmar por sus extremos los dos palos mayores que se hallaron, y cuando el montruo abriera la boca empinarlos de manera que le impidieran cerrarla.

La moción fué aceptada por unanimi-

dad, y cien hombres, escogidos entre los más vigorosos, fueron encargados de ponerla en ejecución. Apenas estuvieron dispuestos los dos palos, según mis instrucciones, cuando se presentó una ocasión favorable: el monstruo se puso a bostezar. Empinamos sin demora los empalmados palos, de manera que el extremo inferior se apoyara en la lengua y el superior penetrara en la bóveda de su paladar, y ya con esto le fué imposible juntar las mandíbulas. Cuando estuvimos a flote, armamos los botes, que nos remolcaron y nos sacaron a la luz del día, de que habíamos estado privados por espacio de quince.

Luego que estuvimos fuera todos, formábamos una flota de treinta y cinco buques de todas nacionalidades, y para preservar de un cautiverio semejante a los demás navegantes de aquellos mares, dejamos plantados los dos palos en la monstruosa boca del cetáceo. Ya en salvo, nuestro primer deseo fué saber en qué parte del mundo nos encontrábamos; pero hubo de pasar mucho tiempo antes de llegar a este conocimiento. Por fin, gracias a mis observaciones anteriores, pude reconocer que nos hallábamos en el mar Caspio; y como este mar está rodeado de tierra por todas partes, sin comunicarse con ningún otro mar ni masa de agua, no podíamos comprender cómo diablos estábamos allí. Un habitante de la isla de queso, a quien llevaba yo conmigo, nos explicó el fenómeno racionalmente. En su sentir, el monstruo en cuyo seno habíamos estado tanto tiempo, había pasado a este mar por una vía subterránea. En conclusión, allí estábamos, y muy contentos de hallarnos en tal sitio. Pusimos proas a tierra, y a velas desplegadas enderezamos al seguro. Yo fuí el primero que saltó en tierra; pero no bien hube puesto en ella el pie, cuando me vi asaltado por un enorme oso.

—Sin duda viene a darme la bienvenida, dije para mí.

Y tomándole las manos entre las mías, se las estreché con tal y tanta cordialidad, que se puso a bramar desesperadamente; pero yo, sin compadecerme de sus lamentaciones, lo mantuve en esta posición hasta que se murió de hambre. Gracias a esta hazaña, hube de inspirar tal respeto a todos los osos, que desde entonces ninguno de ellos se ha atrevido nunca a venir a las manos conmigo. Desde allí, me trasladé a San Petersburgo, donde un antiguo amigo me hizo un regalo que le agradecí en extremo, pues me dió un perro de caza, descendiente de la famosa perra de que he hablado anteriormente. Por desgracia, un torpe cazador mató este perro, tirando a una bandada de perdices. Con la piel del perro, me hice el jubón que llevo puesto, preciosa prenda que, cuando voy de caza, me conduce infaliblemente a donde la hay. Cuando estoy bastante cerca para tirar, salta uno de sus botones al sitio en que está la pieza, y como mi escopeta siempre está preparada, no malogro nunca el tiro.

Quédanme aún tres botones, como veis; pero cuando llegue el tiempo de la caza, haré que le pongan dos hileras. Venid a buscarme entonces, y veréis cómo tengo con qué divertiros.

Por hoy me tomo la libertad de retirarme, deseando que paséis muy buena noche.

(*Aquí terminan las « Aventuras del Barón de Munchhausen ».*)



EL ROSTRO CUYA VISTA PETRIFICABA

MARAVILLOSAS AVENTURAS DE PERSEO

UN anciano pescador tendía a la caída de cierta tarde sus redes en la isla griega de Sérifos, cuando presenció una cosa extraña. Por las olas llegaba flotando un arca y en ésta asentada una dama hermosa que amamantaba a una preciosa criaturita.

—Sálvame y socórreme—gritó la dama.—Soy Dánae, la hija del rey de Argos, y este niñito es mi hijo Perseo. Mi padre nos ha arrojado de esta suerte al mar, a causa de una nefanda profecía, según la cual Perseo causará su muerte.

El anciano y bondadoso pescador dió albergue en su casa a Dánae y Perseo, y allí permanecieron hasta que éste pudo ganarse la vida por sí mismo. Ya mozo hízose marinero fuerte y sufrido, y a los quince años de edad era un mancebo notabilísimo. En estatura le pasaba la cabeza al hombre más alto de la isla, y era el primer campeón en todos los ejercicios bélicos. No le fueron inútiles estas cualidades porque de vuelta de un viaje se encontró con que su madre no estaba en su morada.



PERSEO LIBERTA A LA HERMOSA PRINCESA

—El rey Sérifos se ha prendado locamente de ella—díjole el anciano pescador;—y como no quiere casarse con él, la ha encerrado en una prisión.

Perseo entró en el palacio, lanzando airado fuego por los ojos, halló a su madre y la libertó; pues él presentaba aspecto tan terrible, que nadie se atrevió a oponérsele. Estaba a punto de matar al rey, cuando su madre le dijo:

—Perseo, somos forasteros en este país. Si haces daño al rey, todo el pueblo te acometerá.

—En vista de ello Perseo perdonó al rey, pero éste urdió un plan para quitar de en medio al valeroso joven y obligar a la madre a ser su esposa. Preparó un banquete al que invitó a todos sus nobles y a Perseo, y todos ellos, como era costumbre entonces cuando el rey invitaba a sus súbditos, acudieron con un costoso regalo, excepto Perseo, que siendo pobre, no tenía nada que ofrecer. Llegada la hora de ofrendar los presentes, todos los nobles se mofaron del joven. Recordó, entonces, Perseo un sueño en el que se le había aparecido la diosa Minerva, la cual le excitó a ir en busca de Medusa, enemiga de aquella diosa, y matarla, para la cual empresa prometióle su ayuda. Al ver, pues, la burla de los nobles gritó Perseo:

—Esperad, traeré al rey un regalo, como no lo ha visto nunca ningún hombre. Le traeré la cabeza de Medusa.

—Vé pues,—replicó el rey—y no vuelvas sin ella.

Pensaba el rey enviar así a Perseo a una muerte segura, porque Medusa era una mujer terrible, una de las tres furias cuyo rostro no podía mirar ningún mortal, sin quedar convertido en piedra. Perseo descendió por la costa brava

hasta el mar y allí se le apareció de nuevo Minerva, la cual iba acompañada de otro dios llamado Mercurio. Minerva le dió su pulimentado escudo, y Mercurio sus aladas sandalias y espada mágica.

—Mi enemiga Medusa—dijo Minerva —mora en las heladas regiones de donde sopla el Bóreas. Vé allí y arremete contra ella, pero cuida de no mirar directamente su rostro. Míralo tan sólo reflejado en mi bruñido escudo, y al descargarle el golpe aparta de él la mirada. Ponte ahora estas sandalias y lánzate al espacio.

Hízolo Perseo, y en lugar de caer en el mar empezó a cruzar rápidamente las regiones del aire con la ayuda de sus aladas sandalias. Recorrió una enorme distancia hasta llegar a la región donde habitaban las tres hermanas grises, las cuales le indicaron que marchase en dirección al Sur hacia el jardín de las Hespérides. Obedecióles Perseo y llegó a la tierra de Poniente, donde moraban aquéllas, a las cuales vió jóvenes y hermosas cantar y bailar en su jardín alrededor de un árbol encantado lleno de áureos frutos. Una de las airosas ninfas se compadeció de él y le dijo:

—Como Medusa te vea, te convertirá en piedra. Debes llevar el yelmo de la obscuridad, con el cual serás invisible. Dióselo a Perseo, y en cuanto se lo puso voló con sus mágicas sandalias a las tierras del Bóreas. Allí embrazó el escudo y en éste vió a la Gorgona que dormía en una isla junto a sus hermanas.

Su rostro era pálido y hermoso, pero en vez de cabellos enroscábanse en su cabeza serpientes. Estas no podían ver a Perseo que vestía el yelmo de la obscuridad y que mirando siempre la imagen reflejada en el pulimentado escudo se acercó a Medusa; de un tajo le cortó la cabeza, y sin mirarla la envolvió en una piel de cabra. Luego, antes de que las dos hermanas le detuviesen, montó Perseo en un caballo alado, que nació de la sangre de Medusa, y se remontó por los aires. Viajó así hasta la tierra de Iopa, donde habiendo distinguido una estatua blanquísima erigida sobre un peñasco de la costa, descendió y vió con admiración que lo que le había parecido estatua no era sino una hermosa doncella encadenada allí, la cual le gritó:

—No me libertes. Soy Andrómeda, la hija de la reina de Iopa y estoy encadenada aquí, como víctima expiatoria, pues gloriándose mi madre de que yo era más bella que la reina del mar, ofendióse ésta y ha mandado un mostruo marino para devastar a Iopa. Sólo ofreciéndome yo en sacrificio, se salvará el país.

Al aparecer el monstruo, Perseo le presentó la cabeza de Medusa, después de quitarle el velo, y al verla aquél, quedó convertido en enorme peñón. Entonces Perseo casó con Andrómeda y la llevó en una nave a la isla de Sérifos.

—¡Ah! perdido bravucón—exclamó el rey.—¿Es que te fué más fácil hacer una promesa que cumplirla?

Por toda respuesta Perseo mostró la cabeza de Medusa y a su vista el rey y todos los nobles burlones qudaron convertidos en piedras. Perseo hizó entonces rey de Sérifos al anciano y bondadoso pescador, y él con su madre y su amante esposa navegó hacia Argos.

Después de haber dado muerte por casualidad a su abuelo durante una partida de tejos, con lo cual se cumplió la profecía, se estableció allí con su madre y Andrómeda y el pueblo lo proclamó rey del país.

EL ENANO AMARILLO

Historia de la Princesa Bella y del rey de las minas de oro

LA princesa *Bella* era la doncella más gallarda de toda la tierra, y todos los soberanos la pretendían por esposa; pero el que la ganó con su galanteos fué el joven y bravo rey de las Minas de Oro.

Mas aconteció que el día antes de la boda cayó el rey enfermo de tal dolencia, que ningún médico pudo curarle, por lo cual la madre de la princesa resolvió procurarse un remedio mágico del hada

que moraba en el Palacio de Esmeraldas. El hada vivía a orillas del mar en el extremo de un valle, guardado por dos leones. Y como éstos devoraban a cuantos querían pasar y no les daban una tarta especial que les gustaba mucho, la madre de la princesa llevó consigo una en una cesta. Llegada al valle y sintiéndose muy fatigada, quedó dormida entre unos árboles. Súbitamente despertóse al oir el rugido de los leones; y al buscar en la cesta el pastel echó de ver con horror que éste había desaparecido.

—¡Ja, ja!—exclamó una voz en lo alto del árbol.

Alzó la mirada y vió a un enano feo y amarillo sentado en medio de las hojas, el cual tenía el pastel en sus manos.

—Oh, dame mi torta—gritó ella—o de lo contrario me devorarán los leones.

—Te la doy—respondió el enano,—si me das tu hija por esposa.

La madre de la princesa determinó morir antes que consentir en ello; pero, al ver que los leones se lanzaban contra ella, se aterró y dijo:

—Dame mi torta y cásate con mi hija.

El enano amarillo se la dió y con ella pudo detener a los leones, que mientras la comían la dejaron pasar sin molestarla. Atravesó entonces el valle y llegó al palacio de Esmeraldas a orillas del mar, obtuvo el remedio mágico del hada, volvió con él a su casa y curó al instante al joven y bravo rey de las Minas de Oro.

—Ahora—se decía para sí—si apresuro el casamiento, el enano amarillo quedará burlado.

Hiciéronse, pues, los preparativos para la ceremonia; adornáronse las calles con banderas y gallardetes y colgaduras y flores, y el pueblo se agolpó a presenciar el paso del cortejo nupcial.

—¡Ja, ja!—exclamó una voz cuando el cortejo llegó al templo.

La madre de la princesa alzó la vista y vió al enano amarillo sentado encima del pórtico. Antes de que la novia pudiese pronunciar una palabra, lanzóse él sobre la princesa, y tomándola en sus brazos desapareció con ella por el aire.

El rey también fué arrebatado muy lejos por el espacio, y al volver en sí se encontró en el Palacio de Esmeraldas, cuya dueña el hada, habiendo acudido al templo para ayudar al enano amarillo, se había enamorado del rey al verle, y se lo había llevado consigo.

El hada hizo cuanto pudo para ganarse el corazón del rey. Dióle las más preciosas habitaciones del palacio, y celebró toda clase de bailes y fiestas en su honor. Pero él no hallaba otro consuelo que el que le procuraban sus paseos solitarios y tristes por la playa.

Cierta mañana llegó a nado hasta él una sirena, hermosa mujer con cola de pez.

—¡Ah, rey—exclamó—en verdad que la princesa Bella y tú sois dos amantes desgraciados! El enano amarillo se la ha llevado a su castillo, que se levanta al otro lado del mar, y, como tú, en todo el día no hace más que pasear tristemente por la orilla.

—¿Me puedes llevar hasta ella?—preguntó el principe.

—Móntate en mi cola—respondió la sirena.

Montó el rey y la sirena nadó y cruzó el mar hasta llegar al castillo del enano. Entonces le dió una espada diamantina y le dijo:

—No dejes de la mano esta espada, mientras no hayas recobrado a la princesa.

A la puerta del castillo encontró a la princesa Bella y se echó a sus plantas; pero al hacerlo dejó escapar la espada diamantina, y el enano amarillo que estaba vigilando tras la puerta, de un salto se apoderó de la espada y gritó.

—¡Princesa, hora es de que elijas! ¡O te casas conmigo y dejo marchar al rey sin hacerle daño, o te niegas a mis deseos y le mato!

—¡Me casaré contigo!—repuso la princesa.

En su alborozo el enano dejó caer la espada, recogióla a su vez el rey y le mató.

Volvieron entonces los amantes junto a la madre de la princesa; verificóse el matrimonio, y la princesa Bella y el rey de las Minas de Oro vivieron felices de allí en adelante.

EL CAMPESINO Y EL CUERVO

ÉRASE una vez un campesino, que consiguió atrapar un cuervo, y después de no pocas fatigas, logró enseñarle a decir:

—¡Vaya si lo soy!

Cuando ya hubo aprendido estas palabras, lo llevó a la feria de una ciudad vecina y lo ofreció en venta.

No tardaron en llegar dos campesinos, uno de los cuales preguntó decididamente el precio del ave.

—Cincuenta pesos oro—contestó el propietario del pajarraco.

—¡Es carísimo!—observó el campesino, volviéndose a su amigo.—¿Tú crees que el tal pájaro es merecedor de semejante dispendio?

Antes de que su compañero pudiera contestar, dejóse oir la voz del cuervo, que como de costumbre gritó:

—¡Vaya si lo soy!

Esta singular habilidad fué tan del gusto del campesino, que no vaciló en pagar el dinero pedido para llevarse el pájaro.

En cuanto llegó a su casa, dijo a su mujer:

—¡Mira que regalo te he comprado!

—¡Oh! gracias—contestó ella.—Es un pájaro muy bonito.

—¡Vaya si lo soy!—contestó el cuervo inmediatamente.

Contentísimos estaban el campesino y su mujer, previendo los gratísimos ratos que iban a pasar con tan inteligente animal. No obstante, sus esperanzas se vieron defraudadas, al convencerse de que el cuervo no sabía pronunciar más que aquella única frase.

Durante bastante tiempo, el campesino se esforzó en hacer que el animalucho pronunciara otras palabras. Como es natural, no lo consiguió. Ya cansado un día, dijo, después de un buen rato de inútiles intentos:

—¿Sabes, mujer? Éste no es un pájaro parlero.

—¿Pues qué es?

—¡Un timo!

—¡Vaya si lo soy!—aseveró el cuervo, dejando oir las únicas palabras que sabía.

Para los imprevisores es este cuento, que acaba con las frases de la mujer que aconsejaba al marido:

—Para que aprendas a saber lo que compras otra vez que te halles en un caso parecido.

LA VUELTA DE UN HIJO PRÓDIGO

MUCHOS años hace que en el Japón un muchacho fué tan mal hijo, observó tan mala conducta y de tanta deshonra llenó su apellido, que, a pesar de quererle mucho sus padres, otros parientes convencieron a éstos de que su deber era desheredar al ingrato, por lo que aquellos decidieron, según las costumbres del país, celebrar un consejo de familia, para formalizar semejante resolución.

Llegó a oídos del hijo este propósito, y hablando de ello, en tono de burla, con sus malos compañeros, afirmó que se presentaría como un salteador en la reunión, y que antes de que pudieran acordar nada sus parientes, él exigiría una importante suma de dinero si querían librarse de su presencia.

Llegó la noche, y encaminóse a la casa donde estaba reunida la familia. Por el ojo de la cerradura vió a todos sus parientes sentados alrededor de una mesa y dispuestos a firmar el documento, por el cual se le desheredaba. Dicho documento iba pasando de mano en mano, hasta que al llegar a las manos del padre, éste, con lágrimas en los ojos. vaciló.

—¿Y si mi hijo—exclamó vacilante—fuera capaz de enmienda?

—¡Oh, sí!—agregó la madre.—Dejemos pasar algún tiempo . . . tal vez vuelva en sí. . . .

Insistieron los parientes en que los padres firmaran el documento; y otra vez éstos con lágrimas en los ojos apelaron al argumento de la posibilidad de

un cambio de costumbres en la mala vida del hijo.

Profundo disgusto causó tal disposición de ánimo a los parientes; pero la resistencia de los padres a poner su firma llegó tan a lo hondo del corazón del hijo, que éste, penetrando de repente en la habitación, cayó de rodillas ante sus padres, cuyo perdón imploró y obtuvo, abandonando desde aquel momento sus malas costumbres.

PIEDRA MOVEDIZA NUNCA MOHO LA COBIJA

ÉRASE cierto muchacho que al llegar un día a su casa dijo a su madre:

—Me ha dicho el maestro que no hay motivo para que yo vuelva a la escuela, pues no me queda ya nada que aprender.

—¡Bien!—contestó la madre.—Si has terminado ya tus estudios, será cuestión de que te pongas a trabajar. Precisamente conozco yo a un afilador que necesita un aprendiz; podrás ir allá y trabajar con él.

De perlas le pareció al muchacho la proposición, y a la mañana siguiente se dirigió sin demora a casa del afilador.



El muchacho resolvió buscar otro empleo.

Anduvo no poco tiempo por el mundo con su amo, afilando cuchillos y tijeras; pero llegó el invierno con sus fríos y sus heladas y comenzó a pensar que la vida de afilador no era tan buena como creyera en un principio, y llevado de esta idea, decidió cambiar de trabajo.

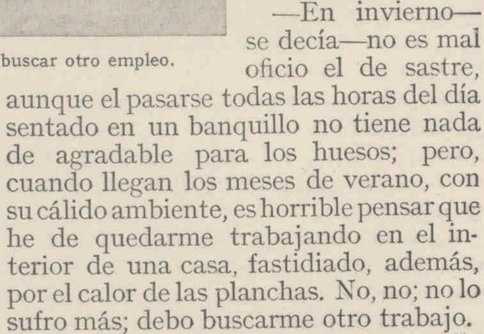
A los pocos días, mientras paseaba sus ocios por las calles de la ciudad, acertó a ver a un sastre que, en el ventanal de su tienda, se aplicaba a la costura.

—¡Este sí que es trabajo que me gustaría!—pensó el muchacho.—Me haré sastre. . . .

Y, llevado de esta idea, abandonó a su amo y comenzó a aprender el arte de cortar y coser vestidos. Durante algún tiempo todo fué a pedir de boca.

—Es indudable que soy un chico afortunado—se decía,—al haber encontrado un oficio que tanto me gusta. Ya no sufriré los fríos vientos y los vendavales, ni las rudas tempestades de lluvia y nieve. Se acabó el aterírseme las manos y el hinchárseme los pies de cansancio. Ahora me bastará el sentarme en una habitación cómoda y regalada, y coser desde la mañana a la noche.

Pero otra vez volvió a sentirse descontento de su oficio; y hoy por fas, mañana por nefas, es el caso que comenzó a hallar en su nuevo oficio tantos inconvenientes como hallara en el primitivo.



—En invierno—se decía—no es mal oficio el de sastre, aunque el pasarse todas las horas del día sentado en un banquillo no tiene nada de agradable para los huesos; pero, cuando llegan los meses de verano, con su cálido ambiente, es horrible pensar que he de quedarme trabajando en el interior de una casa, fastidiado, además, por el calor de las planchas. No, no; no lo sufro más; debo buscarme otro trabajo.

Aquella misma tarde pasó por su calle un regimiento de soldados. ¡Oh! Cuán gallardos aparecían con sus vistosos uniformes.

—Pues no debe de ser aburrida la vida de soldado—pensó el muchacho.—Y poco a poco fué naciendo en él la idea de incorporarse al ejército.

No tardó mucho en descubrir que se había equivocado. La vida de cuartel era muy distinta de lo que él había imaginado. Diariamente había instrucción, maniobras, paseos militares; es decir, trabajo continuo. Los bruñidos sables, los flamígeros plumeros, los flamantes uniformes: todo era preciso tenerlo en orden y limpio. Aquello no era la fácil vida de grandeza y gloria que él había soñado, sino una vida de continuos sacrificios y esfuerzos. ¡Cuántas veces, extenuado por las fatigas del día, hubo de montar la guardia en vez de entregarse al sueño reparador!

Y esta vez su desgracia era mayor, porque no tenía el derecho de abandonar su nuevo oficio cuando le placiera, ya que estaba ligado al servicio de la patria lo menos por siete años; así que, de grado, o por fuerza, hubo de continuar a las órdenes de sus superiores, sacando el mayor partido de su situación, hasta que, cumplidos los años de servicio, pudo abandonarlo, como en efecto lo hizo.

Habíase forjado la ilusión de visitar su pueblo natal, y en cuanto se vió libre, a él enderezó sus pasos. Ya en el camino, oyó decir a un campesino que necesitaba un hombre que le ayudara a recoger la cosecha, y se apresuró a solicitar la ocupación de que hablaba el labrador.

Este le miró de arriba abajo, y le preguntó para qué clase de trabajo servía.

—Puedo servir casi para todo—contestó;—he sido afilador, sastre y soldado.

—¡Ah!—replicó el labriego.—Entonces no eres el hombre que yo necesito. Quiero un hombre que sea constante en su modo de trabajar. Si tú fueras así, no habrías comenzado tantos oficios sin seguir ninguno. No sirves para mi casa.

Y así anduvo de aquí para allá, oyendo siempre la misma cantinela, sin encontrar quien quisiera emplear a un hombre que había aprendido un poco de cada cosa, sin saber nada bien. Y así se pasaron los años, sin conseguir encontrar jamás un sitio estable donde ganarse la vida.

CÓMO UNOS NIÑOS SALVARON A UNOS OSOS

WANDA se sentó en el tronco de un árbol al lado de su hermano Tiki-Tiki, y dijo:

—Han llegado de la ciudad dos hombres de cara colorada que, según dicen, vienen a una misión científica. Llevan las piernas envueltas en pieles. Han sacado de su equipaje unos fusiles, y allá dentro—y con un movimiento de cabeza, señaló la casa—todos están hablando de ellos, incluso el padrecito y Alán.

Después de haber tomado su te, los hombres de la ciudad saldrán sin dilación hacia la montaña, con el fin de obtener algún ejemplar de la fauna australiana. Sé que necesitan un oso vivo, acabado de nacer; la ley les prohibe matarlo, pero a ellos les es imposible evitar que se muera. Entonces lo harán disecar. Di ¿no es horrible esto?

—¿No es horrible?—preguntó Tiki-Tiki a su vez con gravedad y como si su voz fuera el eco de la de su hermana.

—Y padrecito dice que nosotros hemos de ser los que les enseñen el camino donde están los osos, pues nadie más lo conoce. ¿Qué debemos hacer?

Los dos niños se miraron y en sus miradas se leía todo un poema de horror y ternura.

—¿Qué debemos hacer?—repitió Tiki-Tiki. . . .

—No debemos engañarles—siguió Wanda—porque esto sería mentir . . . pero podemos hacer lo siguiente. Cuando todavía estén en casa, les diremos donde se hallan los osos; pero inmediatamente correremos al bosque para advertir a los animalitos del peligro que corren.

—¡Me parece un plan excelente!—

contestó Tiki-Tiki.—Y cuando ya les hayamos avisado, aun podríamos hacer algo para perdernos o separarnos de los hombres que tanto daño quieren hacer a *nuestros* animales.

A la hora convenida, Wanda y Tiki-Tiki partieron para el *bushi*, como llaman al bosque en Australia. Con ellos iban los dos forasteros con sendas alforjas, repletas de provisiones, y un magnífico perro.

Los dos hombres de ciencia hallaron unos admirables *cicerones* en los dos niños, que les instruyeron en no pocas cosas de sus *hermanitos* y *hermanitas*, como ellos llamaban a los animales que poblaban el bosque.

Entre otras cosas, Tiki-Tiki contestó así a una pregunta de los dos forasteros:

—Wanda quiere decir *mujercita*. Mi nombre significa *hermanito*, y a los osos pequeños se les llama *koalas*. Estos son los nombres que usamos en el *bushi*.



Los niños avisaron a los osos que no chistaran.

Pero lo que se calló es que Wanda y él conocían el lenguaje de las hadas. Ello podría haber sido causa de que los dos forasteros presintieran las verdaderas intenciones de los niños.

Por entre el ramaje del bosque se veían los dos trajecitos azules de Wanda y su hermano, que resaltaban sobre el follaje. Los niños corrían todo lo que les permitían sus cortas piernecitas.

Los dos forasteros, a pesar del mucho interés que para ellos tenía todo cuanto los dos niños les referían respecto a los animales que poblaban el bosque, sintieron la natural fatiga que produce una caminata excesivamente larga. Por su parte los dos hermanitos sentían palpitar violentamente sus corazones bajo de sus vestiditos, agitados por el temor de que tal vez los osos se hubiesen dormido y no oyesen su aviso. . . .

Los osos se hallaban entre las ramas de los árboles de gomas, y Wanda y Tiki-Tiki, usando el lenguaje de las hadas, cada vez que pasaban por debajo de uno de ellos, les advertían del peligro que estaban corriendo. Sus señales eran pisar fuerte sobre los helechos y hojas secas de los árboles, y maliciosamente aconsejaban a los dos forasteros que hicieran lo mismo, so pretexto de que así ahuyentaban las serpientes. Y ved ahí por donde los despojos de los árboles estaban estableciendo, sin presumirlo, una especie de telegrafía sin hilos en el lenguaje de las hadas.

Además, los niños, puestos en combinación con los saltamontes, advertían a éstos a su paso por el bosque, y las fieles alimañas, saltando de árbol en árbol, iban advirtiendo a los osos la proximidad del peligro.

Y los árboles de goma, sumados a su vez a la conspiración de los niños, movían con ansiedad sus amplias copas que cubrían de sombra los senderos del bosque, preguntando en su lenguaje.

—¿Y *Du-du*? ¿No olfateará los osos y descubrirá la intriga?

Du-du es la palabra que en australiano significa perro.

Y Wanda les contestaba, pasando la mano por las hojas de uno de los árboles:

—No; no hay cuidado. Tiki-Tiki

lleva en su bolsillo un pedazo de carne cruda y el *du-du*, siguiendo este rastro, olvidará los demás.

En tanto, los dos forasteros, molestados por el calor y el cansancio, buscaron un rincón amparado por la sombra de los árboles para descansar.

Wanda y Tiki-Tiki continuaron su camino sin volver jamás la cabeza, siguiéndoles el fiel *du-du*, que olfateaba la carne del bolsillo del niño.

Wanda y Tiki-Tiki salieron para guiar a los forasteros.

Cuando los dos forasteros hubieron descansado, miraron a su alrededor sin llegar a ver más que, allá a lo lejos, perdiéndose entre las sombras del bosque, los dos vestiditos azules, y el brillo dorado de una cabellera rubia, así como otra cabeza de cabello castaño.

—¡Cuu-i! ¡Esperad!

—No es para expresado el zarandeo que sufrieron los dos forasteros para reunirse de nuevo con los niños. Aquí trepando por un altozano, allá saltándolo, deslizándose entre troncos y yendo de arriba abajo, con gran regocijo de los kuka-burras, como llaman en Australia a unos pajarracos reidores que en el bosque se crían.



Los kuka-burras y sus gnomos saludando con estridentes carcajadas la salida del sol.

De pronto los dos forasteros creyeron haber hallado a los niños, y que éstos volvían a emprender la marcha, sin que a ninguno de los dos cazadores se le ocurriese que estaban siendo juguete de unos chiquillos inspirados y protegidos por el hada del bosque.

En una pequeña cañada, en lo más profundo del *bushi*, cuando suponían estar ya al lado de los niños, vieron con sorpresa que lo que ellos habían tomado por vestiditos azules, eran dos árboles de goma que el viento agitaba, y la cabellera rubia era un rayo de sol que se filtraba por entre los árboles, mientras la cabecita morena la proyectaba una sombra vacilante.

Los dos forasteros, que en más de una ocasión se habían vanagloriado de ser excelentes cazadores en el *bushi*, hubieron de reconocer que con aquella alucinación habíanse dejado engañar lamentablemente.

A poco fueron atacados por los mosquitos, que en gran número poblaban el bosque, y aquellos animalitos les resultaron todavía más molestos que Wanda y Tiki-Tiki. Y pequeños kuka-burras, que en cuanto el sol se levanta comienzan su algarabía y a los que por eso se les llama el despertador de la gente del *bushi*, decían con voz muy clara:

—La tienda del bushi se cierra. ¡Fuera todos los compradores!

En tanto Wanda y Tiki-Tiki, dando la vuelta al bosque, habían regresado a

su casa, donde sus padres les esperaban ansiosos por su tardanza.

Era ya de noche.

Creyeron todos que los dos forasteros esperaban precisamente aquella hora para realizar sus fines, ya que en la obscuridad es cuando los osos pequeñines salen de sus guaridas. Pero dieron las diez, las once; brilló plateada y refulgente la luna; y no aparecieron los dos hombres de ciencia, y el *du-du* comenzó a ladrar desesperadamente.

Intrigados, al fin, salieron para buscarles, el padre, la madre, el jardinero y hasta un viejo vagabundo que aquella noche habíase refugiado en la casa.

Y fué lo curioso que el perro, que hasta entonces no había abandonado a Tiki-Tiki, le dejó entonces para encontrar prontamente el rastro de sus amos, que al fin pudieron regresar a la casa, donde una cena caliente y regalada les hizo olvidar los malos ratos pasados en el *bushi*.

Después de la cena, y sentados todos alrededor del agradable fuego de leña, que ardía en la chimenea, comenzóse a hablar de la excursión de aquel día.

—Es raro—dijo el padre—que haya sido tan menguado vuestro botín de hoy. Los niños no han salido jamás de ojeo al bosque que no hayan traído algún oso del país. . . . ¡Es raro!

—¡En efecto!—repuso uno de los dos forasteros—es raro; pero más raro es todavía que mi perro haya desertado, prefiriendo la compañía de su hijito. Nunca le vi hacer cosa igual.

Y, ya llevada la conversación a este terreno, el otro forastero mostró su extrañeza de que Wanda y Tiki-Tiki no se hubieran detenido cuando él los llamó.

—¿Por qué os separasteis de nosotros?—dijo Wanda con el mayor aplomo.

Los dos forasteros abandonaron el pueblo al día siguiente, un si es no es cansados del *bushi*, de los osos y, sobre todo, de Wanda y de Tiki-Tiki. Para sus fines científicos nada habían conseguido, así que anotaron en su carnet que en los bosques aquellos era raro encontrar oso alguno.

Y así fué como dos pequeñuelos australianos salvaron la vida a los pequeños osos; cosa que se proponen repetir cada vez que alguien intente hacer daño a sus *hermanitos* y *hermanitas* del *bushi*.

CUENTOS NARRADOS EN UN MINUTO

SALVANDO UNA VIDA DE QUINIENTOS AÑOS

Un muchacho japonés cogió una tortuga, que, como es sabido, es un animal que vive centenares de años.

—Cualquier pescado—dijo—será para mí tan excelente manjar como este animal. No quiero cortar su vida de quinientos años.

Y así volvió la tortuga al mar.

EL QUE GANABA EL PAN

Trabajaban padre e hijo en lo alto de un andamio, cuando éste crujió y quebróse en forma tal que sólo a uno de los dos podía sostener

—¡Adiós, padre!—exclamó el hijo.—Tú eres el que gana el pan. Yo me dejaré caer.

Y así murió el hijo, para salvar la vida a su padre, que era el sostén de la familia.

EL QUE PERDIÓ EL SOL POR UNA MONEDA DE ORO

Cierto día un hombre encontró en la calle una moneda de oro, y desde entonces por siempre jamás anduvo con la cabeza baja mirando al suelo.

No volvió a encontrar otra moneda, pero en cambio, por su ambición, tampoco volvió a ver el sol.



CUENTOS NARRADOS EN LOS LIBROS DE LAS ESCUELAS CHINAS

NO hay en China enseñanza alguna que con más empeño y más intensamente se procure inculcar en el corazón del niño, que el amor filial. Ya no es simple enseñanza: es un culto que en todos los órdenes de la vida se practica; y por ello los cuentos chinos para niños están llenos de anécdotas del carácter de las que vamos a reproducir en los siguientes párrafos.

EL HOMBRE QUE ENCONTRÓ LA LECHE DE CIERVA

Érase un joven llamado Yen, que amaba mucho a sus ancianos padres, quienes, a la sazón, se encontraban ya en absoluto débiles y casi ciegos por los achaques propios de la edad.

Consultado un doctor, manifestó que lo único que tal vez les salvaría sería la leche de cierva, pero ésta era carísima, para el escaso peculio de aquella familia.

Al llegar la media noche, Yen, en medio de la obscuridad, mató a un ciervo, le despojó de la piel, y cubierto con ella, fué luego al bosque, donde ordeñó a una cierva, cuya leche pudo llevar a sus enfermos padres, sin dispendio alguno de su modesto caudal.

EL MUCHACHO QUE SIRVIÓ A SU PADRE

Cuando el pequeño Hivang perdió a su madre, se propuso ser desde entonces más que nunca un fiel y amante hijo para su padre.

Esto ocurría en verano, y era tal el calor, que el padre no hacía más que revolverse en la cama, siéndole imposible conciliar el sueño a causa de la elevada temperatura propia de la estación.

El pequeño Hivang se levantó sigilosamente de su cama, e inclinándose sobre la de su padre, con un abanico se pasó toda la noche abanicándole.

Esto lo hizo durante todo el verano; al llegar el invierno, tendíase durante una hora cada día en la cama de su padre para calentarla.

EL PEZ DEL LAGO

Un muchachito llamado Liang, huérfano de madre, tenía una madrastra que le trataba cruelmente y que en todo cuanto el chico hacía hallaba faltas que criticar.

A pesar de ello, Liang no abandonó jamás el sendero del deber y continuamente se esforzaba en aparecer amable a los ojos de su madrastra. A ésta le gustaba extraordinariamente el pescado; pero no habiendo podido obtenerlo en cierta ocasión, Liang se encaminó de noche a un lago helado, y tendiéndose a lo largo sobre el hielo, respiró con fuerza hasta hacer un agujero, por el que consiguió coger dos carpas, que alegremente llevó a su casa para contentar a su madrasta.

Un gran poeta que tuvo noticia de esta hermosa acción de Liang, escribió sobre ella un bello poema.

EL NIÑO Y LOS MOSQUITOS

Los padres de Wu-Mang un chicuelo que sólo tenía ocho años de edad, eran tan pobres que no contaban ni con el dinero preciso para comprarse un mosquitero para su cama.

Pero cada día, después que sus padres se habían dormido, Wu-Mang se acercaba a su lecho y dejaba que los mosquitos le picasen a él sin ahuyentarlos.

De este modo libraba a sus padres de las molestias de los mosquitos.

EL ANCIANO QUE SE VOLVIÓ NIÑO

Ly era un anciano de setenta años de edad, que durante toda su vida había sido un buen hijo y cuando sus padres fueron viejecitos, renunció a su modo de vivir, para mejor poder estar al servicio de ellos.

Como con los años su cerebro se había debilitado, olvidaban que Ly había dejado de ser niño para convertirse en hombre y éste, siempre buen hijo, se vestía con trajes infantiles, saltaba y bailaba como un niño, para darles gusto y oía impasible como los viejos exclamaban llenos de júbilo:

—¡Qué muchachito más alegre es nuestro hijo! ¡Qué felices nos hace con sus juegos pueriles e inocentes! . . .

EL BUEN HIJO QUE LLEGÓ A SER EMPERADOR

Ya-Shun era un hijo muy respetuoso con sus padres a pesar de que éstos no se cuidaban mucho de él.

Un día, su padre le echó en un pozo, y sus hermanos comenzaron a echarle piedras; pero él consiguió salir de allí.

Ocultóse en una cuadra, a la que los hermanos pegaron fuego, pero también pudo escapar milagrosamente.

A pesar de tan malos tratos, Ya-Shun atendía incesantemente a todos los menesteres de la finca, ya pescando en el río, ya talando árboles en el bosque, o bien ocupándose en las faenas necesarias para tener bien provista la casa.

La noticia de su bondad y de su amor filial llegó a oídos del emperador Yaon, quien le eligió para esposo de su hija. Más tarde fallecía el emperador, y el trono pasaba a poder de Ya-Shun.

HISTORIA DE UN ESCLAVO

SI alguna vez, lector, vas a Argelia, oirás nombrar a Jerónimo; ahora vamos a contarte aquí su historia.

Jerónimo era un árabe originario de Argelia, donde nació a mediados del siglo XVI.

Durante una expedición, fué hecho prisionero por la guarnición española de Orán, donde le bautizaron según los ritos del cristianismo.

Cuando sólo contaba ocho años, consiguió escaparse y reunirse con sus antiguos camaradas. Entonces renunció a su nueva religión y otra vez se hizo mahometano. Pero la enseñanza que había recibido durante su cautiverio había hecho honda impresión en él. De nuevo volvió a unirse a los españoles, y otra vez se hizo cristiano.

Poco tiempo después, sin embargo, en cierta ocasión en que iba embarcado volvió a caer en manos de sus enemigos, que en aquella ocasión eran unos piratas moros, quienes le condujeron a Argelia para venderle allí como esclavo.

Hallándose, en cierta ocasión, junto con otros compañeros de desgracia, en el mercado de esclavos, pensando en qué clase de amo sería el que le correspondería en suerte, vióse de pronto escogido por un agente del gobernador de la ciudad, que no vaciló en entregar el precio que por él se pedía.

Su amo era un mahometano severo y cruel, que exigía a todo esclavo suyo que abandonara las creencias religiosas que tuviese.

Ya es sabido que los mahometanos no se contentan con profesar ellos su religión, sino que creen un deber hacer que la adopten todos aquellos que les rodean, y para conseguirlo, se valen de todos los medios posibles.

No obstante, Jerónimo rehusó abrazar la religión mahometana. Su amo se puso furioso y le trató con extrema brutalidad. Cuando se dió cuenta de que con estos tratos no conseguía el fin deseado, le ofreció grandes regalos, e incluso la libertad, si se prestaba a acceder a sus deseos.

Pero Jerónimo se mantuvo firme.

Por aquella época se estaba construyendo un nuevo fuerte, y Jerónimo trabajaba en él, junto con otros obreros.

Parte de su trabajo consistía en la fabricación de grandes bloques de cemento, destinados a los muros del fuerte.

El procedimiento era el siguiente: Se mezclaba el cemento, en grandes cantidades, con agua, y se echaba después en cajas de madera. Cuando se convertía en masa sólida, era sacado de las cajas, y los bloques ya firmes, se utilizaban como grandes moles de piedra.

Un día, cuando el gobernador se paseaba entre sus obreros, sus ojos se fijaron en Jerónimo, en el preciso momento en que éste iba a prender fuego a un barreno, que haría saltar las piedras, y tal vez abriese la puerta de su libertad.

Una terrible idea cruzó entonces por la mente del gobernador. Llamó aparte a Jerónimo y le dió a escoger entre

cambiar de religión o ser enterrado vivo dentro de una de las cajas de los grandes bloques de cemento.

Jerónimo rehusó con todas sus fuerzas el apostatar de su religión, y entonces el gobernador, a quien la ira le había hecho perder la serenidad, ordenó que el cristiano fuese atado de pies y manos y que su cruel sentencia se cumpliera.

Así se hizo, y el gran bloque de masa endurecida en que estaba enterrado Jerónimo, fué llevado al muro en construcción.

Al verle morir impasible, el gobernador, que sin duda no esperaba que fuera tal el valor demostrado por Jerónimo, exclamó:

—¡Jamás creí que este perro cristiano fuera capaz de morir tan estoicamente!

La noticia del suceso llegó a oídos de uno de los amigos de Jerónimo, un monje español llamado Haedo, quien tomó buena nota de lo sucedido. Esto ocurría en 1569. Casi 300 años más tarde, en 1853, las circunstancias obligaron a derruir el fuerte, y uno de los encargados de la obra, conocedor de la historia, quiso convencerse de si ésta era cierta. Sus trabajos fueron coronados por el éxito, pues en 27 de Diciembre del mismo año, se descubrieron los restos del mártir encerrados en la masa de albañilería, tal como el viejo monje los había descrito tres siglos atrás.

Los restos fueron cuidadosamente extraídos y llevados con gran ceremonia a la catedral de San Felipe, donde aun hoy se conservan en un sepulcro de mármol.

Y para perpetuar la memoria de la fidelidad y valor de Jerónimo, se vació el hueco que su cuerpo había dejado en el cemento, sacando con tal molde un modelo perfecto de la conformación de su cuerpo, en el que aun pueden verse las cuerdas con que fué atado, e incluso los pliegues del vestido que llevaba.

Este modelo está ahora en el gobierno de Argelia, y si vas allá, oirás contar la historia de Jerónimo.

JÚPITER Y EL CABALLO

—PADRE de las fieras y de los hombres—así decía el caballo ante el trono de Júpiter—es posible que yo sea una de tus más bellas obras, y así lo creo para satisfacción propia. Pero, ¿no habría algo que perfeccionar en mí?

—¿Qué es lo que a tu juicio puedo mejorar en ti? Veamos. Te escucho;—respondió el buen Júpiter, sonriente.

—Quizás—respondió el caballo, sería yo mejor corredor, si mis patas fuesen más altas y sutiles. Un cuello, como el del cisne, no me iría mal. Un pecho más ancho que este aumentaría mi fuerza. Y, ya que has destinado obligándome a llevar sobre mi al hombre, tu favorito podría muy bien tener por naturaleza la silla que los mortales me ponen para montarme.

—Está bien—repuso Júpiter—¡Un momento!

Júpiter, revestido de seriedad, pronunció la palabra de la creación. Y he aquí que la vida brotó del polvo: se animó la materia y repentinamente apareció ante el trono . . . el camello.

El caballo lo vió y tembló.

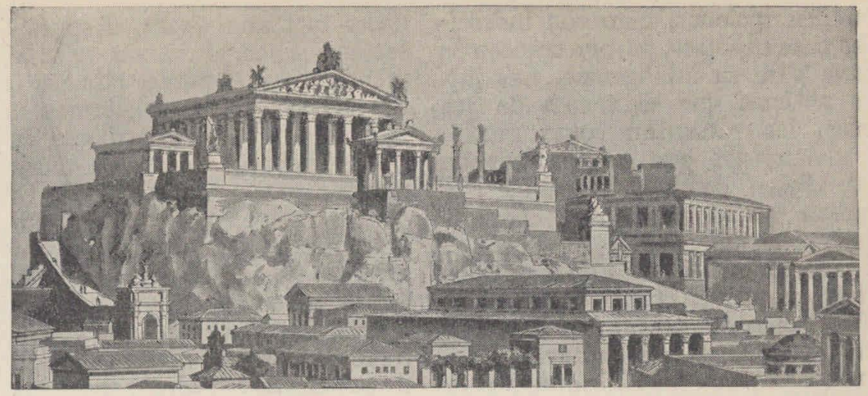
—Ahí tienes—dijo Júpiter, patas más altas y sutiles, un cuello más largo, un pecho más ancho y una hermosa silla natural. ¿Quieres caballo, que te transforme en tal guisa?

El caballo temblaba.

—Vete—prosiguió Júpiter—bástete por esta vez la advertencia. Y para que jamás se borre de tu memoria tu impertinencia y te dure el arrepentimiento, quédate tú también en el mundo—y Júpiter echó al camello una mirada de conservación;—pero, ¡que jamás te vea el caballo sin echarse a temblar!



En la época de su esplendor y riqueza, los romanos pasaban gran parte del día en los baños públicos: entre los magníficos edificios dedicados a este objeto, el más sorprendente era el de las termas o baños de Caracalla, representados en esta página. En ellos podían bañarse simultáneamente 1600 personas, y la superficie que ocupaban se aproximaba a 1500 metros cuadrados.



EL CAPITOLIO, SEGÚN APARECÍA CUANDO LOS ROMANOS ERAN DUEÑOS DEL MUNDO

EL ESPLENDOR Y GRANDEZA DE LA ANTIGUA ROMA

EN nuestros viajes a través de las naciones del mundo antiguo, hemos tenido ocasión de mentar frecuentemente la grandeza de Roma. La hemos visto poner fin a las historias de Grecia, Persia y Egipto, y después dar principio, por decirlo así, a la mayor parte de las naciones de la moderna Europa. Sabemos que las vastas ruinas que aun se conservan en diversos países muestran cuan magníficos eran los edificios que levantaban los romanos y cuán perfecta la ciencia de sus artífices; y en todos los países en que se establecieron, se han descubierto restos suficientes de sus tesoros artísticos, que coleccionados y estudiados, nos dan profundo conocimiento de aquel pueblo. Aparte esto, han llegado hasta nosotros muchos de sus libros, y lo que es más, sus leyes, lengua y hábitos influyen todavía en el mundo.

Los comienzos de la historia de ese pueblo poderoso, que ha unido de tal modo lo pasado con lo presente, debemos buscarlos en esas estepas que llevan al corazón de Asia, de donde se desparramaron hacia el Occidente los pueblos arios en busca de nuevas tierras habitadas. En la historia de Grecia leemos que en la península helénica se establecieron las tribus de los helenos, dándole su nombre; otras tribus, probablemente del mismo tronco que las helenas, cruzarían los nevados pasos de los Alpes, y se establecieron en la península, cuya forma es semejante a la de una bota de montar, y que llamamos Italia. Gradualmente se extenderían por ésta varias ramas de aquellas tribus con sus ganados. Varias se fijaron en las selváticas alturas de los Apeninos, donde tan cortantes soplan los vientos y desde las que se precipitan a la llanura raudos torrentes por cañadas profundas, abiertas por su misma fuerza en la montaña. Otras tribus prefirieron para su morada esa misma llanura fertilísima; los úmbricos se quedaron junto al extremo norte del Adriático y los latinos avanzaron hacia el Sur y se establecieron a orillas del Tíber.

Hacia el norte de este río y a lo largo de la costa occidental, estaba establecido con anterioridad el pueblo etrusco, vigoroso e inteligente, de diferente raza que las tribus italianas.

Es posible que los etruscos tuviesen algún lazo étnico con los helenos o griegos, pero positivamente no se sabe nada acerca de su origen. Entre los restos que se conservan de Grecia y Roma, hay muchos también de Etruria, principalmente tumbas con interesantes pinturas murales. Los vasos rojos y negros parecen copiados de los griegos;

tienen inscripciones, pero son indescifrables para nosotros, porque carecemos de clave para su inteligencia. Las primeras noticias que se tienen de los etruscos, los presentan como mucho más adelantados que sus vecinos de Italia; abrían caminos y canales, y edificaban vastas murallas y enormes torres para su defensa.

No sabemos cuándo dejaron los latinos de vivir en pequeñas agrupaciones de cabañas, como era costumbre de todas las tribus italianas de entonces. Gradualmente llegaron a fortificar la meseta de una colina, edificando en torno de ella una muralla, en cuyo recinto se guarecían para refugiarse del enemigo. Por fin, se formaron ciudades independientes entre sí, y que confrecuencia se hicieron mútuamente la guerra.

A unos veintidós kilómetros de la desembocadura del Tíber, hay un grupo de siete colinas, una de las cuales fué escogida así para refugio. Están las siete próximas entre sí, y cercanas al mar; situadas en medio de Italia y en el centro de Europa, según era conocida en los tiempos antiguos, y también, casi a la mitad del Mediterráneo, entonces el medio de comunicación más importante del mundo.

EL ORIGEN DE ROMA SE PIERDE ENTRE LA NIEBLA DE LOS TIEMPOS

Ignoramos en qué época fué fundada Roma; algunos señalan el año 753 antes de Jesucristo, por el tiempo en que los hijos de Asur eran tan poderosos en Asiria, y había pasado ya el esplendor de Egipto. Los posteriores romanos contaban los años a partir de la fundación de Roma, como los contamos nosotros desde el nacimiento de Cristo. En la historia de todas las naciones es difícil señalar el punto donde acaban las antiguas leyendas de los orígenes y donde comienzan los hechos históricos. Un pueblo como el romano, que llegó a tan inmenso poder, naturalmente gustaba de alimentar su patrio orgullo con la creencia de que descendía de los dioses; nacieron maravillosas leyendas acerca de su origen, y con el transcurso del tiempo les dieron tal vida y realce los poetas e historiadores que aun ahora, después de tan luengos siglos, el mundo no se aviene a rechazar en absoluto fábulas tan encantadoras. Nos deleitamos todavía leyendo el sitio de Troya, que los eruditos estiman que ocurriría más de mil años antes del nacimiento de Cristo, y contemplanos con interés su triste ruina, fatal para Príamo, su familia y amigos. Eneas, cuyo padre era Anquises, héroe troyano, y cuya madre era Venus, diosa del amor y la hermosura, huyó de la espantosa matanza, llevando a su anciano padre sobre sus hombros.

Después de emocionantes aventuras en el Mediterráneo, entre las cuales se cuenta una visita a la colonia fenicia de Cartago, en la cual le ayudó mucho su madre, la diosa, Eneas pudo desembarcar en la costa occidental de Italia, donde se casó con la hija del rey del país, llamado Latino, y le sucedió pacíficamente como rey del Lacio.

LA CURIOSA HISTORIA DE RÓMULO, EL FUNDADOR DE ROMA, Y LA LOBA

Muchas generaciones después, una de las hijas de la casa real dió a luz a dos genelos, cuyo padre era el dios de la guerra, los cuales llegaron a ser robustos y gallardos jóvenes, a pesar de todo cuanto se había hecho por darles muerte, arrojándolos al Tíber. Al ser lanzados a la corriente, los llevó el agua a la orilla donde fueron amamantados por una loba, hasta que un pastor los recogió y guardó consigo. Llamábanse Rómulo y Remo, de los que el primero fundó, andando el tiempo, una ciudad sobre una de las siete colinas cercanas a la desembocadura del Tíber. Aquella fué la famosa colina palatina, origen de Roma.

Las historias antiguas dan maravillosos detalles del rapto de las Sabinas, esto es, del modo como los romanos se procuraron esposas, robando mujeres del pueblo sabino que habitaban en otra de las siete colinas, llamada más tarde Quirinal, en ocasión de haber aquéllos acudido a una fiesta dada por los sabinos. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que una por una aquellas siete

colinas fueron absorbidas en una gran ciudad murada, formada por valles y collados, prados y asimismo viviendas, y con una gran fortaleza en el monte Capitolino. Los romanos admitieron amigablemente a cuantos extranjeros se mostraron deseosos de entrar a formar parte de su ciudad, y comerciaron con los pueblos cercanos; pelearon también continuamente con éstos, especialmente con los etruscos, los cuales, aunque enemigos de los romanos, habían sido sus maestros.

LAS MURALLAS DE ROMA NO SÓLO ENCERRABAN UNA CIUDAD, SINO TAMBIÉN UN ESTADO

El gobierno de los reyes que sucedieron a Rómulo duró unos 250 años, y de este período, perteneciente a la primitiva historia, sólo poseemos ligeros datos, pero muy interesantes. Vemos a un pueblo que de agricultor se transforma, por su obstinado y paciente trabajo, en una nación de guerreros, los mejores del mundo. Las obras de los reyes fueron maravillosas, y entre ellas son de notar las murallas, que no sólo encerraban en su recinto una ciudad, sino también un estado; los grandes desaguaderos por los que se desecaban los pantanos de las faldas de las colinas, algunos de los cuales tenían arcos suficientemente altos para que bajo de ellos pudieran pasar las carretas cargadas de heno. En uno de los valles edificóse el Circo Máximo para las carreras y los juegos, y en otro valle, y en torno del Foro o plaza del mercado, estaban las tiendas y talleres de varias industrias. Hermosos eran también los templos edificados en las cercanías del Foro y sobre la colina, aunque débil sombra del esplendor de los edificios posteriores.

Mas el pueblo cansóse del gobierno de los reyes, arrojólos del poder y se estableció la república, unos 500 años antes de Jesucristo. Los principales dignatarios de ésta eran llamados Cónsules, siendo ayudados por un consejo denominado Senado, cuyos miembros recibían el nombre de *patres*, padre o cabeza.

EL GOBIERNO DE LOS «PATRES» LLEGÓ A SER EL DE LOS NOBLES

Algunos de los factores que contribuyeron al éxito, fueron: la vida sencilla de familia, la intensa labor de los campesinos, los aguerridos soldados, la rígida obediencia a la ley. Al principio, el estado se componía de unas cuantas familias gobernadas cada una por padres o cabezas llamados *patres*. El rey presidía el consejo de los patres, que llegaron a denominarse patricios y constituir la nobleza. El pueblo formado por los que a Roma acudían para traficar, o en busca de refugio, era llamado por los patres, que lo despreciaban, populacho o plebe. Este fué el principio del gobierno de los nobles patricios sobre los plebeyos, inferiores a ellos en riqueza y jerarquía social. . . .

Los plebeyos no tenían parte en el gobierno, ni voz ni voto en el arreglo de los asuntos públicos. Con el tiempo los patricios hiciéronse injustos y duros para con los plebeyos, hasta que, al fin, éstos no quisieron sufrir más, y Roma, desgarrado su seno por la discordías intestinas, no pudo proseguir sus conquistas exteriores. Pero el pueblo romano adquirió durante la larga lucha tal grado de perfección en las virtudes de obediencia y dominio de sí mismo, perseverencia y prudencia respecto de lo que era mejor para el bien público, que en el transcurso de los años, no sólo se hizo apto para conquistar el mundo, sino aun para gobernarle.

LA PLEBE LUCHA PARA OBTENER EL DERECHO DE LEGISLARSE A SÍ MISMA

Después de cierto tiempo, el reino convirtióse en república, pero ésta no logró afirmarse sino tras muchas y prolongadas dificultades. Los plebeyos fueron poco a poco conquistando sus derechos, no con revueltas y derramamientos de sangre, sino mediante su obediencia a las leyes, a pesar de que no les eran agradables. Lograron tener magistrados propios, denominados tribunos, el privilegio de poseer terrenos y, por último, participaron en la promulgación de las leyes a que ellos mismos debían obedecer. De las guerras soste-

nidas con los pueblos circundantes, durante las luchas de patricios y plebeyos, han llegado hasta nosotros dos episodios notables.

Uno es el de Coriolano, el valiente guerrero que, encerrado en la ciudad enemiga, se arregló de tal modo que pudo apoderarse de ella. Quejoso, después, de sus conciudadanos, se pasó al enemigo y aun dirigió el ejército de éstos contra Roma. En vano fué que senadores y sacerdotes, implorasen de él misericordia para Roma, a la que pretendía destruir; sólo desistió de su intento cuando su madre se arrojó a sus plantas suplicándoselo.

El otro es la historia de Cincinato, y nos muestra cuán sencillas eran las costumbres antiguas de Roma, y cómo servían todos los ciudadanos al estado. Vemos a Cincinato, opulento patricio de rizada cabellera, arando en su campo, cuando de pronto llegan a él mensajeros, rogándole que acuda en socorro del cónsul y de su ejército. Cincinato pidió sus armas y corrió en ayuda del comprometido ejército, y realizada su empresa, volvióse tranquilamente a trabajar en su hacienda.

LOS GALOS ARROJAN A LOS ROMANOS ATEMORIZADOS, DE SU CIUDAD

Mientras duraron aquellas guerras menores, tales como las en que sobresalieron Coriolano y Cincinato, Roma no había perdido nunca de vista a sus antiguos enemigos los etruscos. Estos eran ricos mercaderes, pero habían llegado al tiempo de su decadencia. Los griegos los derrotaron por mar, y después los galos llegaron y se establecieron en el Norte de Italia, atacando a los etruscos por tierra, donde también les combatían los romanos en el Sud.

El año 309 antes de Jesucristo los terribles galos, de gigante estatura, rubia cabellera y llameantes ojos, atacaron a la misma ciudad de Roma, después de haber derrotado un ejército romano de 40,000 hombres. Refiere la historia que «su estridente música y discordantes clamores, lo llenaban todo con horrísono estrépito», y que sus largas espadas hendían los yelmos de los romanos, haciendo huir a éstos presa de pánico.

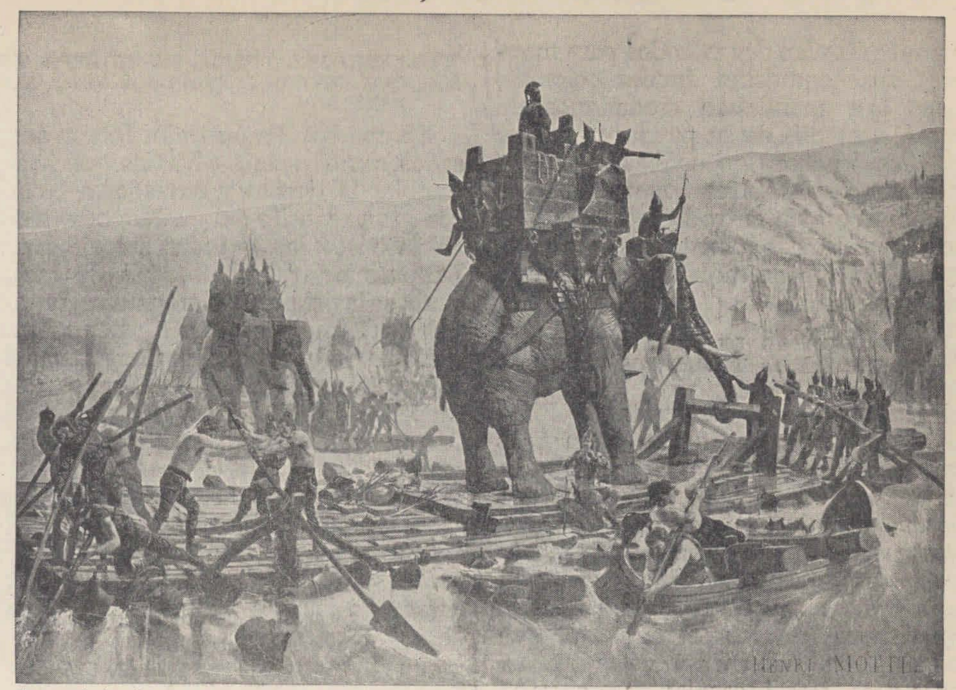
Nadie pensó en defender las murallas de la ciudad; sólo resistió la ciudadela del Capitolio, como lo leímos en la historia de los Gansos Sagrados, y los sacerdotes de larga y blanca barba, estaban sentados como inmóviles estatuas en el Foro de la desierta ciudad. Los galos degollaron a los sacerdotes, incendiaron la ciudad, exigieron una fuerte suma y partieron. En aquel incendio perecieron los anales de la ciudad, y con ellos todos los datos que nos hubiesen dado a conocer los emocionantes hechos del pasado.

LOS ROMANOS APRENDIERON A COMBATIR CONTRA LOS ELEFANTES Y CONQUISTARON A ITALIA

Los romanos aprendieron mucho en su guerra con los galos e incesantemente fueron extendiéndose sus conquistas sobre los otros estados de la península. Después de haber sojuzgado a los bravos samnitas y a los etruscos, sostuvieron largas guerras contra las ciudades griegas del Sud. En una de éstas, Tarento, estaba cierto día el pueblo en el gran teatro al aire libre viendo representar una de las magníficas creaciones del teatro griego, cuando de pronto vieron aparecer la armada romana cerca de su puerto. Empezó así la guerra y los tarentinos llamaron en su auxilio al rey griego Pirro, a quien los romanos no pudieron vencer sino tras una guerra de cinco años.

En esta guerra aprendieron el modo de combatir contra los elefantes y a mejorar la caballería. Cuando Pirro se retiró a Grecia el año 274 antes de Jesucristo, después de haber perdido casi todas sus tropas, toda la península de Italia había pasado al poder de Roma. Las magníficas ciudades griegas del Sud suministraron a los vencedores preciosas obras y objetos de arte y comodidades y lujos que aquellos desconocían.

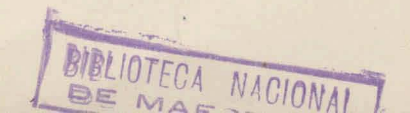
En la historia moderna de Italia vemos cuán difícil ha sido para ese país largo y estrecho, estar bajo el régimen de un gobierno central único. Los



Cruzando los Alpes en medio de grandes dificultades, Aníbal, el famoso general cartaginés, derrotó repetidas veces a los romanos. Después de la batalla de Cannas, en que destrozó a un ejército romano, si hubiera recibido refuerzos de su patria, tal vez habría destruído para siempre a Roma. Pero los refuerzos no llegaron; antes é. hubo de volar en socorro de Cartago, y fué allí derrotado por los romanos. El grabado lo representa vadeando el Ródano, en su marcha contra Italia.



Los godos, arrojados de sus territorios entre los mares Negro y Báltico por los hunos, se refugiaron en Roma, que los tomó a su servicio; más tarde se rebelaron contra la capital del mundo y, nombrando rey a uno de sus jefes, llamado Alarico, invadieron a Italia y sitiaron por tres veces a Roma. Dos veces distintas el Senado compró su retirada, pero a la tercera, en 408, tomaron la ciudad y la devastaron atrozmente. El grabado representa a los godos entrando en Roma.



romanos seguían dos métodos para mantener sus conquistas: fundar colonias, a las que mandaban ciudadanos de Roma, amantes de su patria, para que en ellas viviesen y civilizasen a los naturales, y establecer buenos medios de comunicación entre las colonias y la metrópoli para la pronta traslación de tropas de ésta a aquéllas y para el tráfico mercantil.

NAVES COPIADAS DE OTRA QUE HABÍA NAUFRAGADO, Y MARINOS REMANDO EN LA ARENA

Poco después de la vuelta de Pirro a Grecia, comenzaron las tremendas guerras entre Roma y Cartago. En la historia de Grecia leímos que Cartago era una colonia de Fenicia, por lo que estas guerras se denominan comúnmente fenicias o púnicas. La mitad occidental de la costa norte de África había sido conquistada por los cartagineses, que no habían tratado bien a los indígenas; por lo cual, cuando servían en el ejército de los conquistadores, carecían del entusiasmo patrio que animaba a los romanos y sólo se preocupaban por la paga.

Comenzó la guerra en la hermosa isla de Sicilia, punto medio entre Roma y Cartago, y los romanos se dieron pronta cuenta de que debían tener una armada. Con gran energía y entusiasmo comenzaron a trabajar en la construcción de naves, tomando como modelo un navío cartaginés encallado; y mientras los operarios construían los barcos, las tripulaciones de éstos se ejercitaban en el uso del remo sobre la arena de la playa.

Grande fué el entusiasmo de Roma cuando el primer héroe naval volvió después de la primera victoria marítima de Miles, ganada el año 260 antes de Jesucristo. La campaña tuvo muchas fluctuaciones. La gran escuadra romana, que se construyó después, derrotó a la enemiga y transportó al África un numeroso ejército, que, bajo las órdenes de Régulo, obtuvo grandes éxitos, hasta que la caballería y los elefantes cartagineses torcieron nuevamente en favor de éstos el curso de la guerra. En otra parte de este libro se halla la historia del valiente Régulo.

REGOCIJO DEL PUEBLO LA PRIMERA VEZ QUE FUERON LLEVADOS A ROMA ELEFANTES

En una batalla posterior fueron apresadas ciento veinte « bestias que hacen temblar la tierra » y enviadas a Roma, con gran regocijo del pueblo, que nunca había visto los grandes paquidermos. Después de veintitrés años de lucha, acabóse la primera guerra púnica, pues el esforzadísimo y prudente general Amílcar, viendo que era tiempo oportuno de ceder, concertó la paz. Algunos años después, Sicilia, Córcega y Cerdeña fueron convertidas en provincias romanas.

Amílcar tuvo un hijo, que fué también gran general, y se llamó Aníbal, de quien se refiere que trabajaba día y noche, sin descanso, al que sólo se entregaba cuando realmente no le quedaba nada por hacer.

LA TERRIBLE MARCHA DE ANÍBAL A TRAVÉS DE LOS ALPES

Después de una campaña muy provechosa en España, región que había conquistado su padre, realizó una de las grandes marchas que registra la historia. Al frente de 50,000 infantes, 10,000 jinetes y numerosos elefantes, se encaminó hacia el Norte, siguiendo la costa Este de España; cruzó los Pirineos, cerca del golfo de León, atravesó el Ródano, y después, cruzando los Alpes, acampó en las llanuras del Norte de Italia. Tan rápida fué su marcha, que los romanos, al acudir a los sitios donde se habían propuesto detenerle, vieron que era demasiado tarde.

Causa lástima pensar en las vidas que se perdieron al cruzar los helados pasos de los Alpes; el frío era intenso, y, además, los habitantes de las montañas hacían rodar sobre ellos, desde las cimas, grandes peñascos, atacándoles por la espalda, como los suizos hicieron muchos siglos después con los austriacos.

En poco tiempo conquistó Aníbal todo el valle del Po y avanzó triunfalmente por la Etruria, sorprendiendo a los romanos, gracias a la niebla de la mañana, junto al lago Trasimeno. Al

siguiente año hicieron los romanos un gran esfuerzo para derrotar a Aníbal en Cannas, pero fueron ellos derrotados y sucumbió la flor de los guerreros romanos.

DESTRUCCIÓN DE CARTAGO Y CONQUISTA DE GRECIA

Pero los romanos, como de costumbre, sacaron grandes enseñanzas de la derrota, y esperaron pacientemente hasta que, por fin, el gran Escipión arrojó de España a los cartagineses y los derrotó luego en África, de modo que Cartago hubo de llamar en su socorro a Aníbal. El año 202 antes de Jesucristo, Escipión destruyó en la batalla de Zama, cerca de Cartago, al ejército que durante diez y seis años había sido el terror de Italia.

Roma era ya la mayor nación de Occidente y la predominante, gracias a sus navíos, en el Mediterráneo. La historia de Roma concentra ahora su mayor interés en Oriente. Durante la segunda guerra púnica había surgido un conflicto con Macedonia; y acabada aquella colosal contienda, las legiones romanas y las falanges macedónicas, las tropas de leves armaduras y los guerreros cubiertos de pesado bronce, se encontraron en Tesalia. Triunfaron las legiones, y tras corto tiempo, pudieron penetrar en Asia, donde, al mando del hermano del gran Escipión, que, por sus triunfos en África, había recibido el sobrenombre de Africano, ganaron la gran batalla de Magnesia. La terrible batalla de Pidna, en Macedonia, decidió la suerte del país, el año 168 antes de Cristo.

El mismo año, Roma encontró una excusa para destruir a Cartago en el hecho de que ésta no había observado estrictamente las duras condiciones impuestas por la paz que finalizó la segunda guerra púnica. La relación de aquel desastre, uno de los más lamentables que refiere la historia, hecha por un testigo ocular, ha llegado hasta nosotros. La población civil, que ninguna culpa tenía de la guerra, fué completamente exterminada, y arrasada por entero la ciudad.

LA CIUDAD DE LAS SIETE COLINAS QUE DOMINÓ EL ORIENTE Y EL OCCIDENTE

Entre los restos de la antigüedad romana que se conservan en los museos, figuran algunos pavimentos de mosaico, procedentes de Cartago. Viéndolos, la imaginación evoca fácilmente el pueblo próspero que los halló, en el tiempo de su grandeza, antes de que la destrucción los sepultase en el profundo silencio de los siglos.

Para conquistar a España necesitaron los romanos especiales esfuerzos, pero en cuanto se hubieron apoderado de ella, el Mediterráneo se convirtió en un lago romano, porque únicamente el Egipto se mantenía independiente, bajo el dominio de los sucesores de Alejandro. Desde el Monte Tauro, en Asia Menor, hasta las columnas de Hércules, dominaba la ciudad de las siete colinas.

Mas la conquista de este poder material había pervertido el alma de los vencedores, que ya no eran los ciudadanos sencillos y dignos de los antiguos tiempos, sino que con la abundancia de riquezas creció en ellos el amor al lujo, muriendo en sus almas las virtudes, y convirtiéndose en avaros y crueles.

Esclavos maltratados y levantiscos ocupaban el lugar de los recios campesinos, cuyos huesos blanqueaban en los lejanos campos de batalla. Así es que la agricultura comenzó a ser despreciada y tenida en poco, al pasar las tierras, de manos de hombres libres, a formar grandes haciendas, posesión de unos cuantos magnates que vivían en las ciudades, haciendas que generalmente eran cultivadas por esclavos encadenados formando cuadrillas.

No faltaron hombres severos en Roma que vieron el peligro que implicaba este estado de cosas para el país; uno de éstos fué Catón, que aborrecía el lujo y la influencia griega, que tanto había afectado a la religión del país. Desde que los romanos comenzaron a pelear contra las ciudades griegas de Italia, empezaron asimismo a adoptar el arte y la literatura del país helénico y algunas costumbres de este pueblo más culto, aunque

muchas de estas cosas no eran a propósito para conservar el antiguo vigor.

Otro peligro que amenazaba a Roma, era el cambio en la forma de gobierno, pues apenas se habían arreglado las antiguas diferencias entre patricios y plebeyos, cuando surgieron nuevas dificultades. Los primeros cargos del Estado fueron secuestrados, como quien dice, en beneficio de unas cuantas familias ricas, y éstas constituían el Senado que regía los destinos de Roma.

EL INDIGNO POPULACHO QUE ACUDÍA A ROMA A PRESENCIAR LOS JUEGOS

El Senado, con objeto de evitar dificultades a su gobierno, permitía la opresión más cruel en las provincias, que eran esquilmadas con gravosos impuestos, y al pueblo de Roma lo tenía tranquilo mediante comilonas públicas y grandes fiestas en el circo. Éstas condujeron a terribles crueldades con hombres y bestias, que se consideraron necesarias para contentar al abyecto populacho, cuyas aficiones eran cada día más estragadas. No contento con ver al vivo la caza de leones y de tigres, deleitábase con las luchas a muerte de los gladiadores contra las fieras y con la de aquéllos entre sí.

Estos juegos y las comidas públicas, costeadas por el Estado, atrajeron a Roma una muchedumbre ociosa e indigna, incapaz de actividad útil en el gran imperio gobernado por Roma.

En las mismas provincias italianas, algo lejanas, era oprimido el pueblo, y los cohechos e injusticias prevalecían por doquiera. Dos nobles hermanos, llamados los Gracos, la historia de cuya noble madre, llamada Cornelia, hemos leído ya en este libro, se esforzaron denodadamente en poner remedio a algunos de estos males, especialmente en lo que se refiere a la posesión de los terrenos, con objeto de mejorar la condición de los pobres y obtener que pudieran ser de nuevo pequeños hacendados; y además intentaron de diversos modos disminuir el poder de los nobles y hacer más llevadera la vida de los humildes.

LA MALA ADMINISTRACIÓN CONMOVIÓ LOS MISMOS CIMIENTOS DE ROMA

El mal gobierno proseguía y hacíase dificultoso mantener en orden el enorme número de esclavos. El mismo ejército, tan frecuentemente halagado por el triunfo, llegó a constituir una fuerza temible en el Estado. Hacía ya mucho tiempo que los soldados romanos no eran como Cincinato, que peleaban sólo cuando su patria lo necesitaba. Al hacerse casi permanentes las guerras, la noble profesión de las armas se convirtió en especulación, y este degradamiento tuvo los más perniciosos efectos.

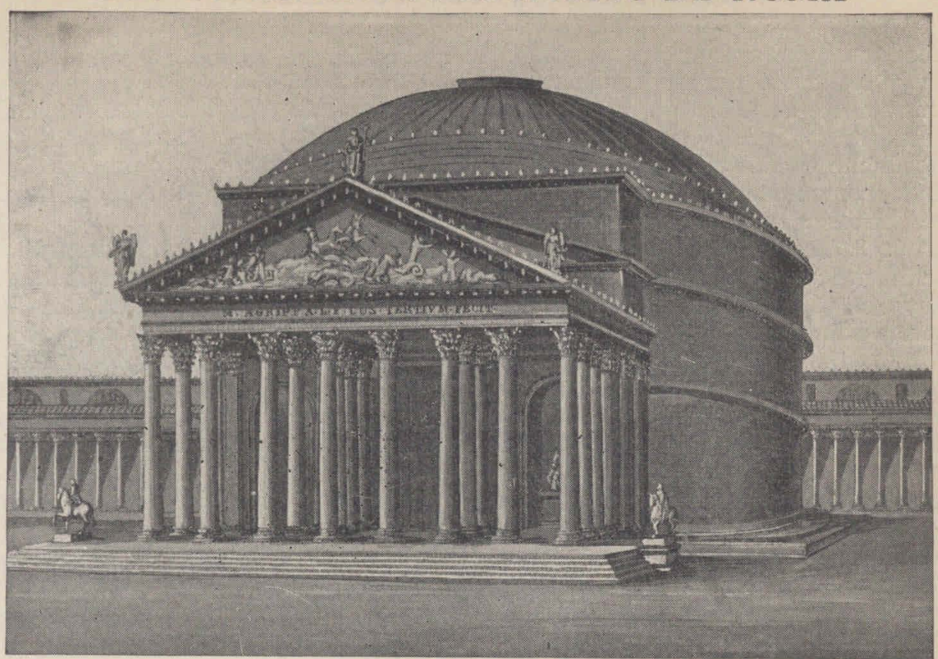
Cuando los romanos hubieron conquistado a todos los pueblos civilizados del mundo, los que vivían socialmente en Estados y ciudades, y se regían y gobernaban por leyes, volvieron sus armas contra las tribus salvajes que vivían en los confines de su imperio y que solamente se unían ante un gran peligro común.

Mario fué un valeroso y sabio general que, llegado a esta jerarquía desde simple soldado, derrotó a dos grandes tribus: los bárbaros teutones y los cimbrios, que habían penetrado en las Galias por el Oeste de los Alpes. Logró hacerse nombrar primer cónsul durante muchos años. Por aquella época, Roma sufrió varios contratiempos en Italia, en el Oriente, en Grecia y, lo peor de todo, en la misma metrópoli. Se dió el extraño espectáculo de ver a Roma conquistada por su mismo ejército, a las órdenes de Sila, gran enemigo de Mario; tan agudas y enconadas eran las querellas que produjeron la ruinosa guerra civil.

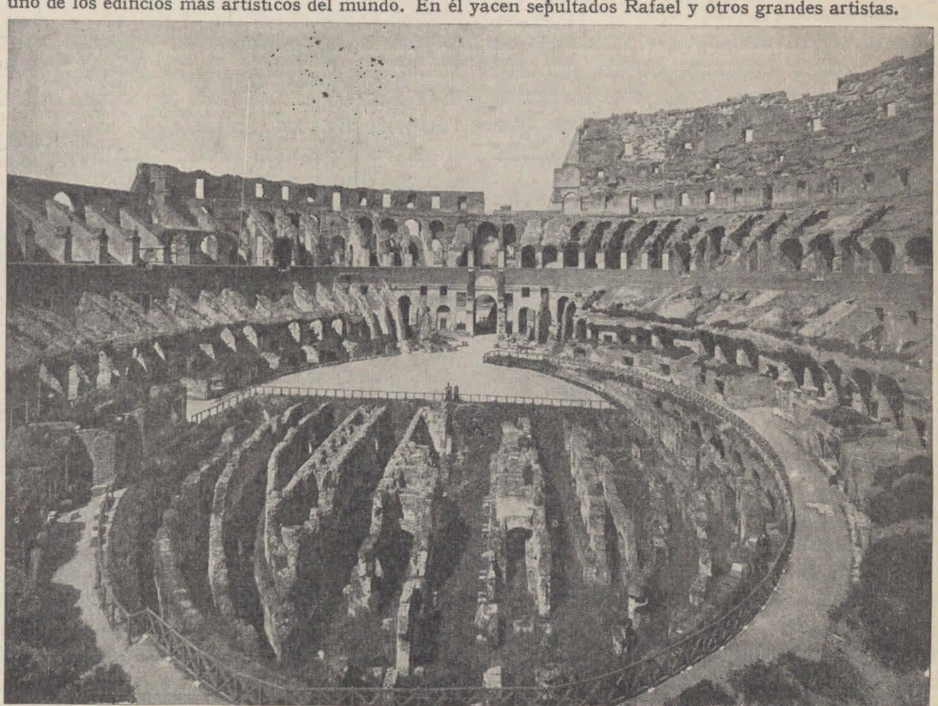
Durante el siglo primero antes de Jesucristo, Roma fué fecunda en grandes hombres. Uno de éstos fué Cicerón, dotado de maravillosa elocuencia y gran fuerza de persuasión; la mayor parte de sus discursos han llegado hasta nosotros, y por ellos sabemos muchos datos interesantes de aquellos agitados tiempos.

JULIO CÉSAR UNO DE LOS MAS GRANDES HOMBRES DEL MUNDO

Descuella entre aquellos ilustres varones Pompeyo, que limpió de piratas



El Panteón es el edificio de la antigua Roma que mejor se ha conservado hasta nuestros días. Erigido como templo de los dioses 27 años antes de Jesucristo, ha sido, durante unos trece siglos, iglesia cristiana y es uno de los edificios más artísticos del mundo. En él yacen sepultados Rafael y otros grandes artistas.



Durante 400 años, el grandioso Coliseo fué el escenario de los más crueles espectáculos que ha visto jamás el mundo. En él, 87,000 espectadores presenciaban el combate a muerte de los gladiadores, las horribles luchas de centenares de fieras y el martirio de los cristianos. A veces se inundaba la arena y se verificaban en ella simulacros navales. Durante la Edad Media fué demolido en gran parte; sus ruinas son las más imponentes del orbe.



el Mediterráneo, arregló los asuntos de Asia y conquistó grande influencia en la misma Roma. Pero de una manera especial se distinguió Julio César, uno de los hombres más célebres del mundo, grande, como general, como estadista y como historiador. Fué nombrado en el año 60 antes de Jesucristo cónsul, juntamente con Pompeyo y Craso, y obtuvo el gobierno de las Galias. En su obra « Comentarios de la guerra de las Galias », nos ha dejado descritas sus expediciones y el rudo trabajo con que conquistó todo el país, al norte de los Pirineos y Oeste del Rin. Habla también en su relato del Sur de la Gran Bretaña, que visitó dos veces. Unió las Galias íntimamente a Roma, tratando al país conquistado con gran benevolencia, introduciendo las ideas y costumbres romanas, levantando edificios y abriendo carreteras.

LA FAMOSA CARTA DE CÉSAR EN TRES PALABRAS: « VENI, VIDI, VICI »

Cuando, por fin, creyó que podía dejar con toda seguridad su provincia y se había dado a conocer como general afortunado y « querido de sus tropas », se dispuso a realizar los planes que había concebido para cambiar el régimen del gobierno.

Craso había muerto en una batalla contra los Partos, y Pompeyo y César se disputaron el poder supremo. Cuando el Senado se negó a ejecutar lo que César deseaba, éste salió de las Galias al frente de su ejército, y cruzó el río Rubicón, penetrando en Italia para luchar por su propia causa.

El siguiente año, los dos generales se encontraron con sus ejércitos en Grecia, y César quedó vencedor en la batalla de Farsalia.

En los primeros años siguientes no se dió César punto de reposo, yendo de Egipto a Asia, donde escribió su famosa carta en tres palabras: « veni, vidi, vici » que significan; « llegué, vi, vencí »; de Asia a Roma, de Roma al África, de África a España; y cuando volvió a Roma, en el año 45 antes de Jesucristo, era ya señor absoluto del imperio romano.

EL DUEÑO DEL MUNDO, TRAICIONADO POR SUS AMIGOS

Al siguiente año, César fué asesinado en el Senado por sus antiguos amigos, que creyeron deber suyo impedir que Roma estuviera bajo del poder de un monarca.

Siguióse la guerra civil, durante la cual, Egipto pasó a ser provincia romana. El rostro de César, de resueltas líneas y bien marcadas facciones, era el de un gran caudillo. Luego reinó Augusto. Después de trece años de confusión, este hijo adoptivo de César reunió poco a poco y cuidadosamente en sus manos todo el poder de la capital del orbe, y los romanos comprendieron que no podían prescindir de él.

Cuando se dió a sí mismo el título de *imperátor*, de donde se deriva nuestra palabra emperador, significaba que poseía un mando militar, emanado del pueblo; como censor, pudo influir en los nombramientos hechos por el Senado; como *princeps*, o príncipe del Senado, podía hablar siempre el primero en las sesiones. Después llegó a ser primer magistrado de Roma y cabeza de la religión nacional.

Introdujéronse muchos cambios prudentes que produjeron la paz y el orden, no sólo en Roma e Italia, sino en las distantes provincias, y así comenzó el Imperio, quedando la república relegada a los anales de la historia.

AUGUSTO REGÍA EL MUNDO CUANDO NACIÓ JESUCRISTO

En tiempo de Augusto hubo en Roma numerosos y brillantes escritores, tales como el poeta Virgilio, que escribió un gran poema sobre Eneas y la fundación de la ciudad; Livio, el historiador; y el interesante poeta Horacio; de modo que aquel período ha conservado hasta nuestros días el nombre de *edad augusta*

Pero lo que formó época en el reinado de Augusto, fué el nacimiento de Jesús, en la lejana provincia de Siria. Inconscientemente determinó el emperador el sitio del nacimiento del Mesías, porque habiendo dado una orden para que se empadronasen todos en el lugar de su nacimiento, la Virgen María se dirigió a

Belén, de donde era originaria su familia, y allí nació el Salvador.

Grande habría sido el estupor del poderoso emperador y de todos sus grandes hombres, si hubieran sabido que no eran sus hechos y fama lo que iba a influir en el mundo, sino la vida y obras de aquel infante, pobre y humildemente nacido, que creció trabajando en el taller de un carpintero y que después no tuvo donde reclinar su cabeza.

Augusto fué el primero de una serie de emperadores que dominaron el mundo durante 300 años. En los museos consérvanse muchos restos interesantes de aquellos tiempos: armaduras, armas, buriles, tinteros, zapatos, llaves, bolsas y monedas, objetos de gran utilidad para los estudios históricos.

En Roma eran muy numerosos los templos de los dioses y los palacios de los emperadores. Muchos de éstos hicieron algo para hermosear la antigua ciudad de las siete colinas. El arco de Tito recuerda su victoria sobre los judíos, y también los despojos del templo de Jerusalén, llevados triunfalmente a Roma. Él y su padre Vespasiano edificaron espléndidas termas y el Coliseo.

En este vasto anfiteatro cabían miles de espectadores que presenciaban en él los juegos, con que los emperadores mantenían contenta a la plebe. Sus ruinas son de las más asombrosas e imponentes del mundo.

LOS BUENOS EMPERADORES QUE GOBERNARON DURANTE CIEN AÑOS

Trajano edificó las columnatas del Foro, en cuyo centro levantó la columna en que están esculpidas sus victorias sobre los Dacios, y los bárbaros de allende el Danubio.

Durante cien años, a partir de Trajano, fueron buenos los emperadores de Roma, e inauguraron una era de paz y prosperidad.

La grandeza de la Roma imperial vive aún entre nosotros, gracias a las obras de sus artistas. Vemos a los romanos banquetear entre lluvias de rosas; escuchar las antiguas historias griegas en jardines contiguos al azulado mar, o marchar en espléndidas cabalgatas. Pero, mientras el lujo lo iba minando y debilitando todo, allá, en las fronteras del Imperio, pueblos jóvenes y fuertes iban ganando terreno poco a poco. A mediados del siglo III las legiones romanas sufrieron muchas derrotas en todas las fronteras, y ante el avance de los terribles godos comenzó a vacilar el Imperio.

Ya sabemos cómo Constantino favoreció a los cristianos y fundó una nueva capital en el Oriente, hacia el año 330, y cómo al año siguiente se dividió el Imperio en dos mitades, quedando Constantinopla como capital del Oriente, y Roma, metrópoli de Occidente.

En 410 los godos y vándalos invadieron a Italia y entraron en Roma; y tan tremenda devastación causaron en las obras de arte, que aun actualmente, a quien no las respeta, solemos llamar vándalo.

CÓMO PERDURÓ EN EL MUNDO EL ESPÍRITU ROMANO

El espíritu romano no desapareció de la tierra, sino, antes al contrario, los bárbaros conquistadores que se establecieron en España, las Galias e Italia, aprendieron la lengua y adoptaron los usos y costumbres de los habitantes de las antiguas provincias romanas.

En el Oriente, como sabemos, continuó una larga lucha contra los hunos, persas, árabes y turcos, hasta que con la toma de Constantinopla, en 1453, se hizo de esta ciudad la capital del imperio turco.

¡Qué espectáculo nos presenta esta larga historia! Siempre el paso marcial de las tropas, el estruendo de los remos de las naves de guerra, recorriendo victoriosas los dilatados mares. Al soñar de nuevo en las primitivas leyendas, en los grandiosos edificios, las obras de todas clases, los gritos de los bárbaros invasores, percibimos que los enervadores perfumes de los extravagantes baños y festines, quedan vencidos por el magnífico olor de la tierra fresca, removida por la reja del arado. Y es que nos olvidamos del mal y ante nuestra vista pasan las figuras de los héroes.



LOS PECES FAVORITOS—CUADRO DE LORENZO ALMA TADEMA

EL GUANTE

El interés dramático y el rasgo final del desenlace hacen de esta composición de Federico Schíller una de las más deliciosas de su numen. El poeta pinta con maestría el grave peligro a que una joven sin corazón expone inútilmente, por pura vanidad, a un valiente caballero, quien, sin vacilar un instante en mostrarse hombre decidido y mantenedor de lo que ha dicho, sabe castigar severamente la cruel irreflexión de la dama.

DELANTE de su parque de leones,
Aguardando las fuertes emociones
De la lucha, sentado estaba el rey;
A su lado se hallaba la nobleza,
Y alrededor, luciendo su belleza,
Las damas de su grey.

Entonces hizo seña con la mano,
Y por ancho portón,
Con paso reposado y soberano
Apareció en el círculo un león.
Miró con estupor
En derredor,
Bostezando y aullando con fiereza,
Sacudió la cabeza,
Los miembros varias veces estiró,
Y en el suelo gruñendo se quedó.

A poco el rey de nuevo señaló.

Volvió a abrirse el portón,
Y entró corriendo y comenzó a saltar
Un tigre, y al notar
La presencia, y no dulce, del león,
Con bramido increíble,
Con la cola trazando
Un círculo terrible,
Y la lengua torciendo y estirando,
Al león rodeó
Siniestramente aullando,
Y también en el suelo se tendió.

A poco el rey de nuevo señaló.

Por fin aparecieron
Dos bellos leopardos, los que ansiosos
De entrar a pelear, se dirigieron
Hacia el tigre rabiosos.
Éste les mira con furor de reto.
Mas el león, bramando,
Se levanta, un instante queda quieto,
Luego va por el círculo rodando,
Y arremete tan fuerte
Que caen ambos con dolor de muerte.

Entonces desde arriba al ruedo salta
Un guante de la mano de una dama,
Justamente entre el tigre y el león,
Y a Delorges volviéndose, en voz alta,
La señorita Kunigunda exclama
Con un tono sarcástico y burlón:
« ¿Vuestro amor, caballero, es tan sincero,
Como vos me decís a cada instante?
Si es así ¿me queréis coger el guante? »

Y con veloz carrera, el caballero
Baja al círculo horrendo
Con paso bien seguro y presuroso,
Y del medio monstruoso
Toma el guante en la mano, sonriendo.

Y con horror y espanto, y con sorpresa,
Todos ven regresar al caballero,
Tranquilo y altanero
Con su presa.
Suena en todas las bocas la alabanza,
Y con mirada dúlcida y profunda,
Prometiéndole un mundo en esperanza,
Percibe a la preciosa Kunigunda.
Y entonces, con desdén sordo e infinito,
Y tirándola el guante en plana cara,
« Gracias, la dice, no lo necesito.»
Y de ella para siempre se separa.

EL PEGASO

El poeta y el artista, cuyo espíritu se cierne, como alado Pegaso, en las alturas de lo ideal, suelen fracasar lastimosamente al moverse entre las realidades de la vida ordinaria. Este pensamiento ha inspirado a Schíller la hermosa poesía que sigue.

AUN pobre poeta un día
La necesidad le apura;
A una feria va, y en venta
Pone el corcel de las Musas.
Relincha el vivaz hipógrifo,
Y con arrogancia súbita
Se encabrita. Lo contempla
Pasmada la turbamulta.
—« ¡Cuán gallardo, y cuán fogoso!
No hay estampa cual la suya,»
Exclaman todos: « Sin esas
Alas, que lo desfiguran,
Para caballo de posta
No tendría tacha alguna.
Que es la raza muy extraña,
Decís, y en ello no hay duda;
Mas cabalgar por los aires,
¿Quién temerario acostumbra? »
Y en la extravagante compra
Nadie el dinero aventura.

Al fin se anima un labriego,
Que así la cuestión estudia:
«Inútiles son las alas;
Pero eso, a mí, no me asusta:
Sujetándolas y atándolas,
Poco molestan y abultan:
Si no es caballo de silla,
Puede que en el tiro luzca.
Doy veinte libras.» El vate
Ve cumplida su fortuna.
Responde: «El caballo es vuestro,»
Y recoge aquella suma.
El otro se va, llevándose
La extraña cabalgadura.

Ya está el corcel enganchado:
¡Mal le prueba la coyunda!
Apenas la impresión nota
De la carga inoportuna,
Rompe en volador escape
Con desenfrenada furia,
Y a los bordes de un torrente
Vuelca la carreta rústica.
—«A sus ímpetus soberbios
Mal esta labor se ajusta,
Dice el amo. La experiencia
Nos alecciona y alumbra:
He de llevar pasajeros
Mañana, y larga es la ruta.
A la cabeza del tiro
Lo engancharé. Por dos mulas
Me servirá. Y con el tiempo
Se domarán sus bravuras.»

Va todo bien al principio.
El potro, la nariz húmeda
Levantando, y dando al viento
Las crines, cual leve pluma
Lleva el pesado carruaje.
Mas pronto el gozo se trunca.
Fija la vista en las nubes,
Extraño a la tierra dura
El pie ligero, abandona,
Fiel a su pujante alcurnia,
El camino, y emprendiendo
Galope rápido, cruza
Fértiles campos hermosos,
Tierras áridas e incultas,
Desgreñados matorrales
Y pantanos de agua turbia;
Hasta que, con vivo pasmo
De todos los que lo ocupan
El vehículo maltrecho,
Rotas ya sus coyunturas,
Parado queda en la cima
De un cerro que alto despunta.

—«De nada sirve este potro,
De nada servirá nunca,»
Dice el pobre Juan del Campo,
Dando un suspiro de angustia.
«Veremos si la fatiga
Y el poco pienso me ayudan
A vencer los bríos locos
De esta bestia furibunda.»
La prueba es sencilla y fácil,
Pronto el fallo se ejecuta;
El corcel, débil y flaco,
No parece sombra suya:
Ordénale Juan a un mozo:
—«El buey más tremendo busca;
Con él úncelo al arado,
Y formen los dos la yunta.»

Dicho y hecho: los transeuntes
La pareja ven con burlas
Del noble trotón alado
Y el buey que pausado rumia.
Al dolorido Pegaso
La compañía repugna,
E intenta supremo esfuerzo
Por volar a las alturas;
Pero es en vano, el cornudo
Con la reja el campo surca,
Y el corcel de Apolo sigue
Su marcha lenta y segura,
Hasta que inútil y exánime,
Parias al dolor tributa,
Cae al suelo y se revuelca
En el polvo y la basura.

Juan el látigo sacude,
Manosea, gesticula,
Y encolerizado exclama:
—«¡El labrar también rehusas!
¡Buena compra! ¡Me ha estafado
Un bribón que Dios confunda!»
Mientras de este modo exhala
La rabia que lo perturba,
Ve pasar por el camino
Mancebo de frente augusta.
Una cítara en sus manos,
Al viento da dulce música,
Y brillante cinta de oro
Ciñe sus guedejas rubias.

Al campesino se acerca
Y risueño le pregunta:
—«Al unir esa pareja
¿Qué pretensión es la tuya?
Un ser volador que extiende
Al aire ligeras plumas,
Y un buey rollizo y pesado:
¡Qué conjunción tan absurda!
Deja el caballo en mis manos
Y los sentidos aguza;

Verás maravillas tales
Que ni en sueños las columbras.»

Desenganchan al Pegaso;
Cual jinete que ágil triunfa,
Salta el mancebo a sus lomos
Con fácil desenvoltura.
Apenas siente la mano
Del dueño firme y segura,
Se estremece el noble bruto,
Y se levanta, y fulguran
Sus pupilas cual relámpagos
Que arden, brillan y deslumbran.
No es ya el rocín moribundo
En las convulsiones últimas;
Es regio corcel, espíritu,
Dios, que las alas robustas
Al soplo de la tormenta
Abre, y al cielo se encumbra;
Y mientras los ojos ávidos
Aun en la tierra le buscan,
Él, soberano, se cierne
En las regiones cerúleas.

A LA NAVE

En esta poesía alegórica, Andrés Bello asimila la vida humana a una nave, expuesta a todos los peligros del Océano.

¿QUÉ nuevas esperanzas
Al mar te llevan? Torna,
Torna, atrevida nave,
A la nativa costa.
Aun ves de la pasada
Tormenta mil memorias,
¿Y ya a correr fortuna
Segunda vez te arrojas?
Sembrada está de sirtes
Aleves tu derrota,
Do tarde los peligros
Avisará la sonda.
¡Ah! Vuelve, que aun es tiempo
Mientras el mar las conchas
De la ribera halaga
Con apacibles olas.
Presto erizando cerros
Vendrá a abatir las rocas
Y náufragas reliquias
Hará a Neptuno alfombra.
De flámulas de seda
La presumida pompa
No arredra los insultos
De tempestad sonora.
¿Qué valen contra el Euro,
Tirano de las ondas,
Las barras y leones
De tu dorada popa?
¿Qué tu nombre, famoso
En reinos de la Aurora,
Y donde al sol recibe
Su cristalina alcoba?
Ayer por estas aguas
Segura de sí propia,
Desafiaba al viento
Otra arrogante proa;
Y ya padrón infausto
Que al navegante asombra,
En un desnudo escollo
Está cubierta de ovas.
¡Qué! ¿No me oyes? ¿El rumbo
No tuerces? ¿Orgullosa
Descoges nuevas velas
Y sin pavor te engolfas?
¿No ves ¡oh malhadada!
Que ya el cielo se entolda,
Y las nubes bramando
Relámpagos abortan?
¿No ves la espuma cana
Que hinchada se alborota,
Ni el vendaval te asusta
Que silba en las maromas?
¡Vuelve, objeto querido
De mi inquietud ansiosa;
Vuelve a la amiga playa
Antes que el sol se esconda!

EL ANAUCO

La hermosa y correcta dicción de Andrés Bello brilla especialmente en este romance de marcado sabor clásico. El poeta se vale de alusiones eruditas que no están al alcance de todos los lectores; pero la substancia de estos versos es el elogio a la vida apacible, libre de ambiciones y del empeño de ver tierras distintas de aquélla en que uno nació, o en la que vive tranquilo y feliz.

IRRITE la codicia
Por rumbos ignorados
A la sonante Tetis
Y bramadores austros;
El pino que habitaba
Del Betis fortunado
Las márgenes amenas
Vestidas de amaranto,
Impunemente admire
Los deliciosos campos
Del Ganges caudaloso,
De aromas coronado;
Tú, verde y apacible
Ribera del Anauco,
Para mí más alegre
Que los bosques idalios
Y las vegas hermosas
De la plácida Pafos,
Resonarás continuo
Con mis humildes cantos;

Y cuando ya mi sombra
Sobre el funesto barco
Visite del Erebo
Los valles solitarios,
En tus umbrías selvas
Y retirados antros
Erraré cual un día,
Tal vez abandonando
La silenciosa margen
De los estigios lagos.
La tumba dolorida
De los pueblos cercanos
Evocará mis manes
Con lastimero llanto;
Y ante la triste tumba,
De funerales ramos
Vestida, y olorosa
Con perfumes indianos,
Dirá llorando Filis:
«Aquí descansa Fabio.»
¡Mil veces venturoso!
Pero tú, desdichado,
Por bárbaras naciones
Lejos del clima patrio,
Débilmente vaciles
Al peso de los años,
Devoren tu cadáver
Los canes sanguinarios
Que apacienta Caribdis
En sus rudos peñascos;
Ni aplaque tus cenizas
Con ayes lastimados
La pérfida consorte
Ausente de tus brazos.

LA REVISTA NOCTURNA

En esta fantasía macabra, del poeta austriaco José Cristián barón de Zedlitz (1790–1862), la sombra de Napoleón pasa revista a su ejército de esqueletos, dándoles por santo y seña « Francia », origen de su gloria, y el nombre de la isla en que se eclipsó para siempre su estrella.

DE noche a las doce en punto
Sale el tambor de su tumba;
El ancho campo recorre,
Y el bélico parche zumba.

Con sus descarnados brazos
Las dos varitas sujeta;
Ya redobla una dïana,
Ora entona una retreta.

Del tambor la ronca voz
Con rumor extraño zumba,
Y al oirla los soldados
Se levantan de la tumba.

Y los que en el Norte yacen,
Sepultados bajo el hielo,
Y los que en el Sur reposan,
Donde los abrasa el suelo,

En la arena del desierto,
O del Nilo en el regazo,
Sus sepulcros abandonan
Con el arma fiel al brazo.

Y a las doce de la noche
Deja el corneta su tumba;
Monta, y en su trompa sopla
Hasta que el eco retumba.

Y en sus ligeros corceles
Acuden los escuadrones,
Armados de mil maneras,
Coraceros y dragones.

Bajo los bruñidos cascos
Sonríen las calaveras,
Y con sus huesudas manos
Blanden sables y banderas.

Y a las doce de la noche
Deja el general su tumba;
El suelo con el trotar
De su séquito retumba.

Lleva un sombrerito negro
Y el capote gris manchado,
Y en su vaina el espadín
Pendiente lleva al costado.

Con su luz amarillenta
La luna el campo ilumina,
Y el hombre del traje gris
Por el frente se encamina.

Luego ronca voz de mando
Recorre la extensa fila;
Presentan, y armas al hombro,
La hueste entera desfila.

Alrededor de su jefe
Se agrupan los generales,
Y en voz baja al más cercano
Da sus órdenes marciales.

La palabra misteriosa
De fila en fila resuena:
« ¡Francia! » Tal es la consigna,
Y la seña « ¡Santa Elena! »

Es la parada a que asiste,
A la media noche en punto,
En los Elíseos Campos
El emperador difunto.

UN CASTELLANO LEAL

La proverbial altivez de la antigua nobleza de Castilla aparece magistralmente descrita en el siguiente romance del Duque de Rivas, en el que el poeta refiere la tradicional acción del Conde de Benavente, negándose primero a admitir en su palacio al Duque de Borbón (traidor a su patria, Francia, y a su legítimo soberano, Francisco I), e incendiando luego la mansión, por haber tenido que albergar en ella, de orden expresa del emperador Carlos V, al mal patriota y felón súbdito. La acción del noble español es tanto más digna de nota y loa, por cuanto el duque francés había ayudado mucho a España en las guerras que por esa época sostenía.

I

«HOLA, hidalgos y escuderos
De mi alcurnia y mi blasón,
Mirad, como bien nacidos,
De mi sangre y casa en pro.
»Esas puertas se defiendan,
Que no ha de entrar, vive Dios,
Por ellas quien no estuviese
Más limpio que lo está el sol.
»No profane mi palacio
Un fementido traidor,
Que contra su rey combate
Y que a su patria vendió.
»Pues si él es de reyes primo,
Primo de reyes soy yo;
Y Conde de Benavente,
Si él es Duque de Borbón;
»Llevándole de ventaja,
Que nunca jamás manchó
La traición mi noble sangre,
Y haber nacido español.»
Así atronaba la calle
Una ya cascada voz
Que de un palacio salía,
Cuya puerta se cerró;
Y a la que estaba a caballo
Sobre un negro pisador,
Siendo en su escudo las lises,
Más bien que timbre, baldón;
Y de pajes y escuderos
Llevando un tropel en pos,
Cubierto de ricas galas,
El gran Duque de Borbón;
El que lidiando en Pavía,
Más que valiente, feroz,
Gozóse en ver prisionero
A su natural señor,
Y que a Toledo ha venido,
Ufano de su traición,
Para recibir mercedes
Y ver al Emperador.

II

En una anchurosa cuadra
Del alcázar de Toledo,
Cuyas paredes adornan
Ricos tapices flamencos,
Al lado de una gran mesa
Que cubre de terciopelo
Napolitano tapete
Con borlones de oro y flecos;
Ante un sillón de respaldo,
Que entre bordado arabesco
Los timbres de España ostenta
Y el águila del Imperio,
De pie estaba Carlos quinto,
Que de España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.
De brocado de oro y blanco
Viste tabardo tudesco,
De rubias martas orlado,
Y desabrochado y suelto;
Dejando ver un justillo
De raso jalde cubierto
Con primorosos bordados
Y costosos sobrepuestos;
Y la excelsa y noble insignia
Del Toisón de Oro pendiendo
De una preciosa cadena
En la mitad de su pecho.
Un birrete de velludo
Con un blanco airón, sujeto
Por un joyel de diamantes
Y un antiguo camafeo,
Descubre por ambos lados,
Tanta majestad cubriendo,
Rubio, cual barba y bigote,
Bien atusado el cabello.
Apoyada en la cadera
La potente diestra ha puesto,
Que aprieta dos guantes de ambar
Y un primoroso moquero;
Y con la siniestra halaga
De un mastín muy corpulento,
Blanco, y las orejas rubias,
El ancho y carnoso cuello.
Con el Condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurriendo;
O del trato que dispone
Con el Rey de Francia preso,
O de asuntos de Alemania,
Agitada por Lutero;
Cuando un tropel de caballos
Oye venir a lo lejos,
Y ante el alcázar pararse,
Quedando todo en silencio.
En la antecámara suena
Rumor impensado luego;

Álzase, al fin, la mampara
Y entra el de Borbón soberbio.
  Con el semblante de azufre
Y con los ojos de fuego,
Bramando de ira y de rabia,
Que enfrena mal el respeto,
  Y con balbuciente lengua
Y con mal borrado ceño,
Acusa al de Benavente,
Un desagravio pidiendo.
  Del español Condestable
Latió con orgullo el pecho,
Ufano de la entereza
De su esclarecido deudo.
  Y aunque advertido procura
Disimular cual discreto,
A su noble rostro asoman
La aprobación y el contento.
  El emperador un punto
Quedó indeciso y suspenso,
Sin saber qué responderle
Al francés, de enojo ciego.
  Y aunque en su interior se goza
Con el proceder violento
Del Conde de Benavente,
De altas esperanzas lleno
  Por tener tales vasallos,
De noble lealtad modelos,
Y con los que el ancho mundo
Goza a sus glorias estrecho;
  Mucho al de Borbón le debe,
Y es fuerza satisfacerlo,
Le ofrece para calmarlo,
Un desagravio completo;
  Y llamando a un gentilhombre,
Con el semblante severo
Manda que el de Benavente
Venga a su presencia presto.

III

  Sostenido por sus pajes
Desciende de la litera
El Conde de Benavente
Del alcázar a la puerta.
  Era un viejo respetable,
Cuerpo enjuto, cara seca,
Con dos ojos como chispas,
Cargados de largas cejas;
  Y con semblante muy noble,
Mas de gravedad tan seria,
Que veneración de lejos
Y miedo causa de cerca.
  Eran su traje unas calzas
De púrpura de Valencia,
Y de recamado ante
Un coleto a la leonesa.
  De fino lienzo gallego
Los puños y la gorguera,
Unos y otra guarnecidos
Con randas barcelonesas.
  Un birrete de velludo
Con su cintillo de perlas,
Y el gabán de paño verde
Con alamares de seda.
  Tan sólo de Calatrava
La insignia española lleva,
Que el Toisón ha despreciado
Por ser orden extranjera.
  Con paso tardo, aunque firme,
Sube por las escaleras,
Y, al verle, las alabardas
Un golpe dan en la tierra;
  Golpe de honor y de aviso
De que en el alcázar entra
Un grande, a quien se le debe
Todo honor y reverencia.
  Al llegar a la antesala,
Los pajes que están en ella
Con respeto le saludan,
Abriendo las anchas puertas.
  Con grave paso entra el Conde,
Sin que otro aviso preceda,
Salones atravesando,
Hasta la cámara regia.
  Pensativo está el monarca
Discurriendo cómo pueda
Componer aquel disturbio
Sin hacer a nadie ofensa.
  Mucho al de Borbón le debe,
Aun mucho más de él espera,
Y al de Benavente mucho
Considerar le interesa.
  Dilación no admite el caso,
No hay quien dar consejo pueda,
Y Villalar y Pavía
A un tiempo se le recuerdan.
  En el sillón asentado,
Y el codo sobre la mesa,
Al personaje recibe,
Que comedido se acerca.
  Grave el Conde lo saluda
Con una rodilla en tierra,
Mas, como grande del reino,
Sin descubrir la cabeza.
  El Emperador, benigno,
Que alce del suelo le ordena,
Y la plática difícil
Con sagacidad empieza.
  Y entre sereno y afable
Al cabo le manifiesta,
Que es el que a Borbón aloje
Voluntad suya resuelta.
  Con respeto muy profundo,
Pero con la voz entera,

Respóndele Benavente
Destocando la cabeza:
«Soy, señor, vuestro vasallo,
Vos sois mi rey en la tierra;
A vos ordenar os cumple
De mi vida y de mi hacienda.
»Vuestro soy, vuestra mi casa,
De mí disponed y de ella,
Pero no toquéis mi honra
Y respetad mi conciencia.
»Mi casa Borbón ocupe,
Puesto que es voluntad vuestra;
Contamine sus paredes,
Sus blasones envilezca;
»Que a mí me sobra en Toledo
Donde vivir, sin que tenga
Que rozarme con traidores
Cuyo sólo aliento infesta.
»Y en cuanto él deje mi casa,
Antes de tornar yo a ella,
Purificaré con fuego
Sus paredes y sus puertas.»
Dijo el Conde, la real mano
Besó, cubrió su cabeza,
Y retiróse bajando
A do estaba su litera.
Y a casa de un su pariente
Mandó que lo condujeran,
Abandonando la suya
Con cuanto dentro se encierra.
Quedó absorto Carlos quinto
De ver tan noble firmeza,
Estimando la de España
Más que la imperial diadema.

IV

Muy pocos días el Duque
Hizo mansión en Toledo,
Del noble Conde ocupando
Los honrados aposentos.
Y la noche en que el palacio
Dejó vacío, partiendo
Con su séquito y sus pajes
Orgulloso y satisfecho,
Turbó la apacible luna
Un vapor blanco y espeso,
Que de las altas techumbres
Se iba elevando y creciendo.
A poco rato tornóse
En humo confuso y denso,
Que en nubarrones obscuros
Ofuscaba el claro cielo;
Después en ardientes chispas,
Y en un resplandor horrendo
Que iluminaba las calles
Dando en el Tajo reflejos,
Y al fin su furor mostrando
En embravecido incendio
Que devoraba altas torres
Y derrumbaba altos techos.
Resonaron las campanas,
Conmovióse todo el pueblo,
De Benavente el palacio
Presa de las llamas viendo.
El Emperador, confuso,
Corre a procurar remedio,
En atajar tanto daño
Mostrando tenaz empeño.
En vano todo; tragóse
Tantas riquezas el fuego,
A la lealtad castellana
Levantando un monumento.
Aun hoy unos viejos muros,
Del humo y las llamas negros,
Recuerdan acción tan grande
En la famosa Toledo.

EL POETA EN EL CAMPO

De tal modo aman los poetas la belleza de las flores y de los árboles que, como Víctor Hugo nos dice en estos hermosos versos, llegan a creerse correspondidos.

SALE al campo el poeta; absorto admira,
Rendido luego adora,
Y siente oculta lira
Dentro del corazón vibrar sonora.
Y al mirarle venir, todas las flores,
Las que de los rubíes orientales,
Con sus vivos colores,
Hacen palidecer los resplandores;
Las que eclipsan las colas
De los pavos reales;
Las pobres florecillas
Que ostentan pequeñísimas corolas
Azules o amarillas,
Irguiendo el tallo ufanas,
O doblegando el vástago flexible
Con blanda languidez interesante,
Se dicen en su idioma incomprensible:
—«Mirad, mirad, hermanas;
Ya pasa nuestro amante.»
Y en las selvas umbrías,
Llenas de luz y nieblas y armonías,
Los árboles añosos, esos viejos,
Que en los frescos asilos
Viven, del bosque lóbrego, tranquilos,
Los arces y los tejos,
Los robles y los tilos,
Los sauces, que en los límpidos espejos
Se miran, de las aguas cristalinas,
Las robustas encinas,
Los olmos, que desnudos
Alzan lleno de musgo su ramaje,

Le hacen grandes saludos,
Bajando humildemente
Su cabeza y sus barbas de follaje;
Y al contemplar en su sagrada frente
La luz que brilla inquieta,
Se dicen en voz baja: «Es el poeta.»

BUENAS NOCHES

Felipe Pardo y Aliaga, diplomático, literato y poeta peruano (1806–1868), luce aquí su facilidad versificadora e ingenio festivo.

—POR hoy, amigo, es bastante:
Ya marea y acribilla
Escuchar tan incesante
Taravilla.
¡Vamos! ya me rinde el sueño;
Y temo que aquí trasnoches,
Si no interrumpo tu empeño.
¡Buenas noches!
—¡Buenas noches! pero advierte
Que aun hay que hablar infinito,
Y vuelvo mañana a verte
Tempranito.
—Está corriente: haz mañana,
Como hoy ya no me agarroches,
Lo que más te de la gana.
¡Buenas noches!
—Te hablaré de mi querella
Con la inconstante Marica;
De mi amor con una bella
Viuda y rica;
De sus prendas estimables,
De su hacienda y de sus coches.
—Me hablarás, pero no me hables.
¡Buenas noches!
—Abur... cuando estoy contigo
Me embeleso, me deleito...
¡Ah! y no te olvides, amigo,
De mi pleito.
Temprano ves a los jueces:
¡No en la cama te abizcoches!
—Ya me lo has dicho cien veces.
¡Buenas noches!
—Ese usurero maldito
Que tenazmente me enjuicia,
Pretende un acto inaudito
De injusticia.
¡Somos cuerdos cuando viejos!
—¡Hijo mío! no derroches,
Porque... ¿A estas horas consejos?
¡Buenas noches!
—Me faltaba lo mejor.
Te traigo aquí mis poemas:
Has de ser tú mi censor,
Y no temas
Me irrite que al criticarme
Severo te desabroches.
—¿Si acabarás de dejarme?
¡Buenas noches!
—No aguardo fallos adversos:
Hay estilo, poesía;
Verás fluidez en los versos
Y armonía,
Aunque de algunos vocablos
La antigüedad me reproches.
—¡Pelmazo! ¡con dos mil diablos!
¡Buenas noches!
—No temo serte importuno...
—¿No lo temes? ¡Que tal digas!
Me importunas cual ninguno:
Me atosigas,
Y no calmará mi enojo
Mientras tus labios no abroches.
O te vas, o me recojo.
¡Buenas noches!

LA FUGA DE LA TÓRTOLA

Linda, sentimental y delicada es la siguiente poesía de José Jacinto Milanés, cubano (1814–1863).

¡TÓRTOLA mía! Sin estar presa,
Hecha a mi cama y hecha a mi mesa,
A un beso ahora y otro después,
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es esa,
Cimarronzuela de rojos pies?

¿Ver hojas verdes sólo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.
¿De qué te sirve batir el ala,
Si te amenazan, con muerte igual,
La astuta liga, la ardiente bala
Y el cauto *jubo del manigual*?

Pero ¡ay! tu fuga ya me acredita
Que ansias ser libre, pasión bendita
Que aunque la lloro, la apruebo yo.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿a quién confío
Mi amor oculto, mi desvarío,
Mis ilusiones que vierten miel,
Cuando me quede mirando al río
Y a la alta luna que brilla en él?

Inconsolable, triste y marchita,
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidente me abandonó.—
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

EL LAZARILLO DE TORMES

Por DIEGO HURTADO DE MENDOZA

I
EL CIEGO

HABÉIS de saber, en primer lugar, que mi nombre es Lazarillo de Tormes y que soy hijo de Tomás González y de Antonia Pérez, naturales de Tejares, aldea de la provincia de Salamanca. Mi padre estaba empleado en vigilar los trabajos en un molino de agua, situado junto al río Tormes, del cual tomé yo mi apellido; y apenas había alcanzado yo los nueve años de mi edad, cuando le pusieron a buen recaudo por ciertas copiosas, aunque imprudentes sangrías, que practicaba en los sacos de los parroquianos. Habiendo quedado sin empleo con este desastre, se incorporó, en calidad de mozo de mulas, a una expedición que contra los moros a la sazón se preparaba, y en esta empresa, lo mismo que su amo, acabó sus servicios y su vida con ellos.

Al quedar viuda mi madre, alquiló unos cuartuchos en la ciudad de Salamanca y abrió un mesón para estudiantes. Acertó algún tiempo después a hospedarse en él un ciego, y creyéndome a propósito para servirle de guía, pidió a mi madre que me dejara partir con él. Prometió tratarme, no como a criado, sino como a hijo; y de esta suerte abandoné Salamanca, con mi amo ciego y anciano. Éste tenía la perspicacia del águila para ejercer su oficio. Sabía oraciones para todos los casos y necesidades, y las rezaba con humilde y devoto continente. Adivinaba el porvenir y, con todo el respeto debido al arte de curar, os habría dicho que Galeno, comparado con él, era un infeliz. Con estas mañas sus provechos eran considerables.

A pesar de ello, siento verme obligado a decir que en mi vida di con un hombre tan roñoso y miserable; con la mayor frescura me habría dejado perecer de hambre, casi todos los días, sin importársele un comino; y, a decir verdad, de no haber tenido yo ingenio vivo y despierto para sacarme de apuros, habría dado en breve las últimas boqueadas, de pura necesidad.

El viejo tenía la costumbre de llevar la comida en una especie de saco o alforja de tela, que se cerraba con un candado, y al añadir o sacar algo, abría tanto el ojo que era casi imposible atrapar algún bocado. Sin embargo, por medio de un agujero que sigilosamente abrí en una de las costuras, logré cogerle los mejores.

Mientras comía tenía junto a sí un jarro de vino, y yo adopté la costumbre de darle continuos y amorosos, aunque furtivos besos. El vino, que disminuía rápidamente, delató pronto el fervor de mi pasión; y el viejo se decidió a atar por el asa el jarro a su persona. Entonces me procuré una larga pajuela, que sumergía yo en la boca del jarro; pero el viejo marrullero debió de oirme sorber, porque colocó el jarro entre sus rodillas, tapando la boca con la mano.

Abrí entonces un pequeño agujero en el fondo del jarro, y le cubrí cuidadosamente con cera. Así, mientras el pobre hombre estaba sentado junto al fuego, el calor derritió la cera y yo, poniendo mi boca en la abertura, recibí todo el contenido del jarro. Quedó tan admirado y enfurecido el viejo, que creyó ser ello obra del mismo diablo. Pero descubrió, por mi mala ventura, el agujero, y al día siguiente, al colocarme yo debajo del jarro, le descargó con tanta furia sobre mi boca que me hizo saltar casi todos los dientes y me cortó horriblemente la cara con los pedazos de la estrellada vasija.

Además de eso me maltrataba continuamente; con el más fútil pretexto me azotaba sin compasión. Si una persona, movida a piedad, quería interponerse, contaba inmediatamente la historia del jarro; entonces el otro se echaba a reir, exclamando: «Sacúdele bien el polvo,

buen hombre, que bien merecido lo tiene». Determiné vengarme de los malos tratos del viejo, y aproveché la ocasión un día en que llovía a mares y el arroyo se había desbordado por la calle. Le conduje a un sitio donde la corriente pasaba junto a una columna de piedra y le invité a saltar, diciéndole que allí el agua era muy estrecha. Saltó el ciego, y pegó tal porrazo con su cabeza en el pilar, que cayó allí mismo sin sentido. Yo tomé al momento las de Villadiego, sin pararme a saber qué había sido de él.

II

EL CURA

Al siguiente día llegué a un lugar que se llama Maqueda, donde, en castigo de mis maldades, tropecé con cierto sacerdote. Me acerqué a él para pedirle limosna, y él me preguntó si sabía ayudar a misa. Le contesté que sí, y era la pura verdad, porque el ciego me había enseñado. Al oir mi respuesta, el cura me tomó a su servicio.

Como dice cierto antiguo refrán, en este trueque de amos no hice más que huir del fuego para caer en las brasas. El cura era, sin excepción, el más mísero de cuantos avaros he conocido. Tenía una vasta y antigua alacena, cuya llave llevaba siempre consigo; y cuando traían de la iglesia el pan de las ánimas, lo metía con sus propias manos en la alacena y daba vuelta a la llave. No había otra cosa, en que hincar el diente, que una sarta de cebollas, de las que me daba una cada cuatro días. Cinco ochavos de carne era cuanto compraba para la comida y la cena. Es verdad que partía conmigo el caldo, pero mi porción de carne era tal, que sin perjuicio la habría podido yo meter en mi ojo, en lugar de la boca; pero, por suerte, atrapaba algunas veces algún bocadillo de pan.

Al cabo de tres semanas de este régimen, estaba yo tan extenuado que casi no podían sostenerme mis piernas. Un día, mientras el ladrón de mi roñoso amo estaba fuera, llamó a la puerta un ángel, en figura de calderero, y preguntó si había algo que componer. Tuve una súbita inspiración. «He perdido la llave de la alacena», le dije, «¿podéis venderme otra?» Sacó un manojo de llaves y con una de ellas ¡oh suerte feliz! abrió la alacena. «No tengo dinero», dije a mi salvador, «pero dejadme la llave y comed cuanto os plazca». Así lo hizo, sin esperar a que se lo repitiera, y yo, después de él, en cuanto se hubo marchado.

Pero no era mi destino que tal suerte durara: al tercer día sorprendí al cura contando y volviendo a contar los panes. «Si no estuviese seguro de la cerradura de esta alacena»,—dijo por fin,—«creería que alguien viene a robarme el pan». «Pero desde hoy voy a contarlos: quedan nueve y una rebanada».

«Que nueve maldiciones te partan, miserable mendigo!» murmuré para mi coleto. Lo más a que me atreví durante los siguientes días fué a roer acá y acullá la corteza. Por fin, se me ocurrió que, siendo vieja y quebrantada en algunos sitios la alacena, ¿no podía verosímilmente creerse que los ratones habían penetrado en ella? Empecé a coger entonces un pan tras otro, hasta que tuve buena provisión de cortezas, que saboreé como si fueran peras de dulce.

El cura, al volver a casa, observó con terror los estragos. «¡Malditos ratones!» exclamó. «¡Que no pueda haber nada a salvo de sus dientes!» Me fué muy bien la comida aquel día, porque el cura cortó todo lo que los supuestos ratones habían roído en el pan y me lo dió, diciendo: «Toma; cómete eso: los ratones son animales muy limpios». Pero ví mi gozo en un pozo, cuando el cura empezó a clavar trozos de madera en los agujeros de la alacena. Todo cuanto pude hacer fué practicar otras aberturas con un viejo cuchillo, hasta que al cura se le ocurrió armarles un lazo a los ratones, poniéndoles como cebo unos pedacitos de queso que pidió a los vecinos. No me pareció menos sabrosa la corteza de pan por añadirle el queso que servía de cebo. Casi muerto de asombro el cura, al encontrar roído el pan, desaparecido el queso y ni el más miserable ratoncillo cogido en la trampa,

consultó el caso con los vecinos, y con indecible espanto oyó que el ladrón podía ser una culebra.

Para mayor seguridad guardaba yo mi llave en la boca, lo que no me causaba ninguna molestia, porque mientras estuve con mi amo ciego me acostumbré a ocultar en la boca los cuartos que le robaba. Pero una noche, a punto ya de dormirme, quiso mi mala suerte que de tal modo estuviera colocada la llave en mi boca que, con la respiración, producía un ruido como de silbato. Mi amo creyó que era el silbido de la culebra; se levantó de la cama, y armado de un garrote se acercó al lugar de donde procedía el sonido, y luego, alzando su bastón, descargó con todas sus fuerzas un tremendo golpe sobre mi infortunada cabeza. Fué a buscar luz, y al volver con ella me encontró gimiendo y con la llave delatora que asomaba en mi boca.

« ¡Gracias a Dios! »—exclamó;—« ¡por fin he descubierto a los ratones y culebras que durante tanto tiempo han devorado mis provisiones!

Tan pronto como estuve curado de mis heridas me puso de patitas en la calle; lo mismo que si yo hubiera hecho pacto con el espíritu maligno.

III

EL POBRE CABALLERO

Con auxilio de algunas compasivas personas emprendí el camino de Toledo, donde viví algún tiempo pidiendo limosna de puerta en puerta. Pero un día encontré a cierto caballero; iba bien vestido y tenía trazas de persona acomodada.—« ¿Buscas amo tal vez, muchacho? »—me preguntó. Le contesté afirmativamente y me ordenó que le siguiera.

Por una lúgubre y obscura entrada me hizo penetrar en una casa enteramente desprovista de muebles; y todas las esperanzas que yo había concebido al tomarme a su servicio, se desvanecieron al decirme que ya se había desayunado, y que no acostumbraba a tomar nada más hasta entrada la noche. Sobremanera afligido empecé a comer algunos mendrugos de pan que conmigo traía. « Ven acá, muchacho »,—me dijo mi amo.—« ¿Qué es lo que comes? »—Le mostré el pan.—« Por vida mía »,—exclamó,—« que me parece rico el pan éste; »—y cogiendo el mayor pedazo le hincó el diente con gran apetito.

Al entrar la noche, cuando esperaba yo la cena, dijo mi amo:—« El mercado está lejos y en la ciudad abundan los bribones; miremos de pasar la noche como mejor podamos, que mañana será otro día. Nada conserva tanto la vida como el comer poco ».

« Si así es, en verdad que yo nunca moriré »,—me dije desesperado.

Pasé la noche miserablemente echado en un duro catre sin un colchón siquiera. A la mañana siguiente se levantó mi amo; lavó sus manos y cara, enjugándose con sus ropas a falta de toalla, y empezó a vestirse cuidadosamente con mi auxilio. Habiendo colgado de su cinto la espada, salió para oir misa, sin hablar palabra de desayuno.—« ¿Quién creyera », dije para mí al verle avanzar por la calle con gentil talante y gallarda apostura, «—que este noble caballero pasó el día de ayer sin otro alimento que un mendrugo de pan? ¡Cuántos hay en este mundo que voluntariamente sufren más por su idea del honor de lo que soportarían con tal de lograr esperanzas eternas! »

El día iba avanzando y mi amo no volvía: mi confianza de obtener una comida se desvaneció como la de desayunarme por la mañana. Poseído de desesperación, salí a mendigar, y era tal la habilidad que había adquirido en este arte, que volví a casa con cuatro libras de pan, un pedazo de mano de vaca y algunas tripas. Encontré a mi amo, el cual no desaprobó lo que yo había hecho.

—« Es mucho mejor pedir por amor de Dios », dijo, « que robar. Sólo te recomiendo que de ningún modo digas que vives conmigo ».

Cuando me senté para dar principio a la cena, mi pobre amo se quedó mirándome con tal ansia pintada en sus ojos que quise invitarle a compartirla con-

migo, aunque cierto recelo de que tomase a mal mi atrevimiento me detuvo. Pero pronto se vieron cumplidos mis deseos. —«¡Ah!»—exclamó, «es deliciosa la mano de vaca. No hay plato que más me guste».

—«Entonces pruébela su merced», contesté, «y verá si está tan sabrosa como la que ha comido en otras ocasiones». Apenas acabé de decirlo, cuando se echó sobre el plato como un lebrel hambriento.

De este modo pasamos ocho o diez días; saliendo mi amo a tomar el aire todas las mañanas con el más libre y desenfadado continente del hombre de moda, y volviendo a casa a refocilarse con las dádivas que el pobre Lázaro obtenía de las gentes caritativas. Así como mi primer amo rehusaba mantenerme, éste esperaba que yo le mantuviera a él. Pero yo me sentía más apenado de él que irritado contra él, y a pesar de su pobreza, encontraba mayor satisfacción en servirle que a cualquiera de los otros dos.

Al cabo de algún tiempo se presentó un hombre reclamando el alquiler, que de ningún modo podía pagar mi amo. Respondióle muy cortésmente que salía a cambiar una moneda de oro y se fué, en efecto, pero no volvió. A la mañana siguiente vino el hombre a embargar los efectos de mi amo, pero no hallando nada, me prendió a mí. Pero en breve se probó mi inocencia, y fuí puesto en libertad. Así perdí a mi tercero y más mísero señor.

IV

EL TRAFICANTE EN INDULGENCIAS

Mi cuarto amo era un santo fraile, muy diligente y solícito en toda clase de negocios y diversiones mundanas. Me hizo trotar de tal modo, sin darme un instante de reposo, que no pude resistir más, y le dejé sin pedirle permiso.

El amo, que después de éste me deparó la fortuna, era un bulero o traficante de indulgencias papales, uno de los pícaros más astutos y desvergonzados que he conocido jamás. Practicaba toda suerte de engaños, y recurría con frecuencia a las más sutiles invenciones para lograr sus fines. El relato de sus artificios llenaría un volumen, pero quiero explicar tan sólo una simple intriga, que bastará a daros alguna idea de su genio e inventiva.

Había predicado por espacio de dos o tres días en un lugar cercano a Toledo, pero, a pesar de ello, despachaba con lentitud sus indulgencias. No sabiendo ya qué hacerse, invitó al pueblo a que acudiera a la iglesia para despedirse de él a la mañana siguiente. Después de cenar en la posada aquella noche, empezó a reñir con el alguacil, injuriándose mutuamente y llamando mi amo ladrón al alguacil y declarando éste que el bulero era un impostor, y que sus indulgencias eran falsas. Y no se acabó la querella, hasta que el alguacil fué conducido a otra posada.

A la mañana siguiente, mientras mi amo pronunciaba su sermón de despedida, entró el alguacil en la iglesia y públicamente le dirigió el mismo cargo que la víspera, es decir: que las indulgencias estaban falsificadas. Entonces mi piadoso amo se prosternó de rodillas en el púlpito, exclamando:—«¡Oh Señor! ¡Tú conoces cuán cruelmente soy calumniado! Te ruego, pues, que con un milagro hagas patente la verdad del hecho. Si mi obra es inicua, que se hunda conmigo este púlpito siete brazas bajo tierra; si es falso lo que se me imputa, que sea castigado el autor de la calumnia, para que todos los presentes salgan de aquí convencidos de su malicia».

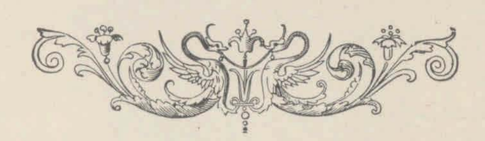
Apenas había terminado esta súplica cuando el alguacil cayó en tierra, echando espuma por la boca, y presa de horribles convulsiones. Ante tan visible intervención de la Providencia se levantó un clamor general en la iglesia, y algunas personas, horrorizadas, imploraban a mi santo amo, que todavía estaba de rodillas en el púlpito, con los ojos vueltos hacia el cielo, para que intercediera en favor del miserable. Replicó él que los que Dios castigaba no eran dignos de lástima, pero que como estamos

obligados a devolver bien por mal, trataría de obtener el perdón del desgraciado. Expresando el deseo de que todos los presentes rogaran por el pecador, ordenó que se colocara la santa bula en la cabeza del alguacil. Poco a poco se calmaron los sufrimientos del infeliz, y cayó, por último, a los pies del santo enviado, implorando su perdón, que le fué concedido con suaves palabras de misericordia.

Grande fué desde aquel momento la demanda de indulgencias; las gentes acudían en tropel de todas partes, de modo que ya no fueron necesarios más sermones en la iglesia para convencerles de los beneficios que las indulgencias reportaban a quien las adquiría. Confieso que en aquella ocasión yo fuí uno de los engañados, pero más tarde, viendo el regocijo y oyendo las broncas a que esto dió lugar entre el santo delegado y el alguacil, empecé a sospechar que todo había sido fruto de la fértil imaginación de mi amo, y desde aquel momento cesé de ser un hijo de la gracia. « Porque », me decía a mí mismo, « si yo que lo he visto todo con mis propios ojos, me he dejado casi engañar con esta impostura, ¿cuántos de esos infelices inocentes no serán víctimas de esos embaucadores? »

Al dejar al bulero, entré a servir a un capellán, y éste fué el primer paso que dí hacia una vida cómoda y desahogada, porque en su casa me traté a cuerpo de rey. Habiéndome despedido del capellán, me tomó a su servicio un alguacil. Pero no continué mucho tiempo sirviendo a la justicia, porque el Cielo se dignó iluminarme y ponerme en mejor camino. Cierto caballero me procuró un empleo con paga del presupuesto; le guardé y me fué muy bien en él, con ayuda de Dios y de los buenos parroquianos. En realidad mi oficio consiste en pregonar el vino que se vende a pública subasta, etc.; en aguantar la compañía de los que sufren persecución por la justicia, y en publicar sus faltas en alta voz, a la faz del mundo.

Hacia este tiempo, el arcipreste de San Salvador, al cual fuí presentado y que me debía algunos favores por haber pregonado su vino, me mostró su agradecimiento permitiéndome formar parte de su servidumbre. Entonces me encontré yo en la cumbre de mis destinos, y la fortuna me prodigó sus favores. Yo creía que esta feliz condición no cambiaría nunca, pero en breve empezó la suerte a mostrarme otros aspectos muy distintos, y las miserias y dificultades comenzaron a eslabonarse unas con otras, formando interminable cadena . . . pero el relato de ellas sería tarea demasiado cruel para que yo la intente.



LA MARIPOSA

NO contenta la vana y voluble mariposa de poder cómodamente revolotear por el aire, quiso, fascinada por la agradable llama de una bujía, volar por encima de ella. Mas ¡ah! su alegre vuelo le fué ocasión de rápida desventura, quemándose en la luz sus delicadas alas; y la misma mariposa, cayendo chasmuscada a los pies del candelero, después de mucho llanto y arrepentimiento, secó las lágrimas de sus ojos y, levantando la mirada a lo alto, exclamó:

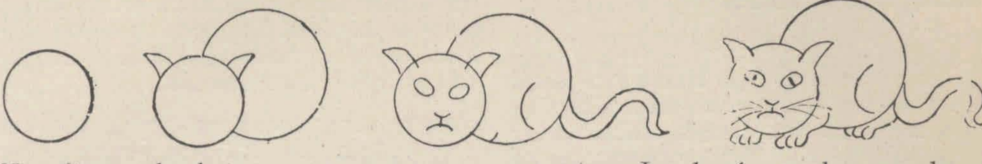
—¡Oh luz falsa! ¡A cuántas, como a mí, debes de haber engañado en anteriores tiempos! ¡Oh! ¿Por qué yo, ávida de luz, no advertí cuán falaz era el esplendor del asqueroso sebo?

OBJETOS QUE PUEDEN DIBUJARSE CON DOCE LÍNEAS Y UN PUNTO

Todas estas figuras han sido dibujadas por aficionados, con doce líneas y un punto. La limitación de las líneas dificulta fabulosamente la ejecución del dibujo.

DIBUJAR UN GATO CON AYUDA DE DOS BOTONES

NUESTROS grabados muestran lo fácil que es trazar dibujos muy bonitos.



Necesitamos dos botones, uno mayor que otro, un lápiz y papel. Colocamos el botón mayor sobre el papel y trazamos su contorno; luego hacemos lo mismo con el menor, pero de modo que ambos círculos se corten. Lo demás que hay que hacer hasta terminar la figura, nos lo indican claramente los grabados.

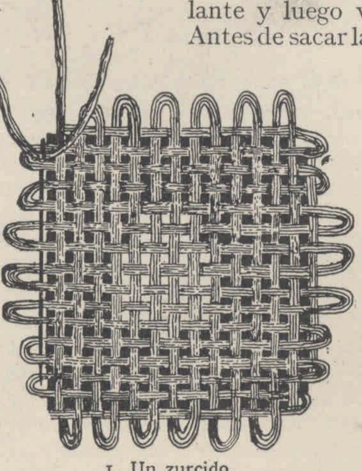
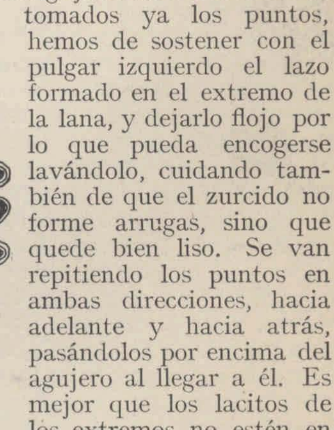
CÓMO SE HACEN APARECER NUEVAS LAS ROPAS USADAS

EL ARTE DE ZURCIR Y REMENDAR

TODAS las niñas deberían saber reparar por sí mismas el inevitable deterioro que el uso constante produce en sus trajes, ropa blanca, guantes, etc., lo que les reportaría innumerables ventajas. Hablaremos primero del zurcido que tanto disgusta a las mujeres poco aficionadas a la aguja, y veréis de qué modo pueden obtenerse los más satisfactorios resultados con un poquitín de paciencia.

EL ZURCIDO

El hilo que se emplea para zurcir ha de ser muy suave y fino con relación a la tela en que se ejecute este trabajo, y tan parecido a ella en el color y demás cualidades como sea posible. Para zurcir unas medias enhebraremos la aguja del modo siguiente: se sostiene la aguja, que ha de tener muy largo el ojo, con la mano derecha, y la punta para abajo. Se da la vuelta a la aguja con la lana, y sacándola después pasaremos por el ojo la lana en doble, apretándola con el pulgar y dedo índice de la mano izquierda, para que pase fácilmente. No se hace nudo alguno.

1. Un zurcido.

Se ejecuta el zurcido del revés, empezando por la esquina inferior del lado izquierdo y algo más abajo de la parte usada, porque de lo contrario se rompería la media apenas puesta. El punto consiste en un verdadero tejido que se ejecuta con la lana y los hilos rotos o usados de la media. Se hacen con la aguja tantos puntos como buenamente se pueda, tomando un hilo y dejando el inmediato, primero dirigiéndola hacia adelante y luego volviéndola hacia nosotras. Antes de sacar la aguja con la mano derecha, tomados ya los puntos, hemos de sostener con el pulgar izquierdo el lazo formado en el extremo de la lana, y dejarlo flojo por lo que pueda encogerse lavándolo, cuidando también de que el zurcido no forme arrugas, sino que quede bien liso. Se van repitiendo los puntos en ambas direcciones, hacia adelante y hacia atrás, pasándolos por encima del agujero al llegar a él. Es mejor que los lacitos de los extremos no estén en línea recta, sino algo más adentro en las esquinas, con lo que se evita que tiren todos del mismo punto, aunque, naturalmente, la forma del zurcido depende sobre todo del agujero.

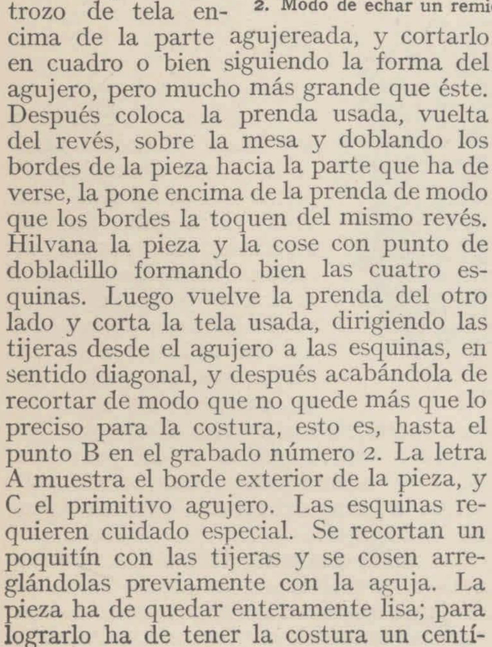
Concluída esta parte del zurcido, se corta la lana, y volviendo la media hacia la izquierda se cruzan los hilos anteriores con otros, según muestra el grabado número 1,

en forma de enrejado, teniendo cuidado de no atravesar la lana, sino pasando la aguja por los huecos, y procurando que los puntos salgan enteramente iguales. Para que esta operación quede mejor, suele introducirse en la parte que se va a zurcir un trozo ovoidal de madera.

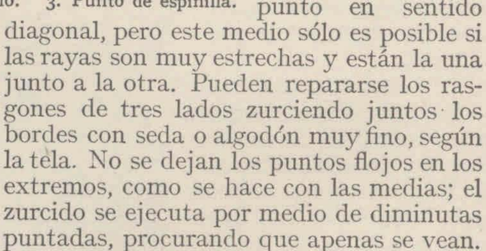
REMIENDOS

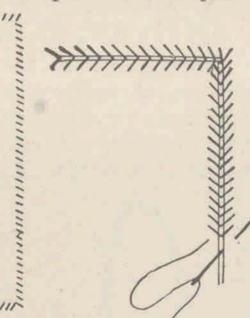
Si una prenda de ropa blanca está de tal modo desgarrada que sea imposible zurcirla, se le echa una pieza, la cual ha de ser de la misma tela. Este pormenor es de grande importancia, porque así se disimula mejor el remiendo y además no serviría para el caso un trozo de tela más fino o gordo en demasía. Si la prenda es de color y se han alterado sus matices con el tiempo, y no tenemos más que tela nuevecita para echarle la pieza, la tenderemos al sol, o la lavaremos disolviendo en agua un poquito de sosa.

Supongamos que una niña descubre un agujero en una de sus prendas de ropa blanca, y quiere echarle inmediatamente una pieza. Ha de poner el trozo de tela encima de la parte agujereada, y cortarlo en cuadro o bien siguiendo la forma del agujero, pero mucho más grande que éste. Después coloca la prenda usada, vuelta del revés, sobre la mesa y doblando los bordes de la pieza hacia la parte que ha de verse, la pone encima de la prenda de modo que los bordes la toquen del mismo revés. Hilvana la pieza y la cose con punto de dobladillo formando bien las cuatro esquinas. Luego vuelve la prenda del otro lado y corta la tela usada, dirigiendo las tijeras desde el agujero a las esquinas, en sentido diagonal, y después acabándola de recortar de modo que no quede más que lo preciso para la costura, esto es, hasta el punto B en el grabado número 2. La letra A muestra el borde exterior de la pieza, y C el primitivo agujero. Las esquinas requieren cuidado especial. Se recortan un poquitín con las tijeras y se cosen arreglándolas previamente con la aguja. La pieza ha de quedar enteramente lisa; para lograrlo ha de tener la costura un centímetro de ancho. En las prendas de franela se hace con punto de *escapulario* la segunda costura, porque es tejido demasiado gordo para coserlo doblándolo. Si hemos de echar una pieza en el codo o junto a una costura cualquiera, se corta la tela hasta la costura, que vuelve a hacerse de nuevo en uno de los lados de la pieza. Tengamos presente que los hilos de la prenda y los de la pieza han de seguir la misma dirección.



2. Modo de echar un remiendo.





3. Punto de espinilla.

CÓMO SE REPARA UN RASGÓN EN EL VESTIDO

Basta frecuentemente uno de esos inoportunos rasgones para echar a perder el más lindo traje. Menos mal si el desgarrón es recto; en este caso puede repararse fácilmente el contratiempo volviendo a unir los bordes y zurciéndolos primorosamente con puntadas muy chiquitas, pero si forma tres esquinas, o están deshilachados los bordes, la operación es mucho más difícil. A veces hay que echar una pieza.

Si el vestido tiene rayas, pueden juntarse los bordes del rasgón y coserse del revés, debiendo hacerse el primero y último punto en sentido diagonal, pero este medio sólo es posible si las rayas son muy estrechas y están la una junto a la otra. Pueden repararse los rasgones de tres lados zurciendo juntos los bordes con seda o algodón muy fino, según la tela. No se dejan los puntos flojos en los extremos, como se hace con las medias; el zurcido se ejecuta por medio de diminutas puntadas, procurando que apenas se vean.

A veces es necesario poner del revés una pieza de la misma tela, cosiéndola primorosamente, y doblando luego un poquito los bordes del rasgón valiéndonos de la aguja, los coseremos con puntos muy menudos por delante. Pero han de estar muy juntitos los bordes; de lo contrario se vería la pieza. En una prenda de lana puede repararse un rasgón, si no está deshilachado, con punto de espinilla, según vemos en el grabado 3.

MODO DE REMENDAR LOS GUANTES

¡Cuánto durarían los guantes si no apareciesen en ellos, como por arte mágica esos terribles agujeros!

Generalmente se usa para remendarlos seda o hilo demasiado gordos; no debemos hacerlo así nosotras, sino tomar hilo muy fino y una aguja chiquita. Si se rompen las costuras en los guantes de cabritilla o de piel de Suecia, es muy fácil volver a formar los primitivos puntos. Para zurcir los guantes de seda o algodón se introduce el índice de la mano izquierda en el dedo que tenga el agujero, y se procede por medio de menuditas puntadas. Con frecuencia aparecen esos agujeros cerca de la costura, en cual caso se vuelve ésta del mismo lado con el fin de que nos sirva de base para el zurcido. Se anuda el hilo del revés, para que no cuelgue del extremo de los dedos, lo que en verdad no sería muy elegante. Un rasgón se repara con mayor dificultad y suele darse precisamente en un par de guantes de cabritilla acabados de comprar, cuya piel es de mala calidad o tiene alguna parte flaca. Es lástima tener que echarlos a un lado, y para aprovecharlos podemos cortar un pedacito del antebrazo, si son bastante largos y echar una pieza que se ajuste exactamente al agujero, cosiéndola tal como están las costuras.

Cuantas menos puntadas demos en la piel, tanto mejor será. No queramos juntar los bordes más de lo que permite el guante, porque éste se desgarraría probablemente por otro lado.

JUEGOS AL AIRE LIBRE

LA FLOR Y LA ABEJA

EL número de jugadores ha de ser par, por ejemplo, 12; seis niños y seis niñas.

Los niños hacen de abejas y las niñas de flores. Las flores se sientan o están de pie en el campo, teniendo un rollo de papel en la mano; en el interior de estos rollos se escriben los número 1, 2, 3, 4, 5, 6, etc., según las flores que haya. Las abejas estarán a corta distancia de las flores y tendrán en la mano una pelota de papel, numeradas al igual que los rollitos. Los niños cambiarán las pelotas varias veces entre sí, para que las niñas ignoren qué número corresponde a cada una de las abejas. Las niñas harán lo mismo con los rollitos. Después formarán los jugadores y lanzarán las pelotas al aire, tratando las niñas de recogerlas. Si una niña recoge una pelota de igual número de su rollito, cambiará con el niño de sitio, pasando ella a ser abeja y viceversa. Ganan el juego los que consigan cambiar más veces de bando. Como a veces es difícil recoger en el aire la pelota, se permite recogerla del suelo.

Los números deben quedar siempre en secreto.

RAQUETA Y VOLANTE

Este juego es popular desde hace 600 años. Se hace la raqueta con un poco de papel pergamino, como un bombo, y con un puño largo y ligero. La pelota no debe tener demasiadas plumas, pues no volaría rápidamente. Al principio nos costará trabajo conservar la pelota en el aire, pero al poco tiempo, nos será bastante fácil. Aunque puede jugarlo un solo niño, es más bonito si hay varios jugadores; éstos jugarán por turno. El jugador que no la toca pierde y el otro aumenta un tanto. Si hay varios jugadores se les coloca en un círculo y se pasan la pelota de uno a otro, excluyéndose del juego al que no la recoja. El último que queda es el que gana.

CÓMO SE HACE UN GLOBO

TODOS hemos visto los bonitos globos de papel que se elevan en muchos festejos populares. Los que se echan de noche, suelen llevar una lucecita. Estos globos se llenan de aire caliente, no de gas. Se hacen de papel de seda, y nosotros mismos podemos construir uno. Compraremos grandes hojas de papel de seda de dos colores distintos. Sobre estas hojas dibujaremos una ampliación del grabado 1.

Ya marcada la forma, podemos plegar la hoja en dos partes iguales. Así podremos ver si está bien dibujada. Si lo está, podremos recortar las líneas y con este patrón cortaremos todos los demás. Entonces pegaremos varias hojas del globo fuertemente con goma.

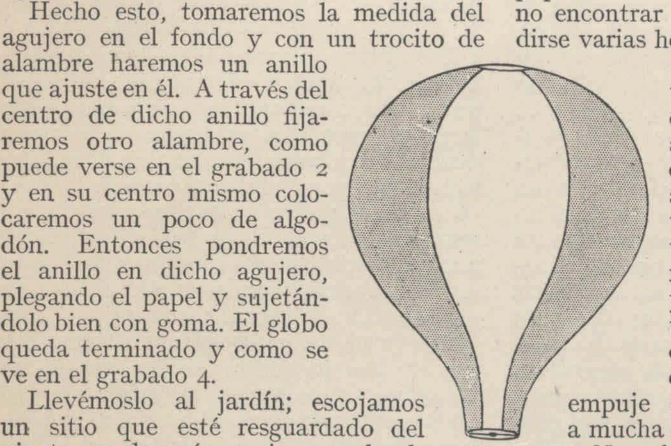
Primeramente tomaremos una pieza blanca y la estenderemos; sobre ésta, colocaremos una azul o roja para que por un lado sobresalga el blanco. Sobre ésta una blanca, después otra de color y así sucesivamente; pero dejando sobresalir siempre un pequeño borde del anterior, como indica claramente el grabado 3. Después se pone goma con un cepillito sobre los bordes,

pudiendo engomar al mismo tiempo cinco o seis hojas. De este modo se hace con más limpieza y cada hoja queda suelta.

Luego se toma una hoja engomada y se la pega al lado no engomado de la siguiente; así continuaremos hasta terminar, poniendo alternativamente una hoja blanca y una de color y pegando finalmente las dos últimas hojas hasta que queda cerrado. Ya tenemos hecho un globo de papel en el que habrá quedado un agujerito en su parte alta. Para cubrirlo, cortaremos un trocito de papel del mismo que haya quedado y lo pegaremos con cuidado al agujero.

1. El dibujo recortado. 2. Anillo de alambre con la lana. 3. Modo de colocar las hojas cortadas para engomarlas.

Hecho esto, tomaremos la medida del agujero en el fondo y con un trocito de alambre haremos un anillo que ajuste en él. A través del centro de dicho anillo fijaremos otro alambre, como puede verse en el grabado 2 y en su centro mismo colocaremos un poco de algodón. Entonces pondremos el anillo en dicho agujero, plegando el papel y sujetándolo bien con goma. El globo queda terminado y como se ve en el grabado 4.



4. El globo terminado.

Llevémoslo al jardín; escojamos un sitio que esté resguardado del viento y después rociemos el algodón con un poco de alcohol, cuidando de que no manche el papel del globo.

Al prender fuego al algodón, será necesario que alguien tenga el globo en el aire, pues de lo contrario sería muy fácil que se quemase. A los pocos minutos, el aire caliente inflará el globo y se verá que se pone redondo; se retendrá en el aire hasta que quede bien lleno y entonces lo dejaremos escapar. Rápidamente subirá por el aire y se elevará a gran altura.

Si tenemos suficiente papel podremos hacer un segundo y un tercer globo, y también podemos atarles al elevarlos luces de bengala, produciendo éstas, sobre todo si es de noche, un aspecto fantástico.

Podemos hacer globos mucho mayores en la misma forma que los hemos hecho; pero tomando hojas de papel de mayor tamaño, y caso de no encontrar papel grandes pueden añadirse varias hojas pequeñas.

El secreto de saber elevar los globos con facilidad consiste en elegir un sitio a propósito y que esté guardado del viento. Hay que advertir que en días de viento no se podrán elevar, pero una brisa suave no será contrario para ello, y el globo subirá no con tanta rapidez como en un día sereno, pero una vez el globo está en el aire, el empuje del viento lo hará subir a mucha distancia.

No ofrecen peligro alguno esta clase de globos, pues si aun al encenderlos tuviésemos la mala fortuna de que se nos prendiera fuego en ellos, el papel de seda es muy fino y el fuego se extinguiría en un instante.

DULCE DE COCO

He aquí una receta sencilla de un dulce delicioso, hecho de coco. Puede hacerse con leche, y sin ella; pero es mejor emplear leche. Para que nos resulte bien, tomaremos, sin dejar uno, los ingredientes que citamos; 225 gramos de coco seco, 450 gramos de azúcar de pilón, una taza pequeña de leche y media cucharada pequeña de bicarbonato de sosa.

Se pone el azúcar en una olla esmaltada y se vierte encima la leche. Se la coloca sobre el fuego, dejándola hervir y cuidando de remover continuamente para que no se queme. Cuando empieza a formar burbujas, es que hierve. Se deja en la ebullición durante unos cinco minutos, pero siempre removiendo deprisa. Después se añade el bicarbonato, cuidando

que no se salga el contenido. Entonces se aparta la olla del fuego y se añade el coco. En un plato plano se pone una hoja de papel blanco y se vierte sobre él la mitad de la mezcla. Se agregan unas gotas de cochinilla a lo que queda en la olla, echándolo luego sobre lo que ya se ha sacado.

Con un cuchillo de hoja ancha y una cosa plana, se alisa y se deja enfriar. Una vez frío se corta en barritas con un cuchillo bien afilado.

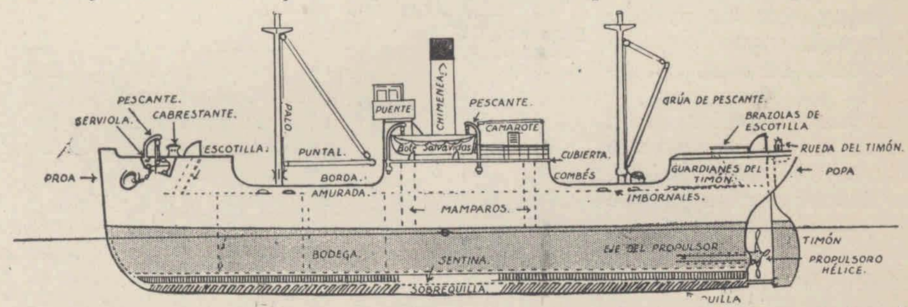
Algunos suprimen el bicarbonato en este dulce; pero la adición de él lo hace más ligero, más digerible y de mejor gusto. Este dulce es muy sano y no es probable que uno se indigeste por comerlo.

ALGUNAS EXPLICACIONES RELATIVAS A LOS BARCOS

POCAS cosas hay cuyo conocimiento ofrezca mayor interés que las numerosas partes de que se compone un barco y el nombre que cada una recibe. Casi a diario vemos que los periódicos citan alguna parte de un buque y casi siempre nos quedamos sin saber a qué se refieren. En este artículo explicamos el significado de gran número de estas voces de manera que todos puedan entendernos.

Ya dejamos en otro lugar explicado cómo se hacen los nudos y vueltas de uso más frecuente a bordo, la manera de empalmar o ayustar los cabos y los nombres que reciben las diversas embarcaciones y sus velas, de suerte que no insistiremos sobre estos particulares.

Como todos sabemos, el cuerpo del buque sin los palos, máquinas, etc. se llama *casco*, que es simplemente un gran vaso con fondo y paredes laterales que le permiten flotar en el agua. La parte que queda sumergida en el mar recibe el nombre de *obra viva*, y la que queda fuera el de *obra muerta*. El espacio dedicado a la carga se llama *bodega*. A la pieza longitudinal, que corre todo a lo largo de la parte media inferior del casco y sobre la cual se colocan y aseguran entre sí las demás, se le denomina *quilla*. Claro es que en los buques de hierro o acero esta pieza es del mismo metal, y, como en los de madera, fórmase de muchos trozos sólidamente acoplados. Sobre cada uno de los extremos de la quilla se levantan otras dos piezas, igualmente resistentes y más o menos verticales, que reciben el nombre de *roda*, la de la parte anterior, o *proa* del buque, y *codaste* la de la posterior o *popa;* y a ambos lados de la quilla van afirmando unas piezas curvadas y resistentes que forman el caparazón del buque y se llaman *cuadernas*, y vulgarmente costillas. La más ancha de todas se llama *cuaderna maestra*. Una vez afirmadas éstas, se coloca sobre ellas otra pieza resistente, que corre también todo a lo largo del buque, paralelamente a la quilla, y se llama *sobrequilla*.



1. **En este diagrama de un vapor moderno se hallan indicados los nombres de las principales partes de un buque.**

La mayor longitud de un buque se apellida su *eslora*; la mayor anchura, su *manga*; y la mayor elevación, su *puntal*, entendiéndose por *calado* la altura de la obra viva. Las divisiones horizontales que se hacen en el interior de los buques se denominan *cubiertas*, y las verticales, *mamparos*. Y si nos colocamos a popa de una embarcación y miramos hacia proa, la parte de la derecha se llama *estribor* y la de la izquierda, *babor*.

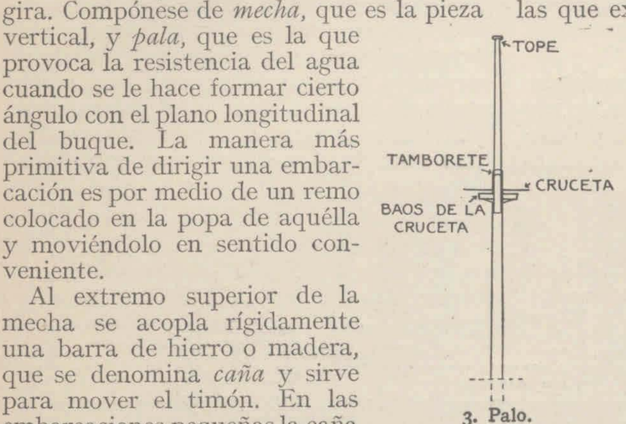
Amuradas de un buque son las porciones del costado que sobresalen por encima de la cubierta principal, y la banda de madera que corre sobre ellas, se denomina *borda* o *regalo*. En los buques antiguos de guerra formaban las bordas unas especies

de cajones muy largos, cubiertos con una cortina de lona pintada, que se denominaban *batayolas*, en las cuales se guardaban las camas de la marinería después de hacer con ellas unos a modo de cigarros entrelargos, que resguardaban a las dotaciones durante el combate.

La *sentina* es la parte más baja del buque, sobre los mismos fondos. Es preciso achicarla con frecuencia, pues todas las aguas del buque van a parar a ella y se corrompen.

2. Línea de carga.

El *puente* es una estructura elevada, en la parte central del buque, desde donde el capitán o el oficial de guardia llevan su dirección. Los buques se dirigen por medio del *timón*, que es un aparato compuesto de varias piezas que se coloca verticalmente, acoplado al codaste, sobre el cual gira. Compónese de *mecha*, que es la pieza vertical, y *pala*, que es la que provoca la resistencia del agua cuando se le hace formar cierto ángulo con el plano longitudinal del buque. La manera más primitiva de dirigir una embarcación es por medio de un remo colocado en la popa de aquélla y moviéndolo en sentido conveniente.



3. Palo.

Al extremo superior de la mecha se acopla rígidamente una barra de hierro o madera, que se denomina *caña* y sirve para mover el timón. En las embarcaciones pequeñas la caña se mueve a mano; pero en las de mayor tonelaje se la mueve por medio de unos cabos o cadenas, llamados *guardianes* del timón, que van a arrollarse en un tambor que se hace girar por medio de una rueda vertical y orientada en sentido transversal, denominada *rueda del timón*, la cual se mueve a mano o por medio de una maquinita de vapor que se llama *servomotor del timón*. En estos casos, la caña tiene generalmente la forma de mediopunto, dentado las más de las veces.

4. Pasador.

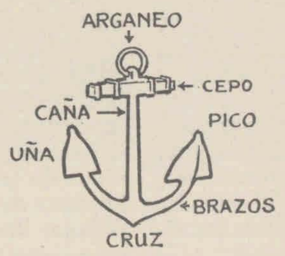
En las embarcaciones de remo suele usarse en vez de caña, una pieza de madera plana, que lleva una abertura longitudinal por la que penetra la mecha del timón, y en cuyos dos extremos se colocan dos cabos, llamados también *guardianes*, con los que se la gobierna con mayor comodidad.

En los buques se denominan *camarotes* los cuartos destinados a los pasajeros y tripulantes, y *cámaras* los de grandes dimensiones. Las aberturas que existen en las cubiertas, ora para introducir la carga, ora para bajar a sus diversas dependencias, se denominan *escotillas*, las cuales se hallan cubiertas, bien por unas estructuras especiales con puertas que permitan la entrada, que se denominan *tambuchos*, ya por otras dotadas de vidrieras que dejan paso a la luz, por lo que se llaman *lumbreras*, ya por unos gruesos tablones, denominados *cuarteles*, los cuales se recubren en la mar con unas lonas embreadas que se llaman *encerados*, las destinadas exclusivamente a la carga. Las escaleras que facilitan el descenso, así como todas las que existen a bordo de los buques, se denominan *escalas*, excepto esas que vemos a ambos lados de los palos que se denominan *tablas de jarcia*, y están formadas por unos cabos gruesos inclinados, que se llaman *obenques*, y otros horizontales y delgados, que se denominan *flechastes*. Digamos de paso que, a semejanza de la palabra escalera, la voz cuerda está desterrada de los buques, habiendo sido substituída por la de cabo. El conjunto de todos los cabos de un buque se denomina *jarcia*, distinguiéndose con el calificativo de *muerta* la que va fija, y con el de *viva* la que se mueve o *laborea*, como dicen los marinos. Si al hablar de cualquier cabo de a bordo a algún lobo de mar empleamos la palabra cuerda, nos dirá, con sonrisa picaresca, quitándose de la boca la bien repleta pipa, que en los buques no hay más que dos cuerdas: la del reloj y la *mecha*. Por si el lector lo ignora, la mecha es una cuerda especial que, una vez encendida, arde con lentitud, y que se lleva en las cubiertas de los buques, debidamente custodiada, con la que encienden sus cigarros o pipas tripulantes y pasajeros, pues todos sabemos que a bordo está terminantemente prohibido el uso de las cerillas.

La línea que señala en el casco de un buque la superficie del mar, se denomina *línea de flotación*, la cual es muy variable en los buques de comercio, a los cuales

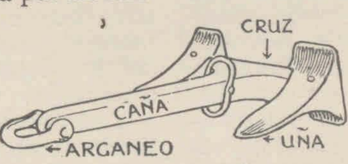
las compañías aseguradoras marcan en los costados ciertos signos, como el que vemos en la figura 2, que señalan la línea hasta donde puede sumergirse el buque, cuando se le llena de carga, sin que su navegación sea peligrosa, y se llama *línea de máxima carga.*

Los buques en los puertos y radas se *fondean* por medio de *anclas* o se amarran a los muelles por medio de *calabrotes,* o cabos gruesos, cadenas o cables de acero, sosteniéndose simultáneamente por el costado opuesto con anclas fondeadas a cierta distancia.



5. Ancla ordinaria.

Todos sabemos lo que es un ancla, pero la mayoría de las gentes ignoran que su nombre nos fué legado por los romanos, que a su vez lo tomaron de los griegos, quienes la denominaban *ankyra,* que significa gancho. Las anclas pequeñas se denominan *anclotes,* y las más pequeñas aún, *rezones.* La forma más común de las anclas es la que vemos en la figura 5, y consta de la parte central, que se denomina *caña,* provista de dos *brazos,* cuyos extremos tienen una forma especial, y se denominan *uñas,* que terminan en una punta denominada *pico de loro.* El lugar de intersección de la caña con los brazos, se denomina *cruz del ancla.* El *arganeo* es una argolla o *grillete* que pasa por un taladro practicado al extremo de la caña opuesta a la cruz, y sirve para amarrar o *entalingar* el cable o *engrilletar* la cadena. Finalmente, el *cepo* completa el ancla, y es una pieza de hierro o madera que se adapta a la caña, próxima al arganeo y perpendicularmente a ella y al plano en que se hallan los brazos. El objeto del cepo es evitar que los brazos del ancla puedan descansar horizontalmente sobre el fondo. Modernamente se ha generalizado el uso de las anclas *Martín,* que carecen de cepo, y sus brazos, que forman una sola pieza, giran sobre la cruz, agarrando de esta suerte ambas uñas a la vez en el fondo.



6. Ancla sin cepo, que es la que usan actualmente la mayoría de los transatlánticos y buques de combate.

Generalmente se fondean los buques con dos anclas, tendidas en las direcciones de los vientos o corrientes dominantes, de suerte que aunque el barco gire o *bornee,* empujado por aquéllos, tenga siempre tendida por la proa un ancla que lo aguante. El lado de donde sopla el viento se denomina *barlovento,* y *sotavento* el opuesto, y a las anclas, cuando están fondeadas, suele dárseles esta misma denominación. Al conjunto de anclas, cabos, cadenas, etc. con que un buque se encuentra amarrado, se denomina sus *amarras.*

Levar anclas es efectuar las maniobras convenientes para arrancar estos aparatos del fondo del mar y suspenderlos a bordo a fin de poder hacerse a la mar las embarcaciones. Esta operación se efectúa por medio del *cabrestante* o de los *molinetes* o *chigres.* El cabrestante es una especie de torno vertical, de diámetro bastante mayor en las bases que en el centro. Alrededor de su parte superior tiene unas aberturas radiales, donde se introducen las cabezas de las *barras del cabrestante* a la que se aplica el esfuerzo de los hombres que forman la tripulación para hacerlo funcionar. El cabo que haya de halarse se arrolla en su parte central. Para levar las anclas fondeadas con cadenas, lleva todo cabrestante alrededor de su base inferior, unas muescas de forma conveniente, para que encajen en ellas los eslabones de las cadenas. A este aparato especial se le denomina *barbotín.* Unas palanquitas denominadas *pales,* impiden que el cabrestante pueda girar en sentido contrario, lo cual se llama *dispararse el cabrestante,* ocasionando terribles catástrofes. En los buques de vapor los cabrestantes se mueven por la fuerza misma del que impele a la máquina; pero generalmente se halla ésta reemplazada por unas maquinitas de vapor especiales que se denominan molinetes o chigres.

Cuando el ancla sale del fondo, o *zarpa,* y queda suspendida verticalmente, se dice que está *a pique.* Entonces se acaba de izar y después se la mete a bordo por medio de un aparejo denominado *gata,* que se *guarne* en unos *pescantes* llamados *serviolas,* y, por último, se *trinca* o asegura perfectamente para que no tenga movimiento con los *balanceos* y *cabezadas* del buque.

Esas resistentes piezas de hierro que se elevan verticalmente de los costados de los buques, y se encorvan después hacia fuera y hacia abajo, y sirven para suspender las embarcaciones menores o botes, se denominan *pescantes*. Y esas perchas de madera que, apoyadas por su extremo inferior en lugares de los palos próximos a la cubierta, alrededor de los cuales giran, y suspendidas oblicuamente por medio de unos cabos, que se llaman *amantes*, sirven para meter a bordo o sacar los bultos que constituyen la carga, y, en general, toda clase de pesos, se denominan *puntales*.

En los modernos buques de hierro corren unos a modo de canales por todo el contorno exterior de sus cubiertas, que impropiamente se denominan *trancaniles*, a los cuales van a parar las aguas, que son evacuadas al mar por unos orificios llamados *imbornales*.

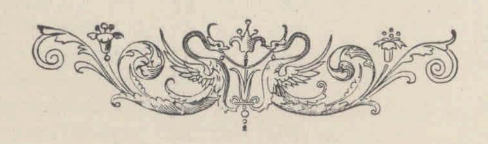
Dijimos ya que los tabiques verticales de los buques se denominan *mamparos*. Éstos en la actualidad se hacen *estancos*, es decir, que no dejan pasar el agua de uno a otro lado de ellos, consiguiéndose de esta suerte que, aunque alguno se inunde, el buque no se hunda.

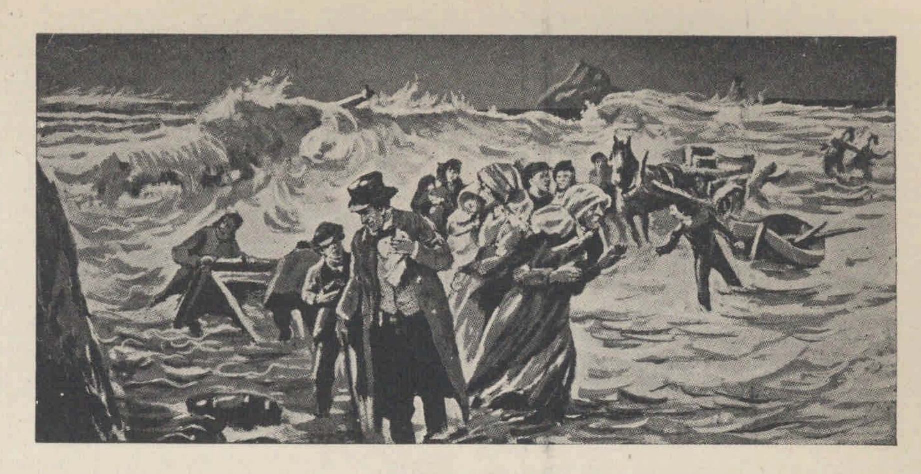
Ya hablamos en otro lugar de esta obra de los palos que llevan los buques. En los de vela no suelen ser de una pieza—los buques que los llevan de esta forma se denominan *polacras*—sino que constan de tres: la más baja o principal se denomina *palo*, sencillamente; a la del medio, *mastelero*, y a la más alta, *mastelerillo*. Los palos están generalmente algo inclinados hacia popa, y a esta inclinación se da el nombre de *caída*; si están perfectamente verticales, se dice que están en *candela*; y si, por el contrario, por efecto de haber tesado demasiado los estayes, aparecen inclinados hacia proa, se dice que están *castigados*. Estas uniones se efectúan por medio de unas piezas de madera, zunchadas de hierro, sumamente resistentes, que se denominan *tamboretes*. En la parte donde se unen los masteleros a los palos hay unas vigas cortas, llamadas *baos*, sobre las que descansan unas estructuras de madera, en forma de plataforma, que se denominan *cofas*,—las polacras no las llevan;—y en las uniones de los mastelerillos con los palos, se hallan unos baos menos recios, transversales, que se denominan *crucetas*. El extremo superior de los mastelerillos lleva el nombre de *tope*, y termina con una perilla, llamada *galleta*, sobre la cual va aún el pararrayos y una veleta especial que se denomina *grímpola*.

Castillo de proa es una estructura elevada que existe a proa, sobre la cubierta principal, y forma generalmente el alojamiento de las tripulaciones en los buques de comercio. Su nombre es antiguo y viene de las antiguas naves de guerra que llevaban en este lugar un verdadero castillo. A popa llevan los buques otra estructura semejante que se denomina *toldilla*, debajo de la cual se aloja la plana mayor en los buques de guerra.

Las aberturas que se hacen en los costados de los buques para permitir la entrada del aire y la luz o la salida de las bocas de fuego, se denominan, *portas de combate*, las segundas; y las primeras, si son cuadradas, *portas*, y si redondas, *portillos de luz*. Y esos largos tubos que vemos surgir de las cubiertas de los buques de vapor y elevarse hasta recurvar en su parte superior, formando una especie de trompa o bocina, sirven para que el aire, forzado por la marcha del buque, penetre hasta los hornos y máquinas y demás dependencias del buque, y se llaman *ventiladores*.

Y como casi todas las cosas a bordo tienen nombres enteramente distintos de los que se emplean en tierra, no acabaríamos nunca si quisiéramos ofrecer al lector una nomenclatura completa de todas las partes de un barco; y basta con las ya enumeradas, que son las principales, para no hacer un triste papel cuando en nuestra presencia se hable de cuestiones marítimas.





MARAVILLAS DEL TIEMPO Y LAS MAREAS

Al estudiar la naturaleza, observamos que sus constantes alteraciones, cuales son, por ejemplo, las formadas por la variación de las estaciones y la sucesión del día y de la noche, no siguen siempre una dirección determinada, sino que se repiten constantemente, de modo que, después de haberse verificado veinte, o un millón de veces, se hallan las cosas tal como estaban al principio. Estos cambios, que parecen girar en círculo, se llaman ordinariamente cambios cíclicos, y de ellos está lleno el estudio de la naturaleza. El ciclo que mejor conocemos es la sucesión del día y la noche; mas no deja de ser éste un cambio brevísimo comparado con otros muchos. Estudiando, en efecto, el sistema solar, hallamos muchos ciclos, comparados con los cuales el día y la noche no son sino un momento.

Existe, por ejemplo, una especie de ligero balanceo de la tierra sobre su eje, es decir, sobre la línea que la atraviesa de polo a polo; pero este fenómeno se verifica en ciclos de veintiséis mil años de duración. Asimismo las órbitas en que los planetas se mueven, en vez de hallarse todas en el mismo plano como si estuviesen trazadas sobre una hoja de papel, se hallan más o menos inclinadas entre sí; pues bien, estas inclinaciones se suceden en enormes ciclos que duran edades inconmensurables.

Como ejemplos de ciclos más breves en la naturaleza, tenemos el movimiento de las aguas terrestres, que desde el mar suben en forma de nubes a las regiones atmosféricas superiores, y desde allí, convertidas en lluvia—que a su vez constituye torrentes y ríos—vuelve de nuevo al mar; también es corto el ciclo recorrido por ciertas substancias elementales, como el del carbono que se contiene en el ácido carbónico de la atmósfera; dicho elemento, el carbono, pasa del aire a las plantas, de las plantas al animal y del animal vuelve otra vez al aire.

Todos estos ciclos, y mil más, son sumamente interesantes bajo muchos aspectos, aun cuando no hayamos llegado a comprenderlos del todo. Mirados, empero, desde otro punto de vista, no son tan interesantes; y, en efecto, si bien es cierto que son ellos las causas de muchísimas cosas que suceden en todo el universo, y en la tierra, también lo es que, terminado el ciclo, vuelven las cosas a su primitivo estado, y, por consiguiente, *no conducen a ninguna parte.*

Supongamos que, entre este inmenso

trabajar de la naturaleza, encontrásemos un pequeño accidente que se sucediese interrumpidamente, pero siempre en determinada dirección, de modo que no volviese a su punto de partida; entonces, aunque fuese difícil notarlo en un momento dado, sería, en cierto modo, un millón de veces más interesante que cualquiera de esos cambios cíclicos, o circulares.

Tenemos, en el primer caso, un movimiento giratorio, hábil y admirable, pero que no pasa de ser un girar continuo y siempre en círculo; en cambio, en el segundo, el movimiento se efectuaría hacia algún punto, y entonces se presentaría una cuestión interesante:—¿a dónde se dirige? Puede ser un movimiento lento, tan lento, que toda la duración de la vida del género humano sea nada comparada con él; pero, aun así y todo, siendo el tiempo interminable, este movimiento habría de cambiar totalmente el mundo, si fuese realmente progresivo y no hubiese de volver sobre sí mismo. En consecuencia, mayor interés experimentaríamos por lo pequeño con dirección fija determinada, que por lo grande que ha de acabar volviendo a su punto de partida, aun cuando el regreso se haga en un millón de años. Sentadas estas doctrinas, pasemos al estudio de las mareas.

CÓMO EL HOMBRE PENSÓ EN UN PRINCIPIO QUE LA TIERRA PERMANECERÍA ETERNAMENTE INMUTABLE

Al estudiar el sistema solar, se vió primeramente, que el sol ocupaba el centro del sistema; después, que los planetas se movían en una órbita especial alrededor del sol, y, últimamente, que el sol y los planetas estaban equilibrados por la ley de la gravitación. Más tarde se estudió la influencia que esta ley podía ejercer entre unos y otros planetas, y se llegó a la conclusión de que el sistema solar es una cosa estable, por decirlo así; esto es, algo dispuesto en tal forma, que, a no ser alterado por causas externas, duraría siempre en el estado en que ahora se encuentra. No obstante, no se tuvo presente una cosa: las mareas. Se hicieron cálculos sobre el sol y los planetas con sus lunas, como si cada uno de estos cuerpos fuese y hubiese sido siempre una masa de materia perfectamente sólida, rígida e inflexible; se llegó a demostrar matemáticamente que estas masas, a las actuales distancias unas de otras y con sus actuales movimientos, experimentarían ligeras alteraciones, mas que éstas no pasarían de cambios cíclicos, y, por consiguiente, el sistema solar era de naturaleza tal que duraría eternamente.

LAS MAREAS EN EL SOL, EN LA LUNA Y EN LA TIERRA

Todos sabemos cuán falsa es la teoría de que la tierra sea una porción de materia sólida y rígida. Si de ello no hubiese otra prueba, bastaría la existencia de las mareas, que están a la vista de todo el mundo. Ahora bien, estas mareas se verifican principalmente a causa de la atraccion de la luna, la cual obra, no sólo en la superficie de la tierra, sino en todo su interior; por consiguiente, si éste no es rígido, sino líquido, puede la luna causar mareas en él a medida que la tierra va girando sobre sí misma. Más todavía: si el interior de la luna fuese líquido, lo cual es posible, podría asimismo la tierra causar en él más o menos alteraciones.

Tenemos, además, el caso del sol. De él sabemos ya lo suficiente, para no ignorar que se halla muy distante de ser una masa sólida, rígida e inflexible. Si, por otra parte, existe alguna fuerza de gravitación que ocasione mareas en el sol mientras gira sobre sí mismo, deduciremos que el sol está idóneamente constituído para producir las más formidables mareas que podemos imaginar. Es una necesaria consecuencia de la ley de la gravitación, que todo planeta, y aun los satélites de los planetas, deben originar mareas en el sol al girar éste sobre sí mismo, una vez cada 26 días, aproximadamente.

Un planeta por lo menos, Júpiter, es tan grande, y por consiguiente tiene tal fuerza de gravitación, que no puede menos de levantar considerables mareas

en el sol. Probablemente Júpiter es todavía una especie de pequeño sol, muy distante de ser rígido y sólido, pues diferentes partes de él giran a diferentes velocidades, de igual manera que ocurre en el mismo sol. Por consiguiente, las lunas de Júpiter, y el sol (para no mencionar la tierra y otros planetas), ocasionan mareas en Júpiter. Otro tanto sucede en Saturno.

CÓMO SABEMOS QUE LAS MAREAS CAMBIARÁN ENTERAMENTE LA TIERRA

De todo lo dicho podrá deducirse que la cuestión de las mareas es quizás mucho más trascendental de lo que nos habíamos imaginado. Por lo menos, es de todo punto cierto que, si no averiguamos antes cuál es la acción de las mareas en el sistema solar, en manera alguna podremos dar por segura la duración eterna de dicho sistema en su estado actual, ya que en los antiguos cálculos no se tuvieron en cuenta las mareas, y éstas originan quizás diferencias muy notables en los resultados obtenidos. Un astrónomo inglés ha estudiado esta cuestión durante largos años, y el fruto de sus estudios, y de los de otros sabios, ha sido descubrir en las mareas una fuente de alteraciones que, aunque de acción lenta, fluye en determinada dirección no circular, de manera que, en su largo curso—cuya duración no puede conjeturarse—deben las mareas cambiar enteramente el sistema solar de su estado actual en algo muy diferente; cambio que en parte ya se ha verificado.

Recordemos aquí con toda su sencillez los fenómenos que se producen en las mareas que mejor conocemos. Miles de años hace que el hombre reconoce una conexión íntima entre estas mareas y la luna, y, con todo, nadie sabía entonces qué era la gravitación. Ahora comprendemos, como cuando la tierra gira bajo la atracción de la luna, el agua próxima a este satélite sube, formando la marea alta, al mismo tiempo que la parte sólida de la tierra es atraída hacia la luna con más fuerza que el agua que se halla en los extremos distantes de la tierra.

GUERRA DE ATRACCIÓN ENTRE EL SOL Y LA LUNA, CONTRA LA TIERRA

Así, la tierra es atraída fuera del agua y el agua que queda detrás forma una marea alta en el extremo opuesto de la tierra, del propio modo que en el punto más próximo a la luna. Y en medio de ambas, en la parte de tierra comprendida entre estos dos puntos, encontramos las mareas bajas, pues el agua no puede ocupar dos sitios diferentes al mismo tiempo. El sol obra exactamente en la misma forma que la luna, aunque con menos fuerza a causa de su mayor distancia. A veces, ambos astros, el sol y la luna, ejercen su acción en la misma línea, y esto ocurre en los plenilunios y novilunios; otras, la luna y el sol atraen en ángulo más o menos recto, respecto uno de otra. En el primer caso las pleamares son mas altas (mareas mayores o aguas vivas), y las bajamares son más bajas que en otros tiempos, lo cual es debido a la atracción del sol, ayudada por la atracción de la luna. En el segundo caso, las mareas son menores (aguas chifles o muertas), porque la atracción del sol y de la luna se desvirtúa mutuamente; si bien en esta poderosa lucha vence la luna, por estar mucho más cerca y ser en consecuencia, más fuerte.

LAS MAREAS SIRVEN DE FRENO A LA ROTACIÓN DE LA TIERRA

Puede demostrarse palpablemente que estos dos grandes flujos de mareas, que se mueven constantemente alrededor de la tierra, según ésta va rodando sobre su eje, obran como el freno de hilar, pues proviniendo la fuerza de las mareas de la fuerza con que la tierra gira sobre sí misma, aquéllas toman su eficacia a expensas de esta fuerza, lo cual equivale a decir que la tierra gira cada vez menos rápidamente, y que las mareas aumentan la duración del día. Cierto es que la diferencia entre el día de hoy y el de mañana es insignificante, y cualquier conjetura que podamos hacer sobre la rapidez con que aumentan los días es muy ambigua y no merece ser tomada en cuenta; mas

no deja de ser verdad que este cambio se verifica constantemente.

Asimismo, podemos probar a todas luces que otra consecuencia de las mareas es que la luna se aleja cada día más de la tierra, invirtiendo así la luna más tiempo en su vuelta alrededor del mundo; en otras palabras: *el mes y el día se van haciendo más largos.*

Para demostrarlo, fácil nos será trazar el curso de cambio hacia adelante y hacia atrás; en ambos casos nuestras conclusiones estarán perfectamente de acuerdo con lo que en otra forma hemos indicado. Si la luna se mueve alejándose de la tierra, ha debido un día estar más cerca de ella que lo está ahora y, por consiguiente, el mes ha sido más corto. Si el día se alarga a causa de ser retartada la rotación de la tierra por las mareas, es evidente que el día debe haber sido antes más corto. Y si retrocedemos lo bastante, encontramos que el día ha llegado a tener en algún tiempo una duración no mayor de cuatro horas, aproximadamente. Y no podemos retroceder más en nuestras conjeturas, pues si llegamos a creer que la tierra ha girado aún más de prisa, es decir, que el día ha durado menos de cuatro horas, será preciso reconocer que la tierra habría girado con tal velocidad, que se habría hecho pedazos.

POR QUÉ VEMOS SOLAMENTE UN LADO DE LA LUNA

Si de nuevo trazamos la historia de la luna y del mes, hallaremos que cuando la tierra giraba sobre sí misma en cuatro horas, aproximadamente, formando un día de esa duración, la luna debió girar alrededor de la tierra también en ese mismo período de tiempo, engendrando un mes de cuatro horas. Pero esto es lo mismo que suponer que la tierra y la luna formaban un solo cuerpo, con un espacio vacío entre ambas, pues las dos giraban juntas. No tenemos más que fijar nuestra atención algo más atrás para deducir que antes de ese tiempo, la tierra y la luna debieron constituir un solo cuerpo: es decir, que la luna es un trozo desprendido de la tierra. He aquí una consecuencia que habíamos ya admitido, basados en otros principios; por donde se verá de cuanto interés e importancia es el estudio de las mareas y su influencia en la tierra, pues por sí mismo nos hubiera dado a conocer que antiguamente la tierra y la luna formaban un solo cuerpo.

Aquí debemos recordar algo que ya tenemos sabido, y es que por girar la luna sobre sí misma exactamente en el mismo tiempo que emplea en ir alrededor de la tierra, la vemos siempre del mismo lado. Si fuese una casualidad, sería sumamente extraordinario que el tiempo que la luna invierte en su viaje alrededor de la tierra fuese el mismo que el que emplea en dar la vuelta sobre su eje; mas es factible probar que no es una casualidad, sino más bien todo lo contrario; justamente lo que debemos esperar, si nuestra teoría acerca de la luna y las mareas es verdadera.

DE CUÁNDO UN DÍA SERÁ TAN LARGO COMO LO SON AHORA DOS MESES

Es también interesante saber que cuando la luna se enfríe del todo, de forma que quede rígida, y no haya mareas en su interior, como han cesado ya en su superficie, quizá dejará entonces de regir la ley que fuerza a la luna a girar sobre sí misma en el mismo período de tiempo que invierte en dar la vuelta alrededor de la tierra De este modo, en época lejana la luna continuará girando sobre sí misma con velocidad igual a la de ahora, pero invertirá más tiempo que ahora en su viaje en torno a la tierra. Esto equivale a decir que, si entonces existe aún el género humano, los astrónomos de esos tiempos podrán ver el otro lado de nuestro satélite.

No obstante, todo esto es insignificante comparado con las maravillas que nos presenta para lo futuro el estudio de las mareas. La luna se alejará más y más de la tierra y tardará en consecuencia más y más tiempo en girar alrededor de ella, con lo cual el día de la tierra se hará constantemente

más largo. Todos estos cambios, sin embargo, no se verificarán con la misma velocidad. El día crecerá con más rapidez que el mes, cosa que ciertamente está sucediendo ahora, y, dentro de millones de años, el mes y el día tendrán la misma duración, como la tuvieron en los tiempos en que la luna fué engendrada de la tierra; con la sola diferencia de que, mientras su duración fué en un principio probablemente de cuatro horas, será entonces de cincuenta y siete días de los actuales, de veinticuatro horas cada uno.

POR QUÉ LLEGARÁ UN DÍA EN QUE CESEN LAS MAREAS SOBRE LA TIERRA

Estará entonces la luna a una gran distancia de la tierra, e invertirá todo ese tiempo en girar alrededor de ella; pero la acción de freno que ejercen las mareas habrá retardado tanto la circunvolución de la tierra, que ésta tardará asimismo cincuenta y siete días en girar sobre si misma. Quiere decir esto, que la luna y la tierra girarán juntas, cual si una barra de acero las atravesase y sostuviese, sólo que, en vez de ser sostenidas por dicha barra, lo serán por la fuerza de la gravitación; con la particularidad de que, si nos fuese dable sustituir la gravitación por la tal barra de acero, encontraríamos que la luna es demasiado pequeña para sostener la punta de dicha barra, la cual había de ser suficientemente gruesa para hacer el trabajo que la gravitación realiza tan fácilmente.

Podríamos, pues, probar que este estado de sistema terrestre—lunar sería durable, si no hubiésemos de tomar en consideración más que la luna y la tierra; pero no podemos dejar de tener presente al sol. Las mareas originadas por la luna cesarán un día, pues vemos que la luna y la tierra girarán juntas cual si tuviesen por eje una barra de acero; pero todavía subsistirán en la tierra las mareas producidas por el sol, o las alteraciones correspondientes a las mareas en la materia flúida en el interior de nuestro globo, las cuales no hemos tomado en cuenta por ser mucho menos poderosas que las mareas causadas por la luna; ello, no obstante, existen y existirán después que hayan cesado las mareas lunares, y entonces, de igual manera que ahora, obrarán como un freno en la rotación de la tierra.

EL TIEMPO EN QUE EL DÍA Y LA NOCHE DURARÁN SEMANAS ENTERAS

Significa todo esto, algo tan extraño, que apenas podemos imaginarlo. La luna dará vueltas alrededor de la tierra, en menos tiempo del que tardará la tierra en girar sobre sí misma, y, por consiguiente, el mes será más corto que el día—cosa tan distinta de la actual que difícilmente podemos creerla. Pero si estudiásemos otro planeta con su luna, o, mejor, con dos lunas, y si ese planeta fuese menor que la tierra, de modo que sus cambios se sucediesen más rápidamente, y dicho planeta se hallase ahora en un estado que la tierra no alcanzará en muchas edades, veríamos realizada esta extraordinaria teoría que los astrónomos predicen respecto de la tierra y la luna.

El maravilloso planeta Marte, nuestro vecino, es mucho menor que la tierra; probablemente es mucho más viejo que ella, y, según se descubrió en Agosto de 1877, tiene dos lunas. La interior da más de tres vueltas alrededor del planeta, en el mismo tiempo que Marte gira sobre su eje una sola vez; por consiguiente, el día de Marte es tres veces más largo que su mes, si se computa el mes por la interior de las dos lunas marcianas. No hace mucho tiempo que esa particularidad del movimiento del citado satélite de Marte hubiera sido inexplicable; pero nosotros la comprendemos fácilmente, si tomamos en cuenta que la rotación de Marte ha sido retardada por las mareas solares, como sucede en la actualidad, y sucederá siempre en la tierra.

EL LENTO CAMBIO EFECTUADO POR LAS MAREAS A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

Quizás sería posible trazar con más extensión de lo que lo hemos hecho, la futura historia del sistema solar en su relación con las mareas; pero todo ello no pasaría de un trabajo de conjeturas. Un punto esencial debemos tener presente, a saber: que en la

acción de las mareas hallamos algo que, si bien a causa de la lentitud no nos permite apreciar sus resultados, obra, no obstante, en una dirección determinada y fija en la cual no experimenta retroceso. No siempre ha existido el sistema solar, sino que es un producto de los cambios verificados a través de grandes intervalos: ni puede existir para siempre, ya que en él se suceden todavía alteraciones que, en el curso de las edades, lo transformarán en algo muy diferente de lo que ahora es.

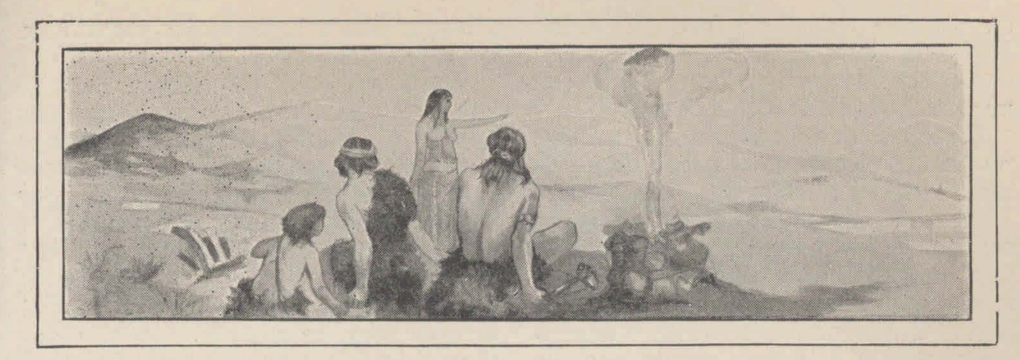
Para terminar esta parte de nuestra historia, haremos notar otras dos clases de cambios operados en el sistema solar —cambios que, puesto que siguen constantemente una dirección determinada, presentan gran importancia. Es el primero, que todo el sistema solar se está enfriando incesantemente; es decir, que el sol y los planetas están agotando sus depósitos de calor. Cada uno de ellos intercepta un poco de calor y la luz que dimana de los otros cuerpos, pero, a causa de la gran distancia, mucha parte de ese calor se pierde en el espacio; y aunque va a algún sitio y, por tanto, no queda perdido para el Universo, no deja de ser una pérdida para el sistema solar. Últimamente hemos visto que el sol y los planetas producen calor dentro de sí mismos, tomándolo de algo; mas este algo no puede durar siempre. Por otra parte, el calor y la luz que el sistema solar recibe de las estrellas, no es de apreciar, comparado con el que pierde; en consecuencia, llegará día en que quedará totalmente frió. El segundo cambio, el cual guarda también la misma dirección fija, es la alteración producida por la gravitación. Bajo su influencia, el sol y los planetas se contraen; y podemos colegir que, en su larguísima carrera, todos los cuerpos que ahora giran alrededor del sol y constituyen su sistema, incluyendo la tierra, serán finalmente atraídos hacia el sol, y en consecuencia, el sistema solar habrá dejado de existir.

EL ÉTER CONVERTIRÁ A TODO EL SISTEMA SOLAR EN UN SOLO GLOBO

Muy recientemente los astrónomos han presentado otra cuestión. Los planetas y sus lunas, al moverse, se mueven ciertamente en *algo*: este algo no es el aire, porque éste es la capa exterior de los planetas, o de las lunas, provistos de atmósfera; es el éter. Sabemos perfectamente que el éter existe, y hasta empezamos a conocer algo de su constitución; trátase ahora de indagar si el éter no retarda los movimientos de los cuerpos que en él se mueven, y si se produce en él algún pequeño roce o resistencia, de la misma forma que cuando un pez avanza en el agua, o un pájaro o una bala que cruzan el aire. Es probable que el éter tenga tal propiedad; pero si así es, su influencia es ciertamente muy pequeña. Sin embargo, la insignificancia de una acción desaparece, y se convierte en cosa importante, si guarda siempre la misma dirección y no tiene límite de tiempo. Es, pues, probable que esta acción, incalculablemente lenta y entorpecedora, del éter, hará un día, de todo el sistema solar, un solo globo muerto, reduciéndolo al mismo estado en que quizá empezó hace millones de años, cuando, en su viaje por el espacio, acaso chocó con otro cuerpo y quedó diseminado en forma de nebulosa.

QUE TODO ESO NOS ADMIRE ES, REALMENTE, LO MÁS MARAVILLOSO DEL ASUNTO

Mas, al hablar del pasado y del futuro de nuestro sistema, considerando a éste bajo la influencia de las mareas, de la pérdida de calor, y de la gravitación, no debemos olvidar que el tiempo invertido, y que se ha de invertir en tales cambios, es infinito comparado con nuestras vidas; no hay imaginación bastante poderosa para abarcar las vastas extensiones de tiempo que son el objeto de estudio de la astronomía. Lo realmente admirable es que nosotros, seres humanos, tengamos el poder, durante los cortos momentos de nuestra existencia en esta pequeña tierra, de adquirir una ligera idea de la grandeza, de la majestad y del misterio de que estamos rodeados.



HISTORIA DE CHILE

I

SI examinamos un mapamundi, vemos que las tierras habitadas por los hombres se dividen en dos grandes grupos, separados entre sí por vastísimos océanos. Uno de estos grupos lo forman la Europa, el Asia y el África; el otro, la América del Norte y la América del Sur, esto es, el continente que habitamos.

Hace poco más de cuatrocientos años, la existencia de cada uno de estos grupos era completamente desconocida para los habitantes del otro.

La Europa, el Asia y el África llevan el nombre de Viejo Mundo, porque allí floreció la civilización desde los tiempos más remotos. Primero en Egipto, en la India y en la Caldea, más tarde en Grecia y en Roma, y por último en el occidente de Europa, los hombres fueron poco a poco inventando medios de vivir cada vez más perfectos, fundaron naciones organizadas, y mediante la ciencia de la escritura, y de la imprenta en seguida, las generaciones pudieron trasmitir a la posteridad los conocimientos útiles.

Hasta mediados del siglo XV, el arte de la navegación no había alcanzado grandes progresos, ni aun en los pueblos más civilizados de entonces. Los marinos no se atrevían a apartarse en sus viajes de la vista de las costas, y así no es de extrañar que la existencia del continente americano no fuera ni siquiera sospechada en el Viejo Mundo.

Los más atrevidos navegantes de esa época deseaban sobre todo llegar por mar hasta la India, país de fabulosas riquezas, donde se producían artículos de comercio que alcanzaban en Europa precios muy subidos. Podemos ver en el mapa que el camino de la India era largo, pues para llegar allá desde Europa era preciso dar la vuelta a toda el África y atravesar en seguida el Océano Índico.

Fué entonces cuando los sabios del siglo XV comenzaron a enseñar la doctrina de la redondez de la tierra. Lo que no sabían era el tamaño exacto del mundo, que juzgaban mucho más pequeño de lo que es en realidad. Era natural, pues, que algunos comerciantes atrevidos se imaginaran que, saliendo desde Europa por el Oeste y navegando al través del Atlántico, se llegaría muy luego a la India. En la figura adjunta vemos dos representaciones de la tierra: en una, ésta aparece tal como es, y en la otra tal como se la imaginaban en el siglo XV. Fácil es comprender cuál era el camino nuevo por donde se esperaba llegar a la India.

Cristóbal Colón fué un navegante italiano, oriundo de Génova, que obtuvo de los reyes de España Fernando e Isabel los recursos necesarios para buscar el nuevo camino de las Indias.

La expedición partió en tres carabelas, toscas embarcaciones de madera, no mucho más grandes que las lanchas

de nuestros puertos. Pero Colón no llegó a la India, como lo pretendía.

En su camino encontró todo un mundo, que era la América.

En este nuevo continente los hombres no habían alcanzado el grado de civilización que los pueblos del Viejo Mundo. Vivían en estado casi completamente salvaje. Sólo en Méjico y en el Perú se habían constituído imperios más o menos organizados, pero cuyos habitantes ignoraban la escritura, o apenas comenzaban a tener rudimentos de ella.

La superioridad de los descubridores europeos era manifiesta respecto de los americanos. Así les fué fácil conquistar en muy pocos años la mayor parte del continente. Hombres vestidos de hierro, como era entonces la costumbre de los guerreros en Europa, y que conocían las armas de fuego y el uso del caballo, dieron pronto cuenta de los americanos desnudos e indefensos.

CHILE, ANTES DEL DESCUBRIMIENTO

¿Qué era Chile, antes de la llegada de los conquistadores españoles? Difícil parece ahora imaginarlo.

A pesar de todo, un hombre familiarizado con nuestro país tal como es hoy, lo reconocería inmediatamente si, por un milagro, le fuera dado el transportarse a aquel tiempo.

La forma del territorio era entonces casi la misma de ahora. Vería los mismos cerros y las mismas llanuras y valles, bajo un aspecto que, a lo menos en las grandes líneas del paisaje, no ha cambiado.

Pero no existían entonces ni ciudades, ni caminos, ni ferrocarriles, ni haciendas, ni campos de cultivo cuidadosamente delineados, ni nada, en fin, de lo que en nuestro Chile actual es la obra del hombre.

Chile es una estrecha faja de tierra, encerrada entre las grandes cordilleras de los Andes y el mar. Hacia el Norte se extienden grandes desiertos, pero a medida que se camina hacia el Sur, lluvias frecuentes empapan la tierra, y ésta se cubre de verdura más y más robusta, hasta llegar a los magníficos bosques de Arauco.

Entonces sucedía lo mismo, pero la vegetación era toda, o casi toda, obra sólo de la Naturaleza. Para imaginar el aspecto que presentaba el país, podemos trasladarnos ahora a uno de esos parajes no cultivados, en que se conserva el monte virgen sin huella alguna del trabajo humano.

Los sabios ignoran todavía en qué tiempo llegaron a Chile sus más antiguos pobladores, e ignoran también el país de donde procedían. Por los escasos restos que aun quedan de sus campamentos, se sabe que esos primeros habitantes de Chile vivían de preferencia a orillas del mar, que se ocupaban de la pesca y que no conocían probablemente el uso del fuego, ni el de los animales domésticos.

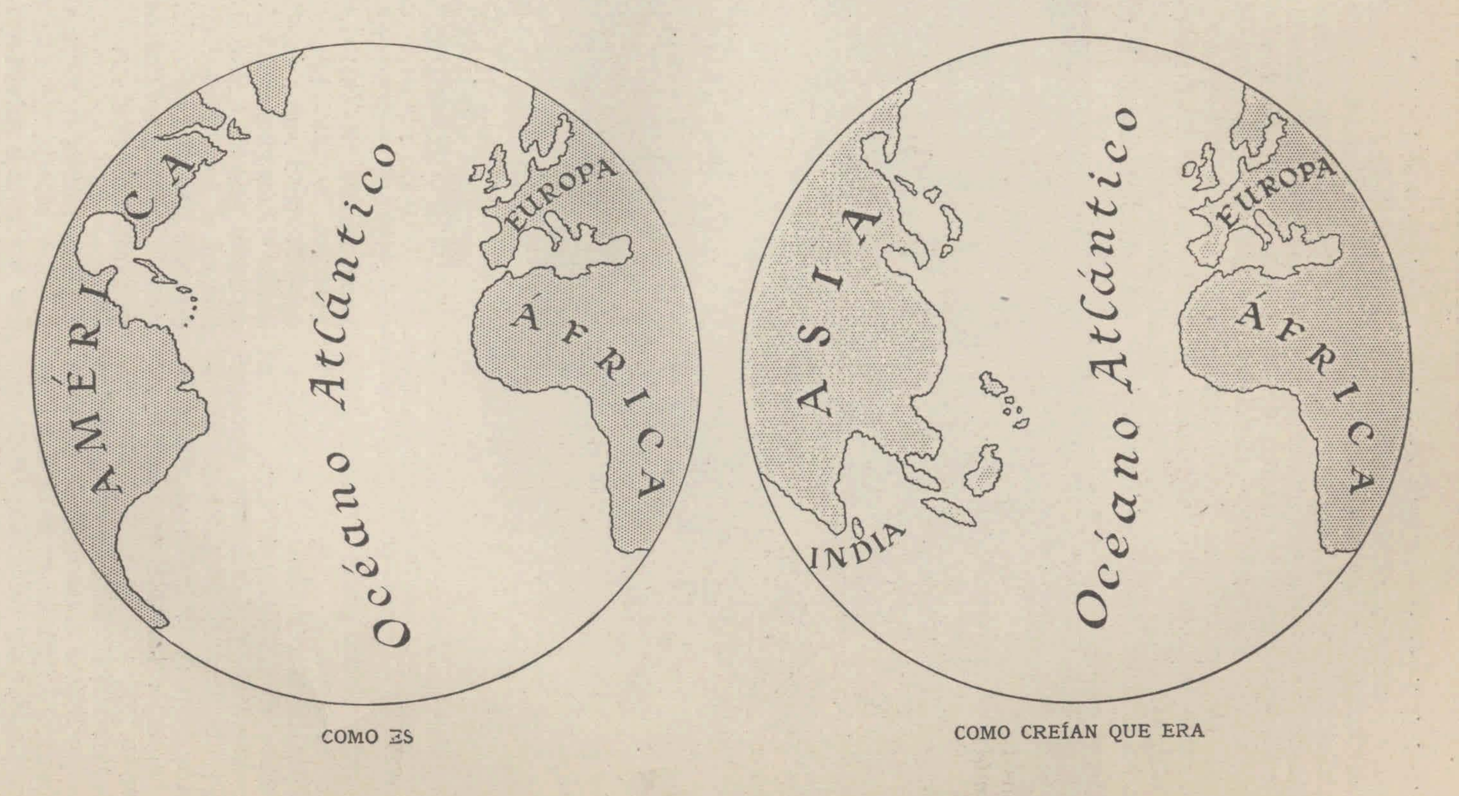
Esos salvajes poseían muy pocos instrumentos; éstos eran piedras muy toscamente labradas, que les servían de armas para defenderse de los animales o de los otros hombres. No comían sino pescado crudo, mariscos y frutas silvestres. Vivían en pequeños grupos a lo largo de la costa, casi sin relaciones entre ellos.

Todavía quedan algunos descendientes de esos hombres primitivos, principalmente en las costas del Norte, donde se les denomina *changos*, y en las regiones vecinas al estrecho de Magallanes, donde existen aún las tribus llamadas *fueguinas*, que ocupan el nivel más bajo entre todos los hombres que pueblan hoy el mundo.

La mayor parte de los indios que poblaban a Chile cuando llegaron los españoles, pertenecían a otras razas más inteligentes y adelantadas, pero que llegaron al país mucho después que aquellos miserables salvajes pescadores. De éstos sí que se sabe de dónde vinieron. Procedían del Brasil y de la Argentina, y entraron al país atravesando las cordilleras de los Andes, hace más de mil y quinientos años.

Los más numerosos entre esos recién llegados se llamaban en su propio idioma *mapuches*, que quiere decir

EL OCÉANO ATLÁNTICO, TAL COMO ES, Y TAL COMO LO IMAGINABAN LOS EUROPEOS EN EL SIGLO XV



COMO ES

COMO CREÍAN QUE ERA

gentes de la tierra, y, en efecto, ocupaban la mejor y más rica parte de Chile, desde el río Aconcagua hasta el Sur de la actual provincia de Llanquihue. Otras tribus fueron las de los *diaguitas* y *calchaquíes*, que también vinieron de la Argentina y del Brasil, y que poblaron el territorio de las actuales provincias de Atacama, Coquimbo y Aconcagua.

Estos hombres eran también salvajes, pero no en tanto grado como los changos de la costa.

Como animal doméstico sólo poseían el perro pero usaban el fuego, cocían sus alimentos y fabricaban groseras vasijas de barro. Sus armas e instrumentos eran también de piedra, pero mucho mejor labrados que los de los changos.

Llegaron esos pueblos a aprender algo de lo que hoy se llama agricultura, pues sembraban la patata y el maíz, pero en cantidad muy reducida. Se supone que este arte les vino de sus relaciones cada vez más frecuentes con los indios *quechuas*, que habitaban el Perú, y de los cuales luego hablaremos.

Ni los mapuches, ni los diaguitas, ni ninguna de las tribus chilenas, formaban una nación ni obedecían permanentemente a un jefe común. Vivían en medio de los bosques del Sur, o a orillas de los ríos del Norte, en pequeños grupos aislados, cazando, pescando y recogiendo frutos silvestres.

Construían chozas de paja, de totora y de colihue, se vestían con pieles de animales, y sólo mucho más tarde aprendieron a hacer toscos tejidos con la lana de los guanacos y de las vicuñas, animales que en estado salvaje pululaban en el territorio. Pero es probable que este arte del tejido lo imitaran también de los ya mencionados quechuas.



Los habitantes de Chile, antes de la llegada de los españoles, eran salvajes, vivían de la caza y de la pesca y conocían apenas los primeros rudimentos de la agricultura. Eran, con todo, hábiles y valientes para la guerra.

LA DOMINACIÓN QUECHUA

¿Pero quiénes eran estos quechuas?

Los quechuas, como los *aimaraes*, son dos razas de hombres muy semejantes entre sí, que vivían primitivamente en el territorio actual de Bolivia y en las

montañas del Sur del Perú, y que habían alcanzado un grado de civilización superior al de la mayoría de los pueblos americanos.

Antes que ellos, habían dominado en esas mismas montañas del Perú y Bolivia otros hombres de cuya historia no se conserva el menor recuerdo, pero que han dejado monumentos que nos indican su existencia y que prueban la civilización por ellos alcanzada. Es casi seguro que las toscas artes de los primitivos chilenos, las aprendieron de esas antiguas razas hoy desaparecidas, las cuales probablemente llegaron a conquistar alguna parte de nuestro territorio.

Mucho después llegó la hora de la dominación de los quechuas. Al contrario de los indios chilenos, éstos lograron constituir un estado poderoso, bajo el mando de un monarca, llamado el Inca, que esos pueblos creían descendía del sol, que era la divinidad por ellos adorada.

La monarquía quechua tuvo sus orígenes, según la tradición, en las orillas del lago Titicaca, que forma la frontera actual entre Perú y Bolivia. Los incas comenzaron por conquistar las tribus vecinas del Titicaca, y poco a poco fueron extendiendo sus dominios a la costa del Perú, primero; hasta el Ecuador, por el Norte, en seguida, y, más tarde, hasta las regiones septentrionales de Chile.

La conquista quechua no fué una desgracia para los indios de Chile. El gobierno de los incas peruanos les trajo la paz y no pocas mejoras en su antiguo modo de vivir. En cambio, perdieron su libertad y se veían obligados a sacar oro de las minas para pagar los tributos que exigía el conquistador.

Pero no todos los chilenos fueron sometidos por el Inca. Más allá del río Maule, los habitantes, más numerosos y aguerridos, supieron resistir a la invasión extranjera y conservaron su salvaje independencia.

LLEGADA DE LOS ESPAÑOLES

Si los quechuas vinieron a Chile por el Norte, los españoles también siguieron el mismo camino.

Nada más maravilloso que la historia de la conquista de América por los españoles. Imperios poderosos, con millones de habitantes, caían en pocos meses en poder de un puñado de aventureros que, aunque pobres, ignorantes y de bajo nacimiento, eran con todo muy superiores a los bárbaros habitantes del Nuevo Continente.

Tales aventureros venían a estas lejanas tierras, no sólo impulsados por el deseo de aumentar los dominios de su soberano, el rey de España, sino también por dos sentimientos muy diversos: la fe religiosa y la codicia. Querían convertir nuevas regiones a las verdades del Evangelio, y enriquecerse rápidamente con los despojos de los vencidos.

Ante todo buscaban el oro y la plata; los demás bienes, como la tierra, por ejemplo, les eran indiferentes, porque no tenían deseos de trabajarla, ni siquiera ánimo de establecerse definitivamente en estos países. Su idea era regresar luego a España con la mayor cantidad posible de metales preciosos.

Una de estas expediciones de aventureros fué la que conquistó el Perú. Con audacia increíble hicieron prisionero al Inca, y después de cortarle la cabeza, sometieron poco a poco todas las provincias que le habían prestado obediencia.

El oro y la plata acumulados por los incas durante siglos, apenas bastaron para saciar la codicia de los conquistadores. Sus dos principales jefes, Pizarro y Almagro, no pudieron ponerse de acuerdo acerca de la repartición de los países por ellos sometidos. De esto nacieron rivalidades y disputas, que más tarde degeneraron en cruentas guerras entre los mismos españoles.

Al mismo tiempo, los indios del Perú deseaban desembarazarse de huéspedes exigentes y tiránicos. Como veían el gusto con que los españoles buscaban ante todo el oro, les dijeron que en Chile lo encontrarían en abundancia.

Esto no era precisamente una men-

tira. De las minas de Chile sacaban los incas del Perú mucho oro, y en este sentido decían la verdad. Pero lo que no había en Chile eran grandes cantidades de oro ya trabajado y acumulado, que era lo que más importaba a los españoles.

La noticia de las riquezas de Chile facilitó un arreglo entre Pizarro y Almagro. El primero seguiría dueño del Perú; en cambio, Almagro emprendería la conquista de Chile.

LA EXPEDICIÓN DE ALMAGRO

Partió Almagro del Cuzco, ciudad capital del Imperio de los Incas, con dirección al Sur. Las penalidades que hubo de sufrir la expedición en tan largo camino fueron horribles. La aridez del desierto y los hielos de la cordillera no fueron, sin embargo, obstáculos bastantes para detener a aquellos hombres esforzados. Almagro llegó de la meseta boliviana a las pampas argentinas y penetró en el territorio chileno, por Copiapó, sin que los indios le opusieran resistencia. Continuó en seguida su camino hasta cerca del sitio en que hoy se levanta la ciudad de Santiago.



La primera expedición conquistadora de Chile, mandada por Almagro, no fué feliz. Tras haber sufrido horribles penalidades, penetró en el territorio chileno por el valle de Copiapó, pero después de avanzar hasta el sitio en que hoy se encuentra Santiago, regresó al Perú, sin haber consumado la conquista.

Pero el conquistador se detuvo allí, sin pasar más adelante. Dos razones le impulsaron a regresar. Se convenció de que si era cierto que en Chile había ricas minas de oro, era necesario trabajarlas para obtener provecho de ellas. Tuvo, además, noticias de que los indios que poblaban el territorio más al Sur, eran numerosos y de carácter guerrero e independiente, y que, por tanto, la conquista de este país era difícil y no proporcionaría riquezas inmediatas a los que la emprendieran.

Volvió, pues. Almagro al Perú, muy descontento del arreglo que había hecho con Pizarro. Este descontento dió lugar al rompimiento entre ambos capitanes y a laguerra entre ellos. Almagro fué vencido y muerto por su afortunado rival. Uno de los tenientes del vencedor, don Pedro de Valdivia, obtuvo entonces permiso para conquistar a Chile.

CONQUISTA DE CHILE POR VALDIVIA

Valdivia formó un pequeño ejército, de ciento cincuenta españoles y algunos miles de indios peruanos, y se vino a Chile, donde fundó a Santiago, el 12 de Febrero de 1541.

Para recompensar a sus compañeros, Valdivia no tenía otro medio que repartir entre ellos los indios que habitaban el país conquistado. Esta era una práctica autorizada entonces por el rey de España, que permitía *encomendar* cierto número de indios a un conquistador, para que éste los instruyera en la religión cristiana. En realidad, los españoles no pensaban tanto en cumplir este encargo, como en emplear a los indios encomendados en sacar oro de las

LOS CONQUISTADORES DE CHILE DON DIEGO DE ALMAGRO Y DON PEDRO DE VALDIVIA



El primer español que intentó la conquista de Chile fué don Diego de Almagro, que partió, a este efecto, desde el Cuzco, al mando de un pequeño ejército. El Cuzco era la capital del imperio peruano de las incas, que acababa de ser sometido por los españoles.—Esta primera expedición no tuvo buen éxito.



Don Pedro de Valdivia, el verdadero conquistador de Chile, fué derrotado y hecho prisionero por los araucanos, en el combate de Tucapel. El desventurado jefe español murió en medio de los suplicios a que lo sometieron los bárbaros.

minas. Mientras de más indios dispusiera un conquistador, con tanta mayor rapidez podía reunir la cantidad de oro que ambicionaba. Mas, los indios no gustaban de trabajar en provecho de otros, como era natural, y desde el principio se sublevaron más de una vez contra sus intrusos dominadores. La naciente ciudad de Santiago fué incendiada por los indios, y casi cayó por completo en poder de los bárbaros.

Aun cuando los españoles lograron dominar estas revueltas, Valdivia no podía disponer de un número de indios bastante grande para satisfacer la codicia de sus compañeros, porque la población del Norte y del centro de Chile era muy escasa. Esto decidió la conquista del Sur, mucho más difícil y peligrosa.

Así penetró con sus escasas huestes hasta el territorio que luego sería famoso bajo el nombre de Araucania, y que se extiende al Sur del Bío-Bío. A orillas de este río fundó la ciudad de Concepción y, más al Sur, otras pequeñas poblaciones, destinadas a dominar aquel extenso territorio.

Pero los indios araucanos eran los más valerosos y soberbios de la América, y muy luego se alzaron en armas contra sus opresores.



Don Pedro de Valdivia, al mando de un ejército de ciento cincuenta hombres, partió del Perú, conquistó el Norte y el centro de Chile, y fundó la ciudad de Santiago en 1541.

En los primeros encuentros los indios fueron casi siempre vencidos, porque ignoraban aún la manera de combatir de los españoles, los asustaban las armas de fuego y creían que los caballos (cuya existencia antes no conocían) eran monstruos invencibles.

Pero un joven indio llamado Lautaro, que había estado al servicio de los conquistadores como criado de Valdivia,

abandonó a sus amos y supo infundir nuevo valor a sus compatriotas. Dirigidos por Lautaro los indios vencieron a los españoles cerca de Tucapel y tomaron prisionero al mismo Valdivia.

La leyenda cuenta que los araucanos dieron muerte al conquistador haciéndole beber oro derretido, como para castigar la codicia del que, para obtener el precioso metal, había reducido a los indios a dura esclavitud.

Desde entonces el territorio de Arauco fué teatro de una guerra continua entre los españoles, que querían someterlo, y los indios, incansables en conservar su independencia. Esta guerra ha durado casi hasta nuestros días.



Poco más de cien años después de su fundación por los españoles, Santiago, la capital de Chile, fué destruída por el horrible terremoto de 13 de Mayo de 1647.

LA COLONIA

El Norte y el centro de Chile fueron sometidos por completo. Los indios perdieron allí su antigua libertad, su territorio fué repartido entre los conquistadores, y gobernado en nombre de los reyes de España.

Así empezó lo que se llama la Colonia.

Vamos a dar una idea de lo que llegó a ser Chile bajo este sistema.

La población de Chile se formó de la mezcla de los conquistadores españoles con los indios conquistados. Había, pues, varias clases sociales.

La más elevada era la de los españoles que venían a establecerse en el país, y que, por el hecho de haber nacido en España, eran considerados como seres superiores a los demás habitantes.

Los hijos de estos españoles, nacidos en Chile, eran llamados criollos, y cuando eran de pura raza europea gozaban de casi tanta consideración como los venidos de España, pero por lo regular se les mantenía alejados del gobierno y de los empleos públicos.

Tanto los españoles europeos como los nacidos en Chile, se casaban frecuentemente con indias, y así se formó una raza de mestizos de blancos e indios que poco a poco fueron adoptando las mismas costumbres de los conquista-

dores, aunque ocupaban un rango inferior en la sociedad.

Los indios puros, antiguos dueños del país, fueron desapareciendo poco a poco en todo el territorio dominado por los españoles; las epidemias, y el duro trabajo de las minas, a que no estaban acostumbrados, los diezmaron horriblemente, y los que sobrevivieron acabaron por confundirse con los mestizos: olvidaron su idioma y sus costumbres bárbaras, para convertirse en inquilinos de las haciendas, o en peones y artesanos de las ciudades.

Todo el país fué dividido en grandes propiedades, que se repartieron entre los conquistadores.

La mayor parte de los chilenos vivía durante la Colonia en el campo, que sin embargo estaba entonces mucho menos poblado y cultivado que hoy en día. Las casas que habitaban los dueños de las grandes haciendas, eran espaciosas, pero muy modestas, y el lujo era en ellas desconocido. En cuanto a los pobres inquilinos, debían conformarse con miserables ranchos cubiertos de paja, como aun se ven hoy en algunas regiones pobres y atrasadas de Chile.

Los caminos eran muy malos, y se ponían intransitables con las lluvias del invierno. No se viajaba sino a caballo, o en carreta; los coches eran apenas conocidos, fuera de Santiago.

Así, en cada hacienda, el propietario era como un rey, y sus trabajadores apenas gozaban de una situación superior a la de un esclavo.

Algunos de ellos, los descendientes de los antiguos indios *encomendados*, eran verdaderos esclavos.

El cultivo de esos fundos era muy fácil. La riqueza principal de las haciendas consistía en ganados, que se mataban para hacer *charqui*, o sea carne secada al sol, y sebo, productos que, en los primeros tiempos sobre todo, fueron los más importantes del país, y que se vendían para el consumo de los habitantes y para ser llevados al Perú, en cambio de otros artículos de comercio.

Algo más tarde tomó importancia el cultivo del trigo, de los frejoles, de la viña y demás frutos de la tierra.

Sólo Santiago merecía en Chile entonces el nombre de ciudad, aunque su población no llegó, hasta en los últimos años de la Colonia, sino a igualar la que ahora tienen las capitales de provincia de segundo orden, como Curicó, por ejemplo; pero era mucho más pobre todavía y más atrasada que aquéllas.

Las casas, con raras excepciones, eran de un solo piso; las mejores, de barro o adobes, y cubiertas con tejas groseras; y, así y todo, la mayoría de la ciudad era aún más miserable, pues se componía de ranchos de ramas y paja.

COSTUMBRES COLONIALES

Las familias ricas gozaban de algunas comodidades, pero que no pueden ser comparadas con las que hoy están al alcance de gentes de la condición más modesta. El aseo personal y el de las habitaciones eran refinamientos de que no se tenía la más remota idea. El lujo de los ricos consistía casi enteramente en las exterioridades, es decir, en ricos trajes de seda y terciopelo bordados de oro y plata, en costosas vajillas de metales preciosos, y en algunos muebles de valor, objetos todos que se trasmitían por herencia de padres a hijos durante varias generaciones.

Como hemos dicho, la mayor parte de los españoles que vinieron a América eran de condición muy humilde, no superior, por lo regular, a la de los inmigrantes de ahora. En los primeros tiempos de la conquista vinieron principalmente soldados para combatir con los araucanos, y más tarde comerciantes de ínfima clase, cuyos hábitos no eran muy diferentes de los de los italianos que hoy establecen pequeñas tiendas de provisiones en los barrios apartados de las ciudades de Sud América.

A fuerza de trabajo y de economía, algunos de estos comerciantes lograron enriquecerse y adquirir vastas propiedades de campo. Entonces procuraban hacer olvidar su humilde origen, y muy luego entraban a formar parte de lo que se ha llamado la aristocracia colonial;

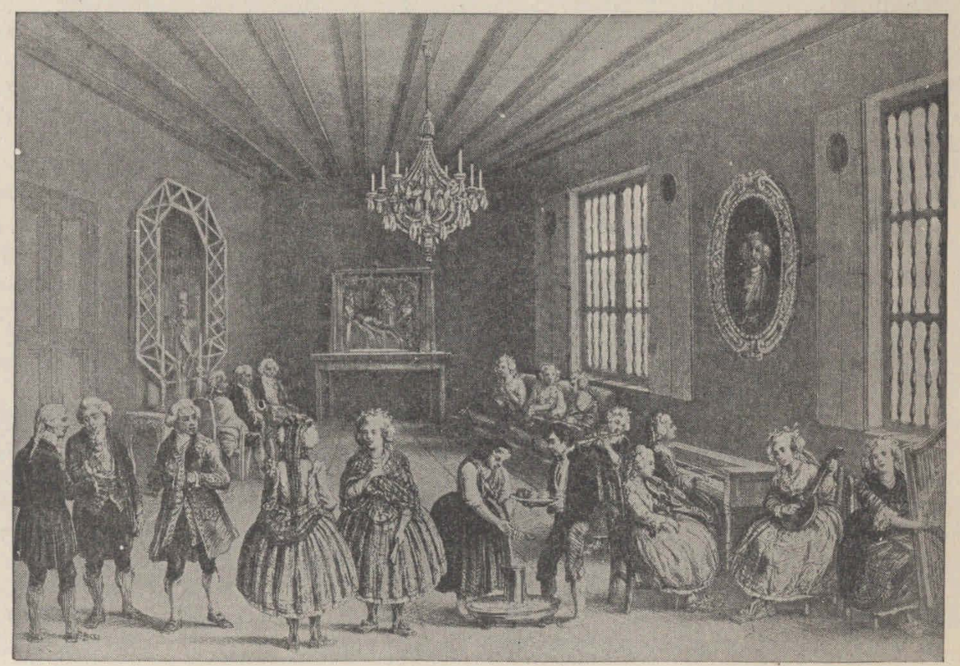
se unían por matrimonio con las familias ya empobrecidas de los antiguos conquistadores y compraban en España pergaminos según los cuales todos ellos descendían, cuando menos, de reyes o de príncipes famosos.

Las costumbres de estas gentes que, así y todo, ocupaban el más alto puesto de la sociedad chilena, eran sencillas y patriarcales. En cada casa la autoridad del padre de familia era absoluta. Los jóvenes y las niñas no gozaban de libertad alguna, y sólo se casaban con el novio o la novia elegidos por los padres. Antes del matrimonio, las mujeres no salían a la calle sino en raras ocasiones, y en los bailes y reuniones sociales era de rigor que los jóvenes de ambos sexos se sentaran separados a uno y otro lado del salón, o estrado, como entonces se decía.

Las familias eran numerosas, pero el escaso valor que tenían entonces los objetos necesarios para la vida, hacía posible para un solo dueño de casa el mantener dentro de ella no sólo a sus hijos, sino también a los descendientes y criados de éstos, como se lee en la Biblia que ocurría con los patriarcas del Antiguo Testamento.

Cuando se aproximaba la época de las cosechas, toda la familia se trasladaba a la hacienda, generalmente en carreta. Un viaje así duraba varios días, por escasa que fuera la distancia que había de recorrerse.

Entre Santiago y Valparaíso se empleaban ocho días por lo menos.



En la época colonial, las costumbres de los chilenos eran muy severas. En las reuniones sociales los jóvenes y las damas se sentaban separados los unos de las otras, a ambos lados del salón. Nuestra ilustración representa una tertulia chilena en 1790.

Muy poco instruídos eran nuestros padres: las mujeres, aún de la más alta clase, no siempre aprendían a leer y a firmar, y los pocos libros que había en las casas eran sólo devocionarios o vidas de santos.

Aquella vida tranquila, sin grandes diversiones, sin teatro ni lecturas, repartida entre el comercio y las labores del campo por una parte, y los chismes de vecindad por otra, no podía ser más monótona. Así los acontecimientos que hoy día parecen más insignificantes, ocupaban entonces todos los pensa-

mientos de nuestros padres. La elección de un superior de congregación religiosa, la llegada de España de un nuevo Gobernador o Presidente, la noticia del nacimiento de un príncipe en Madrid, las fiestas religiosas, los días de santo, la muerte de un obispo, daban lugar a charlas y comentarios por muchos días.

La alimentación era abundante y suculenta, pero poco variada. Se comía muchísima carne, puesto que un buey gordo no valía más de diez pesos. Las frutas no tenían precio: se regalaban simplemente. El te y el café no eran siquiera conocidos; el azúcar constituía un artículo de lujo al alcance sólo de los ricos, que lo empleaban para hacer confites y para endulzar el *mate*, bebida traída del Paraguay y que usaban entonces todas las clases sociales.

Si tal era en Chile la vida de los grandes señores, fácil es comprender la miseria y la ignorancia que dominaban en el bajo pueblo, sometido en los campos a los patrones y hacendados.

CONDICIÓN POLÍTICA DE CHILE DURANTE EL COLONIAJE

Chile no era entonces un país libre, es decir, que no se gobernaba a sí mismo, como sucede ahora. Sus habitantes obedecían al rey de España, esto es, a un soberano que residía más allá de los mares, a cinco o seis meses de fatigoso viaje en buques de vela.

La obediencia a este soberano constituía para los chilenos un deber religioso, que se les inculcaba desde la niñez, como ahora se les enseña el respeto y la obediencia al padre y a la madre. La discusión de los actos de gobierno era considerada como un delito, y la sola idea de sustraerse a su obediencia habría sido estimada merecedora de la pena de muerte.

El rey de España deseaba naturalmente que estas ideas no sufrieran cambio ni menoscabo con el trascurso del tiempo, y con este fin tenía adoptadas las más minuciosas precauciones.

Los extranjeros, esto es, los que no eran súbditos del rey de España, no podían residir en el país, sino por mera tolerancia y expuestos siempre a ser expulsados por las autoridades, aun cuando fueran personas tranquilas y religiosas. Así, en 1810 no había en Chile ni siquiera un centenar de extranjeros, de los cuales sólo uno no era católico.

Además, no era permitida la introducción de otros libros que aquellos aprobados por el gobierno, y como en el país no existía imprenta alguna, los chilenos no leían sino aquello que el rey de España quería permitirles.

Las leyes, por otra parte, castigaban severamente no sólo las acciones, sino las palabras contrarias a la autoridad y a la religión tal como entonces los gobernantes la entendían.

En nombre del rey de España dirigía los destinos de Chile un alto funcionario que llevaba el título de Presidente o Gobernador, y que era designado, de ordinario, por el primero de estos nombres. El Presidente no era nunca chileno, sino español, y lo mismo sucedía con los demás empleados del gobierno, con raras excepciones.

El poder del Presidente era muy vasto, puesto que era el representante del rey, el jefe del ejército, y formaba, además, parte de la Real Audiencia, que era en aquella época el Tribunal Superior del entonces llamado reino de Chile. Pero, con todo, era costumbre dejar a la resolución del gobierno español, es decir, a la del rey, aun los asuntos de importancia muy secundaria.

No existía, por supuesto, ni Congreso, ni autoridad alguna elegida por el pueblo. Todo venía del rey.

La justicia era ejercida en los pueblos y ciudades por corregidores, nombrados también por el rey, y, en segunda instancia, por la Real Audiencia, tribunal de cuyas sentencias podía apelarse ante el mismo rey.

Este sistema de gobierno en que un solo hombre es llamado por derecho de nacimiento a mandar a sus semejantes, sin ninguna limitación, es lo que se denomina absolutismo.

No vaya a creerse, sin embargo, que los gobernantes de Chile fueran malos

y tiránicos. Por el contrario, la mayoría de nuestros Presidentes coloniales, sobre todo en los últimos cien años de la dominación española, fueron hombres honrados, laboriosos, progresistas y que merecen, por sus trabajos en pro del bienestar de Chile, la gratitud de la posteridad. Pero no puede decirse lo mismo de su sistema de gobierno, y a este respecto las quejas de nuestros padres no podían ser más fundadas.

No echaban de menos entonces los chilenos unos derechos de que apenas tenían idea remota, pero les mortificaban los perjuicios que sufrían sus intereses y su amor propio bajo el gobierno de España.

Estos perjuicios eran de dos clases:

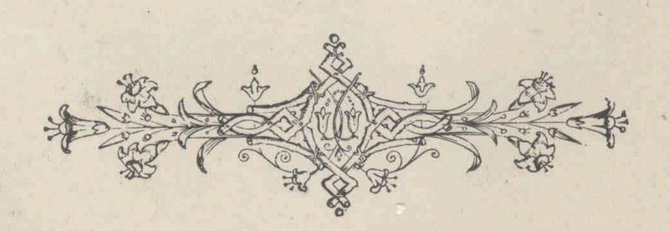
En primer lugar, todos, o casi todos, los cargos públicos eran desempeñados por españoles, por gentes que no pertenecían a nuestra sociedad, ni tenían lazos con ella. El orgullo de estos extranjeros era frecuentemente intolerable, y los mismos chilenos, dentro de las ideas de la época, contribuían a fomentar aquel orgullo, porque siempre preferían en todo al español, como si fuera de una raza superior, ya se tratara del matrimonio de una hija, o de cualquier acto social.

Esto era humillante y triste para los hijos del país. Pero lo que más perjudicaba a los chilenos de entonces, era el régimen comercial a que sometía España a sus colonias. El comercio de América estaba cerrado por completo a los extranjeros, y estos países sin industrias debían comprarlo todo en España, a pesar de que este país se encontraba muy atrasado en sus manufacturas, que eran por lo regular muy caras y de mala calidad.

En este punto el gobierno español era inflexible, y llegó hasta prohibir en América el cultivo de la viña y del olivo, a fin de que los habitantes de las colonias se vieran obligados a comprar en España el vino y el aceite.

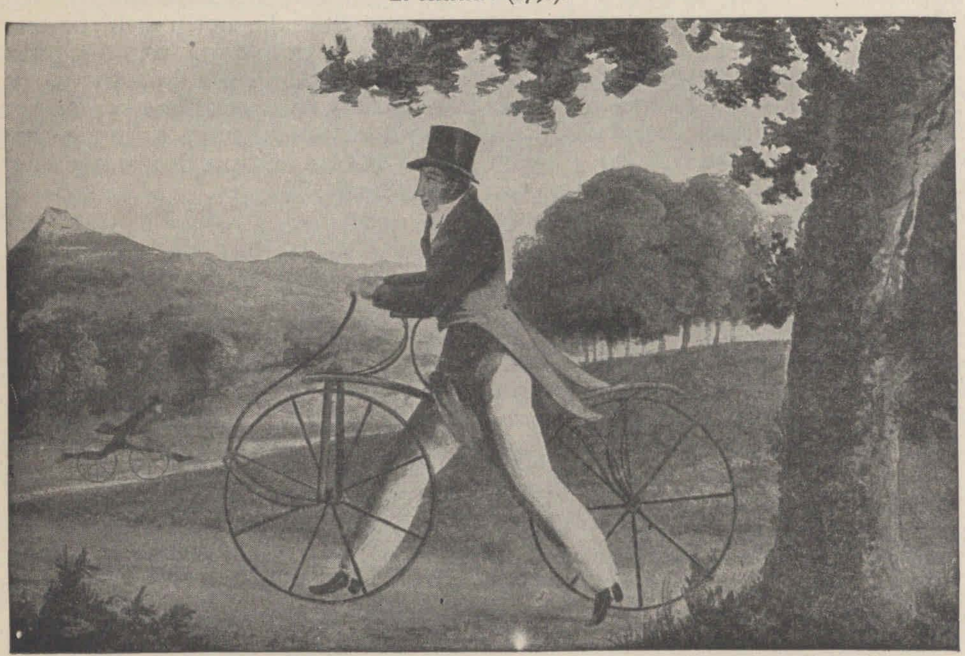
Poco a poco, algunos hombres ilustrados, en Chile y en algunas otras colonias, comenzaron a desear, como era natural, un cambio en el modo como eran gobernados estos países. No se atrevían todavía a pensar en la independencia, pero sí en conseguir la igualdad de los americanos con los españoles, para ocupar los cargos públicos, y en la libertad del comercio. Estas aspiraciones debían traer más tarde la Independencia.

Cuando las colonias inglesas de Norte América que hoy forman los Estados Unidos, se separaron de Inglaterra por motivos análogos, este ejemplo no pudo menos que alentar a los tímidos reformadores de que hemos hablado, pero, a pesar de todo, una revolución en la América española no parecía posible, y ella no habría tenido lugar sin una circunstancia especial que permitió realizarla en poco tiempo, y mucho antes de lo que los más previsores se atrevían a esperarlo.



LAS PRIMERAS BICICLETAS

El celerífero (1790).



Un biciclo antiguo: el jinete debía darle impulso apoyando los pies en el suelo.

Cosas que debemos saber

LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPÍTULO

FUNDÁNDOSE algunos escritores en las figuras descubiertas en monumentos egipcios y romanos, han sostenido que la velocipedia fué conocida ya en la antigüedad; pero lo que positivamente cabe afirmar es que los primeros ensayos, de que tenemos noticia enteramente cierta, datan de fines del siglo XVIII, época en que Sivrac inventó su *celerífero* cuya descripción daremos en breve. Una modificación ventajosa del mismo fué el aparato llamado *draisiana;* pero el primer avance hacia un modelo práctico, se realizó al inventarse los pedales y las bielas, aplicadas en un principio para poner en movimiento la rueda delantera. En estas páginas leeremos la historia de la bicicleta y estudiaremos sus diferentes partes, pudiendo ver en los grabados cómo se fabrica este útil y popular vehículo.

LA HISTORIA DE LA BICICLETA

AUNQUE es de nuestros días el deporte velocipédico, la bicicleta se ha usado desde muy atrás, y su origen se remonta al siglo antepasado, si bien no como la conocemos, y con otros nombres diferentes. Eran entonces los *velocípedos* aparatos movidos tan pronto con los pies como con las manos y brazos.

El ilustre ingeniero de montes y profesor de Mecánica, barón Carlos Federico Drais de Sauerbronn, nacido en 1785 en Ausbach (Baviera) y muerto en 1851, fué el inventor de una máquina, que de su nombre se llamó *draisiana* y se distinguía del *celerífero,* en que la rueda delantera giraba con independencia de la de atrás y no formaba un solo cuerpo con ésta. Todavía se denomina hoy en algunas partes con el nombre de draisiana al velocípedo que sirve para inspeccionar las vías férreas. Pero el *celerífero* fué, a no dudarlo, el primer antecesor de la bicicleta moderna; y en tal supuesto merece que le dediquemos aquí una minuciosa descripción. Componíase este aparato de dos ruedas, colocadas una delante de otra en el mismo plano, en armaduras en forma de horquillas sobre las que iban montados los ejes. Dichas armaduras subían por encima de las ruedas, uniéndose entre sí mediante un cuerpo de madera que llevaba en su medio un asiento en forma de silla de montar, mientras otra barra tranversal, colocada por la parte anterior a conveniente altura, hacia de timón para guiar el aparato; el jinete, montado como sobre un caballo, le imprimía movimiento apoyando los pies en el suelo para darle fuertes impulsos, lo que, sobre ser molesto, daba un aspecto al jinete inmensamente ridículo, como podemos observar en el adjunto grabado.

En 1819 aparecieron en Inglaterra los triciclos, provistos de asientos anchos y de unas palancas, que permitían ponerlos en movimiento con los pies, mientras otras servían para guiarlos. Estos aparatos, que en cierto modo representaban un adelanto en cuanto que eran movidos directamente con los pies, sin apoyarlos en tierra, como en el celerífero y la draisiana, tenían el gravísimo defecto de necesitar tres puntos de apoyo, aumentando así el rozamiento engendrado por las ruedas colocadas paralelamente, sobre todo en los cambios de dirección. A continuar por el nuevo camino, los progresos del velocipedismo hubieran sufrido un grandísimo retraso. Por fortuna, se comprendió muy luego así, volviendo los inventores a la idea primera de dos ruedas en un mismo plano. Franceses e ingleses dispútanse la gloria del equilibrio velocipédico, atribuyéndolo los primeros a Ernesto Michaux y los segundos a Kirpatrie Macmillan. Sea de ello lo que fuere, lo que podemos tener por cierto es que de 1855 a 1862 Pedro Lallement, francés, perfeccionó el celerífero de Drais, dotándole de pedales dispuestos directamente sobre la rueda delantera, y en 1866 se construyó ya con más perfección y con ruedas metálicas.

Finalmente, en 1885, dos hermanos ingleses apellidados Starley, idearon y ejecutaron la primera bicicleta, con las dos ruedas de igual diámetro, y con

movimiento propio, como vemos en las bicicletas actuales.

El biciclo antiguo tenía los pedales fijos a la rueda delantera; los Starley, en cambio, aplicaron el movimiento a la rueda trasera, pero colocaron los pedales en una ruedecita dentada, en torno a la cual corría una cadena. Ésta, al girar, ponía en movimiento una rueda pequeña que estaba unida a la rueda posterior del aparato; y de este modo se obtenía el movimiento de toda la bicicleta. Con tal innovación, la rueda delantera no tenía otra cosa que hacer sino soportar parte del peso y responder a los movimientos del timón. Es indudable que las bicicletas modernas han sido ventajosamente perfeccionadas; pero el principio mecánico a que obedecen es y ha sido siempre el mismo. El gran adelanto de la bicicleta consistió en la adición de un eje intermedio, llamado hoy *pedalier*, al que se aplica directamente la fuerza, en lugar de hacerlo a la rueda trasera, y se transmite a ésta por medio de cadena y piñones.

Mas lo que ha hecho a la bicicleta tan popular y práctica fué la aplicación de los neumáticos.

Las primeras bicicletas con las llantas macizas y más o menos delgadas, trepidaban horriblemente al marchar sobre pavimentos quebrados o desiguales, y después de haber pedaleado un buen rato, volvía el ciclista a su casa con las piernas y brazos doloridos por la continua y formidable vibración de la bicicleta.

A un veterinario inglés, Mr. Dunlop, se debe la gran mejora de construir la llanta de la bicicleta en dos partes. La primera, interior, es un verdadero tubo de caucho o goma elástica, que se llena de aire con una bomba, especialmente destinada a este uso; la segunda, exterior, es una especie de funda, cubierta en gran parte de goma, que reviste la cámara de aire o tubo interior y la protege contra clavos, espinas o piedras agudas.

El último perfeccionamiento que se ha dado a la bicicleta es la *rueda libre*, construída de tal modo que sólo funciona cuando se empuja el pedal hacia adelante. Las bicicletas de rueda libre permiten suspender el movimiento de los pedales, siempre que no sea preciso para que la bicicleta corra.

En una bajada, por ejemplo, y aun en una llanura, y durante un buen intervalo de tiempo, manteniendo los pies firmes sobre los pedales, se aisla la rueda dentada, de la trasera, la cual gira libremente sin ningún movimiento por parte del ciclista, mientras dure el impulso recibido. La ventaja está en el hecho de que el jinete es siempre dueño de su bicicleta y puede frenarla a voluntad, con los pedales. Antes de inventarse la rueda libre, cuando, por ejemplo, se quería dejar libre la bicicleta en las bajadas, era preciso abandonar los pedales: y en tal caso, si se llegaba a una velocidad demasiado elevada, no se podían volver a colocar los pies en ellos, y ocurrían caídas terribles, a veces mortales.

Junto con la bicicleta y sus perfeccionamientos han ido apareciendo el triciclo o tricicleta, el tándem, la tripleta, la cuadrupleta, quintupleta, etc., hasta la decupleta o velocípedo de diez asientos. Todos estos aparatos, con excepción del tándem, sólo sirven para carreras. Durante la época del biciclo, que, según dejamos dicho, llevaba los pedales unidos a la rueda delantera, estuvieron en boga los *starbis* y *startris*, así llamados por su inventor Star, caracterizados por llevar delante la rueda pequeña; el tándem Rotary, el *multiciclo*, el *crypto*, el *kangaroo* y otras variedades, que han pasado a la historia.

La bicicleta ha recibido diferentes formas y aplicaciones. Citaremos entre otras el *skiciclo*, construído para correr por el hielo, y que se usa mucho en los países del Norte de Europa; el « tándem sociable » o bicicleta de dos asientos, uno al lado de otro; la bicicleta desarmable, preferida por el Ejército; la camilla bicicleta, adoptada por la Cruz Roja. El principio mecánico de la bicicleta y sus perfeccionamientos se han aplicado al triciclo, usado principalmente para

transportar objetos de comercio, el cual tiene la ventaja de acomodarse a recibir toldos protectores que resguarden del sol o de la lluvia.

Hecha esta ligera reseña histórica de la bicicleta y de sus mejoras hasta nuestros días, vamos a describir tan interesante máquina, estudiando a la vez sus diferentes partes.

Hoy la bicicleta tiene, según hemos dicho, las dos ruedas próximamente iguales y colocadas en la misma línea, reunidas por una armadura llamada *cuadro*.

Las partes principales de una bicicleta son: la *cabeza* o *dirección*, la *guía* o *timón*, las *ruedas*, el *aparato motor*, el *cuadro*, las *horquillas* y la *silla*. La *cabeza* o *dirección*, es la parte que une la guía a la parte superior de la horquilla que abarca la rueda directriz. La *guía* o *timón*, tubo que parte de la horquilla anterior, avanza hacia la parte delantera de la silla y termina en un brazo transversal con dos ramas, al extremo de cada una de las cuales lleva una empuñadura de madera, caucho, etc., para cogerla, siendo las mejores empuñaduras o manillas las de corcho. Las *ruedas* se componen de *eje*, *rayos*, *pinas* y *llanta*. El eje, que se halla en el centro de la rueda, es la parte principal de la bicicleta, pues forma el punto de apoyo de la máquina; los cubos en que el eje descansa deben ser del acero más duro posible, para que tengan escaso desgaste con el continuo rozamiento del buje del eje. Al cubo convergen los rayos, que son unas varillas de acero muy delgadas y sumamente fuertes, para que la rueda tenga la solidez necesaria. La pina es la circunferencia exterior de la rueda, en la que mueren los rayos y sobre la cual se aplica la llanta por su parte exterior cóncava. Las llantas, según hemos visto anteriormente, pueden ser macizas o huecas, de caucho o goma elástica. Las últimas, esto es, las huecas, se llaman *neumáticos*, y se componen de seis partes distintas: la *llanta*, *cámara de aire*, *válvula*, *cubierta de caucho*, *capa exterior de refuerzo* y *unión de la llanta*.

El *aparato motor* de la bicicleta se compone de una rueda dentada con su correspondiente piñón, del eje de bielas con sus pedales, y de la cadena de transmisión. Al mover los pedales gira el eje, y por medio de la cadena sin fin que une el aparato motor a la rueda posterior, la máquina se pone en movimiento.

El *cuadro* es un conjunto de tubos de acero que sostiene en su parte posterior la silla en que se sienta el ciclista.

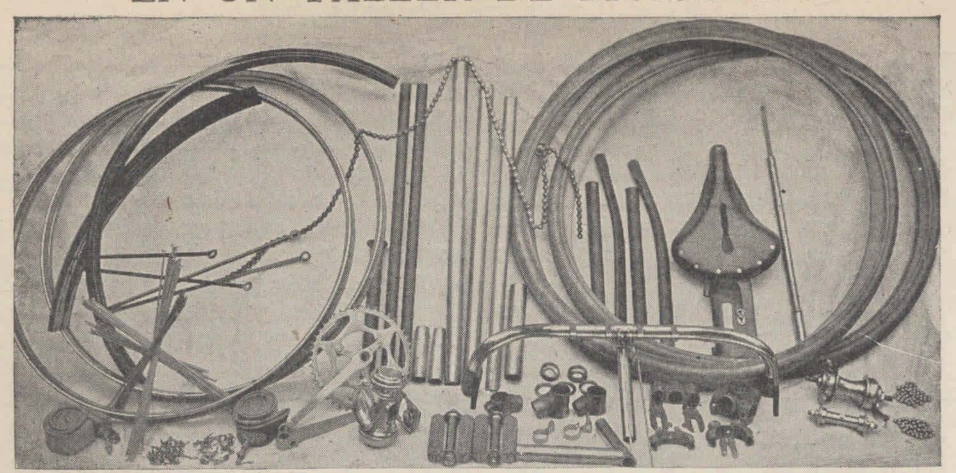
Las *horquillas* son la reunión de dos tubos paralelos, abiertos por un extremo y cerrados por el otro, que abrazan entre ambos las ruedas delantera y trasera.

Descritas ya las partes de una bicicleta, diremos que las condiciones que debe reunir ésta, son: ser de buena marca, como garantía de su construcción, y tener neumáticos de primera calidad.

Sin formar parte esencial de la bicicleta, tiene ésta varios *accesorios*, tales como el freno, las llaves, bomba, linterna, bocinas o timbres, y otros, como el maletín de herramientas, guarda-barros, guardarropa, aceitera, botiquín, etc. Todos estos accesorios han de escogerse de manera que realicen cumplidamente su fin, ocupando poco espacio y aumentando escasamente el peso de la máquina que los ha de conducir, sin producir molestias al ciclista.

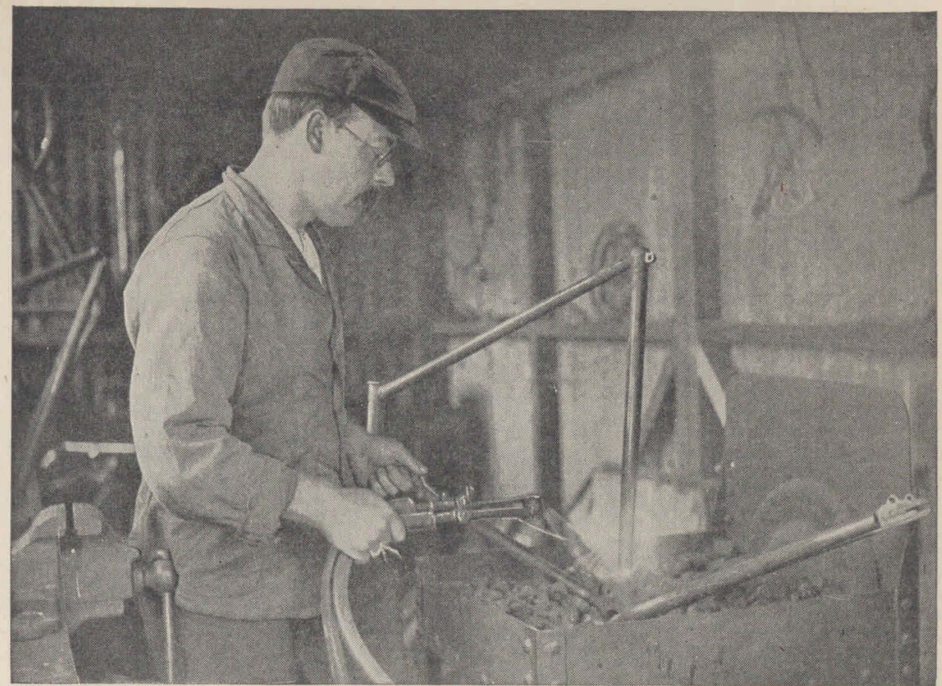
Conocida ya la bicicleta, sólo nos resta saber cómo se fabrica. Los siguientes grabados ilustrarán perfectamente los diferentes procesos de su construcción.

EN UN TALLER DE BICICLETAS

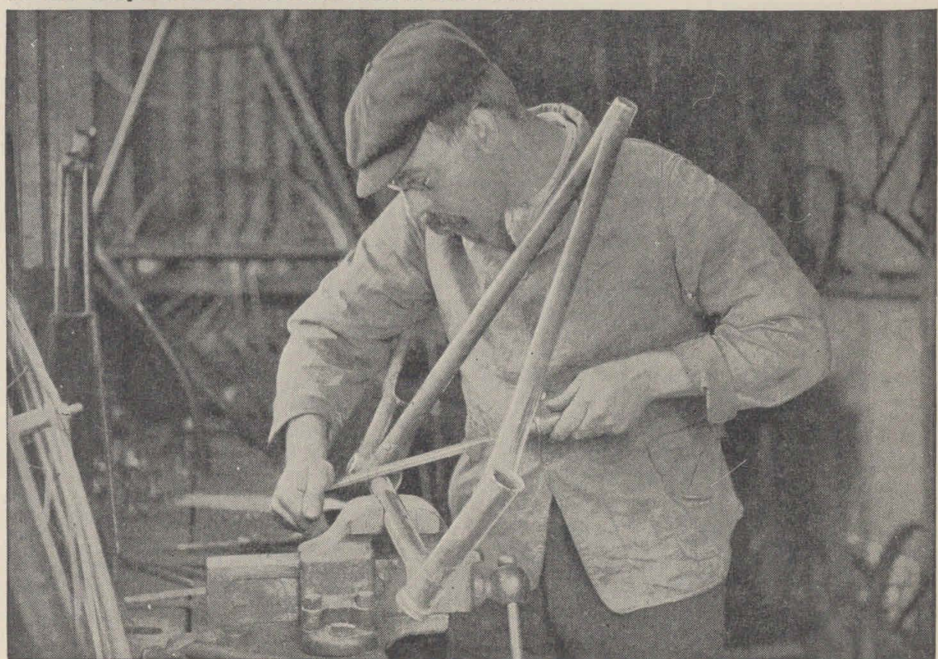


Cuando vemos una bicicleta pasar rápida y silenciosa por la calle o colocada de muestra en un escaparate, no pensamos ciertamente en las muchísimas partes de que se compone. No menos de trescientas, entre grandes y pequeñas, de acero y de goma, son necesarias para construirla.

El mecánico que hace el cuadro de la bicicleta se nos presenta adaptando los trozos de tubo de acero, después de haberlos cortado de la medida necesaria y preparado convenientemente para dar solidez a las uniones. El cuadro o armadura central es una parte muy importante de la bicicleta, pues debe ofrecer gran resistencia.



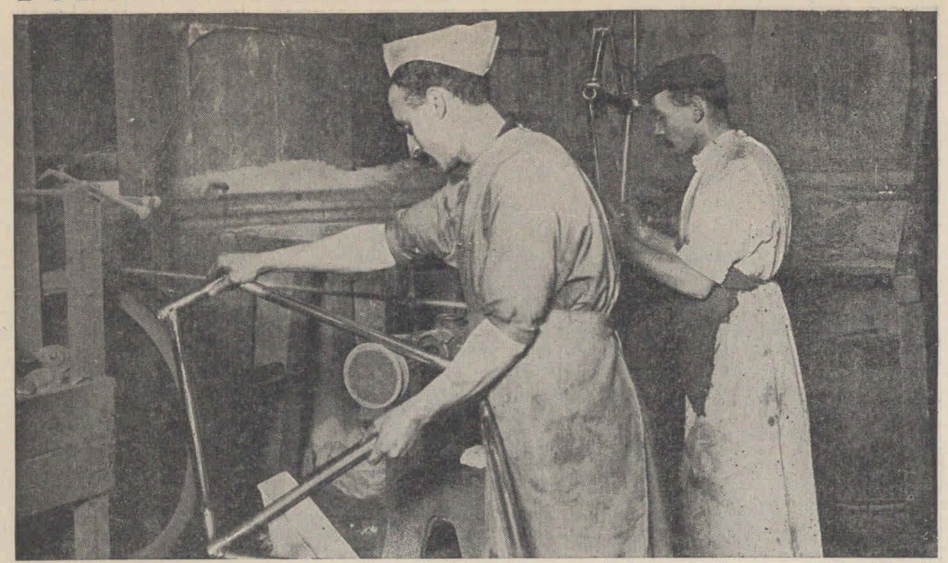
En habiendo adaptado los tubos unos a otros, es necesario fijarlos por medio de la soldadura para que no se muevan. Para hacerlo, el mecánico se sirve de un aparato del que parten dos tubos, uno de los cuales despide aire y el otro gas. Encendido el gas, el otro tubo mantiene alimentada vivamente la llama por medio de un fuelle que el mecánico pone en movimiento. Los tubos que han de ser soldados se ponen rojos; entonces el operario introduce en las junturas pedacitos de bronce o de otro metal, mezclados con bórax, y el calor que los funde une perfectamente las extremidades de dichos tubos.



Terminada la soldadura, ésta presenta una superficie áspera y desigual, y es preciso afinarla con la lima para que la unión quede lisa y pulida. Este grabado nos da idea exacta de este trabajo.

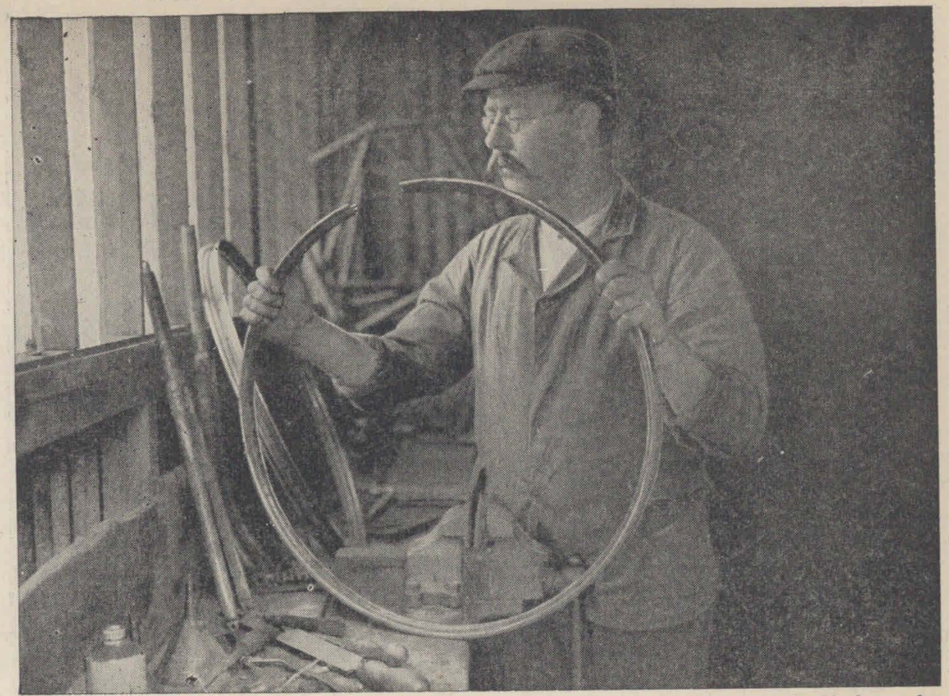


PULIDO Y BARNIZADO DE LA BICICLETA

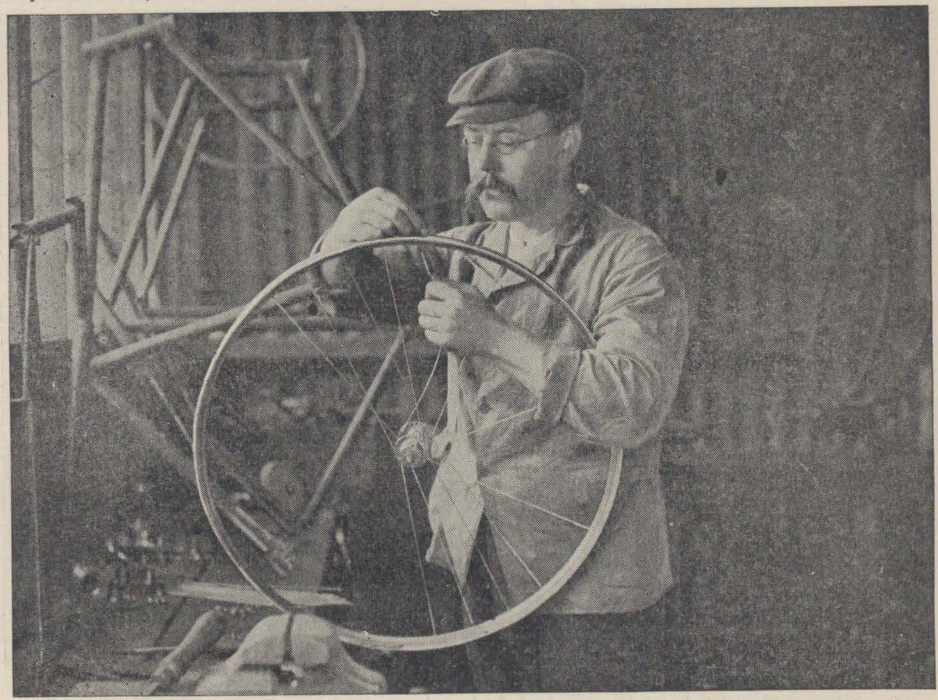


¿Habéis visto qué hermoso color negro tienen la bicicletas nuevas? Este barnizado no es posible obtenerlo sin haber previamente pulido el metal que aquél debe recubrir. Al efecto se pasa el cuadro entre ruedas en movimiento, de las cuales unas están cubiertas de esmeril, otras de cuero y otras de fieltro. A unas y otras se apiica sucesivamente el cuadro hasta que queda perfectamente liso y brillante.

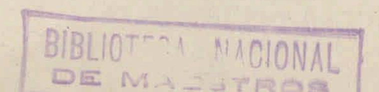
Cuando el cuadro está perfectamente pulimentado se le da una mano de barniz especial negro, y antes que éste se seque se le introduce en un horno calentado por mecheros de gas. Se cierra la puerta del horno y el calor seca, o, por mejor decir, endurece la capa de barniz, dándole la resistencia del esmalte. Luego se saca el cuadro del horno, se alisa su superficie con una pasta a propósito, se le da una nueva mano de barniz y se le vuelve al horno. Repetidas estas operaciones por tercera vez, se obtiene un barnizado igual y brillantísimo.

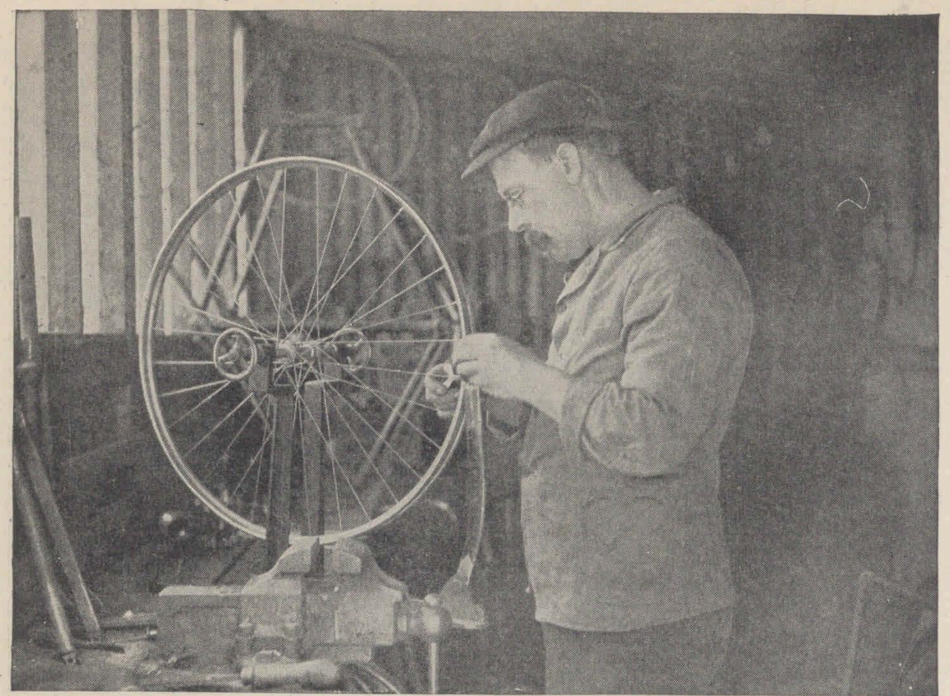


Ponénse láminas de acero, de proporcionada anchura, en una máquina, que no se ve en el grabado, y se las dobla circularmente. Después de esto se sueldan sus extremidades en la forma ya indicada. Luego, pulido y niquelado el aro, es fácil convertirlo en una rueda, a la que se aplicarán los rayos, como se ve a continuación.

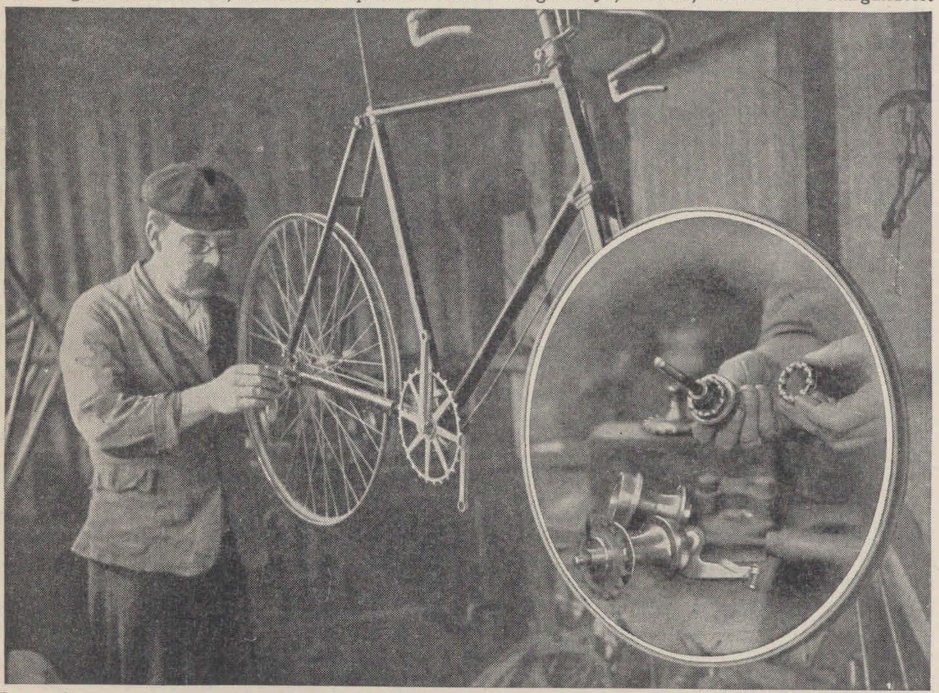


El mecánico coloca los rayos en la rueda. Cuando estas sutiles varillas de acero han sido atornilladas a justa distancia, de modo que den a la rueda una forma perfecta y perenne, es decir, la de un circulo exacto, y después de barnizadas las ruedas al fuego, y, por tanto, perfectamente acabadas, se las puede aplicar al marco.

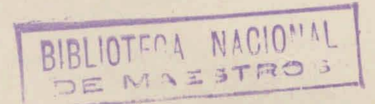


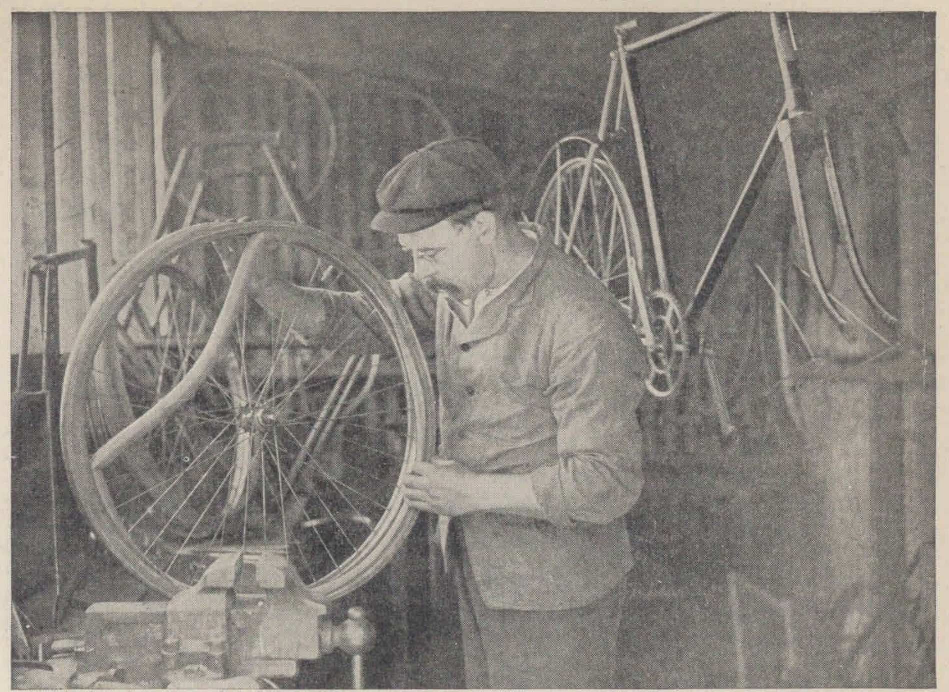


Aquí vemos la rueda terminada, con todos sus rayos, y colocada sobre un instrumento que permite al mecánico verificar su forma, la cual, como ya se ha dicho, debe ser absolutamente perfecta; si no lo fuese, es corregida con atención, añadiendo o quitando tensión a algún rayo, es decir, acortándolo o alargándolo.

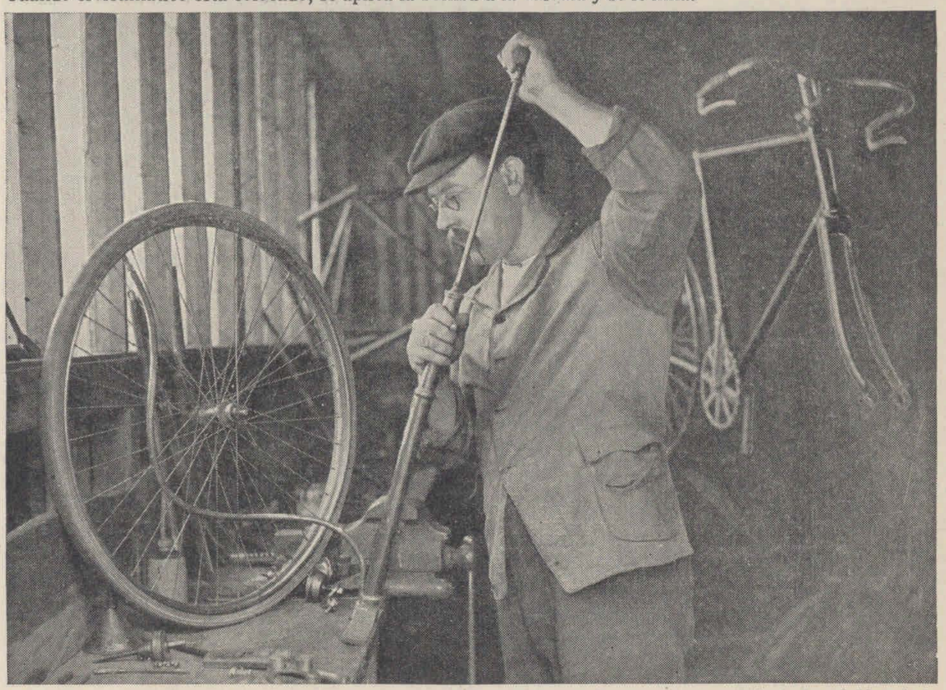


La rueda trasera en su lugar, con la rueda dentada, la cadena y las bielas de los pedales. En el círculo del grabado se ve el interior del cubo de la rueda con las bolitas que giran dentro de él, las cuales sirven para dar a la bicicleta la mayor suavidad posible en la marcha.





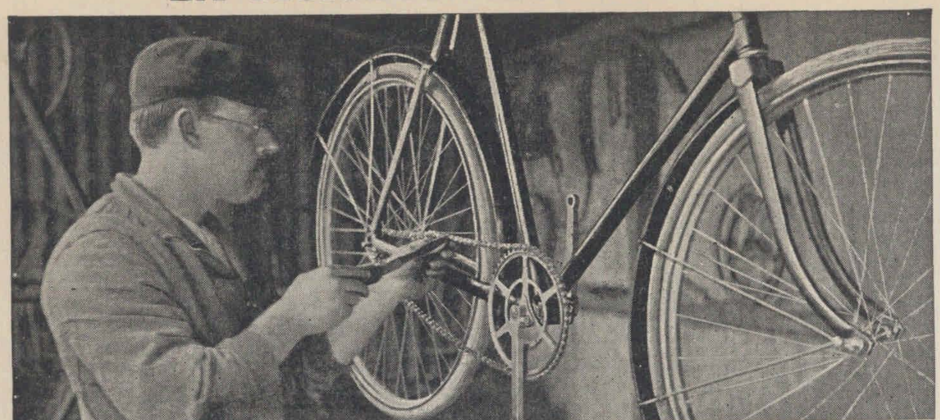
En el grabado podemos ver que está aún por colocar dentro del aro un trozo de la cámara de aire. Este tubo de goma enteramente hueco, es inflado por medio de una bomba, que se ajusta a una válvula, la cual, cerrada herméticamente, lo mantiene dentro e impide su escape. La cubierta exterior, también de goma casi toda, se coloca sobre la cámara de aire, para dar resistencia a las ruedas de la máquina y protección al tubo interior. Cuando el neumático está colocado, se aplica la bomba a la válvula y se le infla.



El operario infla el neumático, cuidando de que quede bien lleno y tirante y que no sobresalga del borde la cámara de aire, porque el tubo de goma se cortaría.



LA BICICLETA TERMINADA



La tensión de la cadena no debe ser excesiva, pues correría peligro de romperse y sería difícil hacer andar la máquina; pero tampoco se la ha de dejar floja porque en tal caso se saldría de los dientes de la rueda. Observemos que los pedales están aún por colocar.



He aquí la bicicleta terminada. La silla y los pedales están en su lugar: los neumáticos inflados; y los frenos colocados de modo que el ciclista se puede servir de ellos según el caso.



Cada una de estas bicicletas ha pasado por las diferentes operaciones que hemos expuesto y por otras más. Desde las grandes fundiciones donde se templa el acero, hasta el almacén elegante en que las bicicletas ligeras y brillantes atraen nuestras miradas, se ha consumido mucha energía, mucha paciencia y muchísimo trabajo.



LO QUE NOS ENSEÑA ESTE CAPITULO

YA hemos estudiado el uso de los dientes y el modo de cuidarlos. Pero además de los dientes, hay en la boca otras muchas cosas que son de gran importancia e interés. En este capítulo estudiamos los labios, la mucosa bucal y el humor que elabora; y en él aprendemos que al comer se produce en la boca una secreción, que modificando químicamente el alimento, lo prepara para entrar en nuestra sangre. El proceso de la masticación es importantísimo, pues contribuye a la acción que la saliva ejerce sobre los alimentos. La última parte que estudiamos en la boca es la lengua, maravilloso órgano muscular que nos es de necesidad imprescindible, no sólo para hablar, sino también para comer y apreciar toda clase de sabores. También aprendemos algo acerca de éstos y de la ventaja de poseer el sentido del gusto para percibirlos.

LA BOCA Y LA COMIDA

LOS labios tienen gran importancia y son dignos de un estudio detenido. Deben permanecer siempre unidos para mantener cerrada la cavidad bucal, y abrirse sólo cuando comemos o hablamos, pues la boca no se ha hecho para servir de medio respiratorio, según hemos visto ya. Están abundantemente provistos de nervios, y esa circunstancia, a la que deben su gran sensibilidad, es preciosa, porque los labios vienen a ser la guardia de esta entrada del cuerpo; y todo aquello que tiene sabor desagradable o molesto o no es idóneo para servir de alimento, es percibido inmediatamente por los labios, que se cierran, impidiéndole la entrada o expulsándolo de la boca. Resulta muy interesante e instructivo ver cómo los labios de los pequeñuelos descubren y rehusan en el acto todo lo que ellos no consideran bueno para ingerirlo.

Los labios están cubiertos de una piel muy delgada y delicada, cuya superficie va modificándose y mudando de carácter a medida que se interna hacia el fondo de la boca, llamándose entonces membrana mucosa. Esta mucosa, que tapiza las paredes de la cavidad bucal (y la mayor parte de las superficies interiores del cuerpo), se llama así porque produce una substancia suave y compacta, llamada mucosidad, humor que es inapreciable, aunque nos resulta algo molesto cuando estamos resfriados, y nuestra nariz lo produce en cantidad excesiva. Los microbios quedan presos en esta mucosidad, que no les permite pasar al interior del cuerpo, y es algo antiséptica o venenosa para tales microorganismos; ella también recoge el polvo haciendo por ejemplo, que la parte interna del labio y la encía puedan ponerse libremente y con toda facilidad en contacto, sin quedarse pegados uno y otra. Así es que, como vemos, hace el oficio del aceite lubricante que ponemos en una máquina, o en los ejes de un automóvil o bicicleta, para que puedan correr suavemente. También reviste nuestro alimento con una pequeña capa antes de deglutirlo, para que esta operación pueda efectuarse fácil y ligeramente.

La producción de moco por la membrana depende del sistema nervioso, y puede ser perturbada por un afecto del ánimo, como el enfado o el temor, haciendo que la boca se vuelva seca y que apenas podamos engullir. Algunas veces en la India, cuando hay varios sospechosos de haber robado algo, se les hace tomar un bocado de algún alimento seco, como arroz o trigo, obligándoles a tragarlo. Como el cerebro del culpable se halla sobreexcitado por la angustia y el temor, la mucosa bucal no puede producir bastante humor para ablandar y envolver el alimento; y el delincuente que en vano se esfuerza para deglutirlo, queda así descubierto.

También afluye a la boca, cuando comemos o vemos algo que quisiéramos comer, un líquido muy acuoso, diferente por completo del moco, y que se llama saliva. De ahí viene el decir que « la boca se nos hace agua », al ver algo que nos gusta. La saliva no se produce en la cavidad bucal, sino en unas glándulas especiales que se encuentran debajo

del oído y también bajo la lengua y bajo la mandíbula, y son tres en cada lado. Se llaman glándulas salivales, y en las serpientes venenosas son las que segregan el veneno. Los dientes que se encuentran más próximos a la boca de los conductos secretores de estas glándulas, son los últimos, generalmente, en caer, ya que la saliva es alcalina, y como ya hemos visto se combina con los ácidos que podrían destruir los dientes y, por tanto, los conserva.

MODIFICACIONES QUE SUFRE NUESTRO ALIMENTO ANTES DE ASIMILARLO EL ORGANISMO

Hemos visto ya cuán importante es la saliva, no únicamente porque ablanda el alimento, sino porque contiene también un fermento especial, una substancia química muy complicada, que tiene la propiedad de convertir el almidón en azúcar. No puede hacer nada más; pero en la mayor parte de nuestro alimento hay mucha cantidad de almidón, y todo él necesita ser convertido en azúcar para que pueda asimilarlo nuestro cuerpo. Al fermentar, se convierte en líquido, y éste ayuda a disolver en parte el alimento, haciendo que el resto sea digerido (es decir, fermentado) más fácilmente al llegar al estómago. Esta víscera no tiene bastante fuerza para digerir el almidón, y así es que puede ser de graves consecuencias el hecho de que cuando comemos no se produzca en la boca la suficiente saliva para que el fermento del almidón pueda mezclarse completamente con el alimento.

Si tragamos éste sin estar bien masticado, se pierde casi todo su valor y estamos expuestos a sufrir indigestiones. En cambio, si lo masticamos perfectamente, se produce mucha saliva en la boca; es cosa probada que la masticación excita la actividad de las glándulas salivales, y esto podemos comprobarlo a cualquier hora en nosotros mismos.

MODO DE COMER BIEN, OPERACIÓN IMPORTANTÍSIMA QUE TODO EL MUNDO DEBIERA SABER EJECUTAR

Cuando masticamos, la saliva y el alimento se mezclan; esta mezcla toma la forma de bola, que se recubre por igual de substancia mucosa, quedando entonces, y no antes, en estado de ser engullida. Al llegar al estómago, el almidón es digerido por la saliva y convertido en azúcar, y en esta forma pasa a la sangre, sirviendo para darnos fuerza y calor. La digestión o fermentación tiene lugar en el estómago; mas el fermento de la digestión no proviene de éste, sino de las glándulas salivales. Por tanto, el efectuar debidamente la parte primordial de esta función, es cosa que depende directamente de nuestra voluntad, pues en nosotros está el masticar bien o mal.

Si esta primera parte de la digestión se hace en buenas condiciones, facilita todas las demás, como hemos visto, pues al disolverse, el almidón del alimento favorece la penetración de los jugos del estómago en el resto de la substancia alimenticia; y en todos los casos, salvo los cuerpos enfermos, el proceso de la digestión se cumple desde el principio hasta el fin, si hemos tenido la precaucion de empezarlo bien, masticando como es debido. A todos nos conviene saber esto; y los niños debieran aprender a masticar, cosa que en verdad no es difícil de hacer bien habitualmente. Si nos tomamos la molestia de prestar atención a este acto desde un principio, al cabo de poco tiempo el cerebro se acostumbra a mover regularmente las mandíbulas antes de engullir nada, y desde entonces ya no tenemos que preocuparnos más. Esta es una buena costumbre y de las mejores que podemos adoptar. No es en modo alguno más difícil de aprender que las malas costumbres, y bien vemos que éstas se aprenden, por desgracia, fácilmente.

EL COMER BIEN ES LA BASE DE LA SALUD Y BUENA NUTRICIÓN

Verdaderamente, resulta pesado que se nos diga y repita continuamente, que mastiquemos bien el alimento antes de engullirlo; pero la costumbre de respirar solamente por la nariz, de lo cual ya hemos tratado, y la de masticar bien, son la base de la buena salud,

sin la cual no se puede ser feliz ni útil en este mundo. Sería perder el tiempo vanamente, si al estudiar nuestro cuerpo, su constitución y funcionamiento, no aprendiéramos el modo de conservar bien nuestra salud; pero podemos aprenderlo, y ésta es la razón por que debemos estudiar nuestro organismo, hasta conocerlo mil veces mejor que ahora. Verdaderamente lo conocemos muy poco; pero sobre lo poco que sabemos de él debemos obrar, y entonces éste *conocimiento* se convierte en algo que vale más, en *prudencia.*

No hemos dicho el nombre del fermento que se encuentra en la saliva, ni los nombres de las diversas glándulas salivales, ni hemos escrito la fórmula química que nos demuestra la conversión del almidón en azúcar al combinarse con el agua. Todo esto es muy interesante; mas a nosotros no nos importa. Lo que verdaderamente nos interesa es conocer nuestros deberes para con nuestro propio cuerpo, y cumplir con ellos.

Pero al estudiar la boca encontramos, a más de los labios que la cierran, de la membrana mucosa que tapiza su interior, de los dientes de que está provista, y de la saliva que a ella afluye, otro órgano maravilloso: la lengua.

LA HABILIDAD DE LA LENGUA, QUE NOS AYUDA A COMER Y HABLAR

Es infinita la utilidad de la lengua. Esto, que es verdad en los animales de orden inferior, lo es más todavía en nosotros, pues nos sirve para hablar. Tan importante es la lengua como órgano de expresión, que hasta se dice « una lengua extranjera », cuando queremos significar un idioma extranjero.

La lengua forma verdaderamente un núcleo de músculos de los cuales unos se extienden a lo largo de ella desde la raíz a los labios, y otros la atraviesan a lo ancho. Cualquiera de estos músculos puede usarse independientemente de los otros, o bien en combinación con ellos, así es que la lengua puede moverse en todos sentidos; podemos alargarla o acortarla, o podemos ahuecarla, produciendo un ruido muy sonoro, como hacen los niños cuando lloran, y que todo buen cantante debe saber hacer también. Una de las cosas más notables de nuestro cuerpo es el poder servirnos para fines especiales, como el hablar, de órganos que los animales inferiores también poseen y que en un principio no fueron creados para tales fines, pues los usos más antiguos de la lengua, a los cuales todavía la aplicamos, son muy diferentes. La lengua busca en la boca, y en ella encuentra, el alimento. En algunos animales, como los monos, que todavía tienen los carrillos en forma de bolsa, sirve para depositar el alimento hasta que lo necesitan. Los chiquillos también a veces la usan con este fin, cuando se les da caramelos u otras golosinas.

MODO MARAVILLOSO COMO LA LENGUA NOS AYUDA EN LAS COMIDAS

Para deglutir el alimento, debemos siempre hacer uso de la lengua. Ésta es la que lo remueve en la debida dirección para que los dientes lo trituren y pueda ser ya ingerido; ella también es la que da la forma de bola a las diferentes porciones de los alimentos, la hace correr por su superficie, hacia el interior, y luego la lanza a la garganta por donde se desliza hasta el estómago. Probad a comer o engullir sin mover la lengua y en seguida veréis cuán imprescindible es este órgano.

La lengua, también conserva la boca limpia y libre de todo cuerpo impropio para ser deglutido. Ella descubre las espinas del pescado y ella las coge y las lleva hasta los labios, para expulsarlas. Como vemos, la lengua, lo mismo que los labios, es una especie de centinela que sólo deja pasar al interior del cuerpo lo que considera conveniente. Nosotros no usamos ya la lengua para limpiarnos la boca y la parte exterior de los labios; pero muchos animales usan la suya como esponja y toalla, como limpiauñas y cepillo de los dientes, por más que en este concepto también la utilizamos nosotros. Fijaos en un gato cuando se está lavando, o bien lava a sus gatitos, y veréis de cuánto le sirve la lengua en esta operación. Si pasáis el

dedo por su superficie, observaréis qué endurecida la tiene. La lengua del gato es mucho más callosa que la nuestra; y esto nos suministra nuevo ejemplo de la clase de alimento que es más adecuado para nuestra nutrición. El gato es un animal carnívoro y su lengua le sirve de raspador o rallo para roer la carne que come.

LAS CUATRO CLASES DE SABOR QUE ENCONTRAMOS CON LA LENGUA

El tigre, con su lengua, os chupará la sangre si os dejáis lamer los brazos. Cuando examinamos la lengua de este animal, vemos que está provista de unas fibras afiladas que se mantienen erguidas, pero un poco curvadas hacia atrás. Nuestra lengua es relativamente lisa.

Pero a más de todas estas particularidades, nuestra lengua es notable por ser el órgano del gusto. Se halla recubierta de unos pequeños puntos especiales a los cuales van a parar los nervios desde el cerebro. Estos bulbos o papilas, como se les llama, son más abundantes en sus costados y en la punta que en la raíz, la cual sirve especialmente para formar el bolo alimenticio y hacerlo pasar a la garganta. Las diversas partes de la lengua difieren en el grado de sensibilidad para percibir los diferentes sabores. Aparentemente existen de éstos cuatro principales, que son: el sabor dulce, el salado, el ácido y el amargo, y puede ser que en la lengua haya nervios y quizá papilas especiales para cada uno de ellos. Otros sabores que no están comprendidos en esa clasificación general, se componen probablemente de combinaciones de los cuatro que la forman y también, en parte, son debidos al olfato. Este sentido influye mucho, quizá más de lo que nos figuramos, en lo que llamamos gusto de los alimentos. Cuando estamos resfriados y no podemos oler, las comidas no nos parecen tan sabrosas.

PROPIEDADES DEL GUSTO Y SU UTILIDAD

Debemos recordar que dos de estos sabores—ácido y salado—corresponden a dos grandes clases de compuestos químicos, de que ya hemos tratado anteriormente. El dulce corresponde a los compuestos llamados glucosas; el amargo quizás pertenece también a algún compuesto químico especial. Debemos apartarnos del error común de confundir lo ácido con lo amargo. Verdad es que nadie suele llamar ácido a lo que es realmente amargo; pero oímos decir frecuentemente que una cosa es amarga, cuando en verdad no tiene nada de amarga, sino que es ácida. En nada se parece el gusto del limón, que es ácido, al de la quinina, que es amarga.

La lengua, pues, además de ser el órgano principal de la palabra en los seres humanos, es el del gusto, y debemos saber cuál es el uso de este sentido. Generalmente lo consideramos como si nos hubiera sido dado para proporcionarnos *satisfacción*; pero bueno es advertir que ninguno de los sentidos tiene por fin el deleite; todos existen únicamente por pura utilidad. La música y los espectáculos hermosos nos causan placer; pero el uso primordial a que están destinados los sentidos de la visión y el oído es oir y ver las cosas, ayudándonos así en la ejecución de nuestros actos. Y, aunque usamos principalmente el sentido del gusto para el placer, su verdadero oficio es el de avisarnos qué cosas son propias para comer y cuáles no lo son.

CÓMO LA LENGUA ACTÚA DE CENTINELA PARA LIBRARNOS DE TODO LO NOCIVO

Así la lengua viene a ser un centinela de nuestra economía, porque a más de ser el órgano del gusto, también lo es del tacto, y encuentra cuerpos, como los huesos, que nos causarían daño si nos los tragáramos. Químicamente hablando es también un centinela, porque con el gusto nos dice lo que deseamos saber respecto a la composición química de nuestros alimentos. Reconoce el azúcar y lo deja pasar, porque es bueno para el cuerpo. Cuando en nuestras comidas entra alguna vianda que está pasada, nos lo indica haciéndonos notar su mal sabor, salvándonos así del daño que nos podría causar si nos la comiéramos. La lengua, lo mismo que todas las demás partes del cuerpo, puede

cometer equivocaciones; pero como órgano del gusto sólo existe para advertirnos lo que es bueno y lo que es malo.

No creemos que el fin del sentido del gusto sea inducirnos a comer. Cuando verdaderamente nos sentimos hambrientos, hasta el pan más duro nos parece excelente, a pesar de no tener ningún gusto. Por otra parte, las personas que han perdido la lengua o el sentido del gusto, sienten ganas de comer, lo mismo que las demás. Así pues, es de creer que la facultad de poder gustar las cosas no tiene por objeto inducirnos a comer, sino ayudarnos a elegir los alimentos.

Esto lo demostramos nosotros mismos, cuando decimos que una persona tiene « buen gusto ». No es que queramos decir, por ejemplo, que está ávido de música, sino que sabe escoger entre la buena y la mala música; y « buen gusto » con respecto al vestir, no quiere decir que a una persona le guste ir vestida, pues esto le gusta tanto si tiene buen gusto como si lo tiene malo, sino que sabe elegir entre las telas toscas y las finas, entre los colores chillones y los serios. Consideremos, pues, el gusto como seleccionador y procuremos no engañar la lengua cargando de substancias de sabor fuerte nuestros alimentos.

LO QUE OCURRE AL INGERIR LOS ALIMENTOS

La lengua y la boca se emplean para el acto de ingerir. Cuando el alimento está dispuesto, no antes, se coloca en la base de la lengua, cerca de la garganta. Así se avisa al cerebro, y entonces el « centro absorbente » (un grupo de células nerviosas que en el cerebro tenemos y al cual está confiada esta función) dispone que se cierre la abertura que conduce a los pulmones, hace levantar el velo palatino, o cortina que tenemos al final del paladar, para que el alimento no pueda pasar equivocadamente a la nariz, y hace contraerse los músculos de la garganta con un movimiento ondulatorio para que el alimento pase perfectamente a la faringe. La faringe o tragadero es un conducto muscular por donde se desliza el bolo alimenticio al esófago, otro conducto más largo que, a su vez, pasando a través del pecho, y atravesando un orificio del diafragma, termina en el estómago. El tubo formado por la faringe y el esófago se contrae de un extremo a otro, haciendo correr el alimento por su interior, hasta que, en cuatro o cinco segundos, por regla general, lo hace entrar en el estómago, donde lo dejaremos por ahora.

LA PIEDRA

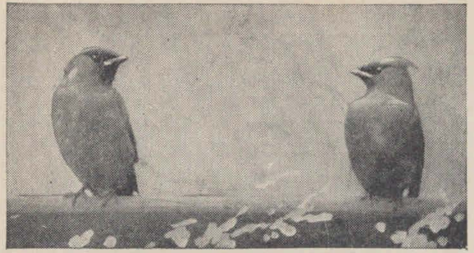
UNA piedra, recién desenterrada por la corriente, brillaba límpida al borde de un agradable bosquecillo, situado sobre un pedregoso camino, rodeada de hierbas y flores; al ver desde su mirador el continuo chocar de las piedras del profundo camino, viniéronle deseos de precipitarse a él, diciéndose:

—¿Qué hago yo entre estas hierbas? Mejor es que vaya a vivir con mis hermanas.

Y, dejándose caer entre sus deseadas compañeras, terminó su voluble curso. No tardó mucho, como aquéllas, en ser aplastada por las ruedas de los carros, por las patas de los herrados caballos y por los pies de los caminantes. Todos la hacían rodar y la apisonaban, y cuando veíase cubierta de barro o de estiércol, dirigía apenada los ojos al lugar de solitaria paz de donde había salido.

Así sucede a los que dejan la vida contemplativa del campo, para ir a habitar en las ciudades, entre la gente maleada de las mismas.

PÁJAROS RAROS, DE EXTRAÑO PLUMAJE



El picotero luce sólo en el estado de adulto los colores de sus plumas, de un rojo parecido al lacre.



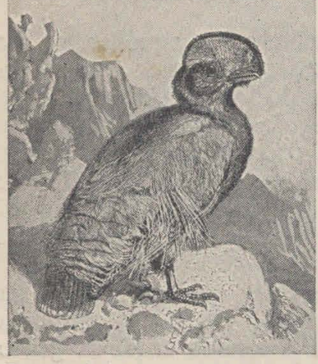
El manaquín tropical ostenta brillantes colores y una barba de plumaje. Vuela curiosamente produciendo un ruido semejante al del torno de hilar.



El campanero produce un sonido como el de una campanilla, y al llamarse y responderse imita el martilleo sobre un yunque.



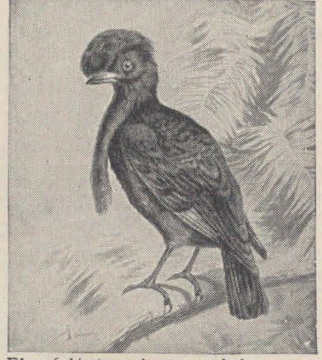
La chotacabras vuela en la oscuridad silenciosamente, imitando el sesgado movimiento de la golondrina.



El gallo de las rocas pertenece a las aves gárrulas, tiene las plumas de un vivo anaranjado, y cresta que se extiende hasta la punta del pico.



El quetzal o caluro resplandeciente de la América Central tiene magníficas plumas de gayos colores que persisten después de muerta el ave.



El cefalóptero de parasol, la mayor de las aves gárrulas, es notable por su capucha de pintadas plumas.



El franjeado cotinga es un pájaro del Brasil que vive en las copas de los árboles, y sólo baja de ellas para buscar alimento.

DIMINUTAS MARAVILLAS DEL AIRE



La naturaleza ha vestido de sus más hermosas galas a estas pequeñísimas avecillas, que parecen joyas volantes.



LA VIVIENDA DE LOS PÁJAROS TEJEDORES

LAS AVES DE HERMOSO PLUMAJE

Al considerar la maravillosa variedad de plumaje que ofrecen las aves, nos parece ver los efectos de algún mágico poder, que se ha complacido en efectuar las más caprichosas y arbitrarias transformaciones. Unas muestran colores resplandecientes; otras apenas se distinguen de las rocas o matorrales en que viven: ¿no se diría que la Naturaleza reparte a capricho sus dones? Sin embargo, nada más lejos de la verdad. El aspecto de las aves es el resultado de largas edades de transición, en las que las leyes naturales han proseguido su lento y continuo trabajo.

Supongamos a un cierto número de aves que viven en un lugar habitado también por una multitud de poderosos enemigos. No pueden vencerlos ni evitarlos luchando con ellos, porque no está la fuerza de su parte. No pueden huir volando, porque sus enemigos vuelan mejor. Lo probable es, pues, que perezcan. Pero si el plumaje de algunas de estas aves es del color de las rocas o de la arena, de los árboles o de las malezas, de la tierra o de las hierbas de las pampas, como ocurre con los *Noturos enanos*, o yuambús carapés del Paraguay, hay grandes probabilidades de que salven sus vidas.

Las aves que no disfrutan de esta ventaja serán descubiertas y sacrificadas; pero las otras vivirán, y los pequeñuelos nacidos de sus huevos presentarán el mismo aspecto. Esconderse para salvarse será uno de los caracteres de su naturaleza. Su aspecto irá gradualmente asemejándose al de los objetos que los rodean. Si el paso de las estaciones trae consigo grandes cambios en el follaje, las aves adquieren la facultad de cambiar sus plumas y conservarán su semejanza con las ramas que sostienen sus nidos.

Este es un medio que las aves reciben de la Naturaleza para poder vivir y prosperar. Pero hay otro: el apareamiento de cada hembra con el más fuerte y vistoso de los machos que la pretenden. Es, como se ve, una representación en el reino animal de las historias fabulosas de princesas que se casan con los caballeros más valientes y hermosos. De este modo cada generación tiende a ser más fuerte y resistente que las anteriores. Pero las hembras de las especies vestidas de brillantes colores suelen ser de modesto aspecto, lo cual es una ventaja en el sentido de permitirles incubar sus huevos sin ser descubiertas por sus enemigos.

Las especies más vistosas son las aves del paraíso y los colibríes. Las primeras son, como los tilonorrincos, parientes de las urracas. Pero sólo un naturalista sabría descubrir este parentesco. Para quien no está familiarizado con la historia natural, no hay mayor contraposición que la existente entre la urraca y el ave del paraíso. No obstante, ciertas especies de éstas difieren más de

otras especies congéneres, que de las urracas. Hay cerca de cincuenta especies de aves del paraíso, y algunas de ellas pueden reclamar un lugar entre las más hermosas criaturas de la Naturaleza.

EL BRILLANTE PLUMAJE DE LAS AVES DEL PARAÍSO

Una de ellas es conocida con el nombre de ave del paraíso de doce cordoncillos. Su cola es corta y cuadrada, pero posee doce apéndices caudales, largos y enhiestos, que no son otra cosa que los cañones desnudos de otras tantas plumas, situadas hacia los lados de las alas, y que dan al ave el aspecto más extraño. Los principales colores de su magnífico plumaje son el bronce purpúreo, en la cabeza, verde purpúreo y negro en el cuello, bronce y verde en el dorso, y verde esmeralda en el borde de las plumas exteriores de las alas; el resto de éstas y la cola es púrpura violeta brillante, siendo el pecho de un hermoso amarillo. La longitud del ave es (incluyendo los cinco centímetros de su pico) de treinta centímetros. Su largo pico le suministra el sustento que recoge de las flores.

Existe un ave del paraíso de mayor tamaño, la de cola larga, de las montañosas regiones de Nueva Guinea, cuya longitud es de un metro. Sus colores son tan hermosos como los de aquellas especies, pero poseen además un adorno de plumas en forma de abanico que se levanta a los dos lados del pecho y cuyos bordes exteriores son de colores verde y azul brillante, siendo la pluma de la cola de un delicado ópalo azul. Esta ave es blanca por debajo, y cuando levanta las largas plumas laterales de su pecho ofrece uno de los más hermosos espectáculos que pueden verse.

LA REINA DE LAS AVES GAYAS Y SUS MARAVILLOSOS AIRONES Y PENACHOS DE PLUMAS

El ave del paraíso, de collar, vive en la misma región, y se distingue por su larga cola y por el especto aterciopeleado de las plumas de color de cobre y verde dorado, que rodean su cabeza y su cuello.

El rey de los pájaros vistosos es, sin embargo, la grande ave del paraíso cuyo tamaño es mitad del de la de larga cola, siendo su hermosura superior a cuanto puede describirse. El color dominante en su cuerpo y alas es oscuro con tintas negras, púrpura y violeta. El remate de la cabeza y el cuello son de un amarillo afelpado, mientras que debajo de los ojos y alrededor del nacimiento del pecho, el plumaje es verde esmeralda, y en la frente y debajo del pico presenta una franja de un verde más pronunciado; el pico es azul y los pies rosados.

El rasgo más sorprendente de esta ave admirable es el soberbio penacho de plumas con que se cubre para aparecer más hermosa. Salen estas plumas de debajo de ambas alas, álzanse en el aire y caen describiendo una preciosa curva de unos sesenta centímetros. Su color es anaranjado subido, y oscuro en su extremo, y cubren al ave de ricos reflejos.

Cuando los machos se adornan para buscar compañera, reúnense en los árboles, cerca de su vivienda, saltan y esparcen sus plumas con la mayor vanidad. Pueden verse en número de doce o veinte. Levantan las alas, alargan los cuellos, elevan sus hermosas plumas y las mantienen en continua vibración, llenando el árbol entero de airones volantes en todas las posiciones y ofreciendo al espectador el cuadro más curioso y espléndido que pudiera soñar.

EL AVE DE PLUMAS EN FORMA DE ABANICO, Y COLA EN FIGURA DE RAQUETA

Hemos presentado a la anterior como reina de las aves del paraíso, pero la que recibe este nombre de los naturalistas no tiene más de quince centímetros de longitud, y se distingue por dos plumas en forma de abanico, que ostenta en el pecho. y una cola de plumas encorvadas que terminan imitando la curva de una raqueta. Su plumaje es verde, púrpura, rojo y blanco.

El ave del paraíso de Wilson, otro miembro de esta familia, conocido con el nombre de su descubridor, tiene la cabeza casi desnuda, presentando en ella sólo dos franjas de plumas en cruz. La piel es de color azul subido. Salen de su cola dos largas plumas que se

cruzan para encorvarse luego completamente, como los ojos de unas tijeras.

Así como tenemos el ave del paraíso de doce cordoncillos, tenemos también la de seis. Las plumas son largas, relucientes, y de la consistencia del alambre, nacen en la base de la cabeza y están desnudas hasta su extremo en donde puede verse una fina telilla plumosa. Ostenta sobre el pico un penacho de plumas plateadas, que puede mantener caído o levantado, a voluntad. Ningún escritor podría describir la magnificencia de estas aves. Es preciso verlas. Es gran suerte para una colección zoológica, el poseer uno o dos ejemplares vivos, pero es difícil conservarlos en cautividad. Pueden dárseles las semillas, frutas e insectos que más les gustan; les faltará siempre la libertad y el aire de su patria.



« UNA ASAMBLEA DE PAPAGAYOS »

Según lo dicho en otros lugares, en ciertas regiones del globo, los cuadrúpedos y las aves se desarrollan de un modo especial. Los admirables colibríes habitan las regiones cálidas de América, el

Brasil, Méjico y la República Argentina, y aun la Tierra del Fuego, en donde se encuentra una de sus especies. En cuanto a la belleza de su plumaje, ninguna otra ave la aventaja, pues lo tiene tan espléndido en colores y reflejos, como el de las aves del paraíso, aunque son muy inferiores a la misma en tamaño. Los colibríes más grandes no pasan de ser diminutos pajarillos; muchos tienen, desde la punta del pico hasta el extremo de la cola, seis centímetros, y los hay bastante más pequeños. Figuran en todo caso entre las aves más admirables.

Con razón dicen los prestidigitadores que la rapidez de la mano engaña a la vista. Observaremos que la presteza de los colibríes los hace invisibles. Así lo confirma el testimonio de los viajeros que han tenido ocasión de estudiar sus movimientos en las selvas tropicales. Es un espectáculo curioso el de la rápida visita que hacen estos pajarillos a las flores en cuyo néctar liban. Su pecho, sus alas, su cola, ofrecen a la vista del espectador maravillado, relámpagos instantáneos en los que fulguran los más brillantes colores. Diríase que pasa, lanzando sus reflejos a la luz del sol, un destello de piedras preciosas, sin que los labios tengan tiempo de enumerarlas ni los ojos apenas el de vislumbrarlas. Detiénese el pájaro un corto instante sobre la flor, hinca en ella su pico, saca su larga lengua y absorbe el jugo, para pasar en seguida a otra, que le dará una nueva porción de su alimento cotidiano.

CÓMO EL COLIBRÍ SE SUSPENDE EN EL AIRE PARA LIBAR EL JUGO DE UNA FLOR

Todos cuantos han podido observar al colibrí en los bosques de su país natal, se muestran asombrados de la rapidez con que estos pájaros se mueven. Agitan sus alas haciéndolas vibrar, mejor que sacudiéndolas, y produciendo con ellas una especie de susurro que en algunos países les ha valido el nombre de pájaros zumbadores. Jamás se cansan de volar, salvo ciertas especies, cuyas alas son más débiles y que, como tantas otras aves, buscan su sustento posándose en los árboles. Pero la mayor parte de los colibríes se alimentan volando. Cierto que otras muchas aves lo hacen también, pero aquéllas, gracias al extraño poder de sus alas, se sostienen en el espacio mientras chupan los jugos vegetales de que se nutren. Este es sin duda un trabajo maravilloso, dado su pequeño tamaño y débil apariencia.

Entiéndese que, en general, las aves no pueden volar hacia atrás; pero el colibrí es una excepción de esta regla. Puede hacerlo en un corto espacio. Al acercarse a la flor, inserta en ella su largo pico, mientras su cuerpo se sostiene en un nivel superior. Luego se echa hacia atrás, como si estuviera suspendido de la flor por el pico. Pero no es así; sus espléndidas alillas, actuando vigorosa y continuamente, como los órganos de una pequeña máquina de vapor, le mantienen flotando en el aire. Cuando queda agotado el jugo que liba, levántase de nuevo, retira el pico, apártase hacia atrás, y se lanza como un rayo a otra flor.

Algunos de ellos pueden girar en redondo en el aire, sobre sí mismos, mediante un solo movimiento; los hay que parecen ejecutar una danza al ir de un lado a otro, con tal viveza, que sobrepasan en agilidad y rapidez a las mismas golondrinas.

LAS QUINIENTAS CLASES DE COLIBRÍES Y SUS NOTABLES APTITUDES

Los colibríes jóvenes ofrecen cierta semejanza con las jóvenes golondrinas, a causa de su pico, ancho y romo. Pero al paso que crecen, el pico se alarga y adelgaza, afilándose hasta el punto de poder introducirlo en las flores más pequeñas, para apoderarse de sus jugos. Aunque sean éstos su principal alimento, no son el único. Comen además muchos insectos, y desde este punto de vista son los colibríes buenos amigos del hombre. Tienen también otro mérito: al pasar de una flor a otra, llevan consigo el polen, y, lo mismo que la abeja, contribuyen de este modo indirecto a hacer fructificar las plantas.

Hay cerca de quinientas especies de colibríes; no podemos, pues, ni aun in-

tentar ninguna descripción detallada. La parte más notable de su estructura, después de sus espléndidas alas, es su largo pico y su lengua, la cual pueden proyectar al exterior, como el camaleón. La lengua actúa como una bomba aspirante, y el pico está admirablemente constituído para ayudar a este efecto.

EL PÁJARO ERMITAÑO DE LOS BOSQUES, GIGANTE DE LOS COLIBRÍES, CUYA LONGITUD ES DE VEINTE CENTÍMETROS

Entre los más notables colibríes figura el de Jamaica, que tiene junto a la cola dos largas plumas, mucho más largas que el resto del cuerpo. El ermitaño, con su gran pico y luenga cola, habita en los bosques espesos, alimentándose de insectos, en lugar de absorber los jugos de las flores, como hacen sus congéneres. El pájaro espada es el colibrí armado con el pico más largo. El macho tiene un cuerpo de diez centímetros, y un pico de igual longitud, siendo aventajado por la hembra, cuyo pico tiene casi doble longitud que su cuerpo. El colibrí gigante tiene veinte y aun más centímetros, midiendo sus alas de doce a quince. Revolotea sobre las flores como los demás de su clase, pero se mueve más despacio, y parece sostenerse ayudando las alas con la cola, que cierra como un abanico.

Las bellezas del colibrí, son, por supuesto, bien conocidas. Tiene la cola en forma de raqueta, posee en ésta dos largas plumas, y otras dos semejantes a las que adornan la base de la cabeza de la especie ya citada de ave del paraíso; son estas plumas desnudas y brillantes hasta su extremo, en donde nace la telilla plumosa en forma de raqueta. Hay también colibríes provistos de vistosas crestas y soberbios penachos; algunos, con las patas revestidas de plumas blancas, a manera de altas « botas »; otros, con la cabeza cubierta de « forros de nieve », y otros, por fin, con picos largos, cortos, encorvados, o vueltos hacia abajo, como una cimitarra musulmana. Jamás podremos decir que hemos contemplado todos los primores del plumaje, forma y vistoso aspecto de las aves, sin haber visto a estas encantadoras criaturas en su país. Hay otros órdenes de aves lindas, que se confunden con los colibríes, sin que en realidad lo sean.

Debemos retroceder a la familia de las urracas, para trabar conocimiento con los tilonorrincos. El plumaje de los machos es de un negro azulado, excepto las alas, que son de un negro subido. Son hermosos, pero nos interesan principalmente por el amor que muestran al ornato de sus moradas. Hacen sus nidos como las aves ordinarias, pero construyen avenidas de ramillas, y casas o glorietas en donde se entregan a sus juegos. Los machos se ofrecen en espectáculo, y las hembras son cortejadas y obtenidas por el más hermoso. Pero mientras dura el cortejo, es esta glorieta un sitio encantador. Tiene a veces más de un metro de altura, está hecha de ramillas y decorada con las plumas vistosas perdidas por otras aves, con pedazos de ropa recogidos junto a las viviendas humanas, huesos blanqueados por la acción de la intemperie, y otros objetos más o menos adecuados. Pero el mejor elemento decorativo son las flores silvestres, que recogen en las cercanías y colocan ingeniosamente en sus construcciones. Y, cada día, las que han muerto, son reemplazadas por otras frescas. Hay varias especies que tienen la costumbre de erigir estas glorietas. Una de ellas, que los ingleses designan con el nombre de *pájaro papúa* (papuan bird), fabrica una choza de unos sesenta centímetros, que cubre de musgo, al pie de los árboles, y la rodea de una galería.

La reunión de varias aves para construir el edificio en que celebran sus asambleas, recuerda a los notables pájaros tejedores. Forman una familia numerosa. Algunos de ellos son muy hermosos, como los *pájaros de Whydah*, o viudas. Los sociables tejedores son aún más ingeniosos arquitectos que los tilonorrincos. Recogen las fibras vegetales y las tejen alrededor de la rama de un árbol, formando así el techo o cobertizo de la habitación. Debajo construyen los nidos en gran número, y en ellos forman su hogar hasta trescientas parejas. Cada pareja ocupa su nido, y

VARIAS DE LAS AVES MÁS BELLAS DEL MUNDO



El tilonorrinco, de la familia de las urracas, embellecer su morada con flores y vistosas plumas.



Los gorriones de Java son el tipo de los pájaros tejedores. Lucen bonitos collares de plumas blancas.



El ave del paraíso de collar, ostenta un admirable plumaje, en el que predominan los colores negro, púrpura, cobre, verde y oro.



La gran ave del paraíso es la mayor de esta familia; su plumaje es realmente espléndido.



El colibrí, hermoso animalillo, vuela con tanta rapidez, que sus alas producen un zumbido semejante al de la abeja.



El ave del paraíso de doce cordoncillos, lleva unos apéndices caudales de la consistencia del alambre.

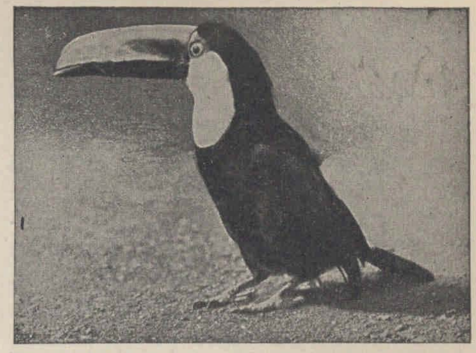


El tejedor vive en colonias tan numerosas, que con su peso llegan a romper la rama en que se posan.

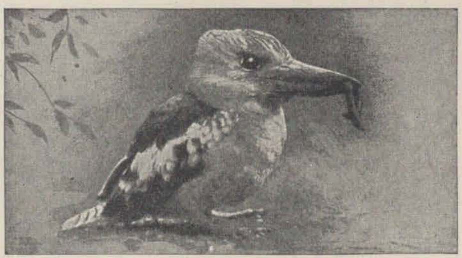




El calao vive en África, en la India, y en Filipinas. Los cafres sacrifican esta ave para obtener lluvia.



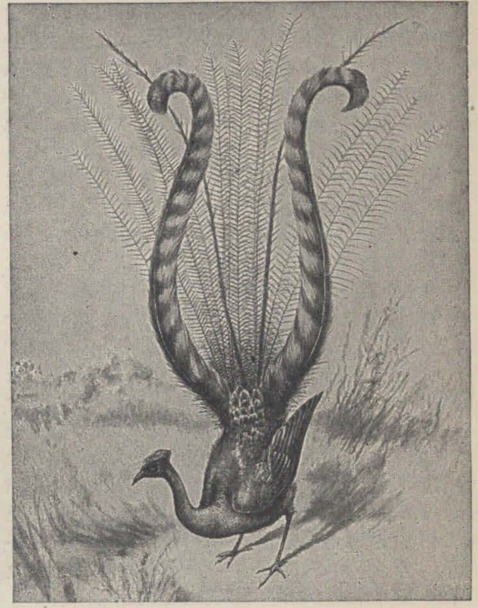
El tucán se distingue por su enorme pico, que está lleno de oquedades o celdillas de aire.



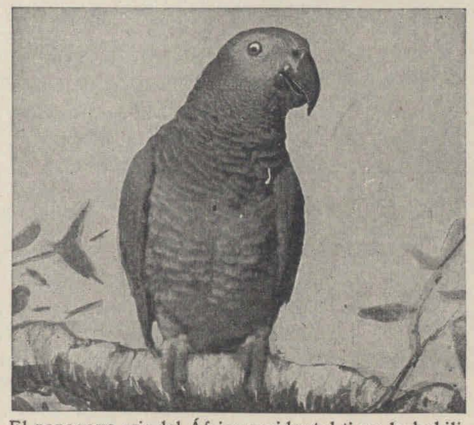
El gran martín pescador de Australia imita con su canto la voz y, sobre todo, la risa humana.



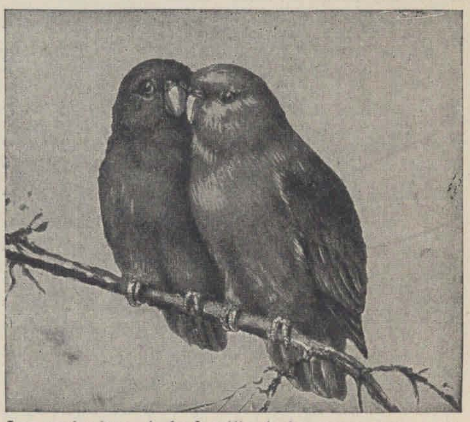
El papagayo *kaka* viene a ser un *kea* o nestor inofensivo. El verdadero kea mata y come ovejas y corderos.



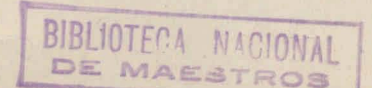
El pájaro lira de Australia es muy afín del reyezuelo, pero se diferencia muchísimo de él por su aspecto.



El papagayo gris del África occidental tiene la habilidad de imitar todos los gritos, cantos y ruidos.



Los periquitos, de la familia de los papagayos, aunque proceden de Australia, viven en todas partes.



cuida de sus crías, viviendo en paz con sus vecinos.

EL PÁJARO TEJEDOR Y SUS NIDOS, Y LOS PEQUEÑOS GORRIONES DE JAVA

Al año siguiente fabrican nuevos nidos, que colocan sobre los lechos de los nidos del año anterior. Con el tiempo, se acumula tal peso, que se rompe la rama que los sostiene, y toda la colonia comienza una nueva edificación, en otra rama o en otro árbol.

El gorrión de Java tiene las alas grises, la cabeza y la cola negras, el pico rosado, y dos manchas blancas en las sienes; pertenece al tipo del tejedor. Es también muy sociable. En cierta pajarera habitaban, entre otras aves, dos gorriones de Java y dos palomos. Los primeros no habían construído nido, recogiéndose siempre con los palomos; éstos utilizaban una percha situada en la parte superior de la pajarera. Uno de los gorriones acostumbraba descansar sobre el dorso de uno de los palomos, y el otro gorrión, bajo del pecho, y entre las patas, del segundo palomo. Unos y otros vivían muy bien avenidos, y sin otras disputas que las originadas por discrepancia de parecer respecto a la hora de recogerse. Cuando los palomos mostraban poca prisa, sus pequeños amigos comenzaban inmediatamente a saltar sobre ellos y a picotearles el plumaje, como para llamarles la atención sobre lo avanzado de la hora.

EL PÁJARO LIRA Y EL PAVO REAL, DOS AVES DE HERMOSA COLA

Aunque no tan espléndidos como algunos de sus parientes, los gorriones de Java son hermosos y muy interesantes. Las plumas blancas que tienen sobre ambos lados del rostro, caen a medida que adelanta el verano, siendo reemplazadas por otras negras, que se extienden también por el cuello y la cabeza.

En otro lugar hablamos de los faisanes. Vamos ahora a citar otra de las aves hermosas de gran tamaño: el pájaro lira, llamado así por la forma de su cola. Sólo el macho, a los cuatro años de edad, posee este curioso adorno. El pájaro lira tiene el don de imitar los cantos y gritos de otras aves, en lo cual aventaja considerablemente al pavo real.

Quizás por ser muy común en los parques y jardines, no fijamos la atención en la suprema belleza del pavo real. Su plumaje figura entre los más hermosos; desgraciadamente, su quejumbroso graznido es de los más desagradables, cuando se oye desde no muy lejos, lo que le resta algunas simpatías. En la India, patria de estas aves, cuando resuena en el bosque, en un conjunto de algunos centenares, es absolutamente intolerable para quienquiera que aborrezca los sonidos discordantes.

Para un ave tan hermosa, esta circunstancia es favorable, en cuanto le evita con frecuencia el cautiverio. Cuando ha terminado la estación de los galanteos, sus brillantes plumas desaparecen, y el ave se esconde, hasta que le salen de nuevo. Entonces vuelve a envanecerse como sólo un pavo real sabe hacerlo.

A pesar de su magnificencia, es preciso mirar como un poco caprichosas a muchas de las más hermosas especies de aves, y algunas de ellas no son realmente de agradable compañía.

Recordaremos, entre las aves extrañas, al tucán y al calao.

EL EXTRAÑO TUCÁN, Y EL CALAO, QUE ENCIERRA A SUS PEQUEÑUELOS

Es el tucán un ave provista de un gran pico, el cual tiene muescas como una sierra, y está tan brillantemente coloreado, que da al ave un aspecto muy extraño. Este pico no es tan pesado como pudiera creerse, pues contiene sacos de aire que lo aligeran. La misma ventaja disfrutan los calaos. Su pico es muy grande, y está provisto, en su parte superior, de armaduras córneas, hallándose aligerado de la misma manera que el del tucán.

Un curioso rasgo distingue a los calaos. Cuando la hembra ha puesto sus huevos en el hueco de un árbol, el macho la hace prisionera, tabicando con barro la entrada, excepto una pequeña abertura destinada a dar paso a los alimentos que trae para ella y para sus pequeñuelos. La hembra observa



Por su ligereza y sus límpidas plumas llamaron los compañeros de Magallanes a esta ave *Silfo aéreo* y *Ave del Paraíso*. Su vistoso plumaje incita la codicia de los cazadores, que poco a poco la están exterminando.

este régimen resignadamente. Ni la madre ni los hijos pueden salir hasta que éstos han alcanzado casi todo su desarrollo. El macho, que debe buscar la comida, enflaquece durante este largo período, hasta quedar reducido casi al esqueleto.

El rey de los trepadores hermosos es sin duda el papagayo. No nos es posible detenernos aquí para echar una ojeada a la tribu entera, porque consta de más de quinientas especies. El precioso periquito, que con tanta frecuencia se ve cautivo en América, es originario de Australia. El papagayo gris tiene su patria en el África occidental. Los guacamayos proceden principalmente de las regiones más cálidas de Sudamérica y de la India. En estado salvaje, estos animales se alimentan de frutas y semillas. No obstante, una especie, el *kea*, o nestor, se ha convertido en carnívoro.

EL EXTRAÑO CASO DEL KEA, CONVERTIDO EN CARNÍVORO

Es éste uno de los pocos ejemplos de animales que han cambiado su manera de ser a la vista del hombre. Nadie sabe con certeza a qué causa se debe este cambio, pero es lo cierto que el kea se ha convertido en un terrible enemigo de los pastores de Nueva Zelanda. Siempre se había alimentado de insectos y frutas. Un día, en el año 1869, hallóse a un kea arrancando la lana de una oveja muerta, para comerse la carne. Nunca hasta entonces se había observado tal cosa. Desde aquel día fué el kea considerado como ave de presa. El cambio no pudo sobrevenir tan rápidamente; es claro que los ataques del kea debieron comenzar mucho antes, sólo que no habían sido observados. Ahora se ve a los keas en grupos de dos o tres, atacar a las ovejas y darles muerte. Luego les picotean el cuerpo, hasta alcanzar la rica grasa que encierran.

¿A qué puede obedecer un cambio semejante? Algunos naturalistas proponen la siguiente explicación: hay en Nueva Zelanda una planta muy curiosa, que ofrece el extraño aspecto de un montón de lana y que por eso se le llama « oveja vegetal ». Picando en ella el kea, acostumbraba encontrar numerosas larvas e insectos, que comía con gran gusto. Es, pues, probable que por confusión atacase a una verdadera oveja, y le destrozase luego la piel, en busca de alimento. Desde entonces fué carnívoro, y se ha convertido en el más temible enemigo de los ganaderos neozelandeses.

EL PÁJARO DE LA RISA, QUE ESCARNECE AL HOMBRE EN LOS BOSQUES AUSTRALIANOS

Al mencionar las aves de Australia no olvidaremos el gran martín pescador de este país. Dicho pájaro vencería al papagayo y aun al famoso estornino de la India. Todos sabemos cuán maravillosamente imitan la palabra humana los papagayos y el mencionado estornino. Pero, a pesar de su inteligencia, no comprenden lo que dicen. El maullido de un gato, que reproducen fielmente, no tiene para ellos más sentido que un canto cualquiera que aprenden a emitir. Es decir, que la carcajada del martín pescador australiano no denota tampoco en éste la menor intención alegre o irónica. Tiene voz, y la emplea a su manera. Sigue al hombre por los bosques, se posa en las ramas de los árboles próximos a los campamentos, y ríe durante la noche, cuando distingue a un ser humano.

Esta ave, llamada por los ingleses *asno reidor* (laughing jackass), pertenece a una tribu que encierra numerosas especies. Vive en casi todas las regiones. Muchas de ellas comen peces que cogen sumergiéndose en el agua; otras viven de insectos y reptiles, y aun de las crías que sorprenden en los nidos.

EL HERMOSO MARTÍN PESCADOR Y EL PÁJARO QUE IMITA EL SONIDO DE UNA CAMPANILLA

El martín pescador europeo es una hermosa ave, que llegó a hacerse muy escasa por efecto de la afición que mostraban las mujeres a adornar los sombreros con su plumaje. Vuela sobre las aguas al modo del gorrión, y cuando divisa un pez, se lanza hacia él rápidamente, y lo coge. Puede sostenerse en el aire como un cernícalo y caer al agua con la rapidez de una flecha. Algunas

de estas aves utilizan las espinas del pescado comido, para fabricar sus nidos.

Encontramos otras hermosuras más raras en la familia de las aves llamadas gárrulas, parleras o charlatanas. La más sorprendente es el cefalóptero de parasol. Tiene en la cabeza una hermosa cresta, y aunque los lados de su cuello están desnudos, ostenta un lindo tocado compuesto de plumas sueltas que le cuelgan debajo de la garganta. Cuando quiere llamar a su compañera, levanta la cresta, dispone estos adornos en forma agradable, y pía con fuerza. Más notable es por este concepto el llamado campanero. Hay cuatro especies de esta ave; la más famosa es de un blanco lustroso. Su grito es como la nota clara y melodiosa de una campana. A veces emite una sola nota y luego descansa. En otras ocasiones emite varias notas, que semejan el martilleo prolongado de un herrero en el yunque. Estas dos aves viven en los bosques cálidos y espesos del Amazonas, en Sudamérica.

EL EXTRAÑO CANTO DEL MANAQUÍN Y LA ASTUCIA DE LA ABUBILLA

A la misma familia pertenecen los manaquines, pequeñas aves de colores maravillosos, y también los cotingas, ambos propios de Sudamérica. El canto de los primeros, que emiten especialmente al buscar hembra, es muy raro. Acostumbran también ejecutar una especie de baile divertido, como si quisieran demostrar de este modo que aventajan a sus compañeros en agilidad. Colócanse dos rivales sobre una rama, lanzan su canto, y cada uno, a su vez, se echa al suelo, siguiendo siempre la misma trayectoria y tocando la tierra en el mismo lugar desde el cual se levantaron. Pero si descubren que un enemigo los acecha, desaparecen con rapidez extraordinaria.

Rivaliza con ellos la abubilla europea. Su color es bermejo, tiene sobre la cabeza una hermosa cresta y sus alas están señaladas en blanco y en negro. Su mortal enemigo es el halcón. Cuando se acerca uno de éstos, la abubilla se echa aplanada sobre el suelo, baja la cresta y extiende las alas, ofreciendo el aspecto insignificante de un montón de harapos, gracias a lo cual pasa inadvertida.

EL GALLO DE LAS ROCAS, LA PALOMA MONJIL DE CABEZA NEGRA, Y EL DELICADO QUETZAL

Es el primero originario del Brasil, siendo famoso por la gran cresta que oculta las ventanas de su pico, y por su resplandeciente plumaje anaranjado, que le hace visible desde lejos, con gran fortuna para los cazadores. La cresta le hace semejante a ciertos cuclillos a los que, no obstante, aventaja en hermosura y en tamaño. Suele juguetear y maullar como un gato en las ramas en que hace su nido. El pichón de cabeza negra, maya también, como un gatito. Es asimismo muy vistosa la cresta del quetzal, una de cuyas especies americanas se distingue por su larga cola. Es el ave nacional de Guatemala, en cuyos sellos de correos aparece.

Todas las aves de que se trata en este lugar son diurnas, pero hay otras que no salen de sus hogares hasta que anochece, y muestran colores sombríos. Una de ellas es el halcón nocturno, que se deja ver, con frecuencia, a la puesta del sol. Otra, el « dormilón » argentino, es más conocida por sus gritos que por su figura. En los países australes existen especies de cierta corpulencia. Todas ellas se alimentan de insectos que cazan al vuelo. Son buenos amigos de los agricultores, y su plumaje jaspeado es verdaderamente bello.

AVES HERMOSAS SACRIFICADAS A LAS MODAS FEMENINAS

Uno de los miembros de este grupo de aves lleva en la cola larguísimos gallardetes, y otro tiene plumas potentes que arrastran tras de sí y que están desnudas en su primera mitad. Su nombre propio es chotacabras.

Las aves que acabamos de describir, contribuyen ciertamente a embellecer el mundo. Una moda cruel ha destruído, sin misericordia, innumerables criaturas cuya misión en la tierra parecía ser otra. Esperamos que continúe la decadencia de tal moda, permitiendo la conservación y desenvolvimiento de estas bellas criaturas de la Naturaleza.



El fuego del hogar se apaga.—Del cuadro de Walter Langley, del Instituto Real.

¿POR QUÉ SE APAGA EL FUEGO?

La lumbre del hogar o cualquiera otra cosa que esté ardiendo, se apagará, si se le quita la provisión de aire y oxígeno que debe tener para su alimento, o bien, si dicha provisión es tan escasa que el combustible arda por dicha causa con tanta lentitud que no produzca el calor suficiente para alimentar el carbón u otra materia cualquiera y mantenerlo a la temperatura a que es capaz de combinarse con el oxígeno; y también un fuego cualquiera se apagará indudablemente, si no queda combustible que pueda arder. Cuando el fuego del hogar se apaga por sí solo, como tantas veces ocurre, queda todavía en el fogón bastante material combustible y hay todavía en la habitación gran cantidad de aire; pero lo que sucede, entonces, es que no basta la corriente del cañón de la chimenea y el aire de la cocina o aposento no ejerce su acción sobre el carbón que hay en el hogar con bastante fuerza, para alimentarlo. El aire penetra en el fuego casi enteramente desde abajo y tal vez haya en el fogón demasiada ceniza que le impede la entrada por el enrejillado y entonces no puede pasar por el carbón. El fuego, en este caso, se extingue por sofocación, por falta de aire. Si quitamos la ceniza el fuego seguirá ardiendo.

¿CÓMO PUEDE ARDER SIN AIRE EL FUEGO DEL CENTRO DE LA TIERRA?

Casi parecen un enigma las dos maneras diferentes con que un objeto material puede despedir calor y luz; sucede esto cuando está caliente y puede hallarse en este estado porque arde o por alguna otra causa. La lumbre del hogar emite calor *porque* arde; y por eso mismo irradia también luz; el hilo de una lámpara eléctrica despide calor y luz, *porque* está caliente, pero lo está, no porque arde, sino porque la corriente eléctrica lo ha calentado al pasar por él; el sol despide calor y luz porque se halla en estado de incandescencia, pero el sol no arde. El sol posee, en realidad, una temperatura tan elevada, que el oxígeno no puede combinarse con los demás elementos de este astro; su calor se debe enteramente a otras causas. Análogamente el centro de la tierra es como un hogar, puesto que despide gran cantidad de calor; pero se diferencia de la lumbre en que no arde más de lo que arde el sol o el hilo de una lámpara eléctrica. Tendríamos que usar el adjetivo resplandeciente, y entonces podríamos decir que el sol y el interior de la tierra resplandecen, aunque no están ardiendo. La corriente que pasa por una lámpara eléctrica hace resplandecer el filamento,

pero no le hace arder. La lumbre del hogar y otras muchas cosas resplandecen cuando arden, y sucede esto porque el ardor las pone calientes en sumo grado. Cualquiera clase de material que se ponga suficientemente caliente, resplandecerá, es decir, despedirá luz y calor. Y para hablar con propiedad, diremos ahora que irradiará o despedirá rayos de luz y calor.

¿POR QUÉ LA TIERRA NO TIENE LUZ PROPIA, COMO LA TIENE EL SOL?

Suponen algunos sabios que la tierra tuvo luz propia hace muchísimos años, y la juiciosa pregunta anterior sugiere, con razón, la idea de que también quizá los demás planetas hubieron de tener luz propia en lejanas épocas, y tal como el sol la tiene, porque el sol y los planetas salieron, según cierta hipótesis, de la misma nube o *nébula* ardiente. Ahora bien, lo que debemos contestar a la pregunta es que la tierra hubo de enfriarse, en tanto que el sol continúa todavía caliente, de modo que aquélla no puede ya despedir luz propia, sino reflejar únicamente la que recibe de éste. La razón está en que cuanto más pequeña es una cosa más de prisa pierde su calor. El calor se escapa de la superficie, y cuanto menor es el tamaño de un objeto, mayor es su superficie, en relación a la cantidad de materia que contiene. Si vamos a un sitio en el cual se fabrique vidrio, y pedimos que nos hagan tres o cuatro bolas de diferentes tamaños, observaremos que la más pequeña está enteramente fría, mientras la mayor de ellas estará aún demasiado caliente, para que podamos tocarla.

Una criatura de pecho ha menester ropa más caliente que una persona mayor, y los de corta estatura y delgados necesitan más ropa que los gruesos y altos, porque tienen grandes superficies con las cuales pierden el calor en proporción a la masa de sus cuerpos. Con respecto al sistema solar, Júpiter y la luna confirman lo que decimos. La única razón de que la luna esté más fría que la tierra, a pesar de estar hecha de la misma materia, es el ser mucho más pequeña. Por otra parte, Júpiter es muy grande y los astrónomos están casi todos de acuerdo en que el gran planeta está todavía bastante caliente para despedir luz propia.

¿POR QUÉ ARDE TAN FÁCILMENTE EL ACEITE?

La palabra aceite comprende muchísimas cosas, y, aunque éstas difieran en el gusto, en el color y en su composición química, todos los aceites, sin embargo, tienen de común la gran cantidad de carbono e hidrógeno que son sus principales elementos. Muchos son los aceites que contienen algo de oxígeno; pero ninguno tiene lo bastante para saturar los átomos de carbono y de hidrógeno que hay en ellos. Si el hidrógeno ha de quemarse enteramente, cada dos átomos del mismo necesitarán uno de oxígeno, como en el agua, H_2O. Para que se queme todo el carbono, cada átomo del mismo necesitará dos átomos de oxígeno, como en el anhidrido carbónico CO_2. No hay aceite alguno que contenga nada parecido a esta proporción de oxígeno con respecto al carbono y al hidrógeno, y así, todos los aceites son capaces de arder, es desir, de hacer de modo que se combinen con el oxígeno, y continuarán ardiendo hasta que todo el carbono y el hidrógeno que contengan se hayan combinado con todo el oxígeno de que son capaces de combinarse; y después, cuando el aceite se haya oxidado completamente, también se habrá quemado por entero y no es posible que arda más.

¿POR QUÉ ES PELIGROSO DORMIR EN UNA CAMA HÚMEDA?

Un hecho de los más notorios relativos al agua es la enorme cantidad de calor que le es dado contener y la grandísima rapidez con que puede apropiarse el de otros cuerpos; o, dicho de otro modo, la gran capacidad que tiene para retener el calor y dejarlo pasar por su masa. Si nos acostamos en una cama húmeda, observaremos al instante que el agua contenida en las sábanas o en las mantas se apropia rápidamente gran cantidad de calor de nuestro cuerpo, cantidad mucho mayor que la que se apropiarían las sábanas o mantas secas. Significa esto que la temperatura de

nuestro cuerpo baja, porque pierde el calor más de prisa del que podríamos crear, por medio de la combustión. Pero, si baja la temperatura del cuerpo y la de la sangre, su fuerza de resistencia a toda clase de microbios, tales como los que son causa de pneumonías o inflamación de los pulmones y los que producen fiebre reumática, baja también. Asi es que estamos todos sujetos a contraer cualquiera de estas enfermedades, o la influenza, la bronquitis, un resfriado común o algunas otras. Si creemos que las sábanas de nuestro lecho están húmedas haremos muy bien en quitarlas y dormir encima de las mantas. Naturalmente que no se está tan cómodo; pero peor es coger una pneumonía.

¿POR QUÉ LAS CRIATURAS DE PECHO NECESITAN DORMIR MÁS QUE LAS PERSONAS MAYORES?

Es indudable que las criaturas de pecho necesitan dormir mucho más que las personas mayores de todas clases y temperamentos, y cuanto más pequeña es la criatura tanto más sueño requiere. Se ha dicho, con muchísima razón, que *todos los quehaceres de los niños se reducen a dormir y alimentarse.* Las personas mayores necesitan dormir para procurarse un período de descanso durante el cual el cuerpo puede economizar y hallar la compensación del desgaste de fuerzas que sufre cuando está despierto. Mientras el cuerpo de una persona mayor pueda sostenerse con lo que duerme todas las noches, quedando de esta suerte compensada la pérdida y el desgaste sufridos por un día de trabajo, todo va bien. No se necesita más. Pero el cuerpo de una criatura, y más aun, el de un niño en pañales, necesitan muchísimo más que todo esto. Necesita hacerse, es decir, crecer y desarrollarse, en tanto que el cuerpo de una persona mayor ya está hecho y no tiene más que ir sosteniéndose. El cuerpo del niño, como decimos, tiene que crecer y adquirir el desarrollo propio de la edad. Cuando está despierto toma su alimento con el cual crece, aunque el crecimiento verdadero se efectúa mientras duerme. Entonces el cuerpo trabaja con el alimento que ha tomado durante el día, y se va desenvolviendo gradualmente. Si un niño, o mejor, si una criatura de pecho no duerme el tiempo que necesita, no puede crecer como es debido.

¿POR QUÉ AL DESPERTAR NOS PARECE QUE NO HACE MÁS QUE UN MINUTO QUE HEMOS CERRADO LOS OJOS?

Cuando esto acontece, la razón es que todas nuestras nociones del tiempo y su paso provienen de nuestro sentimiento íntimo de lo que sucede dentro de nuestro ser. Esto es lo que nos da la idea que tenemos del tiempo, y por consiguiente, cuando dormimos, no tenemos conciencia de nosotros mismos; el tiempo, para nosotros, no existe; de suerte que cuando despertamos nos parece como si el tiempo prosiguiese su marcha desde el punto en que recordamos haberlo dejado antes de acostarnos.

Pero no sería extraño que ya de mayores o, tal vez, si por casualidad no nos sentimos bien, aun antes de haber crecido, hallemos que nuestra conciencia del tiempo no desaparece del todo mientras dormimos. Los niños duermen profundamente, y si no fuese así, no podrían crecer apenas. Pero las personas mayores duermen a menudo menos profundamente y pueden tener un sueño tan ligero que, aun cuando no están realmente despiertas, tienen, sin embargo, una especie de semi-conciencia de las cosas que sienten en su interior o de las que pasan en torno de ellas, pero especialmente de las primeras. Cuando hayamos pasado una noche semejante, sin poder conciliar el sueño y al fin sacudimos la modorra despertándonos del todo por la mañana, nos parece que sólo hemos cerrado los ojos hace un minuto. Y muchas veces nos ha parecido que aquella noche ha sido eterna. Una hora solamente de profundo sueño vale más que muchas de sueño ligero y cuanto más profundo es éste nos resulta a todos de mayor valor.

¿TRABAJA NUESTRO CEREBRO MIENTRAS DORMIMOS?

Una parte de nuestro cerebro trabaja continuamente, tanto si dormimos como si estamos despiertos. Si esta parte cesa

de funcionar, entonces el sueño se convierte en muerte. Esta es una parte del cerebro, acerca de la cual nunca sentimos ni sabemos nada directamente; es la parte más baja del cerebro y no tiene nada que ver con el pensamiento ni con el conocimiento íntimo, sino que gobierna los latidos del corazón y da órdenes a los músculos con los cuales respiramos. La parte superior del cerebro que tiene mucho que ver con el pensamiento, no duerme probablemente del todo nunca, excepto tal vez en las criaturas de pecho y en los niños ya creciditos. Pero la mayor parte de él debería dormir, o sea, descansar cuando dormimos. Cuanto más profundo es nuestro sueño, más provechoso es y más pequeña es la parte de nuestro cerebro que sigue funcionando.

Los ensueños y las pesadillas prueban que nuestro cerebro trabaja mientras dormimos. Pero aparte de esto, podemos demostrar de muchas maneras lo que acabamos de consignar, aun tratándose de la parte superior del cerebro que trabaja mientras dormimos. Así, por ejemplo, un hombre puede acostarse procurando resolver algún problema de ciencias, o completar un verso de los que está escribiendo, o inventar alguna nueva combinación en el juego del ajedrez o averiguar cómo se cometió un crimen o poner en música la letra de una canción o hacer un millar de cosas de este género, y por la mañana puede despertarse y ver que durante la noche, mientras dormía, el cerebro ha hecho todo lo que era necesario. Un gran poeta compuso una vez un poema mientras dormía y lo escribió a la mañana siguiente. Algunas veces, cuando el cerebro ha hecho ya su trabajo, despierta al hombre, y si uno debe despertar por la noche, este es el mejor medio de hacerlo. Los franceses tienen un proverbio que expresa claramente lo que decimos: *La nuit porte conseil,* la noche trae consejo. «La almohada es buena consejera», decimos en español.

¿CÓMO SABEMOS QUE HEMOS SOÑADO, CUANDO ESTAMOS DESPIERTOS?

En resumidas cuentas, esta pregunta, cuando pensamos en ella, sólo concierne a la memoria. *Recordamos* algunos ensueños. Un ensueño es una experiencia de un género especial; es algo que ocurre en la parte de nuestro cerebro que tiene que afectar al sentimiento íntimo y a la experiencia, y la fuerza general de la memoria se aplica a este caso como se aplica a los demás. Pero, naturalmente, el cerebro se halla en un estado peculiar, cuando soñamos. No trabaja todo él y por eso nuestra memoria de los sueños no es, por lo general, tan buena como la de nuestros actos en el estado de vigilia.

Cuanto más detalladamente recordemos un ensueño, tanto mayor habrá sido la porción de la máquina cerebral que ha debido trabajar en aquel momento, y, por otra parte, es indudable que tenemos muchos ensueños que no recordamos en manera alguna al despertar, y que eran debidos al funcionamiento de una parte muy pequeña del cerebro solamente. Con esto vemos que podemos juzgar cuál es el mejor género de sueños que hemos de tener, si es que hemos de tener alguno. Cuanto más definido es un ensueño, más vivo es y nos acordamos de él mucho mejor. Cuanto más despierto estaba nuestro cerebro al soñar, menor era el descanso que obtenía y más pobre y menos provechoso era el sueño. Pero cuando un ensueño se recuerda apenas, o no se recuerda nada de él, y cuando es muy débil y vago, entonces es que el cerebro ha estado mucho menos despierto y nuestro descanso ha sido más completo.

¿VEMOS UNA COSA INMEDIATAMENTE DESPUÉS QUE LA MIRAMOS?

No, ciertamente. La vista y toda otra clase de sensaciones necesitan algún tiempo. Desde el momento en que la luz hiere la retina hasta el instante en que *vemos,* transcurre mucho tiempo, si lo comparamos con algunas cosas, por ejemplo, con el tiempo que necesita la luz para recorrer un kilómetro. Nosotros podemos imaginarnos que un segundo es la fracción de tiempo más corta digna de mención; pero esto es un absurdo. Un segundo es un período de tiempo tan considerable, que la luz, el

calor radiante y la electricidad podrían recorrer una distancia tan larga como la de la tierra a la luna en ese espacio de tiempo. Lo realmente maravilloso acerca de la vista es que sólo necesita una fracción muy pequeña de segundo para hallar todas las cosas que nos son indispensables antes de que podamos verlas. En las células vivientes de la cortina que tenemos detrás del ojo, han de tener lugar complicados cambios químicos y estos cambios tienen que producir corrientes especiales del nervio que, de alguna manera extraña corresponden exactamente a los mismos, y estos corren a lo largo de los nervios ópticos, primeramente hacia un grupo de células en la parte inferior del cerebro, y luego de aquí, a lo largo de otro juego de nervios, hasta los verdaderos ojos, grupo de células de nervios situadas en la misma parte posterior del cerebro que se han desarrollado ellas mismas y han vivido siempre en la más completa oscuridad. Algo pasa en ellas, y entonces decimos que *vemos*. La maravilla consiste en que se necesitan tan sólo unas pocas centésimas de segundo para realizar todo cuanto llevamos descrito.

¿POR QUÉ, CUANDO QUEMAMOS UN TERRÓN DE AZÚCAR DE REMOLACHA EN LA LLAMA DEL GAS, SE DESPRENDEN GOTAS ROJAS?

Mejor que rojas deberían llamarse de color oscuro o castaño, y si ahora hiciésemos el experimento con un terrón de azúcar de caña la diferencia no sería muy grande. Observaremos también que esta materia en el azúcar de color moreno tiene más bien un olor agradable y es un buen auxiliar para hacer pasteles. El azúcar es una substancia química muy complicada, que contiene carbono, hidrógeno y oxígeno. Cuando está completamente quemado, se vuelve todo él agua y ácido carbónico; pero al aplicarle una cerilla o quemarlo en la llama del gas, se quema solamente en parte; o en otros términos, el procedimiento de combinarlo con el oxígeno sólo recorre una parte del camino, y así obtenemos un número de productos de oxidación, como se los llama, que contienen más oxígeno que el azúcar y mucho menos, en proporción, que ácido carbónico y agua. De modo que si fuese posible proseguir oxidando o quemando el azúcar, al fin oxidaríamos o quemaríamos esta materia roja, que tira a castaño, transformándola completamente en agua y ácido carbónico.

¿POR QUÉ LAS COSAS DE COLOR OSCURO SON MAS CALIENTES QUE LAS DE COLOR CLARO?

Esta pregunta puede contestarse en cuanto sepamos contestar a esta otra: ¿Por qué las cosas de color oscuro son oscuras? Una cosa es oscura, aun en la luz, porque en lugar de reflejar o rechazar la luz de su superficie, la guarda, es decir, la absorbe. La luz y el calor radiante son realmente la misma cosa, y por lo general, cualquier cuerpo que absorbe o refleja la una, absorbe y refleja la otra. Así, los vestidos de color claro reflejan la luz y el calor que les hiere. Es muy probable que no haya nada que refleje toda la luz y todo el calor que la hiere y aun la nieve más blanca se derretirá bajo la acción de los rayos solares. Pero, en tanto que las cosas claras guardan solamente un poco de la luz y del calor que reciben, las cosas oscuras lo absorben prácticamente todo, y de esta manera, dicho está que se calientan. Así pues, por ejemplo, un traje de franela blanca se volverá verdaderamente más caliente si se le tiñe de negro.

¿CUÁNTOS KILÓMETROS DISTA EL CIELO DE NOSOTROS?

Lo que llamamos cielo no es más que la apariencia de azul que podemos admirar en los días serenos, a causa de que las partículas del aire reflejan la parte azul de la luz solar a nuestros ojos. Cuando vemos el cielo azul, lo que realmente vemos es aire. La altura de las partículas que reflejan esta luz azul a nuestros ojos no es muy considerable. Tendrá, todo lo más, de ochenta a noventa kilómetros; y, si la comparamos con el tamaño del universo, no será nada. Pero por cielo se puede significar, no la bóveda celeste azulada del día,

sino el gran espacio que tenemos en derredor nuestro que podemos ver en cualquier noche serena. Entonces veremos mucho más lejos que durante el día, porque podemos ver directamente a través del aire hasta las estrellas, en tanto que durante el día el sol ilumina todo el aire que nos rodea, de modo que, aunque nos parezca que vemos muy lejos, no podemos verdaderamente ver más allá del aire iluminado, exceptuando cuando hay alguna cosa muy brillante detrás de él, como el propio sol y aun algunas veces, la luna.

¿SABEMOS LA VERDADERA DISTANCIA QUE NOS SEPARA DEL CIELO?

Si estudiamos la distancia de las estrellas, en sí misma, nos enseña, naturalmente, algo respecto a la *distancia que nos separa del cielo.* Pero cuando ya hemos aprendido las enormes distancias de algunas estrellas que podemos ver, distancias tan grandes, que no hay espacio suficiente para escribirlas en kilómetros, y así hemos de hablar de años de luz para significar la distancia que la luz recorre en un año, aun entonces no habremos empezado a decir hasta dónde alcanza el cielo. Si tuviésemos un telescopio un millón de veces mayor que el más grande que tenemos, y pudiéramos ver con él la estrella más lejana que se revelase en el firmamento, no estaríamos, con esto más cerca del fin del cielo de lo que estamos ahora, puesto que se extiende indefinidamente. Si pudieramos recorrer el cielo en línea recta sin detenernos, no llegaríamos jamás a su término. Esto es lo que queremos decir cuando afirmamos que el espacio es infinito, palabra latina que significa sencillamente que no tiene *fin.*

¿POR QUÉ LAS MONTAÑAS PARECEN AZULES MIRADAS A GRAN DISTANCIA?

El azul del cielo es debido al azul del aire, que nos parece azul porque flotan en él diminutos puntos de materia que reflejan a nuestros ojos los rayos azules del sol. Pues bien, si a través de una capa de alguna cosa colorada miramos lo que hay detrás de ella, la capa contribuirá con su color al color que veamos. Sin embargo, el color del aire, es un azul muy débil, y nosotros no notamos, por lo general, que aquel azul contribuya a hacernos ver del mismc color los objetos que nos rodean. Pero, cuando contemplamos las montañas distantes, miramos a través de una capa tan espesa de aire que les da un matiz azulado y el verdadero color que vemos depende de otras muchas cosas, como por ejemplo, del color de las mismas montañas y de la hora del día, que determina el ángulo según el cual la luz solar cae sobre las montañas y también afecta al color de la luz del sol. Esto basta para explicar por qué el color de las montañas es tan vario y cambia a cada momento.

¿HAY AGUA EN EL SOL?

Tenemos la seguridad completa de que en el sol no hay agua. Sabemos, sí, que tanto el oxígeno como el hidrógeno existen en el sol, como existen en la tierra, y no podemos dudar de que como se atraen recíprocamente aquí para formar el agua, deben atraerse allí también. Sin embargo, no puede haber agua en el sol, porque está tan caliente que ninguno de los elementos, ni siquiera el oxígeno y el hidrógeno pueden combinarse allí. Si producimos un calor intenso, podremos obligar a separarse del agua el oxígeno y el hidrógeno y esto es lo que sucede en el sol, o mejor, el sol no se ha enfriado jamás para dejarlos unirse.

¿HAY AGUA EN ALGÚN SITIO FUERA DE NUESTRO MUNDO?

El oxígeno y el hidrógeno que, cuando están combinados, forman agua, hállanse donde quiera que dirijamos la vista en todo el vasto universo. En el caso de nuestro propio sistema solar, se puede probar que, donde la temperatura no es muy elevada, allí se combinarán para formar agua, el hidrógeno y el oxígeno, si se encuentran juntos; esto es bien cierto en lo tocante a la tierra, pero, como hemos visto, la temperatura del sol es demasido elevada, para ser cierto en lo que al sol se refiere. Tendríamos que esperar a que algunos de los otros planetas, además de la tierra, se

enfriasen lo suficiente para dar lugar a la formación del agua; y en el caso del planeta que mejor conocemos, que es Marte, sucede así. Hemos llegado a saber al cabo de muchos años, que algo que parecía y se comportaba exactamente como el agua, se acumulaba en los dos polos de Marte, Norte y Sur, y formaba casquetes de una cosa que parecia hielo, que aumentaba o disminuía en cada polo, según era invierno o verano en dichos polos. Vemos también, aunque raras veces, algunas nubes en la atmósfera de Marte. Sin embargo, algunos han dicho que los casquetes polares de Marte no estaban hechos de agua, sino de ácido carbónico sólido, que tiene el aspecto de la nieve; pero se ha probado últimamente que lo que parece agua en Marte es agua, y con esto queda contestada tan importante pregunta.

¿ADÓNDE VA EL AGUA DEL MAR DURANTE EL REFLUJO?

La respuesta más breve a esta pregunta sería que, en la bajamar el agua afluye a los sitios en que hay pleamar; y como la tierra gira bajo de la influencia de la luna y del sol, el agua se mueve continuamente. Claro está que siempre es en alguna parte y si no es en un lugar será en otro. Cuando se precipita a una parte de la tierra y se acumula en ella, se produce la pleamar. Cuando contemplamos la marea alta, lo que vemos es el agua que va acumulándose en derredor nuestro, principalmente bajo de la influencia de la luna. Pero si está ya acumulada es que ha sido llevada allí de otra parte y esta otra parte es el lugar en el cual la marea va bajando. No hay una pleamar sin que haya también una bajamar.

¿POR QUÉ ES MAS FRÍO EL HIERRO QUE LA MADERA?

Nuestro sentido del tacto al tocar algo para saber si está caliente o frío no depende enteramente de la cantidad de calor o frío que tenga el cuerpo. El mármol del lavabo y la toalla que pende al lado están ambos sometidos a la misma temperatura; pero el mármol es mucho más frío que la toalla. Todas las partes componentes de un martillo están sujetas también a la misma temperatura, a menos que, naturalmente, no se haya calentado al fuego un extremo de él y sin embargo, el hierro del martillo es mucho más frío que su mango de madera. En todos estos casos el cuerpo que tocamos es, por lo general, más frío que nuestra piel y así, el calor afluirá de nuestra piel al cuerpo que hayamos cogido. Nuestro tacto depende exclusivamente de la rapidez con la cual la cosa toma el calor de nuestros dedos. El mármol y el hierro toman el calor con mucha rapidez; y rápidamente también comunican el frío a nuestros dedos, y por eso decimos que tenemos frío en los dedos, queriendo decir, en realidad, que nos han comunicado el frío, o mejor dicho, que nos han robado el calor.

Pero la madera y el algodón no se apropian tan rápidamente el calor de cosas más calientes que ellos, y entonces es cuando decimos que no están tan frías. Tendríamos que decir, en verdad, que el mármol y el hierro son buenos conductores y que la madera y el algodón son malos conductores del calor.

¿POR QUÉ LOS CUERPOS DE COLOR OSCURO PARECEN MÁS PEQUEÑOS QUE LOS DE COLOR CLARO?

Cuando vemos un cuerpo oscuro en un fondo claro o un cuerpo claro en un fondo oscuro, naturalmente, lo que se ve no es más que la luz. Vemos una cosa perfectamente oscura sólo por el contraste con la luz que reina en derredor de ella, y si la luz que la rodea no estuviese allí, no la podríamos ver de ninguna manera. Nosotros no podemos ver la oscuridad. Y es un hecho interesante lo que sucede con el ojo y que no es difícil de comprender, el que cuando una parte cualquiera de él está excitada por la luz, el efecto de la misma se extiende un poco por todo alrededor del borde de la parte del ojo sobre la cual cae la luz. Es como si la poca luz que hay en el borde irradiase por los lados y por eso se llama *irradiación*.

Ahora bien: cuando vemos una mancha negra, como un borrón de tinta, encima de un pliego de papel blanco, la

irradiación comienza a trabajar en el ojo naturalmente, para que aquella mancha aparezca más pequeña de lo que realmente es, porque todo alrededor del borde de la parte del ojo que está frente por frente de la mancha y sobre la cual no cae la luz, se siente un poco el efecto de la luz del papel blanco, y cuando vemos una mancha blanca en un fondo oscuro, la irradiación trabaja hacia fuera, desde la mancha blanca hasta dentro de la parte del ojo que está realmente ‹ frente de la oscuridad, y la mancha blanca parece mayor de lo que es en realidad.

¿POR QUÉ SON VENENOSAS ALGUNAS PLANTAS?

Cuando decimos que una cosa es venenosa, queremos dar a entender que es venenosa para nosotros. Algunas cosas que son venenosas para nosotros lo son también para todos los seres vivientes; pero muchas cosas son venenosas para unos y no lo son para otros; y aun pueden verdaderamente ser buenas para otros como cuando decimos: *la carne que come un hombre puede ser un veneno para otro.* Mientras sustentemos las antiguas ideas de que todos los seres vivientes existen para nuestro provecho, continuará siendo un enigma el por qué algunas plantas han de ser venenosas y por qué lo han de ser también algunas culebras, por qué ha de haber microbios causantes de enfermedades o por qué los tigres han de tener garras. Pero, si comprendemos que toda criatura viviente existe *para sí misma,* fijaremos entonces la vista en las garras del tigre, o en el veneno de la culebra o de la planta y preguntaremos: *¿Cómo sirven ellos la vida de la criatura que los tiene?* Ahora vamos empezando a saber el significado y los usos de los varios compuestos químicos, venenos y otros que se hallan en las plantas. Algunos de ellos parecen productos de los cuales la planta va desprendiéndose gradualmente, y a veces los jugos venenosos de una planta existen en ella para advertir a los insectos y a otras formas vivientes que no perjudiquen a la planta.

¿POR QUÉ TRUENA Y EN QUÉ LADO DE LA NUBE ESTÁ EL TRUENO?

El trueno es un ruido, una onda irregular de aire y su causa es el calentamiento repentino del aire a mucha altura de nosotros, por el rápido paso de la electricidad a través de él, de nube a nube, o de una nube a la tierra. El aire ofrece gran resistencia al paso de la electricidad y cuando un cuerpo cualquiera resiste el paso de la electricidad, este cuerpo se calienta. Al calentarse se dilata súbitamente y entónces empieza a funcionar la onda de aire, que se llama trueno. Un sonido y lo mismo sucede con una luz hecha en cualquier sitio, se extiende, si puede, perfectamente igual en todas direcciones. Así, el ruido del trueno extiéndese por la región de las nubes, por debajo de ellas y por los lados a través del aire y a través de las mismas nubes. La parte que oímos es, naturalmente, la que llega a nuestros oídos, parte de la onda que se extiende por debajo desde el sitio por donde ha pasado la electricidad y ha provocado el trueno.

¿CUÁNTO TIEMPO VIVEN LOS MICROBIOS?

La respuesta a esta pregunta constituye uno de los hechos más extraordinarios del mundo. Claro está que un microbio, como otra cosa cualquiera, puede matarse por medio del veneno, por trituración, por sometérsele a una temperatura muy elevada, porque se le ha quitado el agua que tenía destinada, o bien, y esto es lo más común, porque no puede obtener suficiente alimentación. Pero cuando hacemos esta pregunta acerca de los microbios queremos decir: *¿Cuánto tiempo pueden vivir los microbios?* Y entonces la respuesta será: *Los microbios no mueren.* El fin natural de la vida de un microbio y de otros seres vivientes, como el microbio que se compone solamente de una célula, no puede ser la muerte, sino que se divide en dos partes, cada una de las cuales crece y se convierte en nuevos microbios. Éste es el modo más sencillo por el cual se propaga la raza de los microbios. Si el cuerpo entero de un ser

viviente se divide en dos partes que se transforman en dos seres vivos, cada uno de los cuales hace otro tanto a su vez, bien podemos decir entonces que en este caso la muerte no llega nunca. Muchos y muy voluminosos libros podrían escribirse sobre todo lo que esto significa, cuando lo comparamos con las otras especies de vida, con las cuales estamos tan familiarizados.

¿CUÁL ES LA VIDA MÁS BREVE EN EL MUNDO?

Los microbios, y otros muchos seres, pertenecen a un plantel cuyo grupo tiene un nombre especial que significa: *las plantas que se dividen*, porque se parten en dos para formar nuevos microbios. Desde el momento en que un microbio se ha dividido, hasta que sus dos mitades, ya crecidas, se han dividido a su vez, podremos con justicia llamarle la longevidad de un microbio. Él es la vida más breve del mundo. El microbio causante del cólera, por ejemplo, se divide en dos al cabo de unos veinte minutos, a partir del momento en que se formó de la mitad del microbio que vivió antes que él. Se ha observado que un microbio se multiplica en ochenta mil en veinticuatro horas. Pero debemos naturalmente comprender que la razón, según la cual crecen los microbios y se dividen y llegan a multiplicarse, depende de las condiciones y especialmente de la cantidad de su alimentación. Si no tienen bastante o si tienen aunque sólo sea una insignificante cantidad de algún antiséptico, tal como el ácido fénico, los microbios pueden estar muchísimo tiempo sin dividirse o pueden ser matados.

CUANDO EL AGUA HIERVE, ¿POR QUÉ NO PUEDE PONERSE MÁS CALIENTE?

Cuando el agua hierve puede ponerse más caliente, pero no permanecerá en el estado líquido. El agua, como otras cosas, tiene cierta temperatura, pasada la cual, ya no puede hallarse en el estado líquido, sino en el gaseoso, y debajo del cual no puede hallarse, sino en los estados líquido o sólido. Este punto se llama *punto de ebullición*. Nosotros no podemos hacer el agua más caliente de lo que lo está en el punto de ebullición, porque si lo hacemos, cesará de ser lo que llamamos generalmente agua, y pasará al estado gaseoso o se convertirá en vapor de agua; pero es muy posible poner el vapor de agua más caliente que la temperatura del agua hirviendo. Si proseguimos hirviendo agua, introducimos en ella, indudablemente, calor y no debemos figurarnos que, porque el agua en el estado líquido no se vuelve más caliente, se pierde el calor o se desperdicia o se convierte en nada. En los fenómenos naturales, no hay nada que se pierda nunca o que se convierta en nada. Lo que hace el calor es entrar en el agua líquida para que ésta adquiera la forma gaseosa, y el calor continúa en ella, aunque cambiado en energía que la pone en movimiento para tranformarla en vapor. Puede probarse fácilmente que el calor está haciendo algo, aunque no caliente el agua, cuando vemos que si continuamos hirviéndola la herviremos toda, es decir, la convertiremos toda en vapor.

¿POR QUÉ DECIMOS ALGUNAS VECES GAS Y OTRAS VAPOR?

Es una verdadera lástima tener dos palabras para significar la misma cosa, porque muchos se confunden con ellas. Nosotros podemos imaginarnos que un vapor es algo que está en el aire y que podemos ver, es decir, algo que no nos permita ver a través de ello. Pero el vapor es realmente un gas y un gas es un vapor. Sólo, cuando una cosa a la temperatura ordinaria es generalmente gaseosa, la llamamos gas. Cuando conocemos una cosa mejor en el estado líquido o en el sólido, como es el agua, le llamamos vapor a su estado gaseoso. Así es que vapor es sencillamente un gas, o sea, la forma gaseosa de una cosa que nosotros conocemos mejor en sus estados líquido y sólido.

¿POR QUÉ SENTIMOS EL AGUA HIRVIENDO COMO SI ESTUVIESE FRÍA, CUANDO METEMOS LAS MANOS EN ELLA?

Aunque no podamos conocer las cosas sin que medien nuestros sentidos sabemos que estos pueden muy bien engañarnos, y la regla general acerca de ello es

que los sentidos nos engañan menos cuando tienen que intervenir en cosas a las cuales estamos ya acostumbrados; pero nos engañan más cuando hay algo anormal acerca de la cosa que sentimos o vemos. Otra regla general es que los sentidos pueden engañarnos cuando están intensamente excitados. Funcionan mucho mejor con cosas a las cuales ya están acostumbrados y con cosas que no les exciten ni poco ni mucho. En la piel de la mano hay una disposición especial para sentir el calor y el frío y es un hecho interesantísimo el que, como lo hace notar la pregunta, cuando la sensación del calor es aguda en extremo el cerebro resulta engañado durante uno o dos minutos y nos da una sensación como si estuviésemos tocando alguna cosa muy fría. Pero nadie puede explicarse cómo ocurre esta equivocación y vale la pena de meditar bien en la pregunta y retenerla en nuestra memoria con otros ejemplos de las equivocaciones de nuestros sentidos.

¿CÓMO ES QUE LAS NUBES DETIENEN LA LUZ DEL SOL, SI SON AGUA PURA?

El agua en todos sus estados, detiene y toma cierta cantidad de la luz solar. Bien sabemos que el agua en el estado líquido lo hace, porque se vuelve pronto más oscura a medida que nos sumergimos más y más en ella. El agua en el estado sólido, o hielo, lo hace también. El agua en el estado gaseoso lo hace menos; y el agua en el estado gaseoso que está siempre presente como formando parte del aire, no detiene bastante luz solar para que nosotros lo advirtamos. Pero el agua en forma de gotas redondas suspendidas en el aire, que es de lo que realmente están hechas las nubes, puede detener gran cantidad de luz solar.

Pronto podremos comprender esto, si recordamos a qué se parece una burbuja de jabón. Imaginémonos una, hecha casi toda de agua; tiene una superficie hermosa y brillante. Esto significa que la luz que cae en ella es rechazada de su superficie en gran cantidad. Así pues, si hay una nube hecha de millones de diminutas burbujas o gotas, que también son cosas que brillan, rechazará gran cantidad de la luz que cae en ella. Esto podemos comprenderlo, cuando vemos el lado iluminado de una nube. No hay nada que pueda ser más brillante y perfectamente blanco que las nubes, que al mirarlas nos parecen montañas de nieve. Son blancas y brillantes, precisamente porque no dejan que la luz del sol pase a través de ellas, sino que la reflejan o la rechazan.

¿POR QUÉ PODEMOS OIR EL RUIDO QUE PRODUCE EL ARAÑAZO DE UN ALFILER EN EL OTRO EXTREMO DE UNA VIGA?

El sonido es producido por las ondas de materia, ondas de cierta clase y medida, que nuestros oídos pueden distinguir. Estas ondas pueden atravesar cualquier clase de materia y de este modo conducen el sonido. La sustancia que conduce el sonido y en la cual se hallan las ondas, se llama el *medio*, que significa una *cosa que está entre otras*. El medio más común del sonido para nosotros es el aire, y lo es en alto grado. Para los peces lo es, naturalmente, el agua. Pero muchos cuerpos sólidos conducen perfectamente las ondas sonoras; y si rascamos un extremo de una viga con un alfiler, la materia de la cual está hecha dicha viga, desarrolla una serie de ondas que continúan mientras el alfiler va moviéndose y que podemos distinguir claramente en nuestros oídos, o quizás aun colocando sencillamente el otro extremo de la viga contra un lado de la cabeza o entre los dientes; pero el pabellón de la oreja es mejor, porque contiene disposiciones especiales para conducir las ondas sonoras al verdadero oído, mucho mejor que pueden hacerlo los huesos del cráneo o de la cara. Todos hemos oído contar como los indios pueden percibir los sonidos a grandes distancias bajándose y aplicando el oído en tierra. Lo cual nos demuestra que ésta puede conducir ondas sonoras, es decir, ondas que nuestros oídos pueden percibir y apreciar como sonidos, de igual manera que si las recibiésemos a través del aire, del agua o de una viga.

UN rey sabio, como tantas veces se ha dicho en esta obra, es aquél que sabe hacer feliz a su pueblo; y no solamente lo decimos nosotros, lo han dicho también grandes hombres. El gran filósofo Platón, escribiendo acerca de su ciudad ideal, dijo que únicamente podría el mundo librarse de la maldad humana, siendo gobernados los pueblos por filósofos, es decir, estando el poder en manos de los hombres más sabios. Pero la felicidad no es un don de los reyes. Sucedió una vez que la ilusión de Platón llegó a ser realidad. En Marco Aurelio tenemos al rey-filósofo; al gobernante que prefería la soledad de sus horas de estudio a la esplendidez fastuosa de la corte; al soldado que amaba más la paz que la guerra. Sin embargo, Marco Aurelio no hizo a Roma feliz. Verdad es que la felicidad depende de nosotros mismos y no de los reyes; y en el emperador romano, antes citado, vemos al hombre extraordinario, que teniendo a su alcance la felicidad, no pudo dársela a su pueblo; porque, aunque emperador de Roma, no podía ser nunca el dueño de los destinos del mundo.

UN PENSADOR EN UN TRONO

MARCO AURELIO Y SU LIBRO EXTRAORDINARIO

NUNCA sabemos donde se encuentra el verdadero filósofo. Puede ser un hombre que limpia cloacas, o el catedrático de una Universidad; puede ser un humilde campesino y hasta un pensador elevado a la más alta dignidad del gobierno. Marco Aurelio fué el único rey-filósofo de la Edad Antigua, se ha dicho.

Pero nosotros sabemos que también hubo un gran monarca egipcio, hace ya muchos siglos, que a la vez fué un gran pensador. Este soberano se negó a adorar a los ídolos y profesó la religión del Dios único y verdadero.

El nombre de este rey extraordinario sólo es conocido de los historiadores del antiguo Egipto; se llamaba Akhnaten, y se le designa más comúnmente con el nombre de Amenhotep IV. También el emperador Akbar, que vivía en la India hace 350 años, fué un gran pensador. Reconociendo que en todas las religiones había un fondo de verdad, se mostró enemigo declarado de toda persecución. Como legislador, fué siempre muy justo y humano. Intentó enseñarle a su pueblo una nueva religión, resumen de todas las religiones, a fin de que terminaran para siempre las disputas. Dijo que en todo templo de todo país, los hombres sentían a su Dios, igual los mahometanos que los creyentes en la Doctrina de Cristo. Y cuanto más sabemos de este notable soberano, más motivos hallamos para admirarle. Por ejemplo, prohibió el matrimonio entre muchachos demasiado jóvenes, según era costumbre del país contraerlos, y del mismo modo, hizo respetar la vida de las mujeres viudas, que debían ser quemadas vivas, inmediatamente después de haber muerto sus maridos, otra antigua y bárbara práctica de la India.

Pero aquí vamos a tratar de un emperador y filósofo romano mucho más célebre. Sin embargo, de justicia era recordar igualmente al egipcio y al indio, para admirar a los tres por igual, puesto que los tres fueron grandes hombres que florecieron en épocas y lugares tan diferentes y distantes. De este modo logramos darnos cuenta de que muy raras veces ha ocupado el trono la sabiduría. Desde los comienzos de la civilización, el número de reyes y emperadores que han existido es enorme. Ha de producirnos extrañeza, por tanto, que, entre ellos, fueran los filósofos tan escasos.

Tal vez el trono no es el lugar más a propósito para pensar; quizás teniendo un rey que atender a un asunto del momento, y espiar la conducta de los cortesanos lisonjeros y vencer a sus enemigos, no tiene tiempo para emplear sus facultades mentales en otras cosas más altas. Por eso con más razón, debemos recordar los nombres de los tres citados monarcas,—Akhnaten, Marco Aurelio y Akbar.—A continuación estudiaremos al más grande de los tres, quien, aventajando en esto a los otros dos, legó a la humanidad un libro maravilloso.

Nació Marco Aurelio, 121 años des-

pués de Jesucristo. En el año 161 fué emperador de Roma, y murió diez y nueve años más tarde, es decir, en 180.

Guardémonos, sin embargo, de creer que, siendo emperador de Roma, debería ser muy feliz, porque tenía en su mano los medios de satisfacer sus deseos y antojos.

En Roma ocurrían disturbios y, lejos de la patria, se sostenían guerras. Marco Aurelio no podía pasarse la vida divirtiéndose tranquilamente en su palacio o escribiendo su libro para no aburrirse. Todo lo contrario: su libro lo escribió, según se iban produciendo los acontecimientos.

Con todo, no dejaba de ser un soberano poderoso. Sabía lo que significaba el poder. Cuando daba su opinión sobre un asunto cualquiera, lo hacía después de haber madurado sus pensamientos. Un hombre pobre y despreciado, que viva en una miserable choza, puede declarar que el poder y el dinero, el lujo, el fausto y la música de los festines, los ricos manjares y los honores de los hombres, son cosas todas ellas despreciables. Puede tener razón y puede no tenerla; pero nosotros estimaremos en mucho más esta afirmación, si viene de boca de un emperador, que disfrutó de todos los honores y de todas las riquezas.

Marco Aurelio cuando era joven.

Se comprende que Marco Aurelio, que desde niño parecía ser un filósofo, recibiera excelente educación; pero muy pronto abandonó los estudios cortesanos tales como el arte de hacer versos y de hablar con elegancia, dedicándose por entero a la filosofía. Cuando sólo contaba once años de edad, ya comenzó a vestirse el traje sencillo que prefieren los filósofos, usando en todas las cosas de su vida la misma sencillez. Fué un filósofo moderado, y sujetó su vida a una disciplina, imitando a los demás filósofos en el alejamiento de las diversiones y en el desprecio de todas las comodidades. El muchacho que así se trazaba una regla de vida, estaba destinado a ser emperador, dueño de uno de los más vastos imperios que ha habido en el mundo.

Marco Aurelio era partidario de la paz; pero estaba destinado a combatir. Muchas veces tuvo que luchar a lo largo del Danubio; y ahora sabemos que, durante un combate, no se sabe en qué lugar, anotó una idea que ha llegado hasta nosotros y que nos parece preciosa. Cuando Marco Aurelio tuvo que sobreponerse a los estragos causados por una peste que se extendió desde Oriente a Italia; cuando se vió rodeado por el hambre y la traición, un caudillo suyo, en quien tenía puesta su confianza, volvióse contra él, con objeto de arrebatarle la corona; pero fué muerto por uno de los leales. Entonces Marco Aurelio sólo sintió una pena: la de no haber tenido ocasión de perdonar al traidor, y destruyó por sí mismo todas las pruebas de la culpabilidad de otros, para que, de este modo, no pudieran ser condenados.

Es muy de lamentar que este emperador permitiera una persecución contra los cristianos; pero debemos recordar que Marco Aurelio desconocía las enseñanzas del Cristianismo, y en los cristianos solamente veía a los rebeldes, enemigos del imperio. Este grande hombre murió relativamente joven, a los 59 años, extenuado, después de sobrehumanos esfuerzos por alcanzar otra gran victoria para Roma sobre las turbas del Norte. Un autor le considera como «el más noble de los emperadores paganos», y otro dice que «tristemente debe reconocerse que no se encontraría otro monarca cristiano capaz de resistir el parangón con Marco Aurelio».

Fué éste un hombre extraordinario por lo que enseñó a la humanidad, ensalzando la virtud y el deber, y por las circunstancias y hechos de su vida, que dan grande relieve a lo que escribió. En el caso de Marco Aurelio no hay que

acudir a las notas de segunda mano para llegar a sus enseñanzas; pues como ya hemos dicho, existe un libro suyo, que se llama: « Meditaciones de Marco Aurelio ». Este libro es una serie de apuntes, que escribió en griego el emperador, en momentos memorables de su vida. No se trata de un gran volumen, y con el tiempo habremos de leerlo. Aquí sólo daremos parte de los profundos pensamientos que contiene, los que nos parecen más hermosos y sencillos.

Por lo que Marco Aurelio nos dice, comprendemos que tuvo excelente educación y buenos padres y abuelos. Nos dice que su abuelo tenía buen natural; que su padre era modesto y esforzado; que su madre le enseñó a tener fe, a ser generoso y liberal y a respetar al prójimo, amándole como a sí mismo. Tales fueron los principios de este grande hombre.

Tuvo excelentes maestros que le instruyeron en una infinidad de materias, de suerte que, según nos refiere él mismo, aprendió de sus profesores « cómo se ha de ser agradecido; cómo debe aceptarse un favor, sin humillarse por ello ni demostrar desagradecimiento al amigo que se lo hace; no mentir cuando por pereza no se ha escrito una carta que debió escribirse, y otras muchas cosas, algunas serias, otras amenas y todas dignas de ser conocidas ».

SENTENCIAS DE MARCO AURELIO

ESTAS meditaciones de Marco Aurelio están escritas como si el autor hablase consigo mismo, lo cual se comprenderá leyéndolas. Por ejemplo, cuando dice: « Acuérdate todas las mañanas de que, acaso antes de que llegue la noche, te encontrarás con una persona digna de toda censura » no da un consejo al lector, sino que se lo da a sí mismo. Escribió, pues, su libro como para recordar sus propios pensamientos. Algunos de ellos, que los hombres han estado comentando durante casi 2000 años, son los que citamos a continuación, traducidos libremente.

«Con respecto al hombre censurable debes pensar que así tu mente como la suya vienen de Dios y que fuímos creados para ayudarnos mutuamente, como se ayudan las dos filas de dientes de nuestra boca. Todo hombre es necesario al Universo. Eres hombre y naciste romano; debes, por tanto, obrar como corresponde a esta dignidad. Esto sólo se logra pensando que cada una de nuestras acciones podría ser la última.

« Recuerda, también, que hay personas que, no obstante ser muy activas, no hacen nada de provecho. Inútilmente se cansan y agotan sus fuerzas, sin aspirar a ningún fin determinado, sin obedecer a ningún plan de acción.

« Debes obrar pensando que puedes morirte, cuando menos lo esperes, pero no por ello temerás a la muerte. Si hay dioses, o Providencia, serás salvo; y, si no los hubiese, un mundo sin dioses no es digno de que el hombre viva en él. La muerte y la desgracia no corresponden al hombre en sí. Vida y muerte, honores y humillaciones, placeres y penas, riqueza y miseria, están indiferentemente con los buenos y los malos, y no son en sí mismos ni lo uno ni lo otro. Toda la vida no es más que un punto, un momento en la eternidad, y el cuerpo está siempre en peligro de caer vencido. No debemos contar nuestra fortuna; en cuanto a la gloria, sólo es humo. ¿Qué podríamos, pues, ambicionar? Ser todo lo más semejantes que sea posible al Dios que sentimos dentro de nosotros ».

« Debemos atender con preferencia a nuestras almas, pues los cuerpos están perdidos. Hipócrates, que curó tantas enfermedades, al fin cayó enfermo y murió. Alejandro, Pompeyo y Julio César, que sembraron por todas partes la muerte y la destrucción, muertos y destruídos fueron ellos también. Demócrito fué consumido por los gusanos y otros gusanos destruyeron a Sócrates.

« Es una buena regla no pensar en cosas de las cuales nada nos atreveríamos a decir, si alguien nos preguntara: « ¿En qué piensas? »

« No te esfuerces en ser espiritual y brillante en tu conversación; obra siempre como corresponde a un emperador romano; busca en ti mismo la paz del alma y no quieras para ella un apoyo ajeno, es decir: no sería discreto que te desprendieras de

tus piernas, prefiriendo el sostén de unas muletas.

«No es absolutamente necesario abandonar la ciudad para encontrar la paz. Tendríamos que aprender un medio de separarnos de nosotros mismos, y así hallaríamos una paz perfecta, aunque nos rodeara una multitud.

«No obres como si tuvieras diez mil años para vivir: la muerte nos está tocando con los codos. Procura, mientras vivas, servir para algo que esté dentro de tus aptitudes. Pronto has de ser devuelto a esa fuerza directora del Universo que te dió la vida.

«Un buen sistema de vivir es el desprenderse de las cosas innecesarias. La mayor parte de lo que hacemos y decimos no es necesario. Si prescindiéramos de ello, tendríamos más tiempo y menos disgustos. El hombre ciego es el que deja sin ojos a su pensamiento. El pensamiento es lo que da la vida, y no el cuerpo—dice Epicteto;—eres un alma viviente que arrastra consigo un cuerpo.

«Si queremos conocer bien el exacto valor de las personas, habremos de estudiar lo que piensan, qué persiguen y cuáles son las cosas que desprecian. El hombre vale más o menos, según sea el valor de aquellas cosas, a las cuales ha consagrado su vida».

Esta última sentencia de Marco Aurelio es tan admirable, que deberíamos dedicarle especial atención. Vivimos en una época dominada por el positivismo más lamentable. Cuando, al morirse un conocido nuestro, preguntamos: *¿valía?*, no queremos significar su valor moral, sino que pensamos en su fortuna. Pensando así, nos alejamos de lo verdadero, hermoso y perdurable, dedicándonos por entero a lo engañoso y efímero. El valor de un hombre es el mismo valor de aquellas cosas a las cuales ha consagrado su vida, y si esas cosas no son más que dinero, entonces el verdadero valor del hombre es nulo, no existe. Marco Aurelio, que aun siendo emperador, estaba siempre dispuesto a recibir lecciones de otros pensadores, fuera cual fuese su condición—del esclavo Epicteto, a quien cita con frecuencia en su libro, aprendió mucho,—escribió otros apuntes que nos harán pensar más todavía sobre el valor del hombre, demostrándonos cómo, cuando decimos: *fulano ha muerto rico*, podemos referirnos a un hombre que ya murió veinte años antes.

Dice Marco Aurelio: «Cuando un hombre llega a viejo, quiere decir que en él se continúa y prolonga la simple vida animal. Respira, se alimenta y tiene toda clase de necesidades; pero puede suceder que, para hacer un uso verdadero de sí mismo, para distinguir entre lo que parece y lo que verdaderamente es, para todos los pensamientos nobles y el estudio justo de sus semejantes, esté ya perfectamente muerto».

He aquí, ahora, un pensamiento que, por su profundidad y extensión, es uno de los que más se destacan en el libro, y por eso debemos darlo íntegramente, traduciéndolo del griego al castellano con toda la fidelidad que sea posible.

«Considera cuántos médicos han muerto, que fruncieron el entrecejo ante el enfermo, dándose aires de seres superiores; cuántos astrólogos, que pensaron ser grandes hombres, porque profetizaron una catástrofe; cuántos filósofos siguieron el camino de la carne, después de haber comentado prolijamente la muerte y la eternidad; cuántos guerreros que cayeron también, después de haber vencido a cien enemigos; cuántos tiranos que acabaron, después de haber abusado de su poder, otorgando vida o muerte a sus vasallos, como si pensaran ellos ser inmortales; cuántas ciudades que desaparecieron hasta en su sombra, como Helice, en Grecia, y Pompeya y Herculano en Italia, por no citar otras muchas.... Piensa siempre que basta rebuscar en tus recuerdos para ver cómo un hombre cierra a otro los ojos, para que luego le entierren a él, y así sigue el mundo, pasando todo esto en un corto espacio de tiempo. Por consiguiente, la especie humana es algo efímero, inestable, transitorio. Nacemos hoy para ser mañana huesos y cenizas. Así, durante tu corta vida, debes procurar ponerte en armonía con la naturaleza, para partir luego alegremente; y así como cae del olivo una aceituna madura, acuérdate tú, al caer, de tu madre Naturaleza y del árbol que te produjo».

Marco Aurelio era un hombre, que comprendía y deseaba corregir sus debilidades.

En el siguiente pensamiento, le vemos reprocharse a sí mismo de esta suerte:

«Si crees que no es tu obligación madrugar, hazte este discurso: «Ahora me levanto, para que trabajen mi cuerpo y mi espíritu. ¿Acaso fuí creado sólo para dormir y quedarme en el lecho, bien arropado y caliente? ¿No se me hizo para que yo, a mi vez, hiciera algo? ¿No debe portarse un hombre como corresponde al hombre? No debes tenerte verdadero amor a tí mismo. Si lo tuvieras, amarías la naturaleza y darías a tu cuerpo libertad y movimiento. Quiero seguir el camino de la naturaleza hasta que se rindan mis piernas; después descansaré, respirando con delicia el aire que me da la vida».

Luego le vemos aventurarse en un asunto que nos recuerda lo que Buda enseñó acerca de las almas y de su morada. Después de declarar que «ya tiene el hombre bastante trabajo con hacerse tolerable a sí mismo», pregunta:



Marco Aurelio perdonando a sus enemigos.

«¿Qué estoy haciendo yo con mi alma? He aquí una pregunta que debería ser hecha con frecuencia. ¿Cómo tengo ahora el alma? ¿De quién tengo el alma? ¿Es la de un niño o la de un mozo, o la de una débil mujer, o la de un tirano, o la de una bestia o la de una fiera?

«Tengo un alma y un cuerpo, y es evidente que para algo se hicieron la una y el otro, y que yo desciendo de otro ser y de otros seres. Por consiguiente, todo cuanto hay en mí servirá para la continuación de la especie. De este modo yo fuí hecho, y mi padre antes que yo, y otro antes que mi padre y así siempre atrás en la eternidad.

«Los vastos continentes de Europa y de Asia no son más que rinconcitos del mundo creado. El océano no es más que una gota de agua y el monte Athos sólo significa un grano de arena comparado con el Universo. Lo presente es sólo un momento, comparado con la Eternidad. Estas cosas no son pequeñas, ni mudables ni transitorias. Recuerda también que todas las cosas vienen del Alma que rige el Universo, directa o indirectamente. El rugido del león, el veneno de una serpiente y todo cuanto parece dañino en la naturaleza, como las espinas y el fango, es consecuencia de algo noble y hermoso».

Estas palabras encierran para nosotros una lección todavía más importante de lo que puede parecer a simple vista. Nadie que recuerde la Biblia dejará de observar que cuanto nos dice aquí Marco Aurelio, lo dijo también el apóstol, en parecidas palabras, al advertir que nada de lo hecho por Dios puede ser vulgar ni discutible. Es posible que Marco Aurelio hubiera leído algo de la Biblia, aunque sin conocerla. Uno de los primeros escritores cristianos dijo de Marco Aurelio que «cristiana era su alma por naturaleza».

Marco Aurelio aplicó su máxima a muchas de sus propias acciones y de un modo que para nosotros habría de ser muy difícil comprender. Y es que no sólo hay que explicarse la necesidad de que haya espinas, y el veneno de la serpiente y el fango; igualmente debemos transigir con todos los hombres, aun con aquellos que nos son molestos. El Universo era para Marco Aurelio un gran todo.

«Todos los hombres trabajan de acuerdo con los fines de la Providencia, algunos conscientemente, otros sin darse cuenta de

ello. Y así pudo decir Heráclito que, aun los que están durmiendo, contribuyen a la marcha del mundo. La gran obra se realiza después con diferentes manos y por distintos medios. Pues hasta aquel que reniega de su destino y se esfuerza por romper en pedazos la línea que ha de seguir el mundo, hasta ese hombre terco contribuye también con su parte».

Nos dice, además, Marco Aurelio que, teniendo que cumplir algún cometido, debemos procurar que este cometido no sea ridículo ni humillante, dado que «El que gobierna el mundo nos hizo útiles para algo y de alguna manera armonizará nuestras aptitudes con su plan de acción».

Por último, y para completar nuestra impresión a propósito de la sabiduría de Marco Aurelio, reproducimos las siguientes y hermosas frases:

«Diga lo que diga la gente y haga lo que haga, yo debo ser bueno y decirme lo que se diría del oro o de una esmeralda: Deja que la gente diga y haga lo que quiera; yo soy una esmeralda y debo conservar mi color».

«Es una tontería no corregir las propias faltas, lo cual es muy fácil, y pretender enmendar las ajenas, cosa perfectamente imposible».

«Si tú sabes bien dónde está la verdadera sabiduría, no debe importarte que la gente no dé crédito a tus palabras».

«Alejandro, Julio César y Pompeyo, ¿qué fueron, comparados con Diógenes, Heráclito y Sócrates? Estos filósofos penetraron la naturaleza de las cosas y sus causas y se dejaron conducir por las leyes de la naturaleza. Pero, por lo que se refiere a aquellos príncipes, ¡con cuántas cosas se les esclavizó y amargó la vida!»

«Porque le has hecho un favor a un amigo, quieres que te lo agradezca o le pides otro. Es como si un ojo o un pie te quisieran cobrar los servicios que te prestan. Piensa que el hombre debe ser amable con sus semejantes, y cuando le hace un servicio al prójimo, demuestra ser útil al mundo, habiendo cumplido el fin de su principio, y así obtiene su propia recompensa».

«No se puede ser buen maestro sin haber sido antes buen discípulo. Con mucha razón puede decirse esto del arte de vivir».

«El tiempo es como un río que arrastra rápidamente todo lo que nace. Tan pronto como aparece una cosa, es arrebatada por la corriente: a una cosa siguen otra y otras cosas, pero todas no hacen sino pasar».

«Ten muy presente que los hombres, hagas lo que hagas, siempre serán los mismos».

«Más deseo conservar un solo ciudadano que destruir mil enemigos».

«Quien huye de las obligaciones sociales es un desertor».

«El medio más seguro de vivir libre y tranquilo es hacer cada acción como si hubiese de ser la última de la vida, sin temeridad, sin repugnancia alguna a la razón, sin hipocresía, sin amor propio y con una perfecta conformidad con las órdenes de los dioses».

«Los hombres buscan plácidos retiros, casas de campo, a orillas del mar o sobre la montaña, y tú también te has acostumbrado a desear muchas de estas cosas. Pero esta es una idea vulgar, porque está en tu mano, cuando lo desees, retirarte en ti mismo. En ninguna parte un hombre podría retirarse con más calma o libertad del pesar que en su alma, sobre todo cuando tiene en sí mismo pensamientos tales, que su mera contemplación le da inmediatamente la tranquilidad perfecta».

«Hemos nacido para ayudarnos unos a otros, como los pies, las manos, los párpados, los dientes. Es, pues, contrario a la naturaleza perjudicarse mutuamente, y perjudicarse es sentir odio y aversión».

«Un exterior hermoso es un seductor peligroso».

«Si no conviene, no lo hagas; si no es verdad, no lo digas».

«Cuando se te presenten muchos caminos, elige siempre el más recto, que al mismo tiempo es el más corto y seguro: la experiencia y la verdad te lo indicarán».

«No retraigas el pecado de otro».

«Las mayores riquezas no bastan para los placeres y los vicios de un príncipe voluptuoso; y si es odiado por sus súbditos, no está su vida segura a pesar de cuantos guardias le defiendan».

Dejamos aquí a Marco Aurelio; pero luego, cuando seamos hombres, procuremos leer este libro admirable, leerlo bien y comprenderlo bien, desde su primera página hasta la última.

NARRACIONES DE LA ABADÍA DE WÉSTMINSTER



La abadía de Wéstminster es uno de los más bellos monumentos de Londres. Sobre sus vetustos y renegridos muros yérguense artísticas torres de estilo griego y gótico; y su interior, majestuo samente decorado, es rico en mármoles, mosáicos y alabastro. Este templo, santuario nacional, es a la vez panteón de los más ilustres hombres de Inglaterra.

LA abadía de Wéstminster, con sus tumbas reales y sus sepulcros de hombres célebres, es uno de los principales monumentos de Londres, y el gran santuario nacional de los ingleses. Un sepulcro en esta iglesia es el mayor honor que Inglaterra concede a sus hijos más esclarecidos. Dícese que el rey sajón, Sebert, mandó construir, en 616, una iglesia y un convento de monjes benedictinos, en honor del apóstol S. Pedro, en el lugar que hoy ocupa la abadía. Aquel convento se llamó West-Minster, esto es monasterio del Oeste, por el punto en que está situado con respecto a la ciudad.

Lo destruyeron los daneses, lo reedificó el rey Edgardo en 985, y la iglesia o abadía de Wéstminster quedó terminada a mediados del siglo XIII. Tiene forma de cruz latina y el interior, de armónicas proporciones, produce excelente efecto. Entre los monumentos y sepulcros de este templo citaremos los de lord Beaconsfield, novelista y político inglés; Jorge Canning, célebre orador; el del explorador Livingstone; Ricardo Cobden, economista; Isaac Newton, Darwin, Gladstone, Shákespeare y Carlos Díckens.

La célebre abadía, en la cual son coronados los reyes de Inglaterra, está dotada de innumerables concesiones y privilegios reales.

Muchos libros se han escrito acerca de esta abadía, que tanta importancia ha tenido en la historia de Inglaterra, durante el transcurso de mil años; veinte siglos han transcurrido aproximadamente desde que en el lugar que hoy ocupa se construyó el primer edificio, que según fundadas conjeturas, fué un templo pagano. Demolido a fines del siglo II de nuestra era, sobre sus ruinas se erigió una iglesia por orden del rey británico, Lucio, cuyo único pensamiento fue levantar un templo, donde se predicara la religión cristiana y se le erigiera un sepulcro, al pie del cual oraran los monjes.

Más tarde, desapareció el monasterio y con él los monjes, sus moradores, quedando tan sólo en pie la iglesia, en el estado en que hoy puede verse.

Fué la abadía por largo tiempo el

corazón de la corte y de la vida religiosa del pueblo inglés. Ella constituyó el lugar especial destinado a la coronación de los reyes, y al solemne bautismo de sus hijos. Los abades gozaron de gran influencia y mando; mas a veces sus disposiciones excitaron la indignación del pueblo, el cual se amotinó obligándolos a buscar su salvación en la fuga. Tales disturbios no duraban largo tiempo; restablecíase prontamente el orden, los cabecillas eran decapitados y a los demás sediciosos se les aplicaba el castigo, entonces común, de cortarles los pies o las manos.



Muchos reyes de Inglaterra enriquecieron la abadía de Wéstminster con preciados tesoros. Varios caballeros cruzados regalaron a Enrique III una ampolla que, según creencia de aquel tiempo, contenía sangre de Cristo. El rey la condujo a la abadía en una gran procesión llevándola elevada sobre su cabeza, como vemos en el grabado.

Varios reyes enriquecieron con magníficos presentes la abadía y depositaron en ella las reliquias, traídas de Palestina por los caballeros que regresaban de las Cruzadas.

EXTRAÑA CABALGATA ANTE LA ABADÍA DE WÉSTMINSTER

MUCHOS de los reyes que contribuyeron a la construcción o embellecimiento del histórico templo, impusieron al pueblo pesados tributos para atender a los gastos; y aun cuando algunos de aquellos monarcas supieron mostrarse generosos y agradecidos, otros desconocieron enteramente el modo de corresponder a los sacrificios de sus súbditos.

Cuando el rey Eduardo I llegó a la abadía, para ser coronado, una gran muchedumbre se apiñaba alrededor de ella, esperando el paso de la comitiva regia. Quinientos jinetes cabalgaban en el séquito. Eran los príncipes reales y los grandes hombres del país, que montaban soberbios caballos ricamente enjaezados.

Aquella fiesta revistió una pompa y solemnidad inusitadas, por ser la primera vez que la abadía iba a presenciar la coronación de un rey y de una reina a la vez. Tal circunstancia despertaba

Extraña cabalgata ante la abadía de Wéstminster

QUINIENTOS CABALLOS SE VOLVIERON CONTRA LA MULTITUD

En las fiestas de la coronación de Eduardo I y su esposa, quinientos príncipes y nobles, después de apearse de sus caballos, los lanzaron contra la multitud.

en el concurso una vivísima curiosidad. Desmontaron, ante la Abadía, los quinientos jinetes e inesperadamente echaron sus caballos sobre la multitud. La confusión fué espantosa. Imaginémonos quinientos caballos de batalla que se lanzan desbocados por aquellas calles atestadas de gente, atropellando a niños, mujeres y ancianos. Tal fué el raro suceso del día de la coronación de Eduardo I. La única recompensa fué que todo el que lograra detener un caballo, pasara a ser su dueño. ¡Extraña fiesta en tan célebre día!.

LA REINA QUE SE REFUGIÓ EN LA ABADÍA

EN los difíciles días de la historia de Inglaterra reyes y pueblo estaban sin leyes. Se ejecutaba a los reos sin previo proceso y bastaba incurrir en la nota de los sospechosos o ser víctima de la mala intención de un tercero para subir las gradas del cadalso. No existía otro amparo que el refugio en el presbiterio de una iglesia, pues, logrado asilo en él, cesaba el peligro. Era un crimen estorbar la entrada de los perseguidos en el templo; y mayor iniquidad aún proceder a su arresto bajo de las bóvedas sagradas. Este privilegio, llamado de asilo eclesiástico, estuvo reconocido por la ley hasta el tiempo de Jacobo I; y aunque posteriormente se abolió dicha disposición legal, quedó, no obstante, en uso hasta los días de Guillermo III.



La reina viuda de Eduardo IV se refugió en la iglesia de la abadía de Wéstminster, con sus hijos en una oscura noche, huyendo del duque de Gloucester. El grabado la representa en el momento en que llegó al templo.

La abadía de Wéstminster constituyó en general un asilo inviolable, pero no faltó algún caso en que la maldad profanó la santidad de este presbiterio, y en una ocasión la mano del asesino manchó de sangre sus gradas.

Reinaba Ricardo II y su pariente Juan de Gaunt, logró persuadirle a que encarcelase a dos hidalgos, encerrándolos en la Torre de Londres, vieja fortaleza y antigua prisión de Estado. Habiendo conseguido escaparse los dos prisioneros, se refugiaron en la abadía de Wéstminster. Irritado Juan de Gaunt, determinó hacerlos salir del presbiterio, y como él era ya un hombre, y su sobrino, el rey, un niño de doce años, no le fué difícil enviar a unos cuantos soldados, para que arrestasen a los dos hidalgos amparados en el templo.

Cincuenta hombres armados penetraron en la iglesia, en ocasión en que se celebraban los oficios. Sin gran esfuerzo se apoderaron de uno de los hidalgos, conduciéndole prisionero a la Torre, mas el segundo se defendió con tal valor, espada en mano, que sólo después de haber recibido doce tremendas heridas,

cedió, cayendo muerto al pie del altar, ante los ojos de los horrorizados monjes. Este crimen suscitó en todo el país gran indignación; y la abadía permaneció cerrada durante cuatro meses; fueron castigados los caballeros que guiaron a los asesinos y hubieron de hacer pública penitencia por su gran pecado.

También de la abadía de Wéstminster salió con esposas en las manos para la Torre, el príncipe Ricardo, que con su hermano mayor murió más tarde asesinado. Eran estos príncipes hijos de Eduardo IV. Cuando este rey murió, la reina Isabel concibió gran terror del malvado duque de Glóucester que reinó después con el nombre de Ricardo III. Era el duque tío de los jóvenes príncipes y tan perverso que, no sin fundamento, temiá la reina viuda que aguél intentara hacerlos desaparecer para coronarse él rey de Inglaterra.

Muerto Eduardo IV, debía ocupar el trono su hijo, el mayor de los dos príncipes, nacido dentro de la abadía, y que a la muerte de su padre se hallaba en Ludlow. Contaba a la sazón trece años, y, siendo necesaria su ida a Londres para ser coronado rey, salió en su busca uno de los lores. No había llegado el joven rey a Nórthampton, cuando el duque de Glóucester, ávido de la corona, se apoderó de él.

La desconsolada reina Isabel resolvió salvar a sus demás hijos, y así, en una noche cerrada, marchó con el joven príncipe Ricardo y sus cinco hijas a la abadía, refugiándose con ellos en la iglesia.

Apesadumbrada y temerosa de una nueva maldad del ambicioso duque, cayó postrada la infeliz reina sobre las frías losas del templo. Acudieron los grandes hombres en su ayuda, prometiéndole su auxilio y jurándole que el príncipe sería coronado rey. Fijóse la fecha de la coronación del joven Eduardo. Los invitados aprestaron sus trajes de gala, preparóse un suntuoso banquete; mas todo inútil, porque no había de llegar el momento de lucir los vestidos ni de celebrar el festín. El príncipe Eduardo estaba en poder del inicuo duque de Glóucester que intentaba asimismo apoderarse de Ricardo, refugiado con su madre al amparo del templo.

Cuando mercenarios mensajeros llevaron a la reina viuda la nueva de que el duque exigía la entrega de su segundo hijo, la excelsa dama pronunció valientes palabras condenando aquel acto y llegró a desafiar a sus enemigos. Mas ¿qué podía una débil mujer contra un ejército? Hubo de doblegarse. Tomó al tierno príncipe en sus brazos y besándole tiernamente le dijo: « Sólo Dios sabe cuando te besaré otra vez ». Después se alejó de él llena de dolor.

Los dos príncipes fueron encerrados en la Torre, y el duque de Glóucester ciñó la corona real bajo el nombre de Ricardo III. Más tarde fueron asesinados por mandato de este malvado rey, el cual prohibió hablar de ellos durante su vida.

Los restos de los dos desgraciados príncipes fueron descubiertos en una fosa, bajo de una escalera de la Torre, y traslados a la abadía.

UNA DUQUESA CUBIERTA DE HARAPOS EN LA ABADÍA DE WÉSTMINSTER

En el reinado de Ana de Inglaterra, una de las más encumbradas damas de la corte, era la duquesa de Marlborough. Generales y estadistas se disputaban su amistad, a causa de la gran influencia que la duquesa ejercía sobre la soberana. Fué en efecto largos días la dama agasajada, la reina sin corona, pues Ana de Inglaterra se guió algún tiempo por los consejos e indicaciones de su palaciega.

¡Qué sorpresa, pues, no sería para los ciudadanos de Londres ver una mañana a la gran duquesa, envuelta en harapiento vestido, y sentada en el atrio de la abadía, al lado de sucios mendigos! La duquesa de Marlborough había perdido a su hijo, y su dolor fué tan grande,

que pobremente vestida fué a llorarle al templo de Wéstminster. A dos pasos de ella bullía un enjambre de mendigos y tahures y una porción de vagabundos y perdidos truhanes sostenían soeces conversaciones.



La gran duquesa de Marlborough, con harapiento vestido, en señal de dolor por la muerte de su hijo, iba a llorarle a la abadía de Wéstminster.

EL CADÁVER DE CROMWELL, OBJETO DE LA IRAS DE UN REY

Un hecho vergonzoso del rey de Inglaterra, Carlos II, fué la exhumación del cuerpo de Oliverio Cromwell y de los de su madre, hermana, nieta y algunos de sus generales, sacándolos de sus tumbas de la abadía.

Cuando el mencionado rey pudo volver a Inglaterra, y fué coronado, quiso satisfacer su venganza en los cadáveres de Cromwell y los suyos. Oliverio Cromwell, llamado el *Protector* de Inglaterra, había hecho morir en un cadalso a Carlos I, padre de Carlos II, por haber herido los sentimientos del pueblo inglés aliándose con Francia contra Holanda, para asegurarse los subsidios de Luis XIV.

Hizo, pues, el vengativo Carlos II desenterrar los cuerpos de los revolucionarios, y puestos en un carretón los cadáveres de Cromwell, Ireton y Bradshaw, que habían sido sus más encarnizados adversarios, se los arrastró a Tyburn, sitio en que se ahorcaba a los criminales.

Allí fueron colgados los cadáveres de las horcas, donde quedaron un día entero. Luego, después de bajarlos, se los decapitó y arrojó a un pozo al pie de las horcas. Las cabezas, clavadas a unas lanzas, y colocadas en un lugar elevado, ofrecieron a los ciudadanos un siniestro espectáculo.

El cadáver de Cromwell, objeto de la iras de un rey

EXHUMACIÓN DEL CADÁVER DE CROMWELL

Cuando Carlos II subió al trono de Inglaterra, mandó abrir la tumba de Oliverio Cromwell y exhumar su cuerpo, retirándolo de la abadía, y tratando a los restos del *Protector* del país, como si hubiese sido uno de los peores criminales. En el grabado vemos a los sepultureros ejecutando las órdenes del rey.



LA REINA QUE NO PUDO ENTRAR EN LA ABADÍA

HEMOS visto a una duquesa cubierta de harapos en la célebre abadía, y estas líneas nos dirán cómo a una reina ataviada con los pomposos vestidos de la coronación no le fué permitido entrar en aquel templo.

Fué ésta la reina Carolina, esposa de Jorge IV, hombre de malos sentimientos, egoísta y de menguados alcances. Habíala obligado a vivir sola en Londres, mientras él era príncipe heredero, y al subir al trono quiso desembarazarse de ella. Ofrecióle una gran suma de dinero, si renunciaba a ser reina, mas ella rehusó. Intentó, después, difamarla, haciendo circular el rumor de que era una mala mujer, y por tanto indigna de ser su consorte; mas este plan falló también como los anteriores.



Jorge IV fué un esposo cruel y no consintió que su consorte, la reina Carolina, fuese coronada con él. Vestida con las ropas de coronación, intentó la reina entrar en la abadía, pero, por orden del rey, le fué negada la entrada. En el grabado vemos a un oficial que la cierra el paso.

Era el 19 de Julio de 1821, el día de la coronación, y Jorge IV encaminóse sin ella a la abadía para ser coronado. La reina Carolina, que estaba ausente, se apresuró a volver a Londres, para reivindicar sus derechos a ser coronada con el rey en la abadía.

Llegó, pues, en las primeras horas de la mañana a la puerta principal del templo y pidió, como reina de Inglaterra, se le permitiese entrar. El cruel rey había dado severa orden de que se le rehusase el acceso a la ceremonia; y así los soldados le negaron la entrada. Entonces buscó otra puerta, mas en vano; fué igualmente rechazada. Llegóse a una tercera puerta, y obtuvo la misma respuesta negativa. Con el corazón traspasado de dolor, alejóse del templo. Tres semanas después moría, tal vez de pena, la atribulada reina Carolina.

UN MUCHACHO QUE DURMIÓ EN EL TRONO REAL DE LA ABADÍA

NO todas las historias de la abadía de Wéstminster son tristes, como las que hemos leído; pues en ella han ocurrido hechos sobremanera curiosos.

Deseaba un muchacho sentarse en el trono real del magnífico templo; y, habiéndose ocultado en él, cuando por la noche fueron cerradas sus puertas el

travieso mozalbete creyó llegado el momento de ver colmados sus deseos.

Como ya dejamos indicado, existe en el interior de la abadía un sillón o trono real que los ingleses llaman « la silla de coronación » y que se usa solamente cuando un soberano va a ceñir la corona.

Varias leyendas se cuentan acerca de esta silla. Debajo de ella hay una piedra, sobre la cual se acostumbraba a coronar a los reyes de Escocia; y el pueblo cree que esta misma piedra fué usada ya en Israel. Pero, volvamos a nuestro relato. El muchacho quedó solo en el templo durante la noche, y de un salto se instaló cómodamente en la silla, cayendo al poco rato profundamente dormido, cual si estuviese en su propio lecho.

Cuando a la mañana fueron abiertas las puertas de la abadía, vieron los sacristanes que el granujilla había grabado en la silla real, con su cortaplumas, estas palabras: « Yo, Pedro Abbott, dormí en esta silla ».

EL SEÑOR CONEJO Y SU CABALLO

GUSTABA al Sr. Conejo el darse importancia delante de sus amigos. Un día que estaba charlando con algunos acerca de caballos, decíanle aquellos que no tenían ninguno.

—¿Cómo?—les preguntó el Sr. Conejo—¿no tenéis caballos? Yo tengo el mejor del país y es nada menos que la Sra. Zorra.

Oyólo ésta que vagaba por allí, y después de reunir a los amigos del Sr. Conejo, les dijo que ella haría retirar sus palabras a aquel vanidoso.

—Esperad aquí—añadió—y veréis qué mal rato le voy a hacer pasar.

Corrió a casa del jactancioso, y le dijo amigablemente:



La Sra. Zorra intentaba dar un gran susto al Sr. Conejo.

—Sr. Conejo, sus amigos van a dar una fiesta y yo les he prometido que os vendría a buscar.

Mas éste, sospechando que allí había algo, le respondió que estaba enfermo y no podía caminar. Entonces la Sra. Zorra se ofreció a llevarlo sobre su lomo, mas el conejo le respondió que sin silla y bridas no se aventuraba a la excursión. Aceptó la Sra. Zorra y después de enjaezarla, montó el Sr. Conejo sobre ella, no sin haberse puesto a escondidas un par de puntiagudas espuelas. Hecho esto, se pusieron tranquilamente en camino.

« Voy a dar a este imbécil un soberano digusto », pensó la Sra. Zorra. « Yo le enseñaré a llamarme su caballo »; e inmediatamente comenzó a saltar de un lado para otro y a dar rápidas vueltas, avanzando y reculando, con intención de echar abajo al jinete; mas éste clavó las espuelas con tal fuerza que la Sra. Zorra no tuvo otro remedio que ceder en su empresa. Al llegar al punto de la reunión, ató el Sr. Conejo a la Sra. Zorra en la cuadra y entrando ufano en la casa, dijo a sus amigos.

—¿Veís cómo la Sra. Zorra es mi caballo? Es un poco levantisca, pero yo la amansaré. Dicho ésto, los llevó a la cuadra para que viesen a la Sra. Zorra. Terminada la fiesta, montó de nuevo el Sr. Conejo sobre la Sra. Zorra, y ésta avanzaba tan sosegadamente, que el Sr.

Conejo, barruntando iba a suceder algo, se puso un poco nervioso.

De nada le valieron las espuelas, pues la Sra. Zorra, tumbándose de repente, empezó a revolcarse por el suelo y el Sr. Conejo hubo de escapar a carrera tendida hacia su madriguera.

Levantóse la taimada, y lanzóse detrás de Sr. Conejo, que corría dando saltos entre los motarrales, y al verse casi alcanzado por la Sra. Zorra se escondió en un árbol hueco.

Llegó ésta, y viendo que el agujero del tronco era demasiado estrecho, dijo:

—De todos modos eres mío, pues aquí esperaré a que salgas, aunque tenga que estar hasta el año que viene.

Callóse el Sr. Conejo y poco después pasó, volando por allí, un milano.

—¡Eh! señor Milano,—le gritó la Sra. Zorra — aquí tengo encerrado al Sr. Conejo. Hacedme el favor de que no se escape, mientras yo voy por un hacha.

Púsose de centinela el Sr. Milano delante del agujero, mientras la Sra. Zorra volvía.

—¿Sois vos, Sr. Milano?—le preguntó el Sr. Conejo desde el interior del árbol —¡Si vieseis qué ardilla más gorda hay aquí! ¿por qué no la cogéis?

—¿Cómo?—preguntó el Sr. Milano.

—Pues, muy fácilmente. Al otro lado del tronco hay un agujero: poneos en acecho y yo la espantaré para que salga.

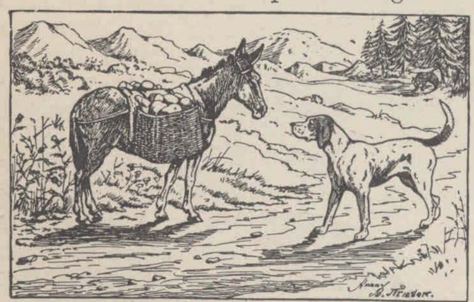
Dió el Sr. Milano la vuelta al árbol en espera de su presa, y entretanto el astuto Sr. Conejo, a todo correr, huía hacia su casa.

FÁBULAS DE ESOPO EN FRANCÉS

Las siguientes fábulas en francés e inglés son de Esopo, de quien se pueden leer éstas y otras muchas, en español, en otras páginas de este libro.

LE CHIEN ET L'ÂNE

Un grand chien et un âne chargé de pain faisaient un long voyage ensemble. Tous deux, bientôt, eurent très faim et l'âne s'arrêta pour manger des



chardons au bord du chemin. Ceci augmenta la faim du chien et il demanda un morceau de pain de la charge de l'âne.

Mais l'âne répondit que s'il avait faim, il devait trouver sa nourriture le long du chemin, comme lui-même, car il n'avait pas de pain à donner.

A ce moment, ils virent au loin un loup venir vers eux. L'âne aussitôt se mit à trembler et dit au chien qu'il espérait qu'il l'aiderait et le protègerait si le loup l'attaquait.

« Non », dit le chien. « Ceux qui mangent seuls, doivent lutter seuls ».

Et il abandonna son compagnon à la merci du loup.

Si vous voulez des amis, soyez amical.

L'AVOCAT ET LES POIRES

Un avocat fut invité un jour à un banquet de mariage dans une maison assez éloignée de la sienne.

Sur son chemin, il trouva un petit panier de poires mûres au bord du sentier. Il avait assez faim pour les manger pour son déjeûner, mais il songeait au



festin et ne voulût pas gâter son appétit; il donna donc un coup de pied aux poires et les envoya dans le fossé boueux.

Un peu plus loin, il dût traverser une

petite rivière; mais elle était tellement grossie par les pluies récentes que la passerelle avait été emportée, et il n'y avait aucun bateau en vue.

Finalement, l'avocat fut obligé de renoncer à l'espoir de traverser la rivière et il reprit le chemin de sa maison. Il avait si faim maintenant que lorsqu'il arriva près des poires sales qui étaient au fond du fossé, il fut heureux de les retirer, de les essuyer aussi bien que possible, et d'apaiser sa faim en les mangeant.

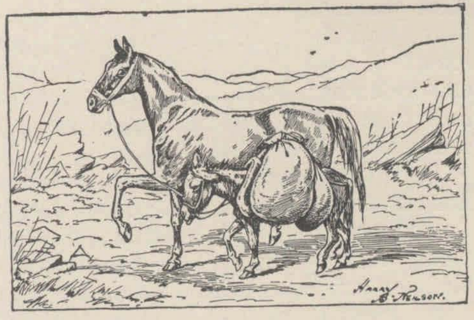
Qui ne gaspille pas n'a pas de besoins.

LE CHEVAL ET L'ÂNE

Un cheval et un âne voyageaient ensemble sur une route, et l'homme qui les possédait les suivait.

Le cheval n'avait rien sur son dos; mais l'âne était chargé si lourdement qu'il pouvait à peine avancer. Il pria donc le cheval de l'aider en portant une partie de sa charge.

Le cheval était méchant et égoïste, et refusa son aide si bien que bientôt le pauvre âne tomba épuisé sur la route et mourut. Le propriétaire des deux animaux essaya d'alléger la charge de l'âne,



mais il était trop tard. Il prit donc toute la charge et la mit sur le dos du cheval, avec la peau de l'âne mort; ainsi, l'égoïsme du cheval, en refusant de rendre un petit service, ne lui rapporta qu'un surcroît de travail et de peine.

Nous ne gagnons jamais rien à être égoïstes et malveillants.

LE CERF SE MIRANT DANS L'EAU

Un cerf, buvant au bord d'un étang, vit son image dans l'eau, comme dans un miroir. Il s'admirait et dit: « Oh! quelle belle paire de cornes je possède! Avec quelle grâce elles s'élèvent au dessus de ma tête et comme elles rendent ma tête belle. Je voudrais que le reste de mon corps fût aussi beau; mais j'ai des pattes si longues, si maigres que j'ai vraiment honte qu'on les voie ».



A ce moment, on entendit le bruit de quelques chasseurs et d'une meute. Le cerf effrayé s'enfuit, et bondissant agilement sur ses pattes maigres, il laissa bientôt les hommes et les chiens derrière lui. Puis il s'élança dans un bois pour se cacher, mais à l'entrée du bois, ses cornes furent prises dans des branches et il fut maintenu jusqu'à l'arrivée des chiens qui le tuèrent.

En mourant, il dit: « Oh! que je suis malheureux! Je vois maintenant que les cornes dont j'étais si fier, sont la cause de ma mort, tandis que mes longues jambes minces, que je croyais si laides, auraient seules pu me sauver ».

Souvent, les choses que nous préférons ne sont pas les meilleures pour nous, tandis que certaines choses que nous n'aimons pas sont utiles et précieuses.



FÁBULAS DE ESOPO EN INGLÉS

THE DOG AND THE ASS

A large dog and an ass, loaded with bread, were going on a long journey together. Both grew very hungry, and the ass stopped to eat the thistles by the roadside. This made the dog feel more hungry, and he begged for a piece of bread from the donkey's load.

But the ass answered that he must find his food by the wayside, too, for there was no bread to spare.

Just then a wolf was seen in the distance coming towards them. The ass at once began to tremble, and told the dog that he hoped he would stand by him and protect him if the wolf attacked him.

"No," said the dog. "People who eat will have to fight alone."

So he left his fellow-traveller to the mercy of the wolf.

If you want to have friends, you must show yourself friendly.

THE LAWYER AND THE PEARS

A lawyer was once invited to a wedding feast in a house some distance from his own. As he walked along the road he came across a small basket of ripe pears lying beside the path. He was hungry enough to have eaten them for his breakfast, but was looking forward to the feast and did not want to spoil his appetite; so he gave the pears a kick and sent them into the muddy ditch.

Some distance farther on he had to cross a small river; but it was so swollen by the recent rains that the little foot-bridge had been washed away, and there was no boat to be seen.

So at last the lawyer had to give up all hope of crossing the stream, and turned back to go home. He was now so hungry that when he came to the muddy pears lying at the bottom of the ditch he was glad to get them out, wipe them, and satisfy his hunger with them.

Waste not, want not.

THE HORSE AND THE ASS

A horse and an ass were travelling along a road together with the man who owned them following behind. The horse had nothing on his back; but the ass was so heavily loaded, that he could hardly move. So he begged the horse to help by carrying part of his burden.

The horse was ill-natured and selfish, and refused to do anything to help, with the result that presently the poor donkey fell exhausted in the road and died there. The owner of the two animals tried to relieve the ass, but it was too late. So he took the whole of the burden and laid it upon the horse's back, together with the skin of the dead donkey; and thus the horse, through his selfishness in refusing to do a small kindness, only brought upon himself a great deal of work and trouble.

We never gain anything by being selfish and unkind.

THE STAG LOOKING INTO THE WATER

A stag, drinking by the side of a pond, saw himself reflected in the water. He stood admiring himself, and said: "Oh, what a beautiful pair of horns I have! How gracefully they hang over my forehead, and how nice they make my face look! I wish the rest of my body was as handsome; but I have such long thin legs that I am quite ashamed of any one seeing them!"

Just then came the noise of some huntsmen and a pack of hounds. Away darted the stag, and, bounding nimbly along on his slender legs, he soon left the men and dogs behind him. Then he rushed into a wood to hide himself, but at the entrance his horns got entangled in some branches, and he was held fast till the hounds came and killed him.

As he was dying, he said: "Oh, how unfortunate I am! I see now that the horns of which I was so proud are the cause of my death, while the long thin legs that I thought so ugly are the only things that could have saved me."

Often the things we like most are not the best for us; while some things we dislike are useful and valuable.



Los primitivos rusos luchando con los escitas, pueblo bárbaro que habitaba en las orillas del Mar Negro.

RUSIA Y SU HISTORIA

A DIFERENCIA de los otros continentes que, presentando la forma de una isla o península, tienen por su misma estructura límites perfectamente delineados, Europa y Asia forman, en realidad, parte de un extenso macizo, comprendido entre el Atlántico, que baña sus costas occidentales, y el Pacífico, cuyo beso reciben las orientales. Cruza la Eurasia (nombre que reciben frecuentemente ambos continentes cuando se los considera unidos) una faja continua de elevadas mesetas, que va desde los Alpes hasta la península de Kamchatka; y la llanura que se extiende entre el Mar Blanco y el Mar Negro, penetra en Asia rodeando la base de los montes Urales. Estos, cuya altura media es de seiscientos metros, nada más, no constituyen tampoco una barrera real entre Europa y Asia, por lo que se refiere al clima o a la vegetación.

En la historia de todos los países occidentales de Europa, hemos visto que sus primitivos habitantes procedían del Asia Central. Como una onda se precipita sobre otra onda, durante centenares de años estos pueblos invadieron uno tras otro la llanura meridional de los Urales, hasta que, obligados por la necesidad o llevados de sus particulares aficiones, se difundieron por todos los ámbitos de Europa.

Algunos de ellos, empero, resueltos a no salirse de la llanura limitada por los mares Blanco y Negro, sentaron allí sus reales. Los principales de éstos fueron los fineses, procedentes del mismo tronco que aquellos otros pueblos que los escandinavos arrojaron hacia el Norte de Suecia, y los eslavos, cuya sangre era la misma que corría por las venas de los que se establecieron entre el Adriático y el Mar Negro. Estos últimos empujaron hacia el Norte a los primitivos habitantes, los fineses, de igual manera que los teutones lo hicieron en Escandinavia. Ahora bien, los principales rasgos de esta gran llanura son sus hermosos ríos y extensos lagos. Al Norte se halla el lago Ladoga, el mayor de Europa; y el territorio que se extiende junto al Báltico, y que sirvió, por último, de asiento definitivo a los fineses, abunda también en ellos, tanto que eso le ha valido el nombre de *Región de los Mil Lagos*, con que algunos lo bautizan. Al sur del Ladoga se hallan los montes Valdai, donde nace el mayor río de Europa, el caudaloso Volga, que deslizándose en suave corriente durante su largo curso, desemboca por numerosos deltas en el Mar

Caspio. Este último es el mar interior mayor del mundo.

El Dnieper y el Don, ambos ríos largos e importantes, siguen su curso por la llanura, el primero hacia el Mar Negro, el segundo hacia el de Azof. Las tribus primitivas se establecieron en las inmediaciones de estos ríos, en regiones sumamente espaciosas, con desnudas llanuras, en que no se ve un solo árbol, llamadas estepas, las cuales se componen ora de extensos campos cubiertos con una capa de *humus* fertilísima, ora de inmensos prados, donde se cría excelente pasto para el ganado, ora, en fin, de terrenos desiertos y rocosos. Dos de las más antiguas ciudades de esas regiones son Kief, a orillas del Dnieper, y Novgorod, situada al Norte de los montes Valdai, con fácil acceso al Báltico y al Volga. Con esto queda diseñado el esqueleto del territorio que, andando el tiempo, se llamó Rusia.



Rurik, el bravo varengo que con sus dos hermanos conquistó gran parte de Rusia, en el siglo IX, y fundó una dinastía que reinó cerca de 700 años.

Hará cosa de mil años, si hemos de atenernos a la tradición más antigua, que tres bravos normandos, tres hermanos, de origen varego, valientes y esforzados como pocos, recibieron una invitación de Escandinavia para que se estableciesen y gobernasen en Novgorod. «Nuestra tierra es grande y hermosa» decía el mensaje, «pero no hay orden en ella; venid y gobernadnos». Rurik, el mayor de los hermanos, quedó al fin solo gobernando el territorio, y así fundó una dinastía que gradualmente perdió su nacionalidad escandinava para adoptar la del pueblo que regía, ni más ni menos que lo que sucedió con los normandos en Francia y con los daneses en Inglaterra. Pero el genio de los antiguos normandos se mostró tal cual era, con toda la audacia y el valor de la raza, cuando un caudillo colgó su escudo en los muros de Constantinopla; y nada, ni aun el terrible fuego griego, fué suficiente para desalojar los buques que los aventureros y belicosos varegos habían llevado a la vista de la capital de Oriente.

Hacia fines del siglo X, ocupó el trono Vladimiro, primer rey cristiano de Rusia, si bien es cierto que antes de él la reina Olga había ido a Constantinopla a recibir el bautismo, por lo cual mereció que la llamaran «Precursora de la Cristiandad Rusa, estrella que resplandece en las tinieblas de un pueblo pagano». Vladimiro, al hacerse cristiano, se afilió a la Iglesia Oriental o Griega; desde entonces, y por espacio de más de nueve centurias, su país ha permanecido fiel a esta rama de la Iglesia, y aun ha llegado a ser cabeza de ella, desde que se convirtió en mezquita la catedral de Santa Sofía. Muchas veces, en el transcurso de los siglos, ha podido tender su mano a otros países eslavos más débiles, pertenecientes a su misma religión, cuando se han visto oprimidos por sus señores, los mahometanos.

Al convertirse Vladimiro, mandó que todo su pueblo recibiese el bautismo, de grado o por fuerza; y, en efecto, todos los rusos fueron bautizados, en grandes masas. Este monarca, que fué célebre también como guerrero, sometió a su poder las tribus eslavas y finesas, especialmente las que vivían lindantes con Polonia; pero no pensó en dar unidad a sus pueblos y hacer de ellos una nación, pues en su testamento ordenó que se dividiese el reino entre sus hijos.

LA MERMADA RUSIA DE HOY



Rusia ha perdido población y territorios considerables desde la Guerra Mundial. Finlandia es ahora independiente, y Estonia, Latvia y Lituania han establecido sus gobiernos propios. Una parte de la Polonia actual era territorio de Rusia, y ésta a la vez tuvo que ceder a Rumania una esquina de su suelo. La Ukrania no es completamente independiente, pero las tres Republicas del Cáucaso pueden llegar a serlo. Todas las fronteras rusas están propensas a ser variadas.

Uno de ellos adquirió fama como legislador; en su código vemos que se castigan, con multas, diferentes delitos; que es de rigor la celebración del juicio para imponer penas; y otras muchas noticias interesantes de la vida de Rusia en este primer período de su romántica historia. Durante cerca de dos siglos, siguiéronse incesantes guerras civiles e interminables contiendas, causadas por la costumbre de dividir la herencia entre los hijos. Kief quedó desolada por el fuego. Novgorod por el hambre. Fué aquella una época infausta, y más habían de serlo aún las sucesivas. En 1224 cayó sobre el país un nuevo azote. Una vez más, numerosas huestes procedentes del Asia, llegaron, barriendo cuanto hallaban a su paso, a la gran llanura que se extiende al Sur de los Urales. Según hemos visto, no hay en esta región macizos montañosos, en donde la gente pueda guarecerse y defenderse contra la crueldad de los invasores; y, como por otra parte, las ciudades estaban mal fortificadas, nada fué capaz de detener el asolador ímpetu de las hordas mogolas o tártaras, que todo lo devastaban. Novgorod, que logró mantenerse independiente, perteneció a la Liga Anseática, se dedicó en gran escala al comercio y tuvo príncipes elegidos por ella misma: « ¿Quién puede contender con Dios y la gran Novgorod? » decía un proverbio, que se hizo célebre, para denotar el poder y la independencia de esta ciudad, en aquellos tiempos. En todas las demás partes, los príncipes y duques se vieron obligados a tributar homenaje a los tártaros, proveerlos de soldados, que luchasen en favor de ellos, y pagarles fuertes contribucions. No había a la sazón vida nacional; la depresión lo invadía todo. Por entonces se edificaron también numerosos monasterios, tan sólidos como extensos, adonde la gente podía retirarse en busca de paz y seguridad, y a cuyos monjes debemos las crónicas e historias que han llegado hasta nosotros, llenas de profundo interés para cuantos estudian la historia de Rusia. Todavía algunas de las antiguas tradiciones se oyen hoy, cantadas por los bardos, relacionadas con Vladimiro « el brillante sol », la reina Olga y otros muchos personajes célebres en el país.

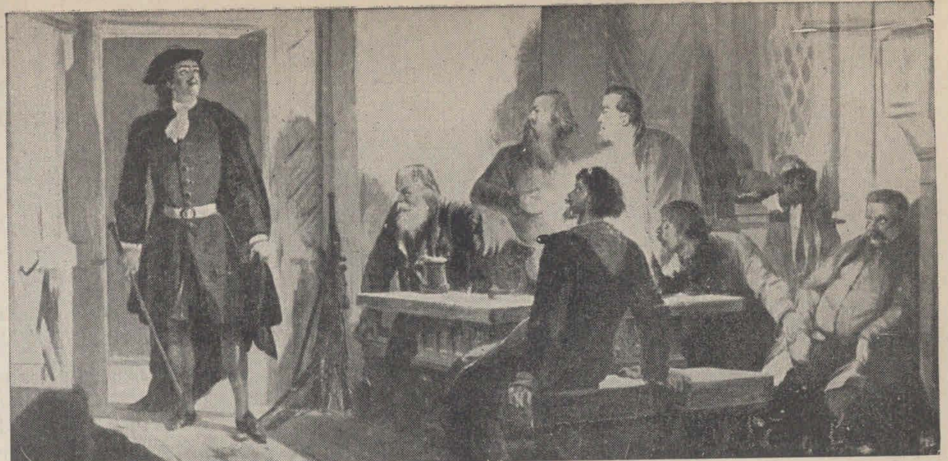
EL INCENDIO DE MOSCÚ, SIGLOS ANTES DE NACER NAPOLEÓN

Entre otras ciudades que más de una vez fueron incendiadas por los tártaros debe citarse Moscú, que en aquel tiempo era una ciudad pequeña, pero interesantísima, por la circunstancia de estar situada a orillas de un subafluente del Volga y en un punto céntrico entre los mares Blanco, Báltico, Negro y Caspio. Algo más tarde, gran parte de la historia del país llegó a centralizarse en Moscú, la capital de los moscovitas, como frecuentemente suele llamarse a los rusos.

Andando el tiempo, los príncipes y nobles rusos contrajeron matrimonio con las hijas de los nobles tártaros, lo cual fué causa de que, insensiblemente, adquiriera el pueblo ruso las costumbres y las modas que sus dominadores les habían traído de Oriente. Entre Rusia y el Báltico habitaban por entonces los lituanos, que continuaron viviendo en la idolatría hasta el siglo XIV, y durante algún tiempo poseyeron en la Rusia Occidental varios territorios y ciudades, entre ellas la de Kief. También Polonia estuvo unida por corto tiempo a Lituania, y ello fué causa de luchas y pendencias sin cuento, a las cuales hay que agregar las que con los estados vecinos alemanes sostuvieron aisladamente ambos pueblos.

LOS PRISIONEROS SON LIGADOS CON CUERDAS Y LLEVADOS AL CAUTIVERIO, COMO REBAÑOS DE OVEJAS

Al finalizar el siglo XV, consiguieron los príncipes rusos librarse de la dominación tártara. La región septentrional de las costas del Mar Negro cayó en poder de los turcos, en cuyas manos fué, durante largo tiempo, un muro de contención entre ellos y sus vecinos, los rusos, que deseaban tener puertos y buques en este mar meridional. Perdida su supremacía en Rusia, los tártaros habían dejado de ser el terror



Cuando Pedro se decidió a viajar por Europa, los *streltsi*, regimiento de hombres dispuestos a todo, conspiraron contra su vida. Súpolo el joven zar, y se presentó ante ellos sin armas, rasgo que los llenó de asombro y acabó con el complot.



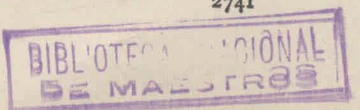
Pedro *el Grande*, con su preceptor. Éste fué despedido cuando todavía era muy niño su regio discípulo, el cual, desde entonces, sólo ocupó el tiempo en los juegos propios de su edad.



Pedro era muy aficionado al mar y a la construcción de buques, lo cual llegó a constituir en él una manía. El grabado le muestra de pie en un bote durante una furiosa tempestad.



Pedro *el Grande*, en su viaje a Inglaterra, en donde, vestido como un obrero ordinario, aprendió el arte de la construcción naval. El grabado le representa en el acto de recibir la visita del rey Guillermo III.



del país; ello no obstante, continuaron haciendo de vez en cuando incursiones y causando en él numerosos males. ¡Cuántas veces, las estepas rusas fueron testigos del cruel trato que recibían los infelices prisioneros que, atados con una cuerda, eran llevados muy lejos de su país, juntamente con los rebaños que les habían arrebatado!

Llegamos al tiempo en que los príncipes rusos adquirieron casi de repente un gran poder y lo acrecentaron de un modo extraordinario. Dos de los principales, Juan (o Ivan) III y Juan IV, pertenecen respectivamente a los siglos XV y XVI. Juan III acabó con las libertades de Novgorod, anexó a sus dominios numerosas ciudades y territorios, rehusó prestar homenaje al kan o jefe tártaro y pactó alianza con los países vecinos. Contrajo matrimonio con la sobrina del emperador griego, Constantino, que más tarde murió asesinado, al ser tomada su capital por los turcos. Al caer esta ciudad, fueron muchos los sabios griegos que, formando parte del séquito de la princesa, entraron en Rusia, llevando consigo valiosos manuscritos; todos ellos fueron muy bien recibidos en los monasterios, que de día en día eran más ricos y poderosos.

Moscú fué reedificada, y en todos los ramos del gobierno y de la administración hizo Rusia grandes progresos. Juan III, que recibió de su pueblo el nombre de *Grande*, ha sido considerado como el fundador de la Rusia moderna.

CÓMO PRINCIPIARON LAS RELACIONES COMERCIALES DE RUSIA CON EUROPA

Por esta época, Rusia adoptó un escudo de armas, el águila negra de dos cabezas, propia del imperio griego, y aplicó a sus reyes el título de Tsar o Czar (Zar) que generalmente se considera derivado de la palabra *César*. Juan IV, hombre de gran poder (aunque algunas veces llegó a ser tan cruel que la historia le conoce con el nombre de *el Terrible*) fué el primero que tomó formalmente el título de Zar, en 1547, después de haberse apoderado de numerosas ciudades y territorios, en la gran llanura, con cuya anexión Rusia extendió sus dominios por el Sur hasta Astrakán, en las riberas del Caspio, y por el Norte hasta el Mar Blanco y Siberia.

Así empezó Rusia a extenderse por el Asia y, al propio tiempo tuvo ocasión, utilizando el Mar Blanco, de entablar negociaciones comerciales con distantes países, aun cuando sus puertos permanecían helados la mayor parte del año.

Entonces llegó a Rusia la primera expedición comercial inglesa, que fué cordialmente recibida por Juan, pues éste nada deseaba tanto como la expansión comercial de su reino, y que a él acudieran trabajadores del occidente de Europa; pero como quiera que el rey de Polonia, enemigo acérrimo del monarca ruso, impidiera el paso de la expedición inglesa por sus dominios, vióse ésta obligada a desembarcar en Arkángel y proseguir desde allí su camino a Moscú, para descargar aquí sus mercancías. Comercialmente hablando, el viaje había sido un desastre; pero las ansiadas relaciones entre uno y otro pueblo quedaron, por fin, establecidas, mediante una vía de comunicación abierta en el Océano Ártico. Poco después, y a consecuencia de esta visita, hacía su suntuosa entrada en Londres un embajador ruso, acompañado de su brillante corte de funcionarios, engalanados con sus casacas de terciopelo, ribeteadas de seda y galones de oro. Tal fué el principio del comercio entre Rusia y el resto de Europa.

A la muerte de Juan IV, no solamente extendía el imperio ruso sus límites hasta donde no había alcanzado nunca, sino que se hallaba en mejor estado de defensa que en cualquier otro de los anteriores períodos de su historia.

LOS TIRANOS QUE ESCLAVIZARON A UNA NACION ENTERA

Estaba reservado a Boris, poderoso noble de raza tártara, el decretar la esclavitud de los aldeanos rusos, cuyo número había ido aumentando gradualmente durante varios reinados. En



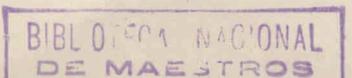
Vasallos presentando pan y sal a sus señores feudales, en señal de vasallaje. El señorío feudal subsistió en Rusia más tiempo que en los demás países europeos.



Los cosacos anduvieron errantes por la Rusia Oriental y mantuviéronse independientes durante muchos siglos. El grabado reproduce una escena, en la cual se ve a varios de ellos enviando una insultante contestación al Sultán Mahomet IV, que quería imponerles su soberanía.



La cruel opresión, en tiempo de Catalina *la Grande*, promovió una insurrección en la Rusia Oriental, en la cual el cosaco, llamado Pugatchef, cabecilla del levantamiento, pretendió hacer creer que él era el difundo zar, Pedro III, según muestra el grabado.



efecto, en 1597, promulgóse un decreto, por el cual se prohibía a los aldeanos o siervos, que también así se los llamaba, salir de la tierra en donde hasta entonces habían vivido.

Siguióse a esta época un período de guerras civiles, causadas principalmente por los pretendientes al trono, lo cual fué causa de que Rusia se convirtiese en una fácil presa de todos sus enemigos. Los polacos penetraron en Moscú; y sus reyes llegaron a ceñir por dos años la corona del Imperio; pasado este tiempo, consiguieron los moscovitas arrojar a los intrusos, pero la ciudad padeció enormemente las consecuencias de esta guerra. Poco después se suscitaron disensiones con Suecia, que resultaron también desfavorables a los rusos, por cuanto Gustavo Adolfo, al imponer la paz, cerró completamente a Rusia el mar Báltico. « Veremos—dijo Gustavo a los suyos—si, quitándoles el Báltico, se atreven a pasarlo de un brinco para venir a molestarnos ».

Un conato, encaminado a limitar el poder de la Corona, dejóse sentir en todo el país, cuando Miguel, el primer dinasta de los Romanoff, al ser proclamado Zar de todas las Rusias, provocó, con algunas de sus disposiciones, varios levantamientos entre los boyardos (como se les llamaba a los nobles) y entre los cosacos. Eran éstos audaces aventureros de raza mixta, que, dedicados al pillaje, vivían en el Sur de Rusia y de Polonia. Sus dos principales tribus eran las que habitaban las llanuras del Don y las del Dniéper; y así éstas, como todas las demás, nominalmente sujetas a Rusia y Polonia, estaban organizadas en regimientos que servían como vanguardia para resistir a los tártaros y a los turcos. Los polacos trataban a los cosacos con gran severidad, hasta que al fin éstos sólo reconocieron el dominio de Rusia, a cuyo poder han continuado sometidos en los siglos posteriores, aunque demostrando ser siempre súbditos difíciles y levantiscos.

UN MUCHACHO QUE LLEGÓ A SER ZAR E INFUNDIÓ NUEVA VIDA A SU PAÍS

Un cosaco fué el conquistador de gran parte de Siberia, sumamente visitada por los comerciantes, a causa de sus valiosas pieles; mas después de su gloriosa conquista, el valiente cosaco hizo de ella un valioso presente a Juan *el Terrible*, quien la incorporó a sus estados.

Hacia fines del siglo XVII, el supremo gobierno moscovita cayó en manos de un muchacho de 17 años. Este fué Pedro *el Grande*. De él se dice que imprimió una nueva vida a su país; tal fué la prosperidad que gozó Rusia durante su reinado.

Ya de niño se había distinguido por sus naturales dotes de observador, por su afición a la marina y a la ingeniería; luego, en cuanto tuvo ocasión, salió de su patria y emprendió una serie de viajes por el extranjero, a fin de asimilarse, de las demás naciones, todo cuanto pudieran éstas enseñarle y fuese él capaz de aprender. Todavía, el zar de Rusia posee en Zaandam (Holanda) una choza que sirvió de vivienda a Pedro, cuando éste estuvo trabajando en el arsenal; por cierto que, al terminar su trabajo, obtuvo un certificado de suficiencia en varias industrias; certificado que se conserva cuidadosamente. De Holanda pasó a Inglaterra y luego regresó a su país. Fruto de sus trabajos en el arsenal fué la fundación de la marina rusa. En tiempos de Pedro, Rusia obtuvo la entrada en un mar occidental.

PEDRO EL GRANDE Y SUS GUERRAS CON EL ÚLTIMO VAREGO

Ya hemos visto cuánto empeño tuvo Juan IV en llegar al Báltico y cómo logró Suecia apoderarse de las tierras que circundan este mar. Carlos XII, a quien algunos llaman « el último varego », obtuvo algunas brillantes victorias sobre el Zar y el rey de Polonia en guerras causadas por cuestiones de límites; pero al fin, consiguió Pedro dominar todo el curso del Neva, río que llega al Báltico, después de atravesar el golfo de Finlandia. Desde entonces Pedro el Grande llamó Schlüsselburgo, del alemán *Schlüssel*, que significa *llave*, a la población situada junto a la desem-

bocadura de este río, perteneciente antes a Novgord la Grande; e impuso también un nombre alemán, Kronstadt, al fuerte que domina la ciudad. Por último, y para fomentar el dominio ruso en el Báltico, determinó construir la nueva capital, que denominó San Petersburgo, y hoy se llama Petrogrado.

LA NUEVA CAPITAL DEL GRAN IMPERIO, EDIFICADA SOBRE UN PANTANO

No perdió tiempo el gran monarca en echar los cimientos de la nueva ciudad, empresa nada fácil, por cuanto el terreno en que había de asentarse consistía en una porción de islas pantanosas del río Neva. Millares de trabajadores estuvieron largo tiempo ocupados en construir, primero los pilares que habían de servir de fundamento, y luego los edificios, consistentes en iglesias y fortalezas, palacios y casas de todas clases.



Cuando Napoleón y su ejército descubrieron, a lo lejos, la ciudad de Moscú, quedaron entusiasmados al contemplar sus doradas cúpulas, deslumbradoras a los rayos del sol. Pero pronto enmudecieron de terror al ver que la magnífica ciudad era pasto de las llamas, pues al retirarse de ella los moscovitas, dejaron quienes la incendiasen a la vez por varias partes. Aquí vemos a Napoleón recorriendo las calles con su escolta, después de haber visitado el palacio de Pedro *el Grande*.

Pero Pedro no se distinguió sólo como fundador de ciudades; fué también un gran innovador. Introdujo reformas en el gobierno de la Iglesia, modificó las costumbres de la sociedad, prohibió el uso de vestidos que habían impuesto los tártaros, mandó a los hombres que se afeitasen, e hizo cuanto pudo para europeizar a Rusia. En el segundo viaje que efectuó por el extranjero visitó a Francia, y con este motivo dió una muestra de su aversión natural al fausto y al boato, rechazando el alojamiento que el gobierno francés había determinado darle en el Louvre. En esta ocasión dícese que tuvo en los brazos al rey niño, Luis XV. De regreso a su país abrió canales, mandó traducir libros extranjeros, fundó museos y bibliotecas y viajó con incansable energía por todos sus estados.

La ambición de Pedro *el Grande* no se limitó al dominio del mar occidental; trató también de enseñorearse del mar Caspio, para lo cual dió un paso importantísimo al apoderarse de Bakú, a orillas de este mar, punto en donde abundan los yacimientos de petróleo, que son hoy día una de las fuentes de riqueza del imperio ruso. También ha sacado Rusia grandes ventajas del Mar Caspio, por su notable situación

como lugar de tránsito entre Europa y Asia.

CÓMO GOBERNARON A RUSIA ALGUNAS MUJERES, DESPUÉS DE LA MUERTE DE PEDRO *EL GRANDE*

Ni la vida ni el temperamento de Pedro *el Grande* se vieron exentos de puntos negros; pero fueron tantas sus buenas cualidades que éstas han llegado casi a borrar la memoria de aquéllas. Todavía hoy se complace el pueblo ruso en comentar las muchas buenas obras que practicó, en recordar su extraordinaria sencillez y en representarle sentado, con su vieja casaca, fumando y entretenido en interesante conversación con algún armador holandés o inglés, recién llegado, para enterarse de los últimos adelantos de la ingeniería naval. Esta extraordinaria sencillez llegaba a sacar de quicio a los nobles rusos, mas no consiguieron nunca desviarle de sus antiguas prácticas. La muerte de Pedro *el Grande* no sólo paralizó las reformas empezadas sino que, además, sumió al país en una era de trastornos y calamidades; pues de esa época son las facciones que se levantaron en todo el imperio, las revoluciones palaciegas, los asesinatos, las deportaciones en masa a Siberia. La historia conoce este triste período con el nombre de « Reinado de las mujeres ». Catalina I, viuda de Pedro, aldeana que no sabía leer ni escribir, le sucedió en el trono. En su corto reinado, un danés llamado Behring, enviado a explorar la península de Kamchatka, dió su nombre al estrecho, de sesenta y cinco kilómetros de anchura, que separa Asia de América. Durante el reinado de Ana, sobrina de Pedro, hubo nuevos intentos de disminuir el poder de la Corona y dar al pueblo alguna participación en el gobierno; pero fustrados éstos, se recrudeció la tiranía a causa de ciertos intrigantes que conseguían convertir a la reina en juguete de sus caprichos.

Sucedióla Isabel, hija de Pedro *el Grande*, y en su reinado conquistó Rusia la parte meridional de Finlandia, territorio que en los siglos XII y XIII había sido convertido al cristianismo por San Enrique y Santo Tomás.

REGRESO DE ALGUNOS DEPORTADOS A SIBERIA, DESPUÉS DE TREINTA AÑOS DE DESTIERRO

Durante largo tiempo, había sido Finlandia una provincia sueca, y como tal tuvo su representación en la dieta de Suecia. Cuando llegó a constituir parte del imperio ruso, contaba numerosas ciudades diseminadas en su pintoresco país; y sus habitantes, a pesar de las frecuentes luchas, a que se entregaban, habían hecho notables adelantos en civilización, gozaban de libertad y se distinguían por su genuino y simpático carácter nacional.

En tiempo de Isabel, Rusia se unió a las demás naciones de Europa en la guerra contra Federico *el Grande* de Prusia, quien a la muerte de la emperatriz se hallaba en la época más crítica de su reinado; pero Pedro III, sucesor de Isabel, que a la vez que gran admirador de Federico era sobrino suyo, hizo las paces con él y renunció a las conquistas que su antecesora había hecho en Prusia. Notable es también este Zar por haber levantado el destierro a los que, a causa de las revueltas de palacio y de las revoluciones de los reinados precedentes, habían sido enviados a Siberia. ¡Qué espectáculo debió ofrecer su corte al regresar todos aquellos infelices, algunos de los cuales hacía treinta años que padecían el horrible castigo de la deportación!

A Pedro sucedió su esposa Catalina II, llamada comúnmente *la Grande*, que se concitó muchos odios al declarar propiedad del Estado las tierras y los habitantes pertenecientes hasta entonces a la Iglesia, la cual era a la sazón enormemente rica y poderosa por el gran número de monasterios y de clérigos que tenía difundidos por todo el imperio.

Reinando Catalina, se efectuó la división de Polonia entre varias naciones europeas; y fué una de ellas Rusia, a quien tocó la mayor porción en el reparto. Pero esto, con toda su

importancia, no fué tan trascendental para el desarrollo del imperio como el hecho de haber llegado Rusia, después de tantos esfuerzos, a dominar en el Mar Negro.

En efecto, la guerra con Turquía produjo la independencia de Crimea y la cesión de Azof al imperio ruso; y, poco después, también Crimea quedó incorporada a Rusia. En un viaje que hizo Catalina a sus nuevas posesiones, se encontró con el emperador alemán Francisco José II, en Kherson, junto a la desembocadura del Dniéper, en donde debió gozar extraordinariamente de la suavidad de su clima, tan diferente de los demás puntos de Rusia.

Tampoco faltaron serias perturbaciones en este reinado; entre ellas una terrible peste que asoló a Moscú, y la insurrección de los cosacos del Don. A la muerte de Catalina, además de las costas del Mar Negro, junto al Dniéster, quedaba incorporada al imperio la provincia, por tanto tiempo deseada, de Curlandia, en la costa del Báltico. Durante su reinado, se fundó también la ciudad de Odesa, cuyo puerto estaba destinado a la exportación del trigo ruso, y se construyó el importante puerto de Sebastopol. Entre los generales célebres de la época de Catalina, debe contarse Suworof, que se distinguió en las guerras habidas con Federico *el Grande* de Prusia, con Polonia y con Turquía, y en el reinado de Pablo, sucesor de Catalina, en las de la República Francesa.

Muy poco antes de la muerte de Pablo, el último príncipe de Georgia, país situado entre los mares Negro y Caspio, en la hermosa llanura que se extiende al sur del Cáucaso, cedió su reino al imperio ruso. Este interesante país, convertido al cristianismo en época muy remota, contaba una larga dinastía de reyes, y su capital era Tiflis. Desde hacía mucho tiempo, el desgraciado reino estaba expuesto a los constantes ataques de persas y turcos, y devorado por discordias intestinas. En el reinado de Alejandro I, hijo de Pablo, Rusia aumentó su territorio con la anexión del resto de Finlandia, que le cedió Suecia.

Pero la obra principal de Alejandro fué su denodada lucha con Napoleón. Millares de rusos anduvieron continuamente de una parte a otra de Europa con objeto de vencer al conquistador, combatiendo por mar al lado de los ingleses, y por tierra unidos a los austriacos. Alejandro había iniciado una política contraria a Francia, por creer que convenía a los intereses de Rusia aliarse con los enemigos del gran emperador de los franceses. Entró, por tercera vez, en coalición con Inglaterra, Austria y Suecia; pero la fortuna le fué adversa.

El 2 de Diciembre de 1805, más de veinte mil rusos perdieron la vida en la célebre batalla de Austerlitz, y más tarde, en 1807, cerca de veinticinco mil moscovitas más cayeron luchando esforzada, aunque inútilmente, en Eylau y Friedland, ciudades de la Prusia oriental.

Después de estas victorias, Napoleón, deseoso de captarse la amistad del Zar, celebró una entrevista con él, en una balsa, sobre el río Niemen, entrevista que dió por resultado la paz de Tilsit y la alianza de los dos imperios, pues ambos soberanos habían acordado repartirse la Europa.

Sin embargo, este acuerdo, hecho principalmente con el propósito de destruir el comercio inglés, no satisfizo al pueblo ruso; porque semejante destrucción implicaba casi la anulación de su propia vida comercial. Así lo entendió al fin el Zar Alejandro, y dispuesto a todas las consecuencias, permitió continuar el comercio entre sus súbditos e Inglaterra.

LOS RUSOS INCENDIAN SU ANTIGUA CAPITAL, EN LA HORA DE LA PRUEBA

Enfurecido Napoleón al advertir la conducta de su aliado, reunió un gran ejército, y, poniéndose a su frente, cruzó la Europa con objeto de castigar a Rusia. Con un valor y una obstinación inauditos, los rusos emprendieron una heroica retirada ante el invasor, hasta que al fin el ejército francés llegó

a la vista de Moscú sin haber quebrantado al ejército ruso. Decididos los rusos a sacrificar su magnífica y sagrada ciudad, no vacilaron en permitirles la entrada en ella, después de haberse retirado las tropas y los habitantes, llevándose a toda prisa los objetos de valor que pudieron transportar consigo. Cuando el ejército invasor vió de lejos las cúpulas de la ciudad, y particularmente las del barrio del Kremlin, en donde la fortaleza, los palacios, y la catedral ofrecen grandioso golpe de vista, sordos rugidos de triunfo atronaron el espacio: «¡Moscú, Moscú!» se oía gritar por todas partes.

Su asombro fué extraordinario, cuando, en vez de la resistencia que esperaban, hallaron vacía la ciudad, pero subió de punto, al observar que, apenas estuvieron alojados en ella, la vieron convertirse súbitamente en un mar de llamas. Napoleón permaneció dos semanas en medio de las humeantes ruinas, esperando que Alejandro solicitase la paz, mas, cuando se convenció de que aguardaba en vano, empezó la retirada del ejército frances, que fué rudamente combatida por dos terribles enemigos, con los cuales no se había contado: el frío y el hambre.

En el reinado de Nicolás I hizo el pueblo nuevas tentativas para obtener una constitución, y, en una guerra con Persia, quedaron agregadas al imperio dos provincias, que no tardaron en ser un buen camino para el Asia Central.

Muy adelantado ya el siglo XIX, extendió Rusia sus límites hasta muy pocos kilómetros de la frontera india; y en virtud de un tratado con China, ganó la orilla izquierda del río Amur, en donde fundó la ciudad de Vladivostock, «el señor de Oriente», sobre el mar del Japón.

POLONIA LUCHA POR LA LIBERTAD Y PIERDE SU VIDA NACIONAL

En otro lugar de esta misma obra hablamos de la frecuente intervención que tuvo Rusia, como cabeza de la Iglesia griega, en varios estados de la península de los Balkanes, al ver éstos amenazada su libertad por el imperio turco, y en el mismo lugar indicamos las muchas guerras a que dió origen esta intervención.

También los polacos intentaron sacudir el yugo que los oprimía, pero sus esfuerzos, lejos de obtener el resultado que esperaban, causaron la pérdida de la garantía que se les había concedido, y la anexión de Polonia, en calidad de provincia rusa, en 1864.

Antes de este suceso, en 1854, temerosas Francia e Inglaterra del poder que obtendría Rusia, si llegaba a realizar sus deseos de conquistar a Constantinopla, le declararon la guerra, invadieron la Crimea, bombardearon a Odesa y enviaron una escuadra al mar Báltico. El paso del río Alma, el sitio de Sebastopol, y la batalla de Inkermán fueron otros tantos episodios de esta memorable guerra, en que al fin Rusia hubo de pedir la paz, aunque con honrosas condiciones.

LA LIBERTAD DE LOS SIERVOS Y EL ASESINATO DE SU LIBERTADOR

Durante el reinado de Alejandro II, en 1861, se dió libertad a los siervos, cuya condición había sido mejorada de día en día. Muchas otras mejoras se realizaron también en este tiempo, entre ellas la construcción de vías férreas por todo el imperio y el fomento decidido del comercio y de la industria. Los conatos de revuelta y las luchas entabladas en pro de una constitución se repitieron con frecuencia, y la tardanza en concederla fué causa de frecuentes movimientos levantiscos, manifestados de palabra, por escrito, o por medio de complots contra las autoridades, y que éstas se apresuraron a reprimir con mano dura.

Finalmente, en 1917, a consecuencia del desastre sufrido por Rusia en la Guerra Europea, así como por la deplorable condición a que se veía sometida la clase pobre, el gobierno del Zar fué derrocado, estableciéndose la República. En nuestro artículo sobre «Rusia Contemporánea» tratamos más extensamente acerca de esta revolución.

A CRISTÓBAL COLÓN

Rafael María Baralt, autor de este canto al descubridor del Nuevo Mundo, fué poeta notable y literato de gran mérito, distinguiéndose principalmente por el profundo conocimiento que poseía del idioma español y su gran habilidad para usarlo. Baralt nació en Maracaibo (Venezuela) en 1810, y murió en Madrid (España) en 1860.

TU frágil carabela
Sobre las aguas con tremante quilla,
Desplegada la vela,
¿Dó se lanza llevando de Castilla
La venerada enseña sin mancilla?

Y abriéndose camino
Del no surcado mar por la onda brava,
¿Por qué ciega y sin tino,
Del pérfido elemento vil esclava,
La proa inclina a dónde el sol acaba?

¿No ves cómo a la nave
Desconocidos vientos mueven guerra?
¿Cómo, medrosa el ave,
Con triste augurio que su vuelo encierra,
Al nido torna de la dulce tierra?

La aguja salvadora,
Que el rumbo enseña y que a la costa guía,
¿No ves cómo a deshora
Del Norte amigo y firme se desvía,
Y a Dios y a la ventura el leño fía?

Y el piélago elevado,
¿No ves al Ecuador, y cuál parece
Oponerse irritado
A la ardua empresa; y cuál su furia crece;
Y el sol como entre nublos se oscurece?

¡Ay! que ya el aire inflama
De alígeras centellas lluvia ardiente,
¡Ay! que el abismo brama;
Y el trueno zumba; y el bajel tremente
Cruje, y restalla, y sucumbir se siente.

Acude, que ya toca
Sin lonas y sin jarcia el frágil leño
En la cercana roca;
Mira el encono y el adusto ceño
De la chusma sin fe contra tu empeño.

Y cuál su vocería
Al cielo suena; y cómo en miedo y saña
Creciendo, y agonía,
Con tumulto y terror la tierra extraña
Pide que dejes por volver a España.

¡Ay triste! ¡que arrastrado
De pérfida esperanza, al indo suelo
Remoto y olvidado,
Quieres llevar flamígero tu vuelo!
¿No ves contrario el mar, el hombre, el cielo?

La perla reluciente
Y el oro del Japón, buscas en vano;
En vano a Mangi ardiente;
Ni de las hondas aguas del Oceano
Jamás verás patente el grande arcano.

¡Vuelve presto la prora
Al de Hesperia feliz, seguro puerto,
Donde del nauta llora,
Juzgándole quizá cadáver yerto,
La inconsolable madre el hado incierto!

Engañosa sirena
Vanamente el error cante en su lira;
¡Colón, clava la entena;
Corre, vuela; no atrás, avante mira;
Al remo no des paz; no temas ira!

¡Y aunque fiero, atronado,
Ruja el mar, clame el hombre y brame el viento,
En furia desatado,
Resista el corazón, y al rudo acento
De sus pinos aviva el movimiento!

Por la fe conducido,
Puesta la tierra en estupor profundo,
De frágil tabla asido,
Tras largo afán y esfuerzo sin segundo,
Así das gloria a Dios y a España un mundo.

¡Oh noble, oh claro día
De ínclita hazaña y la mayor victoria
De la humana osadía,
En fama excelso, sin igual en gloria,
Eterno de la gente en la memoria!

En la tostada arena
Te vió, sabio ligur, mojar en llanto,
De asombro el alma llena,
Y en voz de amor y de alabanza en canto
Entonar de David el himno santo;

De Cristo el alto nombre
Aclamar triunfador entre la gente,
Y un culto dar al hombre
Desde el gélido mar y rojo Oriente
Al confín apartado de Occidente;

Y la sacra bandera
Que nuevo Dios y nuevo rey pregona,
Al viento dar ligera
Del astro de los Incas en la zona,
Astro luego de Iberia y su corona.

La veleidosa plebe,
Humillada a tus pies, en plauso ahora
Al cielo el grito mueve;
Y el que del sol en las regiones mora
Ángel te llama y como Dios te adora.

¡Qué humana fantasía
Dirá tu pasmo, y cuanto el pecho encierra
De orgullo y alegría!
Trocada en dulce paz, ve aquí la guerra;
Cual divina visión, allí la tierra.

No el que buscas ansioso,
Mundo perdido en tártaras regiones;
Mundo nuevo, coloso
De los mundos, sin par en perfecciones,
De innumerables climas y naciones.

De ambos polos vecino,
Entre cien mares que a su pie quebranta
El Ande peregrino,
Cuando hasta el cielo con soberbia planta
Entre nubes y rayos se levanta.

Allí raudo, espumoso,
Rey de los otros ríos, se arrebata
Marañón caudaloso,
Con crespas ondas de luciente plata,
Y en el seno de Atlante se dilata.

De la altiva palmera
En la gallarda copa dulce espira
Perenne primavera;
Y el cóndor gigantesco fijo mira
Al almo sol y entre sus fuegos gira.

Allí fieros volcanes;
Émulo al ancho mar, lago sonoro;
Tormentas, huracanes;
Son árboles y piedras un tesoro,
Los montes plata y las arenas oro.

¿Qué tardas? ¡Lleva a Europa
De tamaño portento alta presea!
Hiera céfiro en popa,
O rudo vendaval, que pronto sea,
¡Y absorto el orbe tu victoria vea!

El piélago sonante
Abrirá sus abismos: sorda al ruego
La nube fulminante
Su terrífica luz lanzará luego,
Y tinieblas, y horror, y lluvia y fuego.

Y del mar al bramido
Unirá contra ti la envidia artera
Su ronco horrible aullido.
¡Piloto sin ventura! ¿a qué ribera
Llegará tu bajel en su carrera?

¿Qué será de tu gloria?
Tu nombre entre las gentes difamado,
¿Morirá sin memoria?
O tal vez de las ondas libertado
¿Por tu empresa un rival será premiado?

Todo será: el delirio
De pérfido anhelar que vence, y llora;
Gozo, gloria y martirio;
Cadena vil y palma triunfadora;
Cuanto el hombre aborrece y cuanto adora.

Mas, ¿qué a tu fe del viento,
Del rayo y la traición crudos azares?
Levanta el pensamiento,
¡Elegido de Dios! ¡hiende los mares
Y con nombre inmortal pisa tus lares!

No Argos más gloriosa
Llevó a Tesalia el áureo vellocino
De Colcos la famosa,
Ni de Palas guiada, en el Euxino
Con esfuerzo mayor se abrió camino.

De gente alborozada
Hierve ondeando el puerto, el monte, el llano,
Cual en tierra labrada
Mece la blonda espiga en el verano
Con rudo soplo cálido solano.

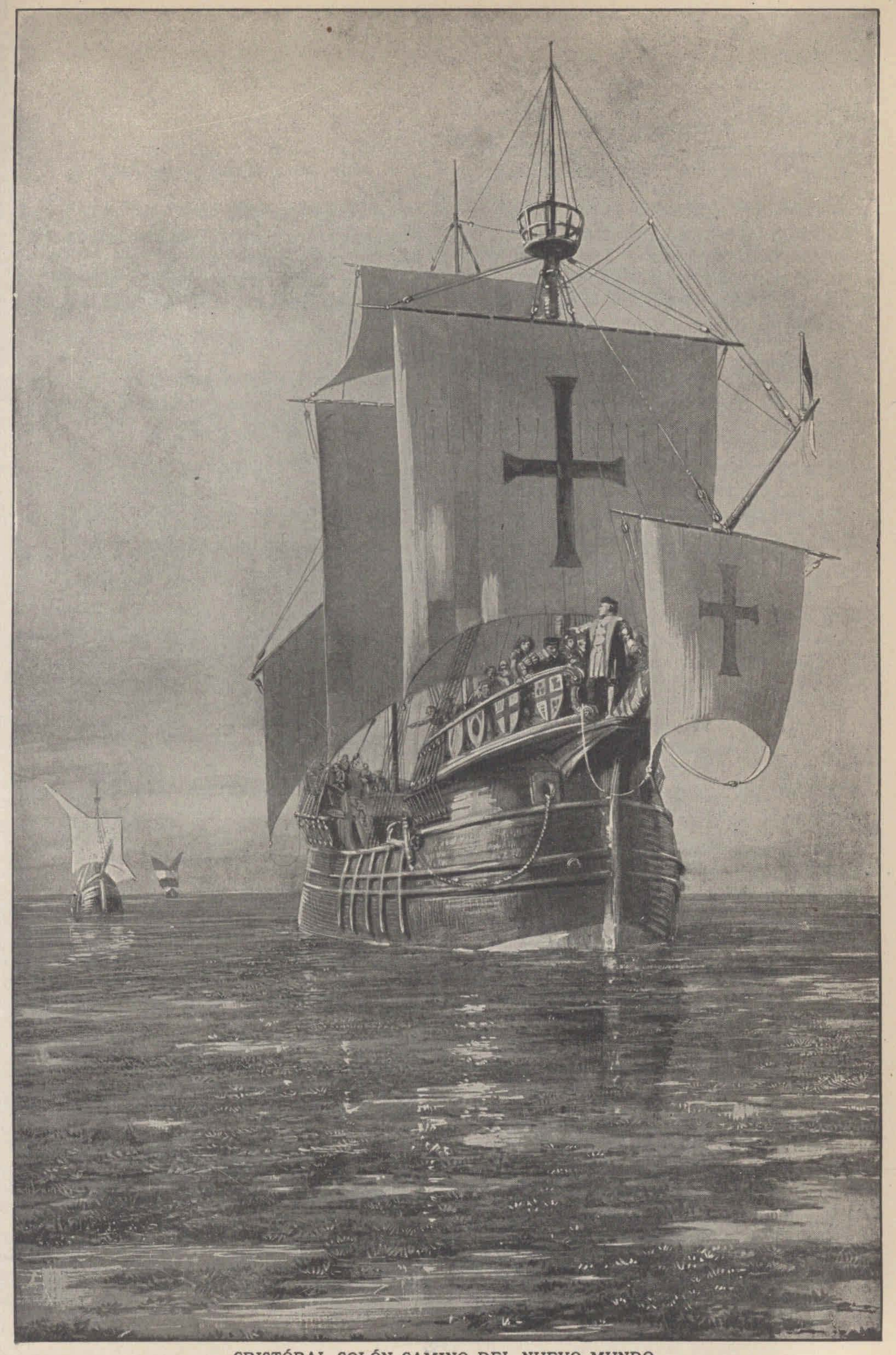
Y de ella sale un grito
De asombro y de placer que al mar trasciende
Con ímpetu inaudito:
¡Colón! exclama y los espacios hiende,
Al polo alcanza, hasta el empíreo asciende.

Del incógnito clima
¡Oh rey de Lusitania! los portentos
Y la mies áurea opima,
Llorando el corazón rudos tormentos
Airados ven tus ojos y avarientos.

De ti y de tus iguales
El anglio poderoso, el galo fuerte,
A las plantas reales
¿Un mundo no ofreció y excelsa suerte,
Del tiempo vencedora y de la muerte?

Si de Enrique tuvieras
El ánimo preclaro, ajena hazaña
En mal hora no vieras,
Ni el mar inmenso que la tierra baña
Hacer de entrambos mundos una España.

Ni a Iberia agradecida,
Del aurífero Tajo hasta Barcino,
Ofrenda merecida
De incienso y flores, cual a ser divino,
Rendirle fiel en el triunfal camino.



CRISTÓBAL COLÓN CAMINO DEL NUEVO MUNDO

Su esfuerzo sobrehumano
Tus joyas, Isabel, trocó en imperios;
Por él ya el orbe ufano
Saluda tu estandarte, y son hesperios
Del uno al otro mar los hemisferios.

¡Fernando! ¿qué corona
Al huésped de la Rábida guardada
Sus hechos galardona?
¿Bastará tu corona, que empeñada
Con todo su poder se vió en Granada?

Dilo tú, que en el templo
Vagas inulta en medio a los despojos
¡Oh sombra de alto ejemplo!
¡En cuya mano y sien miran los ojos
Grillos por cetro y por corona abrojos!

Mas no a la gran Castilla
El rostro vuelvas, ni a Isabel, ceñudo;
No es suya la mancilla;
Que a ti fué abrigo cuando más desnudo;
Al indio madre; al africano escudo.

Y unirá su alta gloria
A tu gloria la tierra agradecida
Con perpetua memoria,
Cuando en el indio suelo, al fin rendida
Vigor nuevo recobre y nueva vida.

Que Dios un vasto mundo
Cual de todos compuesto, no formara
Sin designio profundo;
Ni allí de sus tesoros muestra rara
En cielo y tierra y aguas derramara.

Tu alada fantasía
Al contemplarlo, en el Edén primero
Volando se creía;
Y Edén será en el tiempo venidero,
De la cansada humanidad postrero.

Donde busquen asilo
Hombres y leyes, sociedad y culto,
Cuando otra vez al filo
Pasen de la barbarie, en el tumulto
De un pueblo vengador con fiero insulto.

¡Ay de ellas, la comarcas
Viejas en el delito y la mentira:
De pueblos, de monarcas,
Cuando el Señor, que torvo ya los mira,
Descoja el rayo y se desate en ira!

Por los tendidos mares
Entonces vagarán, puerto y abrigo,
Paz clamando, y altares;
Y después de las culpas y el castigo
Nuevo mundo hallarán cordial y amigo.

¡Colón! El mundo hermoso
Que de su seno a las hinchadas olas
Arrancaste animoso,
Coronando de eternas aureolas
Las invencibles armas españolas,

Así de polo a polo
Resuena el canto: extiende tu renombre
Por los cielos Apolo;
Y emblema de virtud, y gloria al hombre
De una edad a otra edad lleva tu nombre.

A DIOS

PERLAS son de tu mano las estrellas;
Tu corona los soles, que al vacío
Prendió tu mano, y de tu imperio pío
Espada y cetro al par son las centellas.

Por el éter y el mar andas sin huellas;
Y cuando el huracán suelta bravío,
Sus mil voces de un polo al otro frío,
Con tu voz inmortal sus labios sellas.

Doquiera estás; doquier llevan tu nombre
Mares, desiertos, bosques y palacios,
Cielos, abismo, el animal, el hombre;

Aunque estrechos la mente y los espacios,
Te llevan ¡oh Señor! sin contenerte,
Te adoran ¡oh Señor! sin conocerte.

R. M. BARALT.

AL MAR

TE admiro ¡oh mar! si la movible arena
Besas rendido al pie de tu muralla,
O si bramas furioso cuando estalla
La ronca tempestad que el mundo atruena.

¡Cuán majestuosa y grande, si serena!
¡Cuán terrible si agitas en batalla
Pugnando por romper tu errante valla,
Con cólera de esclavo tu cadena!

Tienes, mar, como el cielo, tempestades;
De mundos escondidos prodigiosa
Suma infinita que tu mole oprime;

Y son tu abismo y vastas soledades,
Como imagen de Dios, la más grandiosa;
Como hechura de Dios, la más sublime.

R. M. BARALT.

SUEÑOS

Buscando un lenitivo al dolor que le causaba el vivir desterrado de su patria y la opresión en que ésta gemía en tiempo de Rosas, el poeta argentino José Mármol (1818–1871) se refugia en los sueños de su fantasía.

VENID, venid, oh sueños, a mi abrasada frente;
Cubridme con celajes de púrpura y zafir,
Y siéntame bañado de lumbre refulgente
Soñando que no sueño para mejor fingir.

Venid, dorados sueños, y el plácido murmullo
Perciba de la fuente, cual amorosa voz,
Y en los espesos bosques el inocente arrullo
Del céfiro en las hojas, al discurrir veloz.

Venid, venid ¡oh sueños! transparentando cielos
De donde llueven palmas a mi inspirada sien,
Y mire descorridos los azulados velos
En las doradas puertas del suspirado edén.

Y vaporosas nubes de nítidos colores
Apenas matizadas con oro y arrebol,
Desciendan y con ellas envuelto en sus vapores
Me eleve a las regiones bellísimas del sol.

Acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magníficas de Dios;
Y pueda allí de hinojos adivinar el trueno,
Al escuchar mi oído su prepotente voz.

Y pueda allí de hinojos adivinar mi mente
Cómo salió la lumbre del fúnebre capuz,
Al contemplar absorto sobre su santa frente
Raudales destellarse de brillantina luz.

Y aquel eterno, inmenso, impenetrable arcano
Del soplo que alimenta la vasta creación,
Comprenda esa tormenta que aturde los espacios,
Sintiendo que reanima mi yerto corazón.

Comprenda esa tormenta que aturde los espacios
Convulsionando mundos con su potente voz,
Al ver su chispeante carroza de topacios
Rodando por las nubes con ímpetu veloz.

Y a comprender alcance, cuando sus santas huellas
Los límites marcando del universo van,
Cómo su luz esconden la luna y las estrellas,
Y de temor los cielos relampagueando están.

Y yo, quizá, las orlas del plateado manto
Siguiendo, y de su carro la rapidez doquier,
Mi corazón bañado de religioso llanto,
A comprender alcance su misterioso ser.

Y palpitando henchido de inspiración sublime,
Corriendo de su gloria mi corazón en pos,
Como la voz del viento cuando en la selva gime
Se exhale melodiosa mi conocida voz.

Y broten pensamientos de mi inspirada mente,
Sublimes y abrasados del fuego celestial
Que brilla en los espacios, ya rojo y espiendente,
Ya en azulados mares de líquido cristal.

Venid, venid, oh sueños, y el corazón sereno
Con vuestras nubes de oro se envolverá veloz;
Que acaso alguna de ellas me llevará en su seno
Del trono hasta las gradas magnífico de Dios.

Y olvidaré soñando lo que despierto miro,
Y miraré durmiendo lo que despierto no...
Yo vivo solamente cuando febril deliro;
Que los terrenos lazos mi corazón rompió.

Conozco, sí, que gozo, que vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos a contemplar jamás.

¿Qué son ante la vida las realidades della
Si descorrido el velo de la razón las ve?
¿Qué goce, qué momento, qué sensación aquélla
Que alguna yerta gota de sinsabor no dé?

¿Qué fuera de la vida, si le faltara un día
De la florida mente la diamantina red
Que compasiva tiende sobre la fuente umbría
Do el corazón se arroja para apagar su sed?

¿Qué fuera de mi vida sin la dorada alfombra
Que sobre el mundo pone para correr veloz?
¡Venid, hermosos sueños, y a vuestra dulce sombra
Me elevaré al alcázar magnífico de Dios!

Venid, y cuando arroje de América la gente
Su grito de venganza con fratricida voz,
Yo soñaré que escucho la música inocente
Del céfiro en las hojas al discurrir veloz.

Venid, porque yo gozo, yo vivo solamente
Si pienso que he dejado la humanidad detrás,
Y que la mancha roja de su amarilla frente
No volverán mis ojos a contemplar jamás.

Si la ilusión es farsa del alma delirante,
Si le quitáis al alma su vaporoso tul,
También quitad al orbe su velo rutilante;
Que es farsa en ese cielo la transparencia azul.

LIMOSNA

Es realmente conmovedor, a la vez que edificante, el bello pensamiento con que termina esta poesía de Iván Tourgueneff (1818–1883), novelista y poeta ruso, uno de los que mejor han pintado la vida popular de su país.

POBRE, astroso, desvalido,
Con acento dolorido,
De mis pasos yendo en pos,
Pidióme un débil anciano
Tendiendo la sucia mano
¡Una limosna por Dios!

Al oir su voz plañidera
Sentí compasión sincera
Y lo quise remediar;
Mas no llevaba conmigo
Nada que dar al mendigo
Para su hambre mitigar.

—Perdón, no llevo dinero—
Dije al pobre pordiosero;—
Perdón, amigo, perdón.—
Y, tendiéndole la mano,
Estreché la del anciano
Con ternura y emoción.

—Gracias—clamó el indigente
Suspirando dulcemente;—
Gracias por vuestra bondad.
Darle la mano a un mendigo
Y tratarle cual amigo
Es limosna y caridad.

UNA PUESTA DE SOL

En el poeta francés Carlos Leconte de Lisle (1818–1894) la fantasía se sobrepone siempre al sentimiento, deleitándose en pintar cuadros que impresionan por su carácter exótico, según se ve en la siguiente composición.

EN lejanas, espléndidas riberas
Que blando besa el mar siempre en reposo,
Elevándose al cielo dos palmeras,
En él columpian su penacho airoso.

Como un nabab, que en siesta perezosa
El soñoliento espíritu regala,
Sobre la arena de color de rosa
Duerme a su sombra un tigre de Bengala.

Y como en el terrestre Paraíso,
A los erguidos troncos, dos serpientes
Les dan, tornasolando el fugaz viso,
Espirales de luz resplandecientes.

En un golfo tranquilo, allí cercano,
Que selva secular orla a su antojo,
Un bizantino alcázar alza ufano
Sus torres, de ladrillo azul y rojo.

Negros cisnes, abriendo el ala obscura
A la caricia de las brisas grata,
Dan al agua movible bordadura
Al pie de la soberbia escalinata.

El horizonte es limpio, ilimitado;
Y no vibra en el claro firmamento
Nada más que el latir acompasado
De las palmas mecidas por el viento.

De pronto, sobre el cielo de Occidente
Rok, el ave fantástica, se eleva;
Arde en su pico el sol resplandeciente;
Haces de rayos en las garras lleva.

Desciende brillador sobre su pecho
El astro rey, antorcha del espacio,
Entre un raudal, en chispas mil deshecho,
De oro y de fuego, de ámbar y topacio.

Sobre las leves nubes ondulantes,
Cual Niágara de luz, vierte sus ondas,
Y esparce entre relámpagos vibrantes
Rotos jirones de encendidas blondas.

Y allá en el septentrión, donde brumoso
Extiende ya el ocaso su penumbra,
Yérguese Orión, el lóbrego coloso,
Y sus miembros atléticos encumbra.

Certero cazador, el arco tiende
Con diestra audaz; dos pasos se adelanta,
La silbadora flecha el aire hiende,
Y al ave Rok traspasa la garganta.

El ave Rok, las alas sacudiendo,
Baja rodando al mar, como una tromba,
Cae desplomado el sol, y al choque horrend ›
Su disco estalla cual abierta bomba.

En volutas de luz la inmensa hoguera
Hasta el cenit sus ráfagas envía,
Y al punto vuelven de la azul esfera
En lluvia torrencial de pedrería.

El fúlgido raudal, en lontananza
Cubre la tierra de inflamada alfombra,
Y una última explosión al viento lanza
Torbellinos de púrpura y de sombra.

La Noche, apoderándose del Cielo,
Entenebrece su ámbito profundo,
Y su manto de negro terciopelo
Cubre la muda soledad del mundo.

A LA MUERTE

Teman enhorabuena los que tienen su conciencia gravada con horrendos crímenes, pero el que ha llevado una vida honrada y pura puede ver acercarse el término de la misma con imperturbable serenidad. Adolfo Berro, poeta uruguayo (1819–1841), inculca ese pensamiento en la siguiente composición, aplicándolo a su persona.

EN vano, cruda Muerte,
En mí tu saña apuras;
Si están mis manos puras,
¿Qué mal podré temer?

La llama que a mi mente
Dió un día el alto cielo
No esperes en el suelo
Tirana obscurecer.

El présago sonido
Que exhalas de tu boca,
Espanta al que provoca
La lid de maldición.

Espanta al que su patria
Sujeta a vil coyunda,
Y en crímenes se inunda
De atroz recordación.

. . . . . .

Si yo de paz proclamo
Las leyes a porfía;
Si odié la tiranía
Y al hombre desleal;

Si miro un nuevo hermano
De Dios en cada hechura;
Si en mí la desventura
Consuelo halló vital;

¿Por qué, sangrienta Muerte,
Tu saña me persigue?
El que inocente vive
¿Qué mal podrá temer?

La llama que a mi mente
Dió un día el alto cielo,
No esperes en el suelo
Tirana obscurecer.

PAISAJE

Para entregarse a ensueños de poesía pura, riente, idílica, Baudelaire siente la necesidad de remontarse sobre el tráfago y miserias del bullicioso y alborotado ambiente de París.

PARA componer mis églogas
Sin que las salpique el cieno,
Vivir de tejas arriba,
Como un astrólogo, quiero.
Vecino de las campanas,
Escucho, como entre sueños,
Los sonoros y solemnes
Himnos que lanzan al viento.
La barba hundida en las manos,
Desde mi ventana veo
Los talleres rumorosos,
De coplas y charlas llenos,
Las erguidas chimeneas,
Los campanarios soberbios,
Que si París fuese un buque,
Sus mástiles fueran ellos,
Y allá arriba, en lo más alto,
Los ilimitados cielos,
Que a la eternidad remontan
El medroso pensamiento.
¡Cuánto me agrada, al ocaso,
Ver encenderse, a lo lejos,
La lámpara en la guardilla,
La estrella en el firmamento,
Y la luna, que derrama
Su luz, propicia al misterio!
Veré aquí la primavera,
El verano ardiente y seco;
Veré el otoño brumoso;
Y cuando venga el invierno
Con sus monótonas nieves
Y sus despiadados hielos,
Puertas juntaré y ventanas,
Atrancaré bien mi encierro,
Para elevar entre sombras
Mis alcázares quiméricos.
Volveré a ver horizontes
Azulados y risueños;
Veré jardines floridos,
Veré surtidores frescos,
Que lloran lluvia de lágrimas
Sobre el mármol blanco y terso;
Veré pájaros cantando
Día y noche; veré besos...

Cuanto el dulce idilio tiene
De más pueril y más tierno.
En vano el motín odioso
Hará temblar con su estruendo
Mis vidrieras; del pupitre
No levantaré por eso
La cabeza, ensimismado
En los dulces embelesos
De evocar la Primavera
A medida del deseo,
De hacer surgir en mi alma
Creadora un sol espléndido,
Y aspirar la tibia atmósfera
De mis cálidos ensueños.

ONDAS Y NUBES

Contemplando el mar rizado por blando oleaje y el cielo azul cubierto a trechos por movibles nubes, Alejandro Magariños Cervantes descubre en las alternativas de calma y tempestad a que están sujetos firmamento y océano, una imagen de los cambios que sufren el espíritu y el corazón del hombre.

COMO esas ondas es nuestra vida,
Como esas nubes, nuestra ilusión,
Y la esperanza, perla escondida
En lo más hondo del corazón.

Mientras el astro de amor las dora,
Mientras no brama recio huracán,
Hacia la playa tranquila ahora
Con dulce arrullo corriendo van.

Pero si ruge furioso el viento,
Si oculta airado su disco el sol,
Ondas y nubes en un momento
Su calma pierden y su arrebol.

El rayo incendia la mansa nube
Y a su sangriento fulgor se ve
Como se rompe y al cielo sube
Negra la onda que blanca fué.

Así en la vida, cuando inflexible
El desengaño nos hiere cruel,
O el infortunio nos brinda horrible
Su negra copa llena de hiel.

Se trueca en duda y amargo hastío
Nuestra esperanza, nuestra ilusión,
¡Y acaso, acaso ya seco y frío
Por siempre dejan el corazón!

FLORES Y FRUTOS

ÉRASE un Juan, labrador,
Hombre de sano consejo,
Y, a fuer de cristiano viejo,
De franco y jovial humor.

Una hija moza tenía,
Gentil doncella y gallarda,
Que al dulce nombre de Anarda
Por el suyo respondía.

Labraban con vario fin
La niña y el viejo al par,
Las eras de un pegujar
Y los cuadros de un jardín.

Y en diferentes labores
Al año daban tributos,
El viejo sembrando frutos,
La niña cogiendo flores.

En primavera y verano
Llenaban los dos sin tasa
De ramilletes la casa
Y las paneras de grano.

Y en el invierno crüel
Ponían del cierzo al abrigo,
Así el rubicundo trigo
Como el purpúreo clavel.

Y un año tras otro en pos,
Hija y padre en compañía
Pasábanlos día por día
En paz y en gracia de Dios.

Mas, veleidosa la niña,
Quiso cambiar sus faenas,
Y los nardos y azucenas
Por la mies y por la viña.

Sin consultar pareceres,
La inexperta labradora
Convierte el atrio de Flora
En grave claustro de Ceres.

Allí donde tuvo asiento
El perfumado rosal,
Albergue da al cereal
Y al lado suyo al sarmiento.

Y cuando el otoño llega,
Lleno el pecho de esperanzas,
Vase alegre a sus labranzas,
A la vendimia y la siega.

Pero en vez de fruto opimo
Halló, con amarga pena,
La vid de pámpanos llena
Y sin un solo racimo.

Y entre el lujoso atavío
De verdes hojas lozanas,
De las espigas livianas
El seno encontró vacío.

Entonces, llorando antojos,
La pobre niña medita,

Y al viejo narra su cuita
Con lágrimas en los ojos.

Oyó el prudente labriego
Las quejas de la doncella,
Y a su sentida querella
Así le responde luego:

« Enjuga, niña, del llanto
El abundoso raudal,
Que no es tan grave tu mal
Para que lo llores tanto.

» Pon término a ese cuidado,
Pues, con razón y en conciencia,
Pecaste de inexperiencia,
Que no es tan grande pecado.

» Acaso tu fe sencilla
Creyó que todo terreno
Es a propósito y bueno
Para nutrir la semilla.

» Que en el llano y en la loma,
Sin esfuerzos ni fatigas,
Dan las mieses sus espigas
Como las flores su aroma...

» Ora podrás comprender
Que no en cualquiera barbecho
Brota el germen del provecho
Como el germen del placer.

» Que si al azar y a destajo
Nacen flores a porfía,
Es el fruto, Anarda mía,
Hijo sólo del trabajo.

» Del ancho seno al calor
La madre-tierra lo brota,
Cuando gota sobre gota
La damos nuestros sudor.

» Cuando la reja profunda
En surcos abre su entraña
Y entre sus linfas la baña
El riego que la fecunda;

» Cuando en su primera hoja
La azada la regenera,
Y luego la podadera
De vástagos la despoja,

» Entonces con más vigor
Lozano cunde el retoño,
Que cuando viene el otoño
En fruto cambia la flor.

» Entonces lucen galanes
Los tallos su pompa bella
Y ve el labrador en ella
El premio de sus afanes.

» Si así labras la campiña,
No temas, hija, un revés;
Verás el grano en tu mies
Como el racimo en tu viña.

» Y cuando así no consigas
Tal éxito en tus labores,
Vuélvete, Anarda, a tus flores
Y darte hé yo las espigas. »

. . . .

Y habló el viejo, a no dudar,
Como cuerdo, y a derechas,
Que siempre obtiene cosechas
Él que las sabe sembrar.

JOSÉ G. PADILLA.

ALAS DE MARIPOSA

Estos bellos versos son del poeta venezolano Domingo Ramón Hernández (1829–1893).

RÁFAGA de luz y grana
Mostraba ya en el oriente
El crepúsculo esplendente
Precursor de la mañana;

En los cálices silvestres
De recién nacidas flores
Lucían sus mil colores
Las mariposas campestres:

Un niño las perseguía,
Y arrancándoles las alas,
Todas sus brillantes galas
En una mano escondía.

Mostró el sol sus rayos de oro,
Y el niño, alegre y ufano,
Abrió la cerrada mano
Para mirar su tesoro.

—¡Qué es esto! exclamó al momento
El incauto simplecillo,
Viendo un ligero polvillo
Que se disipa en el viento.

—¿De qué te asombras, mi amor,
Clama su madre querida,
Si es polvo la humana vida,
Polvo la planta y la flor?

Ese despojo que vuela
Y que a tus ojos se esconde,
Mejor que yo te responde
Y el triste fin te revela.—

Calló la madre amorosa,
Y él, en edad tan temprana,
Vió escrita la ley tirana
Con alas de mariposa.

«RITJA», LA QUERIDA YEGUA

(*Balada*)

Los árabes del desierto profesan a sus corceles el intensísimo amor que describe aquí el literato y poeta español Vicente Barrantes (1829-1898), quien refiere la heroica fidelidad de una yegua para con su dueño, gravemente herido.

I

COMO el águila del Líbano
Se vuelve Ritja a su *kan.*
Sangrienta fué la pelea:
Su dueño sangre chorrea...
Allá van,
Allá van,
Raudos como el huracán.

Suelta el árabe su cántico,
Ronco y ahogado en dolor:
—«Corre, Ritja; corre, vuela,
Que el tigre está en centinela,
Y aun veo yo,
Aun veo yo
Las palmas de Jericó.»

En su garganta dë ébano
Sepúltase un yatagán.
Cayó el beduino bramando;
Pára Ritja, y relinchando,
¡Qué animal!
¡Qué animal!
Lame la herida fatal.

II

Sobre la escueta duna
Así habla el prisionero
Con la luna:
«Casta madre, ya que muero,
Que a Ritja vuelvan a ver
Mis hijos y mi mujer.
Que los vientos
De mi patria
Con sus crines
Jugueteen.
Que repitan
Sus confines
El relincho
Que ella dé.
Queda sin mí viuda mi mujer:
Sin Ritja, ¿de mis hijos qué va a ser?
¡Es un águila sin plumas
El árabe sin corcel!»

En la cresta de la duna
Dos negros ojos brillaron
A la luna;
Hondos quejidos sonaron,
Y un relincho que debió
Escucharse en Jericó.

Y el herido
Sin ventura
Murmuraba
Con dolor:
—«Ritja mía:
¿Cuándo esclava
He creído
Verte yo?
Vida perder no siento y libertad,
Que perdiéndote a ti, pierdo ya más.
¡Antes de morir, me falta
De alma y vida la mitad!»

III

Arrastrando va el herido
Sobre la arena abrasada
Cual ave enferma a su nido:
Que ver a su yegua amada
La vez postrera ha querido.

Verla por última vez
A la luna del desierto,
Llorar su triste viudez,
Su dueño cautivo y muerto,
Su ya perdida altivez.

«Ritja, Ritja, amada mía,
Asombro de Alejandría,
Sol de mis montañas verdes,
¿No te dice mi agonía
¡Ay! que te pierdo y me pierdes?

»Mi amor... y mis penas ya,
Que estas manos no te ensillen
Por nuestro mal, quiere Alá;
Que te ultrajen y te humillen
Los caballos de un bajá.

»En sus patios confundida,
Fama perderás y bríos,
Ya que no pierdas la vida...
¿Dónde serás tan querida
Como te quieren los míos?

»No te darán las doncellas
Ya la leche de camellas
Con su mano torneada,
Ni mis hijuelos con ellas
El puñado de cebada.

»Ya tu ancha cola de espumas
El huracán del desierto
No hinchará, como las plumas
Del águila, que entre brumas
Se cierne sobre el Mar Muerto.

»Tus callos no arrancarán
De las egipcias arenas
Chispas, como de un volcán,
Ni en las corrientes serenas
Te bañarás del Jordán.

» Tú, tan heroica y valiente,
Que al rugido del león
Piafas tranquilamente;
Tú, que de un salto el torrente
Atraviesas del Cedrón;

» En el *Djerid* la primera,
Sin igual en la carrera,
Rauda al trote, blanda al giro,
La yegua más caballera
Que hay desde Salem a Tiro;

» ¡Ritja, tú ajena! ¡tú esclava!
¡El huracán en cadenas!
No, por Alá, Ritja brava. »
(Y con esto, a duras penas,
Rompió el árabe la traba.)

—« Vuelve el desierto a cruzar;
Ve al *kan*, y a mis hijos dí
En tu lengua singular,
Que no me pude salvar,
Pero que te salvo a ti. »

IV

Sin sentido
El herido
Postrado en tierra cayó.
¡Pobre Ritja!
Le miró...
Le lamió...
De sus ojos
En lo obscuro,
¿Quién el fuego comprende que brilló?

. . . .

Cuando el alba
Sonreía
Por Salén,
Por do un día
Riyó el alba del mundo también,
La cristiana
Caravana
Parábase en el desierto
De asombro muda y terror,
Mientra el dragomán experto
Así dice en su interior:

—« ¿Adónde va aquel caballo?
La tierra, que apenas toca,
Retiembla bajo su callo.
¡Y lleva un hombre en la boca!

» Nunca el desierto, corcel
Cruzó más a la ligera,
Ni la corza de Betel
Le aventaja en la carrera.

» Pacto tendrá con Alá
El hombre que le posea.
Ni se ha visto ni verá
Corcel mejor en Judea. »

V

Allá van,
Allá van
Ritja y el árabe al *kan*.
Tres infantes
Ved allí:
Parecen tres tiernos pámpanos
De las viñas de Engaddí.

Abrazan al herido
Que en tierra pone Ritja sin sentido.
El olmo y la hiedra se abrazan así.
También sobre el arenal
Cae la yegua leal:
¡Ay Ritja! ¡pobre de ti!

. . . .

Toda la tribu llora;
El árabe está loco;
¡Ritja murió!
Con leche de camellas
Brindáronle doncellas:
No la bebió.

Su mano halagadora
Tendióle sin demora
El árabe... tampoco...
La lamió,
¡Y murió!

La lira del poeta
Cantó la noble hazaña
De Ritja fiel.
« Alá en su Edén preciado
La recibió a su lado:
Vive con él. »

Cuando en la duna escueta
Al beduino inquieta
El turco, a Ritja invoca:
« ¡No hay corcel
Como aquél. »

LA LEYENDA DE TEODORICO

El viejo rey godo Teodorico de Verona, persiguiendo en una de sus cacerías a un ciervo, fué llevado por su corcel desbocado al cráter del Vesubio, en cuyas entrañas quedó sepultado, según la leyenda. Josué Carducci, poeta italiano (1836–1907), tomó este asunto por tema de la siguiente composición.

EL castillo de Verona
Bate el sol con vivos rayos;
El son del cuerno retumba
En el valle solitario.
El Adigio caudaloso
Corre por los verdes prados;
El rey godo Teodorico,
Triste y viejo, toma el baño

Recuerda cuando fué a Tulna
De Crimilde enamorado,
Y la sala del banquete
Se trocó en guerrero campo;
Cuando en la doncella hermosa
Clavó su espada Hildebrando,
Y de la fúnebre fiesta
Sólo él volvió libre y salvo.

Contempla el sol fulgurante,
Contempla el Adigio claro,
Contempla el halcón doméstico
De la torre en lo más alto;
Las montañas, ruda escuela
De sus juveniles años,
Y las fértiles llanuras
Que sus armas conquistaron.

La voz súbita de un paje
Suena fuera de los claustros:
—« ¡Señor, un ciervo hermosísimo!
Otro no hay que valga tanto:
Son de acero sus pezuñas,
De oro sus cuernos gallardos. »
El rey, cazador intrépido,
Sale del agua de un salto.

—« Mis perros, mi javalina,
Mi daga »—pide gritando.
La sábana que lo envuelve
Toma por túnica y manto.
Los pajes le siguen; huye
La res como ser fantástico.
Junto al monarca, de pronto,
Relincha negro caballo.

Es negro como los cuervos;
Sus ojos, como relámpagos;
El arzón bien puesto lleva;
Monta el rey ágil y rápido.
Miedo sienten sus lebreles,
Lanzan ladridos extraños,
Contemplan al rey dudosos
Y dejan marchar a su amo.

Entonces, el corcel negro
Sale a escape, como un dardo;
Lejos de todo sendero
Vuela, subiendo y bajando.
Anda que andarás, frenético,
Montes atraviesa y llanos;
Apearse el rey quisie[illegible]
Pero no puede pararlo.

Seguíale un escudero,
El más fiel y el más anciano,
Lanzando entre aquellos riscos
Clamores desesperados.
—« Oh rey gentil de los godos,
Te seguí en tus días faustos,
Te seguí en tus malandanzas;
Pero nunca corrí tanto.

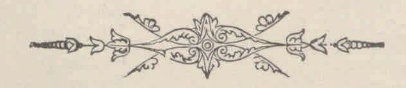
» Teodorico de Verona,
¿Dónde vas desenfrenado?
¿Volverás a tu castillo;
Donde te están esperando? »
—« Mal corcel me tocó en suerte
Bestia pésima cabalgo.
No más la Virgen María,
Si he de volver, sabe cuándo. »

Tiene la Virgen María
En el cielo otros cuidados:
Tiende sus velos azules
A los mártires, que impávidos
Dieron a la fe y la patria
Sus vidas en holocausto;
Y Dios fulgura su cólera
Sobre el monarca tiránico.

Anda que andarás: el potro
Pasa riscos y peñascos;
En la noche se sumerge,
Se encabrita hacia los astros.
El dorso del Apenino
Se alza entre sombras cercano;
Y cuando el día alborea,
Ruge la mar allá bajo.

A Lípari ved, en donde
Guarda su fragua Vulcano.
¡Cuál truena y relampaguea
El fuego oculto en sus antros!
Al llegar el corcel negro,
Un relincho desgarrado
Lanza al cielo, y en el cráter
Abisma al jinete infausto.

De la costa calabresa
¿Qué surge en los cerros ásperos?
No es el sol, es ancha frente
Que ciñen cabellos blancos.
Es un rostro en que sonríen
Martirio y esplendor santos;
Es el rostro de Boecio,
El gran senador romano.



Historia de los libros célebres

LAS NOVELAS DE THACKERAY

LA mayor parte de las famosas novelas escritas por W. M. Thackeray nos presentan personajes que rara vez nos son simpáticos, al contrario de lo que ocurre con su gran contemporáneo Carlos Dickens. Claro está que hay en esto algunas excepciones, pues siendo Thackeray, como era, persona bondadosa y amable, no podía por menos de producir algunos tipos simpáticos. La novela cuyo argumento vamos a reproducir es, en muchos conceptos, la mejor y más encantadora de cuantes escribió, por ser Enrique Esmond y Lady Castlewood los más nobles caracteres que supo crear su fecunda imaginación. Se publicó por primera vez en 1852; la segunda parte apareció seis años depués, bajo el título de « Los Virginianos », novela que leeremos después de la de « Enrique Esmond ».

ENRIQUE ESMOND

Una novela del tiempo de la reina Ana de Inglaterra

LOS sucesos de esta novela se supone que tuvieron lugar en los últimos días de Guillermo III y durante el reinado de Ana de Inglaterra, cuando en este país había mucha gente que trabajaba en secreto con la mira de devolver la corona al hijo de Jacobo II. Antes de entrar de lleno en la vida de Enrique, preciso es conocer algunos hechos relacionados con su nacimiento, pues de ellos depende en gran parte el interés de la novela. Hallándose en los Países Bajos, adonde había ido formando parte del séquito del Duque de York, durante la guerra con Francia, cierto caballero inglés, llamado Tomás Esmond, contrajo matrimonio con la hija de un tejedor, de la cual tuvo un niño a quien llamó Enrique. Tomás Esmond, abandonando al poco tiempo a su esposa, volvió a Inglaterra, y la desgraciada mujer entró en un convento, donde acabó tempranamente sus días.

Depués de heredar el título y las posesiones de su tío el Vizconde de Castlewood, Tomás Esmond se casó con su prima Isabel, guardando secreto su primer matrimonio. Aunque bribón por muchos conceptos, el nuevo vizconde no dejaba de tener ciertos rasgos de bondad, de aquí que al enterarse de la muerte de su primera mujer, mandara a buscar a su hijito Enrique para darle alojamiento en su magnífica casa solariega de Castlewood, poniéndolo bajo el cuidado de su capellán, el Padre Holt.

Esto lo realizó, no obstante, sin que el vizconde reconociese a Enrique como su heredero legítimo, ni admitiese siquiera que fuese su hijo. En realidad, el niño, que, a medida que iba creciendo se iba también haciendo cargo de lo que otros pensaban de él, no tardó en inferir que se suponía se le llamaba Esmond por cortesía, no por derecho.

Los Esmonds, aunque no todos fueron católicos, habían sido, como familia, leales a los Estuardos; en particular el Padre Holt, tutor de Enrique, tomó parte activísima en los complots jacobitas para reponer a Jacobo II en su trono. Indudablemente Castlewood era un centro de intrigas políticas. Los Esmonds habían hecho muchos sacrificios honrosos en su afecto a los Estuardos, y cuando Jacobo II llevó a cabo su histórico esfuerzo contra Guillermo III en la batalla de la Boyne, Tomás Esmond sucumbió combatiendo por el rey derrotado. Su viuda Isabel, pues se había mostrado tan entusiasta jacobita como su esposo, huyó de Castlewood y se encerró en su casa de Chelsea. El Padre Holt hubo también de escapar, por lo cual el niño Enrique quedó solo con la servidumbre en Castlewood, sin darse cuenta de lo que significaba todo aquello y sintiendo profundamente el desamparo en que le habían dejado.

Pronto, no obstante, el nuevo Vizconde de Castlewood, Coronel Frank Esmond, hombre fanfarrón y enérgico, de cuarenta y cinco o cincuenta años, fué a tomar posesión de la casa y fincas que había heredado de su difunto

pariente. Con él llegó su esposa, que no tenía más de veinte años, y su hijita Beatriz, linda niña de cuatro años, la cual besó a su primo Enrique en el momento de encontrarse, aunque era la primera vez que le veía. Había también un niño de pecho, que estaba bajo el cuidado de su nodriza. Estos eran los cuatro nuevos amigos con quienes Enrique iba a vivir en adelante.

La joven lady Castlewood preguntó al niño cómo se llamaba,—Enrique Esmond—contestó éste; y se quedó mirándola con mezcla indefinible de fruición y asombro, porque le parecía lo más encantador que había visto en su vida.

ENRIQUE SIENTE EL INFLUJO DE LA BELLEZA Y EMPIEZA UNA NUEVA VIDA MÁS FELIZ

El hermoso cabello dorado de la dama brillaba a los áureos rayos del sol; su cutis poseía una lozanía deslumbradora; sus labios sonreían y sus ojos reflejaban tanta ternura, que hizo latir el corazón de Enrique de una manera extraña. La belleza, tanto física como moral, de lady Castlewood, había de ser para él una estrella que le guiaría en el transcurso de la vida; muy lejos estaba entonces Enrique de sospechar el afecto que habían de cobrarse el uno al otro, porque si bien una joven de veinte años es una persona mayor para un muchacho de doce, no tarda en llegar el tiempo en que ocho años de diferencia nada representan en la vida.

Lady Castlewood era una esposa afectuosa, no así el lord, que distaba mucho de ser modelo de maridos. Ella procuraba servirle y compacerle en todo, atendía a sus hijos con tierno desvelo, y trataba a Enrique con una afabilidad que él nunca había conocido hasta entonces, de suerte que empezaba a abrirse para él una nueva y feliz vida, cuando, por una extraña fatalidad, él mismo hubo de ser causa inocente de la desgracia de la dama.

En una visita a una aldea, Enrique se había contagiado de la viruela, y al descubrirse esto en Castlewood, el vizconde se apresuró a trasladarse a la ciudad con Beatriz.

CÓMO ENRIQUE FUÉ CAUSA INOCENTE DE LA DESGRACIA DE LADY CASTLEWOOD

Lady Castlewood y el pequeño Frank, que permanecieron en casa, se contagiaron también de la enfermedad; curó la dama, pero al recobrar la salud había perdido la delicada belleza de su cutis, que cautivaba antes las miradas de su esposo. Este no disimuló su contrariedad por el cambio que la enfermedad hebía hecho en su esposa, y ella no olvidó jamás la mirada, que, en el primer encuentro, después de la corta ausencia, le había dirigido el vizconde.

A su debido tiempo, Enrique fué enviado a la Universidad de Cambridge para seguir la carrera del sacerdocio, y cuando volvió en sus primeras vacaciones, halló como huésped en Castlewood, a un alegre compañero del vizconde, cierto Lord Mohun, cuya mala reputación era conocida en todo el país. Por aquel entonces, lady Castlewood estaba sumamente quejosa de la conducta de su esposo, mientras que éste, cuya afición a la bebida iba aumentando, se quejó a Enrique de cómo le trataba ella, diciendo: « Esto sucede desde que tú trajiste la viruela a esta casa ».

La dama desaprobó, naturalmente, la amistad del vizconde con el mal reputado Mohun, y cuando Enrique volvió de Cambridge por segunda vez, halló al señor y la señora completamente distanciados, y a Mohun de nuevo en casa como huésped. A medida que pasaban los días, Castlewood se mostraba más imprudente en su propia conducta. Una noche, delante de su esposa, llegó a decir a su hija:

—Cuando seas mayor, Beatriz, te casarás con Mohun.

A estas palabras, echándose a reir la niña, dijo que precisamente la noche anterior Mohun había tenido una larga conversación con su madre.

—Pregunta a lord Mohun lo que le dije—insinuó lady Castlewood, con gran dignidad; y tomando a su hija de la mano, salió arrebatadamente de la habitación.

UNA DISPUTA ENTRE DOS NOBLES Y RESULTADO A QUE CONDUJO

—Con mucho gusto referiré a usted lo que su esposa me dijo—repuso Mohun.—Me suplicó que no bebiese ni jugase más con usted, lo cual usted sabe mejor que nadie si lo decía o no para su bien.

—Oh, naturalmente—replicó guaseándose Castlewood,—es usted un hombre modelo.

—Yo no soy santo, pero su mujer, sí es una santa—objetó Mohun;—y puedo responder de mis acciones como los demás deben responder de sus palabras.

—Cuando usted guste, caballero—repuso el vizconde.

A pesar de que estas palabras indicaban la inminencia de un duelo, y de que lady Castlewood temía en gran manera se llevase a cabo, Mohun se fué de la casa al otro día, aparentemente en buenos términos con Castlewood. Pronto experimentaron todos en Castlewood un alarmente sentimiento de inquietud, al ver al vizconde cada día más malhumorado y silencioso y en continuas entrevistas con su abogado.

Pasado aproximadamente un mes, declaró que estaba enfermo y necesitaba ver a su médico de Londres; a esta ciudad le acompañó Enrique por disposición del propio vizconde. Ya en la capital, Castlewood entró en un mesón en donde encontró a Mohun y a otros sujetos con quienes se puso a jugar a las cartas. En el curso del juego se disputó con Mohun, y Enrique pudo ver desde el primer momento que todo había sido preparado de antemano; de hecho, al dirigirse la comitiva a los campos de Leicester para verificarse el duelo, Castlewood confesó a Enrique que esta era la verdad. Mohun, le dijo él, había escrito una carta injuriosa a lady Castlewood, carta que él mismo había interceptado; y ya se hubiera realizado el dasafío, a no ser porque tenía que pagar antes a Mohun algunas apuestas que le debía.

Casi antes de que Enrique hubiese comprendido perfectamente lo que pasaba, el duelo estaba ya consumado, y su señor, que, aunque extraviado, no dejaba de tener buen corazón, había sido herido mortalmente. Fué éste un suceso trascendental para Enrique, pues el vizconde, momentos antes de morir, le entregó un documento en el cual se descubría la verdad acerca del nacimiento del joven y se certificaba que él era el legítimo heredero de Castlewood, secreto que le había sido revelado al vizconde por el misterioso Padre Holt.

¿Qué iba a hacer Esmond con este documento que acreditaba su fortuna? Reclamar el título y posesiones equivaldría a desposeer al jove Frank, y aumentar las ya grandes penas de su querida señora, y esto por nada del mundo lo hubiera consentido Enrique. Rasgó, pues, el papel y lo arrojó al fuego.

ENRIQUE ESMOND HACE UN GRAN SACRIFICIO Y ES MAL RECOMPENSADO

Acto tan heroico de abnegación pareció ser mal recompensado. En efecto, cuando lady Castlewood visitó a Enrique en la cárcel, donde estuvo encerrado durante algún tiempo por su participación en el desafío, no solo le reprochó amargamente el no haber impedido la muerte de su esposo, sino que mostrándose incoscientemente cruel bajo la fuerza del dolor, fué durísima en sus palabras, declarando al salir de su presencia que no quería verle nunca más.

Recobrada la libertad, Enrique tuvo que abandonar la idea de hacerse sacerdote; pero como lady Isabel, que vivía con lady Castlewood, se ofreció a ayudarle, no titubeó en aceptar su ayuda, pues sabía que le correspondía mucho más, por derecho. Gracias a ella, obtuvo Enrique un cargo en el ejército y durante más de un año tomó parte en muchas batallas y consiguió el grado de capitán. Al volver a Inglaterra, llegó a él la noticia de que lady Castlewood estaba para casarse, según se decía, con Tom Tusher, de Castlewood, y hombre falto de carácter. Sumamente contrariado Enrique, y determinado a impedir este casamiento, hizo caso omiso del deseo que la dama

le había mostrado de que no fuera nunca más a verla, y se dirigió a Winchester, donde ella a la sazón se hallaba. Allí, en la solemne y antigua catedral, la divisó en el canto de vísperas, vestida todavía de luto y con su hijo Frank al lado, hecho ya un gallardo joven. Terminado el servicio, Frank le vió el primero y corrió hacia el capitán Esmond, dándole una afectuosa bienvenida, mientras que lady Castlewood dijo:

—Nos es muy grato que hayas vuelto a nosotros, Enrique. Hace tiempo que te esperaba.

LADY CASTLEWOOD Y ENRIQUE SE HACEN DE NUEVO BUENOS AMIGOS

La dama le dió su mano—su manecita de hada—en la que llevaba únicamente el anillo de boda. La desavenencia entre ellos había terminado; era como si nunca se hubieran separado, y, lo mejor de todo, no había una palabra de verdad en la hablilla tocante al proyectado enlace de ella con Tom Tusher, que había sido referida a Esmond por la incorregible chismosa despechada, lady Isabel.

Mientras se dirigían, paseándose hacia casa en el crepúsculo de un día de invierno que expiraba, lady Castlewood expresó a Enrique su alegría por verle otra vez con ellos, y él, en esta nueva felicidad, le propuso no separarse nunca más.

—Ven—le dijo él,—deja a esta Europa que tiene tan amargos recuerdos para ti, y empieza conmigo otra vida en el Nuevo Mundo. Allí está el país de Virginia, que el rey Carlos dió a nuestro antepasado. Frank nos lo permitirá.

— Calla, muchacho — replicó ella.— Para ti el mundo está apenas comenzado; yo, em cambio, he de retirarme ya de él y orar en la expiación; sin embargo, cuando tu corazón sangre, ven a consolarte conmigo, Enrique.

Llegados a casa esperaba a Esmond una nueva sensación.

CÓMO LA BELLEZA DE BEATRIZ FASCINÓ A SU PRIMO ENRIQUE

Por la ancha escalinata del antiguo palacio bajaba la preciosa figura de una joven hechicera, llevando en la mano una bujía, que iluminaba su cuello blanco y hermosísimo, adornado con una cinta granate, que se puso al enterarse de que el capitán Esmond iba a cenar con ellos. Era Beatriz, a la cual había dejado él muchacha y hallaba ahora mujer.

Todas las rosas de la primavera juntas no serían capaces de competir con la lozanía de su cutis. Esmond no podía acordarse de haber visto nunca nada parecido al brillo sonriente de sus ojos. Era una belleza morena; es decir, sus ojos, cabellos, cejas y pestañas eran oscuros, su cabello rizado con ricas ondulaciones y flotando sobre sus espaldas; pero su cutis era de blancura tan deslumbradora como la nieve al reflejar el rayo del sol. Se acercó sonriente a Esmond, quien no podía mirar más que a sus ojos, y avanzó ofreciendo sus mejillas cual si hubiera querido que él la besara como solía hacerlo cuando era niña.

POR QUÉ EL CAPITAN ESMOND MARCHÓ OTRA VEZ A LA GURRA DE ALEMANIA

—Detente—añadió reflexionando que era ya demasiado grande. ¡Bienvenido, primo Enrique!

Y después de hacerle una ligera cortesía, le dió ambas manos añadiendo:

—¡Oh Enrique, qué contentos estamos de que hayas venido!

Frank, en su modo pueril de ser, entretuvo a Esmond durante la permanencia de éste con variados relatos de cómo Beatriz tenía rendidos a sus pies a algunos de los grandes nobles del día. Aunque Esmond no había echado de ver todavía que Beatriz, no obstante todos sus bellos encantos, era bastante vanidosa y algo voluble, comprendía, sin embargo, que quien quisiera casarse con ella habría de poseer no solo nobleza, sino también riqueza. Por más que amaba profundamente y admiraba a lady Castlewood, cuya diferencia en edad respecto de él era la misma que la que él llevaba a Beatriz, no dejó de sentir tentaciones de hacer valer sus derechos al título y posesiones de Castlewood, cuando se sintió cautivado por la belleza de Beatriz; por esto, a fin de

escapar a sus emociones contradictorias, se marchó de nuevo a la guerra de Alemania.

Al volver a Inglaterra se halló dueño de la pequeña fortuna y preciosos diamantes de lady Isabel, quien había muerto durante su ausencia. Beatriz le pareció más hermosa que nunca; estaba ahora prometida al Duque de Hamilton.

LAS AMBICIONES DE BEATRIZ Y UN COMPLOT JACOBITA

Este esclarecido noble se hallaba a punto de marchar a Francia con la esperanza de inducir al hijo de Jacobo II, conocido con el sobrenombre de Pretendiente, a que pasara a Inglaterra e hiciera un esfuerzo para recobrar el trono tanto más cuanto la reina Ana padecía entonces una enfermedad que podía llevarla al sepulcro. Beatriz estaba muy complicada en la conspiración y rebosaba de contento al pensar en su futura grandeza.

—Vé y cásate con mamá—dijo a Esmond, que había alcanzado ahora el grado de coronel.—Vé y sed Darby y Juan por todo el resto de vuestras vidas. Esto es lo que ambos estáis en condición de ser. ¡Oh, primo! ¿cuándo llegarás a conocer que no tengo corazón?

En una modesta casa de Kénsington, cerca del palacio, halló Esmond a lady Castlewood, la cual le enteró de que también ella estaba en posesión del secreto de su nacimiento, pues le fué revelado por lady Isabel poco antes de morir. Se había juzgado más conveniente, a causa del rey desterrado, guardar el secreto mientras viviese el padre de Enrique.

—Pero ahora la decisión está en tus manos, querido Enrique—terminó diciendo la dama.

—Mi decisión fué tomada junto al lecho de muerte de mi querido lord—respondió Esmond;—yo soy el primogénito, pero tu hijo continuará siendo el vizconde de Castlewood.

—¡Querido y generoso Enrique!—exclamó la dama echándose a sus pies.—No, no me levantes, déjame que me arrodille y te adore.

La generosidad de Esmond,—a la cual él se inclinaba más por amor a lady Castlewood que por consideración a su hijo, aunque había querido al varonil Frank como a un hermano menor,—llenó de felicidad a su amada señora.

BEATRIZ EXPERIMENTA UNA GRAN PÉRDIDA Y ESMOND TOMA PARTE EN UN NUEVO COMPLOT

Pero la trágica muerte del duque de Hamilton, que había caído como el difunto vizconde, en un duelo con Mohun, aunque no sin herir antes de gravedad al bribón, fué un triste golpe para Beatriz, quien se portó con gran dignidad ante el hecho fatal que derribaba sus esperanzas; con lo que demostró quizás, ser verdad lo que ella había dicho a Enrique acerca de su falta de corazón.

El coronel Esmond puso entones en acción un plan que él mismo había concebido para llevar al pretendiente Jacobo Estuardo a Inglaterra, a fin de que a la muerte de la reina Ana, pudiese ser proclamado pacíficamente rey. El joven vizconde de Castlewood, que había servido en la milicia del Rin, y se hallaba todavía en aquel distrito, tenía un parecido extraordinario con el Pretendiente, de modo que nada era más facil que el hijo de Jacobo II viajara disfrazado como vizconde de Castlewood; mientras tanto Frank, el verdadero vizconde, le acompañaría en calidad de paje. Ejecutado el plan tal como había sido propuesto, el Pretendiente llegó a la modesta casa de Kénsington, donde los Esmonds y todos los jefes jacobitas le tributaron secretamente homenaje como a su rey legítimo.

Todos estaban llenos de las mayores esperanzas en el éxito del complot; el único que no parecía tomar el asunto muy en serio era el mismo Jacobo Estuardo, afeminado y aficionado a los placeres, más atento a cortejar a Beatriz que a trabajar con sus sostenedores por llevar adelante sus plan.

A causa de esto, Beatriz fué moralmente desterrada a Castlewood, no sin que la joven, gravemente ofendida por esta conducta de Esmond, le reprochase

principalmente lo que consideraba un gran ultraje contra ella.

De un momento a otro esperaban los conspiradores que llegase la solemne hora de proclamar como rey a Jacobo, apenas se anunciase la muerte de la reina. Un día, cuando ésta se hallaba ya en la agonía, echaron de ver con gran sorpresa que el Pretendiente había desaparecido de la casa de Kénsington; no hubieron de perderse en muchas conjeturas para suponer que se había marchado a Castlewood a fin de gozar allí de la compañía de la encantadora Beatriz.

El coronel Esmond y el joven vizconde montaron precipitadamente a caballo y se lanzaron a la carrera a todo galope en busca del desaparecido, a quien hallaron, en efecto, en Castlewood. Esmond dejó aparte el ceremonial, se adelantó hasta la presencia del joven príncipe y, echándole en cara su locura y el descuido de una gran oportunidad, le dijo que en aquel mismo momento podía haber muerto ya la reina, mientras él se ocupaba en escribir versos necios a una muchacha hermosa, pero casquivana. Jacobo Estuardo trató primero al coronel con altivez; pero Esmond, determinado a no aguantar oposición alguna en la ejecución de lo que se había propuesto, rogó al Pretendiente que le acompañase al cuarto del capellán, donde, de una secreta alacena, situada sobre la repisa de la chimenea, sacó algunos papeles que habían estado allí ocultos mucho tiempo.

BEATRIZ ARMANDO CABALLERO A ENRIQUE ESMOND



Esmond, que había estado al servicio del joven vizconde de Castlewood en el extranjero, al volver a Inglaterra mientras su señor continuaba en el Continente, visitó a las damas de la familia, quienes se regocijaron en gran manera al tenerle de nuevo a su lado. Se preparó una recepción en su obsequio, y Beatriz, en presencia de su madre y de lady Isabel, le armó caballero a la antigua usanza.

—Ahí está, Majestad,—dijo el coronel Esmond,—el título de marqués mandado por vuestro Real padre desde St. Germain al vizconde de Castlewood, mi padre; ahí está el certificado del casamiento de mi padre con la que fué su primera mujer y madre mía, y el de mi nacimiento y bautismo. Fuí bauti-

zado en la religión de la que los santos antepasados de su Alteza dieron en toda su vida tan esclarecido ejemplo. Estos son mis títulos, querido Frank,—añadió volviéndose al átonito joven vizconde—y esto es lo que hago con ellos; ahí va la fe de bautismo y casamiento, y ahí la credencial del marquesado y la augusta firma con la que el difunto rey Jacobo se sirvió honrar a nuestra familia.

EL CORONEL ESMOND ROMPE SU ESPADA DELANTE DEL PRETENDIENTE

Diciendo esto, Esmond arrojó los papeles al brasero. Luego prosiguió, dirigiéndose al príncipe:

—Recordará, sin duda, vuestra Alteza, que nuestra familia se ha arruinado por permanecer fiel a la vuestra; que mi abuelo gastó sus bienes, dió su sangre y su propio hijo en servicio vuestro; que el abuelo de mi señor (pues ahora, Frank, es usted vizconde por derecho y por título) murió por la misma causa; y que mi desgraciada pariente, segunda esposa de mi padre, mandó toda su riqueza al rey, recibiendo en compesación este precioso título que está ahí convertido en cenizas y esta inestimable cinta azul. La arrojo a vuestros pies y la pisoteo; saco esta espada y la rompo y os niego; y Frank hará lo mismo; ¿no es verdad, primo?

Frank, que había estado mirando con estupefacción los papeles al inflamarse en el antiguo brasero, sacó su espada, la rompió y, dando la mano a Esmond, dijo:

—Estoy al lado de mi primo; de todo tiene la culpa vuestra Majestad. Es muy probable que la reina haya muerto a estas horas, y vuestra Majestad podía haber sido rey, si no hubiera abandonado a sus leales amigos de Londres.

—¡Perder así una corona—dijo el joven príncipe, rompiendo a hablar con su peculiar vehemencia,—y la lealtad de corazones como estos! Os ofrezco la única reparación que está en mi mano. ¿Quereis hacerme el favor de cruzar la espada conmigo?

Apenas hubieron cruzado sus espadas Jacobo Estuardo y Enrique Esmond, cuando Frank se adelantó y con la hoja rota de la suya las separó, en el preciso momento en que entraba Beatriz en la habitación. En el rostro de la joven pudo advertirse un gran cambio; su semblante había tomado un aspecto del más profundo cuidado, sus mejillas palidecieron, sus ojos centelleaban.

—¿Se servirá el rey tomar el almuerzo antes de irse?

No dijo más en público, pero, aproximándose a Esmond, murmuró a su oído algunas palabras de amargo reproche. Al mirarla ahora Enrique, se extrañó de que hubiera pensado alguna vez en amarla.

Cuando el rey llegó nuevamente a Londres, acompañado por Esmond y Castlewood, una gran muchedumbre se apiñaba frente al Palacio Kensington, de cuyos portales salían en aquel instante heraldos y trompeteros. Momentos después resonaron las trompetas y proclamaron solemnemente los heraldos: « Jorge, por la gracia de Dios, de la Gran Brtaña, de Francia y de Irlanda, Rey, Defensor de la Fe »; y el pueblo gritaba: « Dios guarde al rey ».

De este modo, desvanecidas por los trompeteros del rey Jorge, todas las esperanzas del Pretendiente, este indigno príncipe se apresuró a huir en secreto a Francia.

Después del fracaso del complot jacobita, el joven vizconde de Castlewood marchó al extranjero, y allí se casó, hasta cierto punto de una manera poco cuerda, con una alemana. Poco después Beatriz dejó a su madre y su casa para vivir en Francia; y entonces fué cuando encontrándose Esmond cierto día a lady Castlewood que lloraba, le suplicó, con todo el cariño de su alma, que se confiase al cuidado y afecto de quien nunca la olvidaría.

EL CORONEL ESMOND Y LADY CASTLEWOOD EMPIEZAN UNA NUEVA VIDA EN VIRGINIA

Así sucedió; poco después contrajeron matrimonio este verdadero héroe y esta amabilísima mujer, y aceptando la propiedad americana de la familia en Virginia, que Frank les cedió, allá se fueron y fundaron un nuevo estado de Castlewood.

VARIAS JUGADAS DE CROQUET





La primera figura representa la salida. La segunda y tercera, el modo de jugar el antebrazo para mantener dos bolas en contacto y lanzarlas a gran distancia.






La primera figura enseña el modo de asir el mallete para dar de lado, y en la segunda vemos el resultado del golpe. En la tercera, la bola pasa por un arillo; en la cuarta la jugadora hace un croqueo cerca del aro.



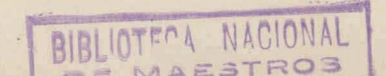


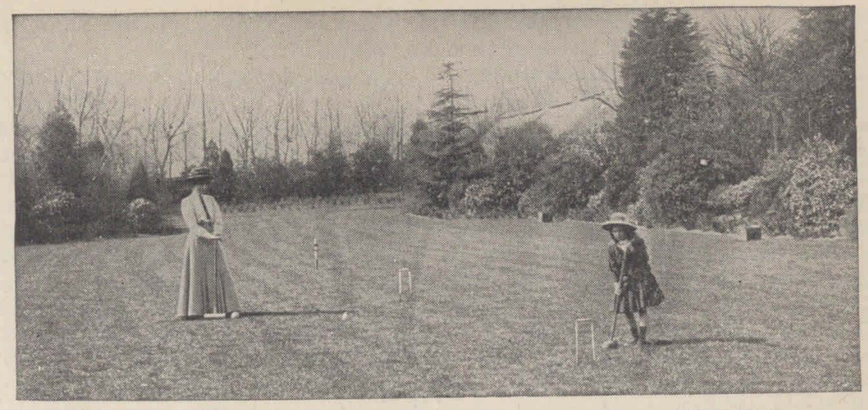
La primera figura muestra el modo de hacer un enroque cerca del aro. La segunda, cómo se da a la bola, haciéndola saltar y pasar por el arillo. Los puntos blancos indican la parábola trazada por la bola.





En la primera figura la jugadora prepara un golpe de enroque; en la segunda aleja la bola contraria y acerca suya al aro; en la última saca del piquete la adversaria.





EL JUEGO DEL CROQUET

EL *croquet*, juego de procedencia francesa, es relativamente moderno. En la época de Luis XVI los cortesanos de este infortunado monarca se entregaban al mencionado deporte en los jardines de Versalles; adoptado posteriormente por los colegios y Universidades de Francia, no tardó en pasar a otras naciones, y hoy día el *croquet* es un deporte popularizado especialmente en Europa y América.

Para marcar el terreno del croquet, trazaremos en un prado, u otra cualquiera superficie llana, un rectángulo de 20 metros por 14, y fijaremos en los cuatro ángulos otras tantas banderitas que señalarán los límites del campo.

A continuación procederemos a colocar en él los seis arillos y los dos *piquetes* o postes necesarios en este juego. El modo más práctico y sencillo de hacerlo consiste en buscar la línea central del campo de juego; para lo cual se miden siete metros en uno de los lados más cortos del rectángulo, partiendo de una bandera. Hallado este punto, iremos de él hacia el interior, recorriendo una distancia de tres metros y medio, donde colocaremos uno de los dos piquetes o postes, ya el blanco, o piquete de vuelta, ya el de colores, o piquete de meta.

Repitiendo esta misma operación desde la línea opuesta, hincaremos el otro piquete: y entre uno y otro, siguiendo una línea recta imaginaria, clavaremos los dos arillos centrales a una distancia de los piquetes, respectivamente, de tres metros y medio, según se indica en el adjunto diagrama. Para clavar los arillos angulares mediremos asimismo otros tres metros y medio, aproximadamente, en sentido horizontal desde cada piquete, como podemos ver en el grabado primero; y de este modo fijaremos los cuatro arillos exteriores, hecho lo cual, el campo de croquet estará terminado.

Si el terreno es demasiado pequeño para estas medidas, será necesario reducirlas, pero guardando las debidas proporciones.

Los útiles del croquet son cuatro o más *malletes* o mazos, cada uno marcado con un anillo del color correspondiente a uno de los cuatro o más colores del piquete de meta. Cada jugador tiene una bola de madera del mismo color de su mallete.

El croquet se juega entre dos partidos o bandos de uno, dos, tres o cuatro jugadores cada uno, los cuales guardan turno alternativamente, es decir, que si, por ejemplo, son cuatro, azul, negro, rojo y amarillo, los dos primeros forman bando contra los dos últimos, y las bolas se hacen mover por el orden señalado en los colores de la meta, a saber: azul la primera, roja la segunda, negra la tercera, y amarilla la cuarta; de esto se deduce que el orden de los jugadores no es sucesivo. Uno y otro contrarios juegan alternativamente durante todo el partido. Si fuesen solamente dos los jugadores, uno tomará las bolas roja y amarilla y el otro la azul y la negra, observando la marcha indicada respecto a los colores. Un partido entre tres jugadores es muy animado, pues uno con una sola bola ha de habérselas contra dos.

El arillo de salida es el que está a la izquierda de la meta. Para dar principio

al partido el jugador azul juega su bola colocándola enfrente de la meta a una distancia medida por el largo del mallete, y luego, dándole con él, la hace pasar por debajo del arillo. Le siguen sucesivamente el rojo, negro y amarillo con sus respectivas bolas. Dada la salida, cada jugador hace lo siguiente: mueve su bola por el campo abajo, haciéndola pasar por el aro que está enfrente del de salida; de allí la hace rodar pasando por detrás del piquete de vuelta, y, sin tocarlo, hacia el arillo inmediato, y de éste la hace pasar campo arriba en dirección al siguiente e inmediato a la meta: con esto ha recorrido los arillos exteriores. Desde el último, o sea el tercero, sin contar el de salida, dirige su bola al interior del terreno, pasándola por los dos aros centrales y llevándola hacia el piquete de vuelta, que esta vez ha de tocar. Luego, volviendo a la izquierda, recorre inversamente, o campo abajo, los arillos exteriores, pasando por ellos la bola que ha de guiar a los centrales hasta llegar a la meta. El diagrama segundo, con sus líneas ingeniosamente trazadas, nos ayudará a comprender lo expuesto. Si se trata de dos o cuatro jugadores, vence el jugador o el equipo que primero llega a la meta con todas sus bolas. Si son tres los jugadores, gana el que primero llega a ella. Esta es la exposición general del juego; lo interesante de él es la oposición de los contrarios a los pases de bola por los arillos, y el modo de prestar ayuda a los compañeros contra los adversarios. Estas ofensiva y defensiva hacen el juego verdaderamente interesante.

1. Modo práctico de marcar el terreno y de fijar piquetes y arillos.

2. Las líneas indican el curso seguido por los jugadores desde la salida hasta la meta.

Las siguientes reglas nos ayudarán a comprender claramente las diferentes suertes del juego de croquet.

Cuando el jugador ha pasado un arillo, puede mover la bola otra vez, y si, al hacerlo, su bola choca con otra, se dice que ha *enrocado*. Un *enroque* da derecho a un *croqueo*, el cual consiste en tomar el jugador su bola, colocarla en contacto con la bola *enrocada* y lanzar ambas en la dirección que desee.

Esto le da derecho a una nueva jugada, y si, al hacerla, enroca otra bola, puede *croquearla* y repetir la misma operación con una tercera bola. Ninguna bola puede ser enrocada dos veces si el jugador no ha hecho antes un *tanto*, es decir, si no ha hecho pasar la bola por un aro o tocado con ella un piquete. Después de tres enroques el jugador debe avanzar en dirección de su arillo o de su piquete, y si no pasa por el aro o da en el piquete, pierde vez o turno. El enroque queda a discreción del jugador, el cual usará de él cuando lo juzgue conveniente: así, en unos casos no enrocará ninguna bola, y en otros una, dos o tres. Si al pasar la bola por un arillo toca otra, el jugador que ha ganado el tanto tiene derecho a croquear, contando uno de sus pases de aro por un enroque.

Cada vez que un jugador hace un tanto puede enrocar todas las bolas en juego, hasta que gane otro tanto, después de cada tres enroques. Si un jugador lanza su bola fuera de los límites marcados por las banderas, debe volverla al terreno, colocándola dentro de él a unos treinta centímetros de la línea de juego. Un enroque hecho más allá de esta distancia da derecho a un croqueo; pero si al hacerlo,

la bola croqueada va a parar fuera del campo, el jugador pierde el derecho a la jugada que le corresponde por croqueo, y pierde el turno.

El enroque es beneficioso en varios casos. Por ejemplo: si la bola ha rodado junto a un aro sin pasar por él, el jugador puede correrla en un turno, si le es posible, hacer un enroque, y croquearla en tal forma, que la suya quede enfrente y a la derecha del arillo, de suerte que pueda hacer un pase con un golpe, después de haber hecho croqueo.

Por igual procedimiento es permitido croquear una bola compañera que esté en posición, teniendo presente al hacerlo que es la bola croqueada y no la que croquea, para saber dejarla en disposición de hacer un pase de aro. Pero, si ni la nuestra ni la de nuestro bando han pasado por el aro, hay derecho a croquear ambas de un solo golpe, y, en este caso, hemos de enrocar la contraria, dejando la nuestra en posición de pasar por el aro.

UN ACUARIO DE AGUA SALADA

UNA de las distracciones más caprichosas que podemos procurarnos dentro de nuestra casa es tener un acuario. Ya hemos visto en qué consiste un acuario de agua dulce; ahora trataremos de otro destinado a conservar animales marinos, el cual, por su originalidad, ofrece más interés que el primero, pues, en el caso de peces y plantas que viven en las profundidades del océano, la curiosa forma de vida que en él tienen y continúan en el acuario, son otros tantos alicientes que estimulan nuestra atención y nos procuran agradable pasatiempo.

MODO DE OBTENER AGUA SALADA

Si no nos es fácil procurarnos agua del mar, podemos preparar artificialmente una parecida, en la cual vivan perfectamente los animales y plantas marinas trasladados del mar al acuario.

He aquí el modo de prepararla: Disolvamos en 4½ litros de agua fresca, y, preferentemente, de lluvia, las substancias siguientes: 100 gramos de sal común, 7 gramos de sulfato de magnesia, 13 gramos de cloruro de magnesio y 2½ de cloruro de potasio. Es indudable que en el agua del mar entran otros componentes; pero los indicados son los esenciales, y el agua que resulte será suficientemente buena para nuestro objeto.

RENOVACIÓN DEL AGUA

Es un error, que cometen muchos, el sustituir el agua que naturalmente se evapora, con agua salada, puesto que durante la evaporación las diferentes sales quedan en el recipiente y tan sólo el agua destilada es la absorbida por la atmósfera. Si, por consiguiente, se añade al acuario agua salada, el resultado será no agua marina, sino más bien una salmuera que matará todos los peces y plantas. Por tanto, para reemplazar el agua evaporada, echaremos agua dulce, y si es de lluvia y cristalina, mucho mejor.

Al llenar el acuario hemos de marcar por fuera, con una tirilla de papel engomado, o por cualquier otro medio, la altura a que llega el agua, para que después de la evaporación la renovemos exactamente con la misma cantidad de agua dulce, y podamos mantener así el mismo nivel y proporción.

LAS PLANTAS DEL ACUARIO

Antes de introducir los animales marinos, les hemos de preparar y adornar su morada con variadas plantas; y así, en estando terminada la caja del acuario, construiremos en uno de sus rincones una guarida con piedras o pedazos de roca. Después de llenar el acuario con el agua arriba indicada, meteremos en él algas, que suavizarán y purificarán el agua. Las algas verdes son las más a propósito para el caso. El modo más práctico de procurárselas es arrancar a orillas del mar con un martillo o un hacha un trozo de roca en que crezcan unas pocas algas. Sin desprender éstas, fijaremos debidamente en la arena del fondo del acuario el pedazo de roca; y, si después de uno o dos días se forman burbujas alrededor de las algas, es seguro indicio de que se han aclimatado a las nuevas condiciones de vida.

LAS ANÉMONAS DE MAR EN EL ACUARIO

Estos curiosísimos animales marinos, que también se llaman actinias y estrellamares, son fáciles de hallar en el agua que queda estancada en las rocas de la costa, a las cuales viven adheridos y al parecer felices en su cautividad. Es necesario alimentarlos con pedacitos de carne.

LOS MEJORES HABITANTES PARA EL ACUARIO

Unos cuantos caracolillos ordinarios, cuatro o seis lapas y alguna que otra concha serán fáciles de hallar para nuestro acuario. Pero si, sin grandes dificultades, podemos hacernos con uno o dos langostinos vivos, su presencia dará una nota de brillante adorno al acuario, pues sus ojos fosforecen en el agua y la transparencia de su cuerpo toma variados y finos matices.

Es una gran equivocación echar cangrejos de mar, ya que tales animaluchos son tan dañinos y destructores, que no dejarían nada vivo en poco tiempo; y aquí hemos de advertir que si muriese alguno de los habitantes del acuario, debemos apresurarnos a retirarlo del agua, porque su cuerpo corrompido sería perjudicial a los compañeros.

Las reducidas dimensiones del acuario no permiten conservar en él animales marinos un tanto grandes; y así nos limitaremos a surtirlo de aquellos pececillos y crustáceos que arrastran las mareas y quedan presos entre las rocas después del reflujo del mar. Uno de los animalillos más graciosos para un acuario es el hipocampo o caballo marino, llamado así por su parecido con este cuadrúpedo. Se le alimentará con langostinos y pececillos, y si le observamos cuando come, nos sorprenderán los movimientos de su boca, que más se asemeja al pico de un pájaro que a la boca de los peces ordinarios.

PELIGRO DE POBLAR DEMASIADO EL ACUARIO

Teniendo en cuenta la capacidad del acuario, hemos de evitar poblarlo en demasía de animales y plantas; es preferible tener en él pocos habitantes; y uno de los mayores errores que suelen cometer los que preparan un acuario por primera vez, es el rellenarlo con cuantos peces y animalejos marinos caen en sus manos. En cuanto a las reglas de limpieza, conservación, alejamiento de los rayos del sol, y otras instrucciones, nuestros lectores hallarán todo lo que necesitan saber en otras páginas de esta obra, en el lugar en que tratamos del acuario de agua dulce.

MODO DE LIMPIAR VARIOS OBJETOS

TODAS las cosas se pueden hacer bien o mal, según los medios que se empleen. A continuación vamos a exponer varios métodos eficaces para limpiar diferentes cosas, pues sabido es que, al cabo de cierto tiempo, es necesario limpiar ya nuestra ropa de sus manchas de grasa, ya los diferentes objetos de nuestro uso, por ejemplo, nuestra pluma estilográfica, nuestra bicicleta, etc., etc. Debe tenerse presente, ante todo, que las manchas y suciedad recientes son más fáciles de quitar que las viejas y endurecidas.

PARA QUITAR LAS MANCHAS DE LA ROPA

Antes de cepillar la prenda que se ha de limpiar, es necesario sacudirla bien. El barro seco se quitará fácilmente cepillándolo en la dirección del tejido, pero es más práctico restregarlo antes con otra parte de la misma prenda. Las manchas de grasa desaparecen a menudo del paño y de la seda, mediante unas cuantas gotas de agua de Colonia; si la mancha ha caído en una prenda de lana o algodón, y se ha secado, saldrá con agua caliente y jabón. Se recomienda asimismo la bencina para cualquier mancha grasienta.

Otra manera de quitar tales manchas consiste en colocar sobre ellas un papel secante, u otro cualquiera que sea poroso, y pasar por encima una plancha o hierro caliente, moviendo con frecuencia el papel, hasta que haya absorbido toda la grasa. Las telas y paños negros quedan como nuevos, si se les limpia con te frío o amoníaco diluído en agua. Al efecto, extenderemos cuidadosamente la prenda sobre una mesa y, humedeciendo una esponja en el te frío o en la solución de amoníaco, la frotaremos ligeramente y en varias direcciones, colgando después la prenda al aire, para que se seque. Las manchas de lodo se quitan frotándolas con un trapo impregnado de gasolina, evitando al hacer esta operación el aproximarnos al fuego o a cualquier llama. Las manchas de tinta desaparecen únicamente cuando están frescas, restregándolas con leche o con sal. Si son manchas viejas, lo mejor será enjabonarlas y esparcir luego sobre ellas un poco de ácido cítrico o de sales de acedera, pero sin frotar la tela con ellas, pues destruirían el tejido.

PARA LIMPIAR HERRAMIENTAS

Cada herramienta ha de tener su lugar en la caja, a fin de que los cortes no se

mellen por el choque con las otras. Si se trata de herramientas finas, será conveniente envolverlas en franela, para que conserven su brillo. El engrase les evita el orín u oxidación, y ésta desaparece frotándola con papel de esmeril.

PARA LIMPIAR CUCHILLOS

Podemos limpiar los cuchillos, cuando están sucios y grasientos, pasando las hojas de plano sobre un poco de tierra vegetal y secándolos después con un trozo de periódico. También se limpian los cuchillos de mesa en una máquina especial, ya bastante generalizada, y, a falta de ella, esparciendo polvo esmeril sobre el borde de la mesa de la cocina y frotando después la hoja horizontalmente y de lado, a lo largo, sobre el esmeril, con lo cual quedarán bien limpios y se evitará que se mellen los cortes.

PARA LIMPIAR LAS PLUMAS DE BOLSILLO

Las plumas estilográficas o de bolsillo se ensucian fácilmente, ya por secarse la tinta, ya con los pelillos del papel de escribir o con la pelusa del limpia-plumas. Si la pluma que ha de limpiarse es de las que se pueden abrir, haremos correr por su interior un poco de agua fría, y la presión arrastrará toda la suciedad hacia fuera, aunque la abertura de salida sea pequeñísima. Después de cargar de tinta la pluma, es necesario enjuagar bien con agua fría la jeringuilla o cuentagotas, y de un modo especial su ampollita de goma, pues de otro modo la tinta, al secarse, la echaría a perder. Si la pluma es de las que se cargan sin desenroscarla, será necesario llenarla y vaciarla de agua fría repetidas veces, para que quede perfectamente limpia.

PARA QUITAR MANCHAS DE PINTURA

Las manchas de pintura sobre madera, desaparecen quitando primeramente el polvo con un paño seco y frotándolas después con otro previamente enjabonado. El agua caliente y el empleo de cepillos duros estropean y arrancan la pintura.

Para limpiar pinceles y brochas, los meteremos en aceite de linaza o trementina, lavándolos después en la palma de la mano con agua y jabón. Luego se los enjuagará en agua limpia, atusando los pelos en forma de punta, antes de que se sequen.

PARA QUITAR EL BARRO DE LOS ZAPATOS

Si los zapatos están muy sucios, se limpiarán primero con un trapo húmedo: los pegotes de barro seco se hacen saltar fácilmente con un cortaplumas o con un cuchillo, manejados debidamente para no cortar o arañar el material. Poner los zapatos húmedos junto al fuego equivale a estropear el cuero. Lo mejor será colocarlos en un cuarto o un corredor en que haya una buena corriente de aire. Cuando ya estén secos, se cepillarán, antes de aplicarles el betún o la crema.

PARA LIMPIAR LA BICICLETA

Cuando al regresar a casa veamos que nuestra bicicleta está mojada y enlodada, comenzaremos por limpiar los rayos y partes esmaltadas, con un trapo. El kerosén o petróleo refinado es bueno para limpiar la cadena; y cualquiera de las numerosas pastas de limpiar metales será útil para las piezas niqueladas. La cadena puede ser cepillada con grafito, o con cualquiera preparación que contenga lápiz-plomo. Un trozo de franela ordinaria, humedecida, servirá para enjugar las llantas. Los cojinetes quedarán limpios haciendo pasar por ellos kerosén, hasta que haya salido toda la suciedad, y aplicando luego aceite lubricante.

PARA LIMPIAR ESPONJAS

Si se usan las esponjas durante largo tiempo, sin limpiarlas, llegan a tomar un aspecto muy desagradable. A fin de ponerlas casi como nuevas, las lavaremos en agua caliente y amoníaco, dejándolas después en remojo, durante varias horas, en agua fría con un poco de sal común. El agua de mar, su elemento natural, es también excelente para refrescar las esponjas. De paso, advertiremos que para el baño es preferible un paño áspero, a cualquiera clase de esponja, por buena que sea.

PARA LIMPIAR BOTELLAS

Hay diferentes modos de limpiar botellas. Uno de ellos consiste en verter en las mismas un poco de amoníaco líquido, lavarlas con él, y enjuagarlas luego con agua caliente, que esté bien limpia. Si es ancho el cuello de la botella que se trata de limpiar, se introducirán en ella unos cuantos trozos de patata, mezclados con sal y agua, o, en su defecto, hojas de te, y, después de agitar bien la botella, quedará ésta perfectamente limpia y transparente.

JUEGOS AL AIRE LIBRE

Los juegos, que describimos a continuación, tienen la ventaja de jugarse al aire libre y de que ningún jugador ha de permanecer inactivo.

EL MARRÍN

Para este juego se traza primeramente un gran círculo; y a cada cinco metros de distancia se marcan sitios. Uno de éstos lo ocupan tres jugadores, en hilera, uno delante del otro; los restantes sitios, menos uno, los ocupan dos jugadores, también uno delante del otro. El último lugar, situado enfrente del ocupado por los tres, es para el « marrín » solo. Suponiendo, pues, que sean catorce los jugadores, habrán de ser seis los sitios; uno con tres jugadores; cinco, con una pareja de éstos, y el último con el marrín.

El marrín, situado en el sitio frontero al ocupado por los tres, al empezar el juego echa a correr hacia éstos para alcanzar al de fuera, que sólo puede escapar corriendo a otro sitio, situándose delante de la hilera par que hay en él; al hacerlo así, como resulta que en dicho sitio hay ya tres jugadores, el último tiene que escapar a su vez, o de lo contrario es alcanzado; y cuando esto sucede, el alcanzado pasa a ser marrín y se empieza de nuevo el juego.

TE VEO

Los jugadores se dividen en dos partidos. Los del uno van a esconderse, los del otro se quedan con los ojos cerrados, o vueltos de cara a la pared. Al poco rato gritan « ¿Vamos? a la una. . . . ¿Vamos? a las dos. . . . ¿Vamos? a las tres »; y si no les contestan « Aún no », van a buscar a los escondidos. Cuando uno de los buscadores distingue a uno de los escondidos, grita « Te veo », y añade el nombre del descubierto y el sitio donde está escondido. Al grito, el descubierto abandona su escondite y corre hacia el buscador, que debe volver al lugar de partida sin ser alcanzado. Si le alcanza, ya no puede salir de nuevo. Se necesitan, pues, buena vista y pies ligeros para descubrir a los escondidos y huir sin ser alcanzado por ellos. Si los escondidos no logran alcanzar a la mitad de los buscadores, pasan a hacer las veces de éstos. Este juego es parecido al escondite, pero mucho más animado.

CORRE QUE TE PILLO

Uno de los jugadores hace primero de « marrito » y los otros, se esparcen perseguidos por él para alcanzarlos. El alcanzado queda de marrito.

A veces se marca un *salvo*, esto es, un sitio, árbol, pared, valla, puerta, mientras está en el cual el jugador no puede ser tocado por el marrito. El *salvo* es muy útil para cuando el perseguidor está muy fatigado.

En el marrito cruzado, el jugador que cruza corriendo entre el perseguido y el marrito, libra al primero y obliga al segundo a perseguirle a él. Cuantas más cruces haya, más animado resulta el juego.

LAS BANDERAS

Se traza una línea larga y recta en el suelo. Los jugadores se dividen en dos partidos iguales, y se colocan en su campo, a uno y otro lado de la línea. Cada jugador debe poner en el suelo, a unos cuantos metros detrás de la raya, una gorra o un pañuelo, que son las banderas. A una señal dada, un partido se lanza a través de la línea a conquistar las banderas del enemigo. Los que toman una bandera pueden volver a su campo; pero los que son detenidos antes de apoderarse de alguna, quedan prisioneros. Entonces toca el turno de atacar al otro partido; los prisioneros que haya hecho antes le deben ayudar a recuperar las banderas perdidas y tomar las del enemigo. Cada jugador sólo puede tomar una bandera; el partido que primero se queda sin las suyas, pierde.

GARIBAY

Para este juego los jugadores, cogidos de las manos, forman un gran corro, que cuanto mayor sea, será mejor, pues de este modo podrá haber muchos jugadores. Uno de éstos es Garibay, que queda fuera del corro, y corre en torno de éste deseando entrar. Llama a la puerta del corro, golpeando en la espalda a cualquiera de los que lo forman; el golpeado debe salir corriendo inmediatamente en sentido contrario del que lleva Garibay, el cual sigue también corriendo, debiendo ambos dar la vuelta entera al corro, hasta llegar al hueco que dejó el golpeado. El que primero llega lo ocupa, el otro queda de Garibay y se

repite el juego golpeando el nuevo Garibay al jugador que quiere. Si el Garibay es el vencido, no puede tocar al mismo jugador dos veces seguidas.

MARRO DE CADENA

Se traza una línea en el suelo; a un lado se coloca el «eslabón» y al otro los demás jugadores, desparramados a voluntad. El eslabón grita: «¡Salgo! a la una, a las dos, y a las... tres!»; y persigue a los jugadores, y al que toca se lo lleva a la raya. Con él de la mano vuelve a salir después de gritar sencillamente: «Salí» y prenden al que pueden, el cual vuelve con ellos a la raya; vuelven a salir los tres, y así se alarga la cadena poco a poco, haciéndose el juego más animado cuanto más larga es; los que la forman no pueden soltarse de las manos, y si lo hacen, han de volver a la raya. Además, sólo es el eslabón el que puede tocar. La cadena, aun por el extremo opuesto al eslabón, lo más que puede hacer es impedir el paso, hasta que llega el eslabón y toca.

LA PARTIDA

La partida puede suponerse de facciosos, rebeldes, soldados leales, o lo que se quiera. La esencia del juego consiste en seguir, al que hace de capitán, por todos los sitios donde vaya, trepando cuestas, dando vueltas a los árboles, saltando obstáculos, etc. El capitán debe ser, por tanto, el más audaz de la partida; los demás le siguen en hilera, uno tras otro; el que no ejecuta lo que su delantero, pasa a la cola. A veces, al terminar el juego, el que al principio está a la cola, pasa después a ser capitán.

LA PELOTA MÁGICA

Es un juguete muy interesante; y a los que no están en el secreto se les figura portentosa y mágica esta pelota que parece saber contar y responder a las preguntas. Después de ejercitarse algo con ella, cualquier muchacho puede divertirse mostrándola a sus amigos.

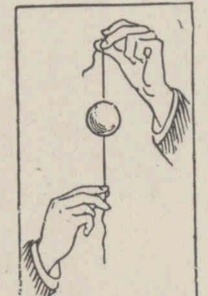
Tómese una bola de madera, del tamaño que se quiera; el de una pelota de *cricket* es suficiente; pero siempre la bola ha de ser de madera.

1, 2 y 3. Modo de taladrar la pelota mágica.

Lo primero que hay que hacer es marcar en la pelota dos puntos opuestos uno a cada lado, los cuales, por lo regular, ya están indicados en casi todas las bolas, porque el tornero las marca al fabricarlas.

Después, por uno de estos puntos se barrena la bola, no en dirección recta hacia el otro, sino de lado, y de modo que no la atraviese, sino que el taladro quede un poco más allá del centro de la bola, como se ve en la figura 1.

A continuación desde el otro punto se barrena también, de modo que el taladro siga una dirección en ángulo con el anterior, al cual debe encontrar, quedando así perforada la bola, pero no en línea recta. Las figuras 2 y 3 muestran un corte imaginario de la pelota, en el cual se ve la exacta disposición del taladro.



4. Modo de sostener la pelota.

Luego se hace pasar un cordón por el taladro, y una vez pasado, se ponen en sus extremos unos botones o chapas, u otro objeto para impedir que el cordón se escurra por los agujeros. Sujetando luego el cordón fuertemente, como se indica en la figura número 4, la bola se mantiene quieta en el punto que deseemos del cordón; en cuanto aflojamos éste, comienza a resbalar hacia abajo, y tan luego como lo estiramos, la bola se detiene.

Entonces, poniendo la bola en el extremo superior del cordón, la preguntamos: «Pelota mágica, ¿cuántas son tres y dos», y la pelota contesta resbalando cinco veces un poquito, si nosotros estiramos y aflojamos convenientemente cinco veces el cordel. Después diremos: «Pelota, ahora te van a preguntar varias cosas; contesta sí, o no; si dices que sí, muévete una vez; si dices que no, muévete dos». Entonces preguntamos lo que deseemos, o hacemos que otros pregunten. La pelota mágica responderá como gustemos, y una breve práctica nos permitirá hacer que se mueva, sin que los espectadores noten cómo lo hacemos.

NAUFRAGIO DEL BIRKENHEAD

Este cuadro expone la escena a bordo del transporte Birkenhead, al hundirse una noche de Febrero de 1853. Los soldados formaron como si estuvieran en parada, y algunos ayudaron a los marineros a embarcar en las canoas a las mujeres y los niños. Salváronse 184 de éstos, pero como no había sitio para más, antes que exponerse a que los botes zozobraran por la excesiva carga, 454 soldados y marineros británicos prefirieron mantenerse firmes a cubierta y desaparecieron en el fondo del mar con el buque náufrago.



NARRACIONES DE LA INSURRECCIÓN INDIA

EN la gran insurrección india contra Inglaterra, que estalló pronto hará sesenta años, fueron muchos los héroes que llevaron a cabo proezas admirables. De dos conmovedores actos de deliberado sacrificio personal, ocurridos ambos al principio de la rebelión vamos a dar cuenta.

Comenzó ésta en Meerut, el 10 de Mayo de 1857, cuando después de haber asesinado a sus oficiales ingleses, marcharon algunos regimientos de cipayos sobre la gran ciudad de Delhi, antigua capital del imperio mogol.

Ya por la mañana pudo verse cómo se acercaban a Delhi numerosas tropas montadas, y en breve corrió de boca en boca la voz de que se había levantado el ejército contra el inglés y tocaba a su fin el gobierno de los blancos en la India. Acuarteláronse las tropas; y las turbas furiosas se echaron a la calle en busca de ingleses que matar.

Había en la central de telégrafos un joven oficial; no consiguió escapar, pero permaneció firme junto al aparato y transmitió por los hilos la noticia a todos los puntos del Penyab. Las palabras del mensaje revelan su sangre fría: « Han llegado los cipayos procedentes de Meerut, e incendiado cuanto han encontrado en su camino. Ha muerto Mr. Todd; y según he oído, varios europeos estamos cercados ». Apenas habían transmitido los alambres este despacho, cuando los insurrectos los rompían y cortaban.

La otra hazaña digna de recuerdo es la del teniente Willoughby y sus ocho bizarros compañeros, que tenían a su cuidado la guardia del polvorín, donde había almacenadas gran cantidad de pólvora y municiones. Los insurrectos se habían propuesto apoderarse del polvorín a la primera ocasión y poder hacer uso mortífero de la pólvora. El lugar era muy fuerte. Aquellos nueve hombres, pues no eran más, consiguieron defenderse por algunas horas, pero cuando ya no pudieron resistir, decidieron volar el polvorín y sucumbir antes de que cayera en manos de los rebeldes.

Aquellos valientes emplazaron los cañones donde podían producir mejor efecto, y extendieron un reguero de pólvora desde el polvorín al patio donde ellos se defendían. Uno de los defensores llamado Scully, tenía encargo de pegar fuego al reguero en cuanto recibiera la señal. No tardaron en quedar los nueve valientes cercados por los insurrectos; intimáronles éstos la rendición, mas tal proposición fué despreciada. Ya estaban colocadas las escalas contra la muralla para el asalto y la reducidísima guarnición mantenía aún a raya a los agresores, que eran rechazados una y otra vez.

Entre tanto espesábanse más y más

las filas del enemigo. No había esperanza de auxilio; los asaltantes se precipitaban con ímpetu hacia las escalas, y en pocos momentos coronaban el adarve. Repentinamente estalló un terrorífico estruendo y quedó nublado el cielo por una densa columna de humo. Quedaba consumado el sacrificio. Scully había pegado fuego al reguero y el polvorín era ya un montón de ruinas, bajo de las cuales yacían los asaltantes. Scully pereció, y fué verdadero milagro que sobreviviera el resto de los defensores. Cinco de estos obtuvieron la cruz de Victoria; Willoughby, estaba herido y falleció pronto en Meerut.

Otro bravo fué Golab Jan, ordenanza de Mr. Greathed, comisario de Meerut. Cuando los rebeldes quisieron asaltar la casa de éste, corrió la familia gran peligro, y para salvar aquellas vidas, expuso la suya Golab Jan, saliendo al encuentro de los amotinados y diciéndoles que tanto o más que los sahibs y que ellos aborrecía a los blancos. Entusiasmado con tales palabras el populacho, se alejó de la casa, y así les fué posible escapar al comisario inglés y a su familia, aunque de seguro hubiera sido asesinado Golab Jan, si hubiesen descubierto los insurrectos que los había engañado.

EL ESCLAVO QUE SALVÓ A SU AMO

NO fué solamente en Francia cuando en tiempo de la revolución ocurrieron levantamientos populares para derribar a los gobiernos y conquistar la igualdad de derechos para todos los hombres, sino también en otras partes.

El espíritu revolucionario había trascendido a la hermosa isla de Santo Domingo, en las Antillas, donde los habitantes criollos franceses, y sus esclavos se dedicaban al cultivo del café, de la caña de azúcar y otras plantaciones. Un decreto de la Convención Nacional de París estableció la igualdad de blancos y negros en la isla; mas como los criollos no quisieron reconocer tal principio, subleváronse los esclavos reclamando sus derechos, y se siguió gran derramamiento de sangre, hasta que por fin los negros se hicieron dueños del poder.

En la terrible historia de esta guerra ha sobrevivido con honor el nombre de Eustaquio, negro que trabajaba en un ingenio. Aunque ignorante y rudo, era muy inteligente, ingenuo y bueno, y tenía elevado concepto del deber.

Cuando los esclavos se sublevaron contra sus amos y los pasaron a cuchillo, Eustaquio logró salvar la vida a más de cuatrocientos blancos, sin que ello significase hacer traición a sus hermanos de raza. Ayudó a su propio amo, Mr. Belin, a embarcarse en un buque que zarpaba para los Estados Unidos, y considerándose aún como esclavo, se embarcó también. El buque fué apresado por un barco inglés, y mientras la tripulación quedaba prisionera, el negro fué declarado hombre libre.

Eustaquio se aprovechó de la coyuntura para burlarse de los ingleses y distraer su atención; libertó y armó a sus compañeros que blandiendo hachas, rindieron a sus aprehensores y siguieron su viaje hacia Baltimore. Allí prosiguió Eustaquio su obra, obteniendo seguro asilo para los emigrados blancos.

Su amo Mr. Belin, cuando estuvieron en salvo sus compañeros aventuróse a volver a Santo Domingo y en tal empresa le acompañó Eustaquio. Pero la vida de los franceses corría peligro aún en la isla; y Mr. Belin se vió obligado a huir de nuevo cuanto antes del interior a la costa. Perdióle de vista Eustaquio, pero procuró poner a salvo parte de sus intereses, y cuando por fin volvió a descubrir el paradero de su dueño, le entregó el caudal, y, después de librarle de todo riesgo, se embarcó con él a bordo de un buque que salía también para Baltimore.

Uno de los numerosos actos que prueba la devoción que el negro tenía a su amo es la tenaz perseverancia con que éste aprendió. El motivo que a ello le impulsó no podía ser más noble. Habiendo notado que su amo tenía la vista

más débil cada vez, Eustaquio buscó una persona que le enseñara a leer, y todos los días a las cuatro de la madrugada daba secretamente su lección, con lo cual llegó a servir de lector a su anciano amo.

No es menester decir que agradecido Mr. Belin le concedió la libertad y le dejó sus bienes, que Eustaquio invirtió en socorrer a los pobres, aunque él era uno de los más necesitados, puesto que vivía estrechamente del sueldo de cocinero.

Muchos hay que encuentran un verdadero amigo en el negro de buen corazón. Abundan los hombres, que albergan bajo techado a pobres trabajadores, que socorren a míseros aprendices faltos de recursos, mientras sus mujeres se dedican a nodrizas y al cuidado de los niños. El hecho de que un hombre, una mujer o un niño desplieguen tanto espíritu de benevolencia y altruismo para con sus semejantes de otra raza, débese sin duda a un estado de ánimo inspirado por el espíritu de Dios, de suerte que no debemos atribuir tales cualidades al hombre, sino al Criador.

PROBIDAD DE LICURGO

LICURGO, célebre legislador espartano, heredó el trono a la muerte de su hermano Polidecto, que no dejó sucesión; pero habiendo sabido que la esposa de éste estaba para dar a luz un hijo, declaró ante el pueblo que no subiría al trono sino en el caso de que no fuese varón el hijo de Polidecto que había de nacer, tomando mientras tanto el título de *Protector*.

La viuda de Polidecto, más ávida de conservar el título de reina que fiel a sus deberes de madre, propuso secretamente a Licurgo ocultar el nacimiento de su hijo, si fuese varón, con tal de que le prometiese casarse con ella. El probo legislador, no sólo rechazó tan indigna proposición, sino que hizo vigilar cuidadosamente a aquella madre desnaturalizada, ordenando a los guardianes, con amenazas de severas penas, que le fuese presentado el vástago de su hermano, tan luego como naciese.

Fué el recién nacido varón; y tomándolo Licurgo en sus brazos, lo presentó al pueblo, exclamando:—« ¡Espartanos; ya tenéis rey! »—y lo colocó en la silla regia.

LA PACIENCIA TODO LO ALCANZA

CIERTO labrador tenía un hijo, a quien mandó cultivar un campo lleno de cardos y zarzales, pero de terreno muy feraz.

El hijo, al ver la penosa y enorme labor que se le había encomendado, no adelantaba gran cosa en la faena, pues pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo debajo de los zarzales, y a la tarde volvía a casa, aparentando estar cumpliendo el mandato de su padre.

Cierta mañana le sorprendió éste en pleno sueño, y después de reconvenirle por el engaño en que le tenía, le dijo bondadosamente, para enseñarle a portarse como era debido: » Reflexiona hijo mío, y verás cuán pequeña es la tarea que te he mandado ejecutar. Es menester perseverar en las dificultades de la vida, caminando paso a paso y sin desalentarse por entre sus breñas y atajos. Así, pues, primeramente has de cultivar este pedacito de tierra de cinco pies en cuadro; y si te pareciera demasiado, labra tan sólo un pie. Después otro y otro, y al final habrás cultivado todo el campo ».

Puso en práctica el joven el consejo de su padre, y no mucho después la finca había quedado limpia de maleza, y producía abundantes cosechas, que recompensaron con creces los esfuerzos del hijo obediente.

LAS GRANDES CIUDADES DE RUSIA Y POLONIA

Moscú

KIEV

NIJNI NOVGOROD

VARSOVIA

Moscú erá la antigua capital del Imperio. Kiev es una vieja población, bastante importante. Varsovia es la capital de Polonia. En Nijni Novgorod se celebra anualmente una feria a la que asisten unos 400,000 comerciantes y las transacciones ascienden a 120,000,000 de pesos oro.



RUSIA CONTEMPORÁNEA

MÁS de la mitad de Europa, añadiendo a este imperio una tercera parte del Asia, es lo que constituye los vastos dominios del zar que vienen a ser, aproximadamente, una sexta parte de la superficie terrestre.

Ya hemos visto cómo el imperio moscovita creció en el transcurso de los siglos, pues los pequeños e insignificantes estados interiores, situados en la región de los ríos Dniéper y Volga, mares Báltico y Negro, se extendieron a miles de kilómetros más allá del Pacífico.

Estudiaremos ahora nuestros mapas y cuadros; para coordinar las ideas, sobre lo que se puede ver en estos 21,500,000 kilómetros cuadrados de superficie y a la vez analizaremos los regímenes en que se desenvuelve la vida de los 148,000,000 de súbditos rusos, en sus diferentes aspectos, tanto en lo que concierne a los que viven en las aldeas, como en lo tocante a los habitantes de las ciudades.

En primer lugar, examinando el mapa, sacamos la consecuencia de que hay en Rusia vastos distritos, los cuales no reúnen condiciones buenas para vivir en ellos. Alrededor del mar helado y en los llanos casi inhabitables, lacios y monótonos, el invierno es crudo y largo y el verano es cálido, corto e insalubre, no pudiendo hallarse en aquellos parajes inhospitalarios huellas de la civilización humana.

Los pocos seres humanos que habitan estas regiones, se dedican a la cría de renos, como ocurre en el norte de Escandinavia, también se dedican a la pesca y a la caza de osos y zorros, aprovechando sus riquísimas pieles, y empleando como medios de transporte los trineos arrastrados por perros, con los que se hacen asequibles los viajes por el hielo y por la nieve.

En el sur de las *tundras*, se extienden muchos kilómetros de sombríos bosques, de vegetación corpulenta. Son bosques salvajes, donde impera la soledad y donde el único medio de vida que se ofrece a sus moradores es la tala y transporte de madera, principal elemento de riqueza del imperio moscovita.

En la parte sur de este imperio, hay muy pocos habitantes; es la región que se extiende desde el Norte de los mares Negro y Caspio, al mar de Aral, continuando hasta las regiones más elevadas del Asia central. Parte de este país está poblado de plantas y animales montunos; en otros lugares es estéril, rocoso y cálido, semejándose a un triste erial del Sahara. Durante el invierno, el frío es intensísimo y cruel, permaneciendo helados aquellos parajes.

¿En qué condiciones, pues, tenemos que visitar a los súbditos del zar, en una región como la que describimos, donde la temperatura es extremadamente desagradable?

La mayoría de sus habitantes son campesinos zafios e ignorantes; y no conocen otra vida ni otros placeres que el de mantenerse pegados a su « terruño ».

Son campesinos sencillos y bonachones, que cincuenta años atrás eran todavía esclavos y ahora dedican todos sus afanes a cultivar con esmero sus fértiles tierras, sembrando toda clase de productos agrícolas y fecundando su labor con el agua abundante que les prestan los numerosos ríos. Son en su mayor parte unos infelices, resignados y pobres, que resisten impávidos todos los rigores de la vida, acostumbrados a toda clase de privaciones y miserias.

Este país, que produce y vende a los demás países grandes cantidades de cereales, es víctima del hambre, por la carestía de las subsistencias. También el frío intenso hace sufrir mucho a la gente pobre, pues en casi toda Rusia, salvo la ribera del mar Negro, duran las nieves y los hielos la mayor parte del año. Algunos aldeanos van a las ciudades en busca de trabajo, si no pueden hacer nada en el campo; pero en la mayoría de los casos los míseros campesinos se encierran en sus casas, tapan todo agujero por donde pueda entrar el aire helado del exterior, encienden una estufa, que si es posible arde día y noche, y se resignan a una existencia triste, muchas veces entontecidos por el abuso de la bebida alcohólica llamada *wudki*.

Muy dura es también la suerte de los muchos miles de mineros que hay en Rusia. Hay mineros en los montes Urales; y en una montaña de esta cordillera existe un obelisco que tiene grabados los nombres de Asia y Europa respectivamente en el lado que corresponde a cada una de estas dos partes del mundo. También se explotan minas en el Altai, en Montañas de Oro, en la Siberia, en las fronteras chinas y en diversos otros puntos, sobre todo alrededor de las importantes ciudades de Moscú y Varsovia.

RIQUEZA DESCONOCIDA QUE OCULTA EL SUELO DE RUSIA

La riqueza mineral de Rusia es inestimable, y como sólo está trabajada en parte, no sirve para enriquecer al país, ni para ayudarle a pagar las costosas reformas qué necesita tan urgentemente. Hay hierro, cobre, oro y plata, toda clase de piedras preciosas, mármoles y ágatas. Millares de seres infelices trabajan año tras año el subsuelo, arrancando a las pródigas entrañas de la tierra sus valiosos tesoros. Muchos delincuentes, y, lo que es peor, muchos hombres que sólo parecieron sospechosos de serlo, son enviados a Siberia y destinados a trabajar en las minas.

Se cuentan no pocos millones de habitantes de las costas, que viven de las construcciónes marítimas, industria muy desarrollada en el país, por el gran número de mares, lagos, ríos y canales que le riegan.

Otros se dedican a la pesca, que la hay en gran abundancia y que se consume bastante a causa de los muchos días de vigilia establecidos por la Iglesia Oriental.

Rusia no es todavía un país industrial, aunque de día en día aumentan allí las fábricas de hierro, acero, cobre y tejidos; así es que actualmente no encontramos ningún distrito densamente poblado, con ciudades próximas las unas a las otras, como sucede en los centros mundiales de fabricación algodonera, lanera, metalúrgica y marítima.

Hay, sin embargo, en Rusia muchas grandes ciudades situadas en las antiguas rutas de tránsito, en los ríos y en las líneas férreas que unen el Norte con el Sur y el Este con el Oeste del vasto imperio moscovita.

LA CIUDAD DE PEDRO EL GRANDE QUE PARECE FLOTAR SOBRE LAS AGUAS

Petrogrado es la ciudad de Pedro el Grande y capital del imperio. Construída sobre las islas y orillas del río Neva, que desemboca en el golfo de Finlandia, está protegida por Kronstadt, el gran arsenal y fortaleza naval.

Subiendo a la cúpula de la Catedral de San Isaac, situada en la parte más céntrica de la capital, y contemplando desde su altura la gran ciudad, parece que ésta flota sobre las brillantes aguas

LA POBLACIÓN DE LA RUSIA EUROPEA


Gitana rusa. Los gitanos abundan poco en Rusia.

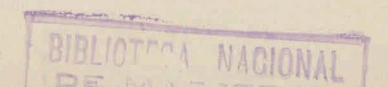

Mujeres de la pequeña Rusia. En esta comarca se halla la ciudad de Kiev.


Muchacha campesina de Tver, al Norte de Moscú.


La masa del pueblo es en Rusia muy pobre. Puede juzgarse por este grabado en vista de estos obreros de caminos que usan trapos en lugar de botas.


Muchacha de las provincias Bálticas. Son los pobladores de estas provincias más inteligentes por su más frecuente trato con el resto de Europa.


Jóvenes campesinas de Lituania, antigua provincia del reino de Polonia. Van ataviadas con su pintoresco traje de trabajo.



que corren por los canales y brazos del río. Las orillas de éste están formadas por hermosos muelles, cubiertos de tinglados. Vapores y embarcaciones de diversas clases surcan las aguas en todas direcciones, pues Petrogrado está unido fluvialmente con los mares Blanco, Negro y Caspio. En invierno la escena es completamente distinta. Todo está helado, el golfo de Finlandia, los canales, los ríos y los lagos.

LOS TRINEOS PROVISTOS DE CAMPANILLAS, CORREN SOBRE LOS LAGOS HELADOS

La capa de hielo es bastante consistente, para soportar el tránsito de toda clase de vehículos. Los aristócratas y las personas pudientes, cubiertos hasta los ojos con ricas pieles, se deslizan suavemente en los trineos, tirados a veces por tres caballos, engalanados con campanillas, por la superficie helada de los ríos y canales, acudiendo a los bailes, teatros y reuniones, que organiza la buena sociedad para amenizar la invernada. Las clases elevadas de Rusia, hablan el ruso o el francés.

Entre la catedral de San Isaac y el Neva está la estatua del fundador de la ciudad. A un lado de ella el muelle inglés; y al otro los edificios del Almirantazgo. Desde éste irradian las tres calles principales y de mejores perspectivas en línea recta. La perspectiva Newski, semejante a la célebre avenida berlinesa, Unter den Linden (bajo los tilos), es una de las calles más bonitas de Europa. En ella está la catedral de Kazau y en su final uno de los más célebres monasterios de Rusia, el de San Alejandro Newski.

LOS SOBERBIOS TEMPLOS RUSOS CUBIERTOS DE ORO Y DE JOYAS

Las catedrales e iglesias de Rusia se distinguen por su riqueza y decoración. No solamente por estar adornados con mármoles, ágata, malaquita, lapizlázuli y finos trabajos en oro y plata, sino por poseer hermosos cuadros cubiertos de valiosas joyas, preciosas cortinas bordadas y gran cantidad de obras de arte, los templos rusos son una maravilla de fastuosidad. Los servicios divinos se celebran en estas iglesias casi siempre con extraordinaria solemnidad.

Al lado del Almirantazgo está el palacio de invierno, junto a la ermita construída por Catalina de Rusia, y tras él está el jardín de verano y el palacio.

En estos palacios hay almacenados enormes tesoros, en cuadros pintados por los más grandes artistas del mundo, y valiosas colecciones que ilustran la historia de Rusia. Las joyas de la Corona se guardan en el palacio de invierno. Estas joyas, que constituyen una enorme riqueza, forman un suntuoso conjunto.

La biblioteca real, existente en la ermita, contiene más de un millón de volúmenes, además de una colección importante de manuscritos.

Entre ellos hay un ejercicio de manuscrito de Luis XIV, cuando era niño, que dice así: « El homenaje es un derecho de los reyes; ellos hacen lo que les parece bien ».

No es de extrañar que pensase de este modo un niño que, al ser hombre, había de decir: « El Estado soy yo ».

UNA PALABRA SOBRE SAN PETERSBURGO, HOY PETROGRADO

Precisamente en frente de estos palacios, a la otra orilla del Neva, están situadas la fortaleza y la catedral de San Pedro y San Pablo, donde, excepto uno, todos los soberanos rusos, desde la fundación de San Petersburgo, han recibido sepultura.

La barca de Pedro, « el padre de la marina rusa », en la que se paseaba para hacer prácticas de marinero, está amarrada en el muelle junto a la catedral.

Al lado de dicha catedral se levanta la casa, en la cual el zar Pedro habitaba a orillas del río, para observar la construcción de la ciudad. Sólo de dos habitaciones y una cocina se compone dicha casa.

En el museo de artillería se conserva el carruaje del zar, que registraba mediante un mecanismo especial, parecido a los actuales taxímetros, el recorrido que hacía.

La catedral de San Basilio en Moscú; tiene veinte cúpulas y torres, todas de forma y tamaño diferentes; y se le ha denominado « la pesadilla de piedra ». Su estilo es el corriente en todas las iglesias del país.



San Petersburgo, hoy Petrogrado, construída por Pedro el Grande, que secó los pantanos del río Neva por medio de canales, dotando así de sólidos cimientos a la futura ciudad. En este grabado puede verse el Nevski Prospect, la calle más bonita de Petrogrado.

Hay en los alrededores de esta capital gran número de fábricas para la transformación de los productos procedentes de los bosques y llanuras próximas: resina, plantas textiles, azúcar, remolacha, zanahorias, etc.

Sus muelles, en los que están siempre atracados numerosos buques, dan salida a todos estos productos.

MOSCÚ LA CIUDAD DE LOS CAMPANARIOS

Podríamos permanecer unos meses en Petrogrado y no acabaríamos de admirar sus bellezas y tesoros, en los cuales, sin necesidad de abrir un libro, puede aprenderse la historia de Rusia.

Pero debemos marchar a Moscú, antigua capital de Rusia, a 640 kilómetros al sudeste de Petrogrado.

Moscú en la actualidad es el centro ferroviario de Rusia, siéndolo también de las comunicaciones fluviales, por las que se une a muchísimos puntos del país.

Moscú, al igual que San Petersburgo, cuenta con más de un millón de almas. Moscú, la más antigua, es uno de los centros comerciales e industriales de Rusia. Cuenta en sus cercanías muchas minas de hierro, cobre y carbón, que constituyen una gran riqueza.

Al sur de la ciudad se hallan, en una gran curva que forma el río Moscowa, las colinas llamadas de los Gorriones.

Desde allí contempló Napoleón el incendio que destruyó tan admirable ciudad. Miles de tejados se ofrecen a nuestra vista, interrumpida su monotonía por el verdor de las arboledas; y sobresaliendo por encima de toda la aglomeración de edificios civiles, se alzan innumerables cúpulas en las que se quiebran los rayos del sol, entre las que se destacan las torres de las catedrales y los sombríos y elevados muros de monasterios y conventos.

Ya que hemos admirado el conjunto de esta población, visitemos su famoso Kremlín, que es la palabra tártara que corresponde a fortaleza. Es el Kremlín una masa de construcciones, situadas en la orilla alta del río Moscowa, rodeadas por una alta muralla. Es ciudad sagrada para los rusos, pues en ella está establecido el Santo Sínodo, lugar en donde se celebran los concilios de la iglesia rusa. Allí se guardan vestiduras y mitras, verdaderas joyas de arte y riqueza que han usado los patriarcas de la iglesia oriental. Aquí, en la Catedral de la Anunciación, han sido bautizados y han contraído matrimonio, todos los zares, desde Iván el Terrible. En la catedral del Arcángel San Miguel, se daba sepultura antiguamente a los zares.

Las reliquias y cuadros sagrados, que son muy venerados por los fieles, forman un verdadero tesoro. En la torre de Iván el Grande, se hallan las famosas campanas, cuyo maravilloso sonido sólo puede ser escuchado un día al año: el de la vigilia de Pascua.

La mayor de todas, llamada la « Reina de las Campanas », que mide seis metros de altura y pesa 198 toneladas, descansa sobre la base de la torre y le falta un trozo que le fué arrancado; pesaba dicho trozo algunas toneladas.

UNA OJEADA SOBRE ALGUNAS POBLACIONES RUSAS

Alrededor del Kremlín, las calles forman como un tejido de araña, cuyo centro ocupa el sagrado templo. Hay en sus cercanías gran número de conventos e iglesias, que se destacan de los demás edificios por su severidad y sencillez. Más atrás se levatan las fábricas en torno de las cuales se agrupan las viviendas de los obreros.

Podemos ahora pasar a Kiev, a orillas del río Dniéper, llamada la madre de las poblaciones rusas, y que es, ciertamente, una de las más antiguas ciudades de Europa. Tiene muchas y muy bonitas iglesias y son su industria y su comercio muy importantes. Su compañera, Novgorod la Grande, cerca del lago Ilmen, es llamada la cuna del imperio Ruso. Guarda muchos recuerdos históricos, pues es una de las poblaciones que más importante papel desempeñan en la historia rusa, desde el escandinavo Rurik. Aquí, en 1862, se levantó un monumento conmemo-

POBLADORES DE SIBERIA



Los que presenta nuestro grabado son tunguses, que antes habitaban la Manchuria y que emigraron a diversos puntos de la Siberia, influyendo grandemente en el país.



Habitantes yakuts. Otra de las razas que penetraron en la Siberia por el Sur. Son más industriosos que los anteriores. La indumentaria que ostentan es la de invierno.



Otra raza siberiana es la de los Giliaks, que viven en el valle del río Amur. Son una raza muy antigua, originaria del Japón. Nuestro grabado representa una mujer giliak con su hijo.



Los yakuts son también cazadores y crían ganado. Sus viviendas son de madera, recubierta de tierra. En verano viven en tiendas de campaña y aun al aire libre.

rativo del milésimo aniversario del imperio Ruso.

Nijni-Novgorod Bajo, a orillas del Volga, es también lugar muy notable, especialmente por la gran feria que allí tiene lugar cada verano. Dícese que el valor de las mercancías que se llevan para su venta, asciende a la suma de 120 millones de pesos oro. Sus grandes tiendas y bazares ocupan una gran extensión de terreno; allí se encuentran los más varisados productos procedentes de todos los puntos del imperio: hierro de Tula, piedras preciosas y pieles de la Siberia; alfombras, tapices, frutas secas, algodón, orfebrería, juguetes, seda de la Persia, te de la China, etc., etc.

NIJNI-NOVGOROD, PUNTO DE UNION DE EUROPA Y ASIA

Los tinglados de Nijni-Novgorod, donde la mayor parte de estas mercancías son descargadas por trabajadores tártaros, tienen una extensión de unos 16 kilómetros; los variados tipos que por ellos hacen sus transacciones demuestran cómo en esta población se unen Europa y Asia.

Los grandes ríos como el Volga, que es una importante vía comercial con numerosas ciudades en sus orillas, son recorridos regularmente por vapores que establecen la comunicación entre sus ciudades y transportan sus productos. El curso de este río se aproxima en algunos puntos a 60 kilómetros del Don. Estos ríos tienen muchas tradiciones guerreras y heroicas, que se remontan a los tiempos antiguos. En la desembocadura del Volga, sobre el Delta, se levanta Astrakán, uno de los más concurridos puertos del mar Caspio; es, sin duda alguna, el punto más importante en la industria pesquera, que se efectúa en este mar interior.

Odesa, a orillas del Mar Negro, es el puerto de más tráfico del sur de Rusia; viene a ser una especie de inmenso granero en donde se reúnen todos los productos de la Pequeña Rusia. Desde allí se exportan grandes cantidades de lana, y hay establecidos muchos talleres de ingeniería y construcciones navales, a poca distancia de esta populosa ciudad.

EL ELBRUZ Y SU MAGNÍFICA CARRETERA QUE SE ESCONDE ENTRE LAS NUBES

Hoy día, corren los ferrocarriles desde Moscú y otros puntos, hasta el mar Caspio; dichas líneas férreas van bordeando la parte oriental de las montañas del Cáucaso, que forman una alta muralla, desde el Mar Negro hasta el Caspio. Su más alta cima es el monte Elbruz. Recorre este monte una espléndida carretera militar que atraviesa el paso Dariel, estando en algunos puntos tan elevada que se oculta entre las nubes. El conjunto de aquellos montes es parecido al de Suiza, con sus blancas y nevadas crestas, dibujándose en el limpio azul del cielo; con sus grandes glaciares, sus torrentes de rápida corriente, sus aludes, sus tempestades de nieve. Todo ello parece tanto más hermoso después de haberse fatigado la vista en la contemplación de las desnudas estepas.

Baku, en el mar Caspio, es centro de la región petrolífera rusa. Se halla unido a Batum, el Mar Negro, por la línea férrea que, pasando por Tiflis, termina en dicho puerto de Batum, por donde se da salida a los productos de la cuenca petrolífera del Cáucaso.

ACEITE MINERAL QUE, POR UNOS TUBOS, RECORRE 960 KILÓMETROS

Es tanta la cantidad de aceite que se saca de los pozos y depósitos de Batum, que hay barcos y trenes especiales para su transporte; pero, además, se han construído tubos o grandes cañerías por las cuales corren diariamente más de un millón de galones de petróleo, que van directamente a los barcos-depósitos y a los almacenes de Batum, los cuales distan de los pozos unos 960 kilómetros.

El ferrocarril llega ahora hasta el Mar Caspio y une las fértiles comarcas, que se reparten, como islas de verdura, en un mar de arena, bañadas por los ríos que se pierden en el suelo árido y seco que las rodea.

En estas comarcas se cultiva trigo, arroz, y frutas.

Aquí, en el Turquestán ruso, la mayo-

ría de sus habitantes son mahometanos; muchos de ellos pasan su vida en una continua caravana, criando camellos, ganado lanar y caballar, cuando pueden hallar suficientes pastos en las tierras secas y estériles de las estepas.

Pero más importante que todo ello es la unión de las partes más distantes del imperio por el ferrocarril transiberiano, que, atravesando el Asia, va desde Moscú hasta el mar del Japón, formado por el Océano Pacífico.

Una gran parte del paisaje que el ferrocarril recorre, es llano, monótono y tristón; pero otras veces también se interna en bosques espesos e interminables. Atraviesa los Montes Urales, próximos a Ufa, región famosa por sus minas y fundiciones de hierro, así como por sus riquezas en oro y piedras preciosas.

EL FERROCARRIL MÁS NOTABLE DEL MUNDO

En invierno es tan intenso el frío que hace en la región siberiana, que la carne, la mantequilla y el pescado se conservan durante muchos días y no se necesitan carros frigoríficos para su transporte. El agua se traslada en depósitos que la conservan caliente y aun así se hiela muchas veces durante el camino.

Una particularidad de esta vía es el número de puentes sobre los que está trazada. Uno de ellos atraviesa el Volga, cerca de Jamara, y mide 1600 metros.

El Obi, el Lena, el Yenisei, tienen todos, como el Volga, más de 300 kilómetros de curso; es también notable el Amur que desagua en el mar del Japón. Muchos ríos tributarios de aquéllos son de una gran longitud y han contribuído, como medio de comunicación, al desarrollo de la Siberia. Al Oeste del país, atraviesa el ferrocarril una fértil región, como la de la Pequeña Rusia, donde se cultiva en gran cantidad el trigo.

Miles de colonos de otros puntos de Rusia van poblando paulatinamente dicha región. Sigue luego la línea férrea, por Omsk y se aproxima a Tomsk; pasa por Irkutsk, rodea la parte Sur del lago Baikal, para lo cual se efectuaron difíciles obras de ingeniería; se interna después en la Manchuria, que pertenece a la China, y va a terminar en Vladivostock, repartiéndose a lo largo de su trazado, en otras líneas secundarias.

ALGUNAS CURIOSIDADES DE SIBERIA

Irkutsk, que es la ciudad más grande de la Siberia, se hace notar extraordinariamente por tener grandes fábricas de fundición de oro, además de otras muchas industrias y contar con una Universidad.

Omsk es el centro de la industria agrícola.

El lugar más frío del mundo se halla en las orillas del río Lena, donde las diferencias de las temperaturas son, tanto en verano como en invierno, extremadas. No obstante, en el Pacífico, hay islas en las cuales el clima ofrece poca variación durante todo el año.

En la desembocadura del Lena y en otras partes de las costas del Mar Ártico, se han descubierto restos de mamuts con pelo largo y lanoso, sepultados entre el hielo que en edades remotas les sorprendiera. Algunos de estos monstruos pueden verse disecados en diferentes museos, habiéndose sacado interesantes fotografías de estos raros ejemplares, conservados durante tantos siglos, cuando ya no quedaban en la tierra vestigios de su especie. Con el marfil de los mismos, hallado en gran cantidad en las Nuevas Islas Siberianas, que están situadas en la desembocadura del Lena, se ha establecido una gran industria.

Se necesitan después unos once días para recorrer los 3000 kilómetros que distan entre sí Irkutsk y Vladivostock. Al finalizar la línea, se descubren en el país muchos recuerdos y huellas de la guerra rusojaponesa de 1905. Por estas líneas fueron trasladados al campo de batalla casi todos los soldados rusos, la mayor parte de los cuales murieron en la guerra. También la marina de guerra rusa quedó casi por completo

destruída cerca de Port-Arthur, en el mar Amarillo.

Los Urales se extienden en una longitud superior a 1600 kilómetros desde el Caspio hasta Arkángel, y son un gran almacén de minerales. Enormes estepas heladas en el invierno y cenagosos pantanos en el verano, dividen entre sí las diferentes partes de esta cordillera y la separan de Arkángel, en el mar Blanco, que durante mucho tiempo fué el único puerto ruso.

RUSIA Y SU GOBIERNO

Alejandro III murió en 1894 y fué sucedido en el trono por su hijo Nicolás II, último de los Zares de Rusia. Al principio Nicolás siguió gobernando con igual despotismo que su padre, pero poco a poco la voz del pueblo se hizo escuchar, y aunque se tardó mucho en cambiar las leyes, al menos éstas no eran tan duramente aplicadas.

En 1904 estalló la guerra ruso-japonesa, terminando con la derrota de Rusia y la destrucción, casi completa, de su flota. El corazón del pueblo no participó en la guerra: estaba demasiado empeñado en la lucha por la independencia que hacía años se venía desarrollando; y cuando se firmó la Paz de Portsmouth, el Zar decretó que Rusia tendría un Congreso electivo llamado la Duma.

La Duma encontró no pocas dificultades al comienzo de sus tareas. Naturalmente, el Zar quería retener todo el poder que le fuese posible, pero por grado las cosas fueron mejorando. Las autoridades comenzaron a darse cuenta de que no podrían tener siempre sujeta a la masa del pueblo ruso, dándose muchos pasos para llegar a una libertad más amplia, aún cuando bajo el Zar la Duma nunca llegó a tener las atribuciones de las asambleas legislativas en las naciones libres.

LA GUERRA MUNDIAL Y LA CAIDA DEL IMPERIO

Se había llegado a considerar a Rusia como la protectora de las naciones eslavas más pequeñas. Y así, cuando Austria-Hungría atacó a Serbia, Rusia intervino enseguida y se vió arrastrada a la guerra. Ejércitos enormes fueron puestos en pie.

En las primeras fases de la Gran Guerra las tropas rusas lograron éxitos, pero más tarde fueron derrotadas y se vieron obligadas a retirarse. La dirección de la guerra era muy mala. Los ejércitos rusos carecían de todo y millares de soldados al principio sólo estaban armados de palos. Muchas gentes decían abiertamente que algunos miembros del Gobierno del Imperio estaban a sueldo de los alemanes. Los soldados peleaban valientemente, pero como no podían hacer imposibles, las tropas alemanas y austriacas le capturaron muchos prisioneros y se apoderaron de grandes territorios. Mientras, el pueblo se cansaba de la guerra, a la que consideraban como portadora de desgracias para ellos.

NICOLAS II ES OBLIGADO A ABDICAR Y PIERDE LA VIDA

En los primeros meses de 1917 el Zar firmó un decreto disolviendo la Duma. Esta se negó a obedecerlo. Los motines por los alimentos, en las calles de Petrogrado, se transformaron en revolución, y el Zar, acusado de estar tratando con los alemanes una paz separada, tuvo que abdicar el trono. Nicolás y su familia fueron arrestados después, enviados a una ciudad lejana más tarde, y por último, asesinados por sus guardias.

Se proclamó la República y se formó un Gobierno provisional. El nuevo régimen empezó bien, aparentemente, mas el pueblo se embriagó de libertad y la nación cayó rápidamente en las garras del desorden. El pueblo, sin embargo, dió grandes poderes a Alejandro Kerensky, uno de los jefes de la revolución, con la esperanza de que éste pudiera restaurar el orden; pero la confusión aumentó y los llamados bolsevikis, que decían representar a los campesinos, a los obreros y a los soldados, establecieron una nueva forma de Gobierno llamada del Soviet.

El caudillo y el hombre más promi-

nente de este cambio político fué Vladimir Illitch Ulianoff, llamado Nikolai Lenin, el que murió en Febrero de 1924. Los rusos, en homenaje a su memoria, dieron a la ciudad de Petrogrado el nombre de Leningrad (ciudad de Lenin). El principal colaborador de Lenin fué León Trotzky, quién por largo tiempo desempeñó el cargo de Ministro de Guerra.

LO QUE EL GOBIERNO DE RUSIA QUISO HACER

En el régimen bolseviki sólo los obreros tenían voz en el Gobierno; las tierras pertenecían al Estado, también dueño de los ferrocarriles, fábricas, minas, bosques y otras empresas. Se negaba el derecho a la propiedad privada y todo el mundo solo era arrendatario del Estado. Los trabajadores decidían sobre las reglas de su labor y fijaban sus propios jornales. Esta forma de sociedad de los bolsevikis es la llamada comunismo.

Rusia abandonó la guerra y se dedicó a construir el nuevo régimen de Gobierno. Se ha escrito mucho sobre las condiciones de vida bajo los Soviets, sin que haya acuerdo entre los distintos autores. No se falta a la verdad, sin embargo, diciendo que los mismos que simpatizan con el Gobierno comunista se han visto algo decepcionados. La prosperidad del pueblo ruso no llegó, y los sufrimientos por la falta de alimentos, de ropas y de combustibles, fueron muchos a pesar de que Rusia es rica en materias primas. Hubo también muchas conspiraciones para derrocar al Gobierno de Moscou, y los estados fronterizos que formaban parte de la nación se separaron de ésta. Aunque los bolsevikis dicen que son enemigos de la guerra, el Gobierno tiene un poderoso ejército en pie, además de haber implantado el trabajo obligatorio, al verse que había muchas gentes ociosas.

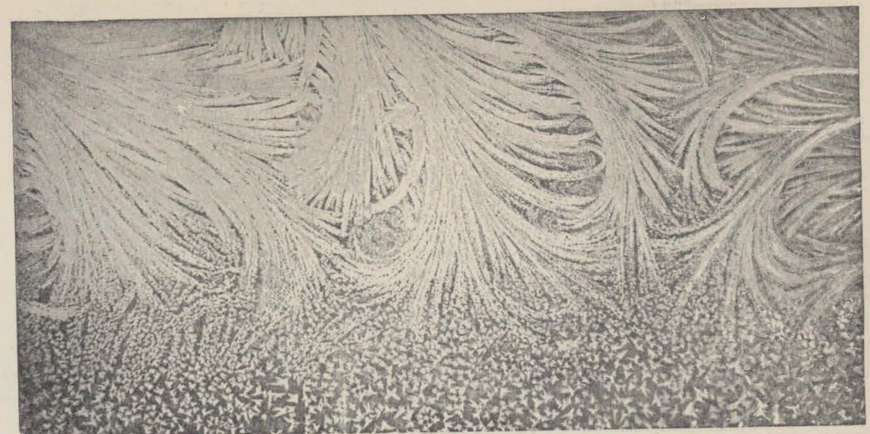


RUSIA ASIÁTICA CON SUS VASTAS LLANURAS Y SUS GRANDES RÍOS

No obstante todos los esfuerzos por derribar al Gobierno Soviet, éste ha permanecido en el poder desde fines de 1917, y no hay perspectivas de revolución. Algunos planes del régimen fueron variados cuando se observó que no resultaban en la práctica, aunque otros, con las mismas finalidades, fueron adoptados. Difícil es predecir el porvenir de Rusia.

DESPRENDIEMIENTO DE UN ALUD

Este grabado dará al lector una idea de la escena de desolación y terror que origina un alud cuando rueda por las laderas de una montaña, descuajando los árboles y aplastando las casas o despeñándolas al abismo como si fuesen plumas. Tan espantosas catástrofes desarróllanse en muy pocos momentos.



EL FRÍO, ARTÍFICE MARAVILLOSO

EL rocío, la escarcha y el hielo son obras admirables del frío. Los dos primeros son debidos al vapor acuoso que, por el contacto con los cuerpos fríos, se deposita sobre ellos en forma de gotitas o de agujas o cristalitos de hielo.

El rocío rara vez se forma durante el día; cae generalmente por la noche y se deposita sobre la hierba de los prados, las flores y las plantas, siendo común en las riberas frías o templadas, desde el crepúsculo de la tarde al de la mañana.

Localidades hay, como la costa del Mar Rojo, y más aún a lo largo de la ribera marítima de Chile y del Perú, donde el rocío es tan frecuente y abundante, que equivale a una verdadera y apacible lluvia, la cual es inapreciable en el interior de los páramos y desiertos, así como también en las extensas y despobladas comarcas del Brasil.

Aunque la nieve y la escarcha se confundan alguna vez por su apariencia, ambos meteoros son muy distintos. La escarcha aparece muy a menudo, en las regiones arriba citadas, al despertar la primavera, cuando la savia de los vegetales, desperezada por el calor del sol, asciende de las raíces a las yemas y brotes más delicados, y la vida fluye del interior de la tierra al aire libre; pero la nieve cae, por lo regular, en lo más riguroso del invierno, cuando las semillas, apenas germinadas en los últimos días del otoño, necesitan arraigar con fuerza.

La escarcha se forma por las mismas causas que el rocío, pero requiere que la temperatura descienda bajo cero, y es tanto más abundante cuanto mayor sea la humedad del aire. Generalmente sólo se produce la escarcha durante las noches serenas, esto es, cuando la limpidez y transparencia de la atmósfera facilitan la irradiación del calor de las plantas y de los objetos colocados a cielo descubierto, como vulgarmente se dice. Entonces, todos los objetos, y especialmente los árboles, amanecen cubiertos de pequeñísimos cristales blancos de escarcha, y el espectáculo que la Naturaleza ofrece es verdaderamente admirable. Los adjuntos grabados nos dan idea de ello.

El hielo, que, según sabemos, es agua en estado sólido, se presenta bajo dos formas: la hialina o cristalina, que se forma en los ríos, fuentes y manantiales, y la granulada, peculiar del hielo de los ventisqueros. El primero se presenta en forma de hermosos y tersos cristales de relativa transparencia, bajo de los cuales sigue el agua su curso; mientras el segundo se ha formado por la compresión de la nieve, y, por consiguiente, por cantidad innumerable de copos. Este hielo es opaco, a consecuencia de la gran cantidad de burbujas de aire que

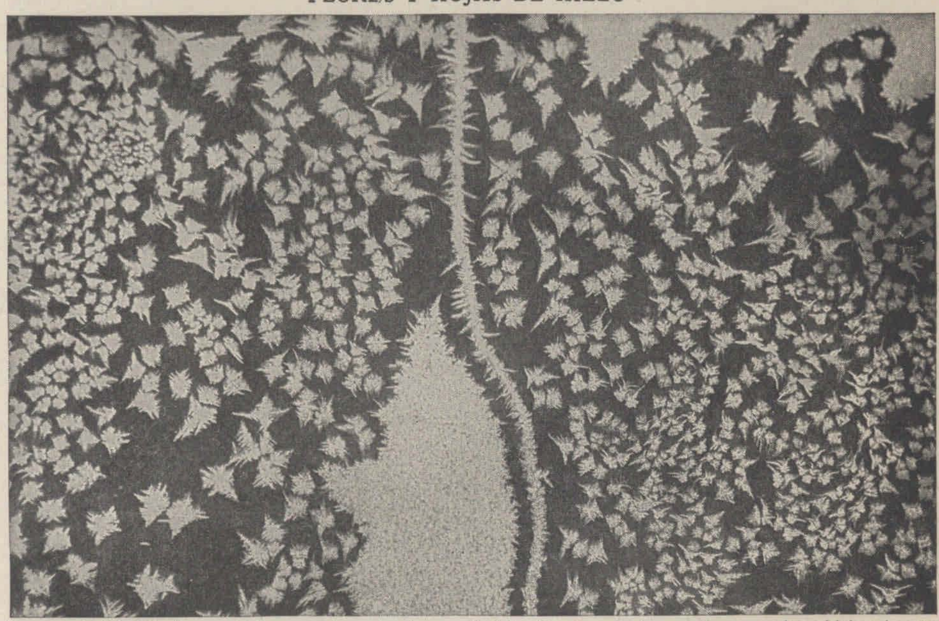
ABETO SEMEJANTE A UN CORAL BLANCO

Los millones de cristalitos que cubren este abeto, le dan la apariencia de una planta de coral; cada ramo, cada hojita, parecen delicadamente esculpidos, y la belleza de este brillante monumento rivaliza con el más fino trabajo de los animalillos que construyen las islas de coral. **Un abeto cubierto de escarcha es de belleza tal, que de no haberlo visto es difícil imaginarlo.**

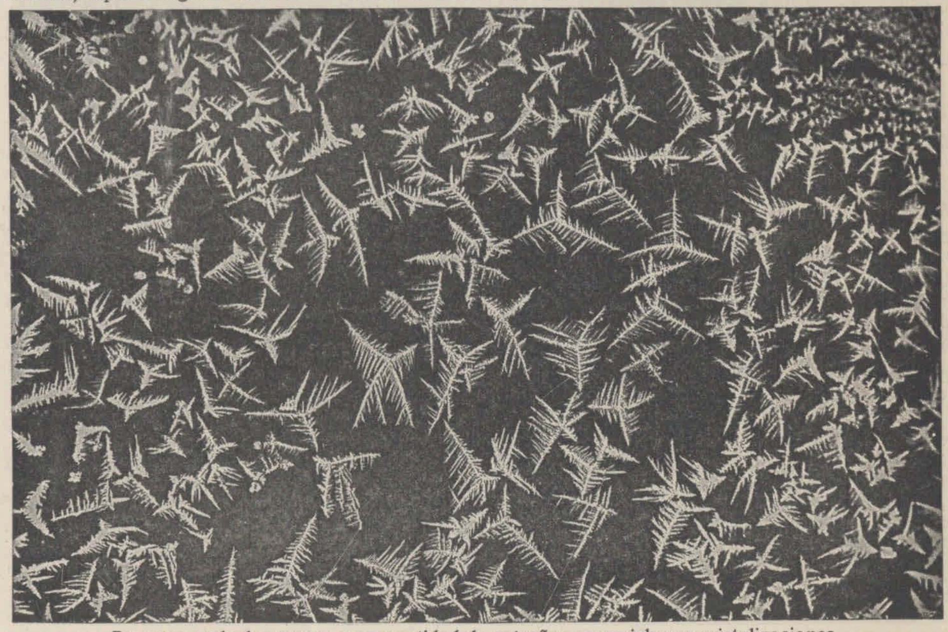
hay entre los copos, las cuales lo enturbian.

Igual que el agua pura, el hielo tiene ligero tinte azulado, que sólo se advierte en capas de gran espesor, y, al partirlo, se fracciona en prismas pequeñísimos, o en granos como de azúcar, polvillo, a su vez, constituído por cristales sumamente diminutos, verdaderos prodigios artísticos de la hábil mano del frío.

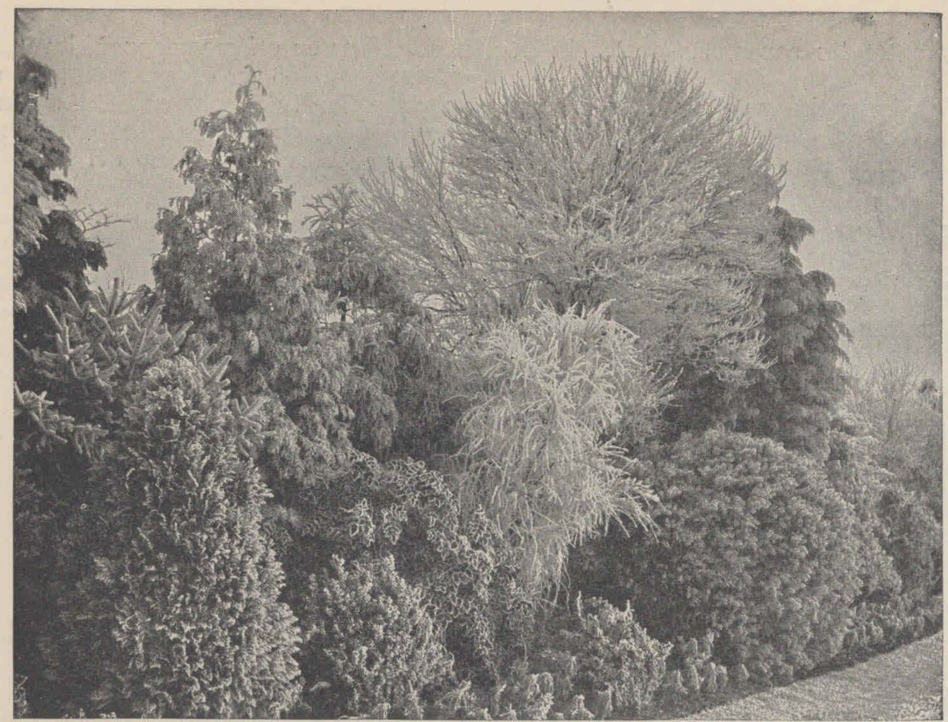
FLORES Y HOJAS DE HIELO



La variedad de dibujos que el vapor de agua de una habitación traza, al congelarse, en los vidrios de una ventana, depende regularmente de las corrientes de aire que pasan cerca de ella.



En estos grabados vemos gran cantidad de extrañas y caprichosas cristalizaciones.

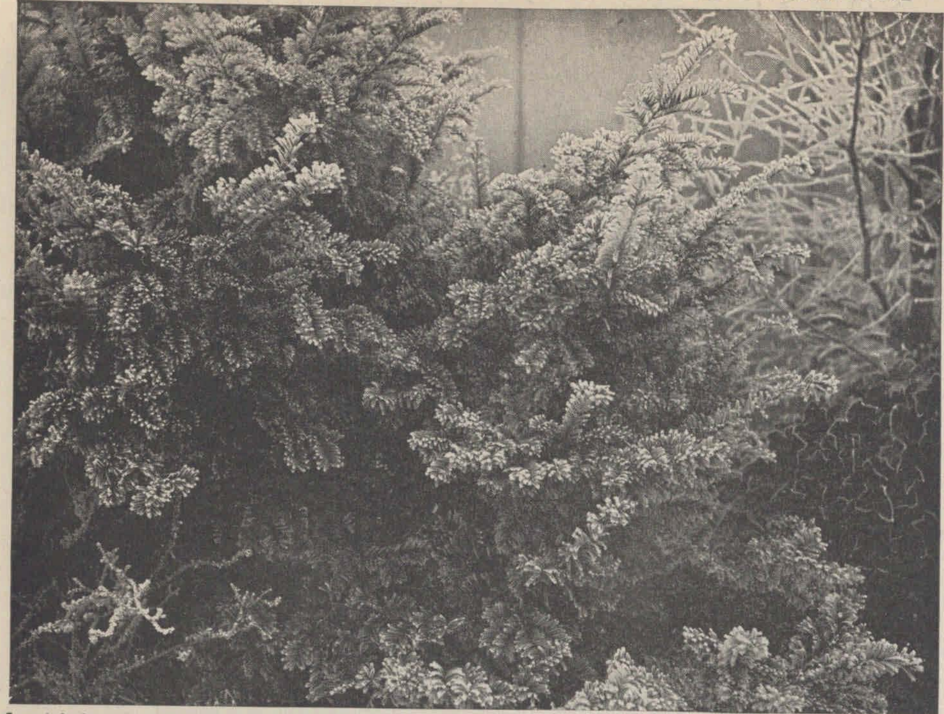


La obra del hielo es verdaderamente estupenda cuando transforma los árboles y los arbustos de los jardines en maravillosa filigrana, que chispea brillantemente cuando el sol de la mañana hiere los cristalitos de hielo.

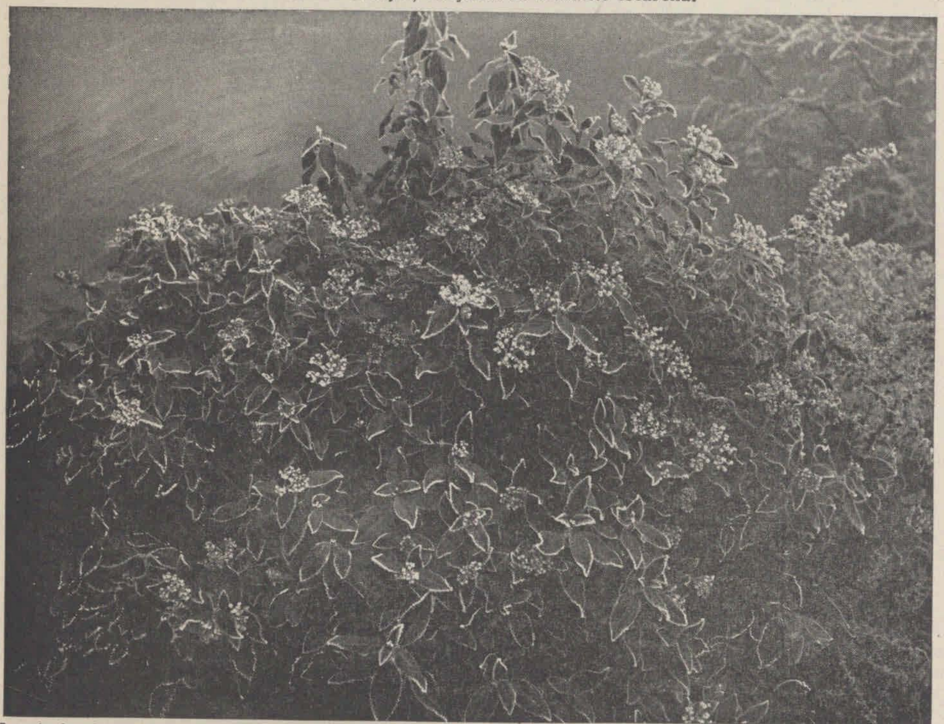
Un montón de ramas secas y feas se convierte en fuente de plata o en penacho fantástico de blancas plumas.

UNA PIRAMIDE DE PLUMAS DE PLATA

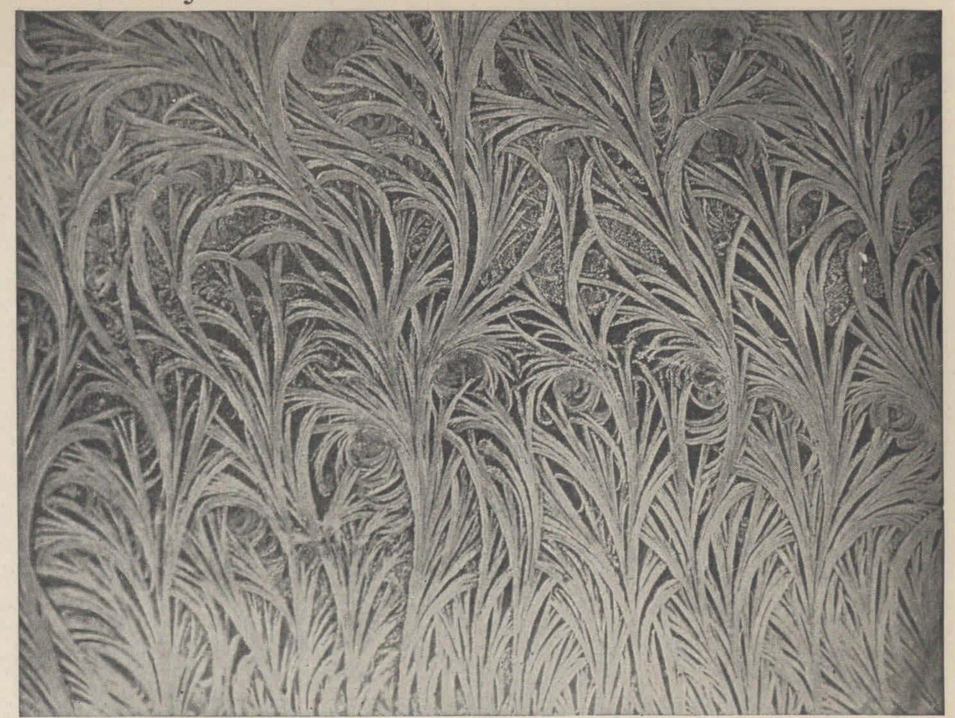
La nieve cubre la tierra con una sábana monótona y uniforme; pero la escarcha presenta variadísimas formas, como se puede ver en todas estas fotografías, tomadas del natural.



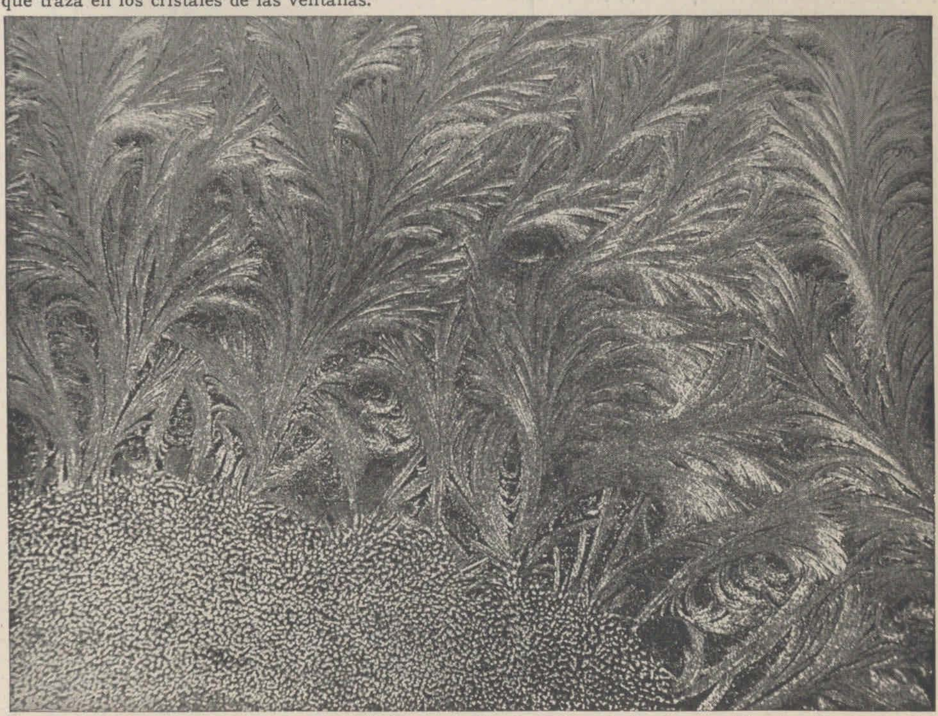
Los árboles son una verdadera visión de belleza, después de una noche de cruda helada. Sus hojas amanecen delicadamente ribeteadas de finísimos encajes, cuajados de brillante escarcha.



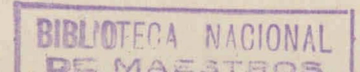
Las hojas hábilmente bordadas por la escarcha presentan sus aristas caprichosamente ornamentadas con diminutos diamantes de hielo, que hacen destacar el fondo húmedo y verde.

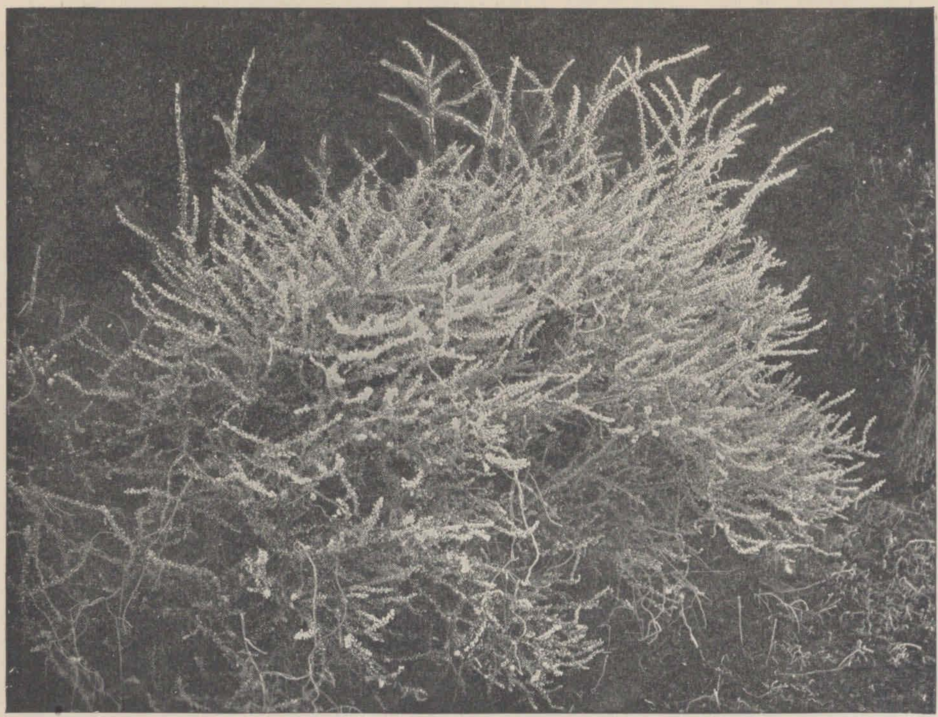


No menos bello que el espectáculo que el hielo ofrece en los jardines es el de las delicadas figuras rameadas que traza en los cristales de las ventanas.

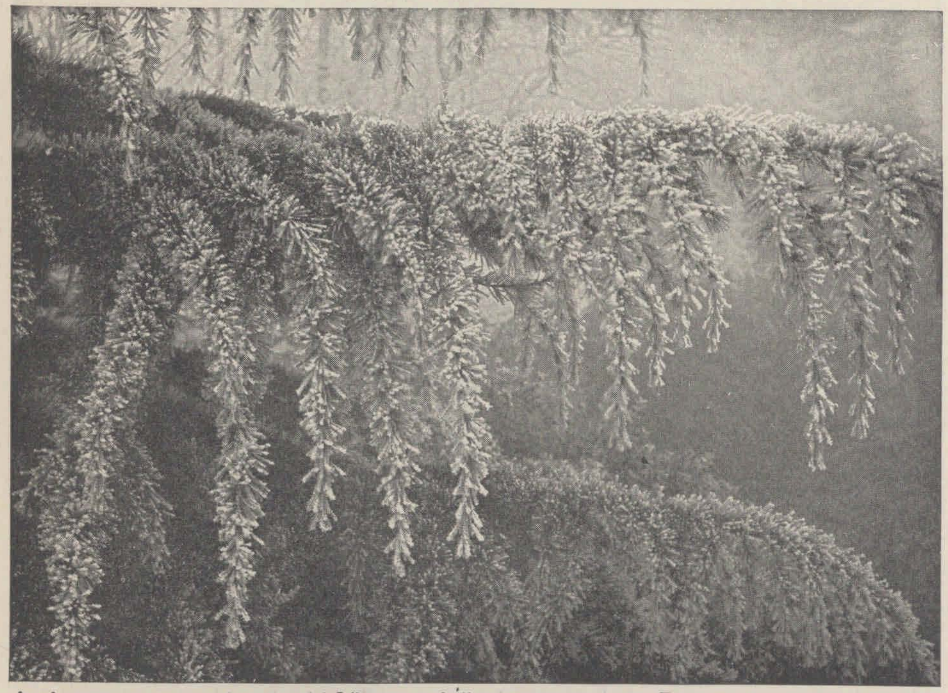


En este grabado podemos admirar una artística profusión de finísimas plumas, en plateado relieve, ejecutadas con una asombrosa riqueza de pormenores.





En los bosques, donde los arbustos son más espesos, la decoración de la escarcha es más rica en efectos y más variada: en cada rama, en cada tallo, en cada hoja, hay un mundo entero de brillantes hermosísimos.

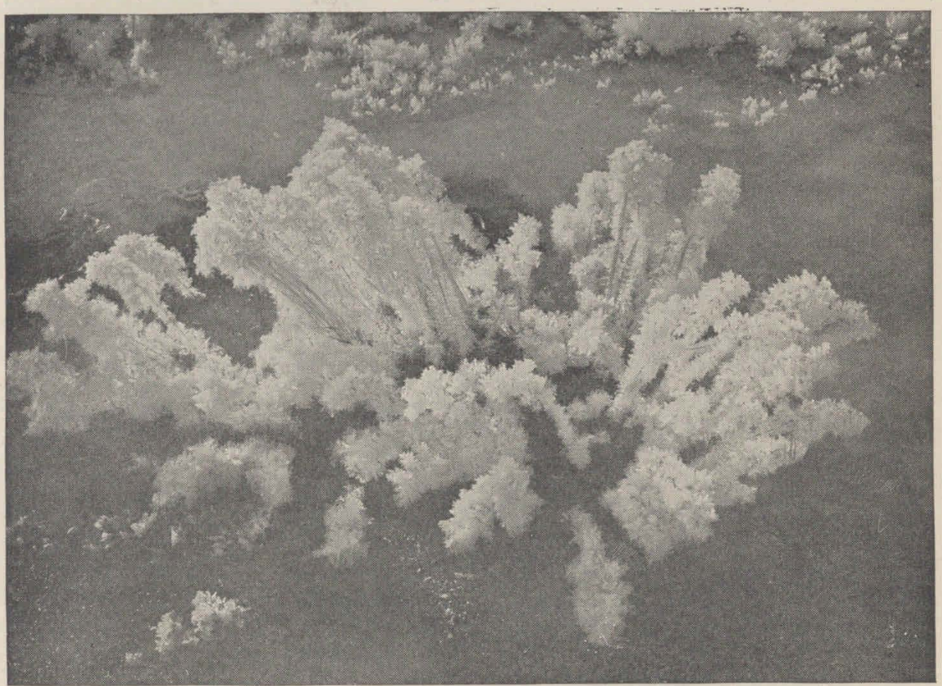


Aquí vemos dos ramas de cedro del Líbano; su belleza es sorprendente. Estas ramas, colgantes y esplendorosas, parecen plumas de una gigantesca y hermosa ave del paraíso.

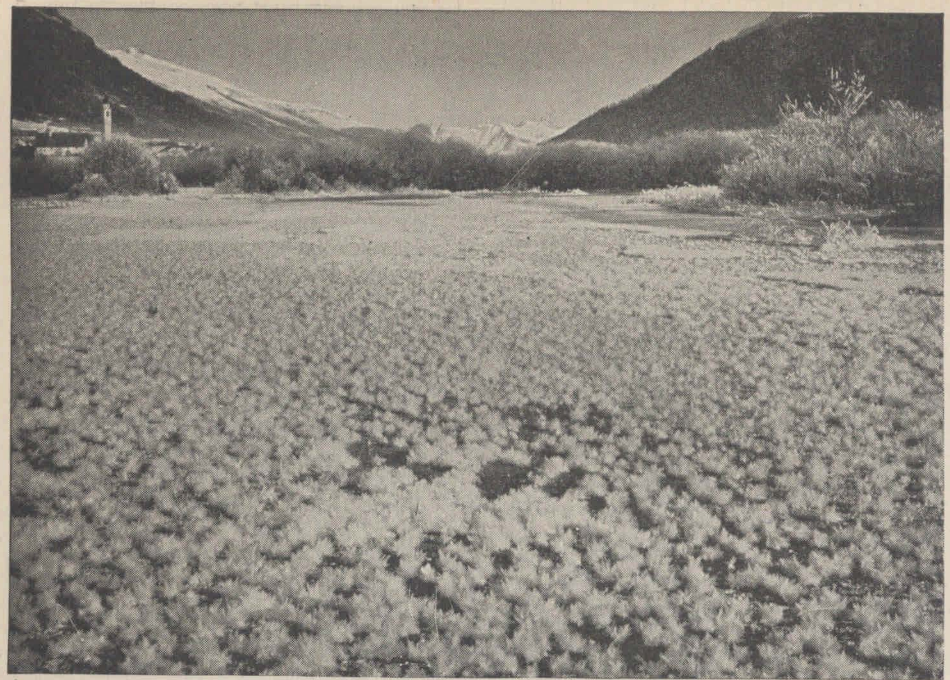
DELICADAS LABORES DE LA ESCARCHA



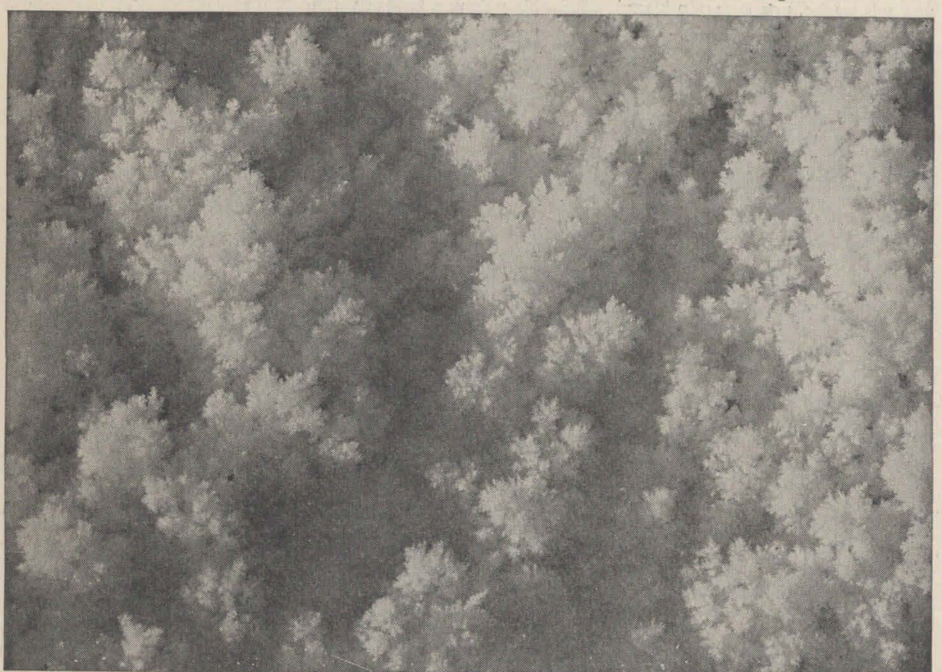
Sobre las ramas desnudas, sobre las plantas desprovistas de flores y de hojas, puede crear la escarcha, en una sola noche, una floración blanca, admirable y de una belleza verdaderamente fantástica y delicada.



Los juncos y las cañas se visten de blancas flores brillantes, adornadas de menudos labrados y delicadísimas filigranas; y lo mismo sucede con toda planta, toda hierbecilla, toda prominencia que adorne las orillas de un río. Dondequiera que haya una gota de rocío, queda transformada en cien diminutos cristalitos.



A veces, campos enteros aparecen cubiertos de blancas flores. La ribera que representa el grabado semeja un campo alfombrado de plateadas corolas; pero estas florecillas son simplemente grupos de finísimos cristales que, mirados con la lente, se parecen a los de la nieve, que veremos en otro lugar.



La escarcha no se entretiene en labrar sus finísimas labores solamente sobre los árboles y la hierba. Cuando el rocío es abundante, se posa asimismo sobre los guijarros y las piedras, convirtiéndose luego en escarcha. Esta fotografía, que parece una agrupación de corales, es sencillamente la caprichosa ornamentación de la escarcha en una piedra cualquiera.



LAS PREGUNTAS CONTENIDAS EN ESTE LIBRO

LAS preguntas contenidas en este libro nos las hemos hecho todos, y a buen seguro que la mayor parte de ellas han intrigado durante largo espacio de tiempo a muchos de nuestros lectores. Es posible que algunas de las respuestas no sean demasiado claras; esto no es culpa nuestra, sino de la naturaleza de las preguntas mismas, y del grado de adelanto en que se hallan ciertas ramas del saber humano, que no permiten contestar de una manera tan concreta y categórica como fuera nuestro deseo. La generalidad de ellas, sin embargo, las hallará el lector contestadas de un modo completamente satisfactorio.

¿CUÁL ES EL ORIGEN DE NUESTROS PENSAMIENTOS?

ESTA, que puede decirse es la pregunta de las preguntas, no puede ser contestada de un modo terminante; lo único que podemos hacer es prevenir al lector contra cualquier contestación pretenciosa y errónea que alguien pudiera brindarle. Sabemos, es muy cierto, que nuestra facultad de pensar radica en el cerebro, de suerte que debemos considerar este órgano como centro de todo nuestro ser. No debemos, por tanto, emponzoñarlo, ni abusar de él, privándole del debido reposo, al cual llamamos sueño; más aún, deberíamos considerar todas las otras partes de nuestro cuerpo como meros servidores de él. El cerebro es la mansión del pensamiento, mas no el pensamiento mismo; y aunque no hay mal en decir, por mutuo acuerdo, que piensa nuestro cerebro, esto nunca puede ser una respuesta apropiada a la pregunta en cuestión.

Existe algo que piensa, algo que discierne; pero no podemos sentirlo, ni verlo, ni palparlo, pues no pertenece a la categoría de las cosas materiales. Por eso, si se nos pregunta cuál es el origen de nuestros pensamientos, sólo podemos responder que provienen de una substancia pensadora; de algo que piensa de lo que llamamos espíritu.

¿QUÉ SE HACE, DURANTE EL SUEÑO, DE NUESTROS PENSAMIENTOS?

Tal vez no nos equivoquemos al considerar a nuestro cerebro como el instrumento de ese algo que piensa, como es el violín el instrumento del violinista. De todos modos, esta es una idea feliz que fué expresada ya por un ilustre griego hace más de dos mil años.

Preguntar qué se hace, durante el sueño, de nuestros pensamientos, equivale a preguntar qué se hace de la música cuando nadie toca el violín. Mientras dormimos, el cerebro, o, hablando con más propiedad, la mayor parte de él, deja de funcionar. No hay que decir que permanece vivo, y continúa teniendo, por tanto, todas las necesidades de lo órganos vivientes: requiere sangre pura, que es una de las razones que aconsejan que respiremos aire puro durante nuestro sueño; pero descansa, como el violín en su caja, de suerte que no concibe pensamientos.

Jamás estamos, sin embargo, completamente dormidos; parte de nuestro cuerpo, y aun parte de nuestro mismo cerebro, trabaja sin cesar. A veces podemos estar seguros de que, aun cuando el *yo* que nosotros conocemos duerma, una parte de este *yo*, que no nos es tan conocido, permanece despierto; ello es que a veces despertamos pudiendo dar a ciertas preguntas respuestas que nos era imposible dar la noche antes. Muchos casos como este prueban que algunas veces conserva nuestro cerebro cierta facultad de pensar durante nuestro sueño.

¿QUÉ ES LO QUE NOS HACE PENSAR?

En primer lugar, pensamos porque la naturaleza nos ha dotado de tan preciosa facultad. Somos seres que piensan, y esto es lo que nos distingue de todas las demás criaturas. Nuestro

cerebro está hecho de modo que podamos pensar con él; somos muy dueños de dejar de utilizar esta facultad cuando nos plazca, como el dueño de un violín puede dejarlo dentro de su caja, sin tocarlo, todo el tiempo que estime conveniente.

Se ha dicho que « los hombres piensan muy poco y muy rara vez ». Muchos de nosotros nos hallamos en extremo embargados por los asuntos de la vida. Nos abstenemos de formular preguntas, aunque, cuando éramos niños, solíamos hacer muchas. Esto es una gran lástima. Pensamos cuando nos mueve el interés. Debe haber algo que nos impulse a movernos. Cuando nos hacemos hombres, y nos vemos precisados a ganarnos el sustento, dejan de interesarnos ciertas cosas que en realidad son curiosas, y, si no nos ocupamos de ellas, es sólo por falta de tiempo; pero es una gran lástima que no pensemos en las mejores cosas.

¿PODEMOS PENSAR EN LO QUE NO NOS INTERESA?

No. No podemos pensar en lo que no nos interesa, porque es precisamente el interés lo que nos impulsa a pensar. Por eso, todos los que estudian la inteligencia humana disfrutan al ver a un niño que demuestra interés, y deseos de instruirse, y piensa a veces por sí mismo. Esto, y no el aspecto exterior, es lo que nos muestra a los niños como criaturas humanas, y no como mimados animalitos.

Las personas mayores que llegan a ser sabias y a realizar descubrimientos importantes, son las que no dejan de pensar cuando llegan a su mayor edad, porque no pierden el interés de las cosas. No basta decir que no está en nuestro poder el que una cosa nos inspire o no interés, porque todas las cosas son interesantes desde algún punto de vista. Bastará que nos pongamos a pensar en nosotros mismos o en el mundo que habitamos, para convencernos de que, cuanto más pensemos, más interés tendrán para nosotros las cosas en que fijemos nuestra atención, y más crecerá nuestro deseo de seguir pensando en ellas.

¿PIENSAN LOS ANIMALES?

La respuesta a esta pregunta depende por completo de la significación que demos a la palabra pensar. No debiéramos decir *pensar* cuando debería decirse *sentir*, ni usar la palabra *pensamiento* como sinónima de *sensación*, lo que ocurre con frecuencia. Pensar es realmente colocar una cosa al lado de otra en nuestra mente, estableciendo una relación entre ellas; cuando las dos cosas están de esta suerte unidas, tenemos ya un pensamiento. Sentir necesidad de comer, no es pensar; pero decirse uno a sí mismo « tengo hambre », es un pensamiento, porque hemos relacionado en nuestra mente la idea de sentir hambre, con la de nosotros mismos. Así, pues, si empleamos la palabra en su más estricto sentido, debemos contestar que los animales no piensan; pero que algunos de ellos, pertenecientes a las clases superiores, como el perro, por ejemplo, proceden algunas veces de manera que nos induce a sospechar que han debido poner dos ideas en relación una con otra, allá en su mente, que es lo que hacemos nosotros al pensar. La verdadera respuesta es, pues, que algunos animales son capaces, aunque en grado rudimentario, por supuesto, de hacer lo que llamaríamos, sin duda alguna, pensar, si fuesen hombres y no bestias, al ver los resultados de esta acción.

¿POR QUÉ NO HABLAN LOS ANIMALES?

También depende la contestación de esta pregunta de lo que entendamos por hablar. Sabemos que muchos animales pueden manifestarse unos a otros, y manifestarnos a nosotros, algunas de sus sensaciones. Del propio modo que los diversos gritos de un niño pequeñito constituyen una especie de lenguaje, sucede también así con los diferentes sonidos que produce un perro.

Pero en la acepción en que generalmente tomamos la palabra *hablar*, diremos rotundamente que los animales no hablan. Aun en el caso de algunos

que imitan nuestras palabras, las frases que pronuncian carecen en absoluto de sentido para ellos. Esto ocurre porque el cerebro de los animales, incluso el de los más avisados y de aquellos que han pasado su vida entera en la sociedad del hombre (teniendo, por consiguiente, posibilidad de educarse a su manera), es tan profundamente inferior al nuestro, que no alcanzan ellos ni siquiera a darse cuenta de que cada sonido especial que indeliberadamente producen, denuncia una determinada sensación.

La garganta, bóveda palatina, lengua y boca de un animal, son, a su modo, tan perfectas como las nuestras. Hasta puede afirmarse que la voz de un perro tarda más en molestar que las voces de la mayor parte de los hombres.

Sin embargo, la naturaleza de su cerebro no le permite hablar. Para hablar como hablan los seres humanos, se requiere, por lo menos, una pequeña porción de esa facultad especial que sólo la inteligencia humana posee, facultad que, en cuanto se refiere a ese órgano admirable que llamamos cerebro, se halla relacionada íntimamente con el crecido tamaño y la maravillosa estructura de una de sus partes, con la cual no puede compararse la de nigún animal.

¿QUÉ ES UN PENSAMIENTO?

Deberíamos acostumbrarnos a usar siempre la palabra pensamiento en su más estricto sentido, es decir, para significar que hemos relacionado dos ideas. « Tomás es bueno », es un pensamiento, porque relaciona la idea de Tomás con la de la bondad. Con ello damos a entender que Tomás posee la cualidad especial que llamamos bondad. « Tomás no es bueno », es otro pensamiento, porque establece otra clase de relación entre Tomás y la bondad. Por eso se ha dicho que pensar es relacionar. Si esta relación corresponde a la realidad de los hechos, el pensamiento es verdadero; en caso contrario, es falso. Esto no impide que sigamos preguntándonos quién es el que relaciona o piensa, sea acertada o torpemente, ya que en ambos casos efectuamos dicha relación o pensamiento. Hay quien sostiene que es el cerebro el que piensa, mas nosotros insistimos en afirmar que el cerebro no es más que el instrumento por medio del cual pensamos.

¿NOS VALEMOS DE PALABRAS PARA PENSAR?

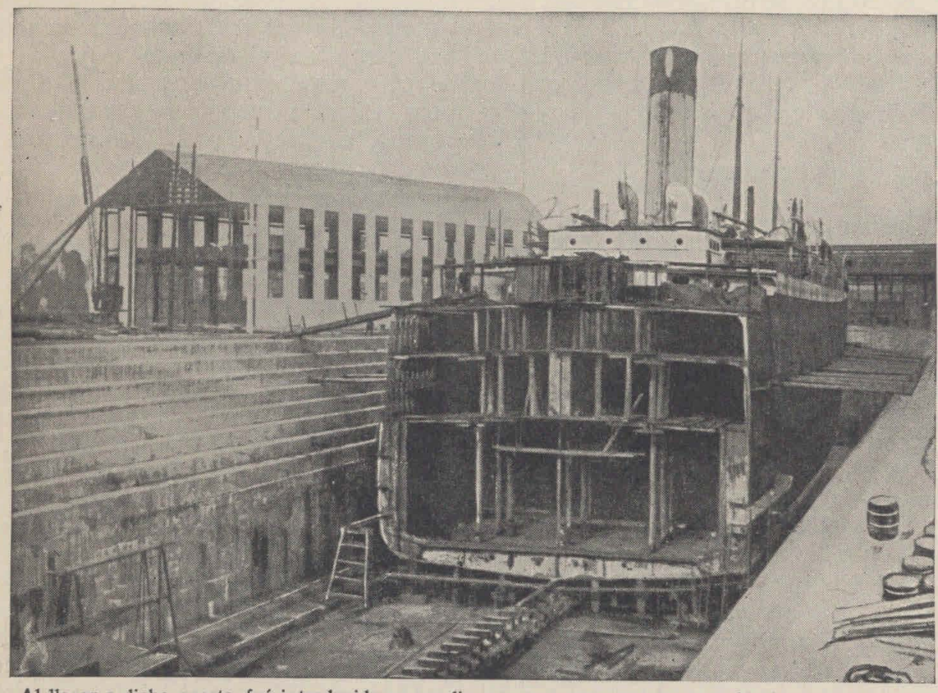
Esta pregunta se enlaza perfectamente con lo que acabamos de decir. Cuando los pensamientos son muy sencillos, podemos concebirlos prescindiendo de las palabras, y, en este limitado concepto, los animales pueden pensar, y piensan, en efecto, algunas veces. Piensan sin usar palabras, lo mismo que nosotros. Pero esto ocurre sólo en un número muy limitado de casos. Prácticamente, puede decirse que, para pensar siempre tenemos que valernos de palabras. Lo que debemos recordar es que las palabras son buenos servidores, pero malos amos. Son muchísimas las personas que se dejan seducir por las palabras. En vez de servir éstas a sus inteligencias de instrumentos para pensar, constituyen cadenas que las aprisionan. Cada palabra tiene su significado especial, es decir, representa alguna idea u objeto; pero en sí mismas no poseen valor alguno, a excepción del sonido más o menos armonioso de algunas de ellas.

¿PODREMOS PENSAR SIN PALABRAS?

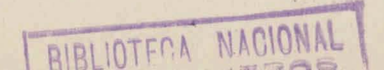
Hay otras clases de pensamientos en los cuales las cosas o ideas que ponemos en relación, no son precisamente palabras. Algunas personas, por ejemplo, en sus especulaciones algebraicas, piensan sin necesidad de ellas; descubren, v. gr., lo que significa esta expresión: $A + B \times A - B$. Ahora bien, en vez de pensar por medio de palabras o signos, puede pensarse por medio de líneas, ángulos y curvas, y averiguar, de esta suerte, una porción de cosas admirables. Euclides pensó de este modo, y fué uno de los matemáticos más célebres. Otros piensan por medio de sonidos. Uno de los mejores músicos que han existido fué Beethoven, quien, después de quedarse sordo, escribió

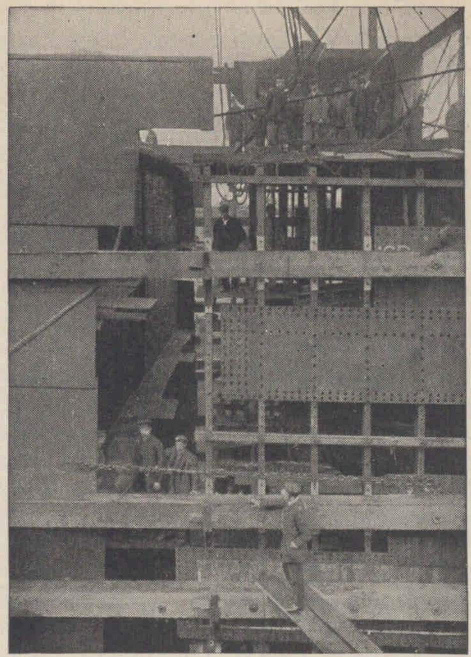


Antiguamente, cuando un barco naufragaba, no había que contar más con él; pero en este grabado vemos como navega la mayor de las dos partes en que quedó dividido el hermoso trasatlántico « Suevic », que naufragó en Lizard Point, Cornualles, en Marzo de 1907.

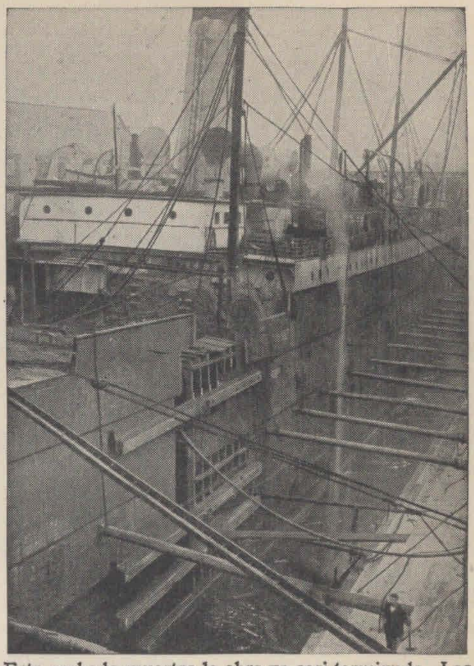


Al llegar a dicho puerto, fué introducido en un dique, y, una vez puesto en seco, hiciéronse los preparativos necesarios para unirle una nueva parte delantera, que, en terminos marítimos, recibe el nombre de proa. Esta fué construída en Belfast, y remolcada luego hasta Southampton, invertiendo en la travesía una semana.

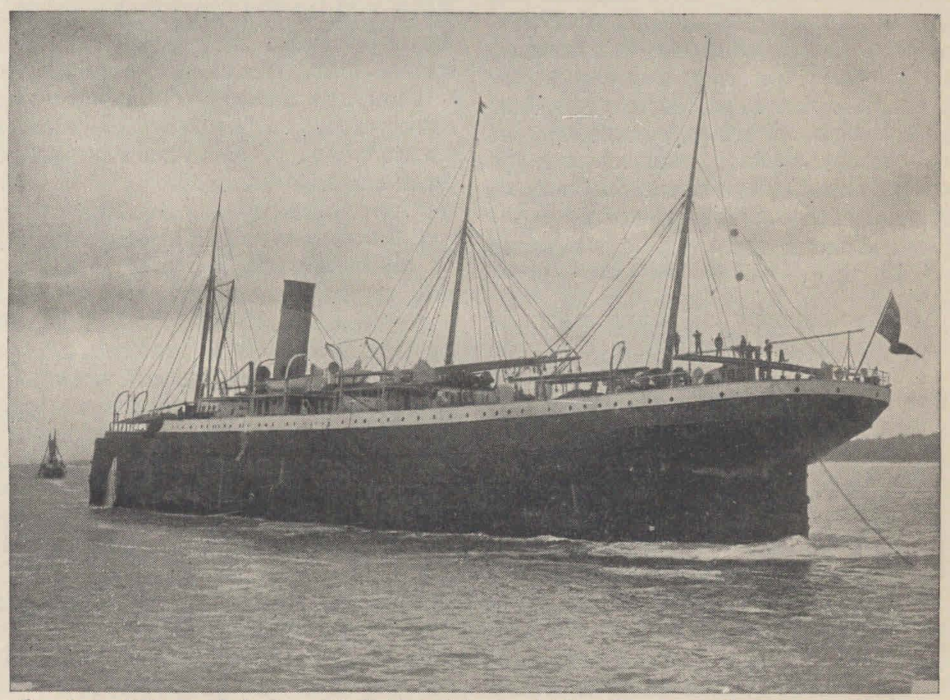




Operarios habilísimos introdujeron la parte nueva en el mismo dique, y la unieron a la otra, lo mismo que un arquitecto puede agregar a una casa una nueva habitación.



Este grabado muestra la obra ya casi terminada. Las cubiertas han sido unidas, la armazón de hierro del buque perfectamente acoplada; resta sólo colocar algunas planchas de acero para hacer el barco estanco.



Cuando quedó terminada la obra, nadie hubiera dicho que el « Suevic » no era un barco nuevo. Sin embargo, había estado en el fondo del mar, había sido puesto a flote y cortado en dos partes; la una había sido remolcada, durante 54 horas, por mares tempestuosos, desde Lizard Point a Southampton, y la otra desde Belfast.



alguna de las obras musicales más maravillosas que podrá el hombre escuchar mientras posea oídos. Logró relacionar en su cerebro los sonidos; pensó por medio de notas con la misma facilidad que nosotros pensamos con palabras.

¿SE ENFRIARÁ EL SOL ALGUNA VEZ, LO MISMO QUE LA TIERRA?

Indudablemente que sí. El sol, la tierra y la luna están formados de las mismas materias, y los tres se van enfriando de conformidad con las mismas leyes. Es innegable que la luna es la más fría de los tres; pero es debido a su tamaño, inferior al de los otros dos, y sabido es que los objetos pequeños se enfrían con mayor rapidez que los grandes, porque, proporcionalmente a su masa, tienen mayor superficie por donde perder el calor. La tierra es mayor que la luna, y por eso no se ha enfriado tanto aún. El gran planeta Júpiter es mucho mayor que la tierra, y se conserva tan caliente todavía, que es probable que nos envíe alguna luz propia, juntamente con la que nos refleja del sol. Este es aún mucho mayor que Júpiter, y por eso no se ha enfriado tanto, ni con mucho. Pero si estudiamos el sol y lo comparamos con otras estrellas, veremos que se va enfriando, y que, con el tiempo, llegará a enfriarse enteramente.

¿SE EXTINGUIRÁ EL CALOR EN NUESTRO PLANETA, COMO HA SUCEDIDO EN LA LUNA?

Indudablemente, sí, aunque nadie puede asegurar cuánto tiempo ha de transcurrir antes de que esto suceda. La tierra correrá la mismas suerte que la luna. Habrá ciertas diferencias, puesto que nuestro planeta es mucho mayor que la luna. Esta ha sido demasiado pequeña para poder retener los gases que la rodeaban. No existe en ella atmósfera. La tierra puede retener su atmósfera, porque es mayor, y su poder de atracción es, por tanto, más grande. Estas y otras razones harán que exista siempre una diferencia notable entre la tierra y la luna.

Otra diferencia es que, a consecuencia del rápido enfriamiento de la luna, los cambios sufridos por su superficie han sido más violentos que los de la tierra. El mayor volcán de la tierra no es nada comparado con los de la luna. Pero todas estas diferencias no alteran la posibilidad de que nuestro planeta se enfríe y muera, aunque esto ocurra en época muy posterior a la que los hombres calcularon no hace mucho.

¿LLEGARÁ A ENFRIARSE ENTERAMENTE LA TIERRA?

Aunque está destinada la tierra a enfriarse enteramente, ha de transcurrir mucho tiempo antes de que tal suceda. Cuando queremos enfriar el café o el te que estamos tomando, lo vertemos en el platillo de la taza, parte porque, hallándose éste frío, absorbe algún calor, pero principalmente porque el líquido se extiende, aumentando de este modo su superficie de evaporación. De la misma manera, cuando nos vamos a bañar en los calurosos días del estío, encontramos el agua de las charcas poco profundas mucho más caliente que el agua libre. El calor penetra y sale de los objetos con tanta mayor facilidad cuanto más extendidos se hallan. Pero si tomamos una botalla caliente, y la envolvemos en una espesa capa de mantas, conservará su calor por espacio de muchas horas.

Ahora bien, no hay mantas mejores que las que envuelven el fuego que arde en el interior de la tierra. El aire es una manta de muchos kilómetros de espesor. La corteza terrestre es otra manta. Ambas envolturas son, además, calentadas por el sol, y esto, unido a que el radio produce constantemente calor nuevo, induce a pensar que han de transcurrir muchas y muy largas edades antes de que la tierra se enfríe por completo. No obstante, así sucederá algún día. Es un hecho tan remoto, como cierto.

¿CUÁL ES LA CAUSA DE QUE PERMANEZCA EL SOL SIEMPRE CALIENTE?

La respuesta que acabamos de dar nos dice que la palabra *siempre* no debe ser aplicada al calor del sol, aunque éste haya conservado una temperatura

elevada desde muchísimo antes de hacer el hombre su aparición en la tierra. El sol, sin embargo, no permanecerá siempre caliente. Hace millones de siglos, antes de que la tierra y el sol fuesen lo que son hoy, no existía tanto calor. El calor se produjo gradualmente, al parecer, cuando se contrajo la gran masa de nubes, o nebulosa, de la que ambos astros se formaron.

La parte central de esta nebulosa, lo que llamamos hoy sol, tiene, pues, una maravillosa historia. Aun hoy, en ciertas partes del firmamento, podemos ver estrellas que muestran diferentes períodos de lo que fué la historia del sol. Está probado que este astro poseyó a su tiempo una temperatura mucho mayor que la actual; debió haberse encontrado al rojo blanco, como en la actualidad lo están las estrellas más blancas. Ahora está al rojo amarillo; algún día llegará a estar al rojo natural u ordinario, y luego, gradualmente, irá amortiguando su luz hasta que deje de emitirla en absoluto. Mas para que esto ocurra, habrán de transcurrir tantos millones de siglos, que el entendimiento humano no puede imaginar una duración tan grande.

¿POR QUÉ USAN ANILLO DE BODA LAS MUJERES?

El anillo de boda es una joya que toda mujer casada debe llevar con orgullo, pero cuyo origen sería muy difícil imaginar. La mayor parte de los que estudian las costumbres de los tiempos antiguos, convienen en que el anillo de boda data de la época en que los hombres eran dueños absolutos de sus mujeres. En aquellos terribles tiempos, que los necios suelen llamar la Edad de Oro, prevalíanse los hombres de su fuerza bruta para esclavizar a sus esposas, y todos sabemos que es costumbre poner una cadena a los esclavos, ceñirles algo en torno del cuerpo, etc., para demostrar que no son libres, sino que pertenecen a otra persona.

Andando el tiempo, cuando el carácter de los hombres se hizo algo más benigno, en lugar de ceñir una cadena a sus esposas, o un anillo alrededor del cuello o del talle, inventaron algo que tuviese la misma significación, sin que las molestase realmente. Cualquier cosa que representa a otra recibe el nombre de símbolo; pues bien, a nuestro parecer, el anillo de boda empezó a usarse como símbolo, para significar que la mujer era propiedad del marido.

Asombra ver cuántas de nuestras costumbres tienen un origen análogo. Por ejemplo, existe la costumbre de que los recién casados emprendan, a raíz de la boda, un viaje más o menos largo, que se llama luna de miel. No cabe duda de que esto es una reminiscencia de los tiempos en que el marido robaba a su mujer de la casa de los padres, y desaparecía con ella. Vemos, pues, que usos inhumanos y bárbaros pueden degenerar en costumbres inofensivas, del propio modo que otros usos, buenos, pueden trocarse en malos. Sea cual fuere su origen, estos usos y costumbres son ahora de utilidad manifiesta, toda vez que cualquiera puede enterarse, a la primera mirada, de que una mujer es casada, y tratarla con ese respeto especial que nos merece toda esposa y madre de familia.

¿POR QUÉ ES PELIGROSO DORMIR CON LAS FLORES DENTRO DEL CUARTO?

La razón es muy sencilla. Mientras dormimos, viciamos el aire con nuestra respiración, de modo que no podrá menos de sernos perjudicial si no lo renovamos durante la noche. Por su parte, la flores respiran también como nosotros, siquiera sea con más lentitud, por lo que también contribuyen a viciar el aire ambiente. Además, las flores, después de cortadas, van muriendo lentamente y exhalan ciertos gases que pueden sernos nocivos. No debemos, pues, dormir ni con flores cortadas, ni con plantas vivas dentro de la habitación, pues unas y otras contribuyen a viciar el aire durante la noche. No queremos dar a entender que esto sea muy importante. Sería muy preferible dormir con la ventana completamente abierta y un ramo de flores dentro del cuarto, que hacerlo sin flores, pero con la ventana cerrada; sin

embargo, no conviene echar en olvido el efecto perjudicial de las flores.

¿DEBEMOS TENER PLANTAS EN EL CUARTO DE UN ENFERMO?

La pregunta precedente concretábase al acto de dormir con flores, lo cual equivale a vivir con plantas en la obscuridad. La respuesta que dimos es perfectamente aplicable al cuarto de un enfermo durante la noche, y más todavía en este caso, pues debemos extremar nuestros cuidados cuando se trata de una persona delicada. Pero la pregunta actual no toma en cuenta si la persona duerme o no: habla en términos generales respecto a todas las horas del día y de la noche. Por lo que se refiere a la noche, repetimos que la contestación es la misma que dimos a la pregunta anterior; pero varía completamente cuando se trata del día.

Aquí lo importante es, no si el enfermo duerme o vela, sino si el sol penetra o no en la habitación. Mientras haya sol, es muy conveniente tener plantas en las habitaciones de los enfermos, y en especial si aquéllas tienen abundantes hojas verdes. Por lo pronto alegran y hermosean el aposento, y el enfermo se anima, y renace en su pecho la esperanza al contemplarlas. Pero existe otra razón más importante todavía para recomendar su presencia en tales sitios, y es que, durante el día, las partes verdes de las plantas exhalan oxígeno y absorben el ácido carbónico que el enfermo expele de sus pulmones. Así, pues, las plantas durante el día purifican el aire de la estancia en que se encuentran.

¿POR QUÉ NO SE QUEMÓ LA TIERRA CUANDO ERA UN GLOBO DE FUEGO?

Sabemos que la combustión es el resultado de la combinación de los cuerpos con el oxígeno. Sabemos, además, que muchas substancias se queman cuando su temperatura se eleva. Si regían estas mismas leyes en épocas remotas, la tierra debió quemarse. La respuesta es que la tierra se quemó casi completamente, por lo que a su parte exterior se refiere. Todo el mar está quemado; toda el agua que existe en el mundo formóse mediante la combustión del hidrógeno, y casi todo esto ocurrió hace muchisímo tiempo, cuando la tierra empezaba a enfriarse, y a dejar de ser un globo de fuego. No sólo se quemaron los mares, sino también las tierras. No podemos quemar arcilla ni las rocas ni las piedras, por la sencilla razón de que son el resultado de la combustión u oxidación de la tierra, que tuvo efecto hace millones de años, cuando ésta empezaba a enfriarse. Aparte de ciertas substancias, en cuya producción ha intervenido la vida, como ocurre, por ejemplo, en la hulla, existen muy pocas materias en la superficie terrestre que no estén quemadas ya; quemadas precisamente en la forma a que alude la pregunta.

¿CÓMO SE ORIENTAN EN EL AIRE LAS PALOMAS?

Es cuestión muy interesante, y que ha intrigado a muchos, el saber cómo aciertan las palomas con el camino para regresar a sus palomares, cuando, después de conducidas en cajas cerradas, sin que puedan ver el paisaje, son puestas en libertad a considerables distancias del lugar de donde proceden.

En la actualidad creen muchos que estas aves se orientan gracias a su potente facultad visiva. Hállanse, en efecto, dotadas de una vista perspicacísima, y, al elevarse en el espacio, pueden ver a distancias enormes. En general, se remontan hasta descubrir algún objeto que les sea familiar, y hacen depués rumbo hacia él. A veces las palomas se extravían, y en estos casos se ha observado que las jóvenes son menos avisadas que las viejas, sin duda porque éstas recuerdan mejor, pues indudablemente, las palomas tienen que recordar para orientarse, lo que directamente nos lleva a admitir que poseen memoria como nosotros. Creíase antes que las palomas tenían un sentido especial, llamado de dirección; y es posible que algo de esto ocurra; por lo menos, puede que así acontezca con otras criaturas. Pero ahora casi todo el mundo admite que la vista privilegiada y la facultad de recordar los lugares—condiciones

que poseen en alto grado las palomas, —les bastan para orientarse. No hay que olvidar los inmensos horizontes que pueden descubrir desde las enormes alturas a que se elevan, y que no es necesario que vean precisamente su palomar, sino cualquier monte u objeto que les sea conocido. Las palomas viejas han tenido ocasión de explorar largas distancias alrededor de su palomar. Con que reconozcan después cualquier punto que hayan conocido en uno de sus vuelos, tienen lo suficiente.

¿QUÉ ES UN ELEMENTO?

Esta pregunta puede verla contestada el lector en cualquier libro de química. Dicen éstos que los elementos están formados por átomos de una naturaleza especial, que no pueden ser alterados, disgregados, ni unidos, ni consigo mismos, ni con los átomos de otros elementos, para formar átomos de distinta naturaleza. Esta ha sido la creencia general desde que fueron descubiertos los átomos por Juan Dalton, hace ya más de un siglo. Cuando queremos analizar cualquier substancia, y averiguar si es elemental o no, tenemos que estudiar la naturaleza de sus átomos, si son todos iguales, su tamaño, etc. Estudiar un elemento equivale a estudiar los átomos que lo forman.

EL RADIO ¿ES ELEMENTO?

No cabe duda alguna de que el radio es un elemento, pero sus átomos no presentan los caracteres atómicos generales. Pueden fraccionarse, y se fraccionan realmente, para formar otros átomos. Esto no obstante, el radio es un elemento, por las siguientes razones: compónese de átomos de una misma naturaleza, a diferencia de los cuerpos compuestos, que se hallan formados por átomos de dos o más clases distintas; estos átomos pueden ser pesados y sabemos que pesan unas 225 veces más que uno de hidrógeno; y, a semejanza de otros elementos, puede demostrarse que emite el radio una luz especial que, estudiada rayo por rayo, resulta evidentemente la luz emitida por un elemento, diferenciándose esencialmente de las luces emitidas por todas las demás substancias, de la misma manera que el átomo de radio es distinto de cualquier otro átomo.

El radio es por consiguiente un elemento, lo mismo que el oxígeno o el oro; pero es preciso que variemos el concepto que teníamos respecto a los elementos, dejando en lo sucesivo de afirmar que se componen de átomos que no pueden ser alterados. Los átomos del radio pueden ser alterados, aunque no por nosotros, porque no podemos manejarlos ni dividirlos, como podemos separar en sus átomos las moléculas de los cuerpos compuestos; pero podemos observar la alteración. Los átomos, sin embargo, existen en realidad, de igual modo que existen los elementos, precisamente porque los átomos son de diversas naturalezas. Todo esto es rigurosamente cierto, y nunca ha habido tanta seguridad de ello como en nuestros días. Y no es menos cierto, porque los átomos mismos no son cosas inalterables y simples, como se creyó durante todo un siglo.

¿POR QUÉ NO SE ROMPE EL CRISTAL SI SE LE INTRODUCE EN AGUA FRÍA Y SE LE HIERVE?

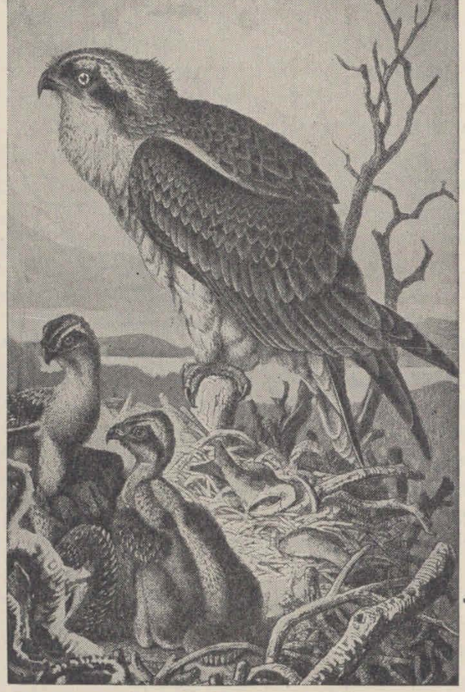
Si recuerda el lector algunas de las preguntas que llevamos contestadas, tal vez pueda responder a ésta por sí mismo. Casi todas las substancias crecen o se *dilatan* cuando se las calienta; y decrecen, se encogen o *contraen* con el frío. Por consiguiente, si tomamos un objeto de una sola pieza y lo calentamos de suerte que no todas sus partes adquieran la misma temperatura, alguna de esas partes ha de ceder. Y esto es precisamente lo que sucede cuando se quiebra, o salta un vaso en la forma que todos conocemos; pero si lo introducimos por entero en el agua, y calentamos ésta por grados, hasta que hierva, todas las partes del vaso se calientan simultáneamente. El vaso se dilata por igual, sin que se produzca ninguna diferencia de tensión entre su parte interior y la exterior; por tanto, no existe motivo alguno para que se quiebre.



La reina de las aves de rapiña es el águila, y la que se denomina dorada es la más espléndida de todas. En los escasos lugares de América donde aun mora, establece su nido en parajes solitarios y escarpados, a alturas inmensas, en las vertientes de las montañas, hasta las cuales sube pájaros y animales para sus crías, que son constantemente custodiadas por uno de los padres con tierna solicitud.



El águila de cabeza calva se alimenta de peces y animales, y en ocasiones roba a las aves pescadoras, menos vigorosas que ella, el producto de su pesca.



El halieto es el gran halcón pescador. Busca su presa en el mar, en los ríos y en los lagos. Construye todos los años su nido en el mismo lugar.



EL ÁGUILA, REINA DE LOS AIRES



Esta es la reina de las aves y de los aires, así como el león es el monarca de los cuadrúpedos, de la selva y del desierto. A su solitario nido, situado en algún peñón escarpadísimo, lleva el águila el alimento para sus pequeñuelos, consistente en pequeños mamíferos, pájaros y peces, de los que sin piedad se apodera para este objeto.



LAS AVES DE RAPIÑA

EL aire tiene también sus leones y sus tigres; por supuesto, no tigres y leones reales, sino aves tan hambrientas y feroces como las terribles fieras de las selvas y los páramos. Cuando estudiamos sus vidas y costumbres, vemos que las águilas, los halcones, los milanos, los buaros, los buitres, las aves de rapiña nocturnas y otras carnívoras desempeñan un oficio semejante al de los animales carniceros. Unas derriban sus presas, las matan y las devoran; otras esperan a que la muerte concluya con la existencia de un hombre o de un animal para comenzar su festín.

La más majestuosa y espléndida de las aves de rapiña, y a la vez la que más noble aspecto posee entre todas las demás es el águila. Ocupa el primer lugar en la familia de los halcones, que comprende nada menos que 300 variedades de aves, que persiguen y capturan sus presas durante el día. Aquí, por el momento, nos limitaremos a hablar de las águilas propiamente dichas, y echaremos una ojeada sobre las más importantes.

Las mayores de todas son las águilas marinas, de las que existen varias especies diseminadas por una gran parte del mundo. Se encuentran en la regiones del noroeste e islas septentrionales de Europa. A veces se corren algunas a Inglaterra. En el bosque de Windsor fué cazada una, en 1856, que medía cerca de dos metros y medio de una extremidad a otra de las alas, y un metro próximamente desde la punta del pico al extremo de la cola, y pesaba diez kilogramos, y en el mismo bosque fué cogida una gran águila dorada.

Pero estos son casos raros; por regla general, hay que ir a las selvas desiertas o a las montañas más agrestes y peladas para encontrar dichas aves. En esos lugares viven las águilas marinas en sus glorias, y suelen verse también águilas doradas, aunque no con mucha frecuencia.

El águila marina se llama así no porque nade en el océano, sino porque, además de alimentarse de pájaros y pequeños cuadrúpedos, es aficionada a los peces, y, dejándose caer y dando un zarpazo en la superficie del mar, de los ríos o de los lagos, saca del agua la presa que ha llamado su atención. El águila de cabeza calva de América es una variedad del águila marina.

Una vez vióse un águila precipitarse desde el aire, con celeridad pasmosa, sobre la superficie del agua, y hundir sus garras en un salmón magnífico. Luchó éste violentamente y logró arrastrar al ave debajo del agua. El águila no podía zafar sus garras, y el salmón no cesaba de nadar y contender; y tan engolfados se hallaban los dos en la lucha, que un pescador pudo apoderarse de ambos. El águila marina intercala entre sus comidas de pescado otras de pájaros, liebres, conejos, corderillos y cabritos.

El águila mayor de Europa y América

se la dorada, a la que los indios norteamericanos designaban con el nombre de águila guerrera, porque ellos fabricaban con sus plumas los gorros con que iban a la guerra; pero ha desaparecido casi en absoluto de la mitad oriental de los Estados Unidos, a causa del encarnizamiento con que se las ha perseguido. Las que quedan sólo habitan las partes más agrestes de las montañas, en la región occidental y en el Canadá. En Europa escasean también, excepto en los distritos apartados.

DONDE HACE SU NIDO Y ESTABLECE SU DESPENSA EL ÁGUILA DORADA

Como ocurre con otras aves de rapiña, la hembra del águila dorada es mayor que el macho. Su longitud desde la punta del pico a la extremidad de la cola es de unos noventa centímetros, mientras el macho mide 75 milímetros menos. El plumaje de estas aves es bello y rico; y aunque pueden diferir sus colores, la mayoría de ellas poseen plumas de un matiz pardo dorado. Tienen las extremidades de las plumas doradas; y por eso su apariencia toda es de este último color. Estas aves construyen sus toscos y resistentes nidos en lugares elevados y rocosos, lejos de los que habitan los hombres, y a los cuales no es posible llegar más que descolgándose desde arriba por medio de una cuerda.

Las águilas velan cuidadosamente por la seguridad de sus crías y acometen a todo el que intenta aproximarse a los nidos donde sus pequeños se hallan. Los aguiluchos sienten un apetito voraz, de suerte que sus padres tienen que preparar para ellos una bien provista despensa, que establecen generalmente en alguna gran roca próxima al nido, a fin de que aquéllos puedan trasladarse hasta ella y atracarse durante sus ausencias. Depositan sobre dicha roca liebres, conejos y pájaros, de los que los aguiluchos no tardan en dar buena cuenta.

Si los aguiluchos necesitan tan crecida cantidad de alimento, ¿qué no necesitarán las águilas adultas? Devoran materialmente, para poder soportar su propio peso y sostener el vigor que para volar necesitan.

LA HISTORIA DE QUE LAS ÁGUILAS SE LLEVAN A LOS NIÑOS NO ES CIERTA

Un águila dorada puede comer al día un par de codornices o perdices o una liebre, y con esto puede vivir; pero, como otros muchos animales, prefiere la variedad en materia de alimentos. Gustan a veces de comer carne podrida para salirse de su régimen ordinario; y los hombres, que saben ésto, les arman trampas y las cogen como si fuesen las aves más estúpidas. Sus deseos de variar no se limitan a esto. Las águilas arrebatan corderillos y se los llevan a sus nidos, y embisten y matan a los ciervos. Se ha dicho muchas veces que arrebatan también a los niños; pero aunque nos consta de un modo positivo que acometen a los zagales de los rebaños que desean robar, no se cita ningún caso concreto de que un niño haya sido arrebatado por un águila.

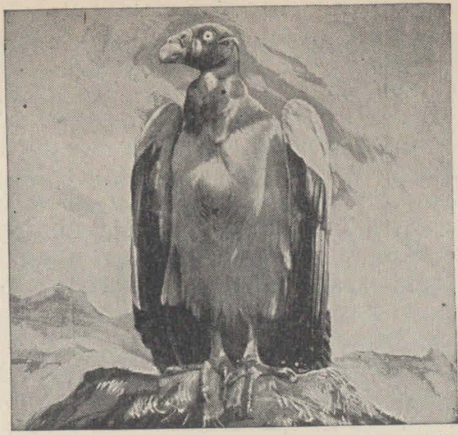
De lo que no cabe duda es de que dan caza a los ciervos, procediendo para ello con tanta destreza y método, como si estuviesen acostumbradas a hacerlo todos los días. Por regla general, suelen lanzarse sobre los jóvenes, a los cuales es más fácil matar. Precipítanse desde lo alto como una centella, sobre los lomos del ciervo que desean devorar, y, si pueden, lo separan de su madre. La pobre cierva, si logra conservar a su hijo a su lado, lucha con desesperado valor contra el águila, a la que logra poner en fuga en algunas ocasiones golpeándola con las patas delanteras. Pero si el ave consigue alejar el cervatillo de su madre, es tan grande el sobresalto de ésta que parece paralizada, y el águila entonces hace huir aterrorizado al pequeño animal y lo mata con sus garras y su pico.

DE CÓMO ESPANTAN LAS ÁGUILAS A LOS REBAÑOS DE CIERVOS PARA APODERARSE DE SU PRESA

Si este plan no le sale bien, recurre el águila a una estratagema notable.

Se pone a revolotear por encima de un rebaño, y de este modo siembra el espanto en los ciervos, los cuales parten

LA GRAN FAMILIA DE LOS BUITRES



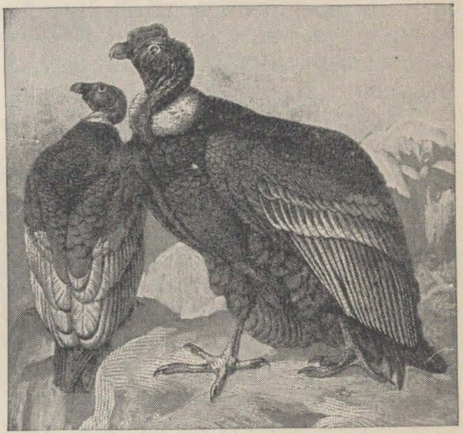
De toda la familia de los buitres, el de más extraño aspecto es el real, cuyo cuello pelado se halla teñido de colores carmesí, púrpura y anaranjado.



Los buitres grifos son propios de Europa y Oriente. Anidan en las rocas elevadas, y suelen aprovechar los nidos abandonados por las águilas.



El buitre egipcio es el principal basurero de la tierra de los Faraones. Los antiguos egipcios apreciábanlo mucho y grababan su imagen en los monumentos.



El cóndor es el buitre mayor. Anida en grutas naturales, cercanas a las cumbres de las más elevadas montañas, y su vuelo es majestuoso.



El buitre ceniciento de las cordilleras de Europa, devora animales muertos, y lleva al nido presas pequeñas para alimentar a sus hijos.



El secretario devora serpientes en África del Sur. Las plumas de la cabeza danle el aspecto de un escribiente con la pluma detrás de la oreja.

veloces en todas direcciones; y, cuando los ve atascados en alguna senda estrecha al borde de un precipicio, arrójase sobre el último y le hunde las garras en el lomo, con lo cual el pobre animal, enloquecido de terror, trata de zafarse de su enemigo y se despeña generalmente, matándose y procurándole al águila un suculento festín, sin casi ningún trabajo. Esto es precisamente lo que el águila desea, y por eso efectúa el ataque cuando se hallan los ciervos en lugar tan peligroso.

La única escapatoria que tiene el ciervo cuando se ve acosado de esta suerte es precipitarse en alguna estrecha quebrada de las rocas, pues el águila, debido a la enormidad de la anchura de sus alas, no puede volar en un espacio tan estrecho ni se aventura tampoco a internarse andando en él; más no se crea que por eso renuncia a su presa.

Sir Carlos Mordaunt presenció un notable espectáculo, en la selva de Glen Feshie, que nos da a conocer los procedimientos de que el águila se vale para cazar. Estando un día persiguiendo a un rebaño de ciervos, vió a través de sus gemelos que cundía de improviso el espanto entre los animales. Llamóle esto la atención pues no podía ser él la causa, toda vez que se hallaba muy distante; pero no tardó en descubrir que, de repente, se precipitaba un águila sobre uno de los cervatillos. Su plan era separarlo del resto del rebaño, a fin de que no pudiera ser socorrido por los otros ciervos; por eso no lo atacó con las garras ni el pico, sino que se limitó a golpearlo con las conyunturas centrales de sus vigorosas alas. Varias veces pareció renunciar a su idea, por considerarla imposible, pues se elevó en el aire como si se fuese a alejar; pero de nuevo volvía a su tarea con redoblado furor, hasta que logró, por fin, separar al cervatillo del resto del rebaño y le dió muerte. Y de este modo, nuestro hombre que había ido a cazar un ciervo, provisto de una excelente escopeta, vió, con gran asombro, que un cazador aéreo le arrebataba su presa sin que él pudiera evitarlo.

DE CÓMO SE ESCAPÓ DE WÉSTMINSTER UN ÁGUILA, Y FUÉ DESPUÉS ATRAÍDA A SU JAULA

Cuando el águila no encuentra caza ni venados, come otras muchas cosas. Cierto estudiante inglés, aficiona o a observar las costumbres de los animales, tenía en Oxford un águila marina encerrada en su casa; y, como oyese a media noche una gran algarabía, vió que el ave se estaba comiendo un erizo con huesos, púas y todo. Otro día trató de comerse un perro, y más tarde estuvo a punto de celebrar un festín con un mono que constituía las delicias de su amo. Varios gatos y conejillos de Indias y un grajo domesticado fueron víctimas de la voracidad de esta ave.

Cuando el estudiante abandonó la Universidad, llevóse el águila a Londres y la encerró en la casa de su padre, el deán de Wéstminster. Un día logró escaparse. Aleteando y agarrándose a la pared con las uñas, ganó, al fin, el alero del tejado. Al principio vacilaba; pero, cuando se vió en campo libre, remontó el vuelo como en sus mejores tiempos. Recuperó su antiguo vigor; y los ojos de los habitantes de Londres volviéronse hacia el punto del cielo donde el noble animal se cernía. Todo el día estuvo ausente, y nadie, a excepción de su dueño, abrigaba la menor esperanza de volverlo a ver otra vez. Pero el último sabía cuán admirable es la vista de las águilas, y ató un pollo a la extremidad de un palo dentro del patio de donde el ave habíase escapado; y, al rayar el crepúsculo, oyó el rudo batir de grandes alas y con incalculable alegría, vió descender de las nubes al águila. Cerniéndose sobre Londres, había descubierto la presencia del pollo y como una flecha se arrojó, dispuesta a apoderarse de él, al patio que hasta entonces había sido su mansión; mientras el águila se hallaba entretenida en devorar su presa, echóle su amo un paño por encima de la cabeza y se apoderó de ella, regalándosela después al parque zoológico, donde es posible que se conserve aún, pues las águilas suelen vivir

uno o dos siglos. Son las aves que tienen más larga vida.

CÓMO JUEGAN LAS ÁGUILAS EN LA REGIÓN DE LAS NUBES

Hállanse dotadas las águilas de una vista maravillosa, don del cual son deudoras a la Naturaleza; pero poseen además una destreza exquisita para recoger los objetos por el aire, que deben más bien a la práctica, aunque en ellas sea hereditaria. En una ocasión vióse a un águila apoderarse de un tetrao o urogallo al caer por el aire, muerto por un cazador. Otra descendió como un rayo, y echó la garra a una liebre que corría velocísima perseguida por lebreles. Las águilas jóvenes se ejercitan en estas rapiñas a fin de adquirir la práctica que necesitan.

Un águila de estas jóvenes cazó en cierta ocasión una liebre en las montañas de Escocia, y con ella remontóse hasta las nubes. Cuando ya se había elevado muy alto, soltó su presa; mas a los pocos momentos, dejóse caer como una flecha, y la recogió en el aire. Volvió a elevarse con ella, y de nuevo efectuó el mismo juego, repitiéndolo varias veces y cogiendo siempre a la liebre mientras descendía por el espacio. A la vez que el aguilucho se entretenía, ejercitábase inconscientemente en adquirir una práctica que le había de ser muy precisa durante toda su vida. Pero no deja de causar admiración que un ave pueda dejar caer un objeto tan pesado como una liebre, y que cuando ya ha descendido un buen trecho, se arroje tras él y logre darle alcance antes que llegue a la tierra.

ADMIRABLE AMOR PATENTIZADO POR UN ÁGUILA LIBRE A OTRA CAUTIVA

A pesar de ser tan fieras las águilas, demuestran gran afecto a sus semejantes. Un extraño ejemplo de esto fué observado en un bosque de Escocia, donde un águila dorada fué hallada muerta en una trampa, armada para coger una zorra. El ave había visto el cebo desde las elevadas regiones de la atmósfera, y, arrojándose veloz a devorarlo, había caído en la trampa, y en ella pereció. Lo extraño es que el águila no había muerto de hambre, ni de golpe, ni herida alguna. Había sido apresada únicamente por una garra. La tristeza de verse cautiva la había matado, al parecer, porque a su alrededor hallóse bastante comida, que otras águilas habían traído a la prisionera. En efecto, a su lado yacían dos gallos silvestres y una liebre, aun calientes, cuando la descubrieron los cazadores.

EL HALIETO QUE COGE PECES, Y SU ENEMIGA, EL ÁGUILA PELADA

Otra gran ave de rapiña, que vive en ambos continentes, es el halieto o halcón pescador, como se le llama en la América del Norte. Es un ave muy hermosa que se alimenta de peces, que caza con gran destreza, dejándose caer como una centella en el mar, los lagos, o los ríos caudalosos, en cuyas proximidades habita. Donde encuentra protección, no sólo procrea mucho, sino que se vuelve manso hasta el extremo de construir su nido en plataformas montadas sobre estacas. Como jamás desbarata este nido, y antes, por el contrario, lo agranda y repara cada año, llega a veces a alcanzar el tamaño de una carreta cargada. Fabrícalo con ramas, y muchas veces, entre su rústica estructura exterior, suelen anidar los mirlos, reyezuelos y otros pájaros, quienes ponen sus huevos e incuban sus pequeñuelos sin que el halieto les cause daño alguno, considerándolos sin duda como terratenientes que establecen sus humildes moradas alrededor de la del señor feudal.

En Escocia el halieto tiene un encarnizado enemigo en el águila marina, que a veces le roba los peces que caza. En la América del Norte, el ave que más teme el halieto, es la gran águila de cabeza blanca, a la que se da en el país el nombre de águila de cabeza calva, a causa de su corona blanca. Es este un animal que devora cuanto halla; y siente predilección especial por los peces, y, como no le gusta el trabajo de pescarlos, le arrebata por el camino al halieto los que lleva en las garras para sus pequeñuelos.

Parece difícil mirar con simpatía a

los buitres, y, no obstante, son provechosos muchos veces, ya que hacen el oficio de basureros. Sin querer nos recuerda su presencia los campos de batalla donde yacen multitud de agonizantes y muertos, y no podemos tampoco sustraernos a la idea de que cuando el infeliz caminante, rendido de fatiga yace ya moribundo en el desierto, lo que ha de temer más es la presencia del buitre.

EL BUITRE QUE DEJA CAER DESDE GRAN ELEVACIÓN A LA TORTUGA PARA PARTIRLE LA CONCHA

Hay dos clases de buitres que sobresalen por su aspecto entre todos los demás: el buitre monje o ceniciento, que se cierne sobre los Alpes italianos, el Cáucaso y las cordilleras de España, no es tan repulsivo como los buitres comunes. El buitre, por lo general, tiene un plumaje de color sucio y oscuro, y el pescuezo pelado, viéndosele al descubierto su descolorida carne. El buitre ceniciento está cubierto de plumas hasta el mismo pico y, cuando despliega las alas en el aire, vuela con la elegancia con que surca las aguas del mar un majestuoso velero.

Se cuenta que ataca a los niños, pero esto no está probado. Sus garras no son lo suficientemente robustas para poder arrebatar una criatura con ellas, y sólo acomete a las presas que puede transportar. A veces se apodera de algún animal vivo; pero casi siempre, se alimenta de la carne de las bestias muertas. En la India, donde abunda muchísimo, habita en los mataderos y en los cuarteles del ejército atraído por el olor de los desperdicios y sobre todo de los huesos, con los cuales se remonta, dejándolos caer sobre rocas, a fin de hacerlos pedazos. Lo mismo hace con las tortugas.

El mayor de todos los buitres es el cóndor, ave de gran tamaño y estraordinariamente pesada, que habita a millares de metros de altura en los Andes de Sudamérica. El macho mide 1, 20 metros de largo aproximadamente, y sus alas desplegadas de 2, 50 a 3 metros de una extremidad a otra, y tiene una especie de cresta carnosa encima de la cabeza.

EL MAJESTUOSO CÓNDOR, AMANTE DE LAS ALTURAS INACCESIBLES

Mejor que cualquiera descripción que pudiéramos hacer aquí, es trascribir párrafos del bellísimo capítulo sobre el cóndor que tomamos del libro «Mis Montañas», del Doctor Joaquín V. González. El lector apreciará sin duda la hermosura de estas páginas.

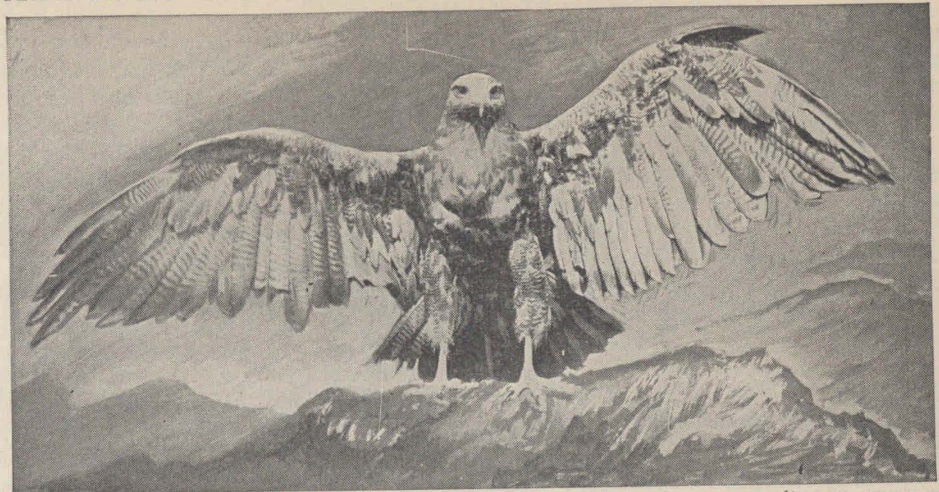
«Las montañas de mi tierra—los Andes—tienen el cóndor, el morador amante de las alturas, el ave inmortal, que por lo secreto de su vida y lo inconocible de sus hábitos domésticos, parece un símbolo indescifrable de la muda, pero grandiosa historia de los montes americanos. Él lleva marcada en la pupila la huella de un perenne insomnio, como en un momento de inspiración lo adivinó un poeta nacional, sin haberle contemplado de cerca, y los nerviosos e inquietos movimientos de su cabeza calva, para mirar a las profundidades y a los horizontes lejanos, sugieren la creencia de que algo más que la pesquisa de la presa le preocupa, y puede ser el temor de un acontecimiento presentido, que vendrá de ignoradas regiones, en día incierto y en son de exterminio...

» Veíalo recorrer sereno, con las grandes alas abiertas, el espacio bañado de sol, describiendo círculos inmensos que parecían no tener un término, como esas parábolas en que circulan los cometas que no han de volver jamás a nuestro cielo; su sombra gigantesca, proyectada desde la altura, rodaba como la de una nube sobre las faldas, los abismos, las cumbres y los valles...

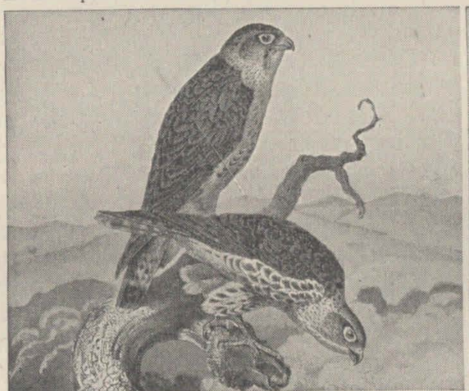
» De un lado se levantaba una muralla de ciclópeas masas graníticas y cavidades profundas, rematando en un cono cuyo vértice apenas se advertía en el fondo del cielo sin luna; las llamas, avivadas a menudo, dejábanme ver la puerta irregular de una enorme gruta...

» Vinieron a interesar mi atención unos rumores para mí desconocidos, que llegaban del lado de la gruta: parecía como si en el fondo habitasen gentes de siniestra vida, o seres sobrenaturales

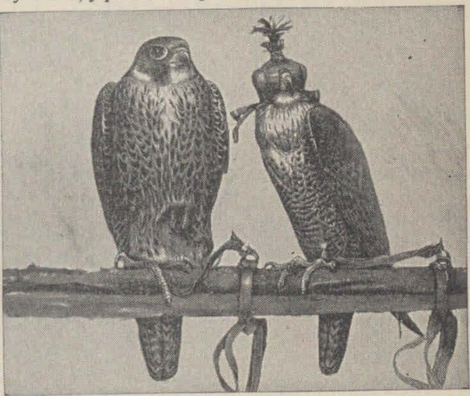
ALGUNAS AVES QUE SON EXCELENTES CAZADORAS



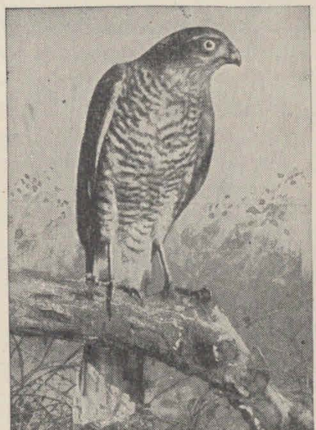
El halcón chiquera es un ave de las más bellas de su tribu. Feroz y holgazán, espera oculto a su presa y se lanza después sobre ella sin ser oído. Su plumaje es muy suave, y por eso no produce ruido, alguno al volar.



El halcón más pequeño es el llamado merlín : es un terrible enemigo de otras aves, pero fácil de domesticar. Este es el pájaro que hace que la alondra se remonte tan alto, para evitar su encuentro.



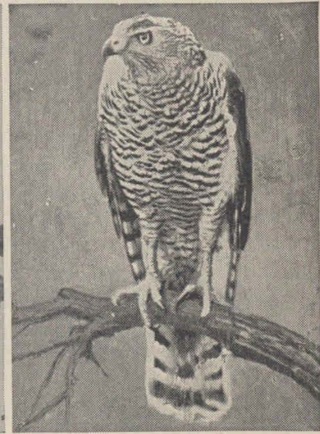
Los hombres emplean en la caza el halcón llamado peregrino, al cual le colocan un capirote. Acomete a su presa sin vacilar, lucha, si es preciso, hasta vencerla, y regresa con ella a donde está su dueño.



El veloz y vigoroso gavilán caza mirlos y tordos, perdigones, conejos y liebres.



El milano tiene la cola ahorquillada, y parece, cuando vuela, una golondrina muy grande.



El azor atrapa a su presa con las garras, y se deja caer al suelo con ella.

que celebrasen asambleas tumultuosas, conferencias a media voz, pláticas entrecortadas, ceremonias de cultos secretos... Luego un hondo silencio, y después una ilusión diversa; oíanse con claridad casi indudable, palabras de timbre solemne, como de general que diese órdenes terminantes a secas en una avanzada nocturna; chasquidos de alas inmensas que se baten con fuerza para emprender un vuelo precipitado, silbando en seguida al cortar el aire; crujir de huesos roídos por dientes de acero, y aplicando con mayor intensidad el oído, se percibía muy leve, pero distinto, el piar de polluelos que se aprietan debajo del ala materna para abrigarse todos a un tiempo...

» El alba sonrosada dibujábase ya en el horizonte, los astros palidecían; los vapores acuosos del rocío recogíanse en las hondas quebradas, en masas densas coloreadas de casi imperceptible rubor...

» Volvíme ansioso a ver la gruta de los rumores nocturnos, y lo que en ella contemplé no ha de ser pintado en una frase, porque es un poema de primitiva grandeza, donde lo nuevo, lo virginal y lo sublime hacen que la mirada se suspenda, y el alma se sujete a la contemplación de sus cuadros y escenas sucesivas, impregnadas de solemnidad y de religioso misterio. Era el despertar de la gruta de los cóndores a las primeras claridades del día, y en medio del himno naciente que saluda, en toda la tierra y en todos los climas, la vuelta victoriosa del padre de la vida...

» Silencioso y con paso mesurado, pero solemne, un enorme cóndor de plumaje gris obscuro, asomó de la cueva y se detuvo en un ángulo, saliente de la roca; movió el cuello para probar sus músculos, abrió las alas en toda su amplitud, desperezándose de la inacción de la noche, y sacudiendo con violencia la cabeza, lanzó un poderoso graznido, que voló a confundirse con los cantos que de todas partes surgían en honor de la mañana. Era el himno informe y rudo de su garganta de acero, entonado en pleno espacio; era el grito de alerta enviado a las cumbres altísimas, escuetas y desoladas, a las nubes que la coronaban aún porque reposaron sobre ellas, a las selvas profundas y a los valles distantes; era la voz del soberano, advirtiéndoles que iba a emprender el viaje cotidiano por encima de todas las alturas, hasta que el sol se ocultase de nuevo tras las cordilleras inaccesibles.

» Largo rato permaneció de pie sobre la aislada piedra, con los ojos fijos en el Oriente por donde el día se acercaba con rapidez. De pronto batió las alas, voló un corto espacio hacia adelante, rozando con las garras las copas de los árboles y las aristas de las rocas, y entonces se remontó vigoroso, de un solo impulso, hasta una inmensa altura, desde la cual emprendió su peregrinación por las desconocidas y remotas rutas del firmamento... Pero en seguida, el cuadro de la gruta se ofrece más animado, más risueño, más gracioso. Empiezan a salir uno a uno, con aire grave y pensativo, los habitadores de la sombría vivienda, hasta formar bien pronto un enjambre movedizo y bullicioso, con sus medias voces de tonos y modulaciones incalificables, retozando a pequeños saltos sobre una ancha terraza de piedra laja, persiguiéndose unos a otros, girando en reducidos círculos, yendo a posarse en una piedra muy próxima o en una copa de un árbol, de la que era fuerza levantarse antes de asentar todo el peso, porque la rama se encorvaba crujiendo; entrelazándose los arqueados picos, los cuellos sin plumas y las garras negras; jugaban como niños, locos de contento, al sentir los primeros rayos tibios del sol de invierno que se levantaba disipando las brumas, mientras dos o tres viejos patriarcas, inmóviles, soñolientos, desvelados, los contemplaban impasibles, como abuelos rodeados de sus nietos, indiferentes en apariencia a los encantos del nuevo día que lentamente volvía el vigor a sus alas entumecidas. Los polluelos salieron también a ensayarse en los primeros ejercicios atléticos; emprendían vuelos cortos, seguidos de un cóndor viejo, como para adiestrarlos y protegerlos a cualquier desfallecimiento,

LOS CUERVOS Y LAS RAPACES NOCTURNAS



Los caracarás cazan juntos y atacan a las águilas y a los buitres.



El cuervo es beneficioso porque destruye los insectos.



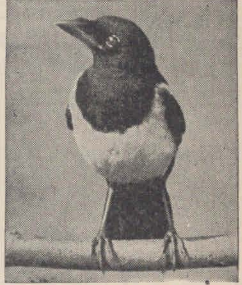
El cernícalo es un halconcito que puede ser domesticado.



El cuervo de la carroña se alimenta de animales muertos y roba los nidos de otras aves.



Las cornejas se distinguen de los cuervos por la manera de hacer sus nidos. Estos últimos anidan aisladamente en tanto que las cornejas construyen centenares de nidos juntos. En el grabado puede ver el lector un árbol lleno de ellas.

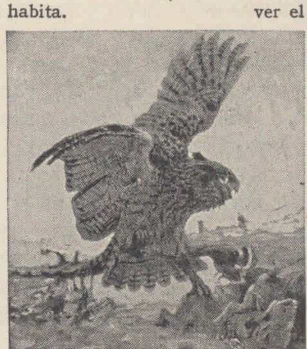


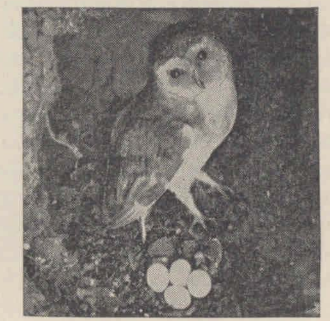
La urraca es una divertida habladora, pero una gran ladrona a la vez.



El grajo no puede resistir la tentación de apoderarse de todas las cosas bonitas y brillantes que descubren sus ojos.

El cuervo de pecho blanco devora los animales que mueren en África, donde habita.





El ave del centro es la lechuza común. La de la derecha un buho-halcón; y la de la izquierda un buho-águila, que caza liebres. Feroz y vigoroso, caza a la luz del día lo mismo que de noche.



y regresaban después a la terraza de la gruta, donde los esperaban otros que a su turno partían a los mismos paseos...

» Desierta quedó la granítica vivienda, y ni un leve ruido salía de sus entrañas. Sentí viva curiosidad de penetrar en ella, y descubrir por mis propios ojos el secreto... Marchaba sobre un pavimento de grandes rocas encarnadas, y por debajo de unas bóvedas cuyos troncos y arcos no se derrumbarán, sino por el sacudimiento terrestre que derribe la montaña misma. A la media luz de la inaccesible boca de la cueva, vi lo que puede llamarse el nido del cóndor, y, en verdad, invitan a la reflexión más grave, la rígida desnudez y la pobreza estoica del lecho en que descansa de sus viajes imponderables el rey del mundo alado de América. Él impera sobre las cumbres, domina las más altas tempestades, asiste invulnerable a los ventisqueros aterradores y a las erupciones volcánicas;... y, no obstante, su vivienda es una gruta fría y desnuda, que el viento azota, el rayo calcina y la lluvia anega; su nido es el hueco de la piedra donde rara vez descansa su cuerpo, manteniéndose de pie, cubierto con su propio plumaje, cuando no pasa las noches a la intemperie, solo como un espíritu maldito, sobre la última roca de una cima ennegrecida por el rayo, contemplando el eterno y mudo rodar de los mundos luminosos, y a sus pies la sombra de la tierra, inmensa y difusa como el vacío en que resonó por vez primera la palabra de Dios...

» Desierta está la guarida de los cóndores; el esplendor del día los seduce; la ignota ley de su destino los impele a errar por los aires, y a ellos se lanzan todos, dispersos, sin más consigna que escrudiñar lo recóndito y emplear la potente garra para alimentar, fortalecer y prolongar la vida. La madre asiste a los hijos jóvenes en los trances peligrosos, vuela lo que ellos pueden volar, y cuando los rinde la fatiga, reposan sobre una roca, para emprender de nuevo la peregrinación. Muchas veces, no obstante, se los ve revolotear en enjambre a grandes alturas, en círculos concéntricos, alrededor de un solo punto, y sin que su ronda parezca tener fin; todos miran hacia la tierra, al fondo de un valle o al interior de una selva. ¿Quién ha tocado la llamada que los congrega desde tan remotas distancias? Uno de ellos olfateó o divisó la presa al pasar, y levantándose a enorme altura, para que lo vieran los más lejanos, comenzó a girar sobre aquel paraje, donde una víctima olvidada del cazador, la mula viajera caída de cansancio, o la cría abandonada al nacer por el ganado o el rebaño, ofrecen alimento a todos los cóndores de la comarca. Aquella es la señal convenida de reunión, y uno a uno van llegando y siguiendo al primero en sus círculos interminables, hasta hacer imposible contar el número, y hasta nublar levemente el sol, como una negra tela que el viento removiese sin cesar; y parecen acometidos de vertigos, ebrios de dar vuelta por la misma órbita; la vista se fatiga en vano siguiéndolos, porque ninguno desciende mientras un vago peligro, la presencia de un observador, un viajero que costea a lo lejos una falda del monte, una nubecilla de humo que anuncia vivienda humana, les advierten que el festín va a ser interrumpido, o que tal vez ha mediado el ardid del hombre para darles caza.

» Si durante el día no han desaparecido sus temores, no abandonarán la región, aunque la noche los sorprenda; antes bien, la esperan, porque a su amparo, cuando todo descansa, ellos descenderán al fin a gozar tranquilos de la ansiada cena, en la cual la res exánime se rodea y se cubre de aquellos voraces y silenciosos convidados, que la desgarran, la mutilan, la descuartizan, la desmenuzan, arrancándole jirones de carne, abriéndole el vientre con sus cuádruples puñales, que luego son garfios para extraer cada uno una víscera... Cuando ya no queda sino el desnudo esqueleto, y en torno suyo los grumos de sangre amasados en el polvo, formando un charco infecto y nauseabundo; cuando cada comensal se aparta de la mesa por sentirse harto, o porque antes se agotara la provisión, empiezan a levantarse como

a escondidas, volando a las rocas próximas, donde limpian los picos frotándolos como cuchillos contra la piedra. Entonces comienza a adormecerlos ese vago sopor de las digestiones lentas, encogen el cuello, hunden la cabeza entre los arcos superiores de las alas, y por breves instantes se cierran esos rugosos párpados que por tanto tiempo no se juntaron, ni en las deslumbrantes irradiaciones de los soles estivales, ni en las tinieblas de las noches pasadas de centinelas sobre las cimas estremecidas por el trueno o por las convulsiones internas.

» Para apresar a este osado ocupante de la hacienda ajena, sólo en virtud de ese derecho inventado por los fuertes y los poderosos, el hombre ha debido recurrir a la astucia y al veneno, porque se siente incapaz de perseguirlo en su vuelo, y porque sólo así la humanidad ha podido vencer a los grandes rebeldes a sus leyes y a sus dogmas. Yo he visto también al indomable cóndor caer en manos del campesino montañés. Cuando, conduciendo el ganado por los desfiladeros y las agudas cuchillas de los montes, alguna res se derrumba y queda entregada a la voracidad de las aves carniceras, él espera la noche para tender la celada a los convidados del banquete próximo, que ya se ciernen sobre la víctima a alturas increibles, para descender sobre ella en el silencio de las sombras; impregna de mortífero ungüento la carne muerta, y escondido a larga distancia, dentro de una piedra socavada por las aguas, o en paraje cerrado por tupidas e impenetrables ramas, aguarda la catástrofe. El hambre congrega a la negra multitud sobre la presa; comen, engullen, devoran con ansia, con desesperación e inquietud por marcharse pronto, y con la avidez de una prolongada abstinencia, y cuando llega el instante de emprender la fuga de sospechados peligros, sienten que sus alas no tienen vigor, que los músculos potentes que los agitan y los sostienen sobre los vientos y las calmas de la atmósfera, se vuelven flácidos y débiles, y ya no pueden siquiera levantar el peso de las plumas que los visten; desmayo, aniquilamiento, agonía, invaden sus cuerpos antes invulnerables, se esfuerzan por huir, y se revuelcan como ebrios; abren los picos, untados aún en el cebo de la carne, y los resoplidos de la angustia resuenan ahogados, pavorosos, horribles; uno tras otro, en confusión, lanzando postreros graznidos que retuercen el alma y erizan el cabello, van cayendo en espantosa lucha con la muerte, mordiendo la tierra con ira satánica, azotándola con aletazos feroces, rasgándola en hondos surcos con sus garfios acerados, como queriendo arrancarle las entrañas, hasta que, por último, después de un estertor de intraducible resonancia, abandonan su cuerpo al polvo, extienden el rugoso cuello, y abriendo en todo su extensión las gigantescas alas, expiran »...

PODEROSAS ARMAS DE QUE ESTÁN PROVISTOS LOS BASUREROS ALADOS

Los verdaderos buitres son más voraces aún que los cóndores. Se ha visto un buitre egipcio atracarse hasta el extremo de no poderse sostener ya de pie, y seguir comiendo echado sobre un costado. Existen muchas clases de buitres, unos más repulsivos que otros, pero ninguno simpático. Estas aves se reparten con las hienas, los chacales y los perros salvajes las inmundicias de las ciudades de Oriente. Devoran también la carne corrompida de los animales muertos, y matan los recentales y cabritos que son demasiado débiles para poder defenderse.

Poseen vigorosas garras, pero no tan potentes que les permitan transportar grandes pesos a sus nidos. El arma principal que tienen para atacar a sus víctimas es el pico, con el que despedazan la piel de los caballos y búfalos, y les arrancan la carne de los huesos hasta dejar el esqueleto pelado. En la América del Norte no existen estos buitres, pero sí un ejemplar muy parecido, el gallinazo o aura del Sur de los Estados Unidos, de la América Central, y de parte de la Meridional, que es un pequeño individuo de la familia de los buitres. Hállase cubierto de un plumaje todo negro, menos la

cabeza, que la tiene desnuda y rojiza, y anda siempre buscando carroña; por eso en los países donde habitan les permiten recorrer libremente las calles de los barrios bajos, convencidos de que han de limpiarlas de muchas suciedades.

LOS POLLOS DE FARAÓN Y EL BUITRE QUE COME REPTILES

El cuello desnudo del buitre real presenta cambiantes de color carmesí, anaranjado y púrpura, y posee unas excrescencias carnosas, extraordinariamente coloreadas, alrededor de las ventanillas de la nariz y de la raíz de su espantoso pico. Los buitres son todos, sin excepción, unos padres excelentes. En la antigüedad, tenían los egipcios en tan gran predicamento a los buitres—llamados en el país pollos de Faraón,—que con frecuencia los representaban en sus dibujos y tallas como emblema del amor paternal. En algunos países orientales las leyes protegen a los buitres por los grandes servicios que prestan en su calidad de basureros.

Antes de terminar con los buitres, diremos algo acerca del secretario, que en realidad, es un buitre. Es un ave curiosa, que posee una cola y unas patas muy largas, sumamente vigorosas estas últimas y recubiertas de gruesas escamas; pico robusto y corvo, y garras admirablemente dispuestas para el fin a que están destinadas. Aliméntase de reptiles, entre los cuales se cuentan gran número de serpientes venenosas, a las que esta ave no teme. Se ha visto a algunos secretarios evitar el encuentro con serpientes de gran tamaño; pero es posible que esto fuese debido a hallarse ya satisfechos. Generalmente, arrójase sobre la serpiente, y cubriéndose con las alas extendidas hacia adelante, para evitar que el reptil le muerda, la picotea y golpea con los pies hasta matarla. Las serpientes pequeñas se las engulle enteras; las mayores, las despedaza primero. Este pájaro habita principalmente en África del Sur, donde es tan apreciado por perseguir a las serpientes, que se castiga con una fuerte multa al que le mata. Debe el nombre de secretario a unas plumas que le crecen hacia atrás de la cabeza y que le dan el aspecto de un escribiente con la pluma colocada detrás de la oreja.

ALGUNOS MIEMBROS MENORES DE LA FAMILIA DE LAS AVES DE RAPIÑA

Además de las grandes aves de que acabamos de hablar, existen otras pequeñas que pertenecen también a la extensa familia de las aves de rapiña. Las llamadas falcónidas, aunque participan de muchas de las propiedades de sus parientes mayores, tienen menor tamaño. El halcón chiquera mide de 30 a 34 centímetros de longitud por 50 a 60 de punta a punta del ala y posee las garras afiladas y el pico vigoroso de las aves de su familia; pero no suele dar muestras de tan gran actividad como los demás. A veces remonta ufano su vuelo y describe en las alturas anchos círculos, sin apenas mover aparentemente las alas; pero, por lo general, prefiere buscarse la vida de un modo más tranquilo, poniéndose en acecho y dejándose caer en el preciso momento sobre su víctima, ya sea ésta un ratón, ya una rata, ya un pájaro, ya un reptil. Parte de su plumaje es muy suave, de suerte que se precipita sobre su asombrada presa sin hacer el más leve ruido.

Hubo un tiempo en que los milanos abundaban en el noroeste de Europa de un modo extraordinario. Cuando prácticamente no existían en Europa los servicios higiénicos, estos pájaros desempeñaban importante oficio, manteniendo limpias las calles, pues devoraban todos los desperdicios y basuras que arrojaban de las casas. Se distinguen por su plumaje negro, pardo y rojizo y por su larga cola ahorquillada, que recuerda la de la golondrina.

PERJUICIOS QUE OCASIONA Y BIENES QUE PRESTA EL MILANO

El milano saquea las conejeras y es aficionado a cazar aves; pero los perjuicios que con esto ocasiona quedan ventajosamente compensados con los buenos servicios que presta destruyendo ratones y ratas, serpientes y topos.

Y vamos ahora con los verdaderos halcones, nobles y hermosas aves; las



Esta es una de las variedades de cóndor, el buitre gigante que se cierne sobre las más elevadas cimas de los Andes.

más célebres de ellas son el gerifalte, el peregrino, el halcón lanero, el sacre, el halcón de Berbería, el schain de la India, el halcón enano y el merlín, todos los cuales poseen fuertes alas, ojos oscuros, se elevan a gran altura y se dejan caer después como rayos sobre su presa, a la que arrastran hasta el suelo; y además el veloz y vigoroso azor y el gavilán que tienen las alas más cortas y los ojos amarillos. Estos son los nombres dados por los halconeros a los halcones europeos; pero en la América del Norte se emplean casi los mismos.

Estos pájaros desempeñan el mismo papel entre las aves que el chita o guepardo de Oriente entre las fieras. A semejanza de dichos guepardos, son por naturaleza salvajes y feroces, pero es posible enseñarles a cazar.

DE CÓMO SE ENSEÑA A CAZAR A LOS HALCONES

Para enseñar a cazar al halcón sujétansele a las piernas tiras de cuero blando, de suerte que no pueda volar cuando quiera. Se le cubre la cabeza con un capirote que le deja en libertad el pico y las narices para que pueda respirar, pero que no le permite ver. Cuando se le quita el capirote, muéstrasele un trozo de carne y tiene que saltar de la percha a la muñeca del hombre que sostiene la carne en la mano, y que de antemano se ha puesto un guante a porpósito a fin de que no le hagan daño las garras afiladas del ave. Cuando el halcón se acostumbra a este ejrecicio, aprende que para comer tiene que saltar a la muñeca. Auméntase después la distancia. Por medio de una cuerda fina, que se le amarra a la pata, se le obliga a volar veinte o treinta metros para buscar su comida. Después se le quita la cuerda y el pájaro acude solo. Cuando se cree oportuno, en vez de su habitual alimento, se le muestra un pájaro o un animal pequeño, y se le enseña a que lo coja y vuelva a posarse en la muñeca de su dueño. De esta manera se va enseñando a cazar al pájaro, gradualmente, y al volver cada vez a la muñeca de su amo, que entonces le da de comer de una manera espléndida. Después, cuando ya está bien enseñado, se transporta sobre una percha, con el capirote puesto, a un lugar donde haya caza. Se le quita aquél, el pájaro ve la caza, la aprisiona y se la trae a su amo.

Como todos los otros halcones el peregrino es un cazador excelente. Se supone que es capaz de volar a una velocidad de 241 kilómetros por hora; y al mismo tiempo, lo hace con tan extremada exactitud en su rumbo, que sigue a los pájaros pequeños a través de masas de follaje o de arbustos y puede agarrar un pájaro que se encuentra posado en una rama sin detenerse ni tocar parte alguna del árbol.

DE CÓMO LOS AGRICULTORES SON LO BASTANTE ESTÚPIDOS PARA MATAR A TIROS LOS PÁJAROS QUE SON SUS AMIGOS

El merlín es otro pájaro muy bello, mas sólo mide de 25 a 32½ centímetros de longitud. Jamás habría plagas de pájaros que devorasen las cosechas de un pago, si habitasen en él unas cuantas de estas pequeñas aves. Tal vez el cernícalo fuese más beneficioso aun. Este bello halcón pequeño mata y devora gran número de ratones. Se alimenta de escarabajos, orugas y crisálidas y es realmente un excelente amigo del labrador. Algunos hombres de ciencia han observado sus hábitos y examinado el contenido de sus estómagos viniéndose a conocer así su verdadero valor; sin embargo, muchos agricultores son tan insensatos, que los matan.

Otro tipo de halcón enano da también buena cuenta de gran número de ratones y ratas y de otros enemigos del agricultor; pero como este animal se dedica a la caza de pájaros que los hombres aprecian, no es de extrañar que lo maten. La mayoría de los halcones son extremadamente valientes. El número de ellos es escaso, y si no fuesen valientes, las otras aves acabarían con ellos en breve plazo.

Es posible que los más valientes de todos sean los caracarás de la América del Sur, que se congregan para combatir

al águila o al buitre que se interpone en su camino.

En casi toda Europa existe una especie de buitre, aunque no pertenece a la familia de las rapaces. Nos referimos al cuervo (corvus corax), ese gran pájaro negro de tremendo y vigoroso pico, que anida en las regiones más agrestes, todo lo más lejos posible del hombre. Se alimenta de larvas y otras cosas semejantes, pero su bocado favorito son los peces. A veces mata liebres, conejos y aves. Ataca a los corderos, a las ovejas enfermas, a las vacas y a los ciervos, picoteándoles los ojos. Abundaba antiguamente en los Estados Unidos de América, pero en la actualidad se ha extinguido, excepto en las montañas rocosas. También se les encuentra en Alasca y a lo largo de las costas árticas.

EL CUERVO DESPIADADO, QUE ROBA LOS NIDOS, Y EL GRAJO JOVIAL

Existen otros cuervos más pequeños que, para atacar a los animales grandes, se reunen en gran número. Su costumbre de comer carne podrida es, claro está, repulsiva; pero prestan con ello un beneficio a la salubridad del lugar donde lo hacen. Estos cuervos son impenitentes ladrones. Roban los nidos de otras aves, llevándose hasta los huevos sin incubar. Para ello, introduce el cuervo su vigoroso pico por una de las extremidades del huevo y se lleva el cascarón y su contenido como en la extremidad de una lanza.

El alegre grajo pertenece a esta familia; no se le encuentra en América, pero a la urraca, sí. El bello plumaje lustroso de estas aves, de color negro verdoso y blanco, es a todos familiar en Europa; pero en América del norte sólo se las ve en las regiones de las Montañas Rocosas, donde su presencia se advierte sobre todo por la algarabía que mueven y por el gran nido cubierto, que de ramas enlazadas construyen en algún árbol espinoso. Cuando se las domestica, resulta muy graciosa su charla.

Una de las aves de rapiña más singular es la pega reborda o pájaro-carnicero. Coge pájaros pequeños, ratones, etc., y clava en espinas sus cuerpos. De esta manera, puede con facilidad desollarlos y comer cuanto apetece, dejando lo restante para cuando vuelva a tener apetito.

LAS LECHUZAS, QUE SALEN DE SUS VIVIENDAS CUANDO LAS PERSONAS SE ACUESTAN

Despidámonos de las aves que comen de día y trabemos conocimiento con las que se alimentan de noche, conocidas con el nombre genérico de rapaces nocturnas. Estas aves, por regla general, sólo salen de noche, y únicamente una especie o dos pueden ver a la luz del día. Es tal la estructura de sus ojos, que hallan luz suficiente para ver en lo que nos parece a nosotros completa obscuridad. Ven también durante el crepúsculo, pero la luz directa del sol las deslumbra enteramente.

Las rapaces nocturnas trabajan y se alimentan mientras duermen las personas. Tienen situados los ojos de un modo muy distinto que todos los otros pájaros, esto es, juntos y en un mismo plano, de manera que se ven forzadas a mirar siempre de frente. Como compensación, pueden volver la cabeza con gran facilidad en todas direcciones. El poder de sus ojos en la obscuridad es realmente maravilloso. A la mayoría de nosotros, si nos encontrásemos próximos a una rata o ratón de campo, que se moviesen furtivamente sobre un terreno labrado, nos costaría gran trabajo descubrirlo proyectado sobre la tierra, pues su color es muy parecido al de ésta. Pero las rapaces nocturnas lo ven desde lejos a través de las tinieblas, se arrojan sobre él sin ruido y lo atrapan. Pueden coger ratones, ratas y topos, y peces, si éstos se aproximan a la superficie del agua.

LAS AVES RAPACES NOCTURNAS SE ACOBARDAN A LA LUZ DEL DÍA

Existen aproximadamente unas doscientas clases de dichas aves. Unas son pequeñas, como las lechuzas y mochuelos; y otras del tamaño de águilas, como los buhos. Las especies mayores de éstos tienen 70 centímetros de longitud y son fuertes y feroces, dispuestos siempre a embestir al hombre

que trate de aproximárseles, y capaces de matar cervatillos y aves grandes, y de entablar batalla con el águila dorada. Sin embargo, su valor se extingue con la llegada del día, y entonces los pájaros pequeños, capitaneados por un cuervo, pueden descubrir su escondrijo, obligarlos a salir a la luz del sol y hacerles pasar un mal rato. Pero cuando llega la noche y recuperan la vista, sólo las potentes águilas osan batirse con ellos. Entre los buhos merece citarse el gran duque, notable por dos plumas que le salen de la cabeza en forma de cuernos.

El buho-águila es una de las pocas estrígidas que trabajan de día. Es grande, vigoroso y feroz. Hay rapaces nocturnas que tienen grandes penachos de plumas en las orejas y otras que carecen de tan raro aditamento. Unas son blancas como la nieve y otras moteadas. Unas viven en madrigueras, con algunos mamíferos nocturnos; y otras se construyen por sí mismas sus guaridas. La mayoría de ellas habitan en los troncos huecos de los árboles, en los campanarios de las iglesias o en otras torres elevadas. Entre tan gran variedad de ellas, hay algunas, por supuesto, que causan perjuicios; pero son las menos comunes.

HALCONEROS CAZANDO EN LAS ESTEPAS DE MANCHURIA



Antiguamente se usaban mucho los halcones para la caza de volatería, y todavía se emplean en la actualidad esas aves, en Manchuria, como puede verse en este grabado.

LOS REYES CON EL ERMITAÑO



Pedro da Murrone era un anciano ermitaño que moraba en las montañas de Apulia, de donde lo sacaron para que fuese Papa. Como no quería acceder a aceptar esta dignidad, dos grandes reyes fueron a su soledad para acompañarle descalzos a Roma.

EN estas páginas insertamos otras narraciones tomadas de la vida real, algunas leyendas de la antiguedad y las fábulas del esclavo Esopo. Debemos recordar que en el mundo existe un número incontable de historias de todo género y que muchas veces las de cosas reales son más interesantes que las forjadas por la humana imaginación. Los hechos portentosos que se suponen ocurridos en país de hadas, las extraordinarias leyendas de cosas y ciudades que se suponen surgidas por arte de encantamiento, no son más maravillosas que la verídica historia que se refiere en estas páginas del Papa que abdicó el pontificado. Estas narraciones merecen las leamos no sólo porque despiertan nuestra imaginación, sino porque nos facilitan la comprensión de la historia actual del mundo. Las fábulas que darán comienzo en estás páginas son cortas narraciones que nos ayudan a comprender grandes verdades; y jamás las leeremos demasiado ni nos empaparemos lo bastante de sus enseñanzas.

EL PAPA CELESTINO V

HABÍA en Italia un pobre labriego que tenía doce hijos, de los cuales el onceno, llamado Pedro, era un muchacho pacífico, reflexivo, que gustaba más de la consideración de los misterios de la naturaleza que de los juegos y aventuras de sus hermanos. Al cumplir los veinte años de edad, dijo a su padre que deseaba retirarse a un monasterio y hacerse monje, y habiendo aquél accedido a su deseo, partió con su bendición y profesó en un convento, donde permaneció cinco años completamente apartado del mundo.

Pasados estos cinco años marchó a las montañas de la Apulia, donde en el silencio y grandor bravío de una inmensa selva empezó a vivir como eremita, agregándosele allí algunas almas piadosas y contemplativas. No se le juzge cobarde que huía de los cuidados y dolores del mundo; creía que nada puede aliviar tanto los trabajos de los hombres como la oración, y se retiraba del mundo porque el eremita puede orar con más fervor que aquellos cuyos pensamientos están absorvidos por las preocupaciones y tráfago de la vida cotidiana.

Pedro da Murrone, vivió, pues, en aquella selva bravía de la falda de la montaña lejos de los centros habitados, hasta edad avanzada. Sus discípulos gustaban de sentarse a su alrededor y escuchar sus palabras, tan caldeadas por el amor divino, que les parecía percibir a Dios, que la tierra era sólo un sueño, y que desapareciendo de pronto de su vista, en su lugar verían incontables legiones de refulgentes ángeles. En una palabra, Pedro era un hombre piadoso y sencillo, lo que llamamos un santo.

Estando un día, ya anciano, sentado en su celda de la montaña meditando en las cosas divinas, presentáronsele los cardenales y grandes dignidades de la Iglesia y le pidieron que se fuese con ellos para sentarse en el solio pontificio. Aquella petición causó a Pedro más horror que sorpresa. ¡Él, Papa! ¡Él, pobre ermitaño, cabeza visible de Cristo en la tierra! De sólo pensarlo se estremeció con espanto.

Parecíale no ser bastante pío ni puro; pero acudieron a su celda más personajes, barones, prelados, estadistas, y dos poderosos reyes, que se arrodillaron ante él y le suplicaron accediese a ser Papa: « Venid y sed Papa—le dijeron—. La fama de vuestra santa vida hase extendido por el mundo, y si venís con nosotros, todas las naciones tendrán paz, porque todos os desean por Papa ».

Con lágrimas en los ojos suplicó el ermitaño a los reyes que lo dejasen en su celda de la montaña; pero ellos no quisieron ceder, y por fin, aunque penosamente, Pedro hubo de complacerles.

Salió, pues, el ermitaño para la gran ciudad donde le había de imponer la tiara, y fué montado en un jumento guiado por los dos reyes, que caminaban descalzos a uno y otro lado de la cabalgadura. Detrás seguía una lujosa comitiva de cardenales y nobles; y como la noticia de su paso se había extendido rápidamente, de todas partes, al través

de las montañas, acudían campesinos a contemplar espectáculo tan maravilloso.

Bien pronto rodeó a Pedro inmensa muchedumbre, y así entró en la ciudad: con los dos reyes descalzos, guiando su jumento; con el cortejo de nobles y príncipes que le acompañaban; y con enorme multitud de pueblo, que le rodeaba y le seguía con aclamaciones e himnos. ¡Qué triunfo para el hijo de un pobre labriego!

Mas Pedro sintióse desgraciado e infeliz en su palacio. Hallábase—hombre piadoso, sencillo, que sólo conocía su Biblia—rodeado de hombres inteligentes que deseaban su influencia. Encontrábase triste y solitario entre aquellos brillantes maquinadores, y suspiraba por su celda de la montaña. Quería hablar, no de reyes y rentas, sino de Dios y de su amor divino.

Cuéntase que un descontento de la elección de Pedro, tramó un complot para arrojarlo del trono. Dispuso secretamente que durante la noche y junto al lecho del Pontífice sonasen trompetas y dejasen oir voces conminándole a volver a su ermita. Pedro creyó que aquellas voces venían del cielo y recriminándose amargamente por haber soñado que Dios pudiera haber elegido a un ermitaño tan humilde para Papa, abandonó el trono y huyó secretamente de palacio, haciéndose a la mar en una barquilla; pero se levantó una tormenta, y la débil embarcación fué arrojada contra la costa, donde fué reconocido y después de prenderlo, conducido a un castillo.

Allí vivió diez meses, y murió a los ochenta y un años de edad, muy gozoso de librarse de este mundo de cuidados y querellas, y poder ir, finalmente, al cielo a gozar de la vista de Dios, en recompensa de sus muchas virtudes.

En el convento Celestiniano de la ciudad de Aquila, en Italia, se ve aún la tumba del Papa Celestino V: es la tumba de Pedro da Murrone, el onceno hijo de un labriego, que llegó a Papa y abdicó el pontificado.

LA FALSA ALERTA

DURANTE el sitio de Gibraltar, en el momento en que los ingleses esperaban de un instante a otro un ataque general, un centinela que habían colocado a boca de noche frente a la torre del Diablo, estaba a lo último de la muralla, silbando y fijando sus miradas sobre las líneas españolas, no soñando más que fuego, bombas, minas, brecha y fuego de fila. Al lado de su garita tenía un puchero donde había ocultado su comida, que consistía en un potaje de garbanzos.

Una mona muy grande (sabido es que la cima de esta roca estaba entonces cubierta de estos animales), alentada por el silencio del centinela, y llevada del olfato, se acercó al puchero y metió su cabeza para regalarse, con lo que contenía; pero después que satisfizo su necesidad, cuando quiso escaparse, no pudo sacar la cabeza, y se llevó el puchero por gorro, marchando con los pies de atrás.

Esta terrible aparición apenas se presentó a los ojos del centinela, cuando el militar convirtió al pobre Beltrán (el mono) en un granadero español ensangrentado y herido mortalmente. Ya exaltada su imaginación con esta idea, y lleno de miedo, disparó su fusil gritando con todas sus fuerzas, que el enemigo había escalado la muralla.

La gran guardia tomó al momento las armas con este aviso, el tambor resonó, por todas partes, y en diez minutos estuvo toda la guarnición formada para la batalla.

El supuesto granadero, a quien incomodaba mucho el sombrero, y que estaba casi ciego con el peso y el potaje, no estuvo mucho tiempo sin ser descubierto, y su prisión restableció la tranquilidad en el campo que se había creído sorprendido.



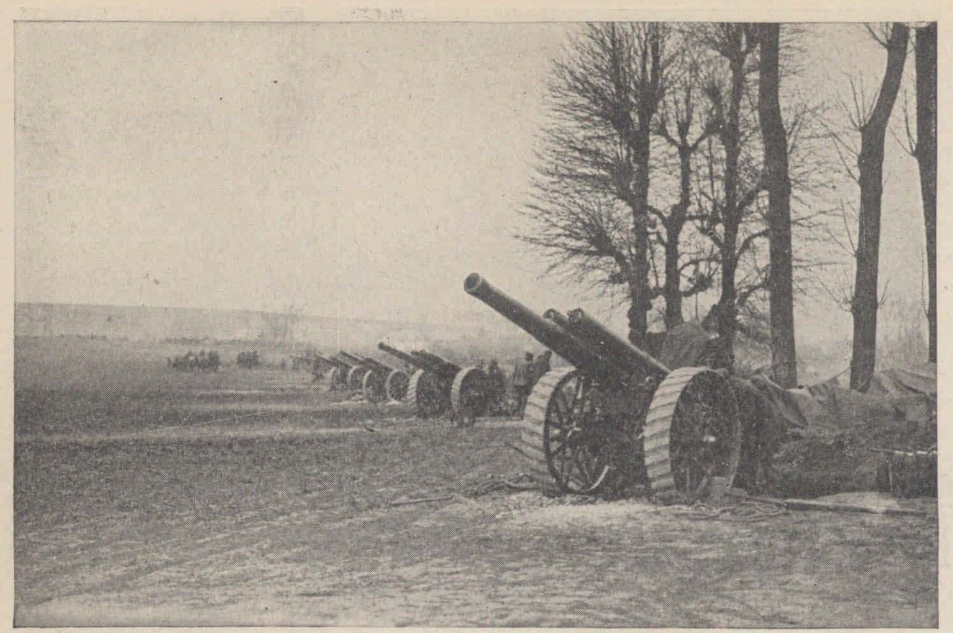
Destacamento de ingenieros alemanes haciendo alto en el camino.

LA GUERRA EUROPEA (1914-18)—I

ALEMANIA, RUSIA Y AUSTRIA-HUNGRÍA

HE aquí tres grandes Imperios, rivales en la Historia, por su grandeza, de aquel antiguo Imperio romano y del vasto dominio napoleónico. Los tres han caído ruidosamente a los golpes de la guerra más cruel que han conocido los siglos: esa guerra que ha sacudido al mundo entero desde el día 4 de agosto de 1914 hasta el 11 de noviembre de 1918. Antes de la declaración de la guerra, esos tres Imperios representaban, no ya en Europa, sino en el mundo entero, el esfuerzo más vivo y tenaz hacia la dominación de los demás pueblos. Hasta el formidable Imperio británico parecía temer el avance de estas otras fuerzas. Dos de esos grandes Estados (Alemania y Austria-Hungría) se habían aliado para hacer invencible la potencia de sus ejércitos. El tercero (Rusia), en plena reconstitución después de la derrota que le infligieron en 1904-1905 los ejércitos japoneses, durante la guerra de la Manchuria, mantenía cada día más fuerte su alianza con Francia y su inteligencia con Inglaterra, a fin de contrarrestar la eficacia de la unión austroalemana.

Entre todas las naciones organizadas para la guerra, ninguna más temible en 1914 que el Imperio alemán. Una propaganda continua, alentada por el propio emperador, Guillermo II, que quería sobrepasar a Napoleón *el Grande,* había convencido a los alemanes de que la Providencia les reservaba una misión divina sobre la tierra. Según los propagandistas de la dominación alemana, debía constituírse hacia 1950 la «Gran Alemania», que sería dueña y señora de toda la Europa central, del continente negro, de Holanda, Bélgica, Suiza; de vastos territorios arrebatados a Francia y a Rusia, y, acaso, de muy grandes extensiones de terreno que Alemania se reservaría en la América del Sur. Dentro del Imperio sólo una casta dominaba: la militar. El oficial del Ejército imperial era tenido como representante de todos los privilegios, y nadie osaba disputarle las más altas consideraciones y los honores primeros. En realidad, Alemania entera se había convertido en un inmenso cuartel. Su fuerza militar era acaso la más poderosa que el mundo haya conocido: ni las huestes de Aníbal, ni las de Alejandro, ni las de César, ni las de Carlomagno, ni las de Federico *el Grande,* ni siquiera las de Napoleón, podrían igualar en potencia a las huestes de su majestad el emperador Guillermo II, para quien el mundo no era otra cosa que un lugar destinado a servir de alojamiento a los regimientos imperiales. Un inmenso dominio colonial era el final de los sueños germánicos. Ya desde Bismarck las cosas se habían ido preparando a este efecto. Poseía Alemania en el Pacífico las islas Marshall, las Carolinas, el archipiélago de Bis-

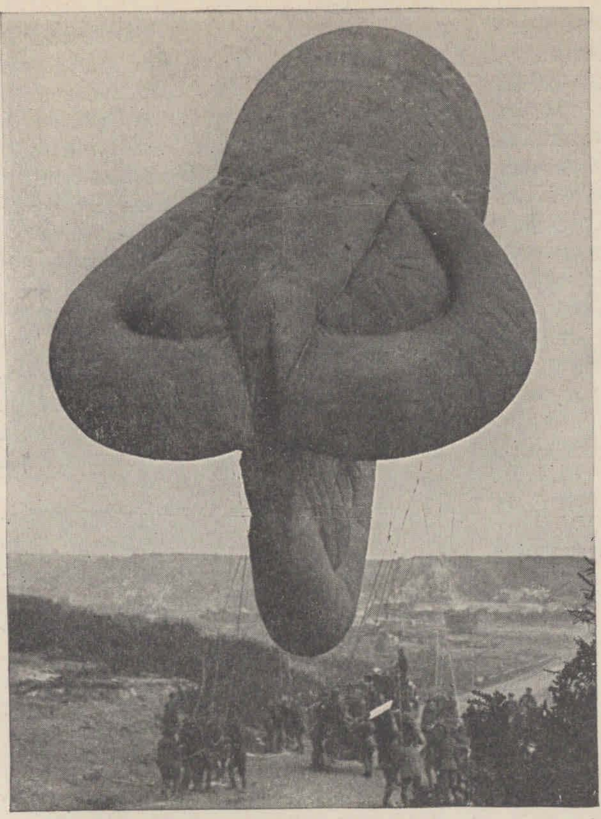


Auxiliar obligado de la guerra de trincheras es el cañón de largo alcance, que en número como jamás se hubiera imaginado batía las trincheras enemigas durante horas y horas antes de comenzar un ataque.

marck, Samoa, Kiao-Chao, con la península de Chantung, en China, y en Africa, los Camarones, el Suroeste africano alemán y el Este africano. Pero sus ambiciones iban más lejos. Quería inmediatamente arrebatar a Portugal Mozambique y Angola, el Congo a Bélgica y Marruecos a Francia. Luego vendría el quedarse con Argelia, y, por fin, el disputar a los ingleses la posesión de otras importantísimas colonias. Alemania creía tener asegurado su dominio. ¿Quién osaría oponerse a un avance de sus ejércitos? Por otra parte, la Marina de guerra, que iba preparando, de acuerdo con el emperador, un expertísimo Cuerpo de peritos, al frente de los cuales figuraba el almirante von Tirpitz, amenazaba con oponer a la Marina inglesa una línea de cruceros de batalla capaz de luchar con probabilidades de éxito por la victoria sobre el mar. Al amparo de esta fuerza enorme, Alemania desarrollaba hasta extremos inverosímiles su Marina mercante y su expansión comercial. Conquistaba, sin reparar en medios y sin hacer caso de escrúpulos de procedimiento, todos los mercados más importantes de la tierra. En suma: el Imperio alemán era en 1914 una de las más colosales organizaciones políticas que haya albergado el mundo. Al frente de esa organización, Guillermo II, omnipotente, creyéndose un místico enviado de Dios, era adorado por todos sus súbditos. Y el príncipe heredero constituía el ídolo de las clases militares, porque veían en él la más firme representación del militarismo y del espíritu guerrero. En estas condiciones llegaba el Imperio alemán al borde de la guerra terrible que había de dar en tierra con tanto poderío y tanta grandeza.

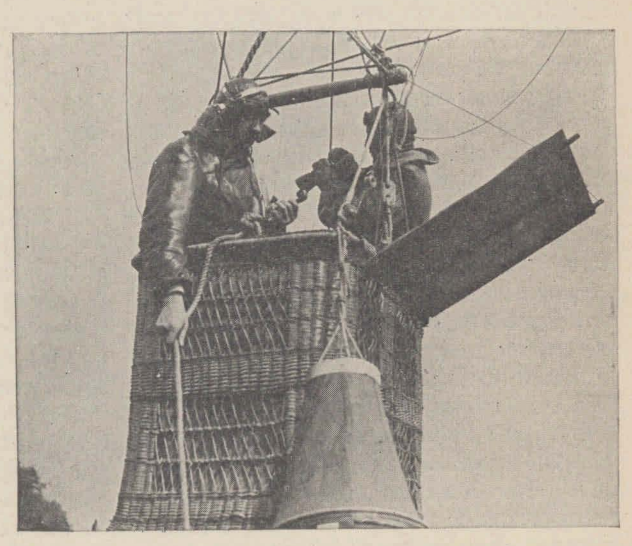
LA RUSIA DE LOS ZARES

Otro de los hechos históricos más importantes que aparecían a los ojos de los hombres en vísperas de la guerra mundial era el engrandecimiento del Imperio ruso. Después de aquella sangrienta derrota de 1904 y de la convulsión revolucionaria que sufrió la tierra de los zares en 1905, Nicolás II, hombre de temperamento pacificador, pero dominado por todo género de sugestiones, había ido dotando a su Imperio


Los globos cautivos desempeñaron un gran papel dirigiendo el fuego de la artillería.

sueños germánicos. La corte de Rusia, toda pompa y esplendor, era una de las más ricas. Los zares tenían tan bajo su dominio a todos los pueblos rusos, que más que una nación de hombres libres, Rusia era un enorme Imperio dictatorial de esclavos militarizados. Ya se sabía que, en caso de guerra, el ejército ruso, reformado, reorganizado bajo la dirección de elementos franceses y encuadrado por generales muy valerosos y expertos, pesaría como factor principalísimo. En repetidas ocasiones el emperador de Alemania, para alejar de su lado el peligro ruso, quiso convencer a Nicolás II de que debía pactar con el Imperio alemán. Este es el recuerdo que queda de aquellas famosas conferencias del Báltico, durante las cuales la habilidad del ministro de Negocios Extranjeros ruso, M. Iswolsky, evitó que el zar, abúlico, tímido y fácilmente sugestionable, cayera en las mallas que le tendía la diplomacia alemana. En la corte de Petrogrado (San Peters-

de los medios de engrandecimiento que consideraba necesarios para restablecer su fuerza, perdida en la lucha con el Japón. Desde los confines helados de la Siberia hasta las tristes llanuras polacas, inmensos territorios pertenecían a la corona de Rusia, y a través de todos ellos se organizaba un formidable poderío militar. La alianza de Rusia con Francia no tenía otro objeto que impedir las expansiones con que soñaba Alemania. Más tarde, entre Eduardo VII, rey de Inglaterra, y Nicolás II, zar de Rusia, se convino una secreta amistad e inteligencia, que, apoyada a su vez en Francia, constituía una fuerte unión frente a los


Los observadores de los globos cautivos iban provistos de mapas, teléfono, y un paracaídas con que poder descender en caso de accidente.

burgo antes de la guerra) predominaban los espíritus supersticiosos y fanáticos, se organizaban grandes orgías, había echado raíces el placer y el fausto. Las grandes duquesas y los generales, los consejeros de la corte, las damas de honor, los sacerdotes, tenían secuestrada la voluntad del zar y evitaban que éste diese satisfacción a las demandas populares. En realidad, aquel Imperio ruso era una espléndida fachada que ocultaba un interior de miseria, de relajamiento moral y de podredumbre. Bien quedó ello demostrado con la estrepitosa caída que sufrió en plena guerra, después de las más sangrientas derrotas.

IMPERIO AUSTRO-HUNGARO

En su afán de hacer indestructible la fuerza del Imperio alemán, Güillermo II se aplicó a formar un bloque en toda la Europa central. Para ello firmó una alianza con Austria-Hungría, que a la sazón estaba regida por el viejo emperador Francisco José. Austria-Hungría, que era un mosaico de nacionalidades, se mantenía unida gracias al prestigio militar y social de la dinastía de los Habsburgo. De un lado, los checo-eslovacos demandaban la independencia de Bohemia, riquísimo florón de la corona imperial; los croatas y dálmatas, unidos a eslovenos y otros pueblos de nacionalidad yugo-eslava, se agitaban frecuentemente por separarse de Austria. En Galitzia, los polacos reclamaban su libertad, del mismo modo que la Polonia alemana y la Polonia rusa eran otros formidables centros de agitación. Los rumanos, dominados por Hungría en Transilvania, se encontraban asimismo incómodos en su unión a la corona de San Esteban. Y, en fin, la existencia de pueblos italianos dominados por Austria constituía otra de las preocupaciones austro-húngaras. A pesar de todo, Francisco José dominaba su Imperio con mano de hierro. En Hungría encontraba una aristocracia y un ejército que estaban siempre dispuestos a formar en vanguardia para mantener la unidad imperial. Y, por su parte, Alemania ayudaba cuanto le era posible a Austria, reforzaba sus milicias con material de primer orden, le facilitaba medios de todas clases para que consolidara su poderío, y la empujaba a mantener a raya las ambiciones servias, que ansiaban reconquistar los territorios de Bosnia y Herzegovina, arrebatados por Austria.

ORIGENES Y CAUSAS DE LA GUERRA

En medio del choque producido entre los anhelos servios y la política de expansión austro-húngara, surgió la chispa que encendió rápidamente la guerra mundial.

El 28 de junio de 1914 hacía una visita oficial a la ciudad de Sarajevo, capital de Bosnia, el archiduque heredero de Austria, Francisco Fernando, a quien acompañaba su esposa, la condesa de Chotek. Sobre el coche archiducal cayeron varias bombas, al mismo tiempo que un estudiante llamado Prinzip, afiliado al anarquismo, disparaba con su revólver y mataba a los archiduques. Hay quien sostiene—la sospecha parece bastante infundada—que la propia policía austriaca fué la que organizó el atentado, creyendo que todo quedaría en una farsa y que ello serviría de pretexto para declarar la guerra a la pequeña Servia. Lo más verosímil es suponer que el atentado se fraguó en alguna sociedad secreta servia, violentamente patriótica, y que, una vez cometido, vió Austria en él un motivo suficiente para realizar la política que Alemania apoyaba de expansión hacia Turquía, a fin de conseguir la anulación de la fuerza balcánica.

Cuando unidos los pueblos balcánicos—Servia, Bulgaria y Montenegro—con Grecia se lanzaron a la guerra contra los turcos—guerra de 1912—, Alemania y Austria creyeron que podrían contar con una victoria turca, y que, por tanto, encontrarían ocasión propicia de extender los dominios de Europa central hacia Oriente con poco riesgo y escaso esfuerzo. Pero la grave derrota que los turcos sufrieron y el re-

parto que de la Turquía europea hicieron entre sí los vencedores, obligaron a Austria a tener una política más dura y más vigilante sobre sus vecinos los pueblos balcánicos.

De pronto, en pleno reparto de los despojos turcos, pelean entre sí los vencedores. Todos querían llevarse la mejor parte, y acabaron declarándose la guerra. Bulgaria, que tenía la principal fuerza militar, atacó a servios y griegos, apoyada en secreto por Austria. Pero la intervención de Rumania produjo la derrota de los búlgaros. Ahora bien; Austria no podía consentir que se crease una Gran Servia, y, por otra parte, le convenía mantener la discordia y la irritación entre los pueblos balcánicos, pues esto la favorecía, y podía en alguna ocasión permitir a Austria una victoria fácil.



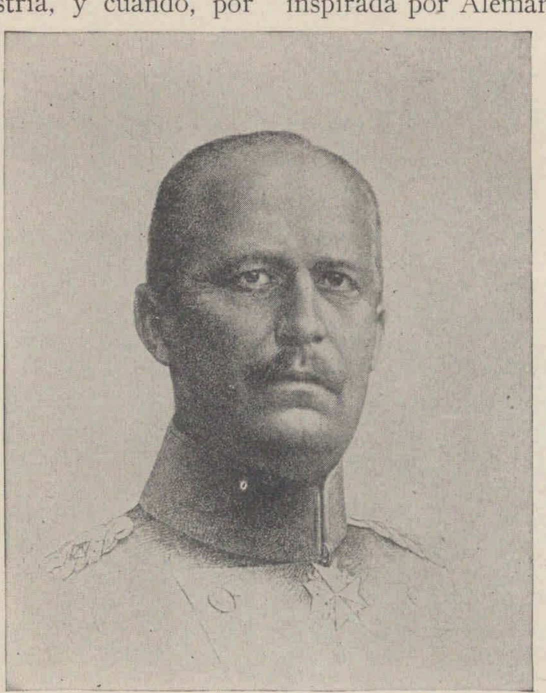
Artillería ligera haciendo fuego en campo abierto.

En resumen: lo que Austria pretendía en los Balcanes era ni más ni menos que apoderarse de una buena parte de los frutos que la victoria sobre Turquía había proporcionado a los servios.

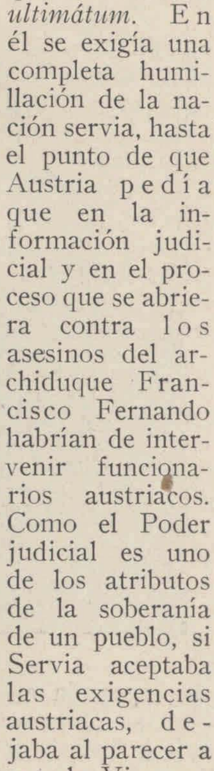
A esto se añadía la entrañable amistad de Alemania con Turquía, pues Guillermo II tenía en el Imperio otomano una considerable fuerza, que podría utilizar a su antojo contra los propios Balcanes y contra Rusia, además de servirse de las costas para amenazar la hegemonía de Inglaterra. Por ello se dedicaba el káiser a favorecer cuanto podía al Imperio turco, separándolo hábilmente de Francia, a la que le había unido antaño gran amistad, y organizando, con medios alemanes, un ejército que, como se vió en la gran guerra, podía llegar a ser temible en las batallas.

De este modo constituída la alianza de Alemania, Austria e Italia contra la triple inteligencia de Francia, Rusia e Inglaterra, creía Alemania que la balanza se inclinaría a su lado en cuanto añadiese al pacto de la Tríplice una inquebrantable adhesión de Turquía y un compromiso de apoyar a los alemanes cuando hubiera sonado la hora de las batallas. Divididas las más grandes fuerzas de Europa en esos dos bandos, Alemania colmó la medida de la inquietud y del desequilibrio cuando el mundo pudo observar que su protectorado moral sobre Turquía no tenía otro objeto que preparar una formida-

ble expansión guerrera y económica hacia Arabia, hacia Egipto y hacia la India. Con ello daría un golpe en medio del corazón a la inmensa fuerza del Imperio británico, y, logrado esto, ya nadie se atrevería a levantar la cabeza ante la espada de Alemania. Tal era la situación de Europa cuando cayó muerto en Sarajevo el archiduque Francisco Fernando de Austria, y cuando, por consecuencia del atentado, Austria se dispuso a humillar y, si era preciso, a aplastar a Servia. ¿Quién se cruzaría en el camino que el Imperio austro-húngaro, apoyado por Alemania, iba a recorrer?



Retrato del general Ludendorff, jefe del Gran Estado Mayor alemán durante gran parte de la guerra, y acaso la persona que más hizo por sostener y encauzar las enormes energías que su país consumió en la terrible contienda. Sus notorios errores no empañarán lo más mínimo el juicio que merecerá a la Historia.



No debe olvidarse que cuando Austria, envalentonada por el apoyo de Guillermo II, arrebató a Servia las provincias de Bosnia y Herzegovina, Rusia protestó. Bien es verdad que de nada sirvió entonces la protesta. Pero más tarde Rusia declaró que no podría tolerar ningún atropello contra uno de los pueblos balcánicos pertenecientes a la gran familia eslava. Así, pues, Rusia sería la que había de oponer un muro diplomático a las pretensiones de Austria y Alemania, la que, al saltar ese muro, provocaría la gran conflagración mundial. Puede decirse que, en líneas generales, la declaración de guerra entre los grupos de las potencias más fuertes de Europa fué un episodio más, el último episodio, de la guerra balcánica de 1912.

Desde el 28 de junio, fecha de la muerte violenta del archiduque Francisco Fernando, hasta el 23 de julio del mismo año de 1914, Europa sintió la terrible inquietud de no saber lo que ocurriría. Fuerzas misteriosas trabajaban en diversos sentidos, y mientras unos se esforzaban en mantener la paz, otros atizaban en la sombra las pasiones de la guerra.

Por fin, el día 23 de julio, Austria, inspirada por Alemania, envió a la pequeña Servia un *ultimátum*. En él se exigía una completa humillación de la nación servia, hasta el punto de que Austria pedía que en la información judicial y en el proceso que se abriera contra los asesinos del archiduque Francisco Fernando habrían de intervenir funcionarios austriacos. Como el Poder judicial es uno de los atributos de la soberanía de un pueblo, si Servia aceptaba las exigencias austriacas, dejaba al parecer a disposición del Gobierno de Viena su administración de justicia, y, por tanto, renunciaba a su soberanía. He ahí por qué parecía absolutamente imposible que Servia aceptase el *ultimátum*. A pesar de todo, el Gobierno de Servia, aconsejado por los representantes de Francia, Inglaterra y Rusia, aceptó las condiciones de Austria, formulando solamente ligeras reservas acerca de algunos puntos. La contestación de Austria, incomprensible, asombrosa, fué la declaración de guerra.

Este golpe dirigido contra Servia alcanzaba, en realidad, también a Ru-

sia, y al saberse en Rusia que Austria-Hungría ordenaba la movilización de sus tropas, y que, además, también se movilizaba en secreto el ejército alemán, se ordenó, por un decreto del zar Nicolás II, que se prepararan todos los ejércitos de mar y tierra del Imperio ruso.

El 28 de julio se declaró la guerra austriaca contra Servia, y fué bombardeada por monitores austriacos la ciudad de Belgrado; el 29 se hizo la movilización austro-húngara hacia las fronteras de Rusia; el 30 de julio se moviliza el ejército alemán, y ese mismo día adopta igual resolución el ruso. El 31 de julio Alemania, en vista de que Rusia moviliza y de que Francia adopta asimismo algunas medidas de precaución, dirige un doble *ultimátum* a ambas potencias. El 1 de agosto declara Alemania la guerra a Rusia; el 3 del mismo mes declara la guerra a Francia. Mientras tanto, el gran enigma, el terrible enigma era la actitud de Inglaterra. ¿Se inclinaría del lado de Rusia y Francia, puesto que con ellas había pactado amistad? ¿Se mantendría neutral ante la pelea? Durante los preliminares diplomáticos de la declaración de guerra, el Gobierno inglés había hecho sobrehumanos esfuerzos para evitar la lucha. El pueblo era en Inglaterra opuesto a toda violencia. Quizá por estas razones Alemania había creído de buena fe que Inglaterra no modificaría su actitud pacífica. Pero he aquí que en el día 2 de agosto, Alemania pide a Bélgica que deje pasar a través de su territorio las tropas imperiales. Bélgica replica que no puede consentir semejante cosa, porque eso equivaldría a perder su independencia. Entonces Alemania, a pretexto de que los franceses tratan de cruzar el río Mosa, declara la guerra a Bélgica, rompe todos los pactos que garantizaban la neutralidad del suelo belga y avanza sobre él. Inglaterra en tal ocasión considera que no puede tolerar semejante atropello al derecho de gentes y de un pueblo pequeño, y después de haber agotado todos los recursos para evitar que Alemania desencadenara los horrores de tal conflagración, decide, en ocasión memorable (4 de agosto), que se declare la guerra contra el Imperio alemán, colocándose, por tanto, al lado de Francia y de Rusia.

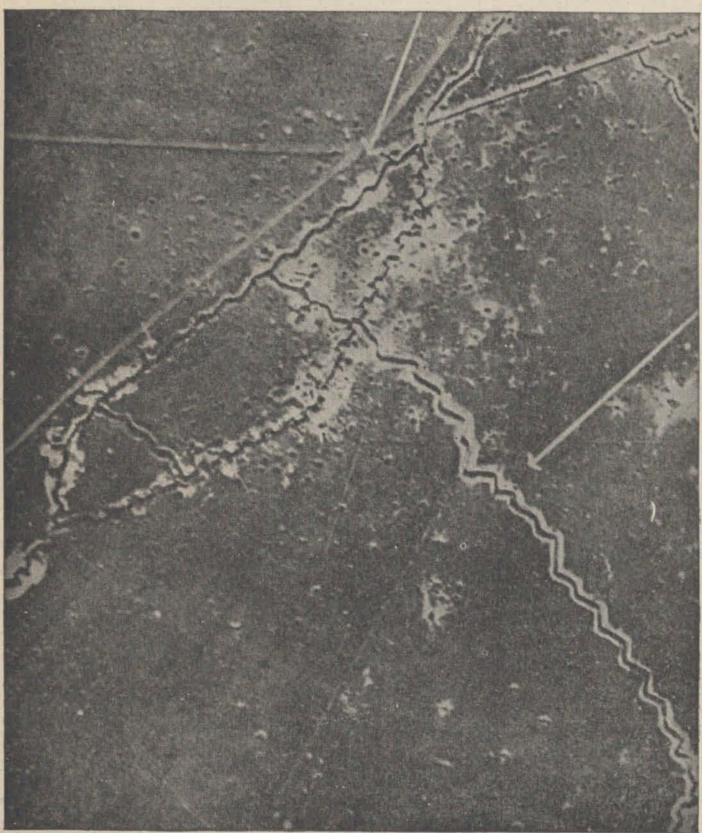
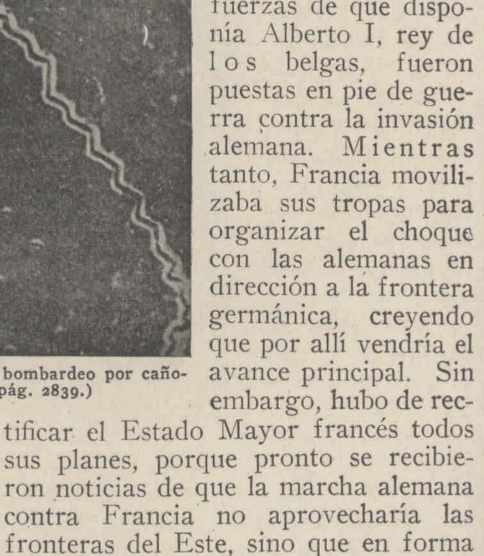


El mariscal Foch, jefe del Estado Mayor del ejército de Francia. Su nombramiento como generalísimo de las fuerzas aliadas señala el principio de la campaña final de la victoria.

Otro de los hechos culminantes de ese momento de la declaración de guerra es que de las tres naciones que formaban bloque con Alemania, una, la que siempre había producido sospechas en el ánimo del káiser, Guillermo II, se negaba a entrar en la guerra al lado de sus aliados y declaraba su neutralidad; esta nación era Italia. Así estalló la más vasta conflagración que han conocido los siglos y comenzó la tremenda guerra, en la que lucharon: de un lado, Alemania y Austria-Hungría, y del otro, Rusia, Francia, Inglaterra, Bélgica y Servia.

DESARROLLO DE LA GUERRA DESDE 1914

La guerra comenzó en Occidente. Chocaron los ejércitos de Francia y de Alemania. Esto respondía al plan alemán, según el cual se debía destruir el ejército francés en seis semanas, y volver luego todas las fuerzas imperiales contra Rusia, a la que, en tal caso, no sería difícil derrotar. El entusiasmo que la declaración de guerra produjo en Alemania fué indescriptible. Se creía en una victoria inmediata y se esperaba que ésta fuese la ocasión de aplastar para siempre a Francia y a Inglaterra.

Fotografía aérea de unas líneas de trincheras antes del bombardeo por cañones de largo alcance. (Véase figura de la pág. 2839.)

En Francia, donde se conocía la formidable potencia del ejército alemán, produjo la noticia de la guerra un efecto de estupor; pero pronto reaccionó el pueblo francés y se dispuso a luchar hasta la muerte. En ningún momento de su vida habría parecido más frívola Francia. Todos esperaban que sería incapaz de combatir. ¡Gloriosa lección la que los franceses preparaban al mundo entero! El presidente de la República francesa, M. Poincaré, y el presidente del Consejo de ministros, M. Viviani, se encontraban en Rusia en visita oficial a la corte de los zares. Precipitaron su regreso, en vista del giro que los acontecimientos tomaban. Y ya estaban de vuelta en París antes del 1 de agosto.

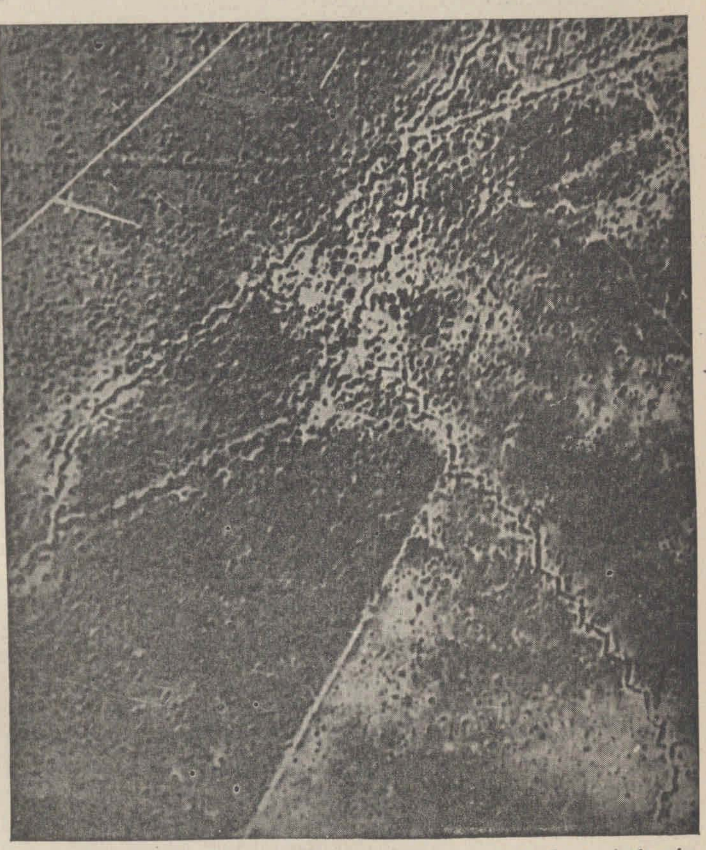
Se inició el choque occidental por medio de un avance alemán contra la fortaleza belga de Lieja; el día 3 de agosto comenzó el ataque. Todas las fuerzas de que disponía Alberto I, rey de los belgas, fueron puestas en pie de guerra contra la invasión alemana. Mientras tanto, Francia movilizaba sus tropas para organizar el choque con las alemanas en dirección a la frontera germánica, creyendo que por allí vendría el avance principal. Sin embargo, hubo de rectificar el Estado Mayor francés todos sus planes, porque pronto se recibieron noticias de que la marcha alemana contra Francia no aprovecharía las fronteras del Este, sino que en forma de arco bajaría sobre París, atravesando las pacíficas tierras de Bélgica. Alemania, que había anunciado su propósito de movilizar ocho, nueve o diez millones de hombres si era necesario, para aplastar a todos sus enemigos, y que poseía cantidades de material de guerra increíbles, tanto en cañones

como en fusiles, ametralladoras y municiones, reunió en la frontera de Bélgica y de Francia millón y medio de hombres en el plazo de doce días. Estos hombres estaban divididos en ocho ejércitos, encomendados, respectivamente, a los generales von Klück, von Bülow, von Haussen, duque de Wurtemberg, príncipe heredero Federico Guillermo de Prusia, príncipe Ruperto de Baviera, von Heeringen y von Deimling. La línea que formaban esos ejércitos iba desde las cercanías de Lieja hasta las montañas de la Alsacia.

Francia, por su parte, solamente podía oponer 800.000 hombres al ejército alemán, y aunque estaba apoyada por Inglaterra, poco podía esperar de ésta en aquellos primeros tiempos. Las líneas francesas estaban divididas en seis ejércitos, que mandaban los generales Pau, Dubail, Castelnau. Ruffey, Langle de Cary y Laurezac. Esta línea estaba tendida desde Rocroi hasta Belfort.

Los belgas movilizaron 120.000 hombres para oponer resistencia a la tromba de combatientes alemanes. En estas condiciones se rompió el fuego de la batalla.

El primer asalto, como ya se ha dicho, fué realizado contra Lieja. El día 7 cayó la fortaleza en manos de los alemanes, quedando prisionero de los vencedores el general Leman, defensor de la ciudadela. Siguieron avanzando las tropas alemanas y extendiéndose por todas las comarcas belgas. El día 20 fué ocupada por tropas de Guillermo II la capital belga: Bruselas. Ese mismo día los ejércitos alemanes más poderosos se arrojaban sobre Namur y rechazaban sobre la zona minera y la ciudad de Charleroi a las tropas francesas, que a toda prisa habían tenido que rectificar su primera movilización y acudir a Bélgica, en vista de que por allí se les venía la tempestad devastadora de la invasión alemana. El citado día 20 comenzó por un gigantesco choque de masas enemigas la famosa batalla de Charleroi.



Fotografía aérea de las mismas líneas representadas en la figura de la pág. 2838, después de bombardeadas. Se ve bien cómo las explosiones de las granadas han borrado casi las líneas en zigzag que formaban las trincheras.

En el momento de comenzar el combate llegaron en auxilio de los franceses las primeras tropas inglesas, calculadas en 60.000 hombres y mandadas por el general French, que más tarde fué ascendido a mariscal. Como generalísimo de las tropas alemanas figu-

raba el mariscal Moltke, sobrino de aquel famoso Moltke que en 1870 derrotó a los ejércitos de Napoleón III y consiguió un gran triunfo para la corona de Prusia. Al frente de los ejércitos aliados figuraba el generalísimo francés Joffre, a quien los soldados conocían por el nombre de «El Buen Padre». Duró la batalla de Charleroi desde el 20 al 24 de agosto. Combatieron todos los ejércitos con feroz energía; pero, al anochecer del día 24, los franceses e ingleses tuvieron que darse por vencidos en aquel choque y retirarse a toda prisa hacia el Sur. Todo el Brabante y toda la región del Sambre y del Mosa quedaban en manos de Alemania, y comenzaba veloz y trágico el avance imperial hacia París, capital de Francia, bajo cuyo Arco del Triunfo quería desfilar el emperador Guillermo al frente de sus poderosísimos ejércitos.

Poco antes de esa batalla de Charleroi habían intentado los franceses invadir comarcas alemanas por la frontera del Este; pero en todas sus intentonas fracasaron y tuvieron que replegarse a sus posiciones. En muy pocos días, los alemanes, atravesando como una tromba todo el norte de Francia, se plantaron en las puertas de París. Había puntos en que sólo les separaban de la capital unos 30 kilómetros de distancia. La línea alemana de marcha se extendía desde París hasta Nancy, y trataba de envolver a todo el ejército francés al mismo tiempo que atacaba a París, cercaba la ciudad y creía poder conquistarla en pocos días. Comarcas y ciudades riquísimas de Francia fueron cayendo en manos alemanas como racimos. Maubeuge, Tourcoing, Lille, Roubaix, Arras, Cambrai, San Quintín, Guise, Valenciennes, Lens, Laon, Reims, Charleville, Sedán y otras muchas quedaban bajo la mano imperial de Guillermo II. Todo daba a entender que el ejército alemán era invencible.

De pronto, las tropas del príncipe Ruperto de Baviera se lanzan violentísimamente contra las fortificaciones de Nancy, que estaban guardadas por el ejército francés del general Castelnau. El choque fué espantoso, y al cabo de cuatro días de lucha los alemanes tuvieron que renunciar a la conquista. Ello no hizo sin embargo, mella alguna en el avance aleman sobre Paris. Y cuando el mundo entero aguardaba la noticia de la caída de la capital de Francia se recibió un comunicado oficial del Estado Mayor de Francia anunciando que en toda la línea, a lo largo de las llanuras francesas, desde París hasta la frontera alemana, se había trabado una tremenda batalla, en la cual los atacantes eran los ejércitos franco-ingleses. El generalísimo Joffre, aprovechando una mala situación de las líneas enemigas, había ordenado un ataque fulminante por el flanco derecho alemán; ataque que fué mandado por el general Manoury, que al frente del sexto ejército, de nueva creación, y apoyado por tropas frescas que desde París le enviaba en automóviles el general Gallieni, gobernador de la plaza, cayó como un rayo sobre la retaguardia del primer ejército alemán, que mandaba von Klück.

El Gobierno de la República francesa, en vista de la proximidad de los alemanes y de la posibilidad de que París cayera en sus manos, se trasladó a Burdeos, con el fin, según declaró, de seguir trabajando por la defensa nacional.

El 6 de septiembre dió comienzo el gran choque a que aludimos, choque conocido universalmente con el nombre de batalla del Marne. Merece ser conocida la orden del día con que el generalísimo francés animó a sus tropas para el combate. Decía así: «En el momento en que se empeña la batalla de la cual depende la salvación del país, no es ocasión ya de mirar hacia atrás. Todos los esfuerzos deben ser consagrados a atacar y a rechazar al enemigo. Toda tropa que no pueda avanzar deberá, cueste lo que cueste, conservar el terreno conquistado y dejarse matar en él antes que retroceder.» Esta orden del día inflamó el espíritu de los soldados franceses. Desde el día 6 de septiembre hasta el día 12 del



Explosión de una mina, preliminar a un asalto.

mismo mes, en que terminó la batalla, ochocientos mil franceses y sesenta mil ingleses pelearon furiosamente contra un millón de alemanes, y al terminar la batalla, las tropas del emperador Guillermo II habían tenido que retroceder cien kilómetros, sufriendo la derrota más grande de sus días y acaso la que decidió completamente el curso de la guerra. París estaba salvado y Francia se veía capaz de alcanzar la victoria, aun luchando contra aquel ejército de titanes. La impresión que esta victoria de Francia produjo en el mundo entero fué tal, que desde aquel momento el ejército alemán pasó a ser considerado en muchos centros como predestinado a la derrota final.

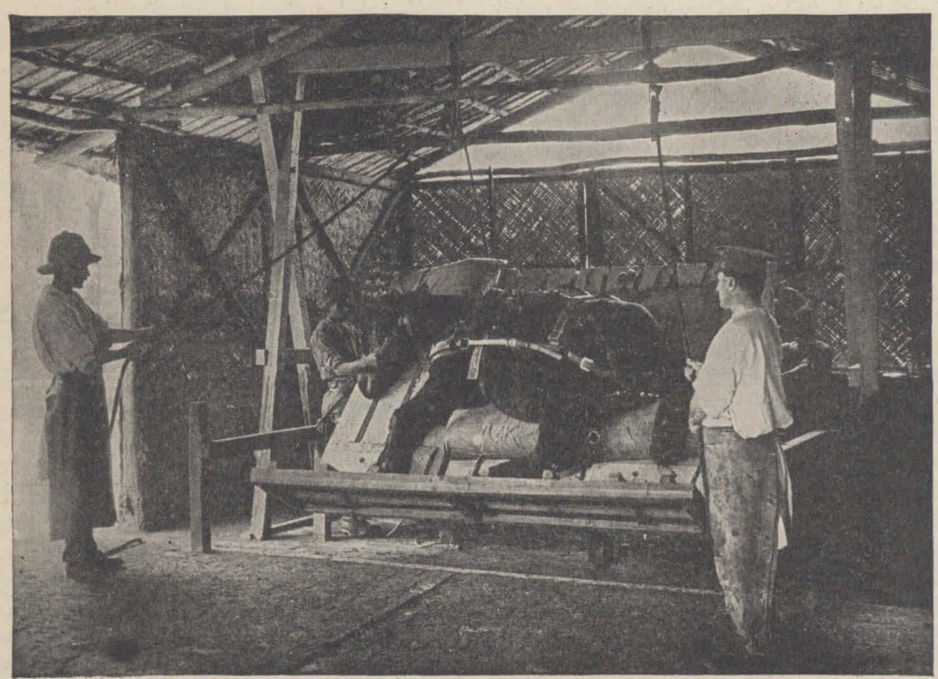
Al replegarse los alemanes derrotados se acogieron a la línea de defensa que les deparaba el río Aisne, donde fueron nuevamente atacados por los franceses. Pero esta vez el ejército francés se encontraba muy fatigado por el esfuerzo anterior y no pudo desalojar a los alemanes de sus posiciones, a pesar de la violencia de los combates librados del 9 al 30 de septiembre. Fueron corriéndose las líneas aliadas, y a la par las líneas alemanas, hacia el Norte, en dirección de Bélgica, aunque sin lograr ninguna de las dos fuerzas envolver a la contraria. Así llegaron a territorio belga, precisamente en el momento en que se anunciaba al mundo la toma de la gran fortaleza belga de Amberes por el ejército alemán. En este cerco y en esta victoria utilizó Alemania por primera vez los monstruosos cañones de 42, que lanzaban a enorme distancia proyectiles de más de un metro de altura y de 420 milímetros de diámetro.

Las tropas belgas que se habían refugiado en Amberes abandonaron la plaza y descendieron hacia la frontera francesa, en donde se unieron a las tropas franco-inglesas, que subían desde el Aisne. Formaron juntas una línea a lo largo del canal belga del Iser, y allí, bajo el mando coordinador del general Foch, ofrecieron resistencia a

la avalancha alemana, que quería arrollar a sus enemigos y penetrar en los puertos de Calais y Dunquerque, desde donde les sería fácil amenazar a Inglaterra. Chocaron nuevamente las masas enemigas, que sacaban fuerzas de flaqueza y procuraban sobreponerse a las fatigas, a pesar de que el choque del Iser era el tercero que se libraba sin descanso alguno. Los preparativos de la batalla ocuparon a los alemanes hasta el 25 de octubre, y en este día se lanzaron al asalto. El choque duró hasta el 15 de noviembre, y se calcula que en esos días se dieron más de mil asaltos por parte del ejército alemán. El 15 de noviembre, los alemanes cedieron en sus ataques y desistieron de romper la línea franco-anglo-belga. Las pérdidas que habían sufrido eran espantosas, y así, después de las batallas de Charleroi, del Marne, del Aisne y del Iser, se iniciaba por parte de los dos ejércitos combatientes un período de descanso. Como resultado de esta primera etapa de la guerra, Alemania comprobaba que tenía que renunciar a victorias fáciles y que París se le escapaba de las manos. Por su parte, los aliados, convencidos de su fuerza y de la necesidad de oponerse a los alemanes, firmaban un compromiso, conocido con el nombre de «Declaración de Londres», por el cual quedaban todos obligados a luchar juntos hasta el fin, sin que a ninguno de ellos le fuera posible firmar por separado la paz con Alemania.

LA GUERRA EN EL FRENTE ORIENTAL

Desde primeros de agosto se luchaba tenazmente en el frente oriental. Los austriacos atacaron a los servios después de bombardear Belgrado. Avanzaron a través de las abruptas montañas de aquel país balcánico, y lograron rechazar a los servios mediante un doble ataque del general austriaco Potiorek, que se ejecutó brillantemente. La invasión tropezó dos veces con una tenacísima resistencia de los soldados servios, a quienes mandaba el general Putnik, inmediatamente a las órdenes del príncipe heredero, Alejandro de Servia. En la tercera invasión austriaca, la resistencia enemiga aumentó, y lanzados los servios al contraataque,



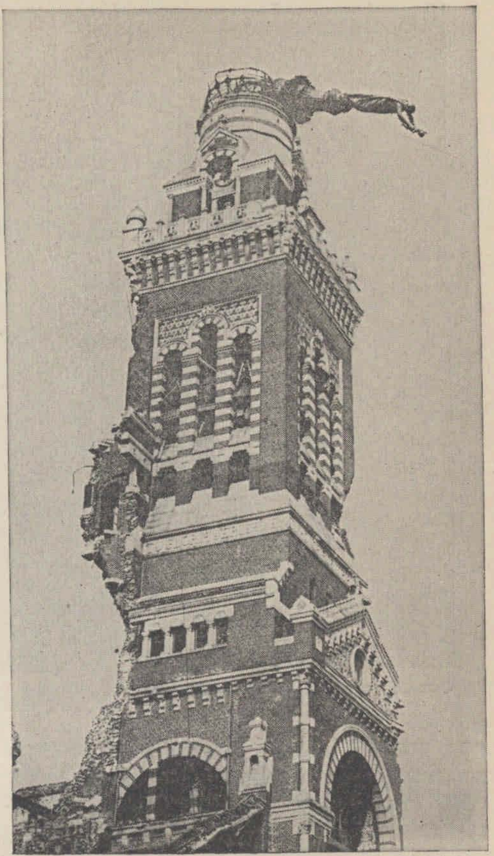
Un caballo en la mesa de operaciones durante la campaña en Mesopotamía.

produjeron tal derrota al general Potiorek, que hubo de abandonar en manos de los balcánicos sesenta mil prisioneros austriacos. Este golpe fué importante en la marcha de las operaciones austriacas.

El resto del ejército austriaco se había encaminado desde los primeros días a la frontera rusa, con objeto de impedir que los inmensos ejércitos del zar Nicolás II avanzasen sobre los dos Imperios centrales coligados. Alemania había dejado en sus fronteras con Rusia un ejército pequeño, pues, ante todo, quería aplastar definitivamente a Francia, y para ello había transportado sobre el frente occidental casi todos sus efectivos.

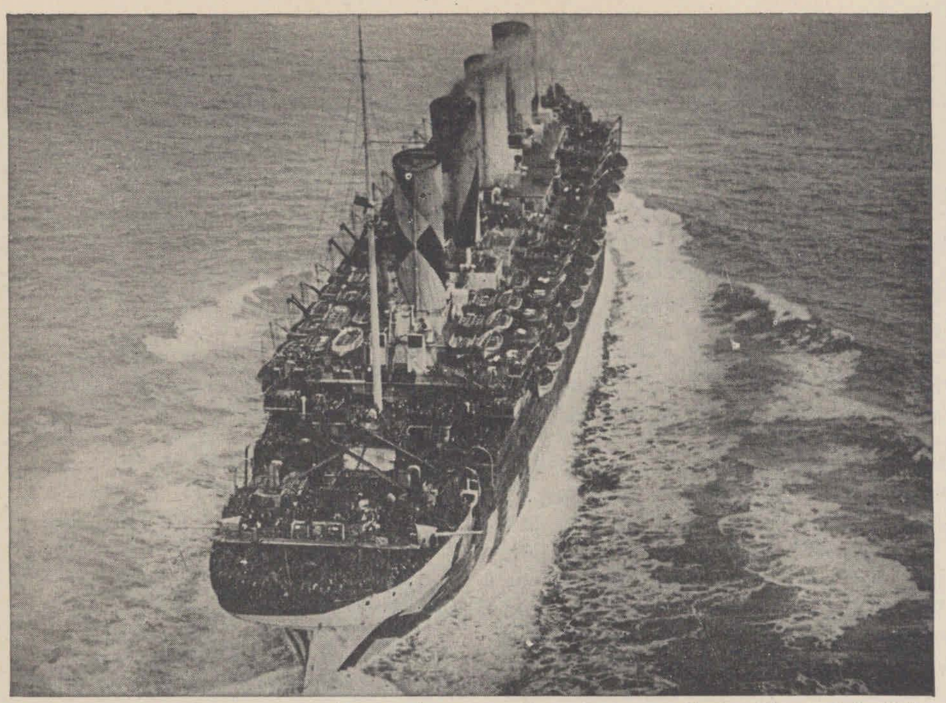
Confiaba grandemente el Imperio alemán en que se bastaría Austria para tener a raya a los moscovitas. No fué así. Toda la fortísima artillería que habían producido las fábricas austro-húngaras de Skoda y toda la infantería del emperador Francisco José no lograron impedir que los rusos iniciaran grandes batallas. En el norte de la línea oriental, sobre las fronteras ruso-alemanas, los generales rusos Renenkampf y Sasonoff atacaron con grandes masas de caballería, mientras que en el sur de esa línea otros dos generales, Brusilof y Ruski, destrozaron completamente al ejército austriaco de vanguardia, tomando al asalto la ciudad de Lemberg, invadiendo toda la Galitzia y poniendo cerco a la plaza fuerte de Przemysl. Esto ocurría desde el 20 de agosto hasta el 28 de septiembre.

En ese mismo período, el ataque moscovita, que se había iniciado al norte de la línea contra las tropas alemanas, acabó en una gran derrota rusa. Las masas de caballería de Renenkampf tuvieron que retirarse diezmadas ante el fuego alemán. Los ejércitos de Sasonoff eran aniquilados, y el propio Sasonoff quedaba muerto en el campo de batalla. Estos hechos dieron a entender claramente la enorme superioridad del mando y del ejército alemán sobre el mando y el ejército austro-húngaro. Y en consecuencia, Alemania y Austria se pusieron de acuerdo para entregar el mando de los dos ejércitos coligados en el frente oriental al mariscal Hindenburg, vencedor de Renenkampf y de Sasonoff en los campos de Tannenberg y de los pantanosos lagos de Masuria.



La torre de la iglesia de Albert, en el frente belga. Emocionaba ver cómo dejó el bombardeo alemán le efigie dorada de la virgen que coronaba el edificio. Entre las tropas aliadas fué mucho tiempo creencia general que la caída de la imagen marcaría el fin de la gran contienda.

Bien se dió cuenta Alemania de que, habiendo perdido la batalla principal en Francia—batalla del Marne—, y no habiendo podido los austriacos evitar el avance ruso, corrían gravísimo peligro las fronteras alemanas por el lado de Rusia. La enorme capacidad de movilización de hombres que se concedía al Imperio ruso hacía pensar que en poco tiempo el zar lograría lanzar contra Alemania y Austria-Hungría masas colosales de combatientes, armados



Una de las grandes ventajas conseguidas por la supremacía naval: el transatlántico *Olympic*, de la White Star Line, transportando tropas.

con material que Francia e Inglaterra se encargarían de enviar a Rusia. Para conjurar este tremendo peligro, el Estado Mayor alemán, y sobre todo el generalísimo de Oriente, mariscal Hindenburg, concentró todos sus ejércitos orientales y se lanzó sobre la Polonia rusa, librando una de las batallas más sangrientas de la guerra. En lo más arduo de la batalla fueron cercadas, en el camino de Varsovia, las tropas alemanas que mandara el general Mackensen, y se creyó que allí habrían de capitular; pero la gran capacidad militar del mando alemán logró deshacer el peligro, romper las líneas rusas y seguir avanzando.

Consiguieron rehacerse los rusos y oponerse al avance alemán, al mismo tiempo que en el sur de la línea, en la región de Transilvania, los austriacos sufrían constantes derrotas, producidas por los rusos. Así terminó en Oriente la campaña de 1914. En el Extremo Oriente, el Japón, fiel a su alianza con Inglaterra, conquistó en ocho días la colonia alemana de Kiao-Chao.

TURQUIA ENTRA EN LA GUERRA

En el otoño de 1914, un nuevo acontecimiento vino a unirse a la gran guerra europea: fué la intervención de Turquía en la contienda, al lado de Alemania y de Austria. Desde 1908, época del triunfo de los «jóvenes turcos» en Constantinopla, Turquía llevaba a cabo una política de amistád hacia Alemania. Varios generales alemanes estaban al frente del ejército otomano. No causó, pues, ninguna sorpresa el hecho de que en el mes de agosto de 1914 dos cruceros alemanes, llamados *Goeben* y *Breslau*, se refugiaran en el puerto de Constantinopla como en casa amiga.

No quisieron llevar los aliados la persecución de estos cruceros hasta dicho puerto, por no atentar contra la neutralidad turca. Pero, en vista de que esos dos cruceros alemanes utilizaban como base naval el puerto de Constantinopla para sus incursiones contra la costa rusa, hubieron los aliados de declarar la guerra a Turquía con fecha 3 de noviembre de 1914.



Camilleros de la Cruz Roja sacando un herido de una trinchera.



Aspecto característico de un puesto de socorro en las inmediaciones de la línea de fuego, donde los heridos recibían los cuidados más necesarios.

© Los señores Brown y Dawson.
Posiciones rusas capturadas en los campos de Galitzia. Es casi imposible descubrir a corta distancia esta línea de trincheras. El corte oscuro en el terraplén indica el emplazamiento de un cañón mecánico.

Alambres enredados en las rocas en un punto elevado del frente italiano.



NUECES, CASTAÑAS Y OTROS FRUTOS SIMILARES

EN las regiones orientales de la América del Norte crecen dos especies de avellanos; la fruta de una de ellas está protegida, además de la cáscara interior, por otra cubierta rizada, de forma redonda, mientras la de la segunda aparece como un tubo prolongado, con la abertura también rizada, Rara vez se cultivan allí tales arbustos, y nunca con la extensión que en ciertos países de Europa.

Se abren sus flores mucho antes de que alcancen las anchas hojas su completo desarrollo; y, aunque el arbusto sea chiquito, es muy estimado, aun prescindiendo de las sabrosas avellanas. Con los delgados tallos se fabrican canastos y cestas; los que son algo más gruesos sirven para hacer aros y postes; y, finalmente, quemando el tronco se obtiene excelente carbón, del que se aprovechan los artistas cuando está convertido en lápices. De las avellanas se extrae aceite de primera calidad, que se utiliza para la pintura y la fabricación de exquisitos perfumes. También produce cierto aceite el arbusto, excelente para curar el dolor de muelas, según se dice.

En otoño cubre el suelo, en ciertas regiones, una alfombra de nueces y otros frutos parecidos, comestibles todos, que se desprenden de las frondosas ramas de ciertos árboles, los cuales pertenecen a la familia de los nogales y son muy grandes y hermosos. En las comarcas meridionales de los Estados Unidos se encuentra la pacana, árbol originario de las orillas del Missouri y del Ohio; su fruto es de forma oblonga, casi cilíndrica, del tamaño de la aceituna con la que ofrece gran semejanza: es muy estimado como comestible. Crece también en la América septentrional el llamado nogal blanco americano, y científicamente *Juglans cinerea*, que produce una nuez oleaginosa y comestible, y el nogal negro, cuyo nombre científico es *Juglans nigra*, uno de los más grandes y hermosos árboles de aquellas regiones. Su altura llega a 20 ó 25 metros y el grueso de su tronco a 1 ó 2 metros de diámetro; su fruto es comestible, pero de menos agradable sabor que el del nogal común, y muy abundante en los Estados Unidos. Crecen allí también varias especies del árbol denominado jícori por los indios, del género *Carya*, y bastante parecido al nogal. Una de éstas, que se llama *Carya alba* o pacana blanca, se encuentra a menudo prestando a las granjas agradable sombra y esparciendo por el suelo sus sabrosas nueces de delgada cáscara; se la reconoce fácilmente a causa de las largas tiras de corteza que cuelgan de la copa, y parecen tejamaniles sueltos. Muy común es el nogal

de Europa, cuyas nueces pueden cascarse fácilmente para extraer el fruto. Antes de secarse, ofrecen el apecto de peras chiquitas, verdes y duras. En algunos países las cogen antes que se forme la cáscara interior, y las conservan en vinagre.

En ciertas regiones del Antiguo Continente constituyen las nueces parte esencial del alimento de los pobres, que las comen en forma de pasta, después que los fabricantes han extraído de ellas el rico aceite que contienen. También suelen comprarlas los labradores para darlas al ganado.

La madera que se obtiene del nogal se cuenta entre las de primera calidad. Con ellas se construyen hermosos muebles: pianos, sillerías, etc., y también los mangos de los fusiles y escopetas. La corteza del árbol y la cáscara verde que cubre la nuez suministran excelente tinte de color oscuro, que suele utilizarse para teñir la madera de tonos claros. De las hojas trituradas se obtiene agradable bálsamo. El nogal alcanza una altura de 30 metros con frecuencia, y si se vende el árbol para sacar de él madera de construcción, puede valer hasta 3.000 pesos oro.

Una de las nueces más sabrosas, aunque más difíciles de cascar, es la del Brasil, llamada también en ciertos países castaña del Brasil, almendra de América, castaña de Marañón, etc. Científicamente se designa el árbol que la produce con el nombre de *Bertolecia excelsa*, y crece en la Guayana francesa, el Brasil y otros países tropicales de la América meridional. Es muy singular esta fruta, porque, provista de tan dura cáscara, cualquiera la creería suficientemente protegida, y sin embargo, dichas nueces, en número de veinte y a veces más, forman un racimo apiñado en el interior de otra grande cáscara más dura todavía. La nuez del Brasil es la semilla del árbol, y está contenida dentro de esa dura cáscara, como el hueso en el melocotón o albérchigo. Esta corteza exterior es de forma redondeada y del mismo color que la del coco. Al madurar la nuez se desprende del árbol; y como éste alcanza a veces más de treinta metros de altura, es en extremo peligroso pasearse a la sombra de estos árboles cuando empiezan a soltar su fruto.

El cacahuete o maní se encuentra en Asia, África y América, y contiene gran cantidad de aceite, que se utiliza principalmente para fabricar jabón.

De todos los frutos similares a la nuez el más apreciado es el coco. El árbol que lo produce, llamado cocotero, crecía primitivamente en la costa de la India Oriental y en las islas de la Oceanía; hoy vegeta en todas las regiones tropicales del mundo. Parece que la Naturaleza le haya dotado de una especie de instinto. Al desprenderse del árbol los cocos, caen algunos en el mar, los cuales son arrastrados por las corrientes marítimas hasta lejanos países; si en ellos encuentran suelo favorable y clima cálido arraigan fácilmente y se transforman en cocoteros, los cuales a su vez esparcen por el suelo o el mar sus frutos. Algunos echan raíces y se convierten allí mismo en árboles, mientras otros emigran a distantes regiones. Merced a ellos hallan los naúfragos alimento y bebida en las islas desiertas a que a veces les conducen los temporales; con razón puede considerarse al cocotero como el bienhechor de aquellos infelices.

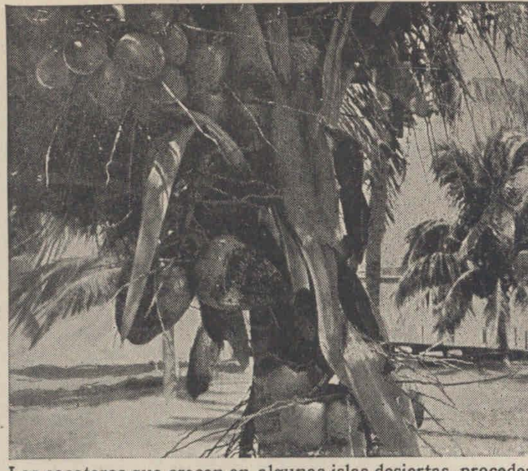
El cocotero, que es una especie de palma, alcanza de 18 a 25 metros de altura, y su tronco tiene unos 45 centímetros de circunferencia. A los siete años empieza a dar fruto el cocotero, y continúa por espacio de setenta u ochenta años más. La dura cáscara del coco está envuelta en una apretada cubierta de fibra, con la cual se fabrican ciertas esterillas, protegiendo así doblemente el fruto contra algunos insectos dañinos que llegan a agujerear la cáscara de la avellana americana. Llegado a su completo desarrollo el cocotero produce de 80 a 200 cocos anuales. Las hojas secas del árbol, que llegan a 30 ó 35 centímetros de largo, se utilizan como paja para cubrir el techo de las chozas en ciertos países, y con la fibra y las

LAS CURIOSAS NUECES DEL BRASIL

La flor que produce la nuez del Brasil brota en las ramas de un árbol que alcanza hasta 30 metros de altura. Como vemos en el grabado, cada flor se transforma en una cáscara que contiene unas catorce nueces, provistas todas de su correspondiente corteza. La cubierta exterior de estas nueces es dura como la roca.

EL COCOTERO Y SU UTILÍSIMO FRUTO

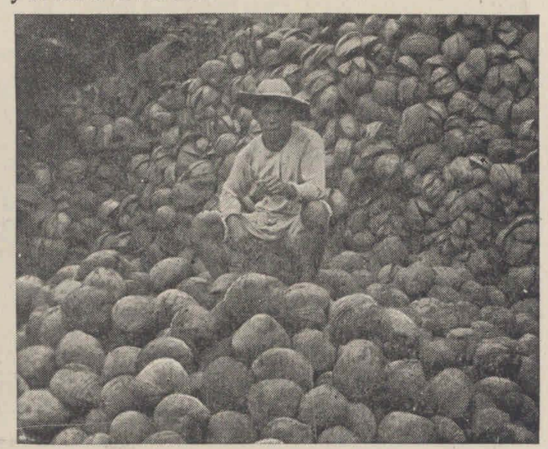




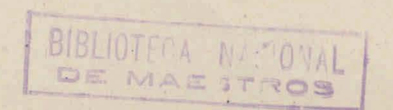
Los cocoteros que crecen en algunas islas desiertas, proceden tal vez de cocos, trasladados allí por las corrientes marítimas.



Los cocos ya maduros son despojados de su corteza fibrosa y enviados al mercado.



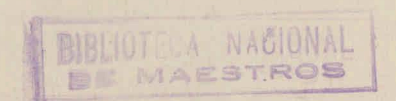
El cocotero puede crecer hasta 25 metros; todas las partes de este árbol son utilizadas para algo.



Esta especie de avellanas de cubierta prolongada es conocida en América, pero es más común en Europa.



Estas avellanas, que forman grupos de dos o tres, están protegidas por una cubierta redonda y bastante rizada; son muy abundantes en las regiones meridionales de Europa.



DOS ESPECIES DE CASTAÑAS



Castañas comestibles que se dan en América y Europa. La madera del castaño es muy apreciada.

La carne de estas castañas es áspera y venenosa. El árbol se emplea para adorno de paseos y jardines.

NUECES CUBIERTAS DE SU CÁSCARA VERDE

Antes de llegar el fruto a sazón, se hacen con él conservas en vinagre en algunos países. Es famoso el nogal por la excelente madera que produce, con la que se fabrican hermosos pianos y toda suerte de muebles.

EL ALMENDRO: FLORES Y FRUTOS



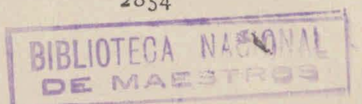
El almendro comienza cubriéndose de flores blancas y hermosísimas, que son en breve reemplazadas por una diminuta cáscara, la cual se va endureciendo y aumentando con la almendra dentro.



¿Quién no ha visto y admirado un campo de almendros en flor? Se diría que los árboles están cubiertos de nieve levemente teñida de rosa, pronta a desaparecer a los primeros soplos de las brisas primaverales.



El hombre convirtió el amargo y venenoso fruto del almendro en las sabrosas almendras que hoy tenemos.



hojas más chiquitas se fabrican biombos, esterillas, cestas y otros varios objetos.

La leche de coco no es otra cosa que el jugo del fruto que produce el cocotero. Las frutas de carne blanda tienen distribuído el jugo por todas sus partes, pero el coco, cuya carne se encoge y va adquiriendo dureza a medida que se desarrolla, lo tiene recogido en el centro.

Muy importante es el comercio de cocos, porque de ellos se extrae excelente aceite que se emplea para lámparas, en la composición de ciertos ungüentos y también como medicina. Sirve además para fabricar jabón, que produce espuma aunque se lave con agua del mar, al revés del jabón ordinario, completamente inútil en tal caso. Se necesitan siete u ocho cocos para obtener un litro de aceite. Puede esculpirse también y bruñirse la cáscara de este fruto.

Las castañas de gran tamaño que se venden crudas o asadas en algunos países, y también convertidas en la deliciosa golosina llamada *marrón glacé*, provienen de las regiones meridionales de Europa. Crecen cubiertas de una cáscara espinosa, cada una de las cuales contiene tres castañas, y el árbol que las produce es grande y muy hermoso. En algunos países de Europa los pobres asan las castañas o las ponen a cocer como si fueran patatas, y moliéndolas luego, obtienen así harina que convierten en pan. En la América del Norte suelen ser más pequeñas las castañas, sobre todo las que produce el chincapin, nombre que los indios dieron a una especie de castaño enano, llamado científicamente *Castaña pumila*, que crece, en especial, en las comarcas orientales de los Estados Unidos. Aunque chiquitas tienen estas castañas sabor más fino que las comunes. La madera del castaño se corta con gran facilidad: tiene hermoso grano y se emplea para las traviesas de ferrocarril, el interior de las casas, la construcción de muebles y otros usos parecidos. Las sabrosas almendras que comemos hoy, se deben al ingenio y cuidado del hombre. Hubo un tiempo en que toda clase de almendras eran amargas y venenosas. Los almendros son originarios del África, pero se han trasplantado a Italia y otras regiones de clima benigno y suave.

Este árbol pertenece a la misma familia que el albérchigo o melocotonero, aunque en lugar de encerrar el hueso en la fruta, tiene ésta cubierta de una cáscara, que se encoge y agrieta al alcanzar su sazón la almendra. La almendra amarga produce excelente aceite, y con la madera del árbol se fabrican hermosas obras de ebanistería.





«RECOGIENDO ESPLIEGO»—CUADRO DE FEDERICO MORGAN

ESTUDIA

Elías Calixto Pompa, poeta venezolano (1834-1887), expone en esta serie de tres sonetos sus ideas acerca del empleo más noble que puede dar el hombre a la vida: de niño, enriquecer su mente con el estudio; de joven y en la edad viril, trabajar activo, para tener la satisfacción de conquistarse el bienestar y la independencia, gracias al propio esfuerzo; y, ya anciano, gozando en paz del merecido descanso, ilustrar a la juventud con la luz de sus sabios consejos.

ES puerta de luz un libro abierto:
Entra por ella, niño, y de seguro
Que para ti serán en lo futuro
Dios más visible, su poder más cierto.

El ignorante vive en el desierto
Donde es el agua poca, el aire impuro;
Un grano le detiene el pie inseguro;
Camina tropezando; *¡vive muerto!*

En ese de tu edad abril florido,
Recibe el corazón las impresiones
Como la cera el toque de las manos:

Estudia, y no serás, cuando crecido,
Ni el juguete vulgar de las pasiones,
Ni el esclavo servil de los tiranos.

TRABAJA

TRABAJA, joven, sin cesar trabaja:
La frente honrada que en sudor se moja,
Jamás ante otra frente se sonroja,
Ni se rinde servil a quien la ultraja:

Tarde la nieve de los años cuaja
Sobre quien lejos la indolencia arroja;
Su cuerpo al roble, por lo fuerte, enoja;
Su alma del mundo al lodazal no baja.

El pan que da el trabajo es más sabroso
Que la escondida miel que con empeño
Liba la abeja en el rosal frondoso;

Si comes ese pan serás tu dueño,
Mas si del ocio ruedas al abismo,
Todos serlo podrán, menos tú mismo.

DESCANSA

YA es blanca tu cabeza, pobre anciano;
Tu cuerpo, cual la espiga al torbellino,
Se dobla y rinde fácil; ya tu mano
El amigo bordón del peregrino

Maneja sin compás, y el aire sano
Es a tu enfermo corazón mezquino.
Deja la alforja, ve, ¡descansa ufano
En la sombreada orilla del camino!

Descansa, sí, mas como el sol se acuesta,
Viajero como tú, sobre el ocaso,
Y al astro que le sigue un rayo presta:

Abre así con amor tus labios viejos
Y alumbra al joven que te sigue el paso
¡Con la bendita luz de tus consejos!

MIRAMAR

Miramar es el nombre de un castillo imperial de la Istria (Austria-Hungría), situado cerca de Trieste, a orilla del Adriático. En él residía el archiduque Maximiliano cuando le fué ofrecida la corona imperial de Méjico, en 1863, cuya aceptación fué causa de la trágica muerte del desdichado príncipe, quien, hecho prisionero en Querétaro, fué fusilado por orden de Benito Juárez, el 19 de junio de 1867. A esa sombría tragedia se refiere aquí Carducci, de cuyas « Odas Bárbaras » se ha tomado esta poesía.

OH Miramar, hacia tus blancas torres
Tétricas en el cielo lloviznoso,
Marchan con vuelo de siniestros pájaros
Torvas las nubes.

Oh Miramar, contra esos tus granitos,
Con un bramar de rencorosas almas,
Subiendo grises del airado piélago
Baten las ondas.

Desde el mar en la sombra de las nubes,
Las ciudades torreadas tristes miran,
Mugia y Pirano y Egida y Parenzo,
Gemas del golfo;

Y el mar arroja todas las bramantes
Cóleras contra ese bastión de escollos
Donde te asomas a ambas vistas de Adria
Roca de Habsburgo;

Y truena en Nabresina por la extensa
Ferruginosa costa, y de relámpagos
Ceñida Trieste entre la lluvia, al fondo
Alza la frente.

¡Oh, cómo todo sonreía en aquella
De abril dulce mañana, cuando el blondo
Emperador con la gentil señora
Iba hacia el barco!

A él en el rostro plácida irradiaba
La fuerza del imperio: las pupilas
Cerúleas y soberbias de la bella
Iban al piélago.

¡Adiós, castillo para dulces días
Nido de amor en vano construído!
A los esposos por desiertos mares
Lleva otro viento.

Con ardiente esperanza dejan salas
Historiadas de triunfos, de sapiencia
Nutridas. Al monarca Dante y Goethe
Hablan en vano

Desde animados cuadros: una esfinge
Le atrae con vista móvil a las ondas:
Él cede, y abandona abierto el libro
Del romancero.

¡Oh, no de amor y de ventura el canto
Crea que le acoja y sones de guitarra
Allá en la España azteca! ¿Qué responso
Largo en el aire

Desde la triste punta de Salvore
Viene entre el ronco llanto de las ondas?
¿Cantan los muertos vénetos, las viejas
Magas istrianas?

—¡Ay! infeliz que en nuestro golfo subes,
Hijo de Habsburgo, a la fatal « Novara ».
Contigo oscura sube Erinnia y abre
La vela al viento.

¡Mira a la esfinge trasmutar semblante
Retrocediendo pérfida a tu vista!
Y de Juana la Loca está la cara
Frente a tu esposa.

Está guiñando frente a ti cortado
El rostro de Antonieta. Y con los pútridos
Ojos te mira la amarilla cara
De Moctezuma.

Tras crueles bosques de ágave ya nunca
Por céfiros benignos agitados,
Está en su gran píramide, abrasante
Lívida llama.

De noche tropical entre las sombras,
El dios Huitzilpotli, que tu sangre
Olfatea, y al piélago mirando:
—Ven, ven, aulla.

¡Cuánto he esperado! Los feroces blancos
Arruinaron mi reino y mis altares:
Ven, víctima propicia, ven, oh nieto
De Carlos quinto.

No a tus infames tísicos abuelos,
Consumidos de fiebre o de furores;
A ti quería, y cojo en ti reabierta
La flor de Habsburgo;

Y de Guatemozín a la grande alma
Que del sol bajo el palio siempre reina,
Ofrenda te hago, oh puro, oh fuerte, oh bello
Maximiliano.

MOU-LAN

(POEMA CHINO)

En el estilo y tono de los cantares de gesta, y con marcado color local y de época, el siguiente poema da idea de lo que es en China el romance caballeresco y heroico. Ha sido puesto en rima castellana por el literato y poeta alicantino (España) Jaime Martí-Miquel.

NIÑA, ¿en qué piensas? Responde:
¿Qué es lo que meditas, niña?
¡Pobre niña! ¡Flor temprana!
¡Tan sólo piensa en su dicha!

Ayer me han dado el rescripto
Que a las armas nos concita.
El Emperador, terrible
Cuando desata sus iras,
Quiere levantar, airado,
Contra la gente enemiga,
Fuerte y numeroso ejército
Que la victoria decida.
Doce capítulos tiene
El rescripto; en cada línea
Veo el nombre de mi padre,
Veo el de la patria mía.
¡Oh padre! ¿Por qué no tienes
Más hijos para la lidia?
¡Oh Mou-lán! ¿Por qué no cuentas
Hermanos en tu familia?
Comprar quiero en el Mercado
Un caballo y una silla;
Quiero volar a la guerra;
¡Ay de mi esposa querida!
Quiero luchar, por mi padre,
¡Luchar como él lucharía!

En el Mercado de Oriente
Compra un caballo la niña,
Émulo del mismo rayo,
Que al grito de ¡hurra! relincha;
Más allá, en el de Occidente,
Compra la espada y la brida;
La brida y potente espada
Compra en el del Mediodía,
Y en el del Norte la espuela
Y el látigo de las iras.

Se despidió de sus padres
La niña, al rayar el día;
Pasó del río Amarillo
Día y noche a las orillas;
No oyó la voz paternal
Que reclamaba a su hija;
¡Sólo murmurar las aguas
Del río Amarillo oía!

Dió al otro día un adiós
A las aguas amarillas,
Y dedicó al río Negro
La otra noche, el otro día;

¡No oyó la voz paternal
Que reclamaba a su hija!
¡Tan sólo oyó los relinchos
De feroz caballería!

«He luchado en mil combates
Con la frente siempre erguida;
Salvé, veloz como el rayo,
Desfiladeros y cimas;
El Norte zumbó en mi oído
El eco de los vigías;
Reflejó sobre mi traje
La luna lúgubre y fría,
Y después de cien combates
Perdió el general la vida.

Pasan ciento veinte lunas,
Y con bélica alegría
Vuelve el guerrero a su patria,
Que le aclama agradecida.
Llega a Pekín, porque ver
Al Hijo del Sol ansía.
El Emperador ocupa
Trono de luz diamantina,
En la plenitud de toda
Su augusta soberanía.
A unos les da en premio cien
O mil barras argentíferas;
A otros da el más alto grado
De la imperial jerarquía;
Y el Emperador me dice
Que aquello que quiera pida.

Mou-lán no desea honores
Ni altos empleos codicia;
Mou-lán al techo paterno
Debe volver una hija,
Que ha merecido de Buda,
Dios que a todos patrocina.

No bien reciben la nueva
De la vuelta de su hija,
Los padres salen gran trecho
Con júbilo, a recibirla,
Y las hermanas pequeñas
Su hogar, llenas de alegría,
Abandonan, adornadas
Con sus preseas más ricas,
Y el hermano mayor sale,
El torvo cuchillo afila
Sobre una escarpada roca,
Y un cordero sacrifica.

Hacia el pabellón de Oriente
Mi tierna madre me guía;
Hacia Occidente mirando
Tomo asiento en una silla.
Dejo el traje de guerrero,
Visto mis galas antiguas,
Y contemplo a mis hermanas,
A quienes el *bonzo* auxilia,
Para adornar sus cabellos
Con oro, flores y cintas.

Mou-lán sale de su cuarto
Y se presenta a la vista
De sus fieles compañeros
De glorias y de fatigas.
Absortos, estupefactos,
Ante aquella maravilla.
Ciento, ciento veinte lunas
Pelearon con la niña,
Y no se han apercibido
De que era mujer; la miran
Y se turban; quizá andando
Con gentileza que hechiza,
Hubieran reconocido
Su condición femenina;
Pero bajo la armadura
Donde el Sol refleja y brilla,
Montando alazán brioso,
¿Quién conocerla podía?

LAS ERMITAS

Esta composición es la que más popular ha hecho el nombre del poeta español Antonio Fernández Grilo (1845–1906).

HAY de mi alegre sierra
Sobre las lomas,
Unas casitas blancas
Como palomas.

Les dan dulces esencias
Los limoneros,
Los verdes naranjales
Y los romeros.

Allí junto a las nubes
La alondra trina;
¡Allí tiende sus brazos
La cruz divina!

La vista arrebatada
Vuela en su anhelo
Del llano a las ermitas,
¡De ellas al cielo!

Allí olvidan las almas
Sus desengaños;
Allí cantan y rezan
Los ermitaños.

Del agua que allí oculta
Se precipita,
Afirman los devotos
Que está bendita.

Prestan a aquellos nidos
Luz los querubes,
Guirnaldas las estrellas,
Mantos las nubes...

¡Muy alta está la cumbre!
La cruz muy alta...
¡Para llegar al cielo
Cuán poco falta!

Puso Dios en los mares
Flores de perlas;
En las conchas joyeros
Donde esconderlas;

En el agua del bosque
Frescos murmullos;
De abril en las auroras
Rojos capullos;

Arpas del paraíso
Puso en las aves;
En las húmedas auras
Himnos süaves,

Y para dirigirle
Preces benditas,
Puso altares y flores
En las ermitas.

Las cuestas por el mundo
Dan pesadumbre
A los que desde el llano
Van a la cumbre.

Subid adonde el monje
Reza y trabaja;
¡Más larga es la vereda
Cuando se baja!

Ya la envuelva la noche,
Ya el sol la alumbre,
¡Buscad a los que recen
Sobre esa cumbre!

Ellos de santos mares
Van tras el puerto;
¡Caravana bendita
De aquel desierto!

Forman música blanda
De un campanario;
De semillas campestres,
Santo rosario;

De una gruta en el monte,
Plácido asilo;
De una tabla olvidada,
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas
Pobres manjares,
Parten con los mendigos
En sus altares.

Allí la cruz consuela,
La tumba advierte;
¡Allí pasa la vida
Junto a la muerte!

Por los ojos que finge
La calavera,
Ven el mundo... y su vana
Pompa altanera.

¡Calavera sombría,
Que en bucles bellos
Adornaron un día
Ricos cabellos!

Esos huecos oscuros
Que se ensancharon,
Fueron ojos que vieron
Y que lloraron.

¡Por esas agrietadas
Formas vacías,
Penetraron del mundo
Las armonías!

¿Qué resta ya del libre
Mágico anhelo
Con que esa frente altiva
Se alzaba al cielo?

¡La huella polvorosa
De un ser extraño,
Adornando la mesa
De un ermitaño!

Aquí, en la solitaria
Celda escondida,
Un cráneo dice: ¡Muerte!
Y una cruz: ¡Vida!

. . . .

¡Muy alta está la cumbre!
La cruz muy alta...
¡Para llegar al cielo
Cuán poco falta!...

EL CARACOL MARINO

En los rumores que vibran en el interior de un caracol, la fantasía poética de Salvador Rueda escucha la epopeya del mar, con las ficciones más brillantes de la mitología griega y los trágicos episodios de naufragios y combates navales, y, por último, percibe todos los ritmos de la Naturaleza y de la vida humana.

¿NUNCA inclinasteis con fe los oídos al cerco redondo
De un caracol encantado que engrecan marinos lunares,
Donde al igual que por largo turbante, se elevan del fondo
Voces, cadencias, estruendos de trompas y gritos de mares?

En su interior, de las olas se escucha la vida latente,

Y recogida en el hueco de nácar que clama vibrando,
Va la epopeya marina, que abarca del Norte al Oriente,
Como en Iliada de nácares cóncava rugiendo y zumbando.

En lo profundo se escucha la risa de Venus fecunda
Al retorcerse el cabello en las ondas cual trigo ondulante,
Y la carrera veloz de Neptuno que truena rotunda
Con sus corceles que estampan los cascos con ruido gigante.

Se escucha el libre jugar que levantan los raudos tritones
Sobre el cristal infinito que rizos de luces dilata,
Y oís las náyades que aéreas se mecen lanzando canciones
Sobre el colchón de plumajes que embuclan los mares de plata.

Y cuando goza el oído sintiendo del fondo el encanto,
Se oye de pronto subir de los nácares en breve compendio,
Bronca tragedia de bárbaros gritos que hielan de espanto
Al ondular cual penacho en los mares la luz del incendio.

Os cuenta el nácar las madres que lloran, los niños que claman,
Las despedidas, los golpes tremendos que da el oleaje,
Los griteríos que en locos tumultos los vientos derraman
Y el resilbar de las cuerdas ardiendo con gozo salvaje.

Y se os figura un actor de mil labios, un trágico intenso,
El caracol que el magnífico drama recita iracundo,
Con alaridos y lenguas de llamas de son tan inmenso
Como si ardiera cual un promontorio la esfera del mundo.

Son otras veces clamores de tierra los que oye el oído,
Fiestas grandiosas que prenden los lazos de luz de las razas,
O de cantantes en noche de triunfo la voz y el sonido,
O los broqueles, combates navales y choques de mazas.

Toda la vida, lo intenso y lo grande del mar y la tierra
Del caracol repercute en los círculos igual que un encanto,
En cuyo fondo se escuchan vibrantes, al par de la guerra,
Los oradores, las bombas, los órganos, la risa y el llanto.

El caracol es cerebro que piensa y es pecho que llora,
Es microcosmos que encierra infinito zumbar de cordajes;
Todos los gritos los tienen sus nácares que el iris colora,
Y de los hombres, las aves, los brutos, los varios lenguajes.

Mi vario libro que el alma ha rimado del mar a la orilla,
Es caracol que tumultos distintos de voces encierra,
En cuyo largo turbante se esconde la audaz maravilla
De aprisionar con palabras y ritmos el haz de la tierra.

Pegad ansiosos los dulces oídos buscando su fondo
Y escucharéis ascender en mareas del largo turbante,
Hecha cadencias la vida del hombre que va en lo más hondo,
Como el torrente de voces y gritos de un gran concertante.

Un caracol es mi libro, formado de ritmos vehementes;
Grande es su boca, que vibra cual ancha corona de palma;
Si os ajustáis a los hondos oídos sus bordes ardientes,
¡Percibiréis el hervir sempiterno del mundo y del alma!

UN POEMA

El poeta colombiano José Asunción Silva (1860–1896), describe en estos versos la teoría y la práctica del modernismo literario, tal como él lo entiende. Silva ocupa un lugar prominente entre los cultivadores del arte nuevo.

SOÑABA en ese entonces en forjar un poema,
De arte nervioso y nuevo, obra audaz y suprema.

Escogí entre un asunto grotesco y otro trágico,
Llamé a todos los ritmos con un conjuro mágico,

Y los ritmos indóciles vinieron acercándose,
Juntándose en las sombras, huyéndose y buscándose,

Ritmos sonoros, ritmos potentes, ritmos graves,
Unos cual choque de armas, otros cual canto de aves;

De Oriente hasta Occidente, desde el Sur hasta el Norte,
De metro y de formas se presentó la corte.

Tascando frenos áureos bajo las riendas frágiles
Cruzaron los tercetos, como corceles ágiles;

Abriéndose ancho paso por entre aquella grey,
Vestido de oro y púrpura llegó el soneto rey,

Y allí cantaron todos... Entre la algarabía,
Me fascinó el espíritu por su coquetería,

Alguna estrofa aguda, que excitó mi deseo,
Con el retintín claro de su campanilleo.

Y la escogí entre todas... Por regalo nupcial
Le di unas rimas ricas, de plata y de cristal.

En ella conté un cuento, que huyendo lo servil,
Tomó un carácter trágico, fantástico y sutil;

Era la historia triste, desprestigiada y cierta
De una mujer hermosa, idolatrada y muerta;

Y para que sintieran la amargura, ex profeso
Junté sílabas dulces, como el sabor de un beso,

Bordé las frases de oro, les di música extraña,
Como de mandolinas que un laúd acompaña;

Dejé en una luz vaga las hondas lejanías
Llenas de nieblas húmedas y de melancolías,

Y por el fondo obscuro, como en mundana fiesta,
Cruzan ágiles máscaras al compás de la orquesta,

Envueltas en palabras que ocultan como un velo
Y con caretas negras de raso y terciopelo;

Cruzar hice en el fondo las vagas sugestiones
De sentimientos místicos y humanas tentaciones...

Complacido en mis versos, con orgullo de artista,
Les di olor de heliotropo y color de amatista...

Le mostré mi poema a un crítico estupendo
Y lo leyó seis veces, y me dijo... «¡No entiendo!»

VEJECES

Para el poeta todas las cosas tienen un secreto lenguaje en que cuentan confidencias íntimas, a menudo llenas de encanto e interés, las cuales adquieren en los objetos antiguos ese aroma peculiar de lo añejo. Tal es el pensamiento de esta bella poesía de José Asunción Silva.

LAS cosas viejas, tristes, desteñidas,
Sin voz y sin color, saben secretos
De las épocas muertas, de las vidas
Que ya nadie conserva en la memoria,
Y a veces a los hombres, cuando inquietos
Las miran y las palpan, con extrañas
Voces de agonizantes, dicen, paso,
Casi al oído, alguna rara historia
Que tiene obscuridad de telarañas,
Son de laúd y suavidad de raso.
Colores de anticuada miniatura,
Hoy, de algún mueble en el cajón, dormida,
Cincelado puñal, carta borrosa,
Tabla en que se deshace la pintura
Por el tiempo y el polvo ennegrecida,
Histórico blasón, donde se pierde
La divisa latina, presuntuosa,
Medio borrada por el liquen verde,
Misales de las viejas sacristías,
De otros siglos fantásticos espejos
Que en el azogue de las lunas frías
Guardáis de lo pasado los reflejos;
Arca, en un tiempo de ducados llena,
Crucifijo que tanto moribundo
Humedeció con lágrimas de pena
Y besó con amor grave y profundo;
Negro sillón de Córdoba, alacena
Que guardaba un tesoro peregrino
Y donde anida la polilla sola,
Sortija que adornaste el dedo fino
De algún hidalgo de espadín y gola,

Mayúsculas del viejo pergamino,
Batista tenue que a vainilla hueles,
Seda que te deshaces en la trama
Confusa de los ricos brocateles,
Arpa olvidada que al sonar, te quejas;
Barrotes que formáis un monograma
Incomprensible en las antiguas rejas,
¡El vulgo os huye, el soñador os ama,
Y en vuestra muda sociedad reclama
Las confidencias de las cosas viejas!

El pasado perfuma los ensueños
Con esencias fantásticas y añejas,
Y nos lleva a lugares halagüeños
En épocas distantes y mejores;
¡Por eso a los poetas soñadores
Les son dulces, gratísimas y caras,
Las crónicas, historias y consejas,
Las formas, los estilos, los colores,
Las sugestiones místicas y raras
Y los perfumes de las cosas viejas!

MARIPOSAS

La belleza deslumbrante y efímera de las mariposas ha inspirado siempre a los poetas hermosos pensamientos sobre la inconstancia y caducidad de los goces humanos. Para el poeta venezolano Gonzalo Picón Febres (nacido en Mérida en 1860) las mariposas son la imagen de las ilusiones de dicha que el alma mira en breve deshechas y arruinadas.

ALLÁ van, allá van las festivas,
Las que ríen en fúlgida ronda
Sobre el cáliz azul de los lirios,
Sobre el blanco matiz de las rosas.

Allá van, allá van las festivas,
Las que surcan el aire y se posan
En las níveas campánulas frescas,
En el borde sutil de las hojas.

Son joyeles de oro y rubíes,
Son bandadas de piedras preciosas,
Son destellos vivaces que ondulan
Al sonoro reir de las frondas.

En un pétalo frágil dormitan,
Y al surgir en Oriente la aurora
Se levantan las niñas inquietas
Como un haz pintoresco de notas.

Saltan unas cual rosas de nieve,
Como besos de lumbre las otras,
Como rimas espléndidas muchas,
Y cual vivos relámpagos todas.

En fantástico enjambre llamean,
Respirando exquisitos aromas,
Esas lindas viajeras del aire
Que se llaman ¡oh luz! mariposas.

Y un momento no más se columpian
Y en los tiernos capullos retozan,
Y en polvillo de oro se truecan
De improviso las vírgenes locas.

Así pasan ¡Dios mío! las blancas
Ilusiones que el alma se forja,
Y el placer, y el deleite, y la dicha,
Y la lumbre fugaz de la gloria.

Allá van, allá van las risueñas,
Allá van en fantástica ronda
Las que brillan tan sólo un instante,
Las que viven tan sólo una aurora.

¡Oh inefables visiones de un día,
Oh esperanzas que el viento deshoja,
Oh quimeras ardientes del alma,
Mariposas de luz sois vosotras!

EN EL HOGAR

Los dulces recuerdos de la infancia que atesora el hogar, y su amable quietud, hablan con muda elocuencia al alma, después de largos años de ausencia. Así lo hacen sentir las bellas estrofas que siguen, de Domingo D. Martinto, escritor y poeta argentino (1860–1899).

EN el fondo de antigua chimenea,
Entre rojas y azules llamaradas,
El negro trozo de carbón chispea,
Y de su luz los rayos inseguros,
Al desplegar las alas encantadas,
Luchan y oscilan en los blancos muros.

En un rincón tranquilo de la pieza,
Sobre una piel de tigre acurrucado
Y hundida en la penumbra la cabeza,
Duerme mi perro fiel, el noble amigo
Que, en todas partes, encontré a mi lado
Pronto a gozar o a padecer conmigo.

Fuera, la lluvia con furor azota
El cerrado cristal de la ventana,
Y en su murmullo, el inconstante viento,
En una triste y quejumbrosa nota,
De la arboleda o de la mar lejana
Traer parece el inmortal lamento.

Junto al fuego sentado, con el brío
Y el entusiasmo de la edad primera,
Yo dejo errar el pensamiento mío
A los caprichos de cualquier quimera;
Y enjambres de doradas mariposas,
Que a los rayos de un sol de primavera
En torno giran de las frescas rosas,
Los dulces sueños de mi amor de niño
Vuelven, como antes, a cercar mi vida,
Y otra vez en mi alma entristecida
Se abre la flor de mi primer cariño.

¿No la veis?... ¡Es mi madre! Sonrïente,
Sentada al borde de mi tierna cuna,
Próspera y grande sueña mi fortuna
Y el labio imprime en mi dormida frente;
Y luego, al verme despertar, su canto
Une, feliz, a la oración sencilla,
Y en su semblante candoroso brilla
De su ternura el inefable llanto.

¡Cuadro de amor y de virtudes! ¡Bastas
Para llenar mi corazón entero!
Mas, cual las aves en el roto alero,
Otras visiones, como aquéllas, castas,
También se albergan en la mente mía,
Y cuando el labio con afán las nombra,
Cantando salen a la luz del día.

La vieja, rota y desteñida alfombra
Donde rodaba, en inocente juego,
Bajo el ombú de centenaria sombra,
O donde acaso, en mi infantil locura,
Soñé, ofuscado por orgullo ciego,
Alzar Babeles y escalar la altura;
El mueblaje, el retrato suspendido
De la vieja pared; el alfabeto
Con balbuciente rapidez leído;
Todos son trozos de mi pobre historia,
Y a todo está mi corazón sujeto
Por algún hilo de feliz memoria.

Aquí no llega del combate humano
El grito de dolor o de victoria
Que lanza el hombre al agitarse en vano.
Todo la paz de la virtud respira,
Todo al inquieto corazón serena,
Y el alma libre, cual gigante lira,
A cada soplo del recuerdo suena.

¡Aun no concibo como pude, lleno
De engañosa ambición, dejar un día,
Paterna casa, tu inviolado seno,
De tus amores el calor fecundo,
Y todo cuanto en la niñez me hacía
Amar a Dios y bendecir el mundo!

¡Cara pagué mi ingratitud! Mi frente
A los golpes cedió de los pesares,
Mis fuerzas se extinguieron lentamente,
Y mi ardorosa juventud, vencida,
Cual rota barca en agitados mares,
Sola y sin rumbo atravesó la vida.

Pero ¡qué importa! Del paterno techo
Otra vez a la sombra me reposo,
Y junto a todo lo que amé, dichoso
Como antes, vuelve a palpitar mi pecho.

¡Nada ha cambiado! Siempre la fragancia
De los días risueños de mi infancia,
Como perfume de marchitas rosas,
Impregna el aire de mi humilde estancia;
Y hasta en el polvo del sillón ajado,
De aquellos tiempos y de aquellas cosas
Algún recuerdo me dejó el pasado.

¡Ah! ¡cuando venga, enamorada, un día
La tierna virgen de mis sueños de oro
A ser mitad de la existencia mía,
Dadle también, en armonioso coro,
Dulces objetos en que vivo preso,
Dadle, felices, el triunfal saludo,
Mientras se pose mi anhelante beso,
Como ave fiel, sobre su labio mudo!

Sólo ella falta a mi cabal ventura
Para que eterna y sin rival se crea,
Y ella vendrá, como la lumbre pura
De un nuevo sol, a iluminar mi paso,
A ser el molde de mi propia idea
Y el dulce asilo de mi triste ocaso.

Quizás entonces, si otra vez, rendido,
Sin fe en el cielo, con el alma fría,
Torno ¡oh mi hogar! a tu caliente nido,
Pueda como hoy, en tu feliz sosiego,
Soñar las glorias de distante día
Junto a la luz del moribundo fuego.

HELIOS

« Helios » es el nombre griego del Sol, a quien Rubén Darío elogia aquí en forma original y brillante, con imágenes hermosísimas y en versos llenos de una música extraña y cautivadora.

¡OH, ruido divino!
¡Oh, ruido sonoro!
Lanzó la alondra matinal el trino
Y sobre ese preludio cristalino,
Los caballos de oro
De que el Hiperionida
Lleva la rienda asida,
Al trotar forman música armoniosa,
Un argentino trueno,
Y en el azul sereno
Con sus cascos de fuego dejan huellas de rosa.
Adelante, ¡oh cochero
Celeste!, sobre Osa
Y Pelión, sobre Titania viva.
Atrás se queda el trémulo matutino lucero,
Y el Universo el verso de su música activa.

Pasa, ¡oh, dominador!, ¡oh, conductor del carro
De la mágica ciencia! Pasa, pasa, ¡oh, bizarro
Manejador de la fatal cuadriga
Que al pisar sobre el viento
Despierta el instrumento
Sacro! Tiemblan las cumbres

De los montes más altos,
Que en sus rítmicos saltos
Tocó Pegaso. Giran muchedumbres
De águilas bajo el vuelo
De tu poder fecundo,
Y si hay algo que iguale la alegría del cielo,
Es el gozo que enciende las entrañas del mundo.

¡Helios! Tu triunfo es ése,
Pese a las sombras, pese
A la noche, y al miedo y a la lívida envidia.
Tú pasas, y la sombra, y el daño, y la desidia,
Y la negra pereza, hermana de la muerte,
Y el alacrán del odio que su ponzoña vierte,
Y Satán todo, emperador de las tinieblas,
Se hunden, caen. Y haces el alba rosa, y pueblas
De amor y de virtud las humanas conciencias,
Riegas todas las artes, brindas todas las ciencias;
Los castillos de duelo de la maldad derrumbas,
Abres todos los nidos, cierras todas las tumbas,
Y sobre los vapores del tenebroso Abismo,
Pintas la Aurora, el Oriflama de Dios mismo.

¡Helios! Portaestandarte
De Dios, padre del Arte,
La paz es imposible, mas el amor eterno.
Danos siempre el anhelo de la vida,
Y una chispa sagrada de tu antorcha encendida
Con que esquivar podamos la entrada del Infierno.

Que sientan las naciones
El volar de tu carro; que hallen los corazones
Humanos en el brillo de tu carro esperanza;
Que del alma-Quijote y el cuerpo-Sancho Panza
Vuele una psique cierta a la verdad del sueño;
Que hallen las ansias grandes de este vivir pequeño
Una realización invisible y suprema,
¡Helios!, ¡que no nos mate tu llama que nos quema!
Gloria hacia ti del corazón de las manzanas,
De los cálices blancos de los lirios,
Y del amor que manas
Hecho de dulces fuegos y divinos martirios,
Y del volcán inmenso,
Y del hueso minúsculo,
Y del ritmo que pienso,
Y del ritmo que vibra en el corpúsculo,
Y del Oriente intenso
Y de la melodía del crepúsculo.

¡Oh, ruido divino!
Pasa sobre la cruz del palacio que duerme,
Y sobre el alma inerme
De quien no sabe nada. No turbes el Destino,
¡Oh, ruido sonoro!
El hombre, la nación, el continente, el mundo,
Aguardan la virtud de tu carro fecundo,
Cochero azul que riges los caballos de oro.

OTOÑO

Julio Herrera y Reissig, poeta uruguayo (muerto en 1910), fué un exquisito cultivador de las formas poéticas modernistas. Suyas son esta composición y las tres siguientes.

LA druídica pompa de la selva se cubre
De una gótica herrumbre de silencio y estragos;
Y Cibeles esquiva su balsámica ubre,
Con un hilo de lágrimas en los párpados vagos...

Sus cabellos de místico azafrán llora Octubre
En los lívidos ojos de muaré de los lagos.
Las cigüeñas exodan. Y los buhos aciagos
Ululúan la mofa de un presagio insalubre...

Tras de la cabalgata de metal, las trahillas
Ladran a las casacas rojas y a las hebillas...
El cuerno muge. Todo ríe de austera corte.

El abuelo Silencio trémulo se solaza...
Y zumba la leyenda ecuestre de la caza,
En medio de un hierático crepúsculo del Norte.

EL ALBA

HUMEAN en la vieja cocina hospitalaria
Los rústicos candiles... Madrugadora leña
Infunde una sabrosa fragancia lugareña,
Y el desayuno mima la vocación agraria...
Rebota en los collados la grita rutinaria
Del boyero que a ratos deja la yunta y sueña...
Filis prepara el huso. Tetis, mientras ordeña,
Ofrece a Dios la leche blanca de su plegaria.

Acongojando el valle con sus beatos nocturnos,
Salen de los establos, lentos y taciturnos,
Los ganados. La joven brisa se despereza...

Y como una pastora, en piadoso desvelo,
Con sus ojos de bruma, de una dulce pereza,
El Alba mira en éxtasis las estrellas del cielo.

EL GENIO DE LOS CAMPOS

POR donde humea el último arado en los cultivos,
Agrias interjecciones el eco desentona.
De tarde en tarde el ámbito trasunta en su bordona
La égloga que sueñan los campos subjetivos.

Álamos oxidados y sauces compasivos...
Aldeanas con cestos de fruta. Una amazona...
El silencio en la inerte cartuja congestiona
De mística Edad Media los panoramas vivos.

Insinúase un vaho de fresales maduros,
Con sabrosas resinas y violentos sulfuros...
Bajo el vetusto puente, clásica linfa corre,

Holgándose entre vegas de ópalo y de raso,
Mientras, muezín sonámbulo, ¡la esquila de la torre
Traspasa de ultratumba y de Dios el Ocaso!

LA SIESTA

NO late más que un único reloj: el campanario,
Que cuenta los dichosos hastíos de la aldea,
El cual, al sol de Enero, agriamente chispea,
Con su aspecto remoto de viejo refractario...

A la puerta, sentado se duerme el boticario...
En la plaza, yacente la gallina cloquea,
Y un tronco de ojaranzo arde en la chimenea,
Junto a la cual el cura medita su breviario.

Todo es paz en la casa. Un cielo sin rigores
Bendice las faenas, reparte los sudores...
Madres, hermanas, tías, cantan lavando en rueda
Las ropas que el domingo sufren los campesinos...
Y el asno vagabundo, que ha entrado en la vereda,
Huye, soltando coces, de los perros vecinos.

LA RONDA NOCTURNA

Olavo Bilac, poeta brasileño nacido en 1865, describe aquí su visión poética de un convento solitario, sepultado en las tinieblas de la noche, en el que hace su ronda nocturna una procesión de espectros.

NOCHE cerrada, tormentosa, obscura
Fuera. Duerme en tinieblas el convento.
La arboleda está inmóvil. No fulgura
Ni una estrella en el torvo firmamento.

Todo, dentro, es mudez. Flébil murmura
Sólo, de raro en raro, el son del viento...
Un rasgar de sudarios en la altura,
Pasos de espectros en el pavimento...

De súbito rechinan las pesadas
Puertas... El eco imita sordamente
Leve rumor de voces apagadas...

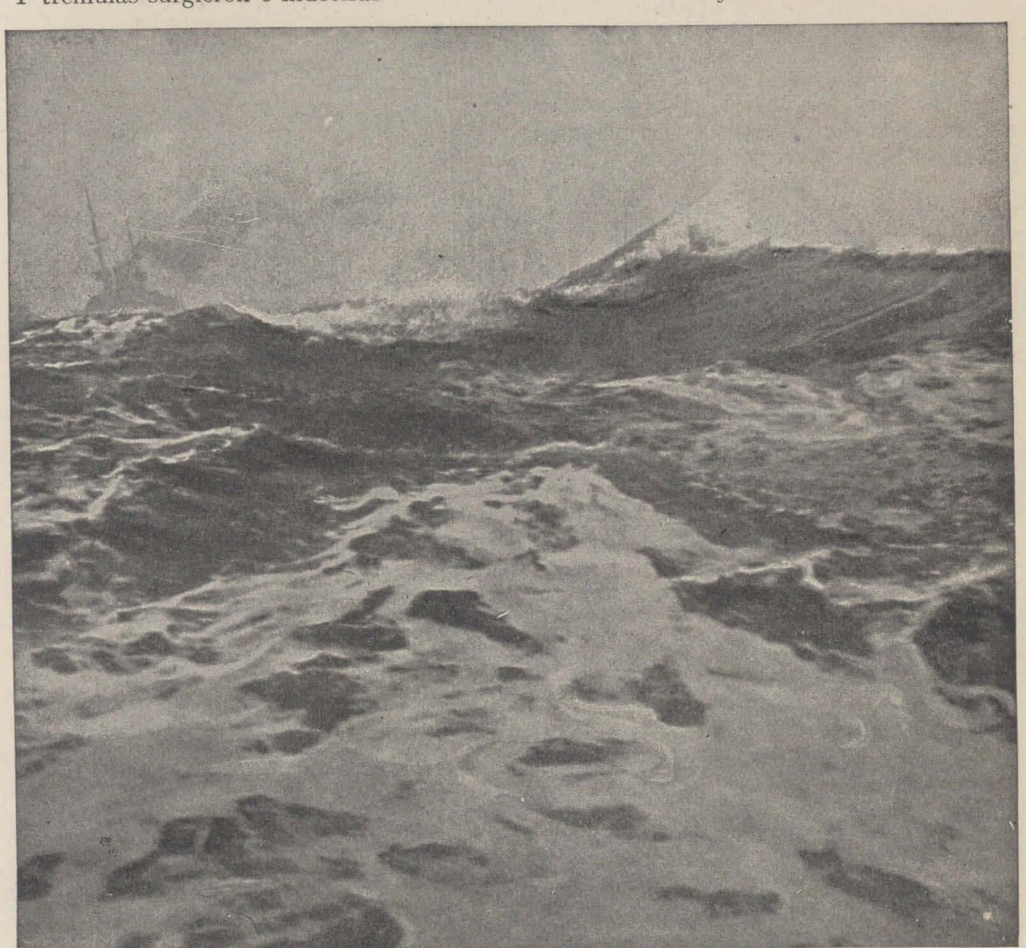
Y al temblor de una lámpara luciente,
Del claustro so las tácitas arcadas
Va la ronda nocturna, lentamente.

EL ARRULLO DEL ATLÁNTICO

José María Gabriel y Galán canta en estos hermosos versos al Océano Atlántico, que separa a España de sus hijas, las naciones de América que hablan castellano. El poeta desea que cada día sea más intenso el amor entre todos los pueblos de raza hispana, y que sus intereses de todo orden, así materiales como morales e intelectuales, se engrandezcan al unísono, y prosperen en intercambio incesante.

EN el nombre de Dios canto la vida.
Era la hora en que la luz esperan,
Para iniciar la cotidiana huída,
Las sombras densas de la noche obscura
Que en abismo caótico fundieran
El abismo del mar y el de la altura.
¡Naturaleza! cuando estás dormida
Y el alma que te adora
Por nocturno crespón te ve cubierta,
Se finge en su cariño que estás muerta
Y perdida te llora,
Hasta que luz de aurora te despierta...
¡Salve, luz creadora!
Si de la mano del Señor salida
Pristina creación es toda vida,
Segunda creación es toda aurora.

Como se abren los pétalos iguales
De roja minutisa,
Como se abren dos labios virginales
Que quieren bosquejar una sonrisa,
Como deben abrirse a los mortales
Las áureas celosías edeniales,
Así se abrió, purísimo y rïente,
Un resquicio de cielo por Oriente,
Y trémulas surgieron e indecisas



Por el abierto desgarrón del velo,
Tintas crepusculares
Que elevaron la bóveda del cielo
Y abatieron las curvas de los mares.

La musa de los piélagos azules
Que alienta brisas y transpira brumas
Y viste mantos de azulosos tules,
Con encajes purísimos de espumas...
La gran dominadora
Del piélago iracundo donde mora;

La maga del abismo, que aun dormía,
Movió la linfa, le prestó armonía,
Y este amoroso cántico
Surgió solemne, al despuntar el día,
Del hondo seno del azul Atlántico.

II

Verdes musas erráticas
De almas de luz y liras cristalinas,
Nereidas de pupilas abismáticas,
Sirenas de gargantas peregrinas,
Monstruos del fondo, genios de las olas,
Acres brisas marinas,
Que venís de las playas españolas
O venís de las playas argentinas...
Genio de la bonanza a cuyo arrullo
Trueco mi grito en musical murmullo;
Genio de la borrasca, a cuyo grito
Respondo detonante
Y en hervidero arrollador me agito...

¡Cantad conmigo la canción gigante
Con que a los hombres al progreso invito!

Yo soy aquel abismo que separa
La que el destino poderosa y una
Raza noble creara
En hispano solar e hispana cuna.
Yo soy el gran vencido
Del genio humano que me vió rendido
Bajo frágiles quillas victoriosas
De audaces carabelas
Que rayaron mis lomos con estelas
De perennes honduras luminosas.

Hermanas tierras cuyas bellas playas,
Ricas de frutos y de flores gayas,
Beso con los gigantes
Labios de mis orillas...
¡Los besos de mis labios son semillas
Que producen cosechas abundantes!

Nobles razas gemelas
Que ardéis en fraternales sentimientos:
¡Ahonde vuestro amor esas estelas
Que han vencido a los siglos y a los vientos!
!Tejed, tejed sobre mi haz hirviente
De nuevos derroteros red tupida
Y engrandecedme bajo el peso ingente
De pedazos de Patria enriquecida
Que, abatiendo mis lomos en su centro,
Dilate mis orillas tierra adentro!

Poderoso Neptuno que dominas
Las iras bravas de mis glaucas olas:
¡Úncelas a las naves peregrinas
Que vengan de las playas argentinas!

¡Enfrena, Eolo, enfrena
La cuádriga brïosa de los vientos
Y fija en popa ordena
Que sople una veloz brisa serena
Que endulce y apresure movimientos!

Y vosotras, nereidas ambarinas
Con luengas cabelleras
De obscurísimas algas azulinas:
¡Alejad a esas ricas mensajeras
De escollos y de sirtes traicioneras!
Y tú también, estrella titilante
Que en mi espejo oscilante
Y en el del cielo diáfano rutilas
Menos que en las pupilas
De atento navegante:
Tus fulgores purísimos no veles
Con crespones de nubes tormentosas
Que a esos ricos bajeles
Aparten de las vías venturosas.

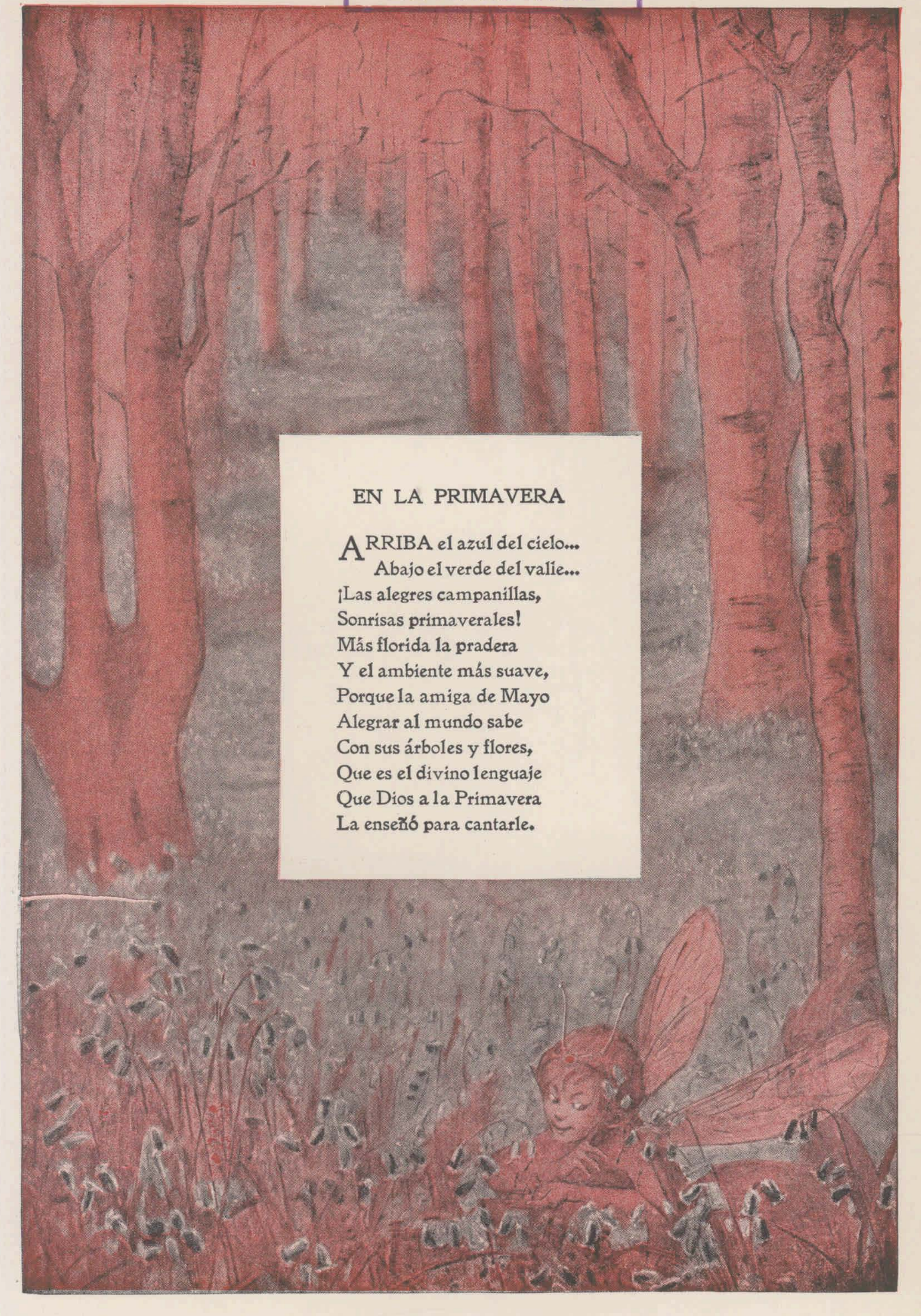
Y tú, Dios soberano,
Que todo lo creaste y lo gobiernas;
Única augusta mano
Que sabe modelar cosas eternas,
Única idea que en ninguna anida,
Única luz que de la luz no nace,
Origen de la vida
Que se apaga ante Ti, y en Ti renace...
Tú el poder, Tú la gloria, Tú la alteza,
Tú la sabiduría,
Tú la derecha iluminada vía
De la humana grandeza,
Bendice el alma de tus pueblos fieles,
Haz que cuajen sus flores
En frutos áureos de sabrosas mieles,
Pon en su entraña amores,
Lumbre en su inteligencia,
Paz en sus horas, gloria en sus destinos,
Fe pura en su conciencia,
Luz en su oriente y oro en sus caminos.

Tiende sobre mi haz el invisible
Manto de tu poder incontrastable
Y por seguros derroteros fijos
Bogarán en legión interminable
Tus laboriosos hijos.

No me ordenes, Señor, que abra mis senos
Y de tus pueblos fieles
En ellos precipite los bajeles
Que mi móvil cristal hienden serenos.
¡Señor! Navegan llenos
De ricos frutos que crió Natura
Con riegos de rocíos y sudores;
Llevan copia hechicera
De industriales y artísticas labores,
Llevan la luz postrera
Que la ciencia radió, llevan amores...

Hermanas gentes cuya entraña encierra
Sangre y alma españolas:
¡El cielo es vuestro: sojuzgad la tierra!
¡Vuestro yo soy: encadenad mis olas!
Unid mis dos orillas
Con oscilantes puentes
De regueros luenguísimos de quillas
Henchidas de riquezas y de gentes.

Y con los brazos en la brega dura,
En Dios la fe y el corazón en todo,
Gozad el oro en su virtud más pura,
Poned la muerte entre el honor y el lodo,
Sentid el arte en su divina altura,
Buscad la gloria donde eterna sea,
Trocad la ciencia en savia substanciosa,
Cambiad amor del que deleita y crea...
¡Vivid la vida en su verdad hermosa!



EN LA PRIMAVERA

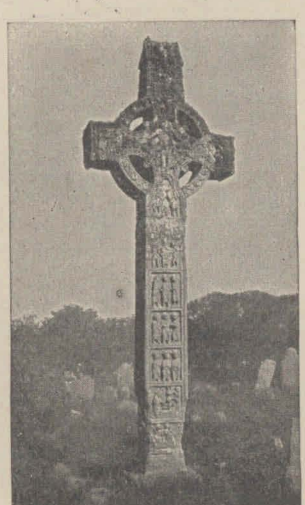
ARRIBA el azul del cielo...
Abajo el verde del valle...
¡Las alegres campanillas,
Sonrisas primaverales!
Más florida la pradera
Y el ambiente más suave,
Porque la amiga de Mayo
Alegrar al mundo sabe
Con sus árboles y flores,
Que es el divino lenguaje
Que Dios a la Primavera
La enseñó para cantarle.


El castillo de Dublín, residencia oficial del gobierno Irlandés.

IRLANDA, LA VERDE ERÍN DE LOS POETAS

IRLANDA, preciosa isla, que por poseer extensas comarcas cubiertas de vegetación siempre verde, ha merecido los nombres de *Esmeralda de los Mares y Verde Erín*, dados por los poetas, forma con Inglaterra y Escocia el Reino Unido de Gran Bretaña. Erín ha sido siempre el nombre poético de esta isla; *Ireland* es su nombre anglosajón, transformado en Irlanda por los que hablamos la lengua castellana.

Irlanda encierra obras y monumentos muy interesantes, testimonios del arte antiguo los unos, y productos de la moderna civilización los otros. En Belfast, por ejemplo, llaman la atención del visitante los magníficos *docks*, el arsenal y una grua eléctrica titán, que eleva su antena a la altura de 60 metros. Kíllarney, capital del condado de Kerry, la Calzada del Gigante y otros mil lugares, causan una impresión de extraña novedad, que se graba en el ánimo de una manera indeleble. Pero ir a Irlanda y no ver Dublín, la capital, sería una falta imperdonable, como lo sería igualmente el no contemplar las cruces célticas, las torres redondas y las recosas cumbres en forma de chimeneas, que los marinos de la Armada española tomaron por castillos.


Antigua cruz celta.



DUBLÍN

Dublín y la larga y estrecha faja de terreno que se extiende a cada lado de la ciudad y detrás de ella, llamada Pale, es una región de memorables recuerdos históricos, pues ella vino a ser para los ingleses firme baluarte, desde el cual procedieron a la conquista de la tribus salvajes y a la sumisión de los jefes rebeldes.

La columna de Nelson nos ofrece una vista magnífica de la ciudad y sus alrededores. Desde ella se domina la Bahía de Dublín, al Este, y alrededor el semicírculo de montañas que cierran el horizonte por la parte de tierra. También se disfruta una hermosa vista de conjunto de la ciudad, contemplándola



Magnífico puerto de Kíngstown, que cien años atrás era sólo una aldea de pescadores.

sobre el río Liffey, desde el ancho puente O'Connell, por el cual pueden pasar cuatro carros marchando de frente. Ahora bien, para visitar los principales lugares de Dublín, se requieren algunos días. Empezaremos por el Museo de Ciencias y Artes, que se encuentra en la orilla sur del río antes mencionado, entre el Cóllege Park, en el cual está el Trínity Cóllege o Universidad de Dublín, y la Pradera de San Esteban, delicioso lugar de esparcimiento y recreo. El guía nos lleva primeramente al Museo de Historia Natural, donde nos maravillan los esqueletos del gigantesco venado irlandés, ya extinguido. En el resto del edificio dedicamos el tiempo a la magnífica colección de antigüedades irlandesas de todas clases. Pero lo más digno de atención son los ejemplares del arte cristiano antiguo, recuerdos de la predicación del Evangelio en el país, allá por los siglos V y VI. La campana de San Patricio, el cayado de San Columbano y la cruz de Cong, son los recuerdos principales de aquel período. Modelos de las cruces célticas, que se alzan en varias partes de Irlanda, pueden verse también en este Museo, y traen a la mente los penosos trabajos de los antiguos misioneros.

En la biblioteca del Trínity Cóllege se encuentra un libro antiguo de los más bellos del mundo: una copia de los Cuatro Evangelios, llamada « the Book



Antiguo parlamento irlandés en Dublín, convertido hoy en banco.

of Kells», con espléndidos dibujos en colores y letras iluminadas, perteneciente al siglo séptimo. También existe en la biblioteca la famosa arpa, que perteneció al viejo héroe irlandés, Brian Boru, que tan duramente castigó a los daneses hacia el año 1000. Aquellos fieros invasores causaron grandes estragos en las iglesias y monasterios de Irlanda, como los habían hecho en Bretaña, donde había sido predicado el cristianismo por San Columbano y sus sucesores. Pero la nueva fe los conquistó también a ellos y pronto pudo verse a un danés, rey de Dublín, fundando una iglesia-convento, donde ahora se alza la catedral.

Entrando en Dublín se siente verdadera ansia por ver el Castillo, que en otra época fué fortaleza danesa. Desde los tiempos de Enrique II ha sido restaurado varias veces y utilizado para diversos usos. Fué ciudadela, que defendía la ciudad; allí han celebrado juicios los tribunales de justicia; desde la época de Isabel es residencia del virrey; y los salones del Castillo han sido teatro de célebres saraos y fiestas de gala. En el salón de recepciones hay un trono con su dosel forrado de seda carmesí. Uno de los edificios que mayor interés despiertan es el Banco de Dublín, porque esta suntuosa fábrica fué primeramente palacio del Parlamento irlandés, donde los lores y los diputados se reunían para dictar leyes, antes del Acta de Unión con la Gran Bretaña, sancionada en 1801. Desde entonces los parlamentarios van a Wéstminster.



La calle de Sackville, la más concurrida de Dublín; en el fondo el monumento de O'Connell.

Pasando por las hermosas calles de Dublín y por sus espaciosas plazas, y contemplando las estatuas de algunos irlandeses, acude a nuestra memoria lo que sabemos de la historia de la isla y de la vida de sus hijos más ilustres. La gran estatua de bronce de O'Connell nos recuerda uno de los primeros oradores del mundo. Con todo el brío de su fuerte naturaleza y de su espléndida elocuencia, el ilustre campeón de las libertades de Irlanda trabajó sin des-

canso hasta la muerte, por obtener la igualdad de derechos religiosos para su país. Una generación después, encontramos las terribles penalidades infligidas al pueblo irlandés solamente porque su fe religiosa se diferenciaba de la de sus gobernantes. El P. Mathew, gran reformador, que redujo al buen camino a millares de extraviados; Curran y Grattam, glorias de la tribuna y eminentes patriotas, todos tienen su merecido recuerdo monumental en Dublín.



Grupo de niños irlandeses.

EXCURSIONES PARA VISITAR ALGUNOS LUGARES Y MONUMENTOS NOTABLES

Antes de dejar Dublín, es interesante hacer algunas excursiones a puntos cercanos. Una de ellas, es al Phoenix-Park, donde reside el virrey una parte del año. Phoenix-Park es uno de los parques más bellos del mundo, con sus hermosas avenidas y bosques, el lago en el Jardín Zoológico y la estatua del gran irlandés, el Duque de Wéllington. Otra excursión deliciosísima es la de Clondalkin, para ver la torre redonda más cercana y más antigua. De estas torres hay muchas en Irlanda, y se cree que fueron usadas por los daneses como refugio. La de Clondalkin tiene murallas de un metro de espesor y la puerta cuatro metros y medio desde el suelo; la torre, que se va estrechando suavemente hasta la cúspide, alcanza veinticinco metros y medio de altura. Se cree que tiene más de mil años.



Colina de Tara, donde se alzaba el palacio de un rey irlandés.

Pueden hacerse otras excursiones para ver las ruinas y las famosas cruces de Monasterboice y los bancos de la Boyne, donde se riñó la batalla que decidió la suerte de Jacobo II, y estableció a su yerno Guillermo el Holandés en el trono de Inglaterra. Pero más grata nos sería aún la visita a la verde colina de Tara, donde no son precisamente ruinas lo que hay que ver, sino los corredores de Tara, cuyos ecos repiten la salvaje música del bardo rústico. Tara es siempre famosa por sus cantos, y lo es en la historia, por haber sido la vieja capital de la nación irlandesa.

Interior de la catedral de S. Patricio, Dublín.

EL INTERIOR Y LA REGIÓN OCCIDENTAL DE IRLANDA

En cuanto se deja la comarca de Dublín, que se distingue por los cuidadosos cultivos, tan sólo se ven algunos aldeanos cortando y hacinando turba o cultivando los terrenos en donde aquel combustible ha sido extraído. Por doquiera se encuentran lagos, lagunas y riachuelos, y el Canal Real, que atraviesa en línea recta toda la isla.

En Athlone, casi en el centro de Irlanda, se cruza el Shannon, que es el río más largo de todo el Reino Unido. Su curso, que encuentra la cadena de lagos en

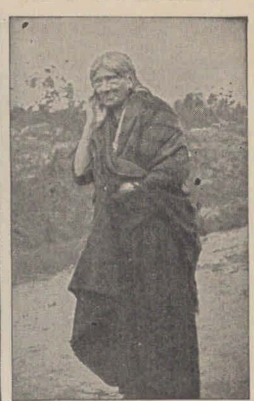
CAMPESINOS IRLANDESES Y SUS HOGARES



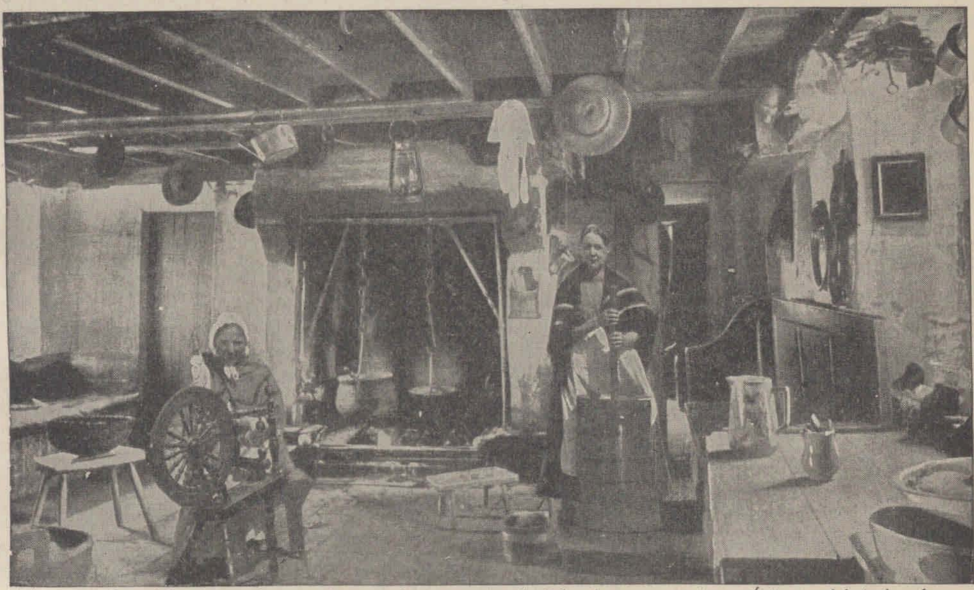
Tipo de aldeana irlandesa de vuelta a casa con un haz de leña.



Familia irlandesa arrojada de su hogar por falta de recursos para pagar el alquiler. Los campesinos irlandeses viven en gran pobreza.



Los irlandeses viven muchos años. Una aldeana muy anciana.



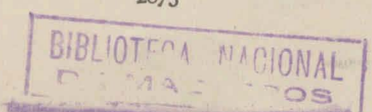
Los campesinos irlandeses viven mejor en ciertas partes de Irlanda que en otras. Éste es el interior de una casita en Dervock, y es particularmente interesante porque, según fama, es la casa de los antepasados de MácKinley, difunto presidente de los Estados Unidos.



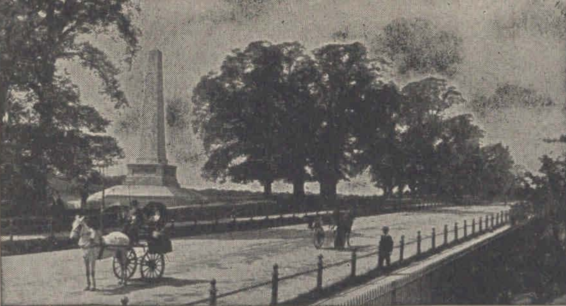
Escena familiar en Irlanda. Muchacho conduciendo un asno cargado de dos cestos llenos de turba, tierra combustible.



Granja irlandesa. Estas construcciones son pequeñas, toscas y muy diferentes de las estancias americanas.

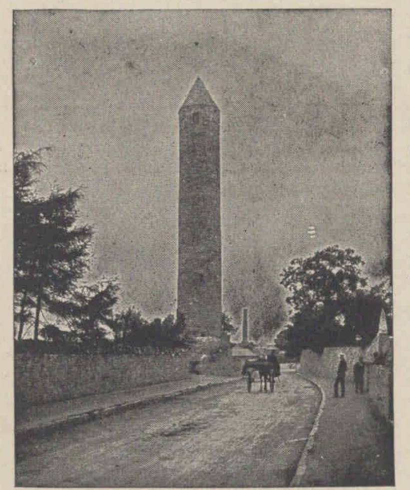


los cuales se ensancha el río, ofrece imponentes cascadas, y a orillas de su estuario, con sus islas y bahías, se levanta la ciudad de Limerick. La ciudad de Galway, junto al canal y frente a las azules islas de Arán, interesa mucho por los restos de edificios españoles, recuerdos de los días en que el comercio de vinos de España era animado y floreciente. Más al Oeste se encuentra Connemara, y después Clifden, en el extremo occidental del Canal. La salvaje belleza de los lagos de Corrib y Mask, y la magnificencia de las montañas situadas entre ellas y el mar, impresionan vivamente, por su desnudez y soledad, que justifican los horrorosos días de hambre por que atravesó el pueblo irlandés, hace unos sesenta años. Familias enteras perecieron de inanición en Connemara, mientras los sobrevivientes, perdida toda esperanza de vivir en aquella inhospitalaria tierra, la dejaron para siempre, trasladándose al otro lado del Océano.


En el Phoenix-Park, Dublín.


Ciudad irlandesa al borde de un río.

Irlanda ha sufrido muchas veces calamidades como ésta. Los ingleses intervinieron poco en el país, hasta la época de los Tudores, pero desdichadamente, cuando Inglaterra empezó a llevar la conquista más allá de la Pale, alrededor de Dublín, fué en el tiempo en que se hizo protestante, y no reparó en herir los sentimientos religiosos de los irlandeses. Decidida a subyugar el país, cometió terribles crueldades, especialmente en tiempos de Cromwell, a las que los naturales respondían con duras represalias, siempre que se les ofrecía ocasión.

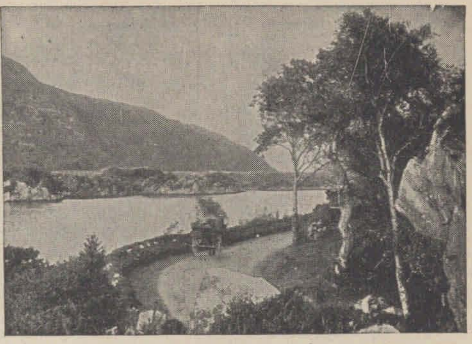

La torre redonda de Clondalkin.

Las revueltas han continuado en Irlanda hasta estos últimos años, porque muchos terratenientes han tratado con la mayor desconsideración al pueblo que vivía y trabajaba en sus haciendas, cuando éste, por su pobreza, no podía pagar las rentas de los campos que labraba y de las miserables cabañas que le servían de albergue. Triste y desconsolador es el aspecto de tales chozas, donde los animales viven revueltos con las personas. Todas ellas tienen por pavimento una lechada de barro; muchas carecen de chimenea y algunas de ventana. Esta parte occidental de la isla se encuentra llena de viviendas de esta clase, ya en ruinas; en ellas no arde ya lumbre en el hogar, ni se ve alma viviente que las anime: los habitantes se han ido. Antes de sobrevenir el

PINTORESCOS LAGOS DE IRLANDA

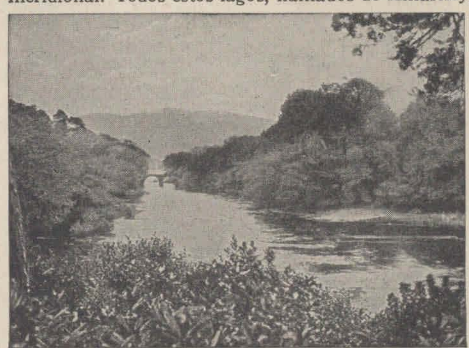


Uno de los más bellos lagos de Irlanda. La roca que sale a flor de agua es celebrada por los irlandeses.

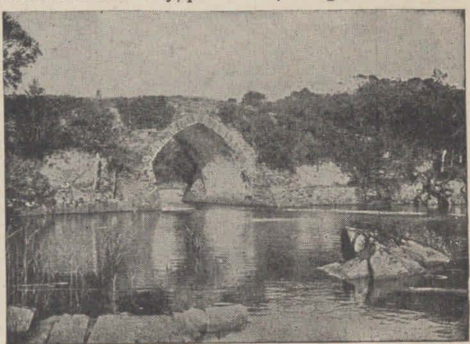


A lo largo de este lago va una ancha carretera sombreada por los árboles que se miran en las aguas.

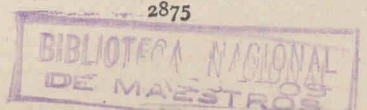
El más pintoresco de los lagos irlandeses poblado de verdes islas, cuya vegetación es prodigiosa y casi meridional. Todos estos lagos, llamados de Killarney, comunican entre sí y, por un río, desaguan en el mar.



Espléndida vegetación de las márgenes de los lagos irlandeses, bordeados de flores silvestres y plantas.



Poético puente, bajo del que se deslizan las aguas de tres lagos, notables por la tranquilidad de sus aguas.



hambre, muchas familias atravesaban ya el Atlántico en busca de mejor fortuna; pero la emigración aumentó extraordinariamente después de aquel terrible azote.


La isla Arán, frente a la bahía Galway.

A pesar de tantas desdichas, los irlandeses son famosos por su afición a procurarse diversiones y por la intensidad con que parecen sentir la alegría del vivir.

LA REGIÓN MERIDIONAL

Pero dejemos ya esta desolada región, para volver los ojos hacia el Sur, pasando otra vez por Limerick y Tralee hasta Killarney. Desde aquí pueden hacerse bellas excursionas en bote por los tres lagos, a pie, trepando por las colinas o en carruaje, para ver las cataratas. Cada nueva cosa que se ve parece la más admirable de todas: ora las ruinas, todas ellas testimonios de brillantes historias, ora las islas cubiertas de frondosos árboles, de arbustos y de flores silvestres; ora los saltos de agua, o las profundas gargantas que se forman entre las montañas, o los colores siempre cambiantes de las escarpadas cortaduras. Las suaves brisas y la maravillosa luz que, velada por las nubes, alumbra tímidamente todas las cosas, cubren de melancolía y encanto aquellos parajes. Las aguas de los lagos, de azul purísimo de cielo, penetran en el corazón de las montañas, que son las más altas de Irlanda.


Interior de una cabaña irlandesa.

La isla en conjunto es bellísima; los habitantes ofrecen también mucho interés. Los irlandeses disfrutan merecida fama de ingeniosos y corteses.



JOVEN IRLANDESA—(DE FOTOGRAFÍA)

UN LUGAR NO VISITADO AÚN POR EL HOMBRE



Tal es el aspecto de una montaña de ocho mil metros de elevación, cuando se la contempla desde una distancia de ochenta kilómetros. El Monte Kinchinjunga, que se alza a 8446 metros en el Himalaya, fotografiado desde Darjeeling. El pico más elevado del mundo es el Monte Everest, situado a corta distancia de éste, cuya altura es de 8700 metros, y que no parece tan alto por estar rodeado de elevadísimas montañas. Nadie ha subido a ninguna de esas dos cumbres, a causa del enrarecimiento del aire que dificulta la respiración. En el año 1900, unos turistas escalaron las laderas del Kinchinjunga hasta una altura de 6300 metros; pero alguien ha llegado a mayor altura en América del Sur, tocando la cima del Aconcagua, que se eleva a 7017 metros sobre el nivel del mar.

